

YEYO BALBÁS

# EL REINO IMPOSIBLE



**B**

# EL REINO IMPOSIBLE

Yeyo Balbás



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleernovelahistorica



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Para Leonor, por los mundos  
que cada noche compartimos*



## LIBRO PRIMERO

## I

Era un amanecer frío. Dolía al respirar. Una nube de vaho atravesaba la barba cada vez que exhalaba y, entonces, el aire que se adentraba en los pulmones cortaba como cuchillas. El viento del norte llegaba impregnado en salitre de mar, el rocío de la mañana lo cubría todo. Resultaba imposible librarse de la humedad; se apoderaba del calzado y empapaba los gruesos calcetines de lana, entumeciendo los pies hasta volverlos insensibles. Resbalaba por la hierba alta, afilada, que brotaba junto a la playa de arena gris cubierta de algas arrastradas por la marea.

Fruela caminó hacia el círculo de estacas donde se habían congregado los habitantes de la aldea. Hombres y mujeres envueltos en mantos de lana apelmazada; ortiga, saúco y cebolla como únicos tintes, con los que intentaban, sin éxito, distinguirse del paisaje pardo que los engullía.

Sintiendo todas las miradas sobre él, Fruela se recogió el cabello pajizo en una coleta y tomó la armadura que le ofrecían. Ochocientas láminas de hierro, cosidas hasta formar una coraza sólida y flexible como las escamas de un reptil, no solo evitarían que las entrañas abandonasen su cuerpo, bastaba un arañazo para provocar la gangrena. Introdujo la cabeza entre las hombreras y se ajustó las correas del costado derecho, asegurándose de que se ciñeran al pecho sin dificultarle la respiración.

Hacía frío, por eso le temblaban las manos. No existía ningún otro motivo. Sujetó con fuerza la lanza y clavó el regatón en tierra para evitar que la punta oscilara en el aire.

—Aún estás a tiempo de echarte atrás.

En boca de cualquier otro habría sido un insulto, mas Teodolf solo le reprendía en privado y solo le elogiaba en público. Aquel sexagenario guerrero había servido a su familia durante más de dos décadas, hasta que su padre le nombró su tutor.

—Será difícil, no se trata de un simple bandido —añadió en voz baja.

Enfrentarse a alguien siempre supone una apuesta, en la que ambas partes demuestran hasta dónde están dispuestas a llegar. Llegado un punto sobran las palabras y, si te has equivocado al juzgar al contrario, tendrás que lamentarlo. Pero Fruela era joven y fuerte, procedía de la noble estirpe de los Baltos; poseía un buen caballo, una excelente espada y era hijo de un duque. Recién cumplidos los dieciséis años, se sentía inmortal.

—No seré yo quien ceda —le respondió en godo, la lengua de sus antepasados, ya casi olvidada. La atención del muchacho se desplazó hacia el otro lado del círculo de estacas, hasta toparse con la mirada del vascón, tan áspera, fría e hiriente como los brezos cubiertos de

escarcha. Con veinte años a sus espaldas, parecía un palmo más alto, y su fornido pecho amenazaba con desgarrar la cota de malla.

El vascón se colocó el casco empenachado y habló a sus hombres en aquella áspera lengua. Una retahíla de sílabas resonó como los engranajes de las ruedas de un carro. Fruela respondió en latín:

—Empecemos de una vez. —Se ciñó el cinto con el *scrama* y el tahalí de la espada, después anudó el barboquejo del yelmo.

Acompañado por un rústico sacerdote, un anciano se acercó frotando unas manos ajadas como nudosas raíces de boj. La sonrisa nerviosa de su escuálido rostro trataba de quitarle hierro al asunto.

—Gracias de nuevo.

Era el *rector* de Flavióbriga, y el vascón que se hallaba al otro lado del círculo de estacas aseguraba haberle entregado dote por una de sus hijas. La boda no había tenido lugar y ahora reclamaba el dinero.

El motivo era obvio, si se examinaba el abultado vientre de la moza.

El anciano alegaba que el futuro esposo era el padre de la criatura; él aseguraba no tener nada que ver con el asunto. Divorcio *fornicationis causa*: confiscación de todos los bienes y la esclavitud como pena. O, al menos, la entrega de la culpable, para que el marido escogiera un castigo. Fruela no iba a permitir que aquel arrogante vascón se saliera con la suya. Recién llegado a la aldea, se había ofrecido a defender la causa de aquel viejo incapaz de empuñar un arma.

Hacía más de un siglo que la aristocracia franca enseñoreaba Vasconia, del mismo modo que los godos lo hacían en Cantabria. La nobleza local había jurado lealtad a los señores germanos y, de este modo, aquella tierra se había convertido en un enclave en continua disputa con sus viejos enemigos del norte. Aquel fallido enlace había pretendido consolidar la frontera, solo para lograr lo contrario.

No había pruebas, lo cual había ahorrado a la joven el tormento. En condiciones normales, habría bastado con el voto de la chica, a la que Dios castigaría en caso de mentir. Si juraba sobre las Escrituras que el vascón era el padre, el litigio se habría resuelto a su favor; en caso de no hacerlo, debería asumir la pena. También habría podido referir el juramento, obligar a quien la acusaba a que jurase a su vez: si él aceptaba, ganaría el juicio, si no, lo perdería. Así de simple. Pero ninguna de las dos partes depositaba fe en las palabras, y lo que dijeran los libros de leyes allí poco importaba. Nadie podía leerlos. De modo que decidieron resolverlo según las viejas costumbres. Una ordalía. Mediante aquel duelo, el Altísimo dictaminaría quién decía la verdad.

Una tensión en la mandíbula, allá donde raleaba la barba, evidenciaba la inquietud del muchacho. A su lado, Sniumeis relinchó inquieto. «Allá donde va un godo, le acompaña su caballo.» Había criado al suyo desde que se lo entregaron, siendo un potro, seis años atrás.

Durante ese tiempo, lo había alimentado y cepillado a diario. Había revisado el estado de sus cascos y el cambio de herraduras; había hecho por aquella bestia más de lo que su padre había hecho por él, y más de lo que él mismo haría por su hijo.

Aferró las crines para subirse a la silla y una inmensa sensación de poder le asaltó al sentir la potencia del animal bajo las piernas. Sniumeis coceó en el aire; percibía la ansiedad de su dueño. Fruela podía engañarse a sí mismo, pero no a él. Si perdía el control de sus emociones, perdería el control del caballo y con ello el combate. Sujetó las riendas para atarle en corto, la bestia bajó el hocico y resopló con fuerza.

El cura se acercó para otorgarle la bendición. Teodolf hizo algo más útil y le entregó el escudo.

—No dejes que te descabalgue.

Los duelos judiciales a caballo eran una costumbre goda, desconocida por aquitanos, vascones y francos. Tal vez supusiera una ventaja.

El juez local se adentró en el círculo de estacas.

—Se ordena que se retiren los parientes de los litigantes. Los asistentes deberán guardar silencio en todo momento. Queda prohibido prestar auxilio a los contendientes; si por la ayuda prestada alguno de los dos vence, los infractores serán castigados con la muerte. En caso de que alguno de los campeones lleve consigo hierbas para hechizos, ha de deshacerse de ellas ahora.

El juez hizo una señal y los dos adversarios picaron espuelas. Resonaron los relinchos y el estruendo de pezuñas; el corazón de Fruela comenzó a galopar, adelantándose al resto del cuerpo. «La fuerza es el derecho de las bestias», le había dicho su hermano, citando unas palabras prestadas de algún mohoso libro, escrito por un antiguo sabio tan muerto como aquel imperio que, siglos antes, el pueblo goda había asolado.

Trotaron en círculos, con el mar rugiendo entre las rocas que cerraban la ensenada. Los pirenaicos eran diestros con la azcona; el vascón le lanzó una con una fuerza brutal. Fruela la desvió con el escudo y el vascón le arrojó otro dardo. Esta vez, sintió una atroz punzada en el brazo: el chuzo le había herido de forma sesgada.

El muchacho cargó contra su enemigo. Hizo un gesto de arrojar la lanza y, en su lugar, rejoneó en el pecho. El vascón esquivó la punta y cayó de espaldas.

Habría sido más fácil herir al caballo; un recurso demasiado sucio.

Con la ventaja que le otorgaba la montura, el joven goda atacó de nuevo. El vascón se hizo a un lado, clavó el regatón en tierra y orientó la punta hacia él. El hierro afilado impactó en el escudo de Fruela. El arzón de la silla impidió que saliera despedido hacia atrás, pero no que cayera hacia un lado.

Antes de aprender a montar, debes aprender a caer. Fruela formó un arco con el brazo y rodó por el suelo, recogió el escudo y se incorporó para encararse a su enemigo. Una intensa emoción le asaltó en cuanto sus dedos aferraron la espada.

Mejor o peor, todo hombre sabe montar a caballo. El arco y la lanza también sirven como armas de caza; un hacha puede emplearse para tajar madera, y un cuchillo para cortar carne. Era la espada lo que le convertía en guerrero. *Nadristuggo*, «Lengua de víbora». Una hoja ancha de acero toledano —ligera, flexible, letal— siseó amenazante al abandonar la funda.

El vascón descargó un golpe de espada. Fruela dio un paso atrás y la hoja pasó a un palmo del rostro. Una nueva zancada, un ataque en diagonal y, de nuevo, se hizo a un lado. El pirenaico bajó el acero, jadeando, con el pulgar apoyado en el plano de la hoja. Fruela reconoció la guardia: «la puerta de hierro». Si dirigía un tajo hacia la cabeza desguarnecida, él barrería su hoja y le devolvería una cuchillada con el falso filo en un solo movimiento.

Una vez más, se preguntó hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

Aceptó el desafío, dirigió un ataque a la sien izquierda. Cuando sintió la hoja del contrario golpear la suya, filo contra plano, alzó el brazo. El arma del vascón resbaló por su acero, mientras la punta buscaba la garganta. El hombretón saltó hacia atrás. *Nadristuggo* le desgarró la malla.

Un paso atrás es destreza; dos pasos atrás es miedo. Por primera vez, su enemigo le había visto el rostro a las parcas.

«Es cuando se vuelve más peligroso.»

Aquel pensamiento no era suyo, sino de Teodolf. Su maestro de armas le decía que había llegado el momento: el miedo vuelve a un hombre furioso, y la furia le hace cometer un error. Podía aprovechar esa circunstancia, rehuir el combate sería lo más sensato..., y sin embargo sentía todas las miradas sobre él. «No seré yo quien ceda», se dijo, y esta vez la idea era suya.

El vascón cargó con un grito de furia. Fruela sintió una brisa en el rostro cuando un gran disco de madera se dirigía hacia él. Decidió jugárselo al todo o nada.

El escudo se sujeta mediante un asa en el centro: si sabes dónde golpear, se abatirá como una puerta al abrirse. Fruela realizó un ataque simultáneo. El canto de su rodela golpeó el escudo vascón, al tiempo que lanzaba una cuchillada al espacio recién abierto. Todo a una velocidad endiablada.

El tercio débil de *Nadristuggo* hendió el casco de su oponente, que cayó de espaldas, con los brazos en cruz. Sus armas rodaron por el suelo.

Los aldeanos gritaron de júbilo. El joven godo se aproximó al enemigo caído. Aún respiraba.

—Una lástima. —Su primo Munio se adelantó al resto de la comitiva—. Era un buen yelmo.

Aturdido, el vascón se incorporó tambaleándose. Tenía una brecha en la frente. Por un momento, dirigió la mirada hacia el arma hundida entre la hierba. Fruela le dio una patada para alejarla de él.

—El vencedor tiene derecho a quedarse las propiedades del vencido —dijo esbozando un vago gesto con la zurda mientras, con la otra mano, blandía a *Nadristuggo*. De mala gana, el hombretón comenzó a despojarse de los brazaletes de plata. Se desabrochó el cinturón, que cayó al suelo

junto al *scrama*, la bolsa de cuero y la funda de la espada. Trató de despojarse de la cota de malla. Los hombres de Fruela tiraron de las mangas para ayudarle.

El joven godo recogió el cinto y abrió la escarcela. En el interior halló un puñado de monedas, un par de fragmentos de sílex y un encendedor, unas pinzas y unas tijeras, además de un hermoso peine de marfil tallado.

—¿Puedo quedarme el chisquero? —dijo Argebald—. Perdí el mío hará unos días.

El vascón observó con impotencia cómo la comitiva de Fruela recogía sus pertenencias y le dejaba sin montura. Tuvo que hacer un gesto a sus hombres para que no intervinieran. Vestido con la túnica sin ceñir, se plantó ante el caudillo godo para despedirse.

—Quítate la ropa —le dijo Fruela.

Él respondió con una furibunda mirada.

—Muchacho, piénsalo bien... —Se encontró con la punta de la espada en la garganta y tragó saliva, sin dejar de mirarle a los ojos—. Odón sabrá de esto.

—Eso espero. Dile a tu duque que, si alguno de vosotros vuelve a deshonorar a una de nuestras mujeres, también perderá la vida.

Indignado, el vascón protestó:

—¡Yo no he...!

—Si Dios me ha otorgado la victoria es porque mientes —le interrumpió Fruela—. ¿No es cierto, padre?

—Puedes estar seguro —corroboró el sacerdote—. Si el Altísimo, en su infinita sabiduría, lo ha querido así, significa que es un hijo de la gran puta.

Ante aquel dictamen teológico Fruela se encogió de hombros.

—Desnúdate. —Amenazó la garganta del vascón con la punta del arma, pero él no parecía dispuesto a ceder. Al fin, rojo de ira, se despojó de la túnica, se quitó los zapatos y los pantalones. Le entregó un colgante de cuentas de ámbar y dedicó una expresión de odio a Fruela, mientras godos y cántabros sofocaban la risa. Descalzo y en camisa, como un penitente, les dio la espalda para reunirse con sus hombres.

Los escoltaron hasta los límites de la provincia, siguiendo una accidentada senda entre acantilados. Además de Argebald —el hijo de Teodolf— y su primo Munio, a Fruela le acompañaban una docena de bucelarios con yelmo y espada, tan bisoños e insensatos como él mismo.

El ducado de Cantabria había sido creado como marca contra vascones y francos y, al igual que Victoriacum, Ologicus y Pompaelo, aquella aldea era un jalón más en la línea defensiva que los godos mantenían con el ducado de Vasconia, regido por Odón. Señor también del de Aquitania, sus dominios se extendían desde aquella inestable frontera hasta el Liger, un caudaloso río que atravesaba el corazón de la Galia.

Los vascones eran un pueblo bárbaro de aspecto innoble, que hablaba una lengua tosca, semejante a ladridos de perro. Borrachos y feroces, impíos y pendencieros, avezados en todos los vicios y enemigos declarados de la nación goda, además se decía que fornicaban con el ganado, e incluso que colocaban en las ancas de sus yeguas unas correas para que no las pudieran joder más que sus dueños. Y aunque tal descripción bien habría servido para retratar a los hombres del duque Pedro y sus súbditos cántabros —salvo por el hecho de practicar el bestialismo—, ellos se sentían parte de un vasto reino asentado en toda Spania, poderoso aun castigado por la peste y el hambre, heredero de Roma y defensor de la Fe verdadera, lo cual les permitía beber y putañar a gusto con la conciencia tranquila.

Aún se regodeaban del triunfo cuando atravesaron una aldea llamada Tezana. Los lugareños los vieron pasar a través de las puertas entreabiertas, sin atreverse a abandonar las cabañas. Apenas seis millas después, divisaron el caudaloso río que servía de frontera: sobre una escarpada montaña de la otra margen, se hallaba Malvecín.

Fruela dedicó un sarcástico ademán de despedida a sus invitados.

—¿Cuál es tu nombre? —Ante la pregunta del caudillo vascón, el joven hizo trotar a Sniumeis ante él, exhibiendo el caballo atado a la silla, cargado con la espada, el yelmo y la cota de malla de su antiguo dueño. Una panoplia más preciada que todos los bienes, tierras y ganado de las aldeas que habían dejado atrás.

El más alto de los pirenaicos se interpuso entre Fruela y la montura.

—Apártate de *mi* caballo —masculló el joven godo.

Resonó un siseo metálico cuando Argebald desnudó el acero.

—Estate quieto —le dijo Teodolf a su hijo, y Fruela intuyó el prelude de una futura conversación familiar en privado.

El líder de los vascones murmuró unas palabras al subalterno, que hizo girar a la montura. El joven godo se le quedó mirando, inmóvil, el cabello blondo agitado por el viento.

—Soy Fruela, hijo de Pedro, duque de Cantabria —respondió.

El corpulento hombretón asintió: se lo había imaginado. Había tomado parte en un par de campañas contra los vascones y se había ganado una reputación. Ignoraba si eso debía producirle orgullo o inquietud.

—Dicen que el hijo del duque fue robado por las janas —aseguró el vascón— y te pusieron a ti en su lugar.

Las habladurías no dejaban de cruzar la frontera, e hicieron mella en el ánimo del muchacho.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Oxson, hijo de Belex, señor de Malvecín —respondió su adversario—. Tarde o temprano, lamentarás lo que has hecho hoy.

Muchas viudas conocían aquel nombre, mas Fruela le obsequió con una cándida sonrisa antes

de darle la espalda. Mientras cabalgaban, pudo intuir el ceño fruncido de Teodolf bajo el yelmo y la recia mata de cabello gris.

Al anoecer llegaron a Flavióbriga, una antigua ciudad de la costa oriental de Cantabria, reconstruida por los lugareños después de ser arrasada por piratas hérulos doscientos cincuenta años antes. Sobre el promontorio que protegía el embarcadero habían erigido un *castellum* defendido por una tosca empalizada. Extramuros, la antaño próspera colonia romana era un amasijo de ruinas; muros de mampostería aún permanecían en pie entre cabañas de zarzo. Los aldeanos se dedicaban al marisqueo y a la pesca de bajura; sardinas, merluzas, fanecas y chicharros colgaban para ser conservados en salazón. La mies de mijo y cebada los proveían de pan y cerveza, de las vides extraían un amargo vino y las minas de hierro les permitían comerciar con la Galia. Hacia poniente, la ensenada de Ordiales servía de fondeadero a una decena de naves de dos rodas.

Ascendieron hacia el miserable castillo. Un océano gris batía los cimientos de la península donde el rector había erigido su vivienda sobre las ruinas de unas termas. Bajo las tejas cubiertas de verdín la hiedra amenazaba con engullir la fachada. Descabalgaron y las dos hijas del viejo los recibieron en el vestíbulo. La mayor llevaba una túnica holgada para ocultar su preñez; la más joven les ofreció un cubo de agua.

—Ha sido un gran combate —dijo mientras Fruela se lavaba las manos.

Durante un instante el hijo del duque admiró la belleza rústica de una princesa de aldea. El anciano se apresuró a presentarles:

—Es mi hija Aianes.

El rostro de la muchacha conservaba algún rasgo infantil, aunque esbozaba la confiada expresión de una hembra sabedora de su encanto.

—Como ves, no puedo quejarme de que falten mujeres bellas en casa —añadió el rector ojeando a su esposa, que sonrió ante el cumplido.

—¿Cuántos años tienes, Aianes? —preguntó Fruela.

—Catorce —respondió su hermana.

—Cumpliré quince dentro de dos meses —aseguró la aludida.

—Catorce —repitió la mayor.

El viejo hizo un gesto para que Fruela y Teodolf le acompañaran al interior. Los miembros de la comitiva se dieron por invitados y los siguieron hasta el antiguo atrio, donde ardía una hoguera cuyo humo apenas lograba filtrarse entre las tejas; en torno a ella, se habían dispuesto una decena de sillas. Algunas ventanas aún conservaban el vidrio, agrietado y apenas traslúcido; por el resto

se adentraba el viento noroeste, que agitaba las cortinas. El rector espantó unas gallinas que picoteaban bajo la mesa para ofrecerles el asiento de honor.

—¿Cerveza? —exclamó Argebald al ver llegar las viandas—. ¿Es que no tenéis vino?

—Por supuesto. —El anfitrión hizo un gesto a los sirvientes.

Munio entró en la sala con un par de capones bajo el brazo que se dispuso a desplumar. Mientras se acomodaban, la estancia se fue llenando de bucelarios. Fruela escuchó a las hijas del rector discutir. Una pareja de siervos les trajo carne de cerdo, una fuente de sardinas asadas y varias rebanadas de pan de mijo untadas en manteca.

—Mil gracias de nuevo —dijo el anciano—. Todo esto ha sido muy... desagradable.

—¿Conoces a Oxson, señor de Malvecín? —le preguntó Fruela.

—Apenas —respondió él, tratando de eludir el asunto; ante la insistente mirada, tuvo que añadir—: Llegó tres meses después de tu última visita y conoció a mi hija. A los diez días regresó para preguntar si estaba comprometida. Dicen que había enviudado por la peste. Yo me mostré reticente, pero a mi hija le pareció bien, así que nos reunimos para la petición formal. Fijamos la fecha de la boda y la dote que debía entregarnos.

La ley establecía que fuera al menos una décima parte del patrimonio del cónyuge, que quedaría a disposición de la mujer. No debía de ser una cantidad despreciable.

—Tras ello, celebramos los esponsales —prosiguió el anciano—. No faltaron los testigos por ambas partes: mi hija aceptó el anillo como prenda y él me entregó el dinero.

Una vez establecido el contrato formal previo a las nupcias, ninguna de las partes podía echarse atrás sin la aprobación de la otra, o sin entregar una compensación. Resultaba fácil intuir el desenlace.

—Cuando supo que mi hija estaba encinta, quiso que le devolviera el dinero —admitió el viejo—. Yo me negué, me lo había gastado. Pero fue él quien incumplió su palabra. Dios lo sabía, por eso le has vencido.

—¿Quién es el padre de la criatura?

—Mi hija no quiere decírmelo.

El anciano se levantó para salir al encuentro de Argebald, que había descubierto un barril oculto en el pajar. Todos celebraron el afortunado hallazgo y alzaron las copas para demandar más vino. Ensimismado, Teodolf desenfundó la espada para engrasarla con un trapo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Fruela.

El veterano mostró el arma, con el filo forjado un centenar de veces para librarle de melladuras. Le dedicó un breve escrutinio y, entonces, lanzó una cuchillada hacia el asado. Resonó un restallido metálico y saltaron chispas cuando cortó el pedazo de carne, junto con el espetón de hierro que lo atravesaba. Todos se giraron mientras aún sostenía el arma, con el acero vibrando en el aire.

—La espada está hecha de láminas de acero en la superficie y de hierro en el interior. El alma es flexible, el exterior es duro, el filo corta. —Teodolf la depositó sobre la mesa—. Al usar la espada, tú has de ser igual: flexible y tenaz. Mantenerse firme, no dar un paso atrás, puede parecer la forma más noble de luchar. Pero supone asumir un riesgo estúpido, si puedes evitarlo. Cuando tu enemigo esté asustado, debes mantener la cabeza fría y rehuir el combate. Él cometerá un error y tú podrás aprovecharlo.

Hastiado, Fruela dio un tiento al vino. Teodolf había sido conde espartario en la corte del rey Wamba. Tras caer en desgracia, deambuló de corte en corte enseñando el manejo del arco, la lanza y la espada. Poseía una endiablada memoria que registraba cada defecto, cada habilidad, cada hábito. No solo era diestro con cualquier arma: sabía como nadie el mejor modo de explotar las propias virtudes.

—He vencido —le respondió.

—Porque eres rápido. ¿Qué pasará cuando encuentres a alguien más rápido que tú?

—Sabré apañármelas. —Y palmeó la empuñadura de *Nadristuggo*.

Su maestro de armas no se mostró impresionado ante aquella bravata.

—Los jóvenes siempre ignoran los consejos —bufó—. Creen que, si algo es nuevo para ellos, también ha de serlo para los demás... Creen rebelarse contra las normas, pero solo se dejan llevar por los impulsos. Creen ir en contra de lo establecido, pero solo hacen el imbécil.

—Hablas como un viejo.

—Y tú como un niñoato presuntuoso. Tu padre...

—No deseo ser como él.

—Esta mañana te has ganado el odio del señor de Malvecín —refunfuñó Teodolf—. ¿Y todo para qué?

—De no haber hecho nada, los vascones lo habrían interpretado como debilidad.

Fruela deseaba saborear la victoria y aquellos sermones acabarían por agriarle hasta el vino.

—No era necesario humillarle.

—Es costumbre despojar al vencido de sus pertenencias...

—No me refería a eso —masculló Teodolf.

Cansado de la discusión, Fruela apuró el contenido del vaso para darle la espalda. Descubrió a Aianes sentada observándole, con un brazo bajo el pecho y el otro sosteniendo una copa en alto. Hubo un silencio expectante, mientras el muchacho estudiaba el cambiante color de unos ojos que reflejaban la mortecina luz de la hoguera.

—¿Te apetece? —le preguntó la muchacha.

—¿El qué? —respondió él, dejando de lado sus pensamientos.

—Beber de mi copa. Es un vino especial. Mi padre lo trae de Aquitania.

—No deberías incitarme... Déjame probar.

Tomó el recipiente y dio un largo trago. Era muy fuerte. Al devolverle la copa, ella se la llevó a los labios y susurró:

—Háblame de la Corte.

—Jamás he estado en Toletum.

—No me recuerdas, ¿verdad? —Una enigmática sonrisa afloró en el rostro adolescente—. Hace cinco años viniste con tu padre. Unos muchachos de la comitiva me levantaron el vestido y tú te enfrentaste a ellos. Recibiste varios golpes y te marchaste. Entonces tuve miedo. Al cabo, regresaste con una espada de madera y les diste su merecido, a los tres. Te habían herido en la mano y yo la vendé con un trapo.

Dios hizo a unos hombres más fuertes que a otros, y entonces el Diablo inventó la espada. Fruela sonrió al recordar aquel altercado con la pandilla de su hermano.

—En ese momento me pareciste un auténtico noble —confesó la muchacha—. Desde entonces... Él dio un largo trago para no tener que enfrentarse a su mirada.

—Dicen que, dentro de poco, tendrás que elegir esposa. —Aianes inclinó la cabeza hacia un lado, con la expresión de una niña que ha hecho una trastada—. Has estado mirándome, no creas que no me he dado cuenta. Podemos vernos más tarde, si lo deseas.

—Me temo que no puede ser —murmuró Fruela al descubrir que el anciano regresaba. Ella lo miró fugazmente a los ojos.

—No te preocupes —le dijo—, no volveré a molestarte.

El rector se situó ante la mesa y alzó la copa que sostenía en la mano:

—Un brindis por Fruela, el hijo del duque Pedro. ¡Ha vencido a Oxson, el más temible de los vascones!

Los comensales apuraban el contenido de los vasos en el momento en que tres individuos de tez pálida se unían a la fiesta.

—Son daneses —les informó el rector—. Vienen a comerciar con ámbar y pieles, cada vez se aventuran más al sur. Estos se han quedado a pasar el invierno, regresarán a sus hogares en primavera.

Los hombres del norte preguntaron qué se celebraba y, al saber el motivo, mostraron sumo interés en la ordalía. Se trataba de un pueblo aficionado a los duelos.

—Quieren recitar un poema en tu honor. —Teodolf tradujo a Fruela—. Es una historia sobre los gautas de Escandia. Hace siglos, una parte de ellos abandonó aquella gélida tierra y realizó un periplo que los llevó hasta el Ponto y de allí a derrotar a las legiones de Valente, saquear Roma y crear dos poderosos reinos en Italia y Spania. Hoy nos llaman godos.

Uno de los daneses se puso en pie y entonó un canto épico en una lengua profunda y melódica, no muy distinta al godo. Los versos aliterados creaban un marcado ritmo de una sofisticada

belleza, algo insólito viniendo de aquellas gentes, de naturaleza ruda tanto en aspecto como en costumbres. Teodolf les resumió la historia:

—Hace dos siglos, los gautas raptaron a la reina de los suecos, de modo que estos reunieron un ejército para rescatarla. Nuestros parientes fueron derrotados y tuvieron que refugiarse en un bosque, donde fueron asediados. A la mañana siguiente, cuando los suecos se disponían a atacarlos, llegó Hygelac, el hermano del rey fallecido en la jornada anterior. Condujo a los gautas a la victoria y, gracias a ello, se hizo con el trono.

»Una vez convertido en rey, Hygelac reunió una flota para navegar hacia el sur. Sus naves saquearon el país de los frisonos, bajo la soberanía de los francos. En un principio la incursión tuvo éxito y el botín fue espléndido. Sin embargo, cuando regresaban con las bodegas cargadas de riquezas, un ejército franco les salió al paso y logró vencerlos en una batalla en la que pereció Hygelac.

»El poema comienza años después, cuando su sobrino Beowulf acudió en ayuda de Hrothgar, el rey de los daneses, cuyo palacio se veía asolado por los ataques nocturnos de un horrible trol llamado Grendel.

—¿Qué es eso de «la senda del cisne»? —preguntó Munio, atento a las palabras del pálido extranjero.

—Es una figura poética —le explicó Teodolf—. Se refiere al mar.

—¿Y por qué no dice «cruzó el mar para ayudar a Hrothgar»? —A pesar de haberse criado en la casa ducal, Munio aún conservaba el pragmático carácter montañés.

Teodolf decidió ignorarle.

—Con las manos desnudas, Beowulf arrancó el brazo derecho de Grendel y, más tarde, dio muerte a la madre. Años después, fue coronado rey de los gautas, y pereció en un último combate con un terrible dragón que amenazaba el reino.

—¿Pero qué...?

—Cállate. —Teodolf interrumpió a Munio—. El poema concluye con Wíglaf, el primo del héroe, acusando a los gautas de cobardía por no haber ayudado a su señor. «Preparaos ahora para tiempos de guerra, cuando los frisonos y francos sepan la muerte del rey», les advierte. «Es difícil confiar en la buena fe de los suecos. Nos juraron odio y enemistad en el pasado, y sin duda renovarán la guerra cuando conozcan la noticia.»

Ensimismado, el guerrero siguió traduciendo con voz grave.

—«Mañana habrá que empuñar la fría lanza, mas el arpa no despertará a los guerreros. Solo el oscuro cuervo graznará sobre los cadáveres, cuando le cuente al águila el banquete que compartió con el lobo» —concluyó en voz baja—. Beowulf murió hace ciento sesenta años y la guerra con los suecos se desencadenó poco después. Uno tras otro, los caudillos gautas fueron derrotados y

se convirtieron en vasallos de los suecos. Así fue el crepúsculo de nuestros lejanos parientes de Escandia.

El convite se prolongó hasta la madrugada; una vez agotado el vino, los daneses trajeron hidromiel. Llenaron un gran cuerno, el escaldo realizó un gesto sobre él antes de beber y el recipiente fue pasando de mano en mano. Se sucedieron los brindis. Los godos narraron antiguas gestas; los cántabros relataron sus guerras contra Roma. Tras apurar el contenido del cuerno, Fruela se despidió de sus hombres para dirigirse al cuarto.

Lo hizo con el ánimo alterado. Teodolf le había hecho recordar la inseguridad que había sentido esa misma mañana, cuando se halló en la difusa frontera que separa el valor de la temeridad, y la sensatez de la cobardía. Algunas decisiones no eran tan fáciles de tomar como había imaginado. Resulta difícil establecer qué es lo correcto cuando las cuchilladas caen como el granizo y no encuentras un motivo racional para justificar lo que haces.

Entró en el aposento, un recoveco de las antiguas termas provisto de un jergón de paja cubierto con pieles. Dentro de una hornacina, un candil de sebo añadía una mísera claridad a la luz del brasero. El joven se despojó de la túnica para recostarse sobre el lecho, cerró los ojos y comenzó a contar en voz baja. Antes de llegar a diez, unos débiles golpes resonaron en la puerta.

Se incorporó y abrió el postigo. De pie, en el corredor, sosteniendo un candil, estaba Aianes.

—Iba a acostarme —dijo—. ¿Desea algo, señor?

La melena oscura se derramaba sobre la mitad izquierda del rostro; bajo la débil luz de la lucerna, los ojos brillaban de excitación. Una tenue túnica insinuaba la brevedad de los senos.

—Creo que te debo una disculpa —le dijo Fruela.

—Me despreciaste —se quejó con una vocecilla infantil.

—Lo siento, fui un imbécil.

La muchacha recompensó aquella declaración con una cálida sonrisa.

—En eso estamos de acuerdo —susurró mientras jugueteaba con el broche del cuello—. Estoy dispuesta a darte otra oportunidad... Y eso es algo que no suelo hacer.

Fruela supo que había llegado el momento.

—Aianes... Hace años me diste algo y ahora quisiera devolvértelo. —Extrajo un jirón de tela de entre las ropas y se lo entregó a la muchacha, que esbozó una nueva sonrisa, esta vez de triunfo—. ¿Quieres pasar?

Cuando abrió la puerta, ella atravesó el umbral. Se observaron durante un instante en el que solo se oyó el crepitar del fuego. Fruela percibió un leve temblor en sus labios, se recreó en el subir y bajar de los senos. Aianes se dio cuenta del poder que ejercía sobre él, la excitación y la culpa se diluyeron en su mente. La necesidad de hallar un buen partido se había convertido en un motivo más para continuar.

Fruela percibió el cambio de actitud. Los labios de la joven cedieron sin resistencia, y cuando

se adueñó de su boca el abrazo se tornó violento. Desabrochó la fibula, el hombro izquierdo quedó desnudo y ella le sujetó la mano.

—Antes —murmuró— prométeme que me elegirás a mí.

Fruela asintió y ella se dejó llevar dócilmente hasta el lecho. Vio cómo el muchacho se situaba tras ella y la empujaba sobre el camastro; apoyó los codos y arqueó la espalda, hasta que los pechos rozaron las pieles. Sintió unas manos alzándole el vestido. La imagen que evocó de sí misma, expuesta ante él, la aturdió.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad? —Referirse, en voz alta, a lo que estaba a punto de ocurrir le produjo un súbito vértigo.

Por toda respuesta él se despojó de la camisa. Afianzó las manos en los costados del pálido cuerpo y ella apenas logró ahogar una queja, que se quebró convertida en gemido. Le provocó una punzante agonía, ahogó los gemidos entre las mantas. La idea de convertirse en la esposa del futuro duque cobró forma ante ella. Pensó en su hermana, en sus amigas, se imaginó a sí misma abandonando aquella miserable aldea. Cuando le sintió desplomarse sobre ella, se supo manchada en cuerpo y honra. No le importó. Aplastada por el peso de la culpa, se sentía satisfecha. La pesada respiración del hijo del duque era lo único que marcaba el paso de tiempo. Se quedó dormida escuchándole.

La despertó el sonido de una puerta al cerrarse. Extendió el brazo, somnolienta, y halló vacío el otro lado del lecho. Abrió los ojos: el amanecer irrumpía en el cuarto a través de las contraventanas.

Recogió la ropa y se apresuró a vestirse. Unos ruidos llegados del exterior hicieron que se asomara por la tronera: una docena de jinetes se alejaba por la senda de poniente. Se sobresaltó ante el chirriar de los goznes de la puerta y trató de adecentar su aspecto. Al girarse, descubrió a su hermana observándola desde el umbral. La jarra que sostenía resbaló entre sus manos y se hizo pedazos en el suelo. Siguió su mirada, fija en una mancha que teñía las sábanas.

—¿Qué has hecho? —le reprochó con amargura—. Te dije que te alejaras de él.

Aianes alzó el rostro con arrogancia, no quería mostrarse insegura ante ella.

—Fue él —añadió la hermana, mirando más allá de la entrada.

—¿A qué te refieres? —Una repentina aprensión asaltó a Aianes cuando vio cómo la otra joven se llevaba las manos al vientre.

—Él... es el padre.

## II

Eran las calendas de febrero del 709 *Anno Domini* cuando la hueste de Fruela dejó atrás Flavióbriga entre un paisaje de agrestes acantilados. Los cascos de las monturas hollaban los ajados cimientos de la antigua calzada; brezos y encinas engullían sus márgenes, la lluvia había erosionado la cubierta de zahorras dejando al descubierto la cimentación. Durante siglos, Roma había supuesto una anomalía y la naturaleza reclamaba su lugar.

Ante el estruendo de las armas de los quince jinetes, un par de cornejas salió volando desde el lado siniestro.

—Un mal augurio —murmuró Munio. Montado sobre un caballo de guerra cruzado con un asturcón, cabalgaba una cabeza por debajo del resto.

—¿Aún sigues con tus supersticiones paganas, hijo? —le preguntó Teodolf.

—Tú no eres mi padre.

—Quién sabe, zagal —replicó él, zumbón—. Quién sabe...

Estallaron en carcajadas. Fruela les había relatado los sucesos nocturnos sin escatimar un solo detalle. Al explicarles cómo se había hecho con un trapo de cocina para entregárselo a la moza, Argebald a punto estuvo de caerse del caballo. Entonces Teodolf pareció darse cuenta de que aquel no era el mejor modo de educar al hijo del duque, ni tampoco a su propio vástago, así que prosiguió con su alegato:

—¿Cuánto hace que tu padre te envió a la corte del duque? ¿Seis inviernos? Y aún sigues con esas majaderías... Adivinar el futuro gracias al vuelo de las aves. Cortar hierbas para realizar encantamientos. Depositar ofrendas sobre las tumbas. O a las janas, esas furcias que habitan en los ríos... ¿Quién puede creer en semejantes sandeces?

—¿Son mejores los desvaríos del bastardo de un carpintero?

El veterano guerrero trató de sofocar su enojo ante aquella blasfemia.

—Déjame que te cuente una historia... Hace ciento treinta años, san Emiliano visitó Amaya, la capital provincial, para predicar la doctrina de Cristo entre los paganos. Ajenos al dominio godo, los cántabros vivíais sumidos en el latrocinio, la idolatría y el incesto. San Emiliano convocó a vuestro senado y los exhortó a que se convirtieran a la verdadera fe, pues de lo contrario sufrirían la ira de Dios. Antes ya había curado a una paralítica, llamada Bárbara, y a Nepotiano, un endemoniado. Se dice que había dos hermanos, uno pagano y otro cristiano, que se habían disputado a la misma hembra... —Se dio cuenta de que divagaba—. El caso es que uno de los

asistentes, llamado Abundancio, le dijo al santo que chocheaba a causa de la edad. Entonces san Emiliano...

—Al final murieron todos —apostilló Munio.

El guerrero frunció el ceño, contrariado.

—¿Cómo lo sabes?

—Todas las historias de santos acaban igual.

Cabalgaron durante toda la mañana ocupados en tales disputas. Hacia el mediodía, en la linde del camino, hallaron un centenar de estelas hincadas entre la hierba, con estrellas de cinco puntas y otros extraños símbolos labrados. El resto eran cruces de aspecto reciente y, más allá de ellas, una veintena de lugareños aguardaba ante cinco cadáveres.

Un anciano tonsurado les salió al paso, vestido con una desgastada túnica blanca y una estola verde. Munio se adelantó a la comitiva para hablar al rústico sacerdote en aquel latín repleto de voces extrañas.

—Fallecieron ayer —les informó el cura—. Hace unos días Paulo se encontró unos bubones en el sobaco. Tenía fiebre, mareos y era incapaz de moverse. Al poco tiempo, la mitad de los mozos había enfermado.

Fruela examinó los cadáveres: ninguno superaba los veinte años. Lucían sus mejores galas; el cinto del más joven poseía una hebilla damasquinada. Aquel demacrado rostro le recordó a su madre, a quien la peste se había llevado cuando él era un niño, convertida en un despojo humano antes de cumplir los treinta.

—¿Vais a enterrarlos? —preguntó al avejentado clérigo.

—No..., no queremos que vuelvan. Hace quince años hubo otra plaga. Mi hermano murió y lo enterramos, pero a las dos noches abandonó el sepulcro y anduvo de acá para allá, acompañado de una manada de lobos. Regresaba a la tumba antes del amanecer. Tuvimos que abrir el sepulcro y aplastarle el cráneo. —La mirada del sacerdote estaba fija en la entrada a una cueva oculta entre la maleza—. Solo existe un modo de asegurarse de que no vuelvan: hay que descender dos simas de treinta pies.

Señaló a un grupo de muchachos robustos que portaban teas y cuerdas.

—No olvidéis quemar el grano —les recordó otro anciano—. Es el único modo de garantizar la salud de los vivos.

Teodolf parecía dudar de lo que un buen cristiano debía pensar sobre todo aquello. Los penitenciales castigaban tales prácticas de origen pagano, y sin embargo aquel rústico sacerdote parecía saber bien lo que hacía. A Fruela no le interesaban ni el clero ni sus interminables diatribas. La palabra de Dios siempre dependía de quien la predicaba, todos aseguraban decir la verdad y que el resto eran siervos del Maligno. La guerra resultaba mucho más sencilla y en ella el enemigo siempre era reconocible: es quien trata de abrirte el cráneo.

De modo que prosiguieron el viaje. La senda desembocó en la antigua vía que unía Portus Blendium con Pisoraca. Tomaron el camino hacia el sur, les llevó varios días recorrer un poblado tras otro. El duque les había ordenado que supervisaran las guarniciones que controlaban los pasos de montaña y prevenían el bandidaje, así que examinaron las defensas de cada *castellum*. Fruela se aseguró de que los fosos y las rampas de tierra no estuvieran erosionados por la lluvia y que las empalizadas siguieran en pie. Pasó revista a los bucelarios y sayones que prestaban servicio de armas a los señores locales, y comprobó que estos pudieran armar al menos a la décima parte de sus siervos. Todo parecía en orden, salvo el contenido de los hórreos.

—Están casi vacíos —masculló Teodolf.

La sequía había arruinado las cosechas. Al sur de la provincia se hallaban los principales poblados, como Saldania, Pisoraca, Segisama, Salionca o Virovesca, aunque muy pocos habrían sido considerados ciudades en los días antiguos. Al norte de la cordillera, las antiguas villas romanas, con factorías y talleres, habían dado paso a aldeas que apenas producían excedentes. Avanzado el invierno, los lugareños habían bajado a los valles con sus rebaños y, a punto de agotarse el heno, se podían contar las costillas en los costados de las reses.

Se dirigían a Amaya a través de peñas nevadas envueltas en jirones de niebla. Desde lo alto de la sierra, contemplaron una inabarcable sucesión de valles y bosques. Solo se oía el gemir de la tempestad y el aullido de los lobos. Los árboles, con las ramas cubiertas de hielo, teñían de gris un paisaje albino. Aquella tierra, húmeda y estéril, en la que el hombre apenas había dejado huella, resultaba demasiado abrupta para ser invadida, demasiado pobre para ser conquistada, y sus habitantes demasiado tercos para ser sobornados. Reconocían la autoridad del rey a regañadientes y pagaban impuestos en especie, aunque nadie sabía a ciencia cierta cuántos hombres y mujeres habitaban en aquellas montañas.

Al octavo día, comenzó a jarrear y tuvieron que cubrirse con los mantos para evitar que se les llenaran de herrumbre las armas. El aguanieve comenzaba a calar la lana apelmazada cuando hallaron refugio en la entrada de una gruta. No quisieron adentrarse en la húmeda caverna. A decir de los paganos, antaño los dioses habían vivido entre los hombres y, tras ser derrotados por estos, se refugiaron en el mundo subterráneo. Nadie se aventuraba en aquellos lugares encantados donde los antiguos habían pintado extraños animales y símbolos.

Fruela examinó la menguante luz del día mientras le castañeteaban los dientes. La noche se les echaba encima y los caballos parecían exhaustos; una densa espuma cubría su empapado pelaje, del que emanaba vapor. El camino había quedado sepultado bajo un pie de nevazo.

—Podemos esperar a que escampe —dijo, y preguntó a Munio—: ¿Cuándo dejará de llover?

—En junio. —Esa fue la respuesta—. Debemos proseguir, no estamos muy lejos.

El joven cántabro azuzó la montura, que comenzó a trepar por la pendiente nevada. No tuvieron más remedio que seguirlo.

—Nos hemos salido del camino —protestó Teodolf.

—No —insistió Munio—. Es por aquí.

Los cegó un resplandor, que vino acompañado de un estruendo. La tempestad llegaba desde el norte y de pronto la oscuridad engulló las nubes. Los espíritus de la tormenta libraban una batalla allá arriba y descargaban con saña su furia.

«Tente nubero, tente tú; que más puede Dios que tú», murmuró Teodolf. Todos buscaban un modo de conjurar el mal. Munio se había llevado a los labios la punta de sílex que llevaba colgada del cuello. A duras penas los caballos se abrieron paso entre los brezos. El gélido viento llegado del océano arrastraba la lluvia con tal fuerza que les azotaba el rostro. Argebald no dejaba de observar al hijo del duque.

—No entiendo por qué te gusta todo esto —le dijo a Fruela.

—Aquí todo se reduce a lo que eres capaz de hacer por ti mismo —respondió el muchacho—. Descubres quién eres, al igual que en la guerra.

Teodolf azotó las ancas de la montura para adelantarlos.

—Qué sabrás tú de la guerra —gruñó.

Argebald siguió a su padre con la mirada hasta que lo perdió de vista en la tormenta.

—No le hagas caso —murmuró.

—Parece enfadado —dijo Fruela, y luego añadió—: más de lo habitual.

—Solo quiere que el éxito no se te suba a la cabeza.

—¿Y tú qué piensas?

Por un momento, Argebald guardó silencio. Fruela siempre recurría a él cuando quería escuchar la verdad. De niños habían sido compañeros de juegos, que siempre consistieron en entrenar con la espada, la lanza y el arco, bajo la atenta mirada de Teodolf.

—Arriesgas demasiado —contestó al fin—. Quieres superar a los demás en su propio terreno, y eso no es sensato.

Descendieron entre las peñas, por las que fluían torrentes con la gélida agua del deshielo. Vislumbraron unas luces a través del aguanieve y llegaron a un conglomerado de cabañas en torno a una pequeña iglesia. En aquel escarpado erial, la humanidad se concentraba en una aldea de apenas cien almas, acosadas por el frío y las fieras que merodeaban entre los corrales en los que mugía el ganado.

Resonó un coro de ladridos y alguien les salió al paso. Apuntaba a Fruela con una lanza que sostenía en la diestra, mientras que con el escudo trataba de protegerse del aguacero.

—¿Quién va? —gritó el sayón.

Fruela apartó el manto para dejar a la vista el costado izquierdo, del que colgaba la espada. El brillo metálico a la luz de la antorcha bastó para que el centinela bajara la vista.

—Disculpado, señor.

Una vez en los establos, atrancaron la puerta para evitar que la borrasca anegara el interior. Después atendieron a las monturas. Con el cabello empapado, Fruela despojó a Sniumeis del bocado decorado con hilo de plata y aflojó las cinchas para retirar la silla. Acarició el lomo del agotado animal y entró en la cabaña. Junto a una miserable lumbre, un individuo se adelantó para saludarlos; vestía ropas de calidad, le faltaba una oreja y un *scrama* de dos pies colgaba del cinto. Se llamaba Eurico y ostentaba cierta autoridad en aquella aldea.

—Enhorabuena —exclamó—. Dicen que el vascón era grande como un oso y tan feo como el Demonio.

El hijo del duque se despojó de la clámide y, sorprendido, estrechó la mano que le ofrecía. Habían pasado diez días y el incidente corría de boca en boca. Oxson era toda una celebridad y las calamidades de aquel año funesto alimentaban las ansias de buenas noticias.

—Os esperábamos —añadió Eurico, rascándose la oreja que aún le quedaba—. Tenemos un asunto para vos.

Charlaron tras secarse las ropas y unos mozos les dejaron paja limpia junto al fuego. La comitiva se tumbó sobre aquel lecho infecto y se envolvió en los mantos.

El amanecer les trajo una miserable claridad que a duras penas se abría paso entre jirones de niebla. Había dejado de llover; al abandonar la cabaña, admiraron un paisaje de nieve amasada con barro hasta donde alcanzaba la vista: apenas veinte pasos. Los lugareños surgían de entre la bruma por caminos enlodados cubiertos de estiércol.

Un individuo rechoncho, acompañado por un puñado de bucelarios, les trajo cuatro prisioneros de aspecto miserable. Una vez descabalgó, Eurico le abrazó con entusiasmo.

—Apesta —le dijo.

—¿Quién necesita bañarse con este tiempo? —respondió él, y se giró en redondo—. Soy el juez local. —Era bizco, nadie supo a quién hablaba. Fruela se dio por aludido y examinó a los cuatro pordioseros.

—Esclavos prófugos —le informó el juez—. Cada vez hay más.

La hambruna había hecho que los siervos de los latifundios del sur abandonasen las tierras de sus amos para buscar refugio en las desoladas montañas del norte.

—Los cántabros iban a aplicarles su justicia —añadió en voz baja—. Tuvieron suerte: los convencí para que nos los entregaran.

El juicio iba a tener lugar bajo un enorme tejo que se alzaba ante la iglesia, un edificio de mampostería provisto de un pequeño ábside rectangular, a cuyo alrededor se amontonaban las tumbas de lajas. Colocaron una mesa con tres sillas para que Fruela se sentara; las rocas y un vetusto carro hacían de escaños. A medida que los montañeses se acomodaron por orden de edad,

dejaron las armas apoyadas en el tronco hasta crear una montaña de lanzas, azconas, hachas y *scramas*.

*Conventus publicus vicinorum*. Aquellas asambleas establecían el uso comunal de los pastos y los bosques, decidían sobre los asuntos del valle e impartían justicia. Munio desenfundó la espada para apoyarla en el tronco centenario antes de sentarse en el lado izquierdo de la mesa. Fruela no hizo ningún gesto de desprenderse de las armas que llevaba a la cintura, algo que nadie pasó por alto. El juez comenzó a quitarse los pegotes de barro de la barba.

—Traed a los testigos —declaró.

Una casi anciana y dos muchachos con un *scrama* al cinto, de apenas la edad suficiente para tirar de velorta y acarrear más de cien libras de hierba a la espalda, momento en que se convertían en hombres. La peste había convertido al mayor en cabeza de familia con apenas quince años. Se despojó del gorro para mostrar una mata de pelo castaño. No pidió hacer uso de la palabra, acostumbrado como estaban aquellas gentes a que no hubiera a quién.

—Hacíamos la muda al sel cuando trataron de llevarse al rebaño —les explicó—. Nos engarramos, mientras se iba metiendo la niebla, y mi madre avisó a los del valle.

Los bucelarios empujaron a los reos ante el tribunal. El juez se sonó los mocos con el extremo del manto antes de preguntarles:

—¿Qué tenéis que decir en vuestra defensa?

Los esclavos intercambiaron miradas hurañas. Uno de ellos, corpulento y de cabello rojizo, se adelantó al resto.

—Abandonamos las tierras de nuestro señor —admitió, pronunciando esa última palabra con infinito rencor—. Teníamos hambre, hemos vagado de un sitio a otro durante meses. Solo buscábamos comida.

—Y tratáis de robar la vacada de una viuda con dos hijos. —El juez señaló a los testigos—. Los condenáis a morir de hambre durante el invierno o a depender de la caridad para subsistir.

Los lugareños aferraron los cayados, con las manos encallecidas por el dalle. Para aquellos montañeses, el ganado era mucho más que su patrimonio: en él residía su orgullo, su prosperidad, su forma de vida. Al casarse, cada hombre recibía de su familia un par de vacas, un puñado de ovejas y un caballo. El rebaño solo crecía gracias a su esfuerzo. Se levantaban antes del amanecer para ordeñar a las reses, se desollaban las manos segando y acarreando el heno para alimentarlas, no comían antes que ellas y, cuando lo hacían, bebían su leche y se alimentaban con su carne; los arropaba su calor, se vestían con su lana. Podías mutilar a un hombre, insultarle, arrebatarle a su mujer; todo eso podía ser perdonado. Pero si robabas su ganado, se lo quitabas todo.

—Creo que ya pagamos por ello —dijo el reo de mayor edad.

Fruela estudió su aspecto. Una mujer entrada en años y un par de muchachos imberbes se habían

enfrentado a media docena de hombres robustos y lograron matar a dos. El pelirrojo enrojeció de ira:

—Los nobles nos obligáis a rompernos la espalda labrando la tierra y luego nos arrebataís la mitad de la cosecha. ¿Quién eres tú para juzgarme?

La pregunta iba dirigida a quien presidía el tribunal.

—Soy gardingo del rey —respondió Fruela—. Mi autoridad procede de él, y la suya de Dios.

La mirada del reo deambuló, desdeñosa y acusadora, hasta detenerse ante la mesa. Entonces escupió sobre ella. El hijo del duque bajó la vista para observar el esputo, reflexionando sobre el contenido de aquella declaración. Nadie se movió del asiento. La costumbre establecía que, una vez iniciado un concejo, estaba prohibido abandonarlo.

—Yo no reconozco tu derecho para regir mi vida —le dijo el siervo.

—Y yo no reconozco tu derecho a vivir —respondió él—. Colgadlos.

Los bucelarios arrastraron a los cuatro prófugos, mientras se debatían con todas sus fuerzas. Fruela se levantó del escaño para retirarse.

—¡No eres nadie! —El pelirrojo aullaba de rabia—. ¡Tu padre y tú no sois nadie!

El joven godo se detuvo para observarle por encima del hombro y los prisioneros contemplaron su expresión, horrorizados. Durante un instante solo se escuchó el gemir del viento agitando la fronda del tejo y los lobos aullando en la montaña.

—¡Cierra la boca, maldito idiota! —Uno de los siervos se arrodilló en el suelo enfangado—. ¡No le hagáis caso, señor! ¡El hambre le ha vuelto loco!

—He cambiado de opinión —declaró Fruela—. Despeñadlos y dejad sus cuerpos como carroña.

—¡No! —gritó el más viejo—. ¡Sin sepultura, nuestras almas vagarán atormentadas hasta el Día del Juicio Final!

—Para vosotros, eso no supondrá un cambio.

Teodolf golpeó al taheño en la boca para hacerle callar. Cuando el viejo se sujetó al tronco, Argebald le aplastó los dedos con el pomo de la espada. A medida que los arrastraban hacia el barranco, sus voces se perdieron en la niebla.

—En fin —concluyó el juez, poniéndose en pie—. ¿Queda algo de vino?

Los cántabros no se habían movido del sitio. Aguardaban, con la mirada fija en el tribunal.

—Muchacho —dijo Munio, que aún permanecía sentado—, dices que llevabais el ganado al sel. ¿Os queda hierba?

En verano, los montañeses conducían los rebaños a las brañas de altura y mudaban de un lugar a otro a medida que se agotaban los pastos, hasta descender a los valles en invierno. Si la familia buscó refugio en las tierras comunales solo podía ser porque, a falta de brazos para segar y acarrear la hierba, no habían podido reunir el suficiente heno para la invernada.

—Apenas —admitió.

Dos meses restaban para la primavera. Dos meses en los que tendrían que alimentar al rebaño con el brezo y el escajo que pudieran hallar bajo la nieve. De no lograrlo, las reses morirían de hambre y con ellas, la familia; aun así, el joven no había querido apelar a la caridad. Munio extrajo una bolsa de monedas y se la arrojó al muchacho, que la atrapó en el aire.

—Compra lo que te haga falta y paga tus deudas y hazte con un par de vacas —dijo el sobrino del duque—. Este verano, la mejor parcela del prado del concejo será tuya, pero deberás entregar el primer ternero a quien te ayude en la siega.

El mozo frunció el ceño y observó el contenido de la bolsa, sorprendido. Alzó la vista para dedicarle un gesto de gratitud. Solo entonces los montañeses comenzaron a levantarse y, tras recoger sus armas, se dispersaron por la montaña.

Para entonces Fruela había regresado a la cabaña. Sentado ante el hogar, arrojó un leño a las llamas y, al extender las manos, descubrió que temblaban. Cruzó los brazos para colocarlas bajo las axilas. Teodolf se sentó a su lado y las sombras del fuego danzaron en su rostro.

—Para hacer justicia, hace falta algo más que una espada.

El joven tomó la jarra que Argebald le ofrecía y dio un largo trago. Agrio como el vinagre, el vino le produjo una agradable quemazón.

—Yo no elegí esa tarea —masculló, y se limpió la barba con el dorso de la mano.

—El rey honró a tu padre con esta provincia.

—No fue una honra, sino un destierro —dijo Fruela, alzando la voz—. Otros duques poseen ciudades y fértiles haciendas; comercian con los griegos por mar. Mi familia gobierna sobre montañas y selvas, una tierra estéril, siempre en disputa, poblada por salvajes que apenas se consideran romanos. ¿Qué sabemos de ellos?

—Apestan a boñiga, siempre van armados y son tus súbditos —le respondió Teodolf—. Y tu madre era una de ellos.

El muchacho dedicó una mirada de soslayo a su primo, que escrutaba las llamas, ensimismado.

—Apenas la recuerdo.

Apuraron el vino que aún les quedaba en silencio, mientras la leña se consumía. Compartieron historias sobre un mal sin nombre, cuando en aquella tierra habitaba una raza de gigantes de un solo ojo que traía la peste y la tormenta. Un frío atroz traspasó las pieles que los cubrían, el viento gemía más allá de la puerta. Afuera, los lobos aullaban de júbilo.

### III

Sobre el horizonte, una difusa línea de cumbres emergía sobre el mar como un continente fantasma. Desde la alcazaba de Tingi, Europa solo era una aserrada franja teñida de añil. Al fin a la vista, próxima, inalcanzable. Por un momento, Mūsà ibn Nusayr deseó contar con el poder de su tocayo para que las aguas se abrieran ante él por los designios de Alá.

Alzó la vista y la luz del sol le obligó a entrecerrar los ojos. Soplaban un fuerte viento de poniente. En el cielo, limpio de nubes, las últimas garzas emigraban hacia el sur; sus chillidos le llegaban remotos, arrastrados por la brisa. Desde aquel escarpado promontorio la ciudad se precipitaba ladera abajo hasta la playa; cientos de techumbres de ramas de palmera y, extramuros, un fértil valle, empotrado entre la sierra y la ensenada, salpicado de huertos, graneros y factorías de salazón. La antigua capital de la Mauritania Tingitana aún conservaba las formidables murallas de sillares de piedra que le habían ayudado a soportar el largo asedio. La lucha había sido encarnizada, pero aquella tierra al fin pertenecía al *Dār al-Islam*.

La atención de Mūsà se dirigió hacia un centenar de rostros congelados en una mueca de perpetua agonía. Un enjambre de moscas zumbaba furioso sobre las desfiguradas facciones, clavadas ante las puertas de la ciudadela. A los pies de aquel baluarte, decorado con las cabezas de sus enemigos, una veintena de prisioneros eran conducidos al tajo sin importar el rango. El jefe de la guarnición goda alzó el rostro para dedicar a Mūsà una última mirada desafiante. La espada del verdugo interrumpió aquel gesto altivo y su cabeza rodó por el suelo.

—Rellenadla con mirra y sal —dijo Mūsà—. Luego enviádsela a Urbano.

Ante la montaña de cuerpos sin vida, mujeres y niños desfilaban encadenados. Tingi había sido sometida por conquista, no por capitulación, de modo que la vida de sus habitantes les pertenecía. Aun así, su número era exiguo. La mayor parte había huido antes de que la ciudad cayera en sus manos, gracias a la flota que, llegada del otro lado del estrecho, había abastecido a los defensores durante el asedio.

Fatigado, Mūsà se dispuso a regresar al patio. Al bajar la escalera, comenzó a jadear y a duras penas contuvo una blasfemia. ¿A qué edad debía considerarse un anciano? En el pasado creyó que a los cincuenta años, pero el tiempo había ido desplazando lentamente ese límite, como un horizonte siempre lejano. A punto de cumplir los setenta, había acordado que ese momento llegaría cuando el asma le impidiera montar a caballo.

Bajo un cobertizo de ramas de palmera dos caídas supervisaban el reparto del botín. Las sacas

con el quinto reservado al califa eran precintadas con sellos de plomo, todo el metal requisado se acuñaba para pagar a las tropas. El aire se volvió irrespirable cuando Mūsà se acercó a los hornos para tomar un puñado de feluses. Imitando las cecas locales, algunas monedas mostraban la efigie de un atún, en alusión a las pesquerías tingitanas. En otras podía leerse una leyenda: «La paga de quienes luchan por Alá». Uno de los nobles se aproximó a él con paso sosegado.

Habīb ibn Abī ‘Ubayda al-Fihrī vestía un *izār*, lo cual enfatizaba su ascética apariencia. Una sencilla pieza de lino blanco envolvía su cuerpo y, junto con el cabello trenzado, le otorgaba una apariencia de beduino, o de peregrino a Meca. Mūsà comprobó que la parte inferior de la prenda no sobrepasaba la mitad de la tibia, para no caer en la arrogancia, tal y como había advertido el Profeta.

Hacía falta mucho más que la longitud de un trapo para alejarle de ese pecado.

—«La maldad está dividida en setenta partes. De ellas, sesenta y nueve corresponden a los *barbar*.»

El rostro de Mūsà se arrugó ante aquel hadiz. Le costaba creer que Muhammad, que apenas había salido de Arabia salvo algunos viajes a Siria, hubiese oído hablar de los *barbar*. Pero las palabras del Profeta, pronunciadas ante algún discípulo, pasaban de boca en boca desde hacía tres generaciones. Se habían convertido en materia de fe y fuente para la ley islámica. Eran un medio de distinguir lo verdadero de lo falso, de conocer la voluntad de Alá.

Mūsà sospechaba que había más hadices falsos que auténticos.

—No debemos confiar en él —añadió Habīb, con una mirada intensa, casi fanática.

Habīb era nieto de ‘Uqba ibn Nāfi‘, lo cual le otorgaba un enorme prestigio en el ejército. Dotado de una soberbia solo a la altura de su genio militar, su abuelo había luchado durante cuarenta años contra los romanos de las ciudades del Magreb y los *barbar* del interior. Convencido de la superioridad árabe, ‘Uqba murió en una emboscada a manos de Kusayla, un jefe tribal *barbar*, en una acción que muchos consideraron temeraria.

—No podemos demorarnos más.

Ante aquellas palabras, la atención de Mūsà se desplazó hacia ‘Abd al-‘Azīz. Su hijo vestía una aljuba, un turbante de seda cruda y unos zaragüelles persas; una elegante indumentaria acorde con su apuesto porte. A los treinta y cinco años, ni la guerra ni las fatigas a través de montañas y desiertos habían hecho mella en aquellas hermosas facciones que tanto le recordaban a Amīna bint Marwān, su más querida esposa.

—Debemos proseguir —insistió Habīb, y a continuación recitó—: «¡Combatid contra quienes, habiendo recibido la Escritura, no creen en Alá ni en el último Día, ni prohíben lo que Alá y Su Enviado han prohibido, ni practican la religión verdadera, hasta que, humillados, paguen tributo!».

Hastiado, Mūsà le dirigió una muda advertencia. Con aquella aleya, el quraysí pretendía

recordarle cuál era su deber como musulmán. El *yihād*. La única forma de guerra permitida por la ley islámica, cuyo fin no era otro que ampliar el *Dār al-Islām*. Habīb no ignoraba que las motivaciones de Mūsà eran mucho más mundanas.

—Mi padre ha extendido el califato hasta el extremo occidental del mundo —dijo ‘Abd al-‘Azīz ibn Mūsà—. Gracias a él, al-Walīd gobierna sobre todas las tierras que se extienden más allá de Egipto.

—Salvo una ciudad —señaló Habīb—, y un hombre.

Se refería a Urbano, señor de las Columnas de Hércules, el estrecho que los separaba de al-Ándalus. Habían logrado arrebatarse Tingi tras un prolongado asedio y más tarde lo intentaron con Septem, a cuarenta millas al noreste. Asentada en una península rocosa, aquella ciudadela resultó inexpugnable y recibía refuerzos desde Julia Traducta, al otro lado del Estrecho. Tras varias escaramuzas, se vieron obligados a abandonar la ofensiva, a causa de la enconada resistencia.

Treinta años antes, el conde Juliano se había reunido con ‘Uqba durante el transcurso de su campaña hacia el oeste. El romano entregó presentes al caudillo árabe y, cuando este le preguntó por un modo de pasar a al-Ándalus, él le aconsejó que, en su lugar, atacara a los paganos del sur: «Los *barbar* comen carroña, beben la sangre del ganado y viven como bestias, pues ni creen ni conocen a Dios». Este acuerdo con gentes del libro no ocultaba la incapacidad de ‘Uqba de tomar sus ciudades, ni tampoco los deseos del godo de alejarle del reino hispano. Con sus palabras, ‘Abd al-‘Azīz acababa de recordarle a Habīb quién había triunfado allá donde fracasó su abuelo.

—No podemos permitirnos otro asedio —señaló Mūsà—. Si estalla otra revuelta, estaríamos aislados en territorio hostil, a mil quinientas millas de Qayrawān.

Corría el año 88 de la Hégira y, durante más de dos décadas, el Magreb se había convertido en un campo de batalla en su lucha contra los *barbar* y los romanos de Constantinopla. Kusayla había sido derrotado; Cartago, la capital provincial, había caído; pero la guerra prosiguió. Seis años antes, Mūsà fue enviado para hacerse cargo de la situación y entregó a los hijos de ‘Uqba la vanguardia del ejército. «Id y vengaos de los asesinos de vuestro padre», les dijo. Los cuatro hermanos, ávidos de sangre, marcharon hacia la capital de los Awraba y, tras cometer una atroz matanza, demolieron las murallas y las casas hasta los cimientos. Decapitaron a seiscientos notables *barbar* e hicieron miles de cautivas, entre ellas las hijas de Kusayla, un gigantesco rebaño humano de tal magnitud que el valí de Egipto apenas creyó los informes.

Mūsà había afianzado el dominio árabe sobre occidente librándose de lo más embarazoso de la lucha. Pero la guerra había sido larga. Demasiado. Se hallaban en invierno, lejos de sus bases de aprovisionamiento, y aún debían consolidar el sur del Magreb antes de regresar a Qayrawān.

—No nos queda más remedio que confiar en él —concluyó.

Los *barbar* habían entregado doce mil jinetes a cambio de que sus instituciones tribales fueran

respetadas. Y el único modo de garantizar la lealtad del ejército que debían dejar atrás era que uno de ellos los liderase.

Como si hubieran invocado su presencia, Tāriq ibn Ziyād se presentó bajo el techado. Alto como una palmera, había adoptado el turbante, según la moda árabe, aunque bajo él llevaba rapaba buena parte del cráneo, siguiendo la bárbara costumbre de su pueblo.

—La paz sea contigo —dijo Tāriq, mientras observaba a Habīb ibn Abī ‘Ubayda al-Fihri, a sabiendas de que su alma jamás había conocido la paz. El preludio de una sonrisa se intuía en aquel delgado rostro, cubierto por una rizada barba que comenzaba a agrisar bajo el mentón. Sin duda imaginaba que habían estado hablando de él.

—Y también contigo —respondió Mūsà, y le hizo un gesto para que le acompañara. Abandonaron la sombra de la techumbre para encaminarse hacia las murallas.

Uno de los ojos de Tāriq era verde, el otro de color miel; su mirada resultaba turbadora. Había sido uno de tantos rehenes destinados a garantizar la fidelidad de su pueblo, y sirvió fielmente a Mūsà hasta que decidió concederle la manumisión. Se rumoreaba que Tāriq procedía del linaje de al-Kāhina, «la Hechicera», la reina de las tribus nómadas Yarāwa que les había infringido tantas derrotas tras la muerte de Kusayla. Bella y traicionera como solo podían serlo las mujeres de aquella inhóspita tierra, se decía que podía predecir el futuro.

Al escrutar la expresión de su maula, Mūsà se preguntó si esa facultad podía heredarse.

—Te he llamado para hacerte saber mis órdenes —le dijo—. Permanecerás en Tingi, al mando de doce mil *barbar*, con armas y pertrechos.

Algo le dijo que aquella había sido una decisión esperada. Tāriq y ‘Abd al-‘Azīz habían combatido juntos y compartieron largas jornadas de caza. Mūsà se preguntó hasta qué punto aquella amistad había enturbiado el juicio de su hijo, y si él se veía arrastrado. En ocasiones, la necesidad de confiar en alguien nos fuerza a hacerlo sobre quien no se debe. Por su parte, Habīb parecía haber heredado todas las virtudes de ‘Uqba, pero la muerte de este a manos de los *barbar* también acrecentó sus defectos. Durante un tiempo, aquel deseo de venganza le había sido útil, y sin embargo comenzaba a resultar un lastre.

—Mugīt al-Rūmī y Abū Zur‘a estarán bajo tu mando —añadió Mūsà—. Dejaré veinte imanes para que enseñen el Islam a los *barbar*.

Tāriq esbozó un nuevo asentimiento, sin abandonar aquella sonrisa que no acababa de aflorar. De su gente, los árabes destacaban las continuas apostasías y la reticencia a abrazar el Islam; su doblez, hipocresía y violencia sanguinaria. Y también su valor en el combate.

—Organizarás aceifas en los dominios godos a este lado del mar —prosiguió Mūsà—. Debes asolar la campiña de Septem.

El caudillo *barbar* asintió:

—Hasta que dependan por completo de los suministros venidos de al-Ándalus.

Mūsà no pudo más que asentir. Ni siquiera Habīb se había percatado de la finalidad de aquella estrategia. La sagacidad del maula no dejaba de inquietarle.

—¿Y qué hará mi señor mientras tanto? —preguntó Tāriq.

—Nosotros regresaremos con el ejército árabe a Qayrawān —dijo, mientras se apoyaba sobre las almenas, y una vez más, su mirada se dirigió hacia el norte.

El Profeta había declarado que todo guerrero debe combatir sus pasiones. Ese era otro tipo de *yihād*, del que Habīb siempre salía derrotado. ¿Estaba cayendo él mismo en esa falta? Mūsà había nacido en la esclavitud. Su padre, Nusayr, había sido un cristiano iraquí capturado de niño, al igual que los prisioneros que acababa de dejar atrás. Con el tiempo Mūsà fue nombrado jefe de la guardia del califa y, gracias a ello, entró al servicio del valí de Egipto, con quien mantuvo una estrecha amistad hasta el día de su muerte. Su éxito en el Magreb le había convertido en el gobernador de aquella nueva provincia y solo debía rendir cuentas ante el califa. Un arduo trayecto, desde unos oscuros orígenes que trató de ocultar haciendo que un genealogista convirtiera a su bisabuelo en compañero del Profeta. Pero la edad no había mermado su ambición. Para cumplir las órdenes de al-Walīd y alcanzar sus propias metas, necesitaba ultimar unos preparativos.

«Necesito barcos», concluyó, y su vista escrutó el reino que se extendía más allá de aquel piélago celeste, e imaginó las riquezas que albergaba. Durante un instante, escuchó los chillidos de las gaviotas mientras la brisa le acariciaba el rostro y, al girarse, descubrió los ojos de Tāriq siguiendo la misma dirección.

Sus intenciones eran tan insondables como aquel océano.

## IV

Amaya, «la ciudad madre». En las últimas estribaciones de la cordillera, como un mar de peñas que muere en la llanura, una meseta rodeada de farallones se alzaba imponente hasta perderse entre las nubes. Siete siglos antes, había sido el primer baluarte donde los cántabros se enfrentaron a las legiones de Roma, y más tarde fue el bastión en el que desafiaron a las huestes de Leovigildo. Una vez sometida Cantabria al poder visigodo, esta fortaleza natural se convirtió en la capital de la provincia.

Las puertas estaban orientadas al sur, hacia un minúsculo valle colmado de huertos. Fruela y sus hombres dejaron atrás el angosto desfiladero que corría junto a un arroyo y cabalgaron entre campos arados bajo una incesante lluvia.

—Este verano la cosecha será mejor —masculló Munio.

Ascendieron por la tortuosa senda que conducía a la cima; una vez rebasado el recio portón de la empalizada, un cuerno resonó en la torre. A ambos lados del lodazal que servía de camino, entre cabañas de zarzo con techumbre pajiza, los aldeanos se agolparon para darles la bienvenida.

—¿Habéis matado a muchos vascones? —les preguntaron los niños que corrían a su lado.

—No os quepa duda —rio Argebald—. Dejé de contarlos cuando llegué a cien.

Los lugareños admiraban al hijo menor del duque, empapado, mugriento y exhausto tras un mes de ausencia, aunque victorioso y enriquecido con la panoplia tomada al enemigo. Sobre una plataforma rocosa se alzaba un austero edificio de piedra encalada con varias estancias adosadas. El palacio ducal dominaba el ascenso hacia una peña llamada El Castillo, que se alzaba mil ochocientos pies sobre la llanura; desde allí, la vista alcanzaba hasta más de sesenta millas al sur. Los buitres sobrevolaban los cantiles que defendían aquella población de apenas un millar de almas.

El duque Pedro los aguardaba junto a la puerta, acompañado de su séquito armado. Un perenne viento norteño agitaba los ropajes y hacía flamear el estandarte rojo y negro de su familia. Fruela descabalgó para saludarle y observó, sorprendido, las abarrotadas dependencias de los invitados.

Envuelta en un grueso manto con ribetes de piel de marta, una niña de doce años corrió hacia él.

—¡Fruela!

—Gausinda, te he traído un regalo.

El joven godo abrazó a su hermana y le entregó el peine de marfil que había arrebatado a Oxson.

—Dicen que derrotaste a un ogro vascón que había violado a una docena de muchachas — declaró la chica con orgullo.

Fruela sonrió y alzó la vista para saludar a su padre. Cuarteado por el tiempo, aquel rostro severo que tan bien conocía se mostraba áspero y pálido. La mandíbula, como cuajada de nieve, pues esa mañana no se había afeitado, y aun así lucía una hermosa túnica decorada con dos franjas verticales. Sus ojos grises crearon una maraña de arrugas cuando se entrecerraron para escrutarle.

—Sed bienvenidos —les dijo Pedro, alzando la voz—. Nos han llegado noticias de tu hazaña, hijo. Estoy orgulloso de ti. Has demostrado tu valía y esta noche lo celebraremos en la Candelaria.

Los aldeanos ovacionaron al duque. En aquel cruel año, lleno de muerte y miseria, la oportunidad de comer y beber hasta hartarse suponía todo un obsequio.

—Bienvenido. —Alfonso se apoyó en un bastón de níspero para acercarse. Llevaba el cabello corto, según la moda romana, y una holgada túnica talar le cubría el cuerpo hasta los pies. Frunció el ceño al estrechar la mano de Fruela, lo cual atenuó el aspecto juvenil que le otorgaba un rostro lampiño de delicadas facciones. Como siempre, le acompañaba un puñado de burócratas de edad avanzada. Todos estudiaban las reacciones de los dos vástagos del duque, atentos a cada gesto. Alfonso se dirigió a la comitiva de su hermano:

—He ordenado que traigan comida y os preparen un baño. Podéis retiraros a descansar.

Los guerreros permanecieron en pie sujetando las riendas de las monturas, mientras el gélido viento les alborotaba el cabello.

—Haced lo que os dice —les ordenó Fruela.

Solo entonces obedecieron. El duque esbozó un ademán y el menor de sus hijos entregó las bridas de Sniumeis a un criado para dirigirse a la sala ducal, seguido de Alfonso y Teodolf. En la oscura estancia, las cortinas anudadas a los pilares flanqueaban el escabel que presidía la enorme mesa de roble, bajo una sucesión de ventanas que proyectaban una mezquina luz sobre el suelo terrizo. Pedro se acomodó en el sitial para hablarles.

—¿Cómo puedo tener un hijo tan lerdo?

A nadie le sorprendió aquella pregunta; se trataba de un tema recurrente en las charlas familiares. Nada de lo que Fruela hacía parecía agrandar a su padre, aunque en público se viera forzado a respaldarle.

—Defendí al rector de Flavióbriga —le respondió con parsimonia.

—La provincia está assolada por la peste y el hambre —declaró el duque—. Has puesto en peligro la frontera para defender a una jovencuela ligera de cascos.

—Mi deber es impartir justicia.

—¡Tu deber es obedecerme! —rugió Pedro, y entonces se dirigió a Teodolf, que permanecía de pie ante el escaño—: ¿Vas a explicarme qué ocurrió?

—Creo que debería ser él quien lo haga —replicó el aludido con serenidad. Fruela percibió un vestigio de irritación en aquellas palabras, dirigidas hacia él, mas no añadió nada más. El duque comenzaba a impacientarse:

—Hace años, te ordené que educaras a mi hijo. Juraste que lo protegerías en todo momento.

—Y eso estoy haciendo.

Aquello corroboró lo que Fruela sospechaba desde hacía tiempo: al ponerle a cargo de Teodolf, su padre deseaba contar con un confidente que le informara de sus actos. Una maniobra errada, pues con el tiempo habían compartido demasiadas penalidades juntos y Argebald se había convertido en casi un hermano. Irritado ante aquella respuesta, el duque hizo un gesto para que Teodolf se retirara. El veterano cerró la puerta al salir, dejando a Fruela a solas con su familia. El joven caminó hacia la mesa para escanciarse un vaso de vino.

—Hizo lo que pudo —comentó, observando la entrada.

Nadie le contestó, así que decidió relatar lo ocurrido a su modo. Mientras hablaba, estudió el aspecto del duque Pedro y se preguntó cuántos inviernos más le quedaban. No era el único en hacerse esa pregunta. La rivalidad con Alfonso había surgido con las primeras disputas a pedradas entre muchachos, consolidándose a medida que asumían responsabilidades y la autoridad paterna menguaba. El «morbo gótico». Esa malsana enfermedad que había asolado el reino aún más que la peste. Durante tres siglos solo la mitad de los reyes había muerto en el lecho, y la mayoría ascendió al trono tras asesinar a su predecesor. Disputas que se reproducían por todo el reino, sin respetar los lazos de sangre.

«Odón sabrá de esto», le había dicho el vascón. Al concluir su relato, Fruela decidió omitir ese detalle.

—Espero que, al menos, le trataras de una forma acorde a su rango —señaló Pedro.

—Le traté como se merece.

Alfonso no pasó por alto el matiz.

—La peste se ha cebado con los más jóvenes, apenas podemos reunir cuatro mil hombres armados. Tu «hazaña» puede alentar una incursión de vascones y aquitanos.

—El rey puede reunir una hueste —dijo Fruela—. El resto de nobles vendrá a ayudarnos.

—¿Una hueste? —Esta vez, el duque Pedro se echó reír—. Los nobles cada vez muestran menos afición a la guerra, prefieren mantener a sus siervos atados a las labores del campo. Salvo la Septimania y la Tarraconense, el resto de provincias no se ven amenazadas, pues no tienen fronteras. Si Odón de Aquitania decide invadirnos, nos encontrará con los pantalones bajados y el culo al aire.

—La ley de Ervigio...

—Obliga a duques, condes y gardingos a reclutar y armar a la décima parte de sus siervos, o de lo contrario serán despojados de todos sus bienes y enviados al exilio —recitó Pedro con

sarcasmo—. Antes, la ley de Wamba ya castigaba con la pérdida de bienes y el derecho a testificar a quien no acudiera a la movilización del ejército. Pasados diez años, casi la mitad de los nobles había perdido ese derecho y Ervigio tuvo que concederles el perdón, pues el sistema judicial estaba anquilosado.

—Entonces, que Witiza nos envíe el ejército regio de Toletum.

—No solo faltan hombres de armas —razonó su hermano—, la cosecha del pasado año fue nefasta. Tuvimos que eximir a muchas aldeas del pago de impuestos. De lo contrario, la gente se habría alimentado con el grano reservado a la siembra. Este otoño las lluvias han sido abundantes. Con la próxima siega podremos recuperarnos.

—¿De dónde esperáis sacar el trigo para los graneros de la *annona*?

El eco de las palabras de Fruela resonó en los muros de piedra sin hallar respuesta. Al fin había comprendido el motivo de que los hórreos estuvieran vacíos y la preocupación del duque ante un ataque de Odón.

—¿Qué ocurrirá cuando el rey lo descubra? —añadió, al sentirse en una posición de fuerza—. La *annona* debe abastecer a los ejércitos si son movilizados.

—Pronto llegaremos a un acuerdo con el annonario —declaró Alfonso.

—¿Pretendes sobornarlo? —Fruela supo entonces que, mientras supervisaba los *castella* al norte de la cordillera, su hermano se había reunido con la aristocracia provincial para sus habituales maquinaciones, esta vez con el supervisor de los graneros militares y el suministro a las guarniciones. Si llegaba a oídos del rey...

—¿Deberíamos dejar que la gente se muera de hambre? —respondió Alfonso con tranquilidad—. El annonario se encuentra en las estancias de los huéspedes. Cerraremos el acuerdo con él esta noche, durante la fiesta. Además..., tenemos invitados que no esperábamos.

—Si la cosecha es buena, podremos restituir el contenido de los hórreos de Virovesca, Pisoraca y Auca —intervino Pedro, quien, al parecer, aprobaba la decisión de su primogénito.

—El trigo se siega en julio; la guerra da comienzo en mayo. —Fruela señaló aquel importante detalle—. ¿Por qué no se me ha informado?

—¿Decírtelo? —bufó su padre—. ¿A ti?

—Si me hubieras dado quinientos hombres habría arrebatado ese trigo a los vascones. —Fruela deseaba restaurar el glorioso pasado de su linaje, pero siempre encontraba en su padre el mayor obstáculo.

—¿Y en caso de que fracasaras? —replicó Pedro.

—No lo hubiera hecho —declaró con arrogancia.

—Eso mismo dijo tu hermano.

Alfonso rememoró el dolor de una antigua herida. Tras aquella escaramuza en la que resultó herido en la pierna, el muchacho había cambiado. Su carácter jovial se había esfumado, siempre

buscaba alternativas a la lucha. ¿Se trataba de sensatez o de miedo? La cojera no le impedía montar a caballo, ni tampoco dirigir una campaña. Pero la huella que la guerra puede imprimir en el alma de un hombre es a veces mayor que la dejada en su cuerpo. Tal vez el primogénito del duque hubiese madurado y, sin embargo, nadie deseaba seguir a un cobarde. El verdadero carácter de Alfonso solo quedaría en evidencia en el momento preciso, muchos años después.

—Puedes retirarte —dijo el duque, y Fruela no quiso discutir más, tenía ganas de darse un baño.

El sonido de la puerta al cerrarse pareció una protesta. Padre e hijo quedaron sumidos en la penumbra.

—Se comporta como un niño que juega a la guerra —lamentó Pedro—. Teodolf le ha sorbido el seso con sus historias.

—Apenas le diste tiempo de madurar.

—No deberías ser tú quien lo defendiera. —El duque de Cantabria dejó escapar el aire que retenía en el pecho y Alfonso le contempló como si fuera un extraño. Había visto su cabello encanecer al tiempo que sus facciones se marchitaban sin apenas darse cuenta y, por primera vez, ante él vio a un anciano. La voz de Pedro se mostró cansada:

—Espero que esta reprimenda le haya hecho entrar en razón.

Guidemar no era especialmente hermosa. Poseía, eso sí, un cuerpo de formas recias, rotundas, que llamaba la atención. Ella trataba de ocultarlo mediante vestidos holgados, pues pensaba que tal voluptuosidad restaba dignidad a su rango y le hacía parecer una cualquiera. Fruela tenía otras ideas al respecto.

—Estás muy elegante —le dijo.

Se hallaban en la antecámara que separaba la sala de banquetes de las dependencias privadas. Más allá de las puertas de roble, resonaba el bullicio de los invitados acomodándose en los bancos. La joven sonrió ante el cumplido y se acercó para besar a Fruela en la mejilla. Él la tomó de la cintura para tratar de hacerlo en los labios. Guidemar le apartó con brusquedad.

—No vuelvas a hacerlo —dijo, asegurándose de que nadie los viera.

—¿Qué edad tienes, Guidemar? —le preguntó Fruela—. ¿Veinte años?

—No me gusta que me engañen. —Trataba de mostrarse ofendida, sin lograrlo del todo.

—Aún eres joven —prosiguió él mientras avanzaba—. Tu esposo ha vivido tres décadas más que tú. Algún día enviudarás y entonces te darás cuenta de que has malgastado tu mocedad en compañía de un viejo. Atrapada en un matrimonio concertado.

Al fin se detuvo ante Guidemar, que no perdía de vista sus manos.

—Sientes lealtad hacia él —murmuró Fruela—. Es algo loable, pero...

—Detente —susurró—. Esto está mal.

—Dime que no lo deseas.

—Sabes que está mal. —Sintió un leve roce en la mejilla, creyó pronunciar una negativa. Notó que unos dedos le alzaban el rostro y entonces empujó a Fruela de nuevo—. ¡He dicho que no! ¿Es que no lo entiendes?

Parecía furiosa con ella misma, por haber tardado en reaccionar, y él rio en voz baja. El chirriar de la puerta hizo que Guidemar se sobresaltara. El duque irrumpió en la antecámara, acompañado de Alfonso, y se adelantó para besar a su esposa.

—Estás espléndida —le dijo a Guidemar, e interpretó su rubor como una encomiable modestia. Fruela le dedicó un respetuoso saludo a su padre y se plantó ante la puerta de la sala. Más allá de ella, resonó un cuerno de olifante.

—¿Entramos? —preguntó el duque.

—Cuanto antes —replicó Guidemar—, tu hijo está muy excitado.

Accedieron a una enorme sala con las paredes decoradas con muérdago y hiedra; una sucesión de vigas sostenía la techumbre y flanqueaba el hogar en el que se asaban una pareja de puercos. Colgadas de una percha se exhibían las armas de Oxson, no muy lejos del tesoro familiar: escudos y yelmos de sus antiguos enemigos, trofeos que rememoraban las gestas de su linaje desde los tiempos en que habitaban en las llanuras del Ponto Euxino.

En la puerta principal, Gausinda recibía a los invitados sosteniendo una pátera de agua perfumada. Toda la aristocracia provincial aguardaba en pie a que la familia ducal ocupara la mesa de honor. Los de mayor edad se habían acomodado en los bancos más próximos al sitio del duque, mientras que los más jóvenes lo hicieron al otro lado. Antes de ser sometidos, los cántabros se reunían en consejo en Amaya para forjar alianzas y resolver disputas. Siguiendo esa tradición, el duque hacía llamar tanto a los terratenientes del sur como a los concejos de los nueve valles. Allí atendía las peticiones y recompensaba a sus hombres, y realizaban votos y juramentos al calor del hogar donde se relataban las gestas de sus antepasados.

Fruela tomó asiento junto a su familia, no muy lejos de Teodolf y Argebald, al que acompañaba una joven de carnes prietas y buen alzado. El duque le presentó a sus dos ilustres invitados.

—Ya conoces a Constantino, el obispo de Auca. —Pedro señalaba a un individuo de mediana edad, flaco y con dos grandes bolsas bajo los ojos glaucos. El prelado del único obispado de Cantabria era hermano de Casio, un poderoso conde de la Tarraconense, provincia limítrofe a la suya.

—Y con él ha venido Opas, el obispo de Spali —añadió Alfonso, señalando a un joven sentado a su diestra—. Su visita es un honor inesperado.

Fruela estudió a Opas con atención. Rollizo y de corta estatura, en su rostro moreno destacaba una sonrisa de granuja y dos ojillos vivaces. Nadie diría que se trataba del hermano del rey. La



la base de una próspera industria de salazones. Fruela se sentó junto a su tío en el momento en el que Guidemar, como señora de la casa, se dispuso a recibir a los invitados:

—Sed bienvenidos —les dijo—. Nos hemos reunido para celebrar la Candelaria. Y también la gesta de Fruela, que ha derrotado a Oxson, un feroz caudillo vascón.

La joven se dio la vuelta para entregar a Pedro un cuerno de toro rebosante de vino, decorado con una hermosa embocadura de plata labrada.

—¡Toma esta copa, mi noble señor! Regocíjate y dirige a tus hombres palabras benignas, que así lo merecen. Sé generoso, no olvides premiarlos con presentes traídos de lejos.

Guidemar se acomodó junto al duque y él dio un sorbo del cuerno, tras lo cual se lo entregó a Alfonso que, después de un prudente trago, se lo pasó a su hermano. Fruela alzó el recipiente con entusiasmo y el contenido rezumó por la comisura de la boca ante las risas de los más jóvenes. Al concluir, se lo dio a Teodolf, él a su hijo y, de este modo, el cuerno comenzó a circular de mano en mano.

Constantino se puso en pie, partió la primera hogaza y bendijo la mesa de un modo solemne. Dedicó una severa mirada a Maurano y, tras un dramático silencio, comenzó a recitar el sermón. Aquel día estuvo realmente inspirado y, sin duda, habría causado una honda impresión en alguna hermosa basílica repleta de devotos feligreses, pero ante él tenía a una caterva de achispados norteños que solo enmudecían por temor al duque, antes que a Dios.

Finalizada la homilía, los coperos comenzaron a servir vino y cerveza, lo cual fue muy celebrado. Una pareja de ministriles comenzó a tañer la lira y una flauta de tibia de buitre. Opas trató de alcanzar el recipiente que se hallaba ante Fruela.

—Si me acercas esa jarra te concedo la absolución a todos tus pecados.

—¿Estás seguro? —ironizó al entregársela.

El prelado se encogió de hombros.

—Qué más da. Por lo que me han contado, en un par de días estarás de nuevo en pecado mortal.

—¿Son esas las palabras propias de un hombre de Dios? —manifestó Constantino, reprobador—. ¿Es esta una fiesta apropiada para celebrar la purificación de la Virgen?

A pesar de sus arrebatos, el obispo era un santo varón. Durante años sus sermones arrojaron a los feligreses de Emérita, pero cuando enviudó por segunda vez y decidió mudarse al norte, convencido de que podría civilizar aquellas tierras salvajes, sin duda pecó de soberbia.

—Al principio, el clero condenaba estas celebraciones de origen pagano —replicó Opas—, hasta que se dio cuenta de que la Cuaresma palidecía ante los banquetes. De modo que la Iglesia construyó salones en los palacios episcopales para celebrar la milagrosa abundancia de Dios. Si no puedes impedir que unos rústicos adoren a una piedra, construyes una iglesia sobre ella. Si celebran la fiesta del Sol Invicto, haz que coincida con la Natividad de Cristo.

El joven prelado sonreía socarrón. Nadie supo si hablaba en serio o si se trataba de algún

refinado sarcasmo.

—¿Qué tal fue vuestro viaje desde Toletum? —le preguntó Pedro.

—El reino está azotado por la peste y el hambre —respondió un Opas taciturno—. Buena parte de los campos, estériles a causa de la sequía, han sido abandonados. Los lobos bajan de las montañas para alimentarse de los cadáveres dejados en los caminos. Los esclavos prófugos deambulan por la campiña; algunos han formado bandas de ladrones, otros son simples fugitivos.

—Confiemos en que, con la ayuda de Dios, superaremos esta prueba —manifestó Guidemar, persignándose.

—Por cierto, Constantino... —prosiguió Opas—. Los abades de esta provincia apenas acuden a los capítulos en Toletum. Sé que envían informes, los he leído, pero ¿quién les dice cómo deben gestionar los monasterios?

—Si tuvieran que decírselo, no serían abades —respondió él, evasivo.

—Claro —prosiguió el religioso—, pero además de administrar, ¿qué hacen?

Alfonso intuyó que los motivos de aquella ilustre visita no solo eran robustecer los lazos clientelares del segundo hijo de Égica.

—¿Qué os ha traído hasta aquí, Opas? —le preguntó.

El obispo le dedicó un ademán vivaz como reconocimiento a su franqueza.

—Mi hermano, el rey, solicita vuestra presencia en Toletum.

—¿Una reunión del Aula Regia? —comentó Pedro, intrigado.

—Así es. Pero he dicho «vuestra» presencia. Tus dos hijos deberán acompañarte.

—Yo también quiero ir a la Corte —protestó Gausinda.

—Tal vez no sea apropiado —dijo Alfonso a su padre—, dada su situación.

En aquellas palabras Fruela percibió algo anómalo que fue incapaz de interpretar. En la mesa estaba teniendo lugar otra conversación soterrada.

—Se trata de una reunión ordinaria de los altos cargos del reino. —Opas retomó la palabra—. Es posible que reclame a tus hijos para el Oficio Palatino.

De ser cierto la mitad de lo que se decía sobre la influencia de aquel joven en la Corte, un «es posible» constituía todo un hecho.

—En ese caso, trataré de obtener más hombres y recursos para defender la frontera —aseguró Pedro, y dijo al menor de sus hijos con la mirada: «Espero que no me dejes de nuevo en evidencia».

Tal vez fuera una oportunidad de medrar en la Corte. El Oficio Palatino constituía la espina dorsal de la administración del reino, lo cual suponía que un puñado de nobles, procedentes de una veintena de linajes, se repartieran los principales cargos.

Contagiado por el entusiasmo reinante, Pedro se levantó del asiento y alzó la copa.

—Quiero proponer un brindis por mi hijo Fruela. —Nadie parecía dispuesto a negarse a una

petición como aquella y los coperos desfilaron hacia las mesas—. ¡Que Teodolf cante algo en su honor!

El aludido se situó en el centro de la sala y comenzó a recitar un poema de los días antiguos. Narraba la historia de la espada *Tyrfing*, forjada por los enanos Dvalin y Durin. No podía ser desenvainada sin que supusiera la muerte de alguien, pues era capaz de cortar el hierro como si fuera manteca. El rey Svafrlami obligó a los enanos a fabricar esta terrible arma y, como venganza, la maldijeron para que trajera la desgracia a su dueño.

Svafrlami murió a manos de un berserker, el cual entregó la espada a su retoño, que pereció en una batalla. Su hija, la doncella escudera Hervör, la reclamó del túmulo paterno como herencia. Más tarde, el arma maldita llegó a manos de su vástago, el rey godo Heidrek, quien capturó a la hija del rey de los hunos en una expedición. La joven fue forzada por Heidrek y regresó con su padre llevando un hijo en las entrañas. Le llamó Hlöd y se convirtió en un valeroso guerrero. A la muerte de Heidrek, le sucedió Angantyr como rey de los godos, así que Hlöd marchó con un ejército para reclamar la herencia que le correspondía por derecho.

Teodolf les narró la batalla que enfrentó a godos y hunos a orillas del Danubio:

—Durante ocho días, pelearon de sol a sol y, al caer la noche, regresaban al campamento. Los caudillos volvían a sus tiendas sin saber cuántos hombres habían caído. La batalla se volvió encarnizada y los hunos se mostraron aún más feroces, conscientes de que, si no vencían, la única forma de salir con vida era demandar una humillante tregua a los godos.

»Al fin, a punto de concluir la octava jornada, los godos cargaron con tal fiereza que las huestes enemigas comenzaron a replegarse. Cuando Angantyr vio a su hermano, dejó atrás el muro de escudos y se abalanzó sobre él blandiendo a *Tyrfing*, la espada maldita, tajando con ella a hombres y bestias. Al fin, los dos hermanos se encontraron frente a frente. Hlöd cayó herido de muerte y su ejército huyó en desbandada. Tantos hombres perecieron aquel día que los ríos quedaron represados y se salieron de sus cauces, los valles quedaron anegados de sangre y cubiertos de cuerpos sin vida. Entonces, Angantyr descubrió a Hlöd entre los cadáveres y recitó apenado:

*Malditos somos, hermano,  
en tu muerte me he convertido,  
ello siempre será recordado,  
mala es la sentencia de las nornas.*

Teodolf concluyó el poema sin dejar de observar a su pupilo: la elección del relato no había sido fruto del azar. Hinchido de orgullo, Fruela no se dio por aludido. Aquellas gestas le hacían sentirse parte de algo más grande que él mismo y revivir una época más noble y heroica.

Cuando Teodolf tomó asiento, intuyó que el joven tramaba algo.

—¿Has visto alguna vez el rostro de la batalla? —le preguntó Fruela.

—¿Te refieres a una escaramuza?

—No, hablo de una verdadera batalla: miles de hombres, frente a frente. Como Adrianópolis, Vogladum o los Campos Cataláunicos.

Teodolf dio un largo trago al cuerno antes de contestar.

—Sí, en tiempos del rey Wamba. Tenía veintiún años y era conde espartario. Combatíamos a los vascones cuando llegaron nuevas de la traición del duque Paulo en el sur de la Galia. Forzando marchas, tomamos una tras otra las ciudades rebeldes hasta derrotarlo en Nemausus.

—He oído hablar de ello.

Fue como si al veterano le echaran sal en la herida.

—Nadie en su sano juicio busca una batalla a campo abierto —refunfuñó—. Te juegas el todo por el todo, el desenlace es fruto del azar. A no ser que no exista alternativa, debes evitarlo a toda costa. Hay demasiado en juego.

Fruela asintió, con la mente perdida en algún remoto lugar. Dio un largo trago a la copa para infundirse ánimos y, poniéndose en pie, se dirigió hacia el fuego, donde se hallaban expuestas las armas del vascón. La atención de todos recayó sobre él.

—He aquí la panoplia que arrebaté a mi enemigo —dijo alzando la voz—. La costumbre establece que sea de mi propiedad; sin embargo, la justicia exige lo contrario. —Se giró hacia su familia materna—. Cuando un vascón me arrojó una azcona en Victoriacum, mi primo Munio interpuso su escudo: el dardo venía con tanta fuerza que lo atravesó de parte a parte. Que esta loriga proteja el valeroso corazón de mi pariente.

Entregó a Munio la cota de malla que colgaba de la percha y el joven cántabro asintió satisfecho. Entonces Fruela se dirigió hacia Argebald, aún sentado junto a la muchacha.

—Argebald, hemos luchado juntos en el muro de escudos. Ignoro el número de veces que has desviado una hoja dirigida a mi pecho. A ti te corresponde este *scrama* decorado con hilo de plata. —El muchacho asintió solemne, tratando de ocultar la decepción ante la disparidad de presentes—. Y a tu prometida, el oro de la venta del caballo. Ella sabrá hacer mejor uso de él.

Los godos rieron cuando la joven aceptó la bolsa que serviría de dote. Seguidamente, el hijo del duque repartió brazaletes de plata entre sus bucelarios y los elogió uno a uno, enumerando sus proezas.

—Padre, te entrego el yelmo de Oxson, hollado por mi espada —dijo ante la mesa de honor—. Que cuelgue de estas paredes, junto con el resto de trofeos, como advertencia a nuestros enemigos.

Tras depositar el casco sobre la mesa se dirigió hacia su escaño. Los invitados aporrearon las mesas para exigir más vino y, al pasar junto al maestro de armas, Fruela se inclinó para hablarle:

—No me he olvidado de ti, Teodolf —dijo, y añadió en voz alta, para hacerse oír entre las risas

—: Durante años, me has enseñado a usar la espada, la lanza y el arco. Como muestra de gratitud, te entrego esta espada forjada en Austrasia. La hoja fue templada en las frías aguas del Rin, al igual que Gram, con la que Sigurd mató al dragón Fafner.

El maduro guerrero se levantó para tomarla de sus manos y examinó la marca del herrero inscrita en la hoja. Tuvo que gruñir para ocultar la emoción:

—Espero que esta no se rompa contra una lanza.

Todos bromearon al recordar las leyendas y, tras un nuevo brindis, vaciaron las copas con entusiasmo. El padre de Munio se alzó del asiento para encararse a la mesa de honor:

—Pedro... —El montañés apenas podía mantenerse en pie—. En el pasado hemos reñido, a pesar de lo que ambos sentíamos por mi hermana. Esta noche he visto el afecto que tu hijo muestra hacia el mío. Por lo que parece, no es tan tacaño como el padre. —Su esposa le dio una patada bajo la mesa—. Es decir, sabe recompensar el valor. Recuerdo una vez, cuando era niño..., él era más pequeño que ahora. Se comía los mocos. Luego creció y le salió pelo en los huevos. Un día, me dio una pedrada y... ¡Qué hijo de puta!

Los invitados ovacionaron la alocución y el duque asintió solemne ante lo que interpretó como una renovación de sus votos de fidelidad. Todos aclamaban a Fruela, nadie recordaba que Alfonso los había eximido de los tributos. Pese a sus grandes virtudes, el primogénito del duque despertaba pocas simpatías. Fruela alzó aún más la voz:

—Dentro de unos días marcharemos a Toletum y pediremos armas a Witiza, nuestro rey. Regresaremos cargados de lanzas y escudos, de hachas y *scramas*... —El joven se subió a una de las mesas y desnudó la espada. Ante la oscilante luz de la hoguera, *Nadristuggo* refulgió como una antorcha.

—Mi padre necesita hombres. Hombres de verdad, para enfrentarnos a francos y aquitanos, nuestros ancestrales enemigos, que antaño nos arrebataron la tierra que nos había entregado Roma. Nobles godos, ¿estáis dispuestos a luchar? —La mitad de la sala gritó un rotundo sí—. ¿Y qué hay de vosotros, cántabros? ¿Se ha agotado el espíritu guerrero del pueblo que desafió a Roma? —Todos vociferaron una furibunda negativa—. Mi padre os pide que abandonéis vuestros campos y rebaños, que dejéis atrás a vuestras mujeres. El duque os quiere para la guerra y para el saqueo. Para que protagonicéis relatos que rememorarán vuestro valor durante generaciones. ¿Estáis dispuestos a seguirme?

Un rugido resonó como respuesta. Puestos en pie, con las armas desenvainadas, la aristocracia guerrera golpeaba las mesas, un ritmo incesante que fue ganando intensidad hasta convertirse en un estruendo que hizo vibrar las paredes de la sala. Gritos de guerra e insultos; la derrota de Oxson les hacía creer que la victoria sería fácil. Una euforia alimentada por los cantos épicos y el vino que Fruela había adquirido con la venta del caballo.

Desde el sitial, el duque de Cantabria esbozaba una sonrisa forzada con la que mostraba los

dientes, una mueca a modo de promesa a su hijo menor, que de nuevo le obligaba a aceptar unos hechos consumados. Satisfecho, Fruela se sentó junto a su hermano.

—Creo que no has acabado de entender los deseos de nuestro padre —murmuró Alfonso.

Cuando Pedro se levantó del escaño, estalló una nueva ovación. El duque tuvo que alzar el brazo para que guardaran silencio.

—Quisiera pedir otro brindis, esta vez por mi hija Gausinda —anunció el duque—. Hemos concertado un enlace con Teudis, gracias al cual esperamos unir de forma fructífera nuestros linajes.

Otro griterío, menos entusiasta, seguido de una nueva ronda de vino y cerveza. A un gesto del padre, Gausinda se levantó de su asiento, azorada. Aún no había sangrado por primera vez y la boda tardaría años en celebrarse.

—La moza está de buen ver —dijo Maurano al obispo de Auca—. El zopenco de tu sobrino no la ha visto más gorda en la vida.

—Cállese —espetó Constantino—. Está borracho.

—Ti-ti-ti-tiene-ne ra-razón, tío —balbuceó Teudis, y dejó el escabel para plantarse ante la muchacha—. Cu-cuando Alfonso me-me propu-puso e-esta bo-boda sabía que no esta-taba a tu-tu altura. E-espero po-poder ser digno de ti-ti algún di-di-día.

Le entregó un anillo, que ella aceptó con una tibia sonrisa. Los hombres de Teudis brindaron en su honor y la corte del duque se unió a ellos. Al intuir la naturaleza del acuerdo, Fruela dirigió una astuta mirada a su hermano: hacer la vista gorda en los graneros, a cambio de cortejar a su hermana. Teudis podía reunir un buen número de hombres armados y era sobrino del conde Casio. Cualquier campaña militar dependía de su ayuda y Alfonso utilizaría esta influencia para su propio interés. Fruela decidió abandonar la fiesta y buscar refugio en la noche.

El gélido viento le golpeó en el rostro. Caminó en la oscuridad, bajo una llovizna eterna, dejando atrás el palacio ducal hasta detenerse ante el borde del farallón rocoso. Observó las luces de los hogares reflejadas en la pálida nieve y recorrió con la vista el aserrado horizonte. Unos pasos resonaron en la escarcha.

—Cada noche sueño lo mismo —dijo Alfonso—. El vascón alza la espada y yo, en lugar de buscar un tajo, doy un paso atrás. La hoja no llega a tocarme. Entonces me despierto y mi pierna sigue igual. Lo peor de todo es que sabía que era una finta. No me detuve a pensar: mi brazo actuó por sí solo.

Los ojos de Fruela se clavaron en él.

—¿Y qué tiene que ver con todo esto?

—Nuestros deseos son un fraude. Creemos que pueden cambiar la realidad, aunque los hechos nunca mienten. Piensas que nuestra hermana merece algo mejor, y sin embargo nuestro linaje ya no es lo que fue. Debemos obrar en función de la realidad, no según nuestros propios deseos.

—Ese tartaja está encoñado de nuestra hermana y lo utilizaste en tu provecho.

Alfonso ni siquiera se molestó en negarlo.

—Teudis es rico y, a pesar de su aspecto, un buen hombre. Toda ayuda que pueda prestarnos resultará esencial para defender la frontera.

—¿Es ese el futuro que deseas para Gausinda, un malparido sin sangre goda en las venas?

—Nuestra madre era cántabra. La esposa de nuestro abuelo paterno procedía de Tarraco. Eso significa que, en el mejor de los casos, una cuarta parte de nuestra sangre es goda. Hace siglos que nuestros antepasados abandonaron Escandia. ¿Qué crees que nos queda de ellos?

—Si, al tomar una decisión, solo piensas en las posibles ganancias o pérdidas, eres un cobarde o lo acabarás siendo. Si actúas así no existe la amistad, ni los lazos de sangre. Te hallarás completamente solo.

Alfonso se giró para contemplar el edificio que habían dejado atrás, donde aún resonaban las risas.

—Algún día tendrás que pedirles que mueran por ti —le dijo—. ¿Crees que estás preparado?

Caminó tres pasos, cojeando. Entonces recordó algo. Al hablar, no dejó de darle la espalda:

—Haga lo que haga, un duque siempre estará solo.

Sobre aquella peña, el primer baluarte donde los cántabros se enfrentaron a Roma, donde más tarde resistieron hasta el fin a los godos, los herederos de un linaje menguado se reconocieron señores de un pueblo que, a pesar de hablar un rústico latín, apenas fingía ser romano. Mientras tanto, el trono de Spania se hallaba de nuevo en disputa y las noticias llegadas del este aseguraban que Lucifer había escapado de su prisión terrenal para adueñarse del mundo.

Una vez sembrada la semilla de la herejía entre la raza de Ismael, una guerra sin fin daría comienzo y no habría lugar donde esconderse, ni siquiera aquellas cumbres nevadas. Sin embargo, los hechos demostraron que quien lo ha perdido todo aún puede tener fe. Con el tiempo, Lébaná refutaría a Toletum, los norteños se envanecerían de un linaje fingido y aquellas montañas declararon ser herederas de Roma.

Y en el fuego de una guerra eterna, se forjó la voluntad de hierro de un nuevo reino.

## V

Impulsado por dos velas latinas y sesenta pares de remos, el *dromōn* dejaba atrás las naves mercantes, obligadas a navegar de bolina en las turbulentas aguas del Bósforo. En el castillo de proa, sobre el sifón de «fuego marino», Konon contemplaba el tajamar cortando el oleaje. Con una eslora de veinte pasos, dos cubiertas y una tripulación de doscientos hombres, aquella formidable nave de guerra resultaba demasiado ostentosa para llevar a un solo hombre, y sin embargo no deseaba regresar a la capital a bordo de un esquife.

El isaurio se volvió hacia barlovento para admirar la mayor ciudad de Europa, baluarte del legado clásico y la Cristiandad: Constantinopla, la Nueva Roma. Resultaba agradable volver al hogar. Al igual que la ciudad eterna, aquella gigantesca urbe se asentaba sobre siete colinas, en una península cuyo istmo estaba defendido de norte a sur por cinco millas de murallas. Otra cerca corría paralela a la costa, convirtiendo a la metrópoli en una fortaleza inexpugnable, a la que Constantino, su fundador, había embellecido con relieves, esculturas y obeliscos traídos desde Atenas, Éfeso y Alejandría. Cientos de viviendas se amontonaban entre el verdor de las cumbres, donde se alzaban majestuosas las cúpulas de palacios y basílicas.

Konon gritó una orden y los marinos bracearon las vergas para virar por avante. La nave se adentró en el Cuerno de Oro, un enorme estuario al norte de la ciudad, que servía de encrucijada al mundo y de fondeadero a Constantinopla. A medida que la nave se adentraba en el Puerto de Neorion, al espatario le asaltó una repentina ansiedad. Una vez fijadas las amarras, saltó a la dársena y se abrió paso entre la vociferante muchedumbre de pescadores, mercaderes y funcionarios que abarrotaba los muelles.

En las aduanas descubrió a Teófilo vestido con una ostentosa dalmática púrpura. Sonrió al ver a su viejo amigo convertido en logoteta doméstico del emperador. El saludo, tímido al principio, pronto se volvió un efusivo abrazo.

—¿Cómo te va en la Corte? —le preguntó Konon.

—Sigo vivo —respondió Teófilo—. No puedo quejarme.

El isaurio iba a echarse a reír cuando la fatigada expresión de su amigo le dio a entender que no bromeaba. Entonces supo que los rumores eran ciertos. Consternado, se despidió de sus hombres y acompañó a Teófilo hacia la puerta de las murallas. Una sombría inquietud era palpable entre el bullicio de las empinadas callejuelas atestadas de buscavidas, vendedores ambulantes y damas con parasoles. Las mujeres que conversaban en los patios lo hacían en voz baja; las risas de los

niños resultaban estridentes. La incertidumbre que acompañaba a la guerra se había convertido en una nueva plaga que pudría las almas y, con ellas, la esperanza. Como si la ciudad entera contuviera el aliento.

—¿Qué tal por Alania? —le preguntó el logoteta.

Por toda respuesta, Konon extrajo una moneda de la bolsa y se la arrojó a las manos. Teófilo observó con atención el oro acuñado. Parecía un sólido, aunque jamás había visto una ceca similar. No contaba con ninguna figura, solo palabras en un extraño alfabeto.

—Empezaron a acuñarlas hace trece años —dijo Konon—; ahora están por todo oriente.

—¿Qué dice?

—«No hay más dios que el Dios único, que no tiene igual. Muhammad es el Mensajero de Dios a quien envió con la guía y la religión verdadera para que pueda vencer sobre cualquier otro credo.»

Desde la más remota antigüedad, acuñar moneda había sido una prerrogativa imperial. En un principio los árabes habían imitado las cecas de los territorios conquistados, hasta que el califa ‘Abd al-Malik comenzó a acuñar sólidos con su propia efigie, en lugar de la del emperador romano, y suprimió la cruz. Como respuesta, por primera vez en la historia romana, el emperador incluyó la imagen de Cristo en las monedas con el epígrafe «Jesucristo, Señor Salvador, Rey sobre los que gobiernan», en un ataque al propio ‘Abd al-Malik, cuyo nombre significa «sirviente del Dueño de todo lo creado».

La réplica musulmana fue aquella insólita moneda, llamada dinar, que marcaba un antes y un después en el mundo islámico. A partir de entonces, ningún documento oficial de un estado regido por la Sharía mostraría una imagen humana. Si las monedas establecen cuál es el poder dominante, este ya no residía en un hombre, sino en la palabra de Dios. La tradición de acuñar la efigie de los soberanos, instaurada en Asia mil años antes por Alejandro Magno, había sido abolida. Teófilo meditó sobre el sentido metafísico oculto en un pedazo de metal estampado.

—¿Crees que esto es la respuesta? —dijo alzando el dinar.

—«No te inclinarás ante ninguna imagen, ni las honrarás; porque yo soy Yahveh, tu Dios.»

—Los paulicianos son herejes —declaró el logoteta—. La proximidad de los ismaelitas ha corrompido su credo.

—Las imágenes sagradas han sido causa de división en nuestro imperio —replicó Konon.

—Tal vez —ironizó Teófilo—. Hoy tendrás la oportunidad de discutir sobre ello con el emperador.

—¿Para qué me ha hecho llamar?

—Lo ignoro. Pero mi consejo es que tengas cuidado y no deposites demasiadas esperanzas en la audiencia. Te sentirás menos decepcionado.

Se hallaban bajo la sombra de Hagia Sofía, el mayor templo del mundo, construido ciento

setenta años atrás por el emperador Justiniano. El espartario alzó la vista para admirar la enorme cúpula de ciento ochenta pies sostenida sobre cuatro arcos reforzados mediante semicúpulas y contrafuertes. La colosal basílica transmitía una solemne grandeza; Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto habían diseñado un edificio que parecía suspendido en el aire, dotado de una solidez que escapaba a toda comprensión.

—Procura no ser demasiado... vehemente —añadió Teófilo, mientras caminaban por la plaza del Augusteón.

A medida que se acercaban al Palacio Imperial, el isaurio trató de que aquellas palabras no le afectasen el ánimo. Contempló la fastuosa urbe que se alzaba dentro de la ciudad: salas de recepciones, almacenes, cuarteles, talleres e iglesias entre el extremo oriental de la península y el hipódromo que, repleto de esculturas, se había convertido en un museo al aire libre.

Se detuvieron ante la imponente Puerta de Bronce reconstruida por el primer Justiniano tras sofocar la revuelta de Niká. Sobre la fachada destacaba un colosal busto de Cristo Pantocrátor; una decena de nichos contenían imágenes de emperadores y filósofos junto a cuatro cabezas de gorgonas traídas de Éfeso. Al atravesar la monumental entrada, pasaron bajo la cúpula decorada con mosaicos con las efigies de Justiniano y su esposa Teodora, junto a escenas que rememoraban las victorias de Belisario durante la «Recuperación del Imperio». Aquellas imágenes trajeron a Teófilo un amargo recuerdo.

—No olvides que está obsesionado con él.

Más allá del vestíbulo se hallaban los cuarteles de la guardia y el Magna Aula, el salón de audiencias. Algunos soldados abandonaron los barracones para ver a Konon el León, cuyo aspecto rememoraba toda la austera dignidad de los grandes generales de antaño. Teófilo y él caminaron ante el Triclinio de los Nueve Lechos y el Palacio Dafné, hasta detenerse ante el Chrysotriclinio, el salón dorado del trono. Junto a los cuatro ostiarios que custodiaban la entrada, una decena de soldados escoltaba a un dignatario que aguardaba ante las enormes puertas de plata.

—Maslama ibn ‘Abd al-Malik, hermano menor del califa —les explicó un ostiario.

El isauro conocía al nuevo gobernador de Armenia, uno de los mejores estrategas del califato. Les había arrebatado la ciudad de Tiana un año antes. Lejos de mostrarse intimidado ante aquel desmesurado lujo, parecía evaluarlo como un potencial saqueador. Teófilo fingió admirar los mármoles, hasta que los ojos del guerrero de piel oscura se clavaron en él. La vista del príncipe árabe pasó de largo y se topó con la del isaurio, que le observaba como si fuera una pieza de caza a la que dudaba cómo desollar. Cuando el ostiario hizo pasar al sarraceno, la atención de Konon se desplazó hasta el horizonte colmado de grandiosos edificios.

La Cúpula de la Roca de Jerusalén, el más célebre templo del Islam, podría alzarse bajo la inmensa bóveda de Hagia Sofía y aún sobraría espacio para que se reunieran los fieles. Resultaba

difícil creer que un pueblo de nómadas y comerciantes del desierto fuera responsable de la histeria que se había adueñado de la urbe.

Durante cinco siglos, los romanos se habían enfrentado a los persas y, para defender sus fronteras, los dos imperios crearon estados vasallos árabes, que no dudaban en matarse entre sí cuando sus amos de Constantinopla y Ctesifonte así lo ordenaban. Cien años de despiadadas disputas dinásticas y guerras continuas habían desangrado a las dos potencias. Alentados por un falso profeta, los ismaelitas habían derrotado a los romanos en Yarmūk, tras lo cual les arrebataron la mitad del imperio. Y mientras los herederos de Muhammad conquistaban Persia en apenas quince años, búlgaros y eslavos invadieron los Balcanes. El Imperio romano se veía acosado tanto por oriente como occidente, y el emperador había hecho llamar a Konon para conjurar una nueva amenaza.

Las puertas argénteas se abrieron para que Maslama ibn ‘Abd al-Malik abandonara, furibundo, la sala del trono. El ostiario hizo un gesto a Konon.

—Ante todo, no le mires la nariz —le recordó en voz baja.

Se adentraron en un gran salón octogonal, recubierto de mármol y mosaicos, coronado por una gran cúpula sostenida por ocho arcos que creaban otros tantos nichos con ventanas. En el centro destacaba una mesa dorada repleta de mapas y documentos. El ábside noreste albergaba la corona imperial y varias reliquias, entre ellas la vara de Moisés. En otro más amplio, tras una barandilla de bronce bruñido, se hallaba el sitial, y sobre él un enorme mosaico de Jesucristo entronado. Por encima de la entrada, otro colosal icono mostraba la Virgen y, a lo largo de la base de la cúpula, desfilaba una nutrida corte celestial de ángeles, santos y mártires. Una alegoría de su contrapartida romana en la tierra, formada por el mayordomo y la decena de funcionarios que, en ese momento, examinaban a Konon de pies a cabeza.

El espartario devolvió el escrutinio de los eunucos, vestidos con dalmáticas de seda, mientras caminaba de un modo forzosamente sosegado. Bajo un baldaquín sostenido por cuatro columnas, más allá de unas cortinas de seda púrpura, una figura sentada en el trono le habló:

—La progenie bastarda de Abraham se ha alzado contra nosotros a causa de nuestros pecados —le dijo una sombra entre la oscilante luz de los candiles—. Los bárbaros que se adueñaron de la mitad occidental del Imperio adoptaron el latín y la fe cristiana. Pero esos salvajes, que ni siquiera han puesto por escrito su historia, se han apropiado de nuestras sagradas escrituras para crear una herejía con la que pretenden dominar el mundo. Su arrogancia los lleva a afirmar que Dios les habla en árabe.

Una pareja de esclavos apartó las cortinas y Konon descubrió los ojos del emperador fijos en él. El cabello de Justiniano II, rizado con esmero, enmarcaba un rostro afilado cubierto por una barba corta. Sobre la dalmática celeste, una banda de seda, bordada en oro y decorada con pedrería, le envolvía los hombros y caía desde la cintura hasta las rodillas. Junto al *loros*, una

diadema áurea decorada con esmaltes y perlas proclamaba su rango de *Basileus*. Konon tuvo que esforzarse por mirarle directamente a los ojos, ignorando la nariz de oro sujeta al raquíptico rostro mediante unas correas.

—¿Qué nuevas traes? —A Justiniano también le faltaba el extremo de la lengua, por lo que su dicción distaba de ser perfecta.

—Los alanos aceptan nuestras condiciones —respondió Konon—. Alania y Lázica firmarán una alianza contra el califato.

—Otra buena nueva —asintió el emperador, satisfecho.

Veinte días antes, Justiniano envió una escuadra a Alejandría, a sabiendas de que la urbe estaría desprotegida. Los *dromōnes* convirtieron el mayor puerto islámico en la antesala del infierno. Cuando dejaron atrás la ciudad, la mitad de la flota egipcia era pasto de las llamas y los romanos habían capturado a su almirante, Jālid ibn Kaysān.

Aquella osada acción había demostrado que, aun acosada y herida, el águila romana seguía teniendo garras.

—El califa envió a su hermano menor para reclamar la devolución del almirante a cambio de doscientos mil dinares —dijo el emperador, aludiendo al árabe que acababa de salir—. Habría sido un buen canje..., de no ser porque, hace unos días, le hice degollar en el circo.

El isaurio no pudo ocultar su consternación.

—Al-Walīd lleva años reforzando la armada siria y egipcia. Su objetivo solo puede ser uno: atacar de nuevo Constantinopla.

El gabinete imperial se revolvió bajo sus ropajes de seda. Aún circulaban historias de cuando, tres décadas antes, los ismaelitas asediaron la capital. Las formidables Murallas Teodosianas resistieron durante cinco largos años. Por fortuna, un cristiano sirio, llamado Calínico, había inventado el «fuego marino», un fluido inflamable para ser lanzado mediante sifones desde la proa de las naves. Constantino IV, el padre de Justiniano, decidió enfrentarse a los sitiadores. Los *dromōnes* crearon un infierno líquido que engulló a la armada enemiga, cuyos restos, de regreso a Siria, fueron aniquilados por una tormenta.

Las mieles del triunfo duraron bien poco. Los sarracenos se resarcieron con su aplastante victoria en Sebastópolis y la frontera oriental del Imperio se desmoronaba. En la capital, las matronas encendían velas en la iglesia de San Sergio y San Baco para mantener alejados a los árabes.

—En tu opinión, ¿qué deberíamos hacer? —preguntó Justiniano.

—Construir más barcos —respondió Konon sin dudar—. Hace falta más «fuego marino». Solo un puñado de *dromōnes* cuenta con surtidores, es preciso equipar al resto de la flota.

Konon siguió hablando sin que nadie le prestase atención y Teófilo sonrió apenado ante aquella

muestra de valor, especialmente admirable por el hecho de resultar inútil. Al sentarse en el trono, Justiniano recurrió a dos hombres de su entera confianza: Leoncio, viejo amigo de su padre, y Tiberio, otro veterano general. Después creó una flota para el sur de Grecia, nombró a Leoncio su estratega y otorgó a Tiberio el mando de otra escuadra. Cuando aumentó los impuestos para construir monumentos con los que emular a su admirado tocayo, el primer Justiniano, el pueblo se amotinó, los militares se unieron a la revuelta y Leoncio utilizó la flota que le acababan de entregar para apoderarse del trono.

El nuevo emperador se mostró compasivo con Justiniano: le desterró a Quersoneso, tras cortarle la nariz para que no pudiera volver a reinar. Poco después, Tiberio derrocó a Leoncio y obró de un modo igual de clemente: hizo que fuera recluido en un monasterio y le amputaran la nariz. Cuando Justiniano recuperó el trono, hizo que ejecutaran a ambos.

En el exilio, Nariz Cortada había obtenido quince mil jinetes de Tervel, el kan de los búlgaros, y de camino a Constantinopla se topó con un granjero, llamado Konon. El isaurio se presentó ante Justiniano para entregarle quinientas ovejas, antes de que le requisaran el rebaño. Halagado, el destronado emperador le recompensó con el rango de espartario.

En la sala del trono Konon seguía hablando, y el discurso era invariable: construir más barcos. Teófilo experimentó hacia él esa clase de lástima que despierta la ingenuidad de un niño. Consumido por la paranoia y el miedo a ser destronado, Justiniano había encontrado refugio en la religión, convencido de que las fuerzas divinas jamás le traicionarían. El logoteta doméstico no sabía nada de estrategia militar, pero sabía que, cuanto más interés mostrase Konon en que le entregaran barcos, tanto más desconfiaría Nariz Cortada de él.

El emperador, en efecto, tenía su propia interpretación de los hechos.

—Todo lo que ocurre en este mundo es el premio o castigo por nuestros pecados —respondió como si recitara un salmo—. Los árabes solo son el instrumento de la ira de Dios a causa de la división de su Iglesia.

Como premio por haber coronado a los dos usurpadores, Justiniano ordenó que sacaran los ojos al antiguo patriarca de Constantinopla. Ciro, su sucesor, no parecía dispuesto a caer en el mismo error.

—Todas las desviaciones heréticas de la Cristiandad deben abrazar la doctrina diofisita —se apresuró a confirmar—. Los reinos de occidente solo reconocen al Papa como autoridad doctrinal, y los monofisitas de Siria y Egipto se niegan a admitir que en Cristo conviviera la naturaleza humana con la divina. Esa ceguera nos ha traído la ruina.

El religioso poseía un cuerpo flácido, no muy distinto al de los eunucos que le rodeaban; sus gruesos labios esbozaban una mueca tan ávida de complacer como un perro a su amo.

—Tal vez sea posible alcanzar algún consenso —sugirió Konon, mientras trataba de comprender qué tenía que ver todo aquello con su presencia.

—Nuestro Señor dijo: «Quien no está conmigo, está contra mí; y el que conmigo no recoge, desparrama» —recitó el patriarca—. Tras subir al trono, Heraclio ideó la doctrina monotelita como un compromiso entre diofisitas y monofisitas, para dar la razón a ambos. El resultado no fue más que el surgimiento de tres doctrinas donde solo había dos. —Y se giró hacia el trono, con ademán laudatorio—. Nuestro señor Justiniano recurrió al único modo de unificar el Cristianismo: en el concilio Quinisexto proclamó la igualdad entre Constantinopla y Roma, y trató de que occidente asumiera nuestras prácticas. Pero el Papa se negó en redondo...

—Fue traición —espetó Justiniano con la voz emponzoñada por el odio—. El papa Sergio era mi súbdito, Roma forma parte de nuestros dominios en Italia. Cuando envié una delegación para que lo arrestaran, las milicias locales se rebelaron. Mi enviado solo pudo salvar la vida gracias a la «magnanimidad» del Sumo Pontífice.

—Soy un soldado, solo sé de tropas y de barcos... —dijo Konon—, y sé que pronto los árabes tendrán más que nosotros. Al principio de esta guerra nos enfrentábamos a bárbaros del desierto. Cuando los califas se hicieron con el control de las flotas de Siria y Egipto, por primera vez en siglos nuestro dominio sobre el mar fue cuestionado. En este momento, mientras hablamos, se preparan para asediar de nuevo Constantinopla. Debemos construir más barcos.

—Y supongo que desearás que estén bajo tu mando, ¿verdad? —replicó Justiniano, con el rostro crispado salvo la prótesis áurea. Konon fue consciente de la situación y Teófilo suspiró aliviado.

—Para vencer a unos bárbaros no son necesarios ejércitos, naves o murallas —aseguró Ciro, como si predicase desde el púlpito—, basta con que todos los fieles reconozcan la verdadera doctrina. Solo entonces Dios dejará de castigarnos con la peste y la guerra.

Ante esa suerte de argumentos, el isaurio no supo qué responder.

—¿Qué sabes de Septem? —le preguntó Justiniano, dando por zanjada la cuestión.

—Es la llave para controlar el estrecho que separa Spania de África —contestó Konon—. Fue nuestra principal base naval en el Mediterráneo occidental. Se la entregamos a los godos tras la caída de Cartago, pues éramos incapaces de defenderla. Urbano, el comandante del ejército septensino, conservó el mando de la plaza, aunque la flota fue transferida al duque de Cerdeña y Baleares. Ahora todo el norte de África está en poder de los árabes, salvo Septem.

—¿Conoces a Urbano? —prosiguió Nariz Cortada.

—Es un hombre capaz y obstinado —respondió Konon—. El rey godo Égica le nombró conde de Julia Traducta y ahora sirve a Witiza. Urbano posee una flota y varias ciudades en las Columnas de Hércules. Mūsà ibn Nusayr le arrebató Tingi y ahora le asedia en Septem.

—¿Crees que aún es leal al imperio?

—Hace tiempo que Urbano dejó de ser un soldado para convertirse en un mercader.

El arconte del Blattion, a cargo de la manufactura y el comercio de seda, carraspeó para hacer

notar su presencia.

—Un militar ha jurado fidelidad a la patria y al emperador —le explicó Konon—; la lealtad de un comerciante reside en los beneficios.

—Los usurpadores, Leoncio y Tiberio, también juraron fidelidad al emperador —respondió el arconte—. Mi prosperidad siempre ha estado ligada a la de nuestro señor Justiniano.

—No lo dudo —declaró Konon, y no añadió más. Ambos sabían que podía emplear su influencia en la Corte para acrecentar la desconfianza del emperador hacia él.

—Tú has tratado con Urbano —dijo Justiniano, dirigiéndose al arconte, cuyo abigarrado ropaje parecía proclamar el cargo que ostentaba.

—Desde hace años —asintió el arconte—. Nuestras naves transportaban seda y otros bienes suntuarios hasta el puerto de Valentia. Los árabes han hecho peligrar el comercio y Urbano es el único que puede garantizar la seguridad de esas aguas.

—¿Podemos confiar en él?

—Gracias a la amistad que nos une —aseguró rotundo—, estoy convencido de que nos ayudará. El emperador asintió ante la respuesta que esperaba oír.

—Acompañaréis al patriarca Ciro en una nueva embajada que viajará a Toletum para ofrecer un acuerdo al rey Witiza. —La vista de Justiniano abarcaba tanto al militar como al religioso—. Les entregareis presentes para deslumbrar a los godos con lo más bello de nuestra corte.

Ante semejante misión, Konon se mostró moderadamente interesado. Ni de lejos colmaba las expectativas que había depositado sobre aquella audiencia.

—El reino godo de Spania está debilitado a causa de la peste —respondió—, apenas tienen naves de guerra...

—Así es. Los caminos del Señor están fuera de la comprensión de los simples. Sin embargo, cuando, pasados los siglos, se hable de mi reinado, solo se recordará que fui yo quien unificó a la Iglesia —concluyó Justiniano, con la rotundidad de quien se sabe en posesión de la verdad.

## VI

La llanura se extendía, inabarcable, hasta allá donde alcanzaba la vista. La antigua calzada formaba una línea recta perfecta, paralela al horizonte. Entre la nube de polvo que creaban las monturas, Fruela no dejaba de observar la cordillera que habían dejado atrás.

—Los Campos Góticos —dijo Teodolf admirando la planicie—, el lugar donde se asentaron nuestros ancestros al llegar a Spania.

La noticia no produjo en Fruela la emoción que cabría esperar. A medida que marchaban hacia el sur, la tierra le resultaba cada vez más extraña. En el norte, las montañas le hacían sentirse parte del paisaje, allí la tierra le envolvía. Hacía días que había perdido toda referencia, más allá del sol y las estrellas; el mundo se mostraba ante él amenazadoramente inmenso, padecía una suerte de vértigo horizontal, una sensación no muy distinta a la mera idea de visitar la Corte. Con tan solo dieciséis años, apenas se había alejado de la provincia y, más allá de sus aledaños, solo conocía historias acerca de gentes extrañas, grandiosos edificios, lujos exóticos traídos desde el otro lado del mar y mujeres hermosas más allá de cualquier descripción.

A la familia ducal la acompañaba Opas con su séquito, cincuenta hombres de armas y los siervos con las acémilas. Era principios de marzo y, en los campos, decenas de siervos doblaban el espinazo para podar las vides. Otros rellenaban con escombros los socavones del camino. Entre los deberes del conde de Pallantia estaba el mantenimiento de las vías.

—¿Cómo pudieron construir estos caminos que van en línea recta de una ciudad a otra? —preguntó Munio.

—Los antiguos poseían extraños talentos —le respondió Opas—. Pero nosotros tenemos la palabra del Señor.

Nadie pudo precisar si lo decía en serio o se trataba de alguna retorcida ironía. Fruela no dejaba de escrutar al hermano del rey.

—¿Qué piensas de él? —inquirió Argebald en voz baja.

—De momento, nada.

En la vega del Pisora hallaron las ruinas de unas termas y, a menos de cien pasos, se alzaba una hermosa basílica con tres ábsides. El rey Recesvinto había hecho construir este soberbio edificio tras regresar de una campaña contra los vascones. Aquejado de una afección, las milagrosas cualidades del agua le sanaron, por lo que ordenó erigir una iglesia dedicada a Juan Bautista. En

ese momento, una multitud de apestados hacía cola ante las puertas con la esperanza de hallar una cura para sus males.

Todo comenzaba con unas fiebres. Tras la llegada de algún viajero, las primeras jaquecas hacían que los aldeanos murmurasen. Pasados unos días, muchos se descubrían bultos negros al palparse las ingles y axilas. Poco después, yacían moribundos con el vientre hinchado y las bocas entreabiertas, vomitando un fétido pus.

En el noveno año del emperador Justiniano, el sol palideció durante dieciocho meses. Solo brillaba unas horas al día con una tenue claridad. Las cosechas no maduraban, el vino se volvió amargo y el hambre obligó a consumir el grano reservado a la siembra. Cinco años después, llegó la primera plaga y, a partir de entonces, regresaba con cada generación. En las ciudades, las calles se convertían en fosas comunes: hasta los perros fallecían, y sobre las ratas muertas se amontonaban los cadáveres. Las aldeas quedaban desiertas, entre las cabañas abandonadas vagabundeaban los lobos para alimentarse de carroña infectada. Legiones de mendigos deambulaban por campos cubiertos de malas hierbas, se alimentaban con la fruta que se pudría en los huertos, entre rebaños de ovejas sin dueño acosadas por las alimañas. La sola mención de la peste desataba un terror atávico, los curanderos se veían impotentes para atajar aquel mal del que solo los curas conocían la causa: la ira de Dios. El castigo por nuestros pecados. Entonces, todos se preguntaban por qué merecían semejante calvario y no era difícil concluir que los culpables solo podían ser los judíos, los sodomitas y los paganos.

Encaramado a una roca, un anciano harapiento recitaba con voz agónica:

—«Miré, y vi un caballo negro. El que lo montaba tenía una balanza en la mano. Y oí una voz en medio de los cuatro jinetes que decía: dos libras de trigo por un denario...» —Cubierto por una costra de polvo, el rostro del clérigo se mostraba crispado y el ajado escapulario se agitaba con cada gesto sobre un hábito hecho jirones. Apestaba. En su afán por derrotar a los placeres de la carne, los ascetas vivían cubiertos de suciedad. Durante su larga vida eremítica san Antón prescindió del baño y san Jerónimo, doctor de la Iglesia, proclamó que un aspecto mugriento era el mejor signo de pureza interior. Aquel viejo demente escrutó a Fruela y el pálido pelaje de Sniumeis. Entonces le señaló con el dedo y recitó a voz en grito:

—«Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser que decía: ven. Miré, y vi un caballo bayo. El que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades lo seguía».

Al recordar los rumores de que Fruela era un bebé dejado por las janas, algunos miembros de la comitiva norteña se santiguaron. Teodolf tiró de las riendas para dirigirse hasta el viejo eremita y le propinó una patada en la cara. El andrajoso orador cayó de espaldas, aterrado, se llevó la mano a los labios, de los que manaba sangre, y trató de huir gateando por el suelo.

—¡Cierra la boca y deja de recitar esas supercherías paganas! —rugió el veterano guerrero.

—Teodolf. —La voz calmada de Alfonso le detuvo—. Es el *Apocalipsis* de san Juan.

Él guardó silencio, con la boca entreabierta, mientras el monje huía con los hábitos arremangados. No parecía dispuesto a proseguir con aquella disputa teológica.

—Por supuesto —respondió Teodolf—. Pero la versión que recitaba ese pobre ignorante estaba llena de desviaciones heréticas.

El primogénito del duque inclinó el rostro con humildad:

—Disculpa mi ignorancia.

Un tumulto de mendigos los rodeó para solicitar limosna y tuvieron que abrirse paso a golpes de fusta. La plaga había remitido dejando tras de sí una macabra cosecha de muerte: la cuarta parte de la población del reino yacía en fosas comunes y la mitad del resto lucía llagas por todas partes.

—¿De qué estaba hablando? —masculló Munio—. Parecían los desvaríos de un lunático.

—Guerra, hambre, peste y muerte: los cuatro jinetes del Apocalipsis —contestó Fruela—. Hablaba del fin del mundo. Muchos creen que es inminente.

El séquito de Opas comenzó a repartir pedazos de queso y pan entre los rastrapajas. Munio frunció el ceño al comprobar que también repartían las manzanas que su padre le había regalado.

—¿Es necesario mermar nuestras provisiones? —le preguntó Pedro.

Mientras los mendigos se disputaban la comida, Opas les preguntó:

—¿Qué es lo que veis?

—A unos andrajosos suplicar por algo que podrían obtener por sí mismos —dijo Fruela—, si tuvieran el valor necesario.

Por entonces, Fruela rebosaba orgullo. Agraciado tanto en porte como en rango, exhibía una precoz destreza tanto al esgrimir la espada como al acaudillar hombres. Los continuos halagos habían concienciado a su despierto ingenio sobre sus innumerables virtudes, lo cual le hacía mostrarse inmodesto, seguro de sí, ansioso por demostrar su valía.

En suma: era un idiota.

—Al encarnar la *Ciudad de Dios*, la Iglesia redistribuye la riqueza —respondió Alfonso con parsimonia—. De este modo, los siervos aceptarán cualquier situación sin rebelarse. Renuncian a actuar como pueblo, para ganarse el favor del clero como individuos. En esta encrucijada, la sumisión es la vía más fácil.

El primogénito de Pedro sostuvo la mirada del joven obispo, el cual, como respuesta, tiró de las riendas de la montura.

—Debo visitar a Basualdo, el obispo de Pallantia —les dijo Opas—. Me reuniré con vosotros mañana a primera hora.

Tras despedirse del religioso, la familia ducal eligió una de las vegas para ubicar el campamento. Fruela deambuló por la chopera hasta toparse con las ruinas de un templo engullido por las zarzas. En el interior desprovisto de techo, hallaron la efigie de un anciano apoyado sobre

un bastón con una serpiente enrollada. La escultura había sido mutilada con saña a golpes de pico, y sobre ella, había crismones, peces y corderos pintados. Abandonaron el antiguo edificio para reunirse con el duque y su primogénito. Ambos observaban un conglomerado de tiendas montadas sobre la cumbre de un cerro que, a dos tiros de flecha, dominaba el curso del Pisora.

—¿De quién se trata? —preguntó Fruela en voz alta.

—Lo ignoro —dijo Pedro—. Reconoced el terreno.

Mientras el grueso de la hueste acampaba, Fruela recorrió con sus hombres las inmediaciones a caballo. Habían dejado atrás los límites de la provincia y se hallaban en la Cartaginense; apenas conocían el paraje y deseaban evitar sobresaltos.

Más allá de una loma, descubrieron los cimientos ennegrecidos de un conglomerado de cabañas. Las vigas abrasadas eran lo único que quedaba en pie entre una montaña de escombros cubiertos de ceniza. Un caldero de hierro y algunos cacharros de cerámica yacían desperdigados por el suelo entre cadáveres calcinados. Fruela descubrió una calavera del tamaño de un puño.

De regreso, se toparon con una veintena de bucelarios del conde de Pallantia, que aceptaron de buena gana la invitación a compartir un guisado de liebre junto al fuego. El vino otorgó vida a sus lenguas, cansadas de tragar polvo, y al cabo de un rato conversaban. Fruela se interesó por las ruinas que habían dejado atrás.

—Es obra de Alanto, un rufián que lidera una banda de esclavos prófugos —le respondieron—. Les hemos seguido el rastro hasta la sierra.

—¿Un saqueo? —Munio no se mostraba muy convencido.

—No, su forma de reclutar —precisó el bucelario—. Rodean los chamizos de un latifundio para prenderles fuego. Aquellos que logran sobrevivir tienen la opción de unirse a la banda o morir. Luego deben asesinar a alguien de su aldea, para que les sea imposible regresar.

—¿De quién son esas tiendas? —preguntó Argebald.

—De Pelayo, hijo de Favila —respondió el líder de la patrulla—. Sus hombres nos ayudaron a perseguir a Alanto. Llevan varios días acampados.

La calzada que los había traído hasta allí confluía con el camino de Legio. Una ruta cabal para quien viajase desde la Asturia transmontana hasta Toletum y, sin embargo, Fruela sospechaba que los motivos de Pelayo para permanecer en la encrucijada eran otros, y así se lo hizo saber a su padre.

—Pelayo no es de fiar —se limitó a decir Pedro, y no añadió nada más.

De padre godo y madre astur, el antiguo conde espartario era primo de Guidemar y, a pesar del parentesco, el duque cántabro no mostraba un ápice de entusiasmo. Pedro había sido nombrado duque por Wamba, el tío de Égica, que a su vez era el padre de Witiza, y por ello mostraba lealtad hacia el rey. La situación de Pelayo era muy distinta. Antes de ser coronado, Witiza residió durante unos años en Tude y allí acabó con la vida Favila, el padre de Pelayo, por entonces duque

de Gallaecia. Circulaban toda clase de rumores y se decía que fue un asunto de faldas, aunque nadie sabía a ciencia cierta lo ocurrido. Pelayo tuvo que renunciar al rango de conde espartario y buscar refugio en Asturias, al tiempo que el rey entregaba aquella provincia a Gundemaro, uno de sus allegados. El astur también había sido convocado a la reunión del Aula Regia, a pesar de su precaria posición en la Corte.

Anohecía cuando llegó un heraldo del otro campamento. Recio y bien herrado, como cumple a guerrero, el emisario poseía una turbia mirada que solo una sonrisa afable contradecía. Fruela no supo con cuál de las dos quedarse.

—Pelayo desea invitaros a sus reales —les dijo—. Le placería que esta noche nos honraseis con vuestra presencia.

Pedro dirigió un hosco ademán a su cónyuge, que sonreía ante la idea.

—Allí estaremos —respondió.

Se adecentaron para visitar el vivaque astur. Pelayo iba acompañado de una numerosa hueste, un deseo de ostentación que aun así revelaba desconfianza por su seguridad en la capital. No hallaron hostilidad cuando los condujeron a la carpa donde los aguardaba el anfitrión junto a Gaudiosa, su cónyuge.

—Bienvenidos —les dijo Pelayo, un bigardo de unos treinta años. El rostro, ancho y rubicundo, estaba oculto por una barba oscura que brotaba de su recia mandíbula como un matorral.

—Aprecio vuestra hospitalidad —dijo Pedro con un ademán de gratitud.

—Mi prima Guidemar no ha mentido —comentó Gaudiosa—, tus hijos son unos buenos mozos.

Menuda y de rasgos agraciados, salvo una nariz afilada, la esposa de Pelayo era de origen cántabro, del valle de Lébona; su sonrisa parecía sincera cuando los condujo a la tienda, donde hallaron una mesa ricamente dispuesta.

—¿Sigue Teodolf a tu servicio? —les preguntó el conde astur—. Es un gran guerrero, a pesar de Nemausus.

—Puse mi hijo menor a su cargo. —Pedro señaló a Fruela con un ademán.

—En ese caso, imagino que no estarás interesado en la gramática y la teología, ¿verdad?

Estaba en lo cierto y, sin embargo, el joven se limitó a asentir al sentarse ante la mesa. No fue una cena refinada, pero sí abundante. Durante un tiempo, las mujeres acapararon la conversación con un animado intercambio de trivialidades, mientras el resto aguardaba a que el anfitrión desvelara los motivos de tanto agasajo, algo que no tardó en suceder:

—No ha sido casualidad que nos hayamos encontrado de camino a Toletum.

—Jamás pensé que lo fuera —respondió Pedro.

—¿Conoces el motivo de la reunión del Aula Regia? —intervino Gaudiosa.

Pelayo no aguardó una respuesta:

—El rey está enfermo.

—¿Peste? —preguntó Pedro, intrigado.

—Quién sabe. Dicen que pasa mucho tiempo recluido en sus aposentos.

Como antiguo miembro de la guardia personal de Égica, sin duda Pelayo poseía amistades en el círculo más íntimo de la Corte y estaba bien informado.

—Los enfermos de peste fallecen a los ocho días —señaló Alfonso.

El astur le observó de pies a cabeza, poco acostumbrado a que le contradijera un muchacho casi imberbe. Las facciones de Alfonso se endurecieron al soportar aquel insolente escrutinio y Fruela se dio cuenta de que su hermano tampoco toleraba que lo ninguneasen. Descubrir en él sus propios defectos le hizo sentir hacia él una afinidad desconocida.

—Witiza ha sido un buen rey —declaró Pedro—. Tal vez algo disoluto, pero compasivo y justo.

—Witiza ha sido un pelele en manos de la nobleza —aseguró Pelayo—. Ascendió al trono demasiado joven y necesitó el apoyo del Aula Regia para gobernar. Tuvo que devolver los cargos y las tierras confiscadas a quienes conspiraron contra él. Admitió a sus enemigos en su propia mesa.

—¿Como a vos? —Era la primera vez que Fruela intervenía, e intuyó, a juzgar por las reacciones, que no había sido de un modo sutil. Los ojos grises del astur se volvieron gélidos como el hielo.

—Tal vez pronto haya que elegir un nuevo monarca —terció Gaudiosa, tratando de aparcar aquel juego de lealtades hacia un rey moribundo.

Y, sin embargo, la situación no era tan simple. Hacía más de un siglo que existía una guerra abierta entre nobleza y monarquía. Desde Leovigildo, los reyes habían adoptado el ceremonial romano, en un intento de centralizar el poder y hacerlo hereditario, mientras que la aristocracia deseaba preservar la antigua costumbre de elegir al soberano mediante el Aula Regia. Si en verdad Witiza estaba enfermo, el viejo juego de lealtades volvería a repetirse. Para que un nuevo rey fuera elegido, debía ceder cargos y tierras para ganarse el apoyo de la nobleza. Si lo hacía a costa de su patrimonio, las tres mil haciendas de la *res dominica*, perdería buena parte de su poder pecuniario y base social para reclutar levás. Si lo hacía a costa de una facción nobiliaria, desencadenaría otra guerra civil.

—¿Dónde quedaron los buenos tiempos en los que el rey solo era el primero entre iguales? —preguntó Pelayo.

—Las leyes concebidas cuando nuestros antepasados vivían en tribus no sirven para gobernar un reino —razonó Pedro—. Witiza tiene tres hijos. Una sucesión dinástica es la mejor garantía de paz.

—Ninguno tiene la edad suficiente para gobernar —aseguró Pelayo—. Existen otros aspirantes al trono: Agila, duque de la Tarraconense, y Rodrigo, duque de la Bética. Incluso Sisberto, el

hermano menor de Witiza, codicia ese rango. Nadie admitirá una sucesión dinástica: convocarán al Aula Regia para elegir a un nuevo rey.

Sin duda él ya había hecho su elección, para vengar la muerte de su padre y recuperar la provincia de Gallaecia, que Witiza había entregado a Gundemaro, un noble afecto a él.

—¿Nos ofreces formar parte de una conspiración? —De nuevo, la brusquedad de Pedro tensaba la cuerda.

—Solo deseamos saber si, llegado el momento, estaréis con nosotros —señaló Pelayo.

Tras la fallida conjura de Sisiberto unos años atrás, Égica decretó que los pactos privados entre la nobleza dejaran de tener validez, salvo aquellos realizados ante el rey. Un acuerdo como el que Pelayo les ofrecía implicaba demasiados riesgos. El astur mostraba la sutileza de un toro bravo embistiendo.

—¿Y si no acepto...? —preguntó Pedro, para cerciorarse de que sus palabras no habían sido una amenaza encubierta.

—Mi esposo solo os ofrece una alianza para defender los intereses del norte —intercedió Gaudiosa, consciente de que la diplomacia no figuraba entre las virtudes de su esposo.

—La conspiración de Sisiberto solo sirvió de excusa para una nueva purga en el Aula Regia —aseguró Pedro—. Si uno de los pretendientes accede al poder, podrá acusar de traición a sus opositores y condenarlos al destierro..., además de despojarlos de propiedades y cargos para favorecer a sus allegados.

—Eso significa que no apoyar a ningún candidato puede resultar más peligroso que hacerlo por alguien equivocado —señaló Guidemar, conciliadora.

—Para que uno gane, otro tiene que perder —concluyó Pelayo—. Es ley de vida.

—Antes de tomar cualquier decisión, deseo escuchar al rey —manifestó Pedro.

No deseaba comprometerse, ni tampoco cerrar la puerta a una eventual alianza, y Pelayo fue incapaz de ocultar su decepción. Las dos mujeres dieron por finalizada la discusión y, durante el resto de la cena, Fruela estudió cada uno de sus gestos. Ambas habían sido el aceite que engrasó aquella áspera charla, un detalle que, al parecer, su padre había pasado por alto. El joven se preguntó si su madrastra había estado al corriente de aquel encuentro a través de la correspondencia familiar. Más allá de la mesa, la expresión de Alfonso le dijo que él también consideraba la idea.

Cientos de edificios de mampostería ocre se amontonaban sobre una imponente peña de granito, rodeada por un meandro del Tagus que se abría paso entre las rocas. Las murallas romanas, restauradas allá donde se habían arruinado, defendían la pendiente norte de Toletum, capital de un reino que trataba de emular a Roma. Con los huertos y vegas teñidos de esmeralda y el río

flanqueado de chopos, álamos y encinas, la *urbs regia* se mostraba ante ellos imponente y hermosa.

La comitiva ducal se abría paso entre carros de bueyes y rebaños de ovejas por la antigua vía romana, entre granjas y monasterios. Olía a romero, a salvia y a espliego, a tierra húmeda por las últimas lluvias. El ganado pastaba apacible bajo un inmenso cielo apenas manchado por jirones de nubes. En la vega baja, no muy lejos del antiguo circo romano, se alzaba el complejo martirial de Santa Leocadia y las monumentales residencias de la aristocracia.

Tras ordenar a la hueste acampar en una de las vegas, la familia ducal cabalgó hacia las dos grandes puertas de la ciudad. La más oriental daba al pretorio, la ciudadela que defendía el complejo áulico y un antiguo puente que cruzaba el río. Fruela detuvo el caballo para admirar la morada del hombre que regía el destino de Spania, un enorme edificio construido por Leovigildo como una tosca imitación del palacio imperial de Constantinopla.

—No te preocupes —le dijo Teodolf—. El Aula Regia accederá a nuestras demandas.

Se dispusieron a cruzar una puerta doble flanqueada por dos torreones que exhibían las efigies de santos y mártires. Una inscripción sobre níveo mármol proclamaba que la muralla había sido restaurada por Wamba.

—No importa lo que veáis —les dijo Pedro—, mirad siempre hacia el frente.

El bullicio de las calles contrastaba con la apacible campiña. La reunión del Aula Regia había reunido a toda la aristocracia del reino y decenas de nobles exhibían ropajes exóticos de más allá del mar y acentos que jamás habían escuchado. Los séquitos de bucelarios y criados resultaban presas fáciles para la legión de predicadores, putas y buhoneros que deambulaban por las abarrotadas calles.

Ante la entrada al pretorio hallaron una enorme plaza, no muy lejos de la cual se alzaba el imponente complejo episcopal, asentado sobre un criptopórtico romano. Junto a la mansión del obispo metropolitano, la máxima autoridad eclesiástica del reino, destacaba la basílica de Santa María y un hermoso baptisterio. Fruela trató de no mostrarse impresionado ante aquella ciudad que parecía habitada por reyes.

—Es hora de despedirnos —les dijo Opas—. Me alojaré en el palacio episcopal, cuando queráis podréis visitarme.

El joven clérigo les había amenizado el viaje con sus acostumbrados sarcasmos, a pesar de lo cual, o quizá gracias a ello, seguía siendo un misterio. Fruela observó cómo se dirigía a la residencia del mitrado toledano.

—Los sureños son gente extraña —les advirtió Teodolf—. No les falta coraje, pero ven con malos ojos reñir y blasfemar. Si ofrecéis dinero a las mujeres a cambio de sexo, lo tomarán por ofensa.

—¿Aunque vistan como furcias? —preguntó Munio, extrañado.

—Otra cosa más —añadió Teodolf, escrutando al cántabro—. Ni una sola palabra sobre tus supercherías paganas. En este lugar, pueden traernos la ruina.

Era casi mediodía, una suave brisa soplaba en las empinadas calles y el suelo adoquinado, cubierto de hojarasca, les dificultaba la subida. Ante la puerta de un suntuoso edificio, Fruela descubrió al más perfecto ejemplar de hembra que jamás había visto. Parecía joven, aunque el maquillaje dificultaba adivinar la edad. El polvo de amatista acentuaba los pómulos de un suave óvalo, enmarcado por el cabello recogido en un elaborado trenzado bajo el velo. La muchacha caminaba despacio, acompañada por una doncella con parasol, y sus caderas oscilaban bajo una dalmática de seda ceñida con un brocado.

Entonces se detuvo y el corazón de Fruela dio un vuelco cuando se volvió para observarle. Las hojas, arrastradas por el viento, siguieron agitándose en el suelo, pero el tiempo se había detenido para obsequiarle con una magnífica estampa. Años después, solo recordaría su mirada. Los ojos, entre azul y verdes, brillaron recelosos cuando Fruela detuvo el caballo. Entreabrió los labios, dispuesta a formular una pregunta, y al hacerlo mostró unos incisivos demasiado distantes. Fue la única pega que halló en su rostro. Ambos permanecieron en silencio, conscientes de que si lo rompían quedarían expuestos ante el otro. Aquel duelo se prolongó sin que ninguno diera el brazo a torcer.

Una chispa de arrogancia afloró en el rostro femenino, antes de darle la espalda para entrar en la casa. El portero dedicó a Fruela un ademán hostil y cerró el portalón de roble. El muchacho azotó las ancas de Sniumeis para reunirse con el resto, que no había pasado por alto la escena.

—Has desobedecido a tu padre —ironizó Argebald.

Cabalaron por el atestado laberinto de callejuelas. Su residencia en la capital era un ruinoso caserón de dos plantas, con las tejas descolocadas y caídas en los aleros, la cal de la fachada tan desgastada que apenas podía verse y un muro que delimitaba el huerto, donde las zarzas crecían a su antojo. Accedieron al angosto patio, delimitado por cuatro columnas que sustentaban la balconada de la segunda planta. Un individuo, bien vestido y corpulento, se levantó del banco al verlos llegar.

—¡Bulgar, cuánto tiempo! —exclamó Teodolf sonriendo—. ¿Cómo te encuentras?

—Maldita sea —respondió él—, otro año más viejo y más cerca de diñarla.

—Los años no significan nada, a menos que se lo permitas. —Teodolf desmontó y, una vez frente a frente, se abrazaron—. ¿Cómo te va en la Corte?

—Pronto me verás convertido en un maldito burócrata. —Bulgar sonreía bajo una barba rojiza que clareaba en la punta—. Bienvenidos a Toletum. Ya conozco a Alfonso, imagino que tú serás Fruela.

—Bulgar es conde espartario —explicó Teodolf—, dirige una de las siete *scholae* del rey.

El rango condal estaba ligado al gobierno de ciudades, pero también a ser miembro del oficio

palatino. Los espatarios recibían tal nombre por el arma que estaban autorizados a llevar en presencia del rey. Cada uno dirigía una *schola* de trescientos jinetes acorazados.

—Si me acompañáis mañana, os enseñaré las caballerizas —les dijo Bulgar, animado—. Hace poco adquirimos unos nuevos sementales.

—¿Han llegado ya el resto de duques? —preguntó Pedro, y su hijo mayor frunció el ceño ante aquella grosería forzada por la impaciencia.

—Teodomiro fue el primero. —Bulgar se mostró comprensivo—. También han llegado Agila y Ardo.

—¿Juntos?

—Son familia, retoños del linaje de los Amalos —señaló el conde espatario—. Aún faltan Gundemaro, el duque de Gallaecia, Rodrigo de la Bética y su suegro Witérico, de la Lusitania.

La exigua servidumbre del caserón estaba formada por una achacosa viuda con tres vástagos. Mientras Teodolf hablaba con ella para acomodar a los bucelarios, Fruela entregó a Sniumeis al mozo de cuadra.

—No te preocupes, estará en buenas manos. —Bulgar acarició el pelaje del animal con afecto. Con el tiempo Fruela descubriría que el conde espatario juzgaba el carácter de un hombre por el modo en que trataba a su montura.

—¿Participarás en el torneo? —le preguntó.

—Ya no tengo edad para juegos —respondió mientras los acompañaba al interior de la vivienda. Todos conocían su reputación como luchador. Tal vez ese fuera el motivo para no entrar en liza y comprometer un renombre que algún jovenzuelo afortunado podría arruinar.

—¿No te ves obligado a hacerlo? —le dijo Pedro.

—El rey quiere que participe —admitió Bulgar—. Ya sabes, la eterna rencilla entre béticos y Amalos. Antes la disputa era a tres bandas, pero el enlace de Égica con Cixilo, la hija de Ervigio, supuso una alianza entre las dos familias de la Bética.

Llegaron a las cocinas y Guidemar ordenó a las doncellas que dispusieran la mesa. Fruela tomó asiento, dio un sorbo al vino especiado que le ofrecieron y sostuvo la copa entre las manos para disfrutar de su tibieza. La criada pelirroja le dedicó una mirada más insistente de lo necesario. No lo pasó por alto.

—¿Cómo es la rutina en la Corte? —preguntó Pedro.

—El viejo Égica solía levantarse temprano —dijo Bulgar—, acudía a misa poco antes del amanecer. Las dos primeras horas las dedicaba a recibir heraldos y atender los asuntos públicos. A la hora séptima, revisaba las caballerizas y el tesoro regio. Solo entonces salía de caza. Los días de labor comía a solas; los días festivos, lo hacía con la corte. Luego reanudaba las tareas de gobierno, atendía peticiones o presidía litigios. La cena era su único momento de asueto, después se retiraba a su alcoba.

—¿Y su hijo ha heredado estas sobrias costumbres? —El duque se plantó ante el fuego para calentarse las manos. En cada alto del camino les había llegado un anecdotario sobre las disipadas costumbres del joven rey. Witiza suponía una presencia intangible por toda la capital, que solo se manifestaba de farra y a altas horas de la noche. Esta hagiografía ética se veía abruptamente interrumpida a principios de año.

—Veo que os han llegado los rumores sobre las ausencias del rey —respondió Bulgar con suspicacia—. En efecto, Witiza apenas sale de sus aposentos. Las malas lenguas dicen que alguna febril afección le mantiene agotado... Ahora he de irme. Nos veremos mañana en la cena.

Entonces llegó Teodolf, acompañado de la viuda, y se acomodó frente a la lumbre.

—¿Qué puedes decirnos de Bulgar? —le preguntó Alfonso.

—Solo hay dos modos de convertirse en conde espartario: ser de buena familia o sobrevivir a las conjuras de la Corte y a una guerra tras otra —respondió el veterano—. Bulgar es nieto de un mozo de cuadra.

—Imagino que el rey le tendrá en gran estima —dijo Guidemar.

—Bulgar capturó a Sisiberto, el traidor que intentó derrocar a Égica —señaló Teodolf.

—La diferencia entre el héroe y el traidor reside en el éxito —declaró Alfonso—. Eso también se aplica a quien traiciona al traidor.

El primogénito del duque desconfiaba de Bulgar, lo cual molestaba a Teodolf, aunque guardó silencio.

—¿Cuál será el motivo de la reunión del Aula Regia? —Pedro les expuso en voz alta su mayor inquietud.

—Si Witiza está enfermo, tal vez desee alcanzar algún acuerdo para asegurar la sucesión sobre su hijo, tal y como hizo su padre con él —opinó Alfonso—. Cuenta con el apoyo de las autoridades eclesiásticas. Si logra convencer al Aula Regia de que ratifique la unción de su primogénito, una vez celebrada la ceremonia en la basílica de San Pedro y San Pablo, será el único monarca legítimo a pesar de su minoría de edad.

Les prepararon un baño y se acomodaron en los aposentos de la segunda planta. En el dormitorio de Fruela no abundaban los lujos: un camastro y un vetusto arcón constituían el único mobiliario. Al abrir las contraventanas, contempló una pared rocosa cubierta de encinas, más allá del abismo por el que discurría el Tagus. Exhausto, se sentó ante el brasero y comenzó a engrasarse el calzado. Hacía tiempo que no veía a su padre tan agitado. Habían dejado Amaya con la esperanza de obtener la ayuda del rey, bajo la incertidumbre de la reunión del Aula Regia, y después Pelayo les trajo nuevas inquietudes. Sin embargo, la ansiedad del joven era de una naturaleza distinta; no temía tanto el no hallarse a la altura del rey como que este los defraudase.

## VII

La misa tenía lugar en la iglesia de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. La imponente basílica, formada por tres naves separadas por columnas, se hallaba abarrotada por la nobleza del reino: duques, condes, numerarios y gardingos, con esposas e hijos, aguardaban en pie mientras el clérigo oficiaba la eucaristía frente al altar. Los gruesos muros de sillería, decorados con frescos y relieves, poseían ajimeces con celosías de piedra calada por los que se adentraba la luz que hacía resplandecer el mosaico del suelo. Sede de los concilios desde hacía medio siglo y lugar de unción regia, el rey partía hacia la guerra desde aquel soberbio templo y regresaba a él una vez finalizada la campaña.

Bajo la bóveda del ábside, veinticinco coronas áureas con pedrería colgaban sobre un altar delimitado por canceles de mármol con sogueados y cruces con el alfa y el omega tallados. Más allá del ara refulgía una mesa de acacia cubierta de láminas de oro y esmeraldas, donde se depositaban las sagradas escrituras. La mirada de Alfonso no se había alejado de ella desde que entró con su padre en la iglesia. Aquel mueble, de apenas dos codos de longitud y uno de anchura, había sido construido mil seiscientos años antes. Tuvo que ser ocultado cuando el rey de Babilonia tomó Jerusalén; más tarde, las legiones de Tito se lo llevaron del templo de Salomón y desfiló como trofeo por las calles de la ciudad eterna. Permaneció en el templo de Júpiter como parte del tesoro imperial, hasta que el rey Alarico saqueó Roma. Desde entonces había formado parte del tesoro visigodo.

Alfonso tenía ante sí la mesa de los panes propiciatorios del templo de Jerusalén. En apenas dos días en la capital, había podido contemplar toda clase de prodigios. Mas en ese momento se hallaba ante la más sagrada reliquia de la Cristiandad, construida según las indicaciones del Altísimo, tal y como narraba el libro del Éxodo. Se preguntó qué había obligado a su hermano a perderse aquella solemne ceremonia.

Envuelto en una nube de incienso, el clérigo que oficiaba la eucaristía se dio la vuelta para pronunciar el sermón. La severidad de su rostro descolorido, consumido por el ayuno y la penitencia, contrastaba con el espléndido y abigarrado ropaje, del que destacaba un *oraria* decorado con ribetes púrpura.

—«Tú, hijo del hombre, vuelve tu faz contra Ismael y háblales diciendo: te he hecho el más fuerte entre los pueblos y te he multiplicado; te he robustecido y he puesto en tu diestra una espada y en tu siniestra saetas para que aplastes a las gentes. Y que caigan postradas ante tu faz como las

pajas ante el fuego. Y entrarás en la tierra de Gog con pie fácil, y abatirás a Gog con tu espada y pondrás el pie en su cerviz y los harás tus siervos tributarios. Puesto que abandonaste al Señor, tu Dios, también yo te abandonaré y te llevaré de un lado a otro, y te entregaré en manos de Gog. Y en los confines de Libia perecerás tú y todas tus tropas por su espada.

»Así lo dice el libro de Ezequiel —proclamó el religioso—. Nuestro reino está corrompido por la lascivia, el adulterio y la sodomía. Pronto se cumplirá la profecía y Dios enviará al pueblo de Ismael para castigarnos por nuestros pecados.»

Un murmullo de inquietud resonó en la basílica. Todos se preguntaban si, en efecto, los godos eran el pueblo de Gog que sería derrotado por la progenie de Ismael, hijo de una esclava de Abraham y ancestro de la raza árabe. Alfonso escrutó los resueltos ademanes de Evancio, el obispo de Emérita, mientras estudiaba el efecto de sus palabras. Aquel sermón suponía un nuevo ataque contra Witiza, el cual, unos años antes, había entregado a Sinderedo el codiciado cargo de obispo metropolitano de Toletum.

Finalizada la homilía, Evancio bajó del altar con paso renqueante mientras se recogía los hábitos con la diestra. Extendió la otra mano, pálida y huesuda, ofreciendo displicente el anillo a los feligreses que aguardaban en fila. Su cuerpo se mostraba mortificado por el ayuno y la penitencia, su mente estaba sumida en una dimensión ajena a la terrenal. Muchos le consideraban un santo en vida, aquellos incapaces de distinguir la espiritualidad de la senectud prematura.

—Un discurso osado —comentó Pedro—. Y tal vez injusto.

—Tras ser coronado Witiza, la peste comenzó a remitir: fue un buen augurio —replicó Evancio—. Luego el rey convirtió la Corte en un lupanar. Su lujuria nos llevará a todos al desastre.

—Witiza aún es joven —señaló el duque—. Ya madurará.

Una vez más, Alfonso consideró que su padre se mostraba más magnánimo con los excesos del rey antes que con el menor de sus hijos.

En Toletum todos conocían los chascarrillos que circulaban sobre el rey: Witiza abandonando ebrio un prostíbulo de madrugada, Witiza con seis rameras en su pabellón de caza, Witiza acudiendo borracho a la basílica de Santa Leocadia... Algunos clérigos, tan ingenuos como Evancio, recitaban estos sermones creyendo que así minaban la popularidad del rey. No podían andar más errados. El relato de tales proezas consolidó la leyenda de un monarca tabernario, admirable en su llaneza venérea y humor socarrón, cuyo espontáneo carácter bien podía disculpar el populacho hispano.

Todos se giraron al ver llegar a Opas acompañado de un modesto séquito.

—Por favor, alzaos. —El joven los interrumpió cuando padre e hijo se disponían a postrarse.

—¿Tanto os molestan las muestras de respeto hacia la autoridad eclesiástica? —espetó Evancio.

—Ya tengo un criado que me abrillanta el anillo a diario —respondió Opas—, no necesito que

me lo babeo toda la Corte. ¿Qué es eso que lleváis colgando del cuello?

—Es un dedo del cadáver incorrupto de san Antolín, el mártir que murió a manos de un rey impío —declaró Evancio con suficiencia—. Su carne siempre está en contacto con la mía para impregnarme de santidad.

—Muy apropiado. Sin duda la momia tiene un aspecto muy similar al vuestro.

—Fue un regalo de mi amigo Basualdo, el obispo de Pallantia —prosiguió Evancio, imperturbable—. Tengo entendido que habéis hablado con él recientemente. No ignoro que visitáis las sedes episcopales para intrigar a mis espaldas.

—La Corte es aburrida —comentó el joven con cinismo—. ¿Qué otra cosa se puede hacer sino viajar e intrigar?

—Sois un advenedizo, sin la edad suficiente para ejercer vuestro cargo —aseguró Evancio con desprecio—. Solo lo ostentáis por ser el hijo del anterior rey.

—Dicen que, para entregaros la diócesis de Emérita, Dios hizo que se abrieran los cielos y envió al arcángel Gabriel. —Más serio, Opas añadió—: La ley establece que cualquier vacante episcopal sea cubierta por un candidato elegido por el rey y consagrado por el obispo metropolitano de Toletum.

—Vuestro hermano entregó ese cargo a Sinderedo, un perro de la Corona —espetó Evancio—. Ambos repartís las diócesis del reino entre vuestros allegados.

Y el emeritense les dio la espalda, airado, para reunirse con una numerosa comitiva de religiosos. Opas no se molestó en ocultar su satisfacción por haber logrado sacarle de quicio. Hizo un gesto a la familia cántabra para que le acompañara y pasaron bajo el arco de herradura de la iglesia. El palacio real se mostró imponente ante ellos.

—¿Y vuestro hijo Fruela? —preguntó Opas.

—Se ha visto obligado a atender unas formalidades —se excusó Pedro.

—Ha de ser un asunto importante, para perderse el oficio de los domingos —comentó el vástago del difunto Égica—. Sé que os reunisteis con Pelayo en el camino de Pallantia. Hablaríais de asuntos familiares, imagino...

—Así es —mintió el duque.

Finalizada la misa, los fieles charlaban ante la iglesia; compartían noticias, cerraban acuerdos e incluso galanteaban en el complejo palaciego. Un ejército de criados se afanaba con los preparativos para los banquetes, torneos y cacerías que pronto tendrían lugar.

—A Evancio no le falta razón en algo —admitió Opas—. Mi padre entregó el trono a mi hermano mayor y a mí el cargo de obispo con un único propósito: defender los intereses del reino.

—¿Los intereses del reino o los del rey? —preguntó Alfonso.

—¿Existe alguna diferencia? —El obispo de Spali sonrió—. La prosperidad de la nobleza

depende de la cantidad de haciendas y cargos que posean, pero su número es limitado. Si un noble desea acrecentar su patrimonio, solo pueden hacerlo a costa de otro.

—Para que uno gane, otro tiene que perder —murmuró Pedro.

—Esa es la causa de la inestabilidad del reino —asintió Opas—. Los grandes señores actúan por pura ambición, aunque deseen enmascararlo tras unos nobles ideales. Si no existe una autoridad fuerte que los obligue a someterse a las leyes, el reino se romperá en mil pedazos.

—Y vos pretendéis impedirlo —dijo Alfonso.

—La Iglesia es un estado dentro del reino. Posee tierras, talleres y factorías. Imparte justicia, redacta censos y recauda impuestos. Los obispos forjan acuerdos y leyes en los concilios, reconocen la autoridad del metropolitano. Mi padre, como Ervigio antes que él, acrecentó el poder eclesiástico para que reconocieran el carácter sacro de la realeza. De este modo, Iglesia y Monarquía se sustentan.

—El rey solo puede ser ungido por los obispos —dijo Pedro—, y estos son elegidos por el rey y el metropolitano de Toletum.

—¿Y qué logramos?

—Unidad —admitió Alfonso—. Bajo la autoridad de vuestro linaje.

Con un ademán, Opas interrumpió la airada reacción del duque.

—No reprendáis a vuestro hijo, sus objeciones son legítimas. La Corona y la Iglesia son las únicas instituciones que mantienen unido al reino. La mayor parte de los nobles lo despedazaría para obtener más tierras y privilegios. Vos sois distinto, Pedro. Sé que aceptasteis vuestro cargo en el norte por lealtad a mi tío, el rey Wamba. ¿Me equivoco?

—Me habría ido mejor en otra parte. —Pedro admitió esa media verdad como si fuera cierta.

—El rey sabe recompensar la fidelidad y es consciente de vuestra precaria situación. —Opas inclinó el rostro para hablarles en voz baja—. A cambio de vuestro apoyo en el Aula Regia, tu primogénito accederá al rango condal y se os enviarán hombres para defender la frontera.

—Mi hermano también debe labrarse un porvenir —señaló Alfonso—, y ha de encontrar una esposa.

—¿Crees que la Corte sería un buen lugar para él? —Durante un tenso instante, el religioso cruzó una mirada con el joven.

—Eso le haría sentar la cabeza —respondió.

—Fruela será nombrado conde espartario, residirá en la Corte y le buscaré una buena hembra —dijo Opas con una enigmática mueca—. Además, pasaremos por alto vuestro acuerdo con el annonario, junto a los motivos que lo indujeron.

—¿Lo hará el rey o vos? —preguntó Alfonso.

—¿Existe alguna diferencia? —Una vez más, Opas exhibió una cínica sonrisa—. Espero que esa clase de reuniones, como la que ahora mantiene ocupado a vuestro hijo menor, no se

prolonguen durante mucho tiempo. El Aula Regia se reunirá pasado mañana. Necesito una respuesta cuanto antes.

El hermano del rey les dedicó un gesto de despedida antes de reunirse con su camarilla de nobles.

El rey Witiza se había visto obligado a readmitir en el Oficio Palatino a las familias que conspiraron contra su padre y devolverles las tierras confiscadas. Se diría que Opas había dado por perdida la batalla por el control de las bases de poder de la nobleza laica y que, en su lugar, recurría a la Iglesia, cuyos bienes no dependían de vaivenes políticos y cuya jerarquía estaba sometida a los votos de obediencia. Aun así, Alfonso recelaba de él. El reino estaba dividido en facciones que solo distinguían entre «ellos» o «nosotros», y este último círculo se iba estrechando cada vez más.

La reunión de Fruela terminó en un forcejeo.

Cuando la criada adivinó sus intenciones, trató de zafarse de él. Se revolvió con violencia y sus gemidos se convirtieron en gritos. Al terminar, ambos rodaron por el suelo.

—Dijiste que la sacarías. —La moza yacía en el lecho, con la mirada fija en el envigado. Sus pechos, orondos y cubiertos de pecas, vibraban al ritmo de su agitada respiración.

A Fruela le vino algo a la mente:

—¿Qué edad tienes?

—Un poco tarde para preguntarlo, ¿no crees? —replicó ella, mientras se retiraba el cabello húmedo del rostro. Se incorporó, tomó la palangana y, una vez en cuclillas, comenzó a limpiarse ante él sin asomo de pudor. Endulzó la voz como lo haría una enamorada.

—¿Qué te ha parecido? —La afectada dicción resonó empalagosa sobre el rítmico chapoteo.

—Toma, te lo has ganado. —Fruela le entregó una moneda de bronce tras propinarle una sonora palmada en las nalgas—. Ahora vístete.

—Pero...

—Está bien —concedió él, mientras rebuscaba en la bolsa—. No vamos a discutir por dinero...

Por entonces, Fruela no era lo que se suele entender como buena persona. Él tampoco trataba de ocultarlo. Poseía carisma, en especial con las mujeres, pues intuía en todo momento lo que deseaban oír y se lo decía con la convicción de quien sabe bien de lo que está hablando. Tampoco era comprensivo, caballeroso o sensible, como ellas prefieren que sean los hombres; más bien era la clase de hombre que siempre se sale con la suya.

La muchacha se vistió haciéndose la digna, no sin antes tomar las monedas que le ofrecía, y él recogió la jofaina del suelo para asearse el rostro y las axilas. Se puso la túnica y las calzas y se ciñó el tahalí con la espada. En el patio le aguardaban Munio y Argebald.

—Daos prisa, el torneo está a punto de comenzar.

Descendieron por callejuelas para atravesar las murallas y llegar al antiguo circo romano al norte de la ciudad. La aristocracia se había reunido en la arena para demostrar su destreza con las armas y los toledanos abarrotaban los graderíos en ruinas, llenos de expectación y de júbilo hacia su soberano. En Spania raro es cuando el pueblo ama a su rey. No es fácil encariñarse con quien impone tributos, tasas, portazgos y aranceles. Semejante prodigio solo sucede con los grandes estadistas, con aquellos próceres capaces de desadormecer las más nobles pasiones del carácter hispano. Nuestros monarcas bienamados componen un retrato de lo que hemos sido, y Witiza supo como nadie ganarse el cariño del pueblo llano: cada Natividad, Pascua o efeméride del Santoral iba precedida o rematada por una comilona de balde en la que los vecinos se arrojaban sobre el tocino y el morapio con un furor desatado.

A duras penas los tres norteños lograron abrirse paso entre la multitud que se disputaba las viandas, cuando un corpulento aristócrata, acompañado de dos bucelarios, se plantó ante ellos.

—Dicen que eres bueno con la espada. —El vello oscuro del recién llegado afloraba por el cuello de su túnica gualda hasta formar una espesa barba. Su corpachón les impedía el paso.

—¿Y quién lo dice? —preguntó Fruela.

—Eso no importa. —La penetrante mirada del ricohombre trataba de atravesarlo de parte a parte.

—¿Quién eres?

—Soy Gundemaro, el duque de Gallaecia.

Había oído hablar del noble galaico, a quien Witiza había entregado la provincia que antes gobernó Favila, el padre de Pelayo. Algunos rumores le produjeron inquietud, el resto era como para echarse a temblar.

—¿Quién te envía? —preguntó Fruela.

—El rey.

—¿El rey o su hermano?

—Mentiría si dijera que Opas no está al corriente —admitió Gundemaro, y la atención del joven se desplazó hacia el palco. Witiza había prometido una pátera de oro al vencedor, lo cual había hecho aflorar las antiguas rivalidades entre familias. El odio viejo. Afrentas heredadas de padres a hijos al igual que las tierras; desde rencillas ducal por los altos cargos del Oficio Palatino hasta disputas entre labriegos por los hitos que delimitaban los huertos.

—Si esperas que venza a alguien, mi respuesta es que pretendo ganarles a todos —dijo Fruela—. Si esperas que me deje derrotar, mi respuesta es que te vayas al Infierno.

Se diría que el duque galaico estaba acostumbrado a mayores cortesías.

—Bocanegra debe ganar, es de vital importancia —dictaminó Gundemaro—. Hay nobles que se han aliado para conspirar por el trono... Pelayo es uno de ellos.

Lo cual no debería ser un problema, a no ser que la salud del monarca peligrara.

—¿Tienes alguna prueba que demuestre tales acusaciones? —preguntó Fruela.

—Imagino que sientes cierta simpatía hacia él —añadió Gundemaro, huraño—. Pelayo es del norte, como tú.

—Pelayo es un cretino. Como tú.

—Si no estás con nosotros, estás con él. No existe más alternativa.

—Vuestras malditas disputas me traen sin cuidado. —Tal fue la respuesta, y todos percibieron la verdad que había en ella.

—Tal vez te falte valor para comprometerte.

Fruela se llevó la mano a la cintura y un siseo metálico resonó al desnudar una cuarta de acero.

—¿Te has cansado de vivir, viejo?

Gundemaro dio un paso atrás. El honor no es más que una percepción social. Y en un mundo en el que solo eres lo que los demás creen que eres, y lo que crean depende de lo que puedan decir, el honor lo es todo.

Los galaicos empuñaron sus espadas, sin llegar a desenfundar. Munio y Argebald los imitaron. Gundemaro observaba al muchacho con una mueca de desprecio.

—Dicen que eres diestro —espetó—. Mas yo no perdería un instante en alabar a alguien solo por su habilidad con la espada, aunque tenga el tamaño y la fuerza de un trol, o se haya criado en el frío norte. No hasta que demuestre su temple en el fragor de la batalla.

El joven comenzó a batir palmas.

—Enhorabuena, tu discurso me ha impresionado. Toma. —Le arrojó una moneda—. Ahora ve a hacer el payaso a otra parte.

Furioso, Gundemaro se dio la vuelta y aquellos que le acompañaban le imitaron. Por un instante Fruela consideró si su discurso había sido apropiado, pero las palabras son aliento y una vez que han salido de la boca, dichas están. Prosiguieron la marcha y, al llegar a la arena, comprobó que su padre le aguardaba junto a Teodolf, Alfonso y Guidemar.

—Fruela —le dijo la mujer—, ¿tan bien manejas la espada que las damas no hablan de otro?

Él enarcó las cejas, sarcástico, y su madrastra debió comprender el sentido del mudo reproche, pues se sonrojó. La reunión del Aula Regia había convertido la capital en un inmenso mercado casadero y aquel comentario revelaba qué los había mantenido ocupados aquella mañana.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Pedro.

—Por ahí.

—¿Putañeando?

El muchacho no respondió. En su lugar, sopesó la espada sin filo que Teodolf le entregaba, mientras sus hombres preparaban a Sniumeis. Cerró los ojos e inspiró hondo. Los aguardaba la prueba más importante del día. Los antiguos emplearon espadas de madera en batallas simuladas,

de las que se decía que todo era real salvo la sangre. Las leyes godas, por el contrario, establecían que los nobles se batieran a caballo, con lanzas o espadas negras, mientras que los siervos lo hicieran a pie con bastones. De esto resultó que el palo fuera considerado un instrumento afrentoso, pues el hombre al que se apalea es tratado como plebeyo. Por eso los nobles hoy prefieren ser castigados con armas blancas, pues se cree que la espada hiere, mas no ofende.

Fruela aún se ceñía la armadura cuando media docena de jóvenes se plantaron ante él. Un muchacho de su misma edad, con el cabello de ébano y el rostro tostado por el sol, se adelantó al resto.

—Mi nombre es Bencio. —La entonación, melódica y cortés, otorgaba una insólita dignidad a sus palabras. O eso le pareció a Fruela, que jamás había oído antes el acento de la Bética. El recién llegado lucía una coraza de láminas que resplandecía sin una mácula de herrumbre, aunque los cordones de seda estaban desgastados por el uso. Se trataba del sobrino de Rodrigo, el duque de la provincia más meridional del reino, y junto a él descubrió a una ninfa de tez pálida como la aurora, con cabello negro recogido en un exótico trenzado para exhibir un cuello de cisne. Lucía un vestido escarlata bordado en oro, además de un ceño fruncido. Supuso que era su hermana.

—Yo soy Fruela —contestó.

—Ningún Amalo ha de vencer en el torneo —le dijo Bencio mientras le ofrecía una cinta verde—. ¿Estás con nosotros?

El resto de béticos llevaba una cinta similar atada al brazo derecho, un modo de distinguirse en la liza. Desde los tiempos de Teodorico el Grande, el linaje de los Amalos acaparó el trono durante casi un siglo. Luego la corona pasó a manos de la aristocracia de la Bética, los linajes de Witiza y Rodrigo, que se la disputaron durante más de setenta años. Hasta que las dos estirpes del mediodía hispano forjaron una alianza mediante el enlace entre Égica y Cixilo, de la cual eran fruto Witiza, Opas y Sisberto. Semejante acuerdo solo avivó la rivalidad con los Amalos, que controlaban las provincias Tarraconense y Septimania.

Fruela sopesó la oferta. Lucir los colores de Rodrigo suponía declararse enemigo de Agila y, tal vez, despertaría la suspicacia del rey, lo cual podía condicionar lo que sucediera en el Aula Regia. El silencio se prolongó sin que el muchacho hallase una respuesta.

—Mi hijo no se comprometerá en ninguna causa —sentenció Pedro.

El sureño asintió y se reunió con la chica, quien, al sentir la mirada de Fruela, le devolvió un escrutinio colmado de desdén.

—Tantas intrigas... solo por un estúpido juego. —Munio escupió en el suelo.

—¿Ves toda esa gente? —le dijo Teodolf—. Tras dos años de peste y sequía, esto supone un interludio de gozo en sus vidas.

—Un regalo que el rey les otorga en su infinita bondad —espetó el cántabro—. ¿Cuánto habrá

costado el jolgorio?

—Mucho —asintió Teodolf—. Aunque para el rey es un modo de exhibir su riqueza y poder. Los nobles legitiman su posición porque son los más aptos para la guerra. Que alguien de un linaje menor derrote a las grandes familias también cuestiona sus privilegios de clase.

—Debes ganar —le dijo Pedro a su hijo—. Sin embargo, pase lo que pase, no te enfrentes a los hombres del rey, a no ser que sea en el duelo final. Ya has obrado con suficiente torpeza, Witiza no debe creer que le desafiamos.

El joven terminó de ajustarse la armadura, hastiado de que su padre quisiera nadar sin mojarse.

—Hace dos años, tu hermano estuvo a punto de vencer —añadió el duque—. No me avergüences de nuevo.

Pedro se disponía a buscar asiento cuando Fruela le respondió:

—¿Y tú?

—¿Cómo dices? —El duque cántabro entrecerró los ojos, furioso ante aquel desafío. Jamás habían discutido en público, pero esta vez los reproches habían ido demasiado lejos y todos los miembros de la comitiva, incluido Alfonso, se habían percatado.

—Jamás he visto una cicatriz en tu cuerpo —le dijo Fruela.

El duque le dio la espalda, como si el comentario no fuera digno de su atención. El eco de los cuernos resonó en la vega baja, los campeones saltaron sobre los caballos. Las reglas eran simples. Sesenta jinetes pisaban la arena y se sucedían los duelos a primera sangre hasta que solo quedase uno en pie. Quien fuera derribado, o alzase el brazo como rendición, resultaba eliminado. Todos entraban montados, mas ignoraban cómo saldrían. Puestos a elegir, era preferible hacerlo a rastras.

Teodolf observó a su hijo sopesar una espada sin filo y le propinó una afectuosa palmada en el hombro. Lo peor era estar ahí fuera, sentado, sin poder hacer nada. Alfonso se acercó a su hermano para hablarle en voz baja:

—Recuerda que todo esto no es más que vanidad.

Alfonso le aconsejaba que no arriesgara. Aun sin filo, un golpe de espada podía dejarle tullido de por vida. En el fondo, Fruela sabía que tenía razón, pero sintió un hondo desprecio hacia alguien a quien, en el pasado, había adorado con una pasión infantil. Para él, su hermano mayor había sido un dios encarnado: siempre seguro de sí, capaz de lograr lo imposible. En ese momento, solo veía a un astroso lisiado, un diletante que confundía la prudencia con la cobardía y la humildad con el miedo. En ese instante odió a su hermano porque le mostraba en lo que él mismo podía convertirse en caso de fallar. Y ante la certidumbre de su propia vulnerabilidad, recordó que aquel miedo atroz formaba parte del juego. El objetivo de todo aquello era desafiar al pánico y al dolor; derrotar al miedo a resultar herido y, sobre todo, al miedo a fallar.

Condujeron las bestias hacia la curva que formaba la pista, hollada por millares de cascos en

los combates del día anterior. A medida que se aproximaba al resto de jinetes, la presencia del público se tornaba irreal. Un cuerno de olifante les ordenó cargar contra el rival más próximo. La mirada de Fruela se topó con la de un muchacho revestido con una espléndida armadura. Comenzaron a tantearse, cabalgando en círculos. La clave residía en ganar, mediante giros y maniobras, el lado izquierdo del oponente sin exponer el propio; buscar la parte trasera de la montura, allá donde no alcanzaba el escudo.

Su adversario hizo girar el caballo; primero le instó a cargar, luego tiró de las riendas y retrocedió. Cuando los dos jinetes se toparon de nuevo, repitió la maniobra y eludió al cántabro con una sucesión de giros. Luego hizo que el caballo volteara en trocado. Fruela azuzó a Sniumeis y le golpeó en la espalda antes de que terminara de girar. El pisaverde cayó al suelo con un estruendo.

Buscó otro adversario, se concentró en aquello para lo que había sido entrenado. Esta vez fue un duelo brutal, con los costados de las monturas casi tocándose, un intercambio de golpes de espada. Por un momento, Fruela solo oyó el entrec chocar del metal. El primer impacto en la pierna le produjo una sensación extraña. Luego llegó el dolor. Apretó los dientes y siguió luchando. Su enemigo era hábil, siempre llegaba antes. Pero a cada golpe que Fruela recibía en la pierna, le devolvía un brutal tajo en la testa. Ese muchacho no había tenido un entrenamiento honesto. Refinados duelos de patio, en los que bastaba un leve roce para vencer; no estaba preparado para el caos. Aquellos torneos ponían a prueba la resistencia, la capacidad de proteger tu integridad bajo presión. No era una afrenta resultar herido, lo vergonzoso era desistir, y tras el décimo golpe aquel joven lo hizo.

Con el universo convertido en una nube de polvo, Fruela logró derribar a otros dos adversarios. Había transcurrido media hora y estaba exhausto. Un reguero de sudor se deslizaba por la espalda; bajo la armadura, el gambax se hallaba empapado. La diestra aferraba, insensible, una espada forjada en plomo. Argebald surgió entre la polvareda con el yelmo abollado. La mirada de Fruela rastreó la pista para hallar otro adversario y se topó con uno que parecía a punto de desfallecer. Vio los colores de Witiza en su brazo derecho y tuvo que buscarse otro rival. Casi se dio de bruces con un pipiolo que exhibía una cinta verde.

—Soy Atanagildo, primogénito del duque cartaginés —anunció.

Apolíneo de cuerpo, tez morena, ojos celestes como el firmamento y labios carnosos como una fruta madura, el hijo de Teodomiro lucía un aspecto envidiable. Quizá para compensar tantas virtudes estaba su reputación de frecuentar todos los vicios imaginables.

—Si esperas que eso te sirva de algo... —le respondió Fruela.

Las carcajadas del cartaginés hicieron que varios luchadores se giraran.

—Eres un fantoche. —Atanagildo se mostraba muy seguro de sí—. Has hecho mal en rechazar la cinta verde.

Trotaron en círculos para otorgarse un respiro. Fruela se preguntó cuántas veces el joven habría hecho lo mismo. Dilatar los combates era un buen modo de llegar descansado al duelo final..., si nadie se daba cuenta. Decidió poner a prueba la resistencia de la armadura. Cargó contra él y Atanagildo, diestro y ladino, hizo virar a la montura. Se mostraba conservador, forzaba al contrario a arriesgar; economizaba fuerzas y ganaba tiempo. Fruela pico espuelas para tratar de alcanzarle, de nuevo sin éxito.

Se hallaban en el borde de la pista cuando Fruela extendió los brazos y cabalgó ante él, desafiándole, conduciendo la montura con las piernas. Un gesto demasiado ostentoso como para que el público lo pasara por alto. Resonaron las carcajadas cuando la pasividad de Atanagildo quedó en evidencia y él apretó los dientes, forzado a asumir unas reglas que no eran las suyas.

El cartaginés cargó contra el norteño alzando la espada, a la espera de que se cubriera con el escudo. Fruela no se dejó engañar, sabía que solo era una finta. Con todo, aceptó el desafío: hizo que Sniumeis corrigiera su posición, mientras él descargaba un tajo allá donde se hallaría el enemigo. Un simple canje: propinar un tajo en la sien y encajar un golpe en el costado. Fruela se olvidó del dolor cuando Atanagildo cayó de espaldas y su yelmo rodó por la arena.

Al alzar la vista, descubrió que un jinete con un yelmo ornado en bronce le aguardaba con la espada apoyada sobre el arzón. Solo quedaban cuatro hombres en liza, y supo que no le quedaban fuerzas para soportar dos combates. Le asaltó una repentina náusea, a punto estuvo de caer del caballo. El adversario retuvo a su montura y aguardó a que se recuperara. El público aplaudió aquel noble gesto y Fruela se lo agradeció con un cabeceo.

El brazo de Fruela se negaba a moverse; Sniumeis escupía espuma, su empapado pelaje estaba cubierto de polvo. Sus acciones se habían vuelto torpes y la fatiga afecta antes a la mente que al cuerpo, de modo que resultaban predecibles. El instinto le dijo que debía luchar de un modo distinto. Ceder la iniciativa, llevar al contrario hacia el fondo de la pista..., un espacio más angosto. La vista del joven recorrió las gradas, hasta cruzarse con la de Pedro, y luego se detuvo en los norteños que le acompañaban.

Con aquellos hombres le unían lazos de sangre, ya fuera en un sentido literal, como Munio, o en el figurado. Compañeros de armas que competían entre sí por demostrar su valía. No solo en el combate, también en la caza, con las mujeres, al ingerir cerveza, y al esgrimir tanto la palabra como la espada. Si quería disputarle el liderazgo a su hermano, debía demostrar que era el mejor. No solo importaba vencer, sino también cómo hacerlo.

Galopó directo hacia su oponente. Descargó un tajo, el acero bateó el aire y un impacto le taladró la sien.

El frescor del agua le hizo reaccionar. Al entreabrir los ojos lo primero que vio fue un yelmo abollado en el suelo. Se llevó una mano a la frente. Yacía en un margen de la pista mientras Teodolf le zurcía el cráneo. Munio y Argebald descansaban en la arena. Con un ojo amoratado, su

primero tuvo que ladear el rostro para observarle y su amigo tenía la armadura destrozada. Antes de caer habían derrotado a tres adversarios, y Fruela estuvo a punto de llegar al combate final. No lo habían hecho nada mal.

—Te ha vencido un *ingenuo* —le reprochó su padre.

La victoria no necesita explicación; la derrota no admite ninguna. Fruela se apoyó en el codo para incorporarse.

—No han tenido suerte en los emparejamientos —intervino Teodolf—. De haber podido luchar contra los hombres del rey, tal vez Fruela hubiera ganado.

El duque recordó las instrucciones que él mismo les había dado y se marchó refunfuñando.

—Por un momento creímos que podías vencer —le dijo Alfonso, y él se levantó para escudriñar la pista, donde tenía lugar el duelo final. El jinete de yelmo bronceo cabalgaba en círculos, sondeando a su adversario, un caballero con el rostro cubierto de cicatrices y la insignia de conde espartario.

—Te derrotó Norberto, un miembro de las *scholae* —dijo Teodolf—. El otro es Bocanegra, el conde espartario que dirige la primera *schola*.

—¿Bocanegra?

—Le apesta el aliento. Dicen que le limpia la mierda a Witiza con la lengua. —Acto seguido, añadió—: Ni se te ocurra decírselo a la cara. El último que lo hizo acabó muerto.

En la pista, Norberto se mostró más hábil. No dejaba un solo resquicio para atacar, su técnica ecuestre parecía perfecta. En el primer choque, golpeó el antebrazo del conde espartario y, acto seguido, le acertó en la testa.

Bocanegra cayó de espaldas y se levantó del suelo para volver a montar. Entonces el juez decretó que, al haber sido derribado, el combate había concluido. El hombretón le mandó al Infierno, vociferó que solo había sido un tropiezo y que podía despellejar al enclenque con una mano atada a la espalda. A pesar de sus quejas, Norberto fue declarado vencedor y un joven acudió para abrazarle.

Acosado por una tremenda jaqueca, a duras penas Fruela logró ponerse en pie. Una vez despojado de la armadura, recogió el equipo y se apoyó en un abrevadero, ahuecó las manos y se echó agua en la cara. Al incorporarse se topó con la mirada de un extranjero sentado en las gradas.

—Eres griego —dijo Fruela, como si denunciase al autor de una fechoría.

—Me llamo Konon —respondió el isaurio, con un marcado acento del otro lado del mar—. Formo parte de una embajada.

Desde que llegaron a Toletum no habían dejado de oír rumores sobre una delegación encabezada por el patriarca de la capital imperial. Todos se mostraban fascinados por el lujo y la opulencia que ostentaban.

—¿Tú no te preparas para la guerra? —El joven godo señaló el torneo mediante un cabeceo.

—Lo estoy haciendo. —Konon alzó el pequeño códice que sostenía en las manos.

—¿Leyendo?

—Es el *Strategikon*, un tratado militar. Explica cómo organizar un ejército, además de las tácticas y el modo de lucha de cada pueblo.

—¿Y qué dice de los godos?

—Dice que los occidentales de cabello claro sois valientes e impetuosos —respondió el extranjero—. Pero no soportáis la fatiga, el calor, el frío y la lluvia. Sois indisciplinados, no obedecéis a vuestros líderes y se os corrompe con facilidad a causa de vuestra codicia.

El joven bufó ante tales palabras y se dispuso a darle la espalda.

—Muchacho... —La voz del imperial le detuvo—. Lucha por tu vida o para destruir a tu enemigo, pero no para complacer a quien te observa.

Pasados los años, Fruela descubrió que aquella advertencia fue un vaticinio de lo que estaba por llegar. Pero en ese momento solo era un muchacho envanecido por el éxito, en batallas libradas en la frontera y entre piernas de mujeres. Ningún otro pueblo había recorrido un camino tan largo como los godos, abriéndose paso en tierra hostil, combatiendo a todas las naciones, derramando sangre propia y ajena. Aquella mañana había visto a la élite del reino demostrar su destreza con las armas y se sentía parte de una fuerza formidable, imposible de doblegar.

## VIII

El anochecer les trajo una brisa gélida. Era otra clase de frío, más seco, meseteño, al que no estaban habituados. Para la ocasión, Fruela se había puesto la mejor túnica, una hermosa prenda de lana azul, bordada en cuello y puños. Cambió el viejo manto, que apestaba a boñiga de caballo, por una clámide tejida en sarga y, de esta guisa, salió al patio. Sentados en el soportal, Munio y Argebald daban cuenta de una escudilla de vino. A Fruela le apenaba que, aquella noche, sus amigos no pudieran disfrutar de la compañía del rey.

Poco después la familia ducal atravesaba la explanada que conducía a la puerta del pretorio, rodeada de talleres que proveían a la Corte de joyas, objetos de vidrio y otros lujos exóticos. Las forjas repiqueteaban entre el chirriar de los carros y las risas de los criados, que compartían vino y busconas en el arrabal de carpas.

—Recordad que tenemos enemigos en la Corte —advirtió Pedro a sus hijos—. No debemos caer en ninguna provocación.

Una docena de centinelas aguardaban bajo una gran puerta en arco de herradura, decorada con crismones y pavos reales pintados de vivos colores. El jefe del retén les salió al paso.

—¡Alto! ¿Adónde vais?

El duque azuzó la montura para adelantarse.

—Soy Pedro, el duque de Cantabria. Anunciadlo a quien corresponda.

Ante la solemnidad de su voz, el guardia examinó el aspecto de los norteños, prestando especial atención a las armas.

—Disculpad —se excusó el soldado—. ¿Venís de cazar?

Aún se preguntaban por el sentido de aquellas palabras cuando, desde el patio, resonó una carcajada.

—Acudid mañana a mi mansión —les dijo una voz estentórea—. Os prestaré algunas ropas de mis criados.

Un noble emperojado, seguido de un séquito muy lucido para la ocasión, emergió del claustro. Delgado como un junco y envuelto en seda, un joven de veinte años caminaba hacia ellos con afectada desenvoltura. Apuesto, sin parecer afeminado, de vestimenta elegante e informal, se desenvolvía con un refinado desparpajo que jamás caía en lo vulgar.

A Fruela le cayó mal de inmediato.

—Veo que vienes armado, montañés —le dijo el aristócrata—. ¿Tienes miedo de que irrumpen

los lobos?

—¿Quién es este julandrón? —preguntó Fruela.

—Sisberto, conde toledano y hermano del rey —le advirtió Pedro, pero él no se dejó amilanar.

—Estas armas defienden el reino.

—Por supuesto —asintió Sisberto, con fingida rotundidad—. Nos defiendes de las hordas de francos y vascones que se presentarían ante las puertas de Toletum de no ser por tu familia. ¿Cuáles son tus demandas?

—¿Cómo dices?

—Los señores de provincias siempre acuden a la Corte con demandas. Cientos de ellas. Creen que el tesoro regio es una cornucopia. —Sisberto sonrió ufano—. Disculpa, ya veo que no sabes lo que es una cornucopia. Me explicaré de un modo tan llano que hasta tú lo entenderás: los provincianos acuden a Toletum, el rey los escucha, un escribano toma nota y sus peticiones acaban cubiertas de polvo en una estantería. ¿Y sabes por qué?

—¿Nadie limpia los archivos?

—El rey no confía en vosotros. Cuantos más hombres de armas os entregue, tanto más peligrosos seréis.

Fruela bajó del caballo y dio dos pasos al frente hasta plantar su rostro ante el hermano del rey.

—He visto a hombres como tú, aunque sin ropas de seda, sonreír y ofrecerme vino mientras los soldados hacían cola para forzar a sus hijas —declaró amenazante—. Cuando la guerra llama a su puerta, gimen y lloran. Desean tener a su lado a alguien como yo, un bruto sin modales ni una elegante caligrafía, que sin embargo sabe usar esto. —Y depositó la mano sobre *Nadristuggo*.

La escolta del hermano del rey dio un paso al frente. Sisberto los detuvo con un ademán.

—Cuánta pasión e ingenuidad —respondió con una sonrisa repleta de desdén—. Sin duda crees que en el mundo impera algo que consideras justicia. Olvidas que los brutos como tú sois fáciles de comprar. —La cínica mirada se desplazó hacia el patio—. Estimado Gundemaro, cuánto tiempo...

Sisberto se reunió con el duque de Gallaecia y ambos se perdieron en la oscuridad. Finalizado el percance, los norteños accedieron al patio.

—¿Entiendes lo que significa «no caer en una provocación»? —rugió Pedro.

Fruela ignoró el reproche y prefirió admirar los edificios dispuestos en torno al enorme patio. A la diestra se alzaba la iglesia de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, donde su familia había acudido a misa esa mañana. Al otro lado, una enorme construcción provista de pórtico albergaba las dependencias administrativas, y ante ellos se erguía la residencia regia. Adosada a la sala del trono se hallaba el Aula Regia, una basílica de piedra bien canteada provista de un ábside. Unas termas alimentadas por un ramal del acueducto, cuyas arcadas salvaban el Tagus, completaban el fastuoso complejo palatino.

—Sisberto parece llevarse bien con el duque de Gallaecia. Se muestra muy seguro de su posición. —Alfonso sabía que no pisaban terreno firme, pues ignoraban los vínculos clientelares de la alta aristocracia y los pactos que habían alcanzado entre sí, algo esencial para salir bien parado en la Corte.

—Los rumores sobre la salud del rey alimentan la ambición de los nobles —señaló Pedro—. La de Sisberto en especial, ya que, al vestir hábitos, Opas no puede sentarse en el trono.

Llegaron al salón de banquetes, recortado sobre la mortecina luz del anochecer. En la puerta se toparon con cuatro ostiarios, la guardia personal del rey. Altos y de cuerpo recio, bajo unas pieles de lobo lucían panoplia completa; lorigas y yelmos empenachados resplandecían bajo la luz de las antorchas.

—Acompañadme —les dijo el cabecilla, al tiempo que examinaba con desconfianza el hierro que llevaban a la cintura.

Esculturas talladas en los días antiguos, de un realismo inquietante, flanqueaban el corredor. Cuando Fruela bajó la vista, descubrió un espléndido mosaico compuesto por millares de teselas que recreaban escenas de caza.

—Deja de mirar al suelo como un idiota —masculló Alfonso entre dientes, y la vista de Fruela se perdió en el artesonado del techo. Se dejaron guiar hasta un entarimado de roble que se hallaba al fondo de la enorme estancia. No había tablas ni bancos. Los comensales charlaban recostados sobre lechos en torno a minúsculas mesas.

—¿Qué hacen ahí tumbados? —preguntó Fruela, y recibió una mirada de advertencia.

Los coperos iban de acá para allá para servir buen vino especiado, los perros vagaban para disputarse los restos del banquete y los braseros esparcían un olor a incienso impregnado en lavanda. En el lecho de honor, el rey comentaba toda suerte de anécdotas venatorias. En torno a él se hallaban los altos cargos del Oficio Palatino, una camarilla de aduladores siempre presta a aplicarse a sus ocurrencias.

El hombre que por entonces regía el destino de Spania contaba con veinticinco años. Se había arremangado la dalmática púrpura, bordada en oro y con perlas en los puños, para devorar un pedazo de jabalí con las manos. No lucía anillos, solo la diadema regia y un camafeo con su propia efigie. Nada en él recordaba a su hermano. De aspecto jovial y agraciados rasgos, los gruesos labios de Witiza rebosaban sensualidad.

—No parece moribundo —comentó Fruela en voz baja.

—Si estuviera enfermo, ¿lo mostraría en público? —replicó Alfonso.

En ese momento el rey charlaba con un matrimonio de aspecto opulento que se había detenido ante la mesa de honor. El rostro moreno del cabeza de familia contrastaba con su cabello encanecido.

—Aún no habéis traído a vuestra hija a la Corte, Urbano —le decía Witiza—. Empiezo a temer

por su estado.

—Ya sabéis lo frágil que es su salud —respondió la esposa—. Espero que sepáis disculparla. Cuando el rey vio llegar a los norteños, alzó un brazo para saludarlos.

—¡Pedro!

El brusco ademán hizo que una criada derramara el contenido de una jarra sobre el regazo del rey. Durante un instante, la joven se mostró aterrada y toda la corte guardó silencio.

—¡Bah, es solo agua! —exclamó Witiza—. Esta moza me ha visto venir y quiso sofocar mis ardores.

Como si de una señal se tratara, los cortesanos comenzaron a reír de forma afectada. Satisfecho del palmeteo, Witiza estrujó las nalgas de la muchacha mientras su consorte fingía que nada de lo que sucedía estaba teniendo lugar. Fruela estudió el aspecto de la reina. El cabello rubio, lacio y casi albino de Brunilda enmarcaba un rostro hermoso y pálido, con una boca de labios breves. Aunque su mayor atractivo no residía ahí, pues poseía un busto considerable a pesar de su delgadez. El resto de pensamientos de Fruela sobre la esposa del rey no son dignos de figurar en este relato.

—Pedro, amigo mío —prosiguió Witiza, animado—. ¿Qué nuevas hay por el norte?

—Gracias, mi rey —respondió Pedro—. Una grave amenaza se cierne...

—Déjate de formalidades —le interrumpió Witiza—. Cuéntame, ¿hay buena caza este año? Dicen que en tu tierra los venados son como toros...

Witiza era de esos prohombres que hablan el bello lenguaje del pueblo, prefieren la jarana al protocolo y creen que no existe problema de estado, por muy grave que sea, que no pueda resolverse en cuadrilla con una barrica de zurracapote. La vista de Fruela recorrió aquel repertorio de orondos aduladores achispados por el vino y descubrió a Pelayo entre el jolgorio. Se preguntó qué clase de soberano era capaz de admitir a uno de sus enemigos en su propia mesa. En ese momento, Opas susurró algo a su hermano.

—¡Ah, sí! —exclamó Witiza—. Quisiera entregaros unos presentes como premio por vuestra fidelidad.

El rey se puso en pie para entregar a Alfonso un hermoso libro de horas y a Fruela una pátera argéntea con un jinete cincelado. El muchacho la tomó, manteniéndole en todo momento la mirada, poco dispuesto a dejarse amilanar, ya fuera por el príncipe de Spania o el califa de Damasco. Cuando Opas desenvolvió un paquete quedaron boquiabiertos.

Según una antigua leyenda, una emperatriz china estaba hilando bajo una morera cuando un capullo cayó en su vaso de té. Una vez se deshizo, lo empleó para hilar. De este modo descubrió un hermoso tejido capaz de fascinar con su brillo, privilegio de reyes y envoltura para las reliquias sagradas. La seda se convirtió en un secreto de Estado y la muerte en el castigo para quien lo revelara. La Ruta de la Seda atravesaba cientos de ríos, llanuras inabarcables, montañas

infestadas de bandidos, durante un trayecto de ocho meses durante el cual el precio de cada rollo de tela se duplicaba cada vez que cambiaba de manos. Ciento cincuenta años antes, una pareja de monjes trajo de oriente cepellones de morera y gusanos de seda ocultos en unas cañas de bambú. El emperador Justiniano aceptó aquel presente y, a cambio, los hizo inmensamente ricos. De este modo la producción y el comercio de seda se convirtieron en un monopolio imperial, y el mercadeo de bienes suntuarios del este en una fuente de prestigio y riqueza para la monarquía goda.

El duque de Cantabria y su esposa admiraron aquellas dalmáticas con brocados dignas del ajuar de un emperador.

—Creo que vuestro afecto hacia el duque Pedro os hace desatender al resto de invitados —le dijo Opas al rey—. Ya tendréis tiempo de hablar con él.

Aquella declaración al menos dejaba una puerta entreabierta, así que Pedro balbuceó algo y se retiró, no sin antes recoger los obsequios. Fruela se detuvo ante Teodomiro, el duque de la Cartaginense.

—¿Cómo se encuentra vuestro hijo? —le preguntó.

El sureño sondeó su rostro ante aquel repentino interés por la salud de Atanagildo, a quien Fruela había derrotado esa misma mañana. No debió de hallar ningún vestigio de burla en él, pues asintió solemne, y Fruela se sintió satisfecho de haberle engañado.

Al buscar sitio descubrieron que los lechos más próximos al rey estaban ocupados y se dirigieron hacia un costado de la sala.

—Por favor, acomodaos —les dijo una voz.

Había un camastro sin ocupar junto a Agila y Ardo, duques de la Tarraconense y Septimania. Entre ellos se hallaba un rostro familiar, el conde Casio, cuyos dominios incluían varias ciudades del curso alto del Iberus, una tierra limítrofe con los vascones que formaba parte de la provincia de Agila. Hacía tiempo que Fruela había dejado de creer en las casualidades.

El duque cántabro se tumbó junto a Agila, un individuo moreno, de cabello negro como el tizón y rostro rasurado. Se desenvolvía con modales afables y distinguidos, que podían resultar apropiados tanto en aquella mesa como en la de un pescador. Los brocados de la túnica de seda poseían la minuciosidad de un tapiz. En sus dedos encallecidos, con las uñas bien cortadas, había restos de tinta.

—Poneos cómodos —les dijo Ardo—. Estáis entre amigos.

El duque de la Septimania, la única provincia visigoda al norte de los Pirineos, estaba emparentado con Agila, de modo que la influencia de este se extendía por el extremo oriental del reino.

De mala gana Fruela se despojó de la espada para recostarse. Los cuatro norteños se acomodaron en el catre y aceptaron el vino que los criados les ofrecían. Fruela engulló un pedazo

de cordero acompañado de una rebanada de pan, pringada en un delicioso mejunje al que llamaban aceite. El vino de aquella tierra resultaba suave y afrutado, con un regusto a barrica que fue muy de su agrado; nada que ver con el recio y amargoso chacolí norteño.

—Un buen caldo —comentó Pedro.

—Macerado con bayas de mirto —asintió Agila—. Es una lástima que el rey no sepa apreciar la hospitalidad de Barcino. Allí tenemos mejores vinos.

Durante el invierno, la Corte residía en Toletum. Luego se mudaba a Spali para la Cuaresma, pasaba la primavera en Emérita y, hacia Pentecostés, se asentaba en Corduba. La próspera Tarraconense, el último territorio hispano en el que se mantuvo la autoridad de Roma, podía ofrecer todas las comodidades que requerían los altos cargos del Oficio Palatino, pero sin duda el rey temía alguna conspiración si visitaba la provincia.

—Doy fe que la casa de los Amalos conserva el esplendor del más grande de entre los godos —declaró Casio.

—Mi antepasado Teodorico —comentó Agila—. No solo gobernó en Italia, sino que, tras el desastre de Vogladum, puso a su nieto en el trono de Spania y extendió su poder sobre burgundios y vándalos.

—Las pretensiones de Teodorico de reinstaurar el Imperio en occidente fueron vanas —dijo Pedro, molesto ante aquella jactanciosa declaración—. Constantinopla es la única heredera de Roma.

—El emperador de occidente solo puede ser nombrado por el Papa y, en este momento, Juan tiene bastante con servir al de oriente. Un perro no puede tener dos amos —asintió Agila—. Sin embargo, al asumir el ornato y las instituciones romanas, Teodorico declaró que su autoridad procedía directamente de Dios.

—No fue más que palabrería —gruñó Pedro—. Ni el hábito hace al monje, ni la púrpura al emperador.

Hay momentos para hablar y otros para escuchar, consideró Alfonso. El sabio es capaz de distinguirlos; su padre al parecer no.

—Creo que subestimáis el poder de la palabra —comentó Agila—. Veo que tu hijo sabe a qué me refiero.

—*La Ciudad de Dios* —respondió Alfonso—. Cuando los visigodos de Alarico saquearon Roma, hubo voces que acusaron a la fe de Cristo de ser la causante de su ruina. Entonces, san Agustín escribió un libro que demostraba que la Urbe había caído a causa de sus propios vicios: fue el culto a unas deidades estrafalarias lo que trajo el castigo de Dios.

El duque de la Tarraconense alzó su copa en reconocimiento a la erudición del joven.

—La divina providencia: todo lo que ocurre en este mundo es el premio o el castigo por nuestros actos —asintió—. Los obispos se reunieron en concilio y dictaminaron que lo que decía

el sabio de Hipona era cierto. Más tarde, los curas predicaron esa verdad desde los púlpitos y ya nadie duda que el Imperio forma parte del plan divino. Al acuñar moneda y transformar este palacio en una tosca imitación del constantinopolitano, Leovigildo buscó lo mismo que Teodorico: demostrar que su autoridad procedía del Altísimo. Sin embargo, en *La Ciudad de Dios*, san Agustín desarrolló otra idea que sirve a los intereses del hermano del rey...

—Dos ciudades, una terrenal y otra celestial —concluyó el primogénito de Pedro—. La Ciudad de Dios está presente en la Iglesia; la Ciudad Terrenal en los reinos e imperios. Ambas se hallan en continua pugna: una encarna el egoísmo humano, la otra la caridad.

Agila sonrió complacido.

—¿Os ha hablado Opas de ese reino unido, en el que Corona e Iglesia actúan en celestial armonía? —le preguntó a Pedro, antes de recitar—: El rey solo puede ser uncido por los obispos y estos han de ser elegidos por el rey. La sierpe que se muerde la cola, san Agustín no podría estar más satisfecho. Dejadme que os cuente una historia de nuestros vecinos francos.

»Hace ciento treinta años, Pretextato, el obispo de Ruan, fue llevado ante la justicia por el rey Chilperico de Neustria. Le acusaba de robar unos bienes que la reina le había confiado, con los que pagó sobornos para enemistar a la nobleza contra el rey y favorecer a su hijo Meroveo, a quien había casado con la viuda del hermano de Chilperico. Un robo y una unión incestuosa con los que, supuestamente, pretendía destronarlo. Y quien debía juzgar al prelado era un tribunal eclesiástico formado por cuarenta y cinco obispos.

»El asunto era turbio, nadie sabía a ciencia cierta la verdad. Pretextato aseguraba haber recompensado a algunos nobles por unos servicios, y no para conspirar contra Chilperico. Es posible que la acusación del rey fuera falsa, aunque resultaba patente el interés de los obispos por exculpar a su colega. En cierto modo, la Iglesia no solo debía juzgar a uno de los suyos, sino también su propia legitimidad para inmiscuirse en la política del reino.

»El defensor del acusado era el ilustrísimo Gregorio de Tours, a quien el rey habló en estos términos: “Obispo, tu deber es impartir justicia y yo no puedo obtener justicia de ti. De modo que se cumple el proverbio de que el cuervo no saca los ojos del cuervo”.

»A lo que Gregorio respondió: “Si alguno de nosotros se aparta del recto camino de la justicia, tú puedes corregirle. Pero si eres tú quien lo hace, ¿quién te reprenderá? ¿Quién te condenará como no sea Aquel que ha declarado ser la Justicia misma?”.

»Chilperico declaró al tribunal: “Yo, que soy rey, no puedo obtener justicia de este hombre. Por tanto, menos justicia encontraréis vosotros, que estáis por debajo de mí”.

»Ante tal amenaza, Gregorio, obispo y defensor de un obispo, contestó: “Tú no sabes si soy injusto. Solo quien ve los secretos de los corazones conoce mi conciencia. Consulta con cuidado las leyes y cumple lo que dictaminan; no olvides que el juicio de Dios está suspendido sobre tu cabeza”.

—¿Cómo acabó todo? —preguntó Agila de forma retórica—. El acusado tuvo que declararse culpable de haber pretendido destronar al rey. Más tarde, un sicario a sueldo de la Corona lo acuchilló frente al altar, aunque eso poco importa.

»Lo importante es el dilema que subyace. Las funciones de la Corona son administrar el reino, redactar leyes y aplicarlas para impartir justicia. Pero el rey dice estar por encima de todos y la Iglesia asegura que su reino no es de este mundo; su único juez es Dios y, al mismo tiempo, son sus portavoces. En la ciudad ideal imaginada por Sócrates, la clase dirigente solo existía para garantizar la justicia. Sin embargo, el filósofo también se preguntaba: “¿Quién vigilará a los vigilantes?”.

Se hizo un momentáneo silencio, y entonces Agila añadió:

—¿Qué justicia cabría esperar en un reino en el que Iglesia y Monarquía se confunden?

Todos aguardaban a que Pedro dijera algo.

—Mis preocupaciones en política no son tan elevadas —respondió al cabo.

—Por supuesto —corroboró Agila—. Solo habéis venido a Toletum a lo mismo que el resto: a sacar tajada.

—Siempre he defendido la unidad del reino.

—Lo que mantiene unido a un reino, a un ducado o a una familia es la coincidencia de intereses. —Agila observaba a los dos hijos de Pedro—. Si hablamos de ética, la distinción última es discernir entre el bien y el mal; en lo jurídico, entre lo legal o ilegal; y en política existe una sola: saber quién es amigo o enemigo. Compartir intereses es lo único que garantiza una lealtad verdadera. Vos, al igual que yo, tenéis una frontera que defender. Vivimos en una guerra continua, mientras los otros duques disfrutan de un gobierno apacible. Nosotros hacemos que sea posible. ¿Creéis que nos lo agradecen?

—No busco gratitud de nadie —se limitó a decir Pedro.

—En tal caso, consideradlo de otro modo —insistió Agila—. Vuestro hijo menor ha ultrajado a uno de los hombres de confianza de Odón. ¿Creéis que el duque de Aquitania se quedará de brazos cruzados?

—Parece que sabéis mucho sobre Odón de Aquitania —espetó Fruela.

—Somos vecinos —respondió Agila con parsimonia—. Compartimos intereses.

—Espero por vuestro bien que no compartáis enemigos. —El joven se estaba hartando de tanta cháchara.

—Las provincias del sur también defienden una frontera —señaló Alfonso, tratando de mostrarse razonable—. Hace años, Rodrigo desbarató una incursión de los moros y Teodomiro rechazó un desembarco imperial. En este momento, los árabes amenazan el reino.

—Todos respetamos a Rodrigo —declaró Casio—. Pero los problemas del sur no son los nuestros. Si los agarenos quieren llegar hasta nosotros, tendrán que atravesar la Bética.

De eso se trataba. La mirada de Alfonso recorrió la estancia, mientras se preguntaba por el paradero del duque de la Bética. Descubrió que, en la otra mesa, Opas permanecía atento a la conversación.

—Habéis llegado a un acuerdo con Odón —dijo Pedro, y no se trataba de una pregunta—. ¿Tú también, Casio?

El aludido evitó la mirada del duque.

—Los señores del interior pueden jactarse de no pactar con el enemigo —declaró de forma ambigua—. Yo vivo en la frontera, a veces me veo forzado a negociar.

Eludía responder. Existían cientos de implicaciones en aquella situación, que no era nada nueva. Treinta y seis años antes, otro noble goda alcanzó a un pacto similar con vascones y aquitanos.

—Paulo ya intentó convertirse en «rey oriental» —dijo Pedro— y desfiló por estas calles sobre un dromedario, con una corona de raspas de pescado en la testa.

—Nadie pretende derrocar a Witiza —aseguró Agila—. Por fortuna, la salud del rey es vigorosa, pero, si (Dios no lo quiera) en algún momento dejara de serlo, el trono quedaría vacante.

—Alamundo, el primogénito de Witiza, tiene ocho años —dijo Pedro.

—Alamundo tiene la misma edad mental que su padre —asintió Agila—. No creo que para Opas suponga un problema sustituir a uno por otro. Sin embargo, el Aula Regia no accederá a una sucesión dinástica sobre un menor de edad. La ley lo prohíbe.

—Muchos nobles son leales a su familia.

—Son leales a Witiza porque no supone una molestia a sus ambiciones. —Ardo intervenía por primera vez—. ¿Consideráis a eso lealtad?

Pedro guardó silencio. Si la corona salía a subasta, tal vez pudiera obtener más cargos y tierras a cambio de apoyar a algún pretendiente, lo cual era un buen modo de colmar las ambiciones de sus dos hijos y evitar las disputas entre ambos. La atención del duque se desplazó hacia Witiza, como si sopesara su estado de salud.

—¿Alguien más se ha sumado a vuestra causa? —preguntó Pedro—: ¿Qué garantías hay de que cumpliréis el acuerdo?

—Odón tiene una hija casadera y vos dos vástagos —respondió el duque de la Tarraconense—. Ya sabéis cómo funciona esto.

De nuevo, Pedro no quiso comprometerse y la cena transcurrió sin ningún otro incidente digno de mención. Aquella oferta suponía una nueva puja. El hermano del rey les había prometido refuerzos y el rango condal para Fruela y Alfonso, mientras que el duque de la Tarraconense solo ofrecía una alianza para superar la crisis de Odón y multitud de promesas. Cualquiera de las dos opciones supondría añadir un nuevo enemigo a la lista.

Nosotros o ellos. Aquel juego no admitía matices. El duque de Cantabria debía elegir un bando y sus hijos tenían cada vez más claro que no se hallaba a la altura. Su padre no era más que un guerrero bregado al que Wamba había encomendado la engorrosa tarea de defender la frontera, carente de las luces necesarias para suponer una amenaza.

Finalizada la velada, salieron al patio para dirigirse a las cuadras. Hacía frío y un halo de vapor surgía cada vez que exhalaban. El rostro de Pedro parecía envuelto en una nube. Una vez que atravesaron la entrada al palacio, el duque se deshizo de la pesada carga que llevaba dentro:

—No vuelvas a contradecirme en público —le dijo a su primogénito.

—No hice tal cosa —protestó Alfonso.

—Te has dejado impresionar por la palabrería de unos charlatanes.

—Solo trataba de que no quedáramos de nuevo como unos palurdos.

El duque carraspeó, como si se dispusiera a lanzar un esputo. Lo que salió de su boca no fue mejor:

—Y yo trato de defender nuestros intereses para legaros una mejor posición. A cambio, me veo maldecido con dos vástagos que lo único que saben hacer es parlotear, beber y fornicar —y espetó a quien atesoraba las dos últimas virtudes—: ¿Y tú por qué pones esa cara?

—Me preguntaba cuál es tu plan, padre —contestó Fruela, hastiado—. Yo no sé nada de discursos floridos, pero sí de estrategia. Dime que la tuya no se limita a arrimarse al sol que más calienta, pues en tal caso podemos darnos por jodidos.

—¡Lárgate de mi vista! —rugió el duque—. ¡Vete a emborracharte de una vez!

—Eso haré —respondió el muchacho.

De modo que, aquella noche, Fruela bebió como si fuera la última. En el norte no existían tabernas; el único modo de beber y holgar pasaba por forzar la hospitalidad de algún noble o pagar a algún campesino a cambio de asaltarle la bodega. En Toletum descubrió lugares abiertos al público en los que servían bebida y conducho, frecuentados por mujeres de reputación dudosa, en el peor de los casos, o de profesionalidad garantizada, en el mejor de ellos. Tras reunirse con Munio y Argebald, los tres norteños se adentraron en el bullicio. Entre jarra y manduca, el propietario les informó que aquella era una costumbre heredada de los días antiguos, en los que toda aldea, por pequeña que fuera, contaba con algún lugar como aquel. Lo cual acrecentó el escaso respeto que el joven sentía hacia los romanos, capaces, a pesar de todo, de discernir aciertos de aquella índole.

—¡Una nueva ronda, paga el rey!

El grito resonó desde el fondo del local y entonces reconocieron a Atanagildo, sentado junto a un par de bucelarios, con una buscona en el regazo y una copa en la diestra. Sobre la mesa había unas tenazas con las que troceaba una patera cincelada, idéntica a la que Fruela había recibido de

manos del rey. Los pedazos de plata eran entregados al posadero a cambio de las jarras que repartía entre los jubilosos parroquianos.

—¡Pero si es Fruela, el hijo abstemio del duque Pedro! —exclamó Atanagildo—. ¡Aquel que se tambalea con solo oír nombrar al vino! Ven, siéntate... —Hizo un gesto para que se acomodara a su lado—. ¿Y a ti, qué te ha regalado el rey? Al menos alcanzará para un barril de cerveza.

Los tres norteños se acomodaron junto a la mesa y aceptaron de buen grado el vino que les ofrecían. Fruela dio un largo trago mientras observaba a su anfitrión por encima del vaso.

—Te creía convaleciente.

—Y lo estaba —admitió Atanagildo, al tiempo que señalaba la venda que ocultaba su descalabro—. Pero me acabo de enterar de que Campechano I, terror de los corzos, las liebres y las doncellas, me ha honrado con el título de conde espatario, así que he salido a celebrarlo. — Fruela supuso que hablaba de Witiza—. A partir de ahora, tendré que aguantar a capullos como Bencio, el sobrino de Rodrigo, a los que Opas también desea tener cerca para saber si traman algo.

—No puedo decir que te hayas perdido una gran fiesta —comentó Fruela—, aunque estuviera presente el rey y su consorte.

—Brunilda, una gran reina —opinó Atanagildo—. Imagino que no habrás pasado por alto sus ubres, ¿verdad? Cixilo, la esposa del difunto Égica, era plana como una tabla, la muy hija de puta. —La ramera acomodada en los muslos del joven emitió una risa estridente y él se levanto del banco para alzar la copa y exclamar—: ¡Por las tetas de la reina!

El brindis sirvió de excusa para que la chusma apurara los vasos, haciendo mofa de las aficiones puteriles del monarca. Seguidamente, reclamaron más vino a cuenta del vástago de Teodomiro.

Junto a su mesa, la tablazón del suelo crujió y una figura se interpuso ante la luz de los candiles, proyectando una inquietante sombra.

—No deberíais hablar así de la esposa del rey.

Sobre ellos apareció un rostro esculpido a hachazos, con unos ojos perdidos en la profundidad de las cuencas, dos pozos sin fondo que creaban una mirada aterradora. Bocanegra lo sabía bien, era de los de cáscara amarga. Aquella mañana, Teodolf había dicho que nadie le llamaba así a la cara y Fruela comprendió el motivo. Tres de sus hombres estaban sentados en una mesa próxima.

—¿Por qué no podemos bromear? —El rostro de Atanagildo había perdido firmeza, como manteca arrimada al fuego. Bocanegra tenía cuarenta años, ojos negros, piel tiznada, una cicatriz en la frente y otra en la mejilla, una espada en el costado, un puñal al cinto y era un asesino despiadado. Se podría alterar el orden pero el resultado sería idéntico: era un auténtico hijo de puta.

—Porque está mal.

—¿El qué, tener buenas tetas? —dijo el cartaginés.

—No es un buen modo de divertirse. —Cada sílaba cortó el silencio como un cuchillo mellado arrastrado por una pared.

—¿Y qué haces aquí si no buscas diversión? —balbuceó Atanagildo, y se llevó el vaso a los labios para eludir la mirada del conde espartario.

—Yo no duermo. —Bocanegra se mostró amenazante. Para ello no hizo nada en especial, tan solo estar.

—Y odias a los que se divierten.

—Sal —insistió Bocanegra.

—¿Adónde? —Atanagildo intentó que su voz sonase despreocupada. En su lugar, emitió un graznido histérico.

—Ahí fuera. Sal.

—¿A qué? —El rostro del muchacho palideció hasta asemejarle a un fantasma.

—Sal a la calle.

—Estoy cómodo aquí —replicó Atanagildo—. Disfruto del vino y de buena compañía.

Bocanegra miró a Atanagildo como quien contempla un pedazo de boñiga reseca; luego entornó el rostro para observar a la puta, como si fuera lo mismo; al fin, se giró hacia Fruela para mirarle como a un pedazo de boñiga reseca. Descubrió al joven con la diestra oculta bajo la mesa y las piernas flexionadas. No era difícil imaginar dónde se hallaba el cuchillo que poco antes colgaba del cinto.

Fruela no era especialmente fuerte, ni tampoco destacaba por su resistencia. Pero había sido entrenado por una de las mejores espadas del reino y era endiabladamente rápido. Sabía que, si él era el primero en actuar, su adversario no podría reaccionar a tiempo. Esta circunstancia había conformado su carácter y le hacía ser temerario, algo que, mucho más tarde, pagaría caro.

Mas aquella noche, con la atención puesta en Atanagildo, Bocanegra le había dejado desenfundar el *scrama* a menos de un paso. Si Fruela se le echaba encima, cubriéndose con el antebrazo izquierdo, podría asestarle un par de puñaladas antes de que pudiera reaccionar. Desde abajo, en la arteria femoral de la cara interna del muslo, como Teodolf le había enseñado. Con la hombría hecha jirones, el veterano espartario tardaría menos de un padrenuestro en desangrarse.

El matahombres evaluó la situación; rodeado por tres norteños y con sus hombres a seis pasos de distancia. El rango condal como único escudo y la mirada de un lunático desafiándole a que le dirigiera la palabra.

—Ella se viene conmigo. —Bocanegra aferró a la ramera de Atanagildo y se la llevó a rastras —. Recordad que nunca duermo.

Le observaron mientras se dirigía hacia la puerta con la mujerzuela del brazo. Solo cuando sus hombres le imitaron, Fruela enfundó el arma y apuró la jarra.

—Hay quien te llamaría cobarde —le dijo a Atanagildo.

El bullicio resonó de nuevo en la taberna.

—El valor está sobrevalorado. —El muchacho se llenó de nuevo el vaso y, al hacerlo, derramó buena parte del líquido—. Trama algo —añadió, escrutando más allá de la puerta.

—¿Y eso es malo?

—Significa que alguien va a morir.

## IX

Lo primero que vio al abrir los ojos fueron unas vigas ennegrecidas que apenas sostenían los restos de un tejado. Fruela se apoyó en el codo para escrutar a su alrededor: se hallaban en un edificio en ruinas. Dos jarras hechas pedazos, de las que emanaba el inconfundible aroma del vino barato, un par de regueros en la pared, con un olor no menos reconocible, junto un charco de vómito, revelaban el transcurso de los avatares nocturnos, hasta allá donde se le enturbiaba la memoria.

Empujó a Argebald y dio una patada a su primo para despertarlos. Una vez en la calle, la luz solar los deslumbró. Junto a la puerta de la derruida fachada, un relieve mostraba un candelabro de siete brazos. Al comprender dónde habían pasado la noche, Argebald se persignó. Quince años antes, en un concilio eclesiástico, se acusó a los judíos de conspirar contra el reino con el apoyo de sus correligionarios de África. Fueron vendidos como esclavos y les confiscaron todos los bienes. Fruela no sentía un especial cariño hacia la progenie de Isaac, pero sintió un escalofrío al saberse en un templo profanado.

—Vámonos de aquí. —Fruela padecía una espantosa resaca y lucía una túnica salpicada de vino y vómito. Munio y Argebald no mostraban un mejor aspecto. Había sido una noche complicada y debían regresar a casa para darse un baño antes de la reunión del Aula Regia.

No habían dado una docena de pasos cuando Fruela descubrió a la joven que había visto el día en que llegaron a la capital, sentada a la entrada de una mansión.

—Id a la casa —les dijo al resto—. Os veré luego.

A medida que se aproximaba, las criadas que acompañaban a la chica le escrutaron con desconfianza.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Fruela, ignorando al aya.

La joven alzó la vista y sus cejas se arquearon.

—Sospecho que mi respuesta no cambiará en nada vuestras intenciones. —Aquella suave voz restalló como un látigo de seda.

—¿Me obligaréis a que me sienta en el suelo? —le preguntó Fruela—. Parecéis demasiado amable para hacerlo.

Ella se retiró el velo, dispuesta a mostrarle sus armas. Los ojos se entrecerraron para evaluarlo; aguamarina o esmeralda, según la luz del sol, e inescrutables. Una dalmática de seda azul le cubría el cuerpo, tenía los párpados pintados de amatista y los labios teñidos de carmín, del

cuello emanaba un perfume de mirra y lavanda. Demasiado dinero en la piel como para estar en aquel banco. Al sentarse, Fruela retiró la espada.

—Veo que sois un guerrero. —La sonrisa femenina era ambigua, aquella frase no comprometía a nada.

—Soy gardingo, he dirigido dos campañas contra los vascones.

Los ojos, esta vez verdes, le evaluaron.

—Imagino que habréis matado a cientos de hombres, saqueado sus poblados y violado a docenas de mujeres —declaró con un exótico acento griego, presta a escuchar una conocida cantinela.

—Violar son palabras mayores —respondió Fruela—. Prefiero hablar de sexo tomado al enemigo.

—He de admitir que sois... distinto, además de apuesto —declaró al tiempo que le regalaba una sonrisa—. La credibilidad de un hombre después de un torneo suele ser igual a la de un vendedor de ungüentos. ¿Estaríais dispuesto a ofrecerme un relato honesto de la guerra?

—Disculpad, me he quedado en lo de apuesto.

Los labios de la joven le cautivaron cuando, por vez primera, formaron una sonrisa sincera.

—No hace falta que os lo diga, ¿verdad? —murmuró—. Sin duda, lo sabéis muy bien. ¿Os funciona ese gracejo con las aldeanas de montaña?

La muchacha se apoyó en el muro, con las manos sobre el regazo. La seda irradiaba un brillo celeste y se amoldaba a las formas del cuerpo. Fruela ignoraba de qué clase de coquetería se trataba; si la distante, que admitía que tal vez podría seducirla, o la provocadora, que le incitaba a hacerlo. Aquellos labios, siempre húmedos, formaban una adorable mueca que le desafiaba a averiguarlo.

—Y creéis que también funcionará conmigo —añadió ella.

—¿Por qué si no me dirigís la palabra?

—Solo siento curiosidad por ver durante cuánto tiempo podéis mostrar tanto ingenio sin que os salga humo por las orejas.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Inventad el que más os guste y fingiremos que es el verdadero. Dudo que vuestras intenciones vayan más allá de una noche.

Una hembra como aquella no ignoraba los dones que ostentaba, y Fruela quiso centrarse en un rasgo distinto, como si solo él fuera capaz de ver más allá de lo obvio. Esta vez no fue necesario mentir.

—Sois injusta conmigo. Tenéis una hermosa sonrisa. El ingenio solo es un recurso para poder admirarla.

—Si seguís así, es posible que os diga mi nombre.

—Pensad que estoy a punto de suplicarlo y eso sería patético.

—Me llamo Oliba. —La muchacha dejó que sus ojos celestes mostrasen un fingido candor, y Fruela quedó enganchado a su mirada. Ella entornó el rostro para mostrarle la curva del cuello y él siguió el contorno hasta verse descubierto por unos ojos de un color imposible, que no habían dejado de observarle. Se giró al intuir una presencia tras él, hasta toparse con un rostro afilado y moreno que ya había visto en la cena del rey. Por un instante, Oliba mostró un asomo de pudor y después la sonrisa cobró intensidad. Se inclinó sobre Fruela, su aliento le acarició la mejilla y, por un instante, el perfume de mirra y lavanda le envolvió.

—Es mi padre —le susurró al oído.

La muchacha se incorporó y el recién llegado se inclinó para besarla.

—Has tardado en llegar —le dijo ella.

—No parece que me hayas echado de menos. —La mirada paterna se convirtió en reproche—. ¿Quién es este montaraz?

—Soy Fruela, hijo de Pedro, el duque de Cantabria.

—Mi nombre es Urbano —le dijo inclinando el rostro—. Disculpad, ignoraba vuestro noble linaje, me he dejado engañar por vuestros harapos. ¿Qué hace alguien de vuestra alcurnia sentado con mi hija?

—Trataba de seducirla.

El conde juliano sonrió sin un ápice de calidez; una educada mueca con la que mostraba los dientes.

—Vuestra honestidad os honra. ¿Qué tal os iba?

—No demasiado bien —admitió.

—En tal caso, id a buscar alguna taberna para seguir bebiendo. —Examinó los vestigios de una agitada noche en la túnica—. Si os emborracháis, tal vez no recordéis el ridículo.

—No hace falta —respondió Fruela—. No necesito ningún motivo especial para emborracharme.

La mirada del conde se ensombreció mientras la muchacha presenciaba en silencio aquel duelo de voluntades.

—Moderad vuestro sarcasmo, muchacho —le dijo Urbano—. De lo contrario os aguarda un futuro incierto.

—Es mejor un futuro incierto a solo tener pasado, anciano. —Era la primera vez que Fruela reaccionaba con palabras ante una amenaza y se sintió satisfecho de la respuesta.

Entonces algo llamó su atención. Un orondo clérigo abandonó la mansión para dirigirse a una litera y tras él caminaba el griego que había conocido en el circo. Al parecer, la embajada se había reunido con el señor de Septem, quien, en el pasado, estuvo al servicio de Constantinopla. Un clérigo harapiento se acercó a la mansión acompañado de un centenar de mendigos. Fruela

reconoció al fanático eremita con el que se habían topado en Pallantia. A medida que la multitud se hacía más numerosa, Ciro aceleró el paso. Una docena de desarrapados le impidió continuar.

—Vámonos —le dijo Urbano a su hija.

El monje que capitaneaba aquella turba señaló a Oliba y comenzó a recitar a voz en grito:

—«Porque todas las naciones han bebido del vino de la pasión de su inmoralidad, y los reyes de la tierra han cometido actos inmorales con ella, y los mercaderes se han enriquecido con su sensualidad» —dijo acusador—. Ellos nos han traído la corrupción, han convertido a nuestro rey en un depravado. ¡El Juicio Final se aproxima! ¿Acaso Dios no nos ha enviado la peste y la sequía como otrora hizo con las plagas de Egipto?

Al sentirse aludida, la muchacha se giró hacia el clérigo. Apartó un mechón de la frente y se cubrió con el velo, mientras soportaba la fanática mirada con arrogancia, lo cual no hizo más que acrecentar la ira del monje.

—San Clemente de Alejandría predicó que una mujer que se empolva el rostro, se aplica sombra de ojos y recurre a otros artificios impíos, no evoca la solemne imagen de Dios, ¡sino a una prostituta y una adúltera! —exclamó con desprecio—. ¿Qué hembra engalanada para seducirnos busca la santidad? ¡El pueblo pasa hambre! ¡Mientras tanto, vosotros dilapidáis vuestra fortuna en lujos!

Apremiada por su escolta, Oliba se detuvo para girarse hacia al asceta.

—En ese caso, tus fieles se hallan más cerca de la salvación. Consuélales diciendo que a nosotros nos aguarda el fuego eterno.

La multitud rugió y, en un instante, doscientos mendigos se convirtieron en bestias: la escolta del patriarca fue zarandeada, volcaron la litera de ébano labrado y el contenido se desparramó por el suelo. La turba comenzó a arrojar piedras a la embajada y una boñiga se estrelló contra la dalmática de Ciro, patriarca de Constantinopla. Fruela se zafó de un mendigo que intentó sujetarle, mientras Konon desplegaba a la escolta. Un tumulto se formó en la entrada cuando se vieron rodeados por la muchedumbre furiosa.

El sonido de un cuerno de olifante hizo que Fruela esbozara una sonrisa salvaje.

—¿Quiénes son? —le preguntó Urbano.

—Mi familia.

Resonó un estruendo de cascos. Acompañado por una veintena de jinetes, Alfonso se interpuso entre la multitud y la embajada. Los caballos de guerra resoplaban inquietos, las herraduras hacían saltar chispas en los adoquines, la turba retrocedió intimidada ante los hombres de armas.

—Mi nombre es Alfonso, gardingo del rey, y bajo su autoridad ordeno que os alejéis de esta embajada, encabezada por un hombre de Dios —dijo con voz firme.

Por un instante Fruela recordó a un guerrero orgulloso y temible, antes de que un chupacirios cojo y amargado ocupase su lugar.

—¡Un hombre de Dios orondo, cubierto de sedas, corrompido por los placeres de la carne! —respondió el eremita—. ¡El líder de una herejía cuyos clérigos fornican como simios! ¡La autoridad de la Corona no puede estar por encima de Dios!

—El apóstol Pablo dijo: «Sométase todo hombre a las autoridades superiores; porque no hay autoridad que no proceda de Dios y, las que hay, por Dios han sido instauradas» —recitó Alfonso en respuesta.

Fruela tomó la rodela que le ofrecía Argebald e hizo un gesto a sus hombres. La comitiva descabalgó. Los bucelarios empuñaron los escudos que llevaban colgados del tiracol para formar una línea ante doscientos mendigos.

—«Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres, dijeron Pedro y los demás apóstoles» —balbuceó el monje.

—Y dijo el Señor: «No toquéis a mis ungidos». David añade: «¿Quién extenderá la mano contra el ungido del Señor y será inocente?» —declaró Alfonso—. «Supone un sacrilegio violar la fidelidad prometida a los reyes, pues no solo se comete contra ellos una violación de lo pactado, sino también contra Dios, en el nombre del cual se hizo dicha promesa.»

El clérigo enmudeció al reconocer la amonestación del Cuarto Concilio de Toletum. El menor de los hermanos esbozó una maliciosa sonrisa. Ese meapilas no sabía con quién se jugaba los cuartos.

Despreciaba a los demacrados ascetas que solo sabían ayunar, rezar y parlotear. A los diez años su padre le trajo un monje que le obligó a murmurar salmos y repetirlos sin sentido hasta el hastío. Mientras Teodolf le enseñaba a fortalecer el cuerpo, el cura abogaba por su mortificación; en lugar de buscar renombre por sus hazañas, él le exhortaba a renunciar a la gloria y anhelar la vida eterna. Teodolf le enseñó a destruir a quienes trataban de dañarle; el cura predicaba una victoria sobre sí mismo, sobre los bajos instintos, sobre la Bestia que habita en nuestro interior. Cuerpo y alma sumidos en una lucha perpetua, y la mujer como obstáculo a la perfección. Una guerra sin cuartel librada por san Pacomio, el padre del monacato cenobítico, quien, atormentado por el deseo hacia una hembra, iba a dejarse morder en la verga por una serpiente cuando oyó una voz interior que le decía: «¡Ve y lucha!».

Para Fruela, aquel asceta penitente no era ningún héroe vencedor sobre sí mismo, sino un mojigato débil y embaucado, que solo actuaba por miedo al castigo de Dios.

—Nos han rodeado —comentó Munio.

—Sí —murmuró Teodolf—. Pobres ejarramantas.

Una turba de labriegos famélicos, a los que alguien había prometido la vida eterna, insultaba a la veintena de guerreros. La peste y el hambre los habían arrastrado a la sedición. Fruela echó mano a la espada. Un siniestro siseo metálico desgarró el murmullo de la multitud.

—«Quien empuña la espada, a espada morirá» —recitó el monje—. «¿Crees que no puedo

pedirle al Padre que me envíe más de doce legiones de ángeles?»

El muchacho alzó la vista y escrutó el cielo sin que ninguna legión celestial asomara entre las nubes.

—*Ad testudinem!*

Un estruendo resonó cuando los bucelarios solaparon escudos ante la multitud. El «muro de escudos», una táctica hermosa por todo cuanto representa: compañeros de armas formando codo con codo para crear una empalizada, en la que a la fuerza de cada hombre se le suma la del resto.

—¡Frúela! —gritó Alfonso—. Aún podemos...

—*Ad cuneum!*

Los guerreros cargaron contra la masa enfurecida. El centro se adelantó hasta formar una cuña, en cuyo vértice se hallaba Frúela, y se abrió paso entre la muchedumbre, partiéndola en dos como a las aguas del mar Rojo. El monje, que se creía a salvo tras doscientos badajuelos, vio cómo los hombres del duque se dirigían hacia él. Unos mendigos se interpusieron. Frúela hizo lo que mejor sabía hacer: flexionó la pierna adelantada e imprimió toda la fuerza del cuerpo a un tajo. El rufián que sostenía un bastón se llevó las manos al cuello, convertido en un torrente de sangre; se giró hacia el monje, incrédulo, y cayó de bruces al suelo.

La chusma retrocedió aterrada. Los hechos subvertían la razón religiosa. A fuerza de recitar salmos habían esperado que los guerreros cayeran fulminados. Al descubrir que sus palos de encina no se convertían en lanzas de fuego, la chusma trató de huir. Los hombres del duque mataron y mutilaron a quienes hallaron a su paso. El pánico fue más fuerte que la ira y en la plazuela se amontonaron los cadáveres.

Frúela persiguió al eremita, que buscaba refugio en un callejón. La puerta de un corral suponía la única vía de escape. Estaba cerrada. El joven guerrero se plantó ante el monje mientras él aún trataba de abrirla.

—¿Quién te ha pagado? —le preguntó.

El religioso dejó de aporrear la tablazón y se giró hacia él.

—Yo solo obedezco a Dios.

El muchacho caminó hacia él y le golpeó con el pomo de la espada.

—Mi alma está preparada para reunirse con el Altísimo —declaró el monje, limpiándose la sangre del rostro—, ¿y la tuya?

El joven godo se sumió en la oscuridad de unos ojos ajenos a la luz de la razón, y supo que le había mentado en lo primero, mas no en lo último. Echó la vista hacia atrás. No podría sonsacarle nada antes de que llegase Alfonso. El clérigo pareció leer sus pensamientos y en su rostro consumido por la locura afloró una sonrisa mezquina. Cuando Frúela se giró hacia él, lo que el anciano vio le hizo dar un paso atrás. Alzó el crucifijo; dos palos de enebro que aferraba como un talismán.

—¡Arrodíllate ante la cruz!

Fruela alzó la espada. La guarda proyectó una sombra cruciforme sobre su rostro.

—Esta es mi cruz.

*Nadristuggo* silbó en el aire, destrozó la tosca cruceta de madera y atravesó el hombro del cura hasta quedar enterrada en el pecho. El muchacho apoyó el pie sobre el cadáver para extraerla y utilizó el raído escapulario para limpiar la hoja de sangre. Al girarse, descubrió a Alfonso con la mirada fija en el cuerpo sin vida.

—Me atacó —dijo Fruela—. Tuve que defenderme.

—¿Esperas que me lo crea? —respondió su hermano, y él pasó de largo para reunirse con sus hombres. Ante la mansión de Urbano, la calle estaba repleta de cadáveres. Cincuenta campesinos muertos y solo un par de heridos entre la hueste ducal. A los pies de Konon yacía una veintena de cuerpos sin vida. Media docena de imperiales había defendido la entrada sin dar un solo paso atrás.

Mientras enfundaba el arma, Fruela se acercó a la muchacha.

—No debes salir de casa —le decía el padre—. Debes permanecer siempre con los de tu clase. Oliba aún conservaba el rubor en las mejillas, y Fruela era incapaz de apartar los ojos de ella.

—Gracias por todo. —Urbano se disculpó ante él con una sonrisa nerviosa—. A veces no sé qué hacer con mi hija...

—Yo sí sabría qué hacer con ella —le respondió, y los bucelarios estallaron en carcajadas.

El duque Pedro llegó con una decena de sayones, enviaron dos partidas de jinetes a reconocer las calles y un centenar de bucelarios acudió desde palacio para escoltar a la embajada imperial. Los aguardaba la reunión del Aula Regia.

—Y todo esto antes del concilio —murmuró Alfonso.

—¿Crees que este ataque no fue casual? —Fruela cabalgaba a su lado.

—En la Corte nada es casual.

—¡Han sido los judíos! —espetó Pedro.

—¿Qué te hace pensar eso? —le preguntó Alfonso.

El duque esbozó un gesto ambiguo, con el que daba a entender que nunca se había necesitado alguna razón en especial para culpar de algo a los judíos.

—Los hebreos han disputado a los griegos el comercio de bienes suntuarios —admitió el mayor de sus hijos—. Pero sospecho que los verdaderos motivos están relacionados con la presencia de Ciro en el Aula Regia.

—¿Tienes alguna prueba? —inquirió su padre.

—No es difícil imaginar la procedencia de la seda que nos entregó el rey durante la cena.

—Bobadas —concluyó Pedro—. Lo importante es que el rey sepa que hemos protegido a sus invitados.

Dicho esto, tiró de las riendas para aproximarse al patriarca de Constantinopla con talante adulator.

—Nuestro padre... en ocasiones yerra —murmuró Alfonso.

Fue la mayor crítica hacia el duque que Fruela había oído salir de su boca. Desde que abandonaron la provincia, cada vez resultaba más patente que Pedro no estaba a la altura del cargo.

—Y supongo que deberías ser tú quien asuma la pesada carga de gobernar —le dijo Fruela.

Su hermano prefirió ignorar el sarcasmo.

—Una nueva disputa dinástica está teniendo lugar, la supervivencia de nuestra familia depende de las decisiones que tomemos durante los próximos meses. Sé que ambicionas mi puesto...

—¿Tu puesto?

—Mi herencia —precisó Alfonso—. Debemos dejar de lado nuestra rivalidad, al menos de momento. Llevamos demasiado tiempo al margen de la alta política. No te creo tan estúpido como para ignorar que Guidemar está involucrada en la conjura de Pelayo. Conocer los planes de nuestros vecinos sería un comienzo.

—¿Qué quieres decir?

—Debes utilizar la predilección de nuestra madrastra hacia ti. —Al parecer, el santurrón le pedía que sedujera a la esposa de su padre y, al encontrarse ante una mueca burlona, Alfonso añadió—: Un hombre de Estado no debe permitir que la moral le impida hacer lo correcto.

—¿Eso también lo escribió san Agustín?

—Susúrraselo al oído en el momento apropiado —prosiguió Alfonso—, como si fueran las habituales confidencias entre amantes.

En el lecho, la mayor confidencia que Fruela había hecho a sus amantes era que roncaba, algo que solían descubrir por sí solas una vez finalizado el coito. Al darse cuenta de la tesitura, el muchacho concluyó:

—Eres virgen, ¿verdad?

Un intenso rubor tiñó las mejillas de Alfonso cuando atravesaron la puerta del abarrotado pretorio.

Jamás volvería a reunirse toda la aristocracia de Spania. La ruda nobleza norteña conversaba con los comerciantes de seda del mediodía hispano, los terratenientes de Carpetania discutían con los condes de las ciudades del levante, y los magnates de la Galia bromeaban con el señor de las Columnas de Hércules. Todos regidos por una sola ley y una sola fe. Sin duda aquellos fueron tiempos felices que dieron paso a una época oscura, donde los hombres se acuestan todas las noches rezando para ver un nuevo día.

Entonces oyeron un vocerío. Una multitud de curiosos rodeaba a los soldados, que arrastraban a una pareja de jóvenes, desnudos y maniatados.

—¡Los descubrimos compartiendo lecho! —gritó Bocanegra.

Al parecer, dirigía aquella hueste. Fruela reconoció a Norberto, el vencedor del torneo, con las facciones desfiguradas por los golpes. Algunos criados reían al descubrir a dos miembros de la guardia palatina despojados de su dignidad, un puñado de mocosos les arrojaba piedras con la crueldad propia de la inocencia. La Iglesia culpaba a los sodomitas de la peste y al fin podían descargar contra alguien toda la frustración contenida.

—Es solo una venganza —dijo Fruela—, por haberle vencido en el torneo.

—Claro que lo es —respondió Pedro—. ¿Y quién se enfrentará al hermano bastardo del rey?

—¿Qué quieres decir?

—El padre de Bocanegra era un cornudo al que Égica pagó para que criase a su hijo ilegítimo —masculló Teodolf.

Los soldados plantaron a los dos invertidos uno frente al otro, y ningún magnate osó interponerse. A la crueldad de los verdugos se sumaba el regocijo de los miserables y el silencio de quienes no querían buscarse problemas. La turba es el territorio donde la vileza humana halla un asiento impune.

Bocanegra aferró a Norberto por los cabellos y le mostró el útil que sostenía en la diestra: un cuchillo de cabestrar. Las leyes castigaban la sodomía con la castración y el destierro.

—Tumbadlo en el suelo —ordenó a sus hombres.

Los soldados derribaron al otro joven para despojarle de las calzas, mientras se debatía a voz en grito. Toda la Corte contemplaba aquella parodia de Justicia sin atreverse a pronunciar palabra.

—Alguien debe parar esto —dijo Fruela, mas Teodolf le sujetó del brazo.

—Solo un rey puede.

Bocanegra amputó la hombría al muchacho y la arrojó a los pies de la multitud. Norberto contemplaba la escena y gritó hasta quedarse afónico.

—Mirad cómo llora el marica —dijo el conde espartario.

El aludido arrebató el *scrama* a uno de los guardias y le apuñaló en el vientre. El guerrero cayó al suelo, bramando como un puerco, y el muchacho desenfundó su espada.

El primer bucelario que trató de herirle pagó el error con su vida. Un fulgor y se llevó las manos a la garganta, con la sangre escapándose entre los dedos. Sus chillidos se confundieron con los del amujerado al que acababan de castrar.

El resto de soldados se desplegó para arrinconar al reo. Lo hicieron con cautela, la sangre derramada les decía que se hallaban ante la mejor espada del reino. Rodeado por diez bucelarios, con la espalda en el muro de la iglesia, Norberto era un muerto en vida: sin aliados, sin escapatoria, sin nada que perder.

Fruela vio el pánico en los ojos de sus enemigos.

«Para ser invencible, debes luchar como si ya estuvieras muerto.» Aquella epifanía fue interrumpida por un relincho. Un noble a caballo pasó bajo la arcada y se abrió paso entre la multitud. Su cabello negro se agitó al descabalgarse y los ojos, dos piedras de azabache, se clavaron en quien lideraba el linchamiento. Bocanegra se plantó ante él, aferrando la espada desnuda.

—Son amantes —declaró, como si con eso todo estuviera dicho. Y así era.

El recién llegado asintió. Escrutó a los condes, prepósitos, próceres y numerarios, con una expresión vacía en su rostro moreno cubierto por una barba con mechones grises.

—La sodomía es una abominación. —El tono era melódico, la dicción perfecta, el acento del sur. Llevaba una espada en el costado izquierdo, mas no portaba *scrama*.

—Sin duda —asintió Bocanegra.

—Un sodomita es alguien que ha pecado contra Dios y contra natura —añadió el sureño—. Un invertido que asume el rol femenino, alguien sin un vestigio de hombría.

—Tú lo has dicho —dijo el conde espartario.

El sureño caminó hacia Norberto, que blandía el acero ante una decena de bucelarios.

—Entonces, fijate en él —le dijo a Bocanegra—: ese muchacho, maniatado, ha matado a dos de tus hombres, y a ti te venció en el torneo. ¿Qué mejor prueba de que la acusación es falsa?

El interpelado reaccionó como si le hubiese lanzado un esputo en la cara.

—Soy conde espartario y amigo del rey —declaró, blandiendo su arma—. Con mi palabra basta.

El sureño se aproximó a él, entre ambos se alzaba una hoja desnuda. La apartó de un manotazo y plantó su rostro ante el de Bocanegra, a un palmo de distancia.

—El rey sabe lo que vale cada uno de sus hombres.

El conde espartario apretó los dientes y fulminó al otro con la mirada. Por un instante dio la impresión de que iba a rebanarle el cuello. En su lugar, le dio la espalda y se abrió paso a empujones.

—Dejadlos marchar —ordenó el sureño, y Norberto se arrodilló ante su amante. Cuando alzó la vista su valedor entraba en el Aula Regia. Fruela no dejaba de observarle.

—¿Quién es? —preguntó.

—Rodrigo, el duque de la Bética —dijo Teodolf.

Aquel aristócrata era nieto del rey Chindasvinto y miembro del linaje de Ervigio, el antecesor de Égica en el trono. Esta familia se había disputado la corona con la de Witiza hasta que forjaron una alianza mediante el enlace de la hija de Ervigio con Égica. Aun así, Fruela tuvo que admitir que el sureño tenía redaños.

—Quédate fuera, junto con los hombres de armas —le ordenó Pedro—. No quiero más sobresaltos.

Fruela asintió, pues prefería los chascarrillos de la soldadesca antes que otra soporífera reunión de charlatanes. Descabalgaba cuando se topó de bruces con el embajador oriental.

—Es un regalo —le dijo Konon—. Por tu ayuda.

El muchacho tomó el códice que le ofrecía y examinó la cubierta, intrigado. Pasó las páginas escritas en griego y le dio la vuelta para agitarlo boca abajo, por si había algo escondido. Nada. Solo un centenar de folios de pergamino atestados de columnas con extraños símbolos y diagramas. A cambio de salvarle la vida, aquel maldito griego le obsequiaba con un libro que no podía leer.

—¿Eso es todo? —le preguntó.

Para entonces Konon le había dado la espalda y se dirigía hacia el interior del edificio.

En la entrada, Pedro y Alfonso atravesaban el gentío y se toparon con Opas, obispo de Spali y hermano del rey.

—Estoy con vos —le dijo Pedro.

Lo cual, en palabras llanas, suponía que no había encontrado un mejor valedor. Alfonso consideró que a su hermano no le faltaba razón sobre aquella estrategia. La supuesta lealtad de su padre hacia el linaje de Égica y Witiza solo era una farsa que tanto Opas como él interpretaban, pues otorgaba una pátina de nobleza a un calculado oportunismo. El duque Pedro siempre optaba por la estrategia más conservadora y, con ello, predecible: apoyar a quien más le ofreciera, sin darse cuenta de que, en ocasiones, es el más desesperado quien más promete. Y esta vez con el problema añadido de haberse comprometido sin tan siquiera saber a qué.

Un gesto de disculpa y Opas se reunió con un religioso de edad avanzada y aspecto apacible que caminaba apoyado en un báculo broncíneo decorado con esmaltes. Lucía, como un cadáver amortajado en oro y seda, la mitra blanca descolocada sobre un cabello cano tan escaso que apenas se distinguía la tonsura. Las ricas vestiduras y su ostentosa ancianidad proclamaban su rango de obispo metropolitano de Toletum.

—Recibí vuestra copia de los *Soliloquios* de san Agustín de Hipona —declaró Sinderedo con entusiasmo—. Qué bellas miniaturas. «Cree para comprender y comprende para creer.» Magnífico, realmente magnífico.

—Me alegro de que os hayan gustado —le dijo Opas.

—¿Sería posible que me consiguierais los *Comentarios* de Primasio y el *Magna Moralia* de Gregorio Magno?

—Primasio, Ticonio, Ambrosio, Fulgencio... Lo que queráis, mi buen amigo. La biblioteca palatina está a vuestra entera disposición. —Opas apoyó la mano sobre su hombro para hablarle de forma confidencial—. Aunque ahora hay cosas más importantes. ¿Recordáis?

—¿La reunión del Aula Regia? ¡Oh, sí! Claro. Mis notas... ¿Dónde están mis notas? —Sinderedo se giró hacia el secretario mientras se palmeaba los hábitos—. ¿Sabéis dónde he dejado mis notas?

—Eso ahora no importa —le tranquilizó el hermano del rey—. Acompañadme.

Juntos se dirigieron hacia las poltronas que presidían la sala, a la diestra del rey, bajo un enorme crismón flanqueado por el alfa y el omega. Las paredes estaban pintadas de blanco con un zócalo rojizo y una banda de parras formando medallones con pavos reales.

Era la primera vez que Alfonso asistía a una de las asambleas y quedó impresionado. Formando un arco en torno al monarca estaban sentados los *seniores palatii*: los duques de las siete provincias, los condes de las ciudades más destacadas y los tres obispos más notorios del reino —Sinderedo, Opas y Evancio—, además de los condes espatarios y el condestable, a cargo de las caballerizas del rey, el conde del tesoro, encargado de acuñar moneda y recaudar impuestos, y el conde del patrimonio, quien gestionaba la *res dominica*, las propiedades del rey. El conde de los notarios, a cargo de la cancillería, se hallaba a la izquierda del trono junto a una pareja de escribas con los útiles propios del oficio. Mientras Pedro se acomodaba con el resto de duques, su primogénito aguardó de pie entre los *mediocres*, nobles de rango inferior, familiares de grandes dignatarios y cargos menores del Oficio Palatino: gardingos, prepósitos, próceres y numerarios.

Los ostiarios reclamaron silencio y, sin más preámbulo, Witiza alzó la voz:

—¿Cuál es la situación en las Columnas de Hércules?

Desde la fila de condes, se alzó un individuo de mediana edad al que Alfonso había conocido esa mañana: Urbano, señor de las ciudades del estrecho.

—Mūsà ibn Nusayr nos arrebató Tingi —declaró, y su voz se mostraba firme—. Tāriq se ha instalado allí con doce mil moros y no deja de hostigar la campiña de Septem. Hemos evacuado a los lugareños y reforzado la ciudadela. La guarnición depende por entero de los suministros que llegan de Carteya y Julia Traducta. Escasea el alimento y requerimos refuerzos para soportar el asedio.

El carácter de aquel hombre, directo, franco y decidido, fue muy del agrado de Alfonso.

—El rey os enviará más hombres y vituallas —aseguró Opas—. ¿Cómo podría negaros su ayuda?

—Por supuesto que lo haré —se apresuró a decir Witiza.

Ese fue el momento que Pedro eligió para intervenir:

—Imagino que el rey tampoco habrá olvidado el peligro que se cierne sobre el norte.

—¿Pretendéis comparar la amenaza del califato omeya con la de Odón de Aquitania? —preguntó un individuo en voz alta.

Era Teodomiro, duque de la Cartaginense y señor de siete ciudades en el sudeste del reino. Durante el reinado conjunto de Égica y Witiza había rechazado a una flota imperial que desembarcó en sus dominios.

Opas dedicó a ambos un ademán tranquilizador.

—El rey socorrerá a sus dos esforzados súbditos —manifestó ecuánime, con la vista sobre

Pedro para recordarle su acuerdo.

—¿Y de dónde saldrá el dinero para tales dispendios? —preguntó Sisberto—. El año pasado las cosechas fueron nefastas y el tesoro regio está esquilado por gastos militaristas. Como defender una ciudad perdida al otro lado del mar, algo que, en justicia, debería recaer sobre el duque de la Bética.

El conde toledano hablaba con la confianza que solo otorga el ser hermano del rey. Opas le fulminó con la mirada.

—Yo no eludo mis responsabilidades —declaró Rodrigo.

—¿En serio? —ironizó Urbano.

—Os enviaré tropas en cuanto me las pidáis.

Aquellas palabras hicieron que Alfonso arrugara el ceño. A los nobles del sur no les importaba la frontera del norte, a los del norte no les preocupaba la amenaza del sur. Quienes residían en la capital veían la guerra como algo lejano, y a quienes afectaba de forma directa estaban enfrentados por viejas rencillas.

—Las Columnas de Hércules son la llave que mantiene cerrada la puerta de África —señaló Urbano—. Ya hemos perdido Tingi, ¿vamos a renunciar a Septem?

Ante esta declaración Alfonso alzó la vista. Bajo un educado discurso, el antiguo militar imperial acababa de remarcar quién poseía esa llave, algo que se hallaba entre la advertencia y la amenaza. La lealtad de aquel hombre era como el fiel de una balanza, y si el rey no depositaba alguna pesa en su plato, oscilaría hacia el otro lado. A juzgar por la reacción de Opas, él también era consciente de ello.

—La peste ha mermado a la población de Spania, cebándose en los más jóvenes —admitió el religioso—. Las malas cosechas han traído el hambre, los esclavos abandonan los campos y los judíos conspiran contra el reino. Somos débiles, Tāriq y Mūsà lo saben.

—No conocemos sus intenciones —protestó Sisberto—. ¿Qué pruebas hay de que quieran atacarnos?

—Para discernir las intenciones de alguien basta con conocer sus creencias —aseguró Urbano—. Las Escrituras de los mahometanos los exhortan a hacer la guerra contra quienes no profesan su fe. Quienes mueran en esa causa irán al Paraíso, donde los aguardan exquisitos banquetes, ríos de vino y setenta vírgenes a cada uno.

—Suena bien —admitió Pelayo.

—¡Eso no es el Paraíso, sino un lupanar! —espetó Sinderedo, persignándose.

—Mūsà tiene cien naves de guerra en Thuni, que utiliza para hostigar Cerdeña, Sicilia y las Baleares —les informó Teodomiro—. Si decide emplearlas contra nosotros, podría desembarcar en cualquier punto de la costa.

—Opas —dijo Agila—. Tal vez ha llegado el momento de exponer el motivo de la reunión. Le hablaba directamente a él, ignorando al rey. Nadie lo pasó por alto.

—Ha llegado a Toletum una embajada griega, encabezada por Ciro, el patriarca de Constantinopla —anunció Witiza con pomposa solemnidad.

Desde un corredor apareció el religioso, seguido de Konon. Ciro había mudado de ropajes y su aspecto era imponente, como si hubiese traído consigo todo el tesoro imperial. Vestía una casulla de seda verde decorada con medallones y pavos reales tejidos en hilo de plata. Una ostentosa mitra con perlas y bordados en filigranas acrecentaba su estatura, y se apoyaba en un soberbio báculo chapado en oro rematado en una voluta serpentiforme de marfil.

—El emperador Justiniano, el segundo de su nombre, me ha enviado para transmitir una oferta —manifestó con voz tonante—. Trasladará una flota a las Baleares para que os preste auxilio contra Mūsà. A cambio, aceptaréis las cláusulas del Concilio Quinisexto celebrado hace años en Constantinopla. Una vez lograda la ansiada reunificación de la Iglesia, Dios nos concederá la victoria sobre los sarracenos.

El Aula Regia fue incapaz de ocultar su desconcierto. Todos habían supuesto que los motivos de la reunión eran otros y aquella insólita oferta los tomó por sorpresa. Alfonso tuvo que reconocer la astucia de Opas: de haber estado al corriente, las distintas facciones habrían urdido estrategias. En su lugar, se veían obligados a votar un acuerdo cuyas consecuencias a medio plazo ignoraban.

—¿Por qué no se organiza un concilio eclesiástico para decidir sobre ello? —rugió Evancio.

Junto al dedo incorrupto de San Antolín, el obispo de Emérita exhibía un relicario con el Santo Prepucio, el único legado corpóreo de Cristo, que Juan Bautista entregó a María Magdalena.

—El Papa pronto aceptará las normas del Quinisexto —respondió Sinderedo—. Basta con que los obispos las ratifiquen a título personal.

Alfonso comprendió la peregrinación de Opas por las diócesis del reino. ¿Habría aceptado Constantino, el prelado de Auca, las actas de aquel concilio celebrado a puerta cerrada en el palacio imperial de la Nueva Roma? Era de lo más probable.

—La carne es débil, y cede a la coacción —aseguró Evancio, esgrimiendo un dedo acusador—. El papa Juan se habrá dejado intimidar por Justiniano, que pretende imponernos unas normas impías. El Concilio de Elvira prohibió a los clérigos cohabitar con sus esposas y engendrar hijos. De lo contrario, ¿cómo podrían celebrar la eucaristía a diario?

—Bien sabes que una cosa es el celibato y otra la continencia —le contestó Opas—. El Concilio de Elvira no proscribió el matrimonio a los clérigos, y las normas del Quinisexto solo lo hacen a los ya ordenados.

—El sexo es un acto impuro que nos aleja de la senda de Cristo. La virginidad ha de ser requisito indispensable para ejercer su ministerio.

—Los agarenos amenazan a toda la Cristiandad —declaró un Opas hastiado—. Debemos

permanecer unidos.

Presa de un delirio místico, Evancio declamó a voz en grito:

—«Puesto que abandonaste al Señor tu Dios, también yo te abandonaré y te llevaré de un lado a otro, y te entregaré en manos de Gog; y en los confines de Libia perecerás tú y todas tus tropas por su espada». ¡Lo dice el libro de Ezequiel! ¿Es que no lo veis, turba de lascivos? ¡El Altísimo nos castigará por alejarnos del recto camino!

—«Cúidense de los falsos profetas. Vienen disfrazados de ovejas, pero por dentro son lobos feroces» —replicó Opas—. Ya ves lo fácil que resulta emplear las Escrituras para arrimar el ascua a mi sardina.

—¡Hereje! —espetó el emeritense—. Esas huestes sarracenas de más allá del mar solo son el instrumento de la ira de Dios, que aguarda sus órdenes. ¡Sois tan ciegos que no queréis verlo!

—¡Tú eres el hereje, cretino! —exclamó Ciro, tras ponerse en pie—. Vosotros, indignos prelados de Spania, ¿dónde se ha visto que los toledanos den clases de teología a Constantinopla?

—¡Calla, cojón del Anticristo! —respondió Evancio—. ¡Tú que, con tu fétida simiente, pretendes engendrar el Mal! Nos hundiréis en un piélago de lujuria, en esos barcos con los que pretendéis comprar nuestras almas bajo la amenaza de los agarenos.

—No, ignorante cura cateto..., no zozobraré nuestra barca, la de Cristo, ¡sino la vuestra, la de Judas!

—¡Señores! —intervino Sinderedo—. Por favor, mantengamos la compostura que exigen nuestros cargos.

Los dos clérigos resoplaron. Desde el escaño, Rodrigo se dirigió a la embajada imperial:

—Me gustaría saber la opinión del espatrio Konon, desde un punto de vista militar.

Antes de contestar, el aludido estudió el aspecto del duque que tanto parecía conocerle.

—Los árabes son un pueblo guerrero, endurecido por la implacable vida en el desierto. Cuentan con un ejército organizado a imitación persa y romana, que no ha dejado de guerrear desde hace ochenta años —manifestó con frialdad—. La peste parece su aliado y han sabido aprovechar las disputas internas de sus enemigos. Tienen una fe ciega en sí mismos. Creen que están predestinados a gobernar el mundo y, de momento, los hechos lo confirman: han derrotado a los dos imperios más grandes que existían sobre la Tierra. Esa confianza los convierte en un enemigo formidable y haría falta una colosal derrota para despojarlos de ella. Además...

El militar romano hizo una pausa momentánea, que acabó por ser definitiva.

—Por favor, proseguid —le dijo Rodrigo—. Ibais a hablar de nosotros.

—Solo un puñado de vuestros hombres pueden considerarse guerreros de profesión —añadió sin dudar—, las levadas de siervos no valen nada en batalla. Vuestras tácticas son simples, vuestra orgánica es tosca. Habéis mantenido algunas instituciones romanas y, aun así, la *annona* es precaria a causa de la sequía. Y, sobre todo, no habéis librado una guerra desde hace décadas.

—¿Y cómo llamaríais a la rebelión de Paulo? —espetó Pedro.

—Una rebelión —replicó el isaurio—. Paulo era godo, conocíais su modo de lucha. Su ejército era pequeño y similar al vuestro.

—¿Y qué me decís del desembarco imperial de hace diez años? —preguntó Teodomiro, aludiendo a su antigua victoria.

—Tropas exhaustas que huyeron del asedio a Cartago. Un ejército diezmado y a la fuga —respondió Konon—. No ignoro que rechazasteis una incursión mora en la Bética, Rodrigo. Solo eran tres mil hombres. Si Mūsà decide invadirnos, lo hará con un ejército cuatro veces mayor. Vuestra mejor defensa contra los musulmanes es el mar.

—Si nuestra milicia es tan pésima, ¿cómo explicáis Adrianópolis? —le preguntó Witérico, el duque de Lusitania.

El 9 de agosto del año 378, un enorme ejército romano bajo el mando del emperador Valente se enfrentó a los godos tervingios al noreste de Adrianópolis. Tras crear un círculo con los carros, el rey godo Fritigerno hizo formar a sus hombres. En el flanco izquierdo, la caballería bárbara aplastó a su homóloga, mientras los peones tervingios, greutungos y alanos cargaban contra las legiones que aún se desplegaban. Rodeada, la infantería romana apenas pudo blandir sus armas. Cuarenta mil soldados y el emperador de oriente perecieron en el mayor desastre romano desde los tiempos de Aníbal.

—Eran otros tiempos y otra clase de guerras —dijo Konon.

—A juzgar por vuestras palabras, se diría que necesitamos desesperadamente vuestra ayuda. —Agila dejó que sus palabras resonaran en las paredes de la sala, sin añadir nada más.

—No trato de convencerlos de nada —aseguró Konon con tranquilidad—. Haced lo que os plazca.

Su indiferencia no era fingida, lo cual fue más elocuente que cualquier discurso. Consciente de que la situación se le iba de las manos, el obispo de Emérita se levantó del escaño para recitar una de sus soflamas:

—El año pasado Dios nos envió la peste como advertencia. ¿Vamos a desafiar la voluntad divina y hacer caso a este griego?

—La peste surgió por primera vez en el noveno año del reinado de Justiniano, en el puerto egipcio de Pelusium —relató Konon—. Luego se extendió por la costa..., hacia el este, a Palestina, y por occidente hasta Alejandría. A la primavera siguiente, había llegado a Constantinopla y, desde allí, se propagó por el Mediterráneo. A partir de entonces, rebrota cada dos décadas.

—¿Qué pretendes decir?

—Que la peste viaja en barco —afirmó el espartario—. Primero llega a las ciudades portuarias y luego a las del interior. Afecta a las grandes poblaciones y, en menor medida, a las aldeas; los

nómadas que viven en tiendas parecen inmunes a ella. Los sarracenos no conocieron esta enfermedad hasta que conquistaron las ciudades sirias.

—¿Hablas del *miasma*? —preguntó Evancio con sorna.

—No soy médico —admitió Konon—. Solo estudio cómo actúa un enemigo y trato de buscar un patrón.

—Para ti, solo existe la razón —asintió el religioso—. Pero la razón nos lleva a cuestionarlo todo y, por tanto, es enemiga de la fe. Conduce al hombre al pecado de la soberbia, a alejarse de la palabra de Dios. Esa es la verdadera causa de la peste.

Hastiado, el isaurio decidió no responder. Un incómodo silencio se impuso en la sala hasta que Gundemaro, el duque de Gallaecia, declaró:

—No sé a vosotros, pero me da igual que los curas follen si a cambio los griegos nos dan esos barcos.

Alfonso escrutó a Konon y se preguntó en qué medida Constantinopla, apenas capaz de defender sus islas, podría socorrerlos ante un ataque de Mūsà. La mirada del muchacho deambuló por una sucesión de rostros sumidos en la incertidumbre; solo Rodrigo y Agila parecían conocer la respuesta. Y, sin embargo, cualquier ayuda en aquel trance, por exigua que fuera, resultaba mejor que nada.

La razón le decía a Alfonso que, con aquel acuerdo, si bien ganaban poco, no perdían nada. Su fe se resistía a creer que, en caso de tener acceso a los placeres carnales, el clero no quedase manchado por el pecado. San Agustín pensaba que la razón y la fe pueden conciliarse, que la lógica puede demostrar la verdad revelada en las Escrituras. Alfonso, por el contrario, creía que fe y razón son dos facetas irreconciliables del alma humana que, en ocasiones, entran en conflicto. Y en aquel momento, ambas libraban una guerra abierta en su interior.

Pasados los años, no dejaría de cavilar si en verdad el futuro del reino se decidió aquel día. Una vez que el Aula Regia acordó acatar las normas del Quinisexto, tal vez fue el momento en el que Dios, un juez implacable, dictaminó la sentencia que los condenaría a todos, y lo acaecido después solo fue la consecuencia de lo acordado aquel día. Sin embargo, cuando, siendo un anciano exiliado entre montañas, reflexionaba sobre todo aquello, a medida que la razón, cada vez más marchita, se extinguía, él seguía negándose a admitir que su propio destino no estuviera en sus manos. Que, de haber actuado de un modo distinto, no hubieran podido aunar un reino dividido y hacer de él un lugar más justo. Que aquella cadena de muerte y traición, cuyo primer eslabón se forjó aquel día, no pudo romperse en algún momento. Que el desenlace de aquella batalla librada a orillas de un lago, que selló el destino de un reino imposible, no pudo ser otro.

## X

La fachada resplandecía hasta el frontón de pámpanos dorados entre el verdor de una naturaleza exuberante. Encaramados a los andamios, decenas de albañiles de Constantinopla se afanaban en colocar las teselas del gigantesco mosaico que recreaba el Paraíso musulmán. Tres nobles con aljuba y turbante, rodeados de una numerosa comitiva, se detuvieron para admirar el edificio en obras. Entre la legión de soldados y burócratas era difícil distinguir al sexto califa de la dinastía Omeya. Vestido con una sobria indumentaria, al-Walīd ibn ‘Abd al-Malik parecía emular la austeridad de los primeros califas. Acababa de superar los cuarenta años y hacía cinco que ejercía el liderazgo político y religioso del Islam.

El arquitecto que dirigía las obras abrió un hatillo para mostrarle un hallazgo. Cuando habló con voz pausada, lo hizo en griego.

—La encontraron al excavar los cimientos —le dijo el traductor—. Creen que se trata de la cabeza de Juan Bautista.

Ante semejante declaración cabría esperar un rostro incorrupto rodeado por una resplandeciente aura. En su lugar, el califa admiró una polvorienta calavera cubierta por una ajada máscara de piel, como pergamino tendido bajo el sol del desierto.

—El rumor circula por toda la ciudad —comentó el noble vestido de índigo—, tanto entre cristianos como musulmanes.

Feo y de corta estatura, Al-Hajjāj ibn Yūsuf había sido apodado Perrito, pero nadie en su sano juicio se atrevería a susurrarlo ni siquiera a mil pasos. A sus cuarenta y ocho años había sido consejero de dos califas y, gracias a su férrea mano, el imperio árabe había alcanzado su máxima extensión. Astuto y despiadado, se hacía llamar «el castigo de Alá», un título basado tanto en sus éxitos militares como en su eficiencia inmisericorde. Siglos después, los cronistas de Bagdad constataron que solo hubo cuatro árabes responsables de más de cien mil muertes, y al-Hajjāj era uno de ellos.

—Sin duda uno de tantos cadáveres sepultados bajo la iglesia —añadió—. El Profeta nos prohibió rezar sobre las tumbas de santos, pero los cristianos tienen esta irritante costumbre. Tan solo es...

—Una reliquia que atraerá a millares de peregrinos, lo cual supondrá donaciones y limosnas. —Criado entre soldados, al-Walīd no exhibía una refinada dicción, pero su mente carecía de

cualquier rudeza—. En este lugar se enterró la cabeza del hombre que bautizó a Jesús, y acababan de encontrar una calavera. No veo necesaria otra explicación.

La primera mezquita construida por Muhammad consistía en un patio cercado por un muro de mampostería, con nueve cubículos en los que vivían el Profeta y sus esposas. Un zagal podía extender el brazo y tocar la techumbre de ramas de palmera bajo la que dormía el Apóstol de Alá. Ochenta años tras su muerte, sus seguidores eran dueños de un imperio que se extendía desde los confines de Persia hasta el extremo occidental del mundo. En Jerusalén, el califa ‘Abd al-Malik había erigido la Cúpula de la Roca, a imitación de un *martyrium* cristiano. Su hijo y sucesor al-Walíd deseaba construir la más espléndida mezquita que jamás se hubiese visto y esa improvisada reliquia suponía un valor añadido.

Aquel soberbio edificio pretendía simbolizar una nueva era, aunque no lo lograra del todo. La enorme sala de oración se erguía sobre la planta de la antigua basílica y sus tres naves estaban sostenidas por columnas de mármol tomadas de templos romanos. Los espléndidos mosaicos de la fachada resultarían familiares a quienes conocieran las suntuosas iglesias de Constantinopla y Rávena.

Desde el otro lado del patio, el califa vio llegar a un individuo entrado en años, vestido con una dalmática verde y un grueso cinturón celeste. No era difícil imaginar los motivos de la visita del patriarca de Damasco. Antes de hablar, el líder de la comunidad cristiana esbozó una somera reverencia.

—Venimos a reclamar los restos del santo —chapurreó el religioso.

El padre de al-Walíd había decretado que el árabe fuera la lengua oficial del califato. Eruditos persas, funcionarios judíos y burócratas griegos se vieron obligados a aprender la lengua del que, apenas dos generaciones antes, había sido considerado «el pueblo más ignorante y supersticioso del mundo».

—Hace cinco años los cristianos renunciasteis a vuestra mitad del templo —respondió al-Walíd. Hizo un gesto a los criados para que tomaran la reliquia y se dirigió hacia el pórtico, obligando al clérigo a seguirle.

—Nos negamos a ceder nuestra basílica —protestó el patriarca mientras aceleraba el paso—. Nos la requisasteis a la fuerza violando el pacto de capitulación.

A pesar del temblor en la voz, el clérigo demostraba el valor de quien le mueve el deber y el temor de quien sabe que no está en condiciones de exigir nada.

—Aceptasteis la compensación que os entregué —respondió el califa, sin apenas prestarle atención.

—Bien sabéis que nuestra catedral valía mucho más de lo que nos disteis —declaró el religioso—. Apenas nos alcanza para construir la nueva iglesia de Santa María.

—En el corazón del califato solo puede haber sitio para la religión verdadera. —Esta vez fue el

tercer árabe quien habló: un anciano de ojos albinos prendidos en el vacío y un rostro no muy distinto del que acababan de exhumar.

—Una religión que se impone por la espada no puede ser la verdadera —espetó el clérigo cristiano—. Si lo fuese, haría proselitismo con la palabra y se guiaría por la fuerza de la razón.

Al-Walīd ibn ‘Abd al-Malik ibn Marwān, príncipe de los creyentes, se detuvo, y una treintena de nobles, soldados y criados se vieron forzados a imitarle. Un escalofrío recorrió la espalda del patriarca, a pesar de que el sol abrasaba aquel mediodía en la antesala del desierto sirio. El califa guardó silencio y su mano derecha tomó la palabra:

—Muhammad hubiese preferido no recurrir a la espada, pero los infieles se negaron a escucharle. El *yihād* está dirigido contra la gente errada e ignorante que, con arrogancia, se niega a aceptar la Verdad una vez que ha sido revelada. —Al-Hajjāj habló con la convicción que otorga una veintena de hombres armados.

El califa escrutó al religioso con el semblante que empleaba al firmar una sentencia de muerte. Un abnegado clérigo torturado por el emperador de los paganos tras reclamar una preciada reliquia para la Cristiandad. Aquella podría convertirse en una de tantas historias que engrosaban la tediosa hagiografía de los politeístas. A pesar de su escasa predisposición al martirio, se diría que el patriarca de Damasco ya se veía en olor de santidad.

—Los albañiles os ayudarán a terminar vuestra iglesia —dictaminó al-Walīd—. Podéis daros por satisfecho.

El clérigo asintió de un modo mucho más apresurado de lo que cabría esperar. Sin duda había acudido forzado por los fieles, y ahora podía regresar sin las manos vacías, fingir firmeza y salvaguardar su posición. Esbozó una rauda reverencia y decidió marcharse antes de que el califa cambiase de opinión.

Al-Walīd extendió el brazo para que el anciano pudiera apoyarse en él. Bajaron la escalera que conducía al exterior de la mezquita, entre los colosales muros de sillería del antiguo templo romano.

—Si viviésemos en un mundo perfecto, cristianos y judíos sabrían cuál es su lugar —murmuró al-Hajjāj.

—En un mundo perfecto solo habría musulmanes —declaró al-Walīd—. Sin embargo, como califa también debo gobernar sobre las gentes del libro.

En aquel lugar antaño hubo un templo consagrado a Hadad, el dios semita de la Tormenta. Los romanos le consideraron Júpiter y ampliaron el edificio para dedicarlo al culto imperial. Siglos después, el emperador Teodosio hizo construir la basílica de San Juan Bautista. Tras la conquista islámica, cristianos y musulmanes rezaron en su interior separados por un muro. Sin embargo, aquella convivencia resultó imposible. Damasco se había convertido en la capital del califato y

una iglesia no podía alzarse en el corazón del estado islámico. Los templos no solo constituyen lugares de oración, sino también un símbolo de poder y de autoridad. Los antiguos creyeron posible que infinidad de dioses coexistieran, o la posibilidad de hallar un consenso, como aquel Júpiter semita. Pero solo existía un único Dios y una única Verdad revelada.

El anciano observó el cráneo que sostenía el criado.

—Qué triste, el destino de Juan el Bautista —murmuró—. Al igual que Jesús, murió torturado, mientras que la vida de Muhammad transcurrió de una victoria a otra.

Se abrieron paso entre el bullicio del zoco por una amplia avenida atestada de los puestos de los comerciantes. Tenderetes con especias y plantas medicinales, pasteles de dátiles y miel, rollos de sedas con brocados, tinajas con aceites de fragantes aromas, muebles de cedro del Líbano. Más allá del mercado, un laberinto de cabañas había desdibujado la ordenada cuadrícula grecorromana. En los angostos callejones, los damascenos charlaban, discutían y regateaban en arameo, griego o siríaco. Exhibían cinturones y turbantes que los identificaban como dimmies: azules para los cristianos, amarillos para los judíos, negros para los zoroastrianos y rojos para los samaritanos. El mundo perfecto del califa aún estaba por llegar.

—Dame buenas noticias. —Al-Walīd había expresado un deseo, no un mandato. Una vez más, al-Hajjāj pudo complacerle.

—Qutayba ibn Muslim ha sometido Sogdiana, la conquista de Transoxiana está cada vez más cerca. Muhammad ibn Qāsim marcha con una hueste hacia el Sind.

El imperio islámico pronto llegaría a los confines de China, algo inconcebible para sus abuelos, que vivían en jaimas. La peste había diezariado a las grandes civilizaciones. Tras derrotar a sus ejércitos en batallas a campo abierto, los musulmanes hallaban sus enormes ciudades casi despobladas, con exiguas guarniciones incapaces de defender las murallas, junto a comerciantes y artesanos que jamás habían empuñado un arma. Esta sucesión de victorias confirmaba su condición de pueblo elegido.

—¿Y qué hay de Europa? —preguntó el califa mientras se dirigían a la alcazaba.

—Los astilleros de Tiro y Alejandría trabajan sin descanso —respondió al-Hajjāj—. En unos años podremos atacar de nuevo Constantinopla. Justiniano ha causado más bajas entre sus generales que nosotros.

—Justiniano miente al declararse siervo de Cristo. Solo le interesa lo que Dios puede hacer por él, no lo que él puede hacer por Dios —dijo al-Walīd—. Su piedad es solo un refugio contra el miedo; para un musulmán, en la fe reside su fuerza.

El anciano que los acompañaba recitó uno de sus hadices:

—‘Abd Allāh ibn ‘Amr, un compañero de Muhammad, dijo: «Mientras escribíamos junto al

Profeta, alguien le preguntó: ¿Cuál de las dos ciudades será conquistada antes, Constantinopla o Roma? Él respondió: la ciudad de Heracles será la primera».

El príncipe de los creyentes escuchó la profecía sin darse por aludido.

—Apenas restan doce años para que se cumpla el primer siglo desde la Hégira —murmuró al-Hajjāj—. Cuando eso ocurra...

—No lo sabemos con certeza —le interrumpió al-Walīd.

—Tienes que ser el *Mahdī*. No puede haber otro.

El califa observó al consejero como si se tratara de Iblís intentando insuflar esa idea en su mente para alejarle del recto camino. Con sus retorcidas argucias, Shaytān podía inspirar falsas revelaciones. Aunque si en verdad era el mesías profetizado por Muhammad, su deber era conquistar a las dos herederas de Roma antes del Día de la Resurrección.

Roma solo era una aldea sobre un montón de ruinas. El asedio a Constantinopla decidiría el destino del mundo y, a pesar de su inmenso poder, el califato padecía una creciente escasez de hombres para proseguir las conquistas. Los árabes se habían convertido en manteca extendida sobre demasiado pan. Eso los obligaba a recurrir a los pueblos sometidos para engrosar sus ejércitos, a medida que aquel vasto imperio, alejado cinco mil millas de un extremo a otro, se volvía ingobernable. En su fuero interno, allá donde la fe no había sepultado su orgullo, al-Walīd ansiaba ser ese mesías, pero le angustiaba semejante responsabilidad.

Un tumulto en el mercado de esclavos interrumpió sus pensamientos.

—El botín de Mūsà ibn Nusayr —le informó al-Hajjāj.

Cientos de prisioneros del Magreb aguardaban para ser subastados. La belleza de las mujeres *barbar* resultaba proverbial y había atraído a infinidad de curiosos. Llegados a pie desde el puerto de Tiro a través de las montañas, sufriendo la mordedura de las cadenas y pesarosos ante un futuro incierto, los cautivos arrastraban los pies descalzos por el polvoriento suelo del zoco. La multitud comentaba sus defectos y virtudes como si fueran animales a la espera de un nuevo amo.

—Mūsà ibn Nusayr nos ha enviado la quinta parte del botín —dijo al-Hajjāj.

—De momento —masculó al-Walīd.

De entre los prisioneros destacaba una muchacha de piel pálida y cabello pajizo, abrazaba a una niña de menor edad. Con la mandíbula apretada para no llorar, la rabia otorgaba a su rostro una belleza violenta.

—Mūsà prepara la conquista de al-Ándalus —declaró al-Hajjāj—. Según los informes cuenta con un centenar de naves de guerra. Este verano asolará Cerdeña y Baleares, al igual que hizo el pasado.

—¿Podemos confiar en Mūsà? —se preguntó al-Walīd en voz alta.

—Podemos confiar en que Mūsà actuará en todo momento para colmar sus ambiciones.

El gentío se hizo a un lado cuando irrumpió un bosque de flabelos y parasoles sostenido por un nutrido cortejo de siervos y eunucos. Los mendigos se agolparon para suplicar limosna a un sexagenario árabe como un enjambre de moscas sobre un cesto de higos.

A desgana, los esclavos se pusieron en pie para ofrecerle un buen aspecto. El magnate hizo una seña a la joven, que se acercó cuanto le permitieron los hierros que le llastaban la carne. Con la cabeza gacha, sin dejar de abrazar a la niña. El sarraceno deslizó los dedos por su pálida mejilla y ella reprimió un gesto de rechazo. Al verse interrogada, la muchacha tragó saliva, con los ojos clavados en las babuchas doradas, y luego negó con la testa. El noble sonrió complacido y un eunuco cerró el trato.

Hacía tiempo que la magnitud de las victorias se medía según el número de cautivos. Las comitivas de esclavos se habían convertido en el mejor exponente de la posición social. al-Walīd había prohibido estas muestras de ostentación, una medida imposible de hacer efectiva sin perder el apoyo de la aristocracia.

—Asegúrate de que nuestros espías nos mantengan informados —dijo el califa—. No quiero que las riquezas de al-Ándalus acaben sepultadas en alguna parte.

El anciano emitió un carraspeo. ‘Alī ibn Rabāh al-Lajmī era uno de los pocos compañeros del Profeta que aún seguía con vida. Cuando habló, sus ojos albinos admiraban el cielo.

—Durante la Yāhiliya, la época de la ignorancia, la mayor parte de los árabes éramos beduinos, nómadas que vagaban con sus reses por el desierto sin conocer ninguna clase de gobierno salvo los lazos de sangre. Si los pastos se secaban, el ganado moría, lo cual traía el hambre y la muerte a nuestro pueblo. Las otras tribus podían arrebatarnos los rebaños o esclavizar a nuestras familias, solo la fuerza de nuestros brazos podía impedirlo. Desde niños aprendíamos a montar a caballo y a empuñar la espada; si el jeque nos llamaba a la lucha, todo adulto se convertía en guerrero. No conocíamos más techo que el de nuestras tiendas; no construíamos edificios, ni sabíamos de pintura o escultura. Nuestro único arte era la poesía y, en sus versos, los poetas se jactaban de matar a sus hermanos árabes, de robarles el ganado y de seducir a sus esposas. Vestíamos harapos, tejidos a partir del pelo de ovejas y dromedarios; comíamos escorpiones y serpientes. Rendíamos culto a las piedras, nuestra única religión era matarnos los unos a los otros: padecíamos otra clase de hambre mucho más atroz.

»Pero Alá nos envió a un hombre justo nacido en Meca, de la tribu Quraysh, la más noble de todas. Predicó entre nosotros la religión verdadera e infundió en nuestros corazones el *yihād*. A partir de entonces, nuestra misión como musulmanes sería liberar a los hombres de la servidumbre de los señores de este mundo, rescatarlos de la tiranía de las falsas religiones y convertirlos en siervos de Alá.

»En el octavo año de la Hégira, poco después de la conquista de Meca, algunas tribus que se resistían a abrazar el Islam se reunieron en Taif, un oasis a tres jornadas de marcha en las montañas del Hiyaz. El caudillo tribal había reunido una multitud de guerreros y, para obligarlos a luchar hasta el fin, ordenó que trajeran consigo a sus familias y rebaños.

»Muhammad se dirigió hacia allí con su ejército. La árida Meca no podía subsistir sin los vergeles y los huertos de Taif: el resultado de aquella batalla decidiría el futuro de la comunidad islámica. Las dos fuerzas nos encontramos en el cauce de un río seco llamado Hunain. La lucha fue cruenta, el Profeta a punto estuvo de perecer; sin embargo, una vez más, Alá nos concedió la victoria.

»El botín de Hunain fue inmenso: seis mil mujeres y niños, además del ganado de nuestros enemigos. Tras una escaramuza en Autas, aumentó el número de cautivas y algunos se mostraron reacios a poseerlas en presencia de sus esposos. Entonces sobre el Profeta descendió la sura An-Nisā': "Todas las mujeres casadas estarán prohibidas salvo las que tu mano derecha posea". Tales reparos se esfumaron al saber que los matrimonios quedaban anulados.

»Los enemigos se habían refugiado tras las murallas de Taif. Incapaz de tomar la fortaleza, Muhammad ordenó asolar los huertos y prender fuego a los palmerales. Los jeques rebeldes nos aseguraron que se convertirían al Islam si les devolvíamos a sus esposas e hijos. El Apóstol de Alá les respondió que debían elegir entre unos y otros. Tras deliberar, optaron por recuperar a sus familias. Entonces Muhammad se encontró ante una difícil elección: el objetivo del *yihād* era extender el Islam, pero sus hombres ansiaban el botín. Decidió renunciar al quinto que le correspondía si liberábamos a las cautivas y, en la mezquita, nos expuso el dilema: ¿Qué es más importante para un musulmán, el fruto del saqueo o el camino de Alá?

»Como respuesta, los creyentes zarandearon al Profeta. "No dejaremos que te vayas hasta que hagas el reparto", gritaban furiosos. De modo que Muhammad se vio obligado a repartir los frutos del pillaje según las antiguas costumbres tribales. Cada hombre de a pie regresó a Yathrib con cuatro dromedarios y cuarenta corderos, y las prisioneras se reunieron con sus familias convertidas en musulmanas. Ese día murió el Islam. Los árabes nos convertimos en la primera víctima de nuestro éxito.

## XI

Las puertas se abrieron de golpe, una ráfaga de aire irrumpió en la sala y Alfonso tuvo que sujetar unos pergaminos para que no volaran por la mesa. Dedicó un gesto de bienvenida a Fruela, que se dirigía hacia su padre a grandes zancadas.

—¿Debo quedarme aquí? —preguntó con voz gruesa.

El duque alzó la vista del caldo que tenía entre manos. Aquella mañana la mansión se mostraba apacible, los criados vagaban en silencio atareados en sus quehaceres y por ello los gritos resonaron en todo el patio.

—Forma parte de nuestro acuerdo con Opas —le informó Pedro—. Enhorabuena, has sido nombrado conde espartario. Si cumples con tus deberes, podrás labrarte un futuro en la Corte.

El joven se dio cuenta de que el duque estaba rodeado de los miembros de su séquito. Las miradas de todos recaían sobre él.

—Odón nos atacará tarde o temprano —dijo Fruela.

—Por eso es importante que te ganes el favor del rey —replicó el duque—. Dentro de poco, la Corte abandonará Toletum para pasar la Cuaresma en Spali; en primavera, marchará a Emérita y, durante el otoño, se hallará en Corduba. Si Odón nos invade, el ejército regio estará en el sur.

—Witiza prometió acudir en nuestra ayuda.

—Rodrigo es el duque de la Bética y está emparentado con el rey —intervino Alfonso—. La mayor parte de las haciendas de la *res dominica* se hallan en esa provincia. Si Witiza se ve forzado a elegir entre defender el norte o el sur, ¿qué crees que hará?

Sin saber qué responder, Fruela eludió su mirada.

—Tienes que buscarte una buena esposa y labrarte una reputación en la Corte —le ordenó Pedro—. Cuando se reúnan los espartarios en consejo para decidir adónde acudir, tu voz ha de ser escuchada.

Aquella conversación daría mucho de qué hablar. Si Fruela se negaba a permanecer en la Corte, la nobleza de Cantabria creería que primaba su propia ambición sobre los intereses de la provincia. En ese momento, se hallaba entre la espada y la pared.

—Tu deber es servir a tu familia. —Pedro se mostró implacable—. ¿No querías un ejército? Ya tienes trescientos jinetes a tus órdenes.

Fruela escrutó a su hermano. No le había mencionado la existencia de aquel acuerdo, pero no

dudaba que había estado al corriente. Deseó marcharse, vagar sin rumbo, zafarse de la furia que le atenazaba. El viento le erizó la piel al pisar el patio y dio un puñetazo a la tablazón de roble.

El duque hablaba, Alfonso decidía. Le había visto actuar así desde siempre e intuía que, de algún modo, su hermano había negociado aquel ascenso con Opas. El cargo suponía una baza para que el ejército regio actuara a su favor y le mantendría alejado de Cantabria. Tiempo más que suficiente para que Alfonso consolidara los vínculos de fidelidad de la aristocracia local y afianzara la sucesión sobre él.

Regresaba al pórtico cuando, sobre una mesa, encontró una tabla de olmo con unas cuadrículas labradas. Se sentó ante el tablero, abrió una desgastada bolsa de cuero y volcó el contenido sobre la madera. Comenzó a separar los guijarros blancos y negros en dos montones. Una sombra ocultó la tibieza del sol cuando alguien se sentó al otro lado. Ambos permanecieron el uno frente al otro sin que ninguno alzase la vista.

—No te seduce la idea de quedarte —dijo Alfonso, mientras arrastraba las dieciséis fichas blancas a su lado de la mesa.

—En la Corte, una puñalada puede llegarte por la espalda. —La mirada de Fruela resultaba explícita—. La guerra es mucho más sencilla.

—Igual que un juego donde solo existen fichas blancas y negras —asintió Alfonso—. Los jugadores mueven sus piezas buscando la victoria, pero la primera disputa consiste en configurar el tablero. —Comenzaron a colocar los peones de dos en dos, por turnos, sobre las sesenta y cuatro casillas—. Ese momento ha llegado.

—Solo si de verdad el rey está enfermo. —Fruela depositó una ficha azul: el duque.

Tras la reunión del Aula Regia, la disputa sucesoria había quedado zanjada. Las maniobras de Opas solo respondían a la embajada griega y la amenaza sarracena. ¿O no?

—El rey está enfermo —respondió su hermano—. Si muere, no será posible ninguna sucesión legal.

Lo cual suponía alcanzar un punto muerto. ¿Tendría lugar una guerra civil o acaso el Aula Regia elegiría a un nuevo monarca? ¿Se ceñiría Sisberto la diadema áurea, o tal vez alguno de los hijos de Witiza? Fruela no cejaba de hacerse tales preguntas cuando su hermano depositó un guijarro azul sobre la tabla.

—Nada de eso importa —murmuró Alfonso—. En cualquier caso, supondrá la quiebra del orden político y la necesidad de forjar nuevas alianzas, de establecer quién es amigo y quién enemigo. Una configuración distinta del tablero. Hace unos días, Opas nos interrogó sobre ello.

Alfonso había concentrado sus fichas en el flanco derecho del tablero, y sin embargo Fruela sabía que aquella disposición era solo un engaño. Comenzaron a mover los peones, una casilla por turno.

—El trono estará en venta y nuestro padre solo apoya al mejor postor —comentó Fruela.

Su hermano esbozó una sonrisa resignada. Hizo saltar a su duque sobre uno de los peones.

—¿Crees que no es la mejor estrategia?

—En la guerra solo es leal quien te acompaña por amistad o devoción. Si alguien te sigue a la batalla por su propio beneficio, huirá en cuanto todo se tuerza. O cambiará de bando, si todo se vuelve adverso.

—Si Witiza muere, el desenlace de la disputa sucesoria ya estará decidido sin necesidad de desenfundar una sola espada —aseguró Alfonso—. Cuando eso ocurra, ya estarán configurados los términos del enfrentamiento, los bandos existentes y la legitimidad que detentan.

—El momento decisivo empieza ahora.

Cada ficha se retiraba del tablero cuando estaba rodeada por otras. Fruela trató de acorralar al duque de su hermano.

—Por eso debes permanecer en la Corte —le dijo Alfonso—. Aún tienes una baza con la que jugar.

Los matrimonios suponían un medio de forjar alianzas, y el recién adquirido rango condal de Fruela había aumentado su valor en el mercado casadero.

—¿Debo decidir a quién apoyará nuestra familia?

—Si no hay tiempo para informarnos, sí. —Alfonso le confiaba aquella misión después de haberle apuñalado por la espalda.

—¿Según qué criterio?

—Pelayo cree que la legitimidad para gobernar procede del respeto a las viejas leyes. Opas pretende que esa legitimidad proceda de Dios, pues el rey ha de ser ungido por la Iglesia. Para Agila, esta responde a las alianzas entre amigos naturales. ¿Y Rodrigo? Quién sabe. Nada de eso importa. Las ceremonias, los símbolos y los discursos no son más que ropajes con los que se disfraza al poder. Ni el linaje, ni los derechos dinásticos, ni el *Liber Iudiciorum* sirven de nada si no cuentan con la fuerza para imponerse. Los documentos son solo tinta sobre pergamino; son las armas las que los convierten en ley.

La violencia lo impregna todo en la vida, incluso en un simple juego. Toda decisión ha de estar respaldada por alguna amenaza, o de lo contrario carece de valor.

—El ejército regio —murmuró Fruela.

—Sí.

La clave para controlar el reino. Y si Opas había cedido una parte de ese poder, debía contar con un modo de mantenerlo bajo control. ¿Cuál? La atención del muchacho seguía fija en las piezas. Si alguien permite que un peón enemigo domine una parte del tablero es porque se hallará amenazado por otros. Al comprender, experimentó una súbita aprensión.

—¿Seré un rehén?

—Sí.

Arrinconó la ficha azul de su hermano. En el siguiente turno, Alfonso eliminó a uno de sus peones. Cualquier pieza que capturase a otra podía realizar una nueva acción, de modo que movió de nuevo y rodeó a otra más. Un nuevo guijarro negro fue a parar a un lado de la mesa, y entonces desplazó a otro peón. El flanco izquierdo de Fruela se había desmoronado.

—Y se supone que he de poner al rey de nuestra parte —declaró—. Explicarle nuestras razones...

—La política no tiene nada que ver con la razón —replicó Alfonso—. Para forjar una alianza sólida se debe contar con un enemigo común más fuerte que cualquier diferencia interna. Solo si la otra parte está convencida de que nuestros intereses confluyen, seremos aliados. De lo contrario, tarde o temprano nos traicionará.

A Fruela solo le quedaba una ficha azul, que movió de una casilla a otra hasta verse completamente rodeada.

—¿Y cómo sabes que yo no lo haré? —dijo, tras darse por vencido.

—Porque eres mi hermano.

Alfonso situó al otro duque junto al suyo. El jugador que perdía todas sus piezas también perdía la partida.

Dos días después, Fruela se despedía de su familia en la antigua calzada que cruzaba la vega baja en dirección al norte. El invierno se resistía a abandonarlos, un gélido viento se ensañaba con el cabello del muchacho y, aun así, había renunciado a usar el manto, como si aquella indiferencia ante el frío fuera el único vínculo que conservaba con su pasado.

Contempló el rostro de Pedro mientras vociferaba órdenes. Pasarían años antes de que se vieran de nuevo y, cuando esto sucedió, los avatares del destino los habían cambiado para siempre. El reino se hallaba sumido en la incertidumbre e intuían que una guerra era inminente, aunque jamás imaginaron de qué magnitud. Antes de partir, Alfonso le entregó el juego de ladrones.

—Tal vez encuentres a alguien con quien practicar.

Fruela agradeció el obsequio con un asentimiento. La llegada de su padre interrumpió sus reflexiones.

—Cuídate. —Pedro estuvo a punto de añadir algo más. En su lugar, gritó una orden y la hueste se puso en marcha, de regreso a una tierra inhóspita, empapada por una lluvia perenne, a la que Fruela jamás regresaría siendo el mismo. Cuando vio alejarse a su familia supo que su infancia definitivamente había concluido. El niño que fue había muerto y estaba condenado a ser un hombre durante el resto de su vida.

—Vamos —le dijo Teodolf—. Veamos de qué madera están hechos tus hombres.

Se dirigían al pretorio cuando, desde septentrión, resonó un estruendo apagado. Todos se giraron ante la llegada de trescientos jinetes cabalgando en perfecta formación. Las armaduras se ceñían al frontal y los costados de las monturas, y el amanecer arrancaba destellos en las escamas de metal a medida que movían la formidable musculatura. Cubiertos de bronce y hierro, hombre y bestia se confundían, otorgándoles el aspecto de un monstruo de leyenda. La tierra temblaba ante el galope de aquellos centauros cuyas pezuñas herradas desgarraban el suelo.

La primera *schola*, la más veterana y laureada de todas. La unidad de Bocanegra, conde espartario, avezado estratega, bastardo hecho a sí mismo, mamporrero y lameculos del rey, con quien Fruela había tenido un conato de trifulca una noche de borrachera. El joven los contempló fascinado. Armar a un solo hombre de aquel modo suponía una fortuna: una espada valía tres sueldos, un yelmo seis, una cota de malla doce, una lanza y un escudo dos. El precio de un caballo de guerra eran doce sueldos, tres veces más que el de uno de carga y cuatro veces más que el de un buey.

Las leyes exigían que los nobles acudieran a la llamada del rey con sus bucelarios y sayones, y estaban obligados a armar a la décima parte de sus siervos para cualquier expedición pública. En la práctica, estas levadas solo actuaban a nivel local y, ante cualquier amenaza grave, el rey enviaba a las *scholae*. A pesar de la importancia de las huestes de la nobleza, el ejército regio refundido por Wamba, a imitación de la guardia del emperador de oriente, resultaba decisivo allá donde fuera. El control de un reino que se extendía ochocientas millas de norte a sur se basaba en dos mil hombres. Tropas de élite, la espada del rey, el escudo que defendía Spania.

Y Fruela estaría al mando de la séptima parte de ellos.

En ese momento la formación se adentró en el camino. Cabalgaban en dos columnas hacia ellos, sin aminorar el paso, forzándolos a abandonar la calzada. El joven godo no quiso apartarse y la primera *schola* se detuvo.

—Apártate de mi camino —espetó Bocanegra, mientras hacía caracolear a su montura.

—No tuviste valor para dirigirme la palabra aquella noche —contestó Fruela—. Ya veo que necesitas trescientos hombres a tu lado.

Bocanegra se dio cuenta de quién le acompañaba.

—Cuánto tiempo, Teodolf —dijo—. No te veía desde Nemausus.

—Sí —respondió él—. Ha llovido mucho desde entonces.

Sin más dilación, el conde espartario lanzó un esputo a Fruela y espoleó a su montura. La primera *schola* reanudó la marcha y el joven tuvo que limpiarse la túnica con la manga.

—¿Le conoces? —le preguntó Fruela, al tiempo que cabalgaban hacia el pretorio.

—Formamos parte del ejército que sofocó la rebelión de Paulo —respondió su mentor—. Bocanegra era solo un centenario de la primera *schola* cuando combatíamos a los vascones, poco después de que Wamba fuera entronado. Yo era el conde espartario de la cuarta *schola*. En

Septimania hubo una revuelta y, para sofocarla, el rey envió al duque Paulo con la séptima *schola* y una hueste de bucelarios. Al llegar a Tarraco, Paulo asumió el mando de las tropas provinciales y, una vez en Narbo, hizo que el obispo le ungiera en la catedral. Los magnates de Septimania y la Tarraconense marítima le apoyaron.

»En Cantabria, Wamba reunió a sus hombres y nos dijo: “¡Asestemos sin demora un duro golpe a los vascones y marchemos veloces contra los sediciosos!”. La ira en el instante es poderosa; si se la deja enfriar, se apaga. En siete días sometimos a los vascones. Forzando marchas tomamos Barcino y Gerunda. Luego el rey nos dividió en tres columnas y asaltamos los fuertes que defendían los pasos pirenaicos. Una tras otra, las ciudades de la Septimania cayeron en nuestro poder. Solo quedaba Nemausus, donde se había refugiado el líder rebelde. Wamba escogió a cuatro *scholae* para marchar en vanguardia, treinta millas por delante del grueso del ejército. Mi *schola* fue una de ellas. Cabalgamos sin descanso y, al despuntar el alba, nos presentamos ante los muros de Nemausus aprestados con moral de combate.

»Paulo había reunido a su *schola*, al ejército de la Galia y a los refuerzos francos. Al vernos llegar, confiado porque éramos pocos, ordenó a su ejército abandonar la protección de los muros. Los cuatro condes nos reunimos. Dado que el enemigo nos cuadruplicaba en número, propuse aguardar a la llegada del rey. Mi consejo fue ignorado y, persuadidos por el conde de la primera *schola*, el resto convino en librar batalla. Bocanegra tuvo que asumir el mando de la primera cuando una flecha se clavó en el cuello de aquel insensato. Cargamos contra la caballería acorazada de Paulo, la séptima *schola*. Los arqueros de Bocanegra oscurecieron el cielo con sus saetas antes de que los lanceros aplastaran a la séptima.

»Cuando el sol estaba en lo alto, apareció Wamba con el resto de la hueste. Tronó el clamor de los cuernos y aquella mañana los campos de Nemausus se anegaron en sangre. Las cuatro *scholae* de vanguardia quedaron diezmadas, aunque logramos que Paulo luchara a campo abierto, lo que ahorró al rey un asedio incierto. Mi reticencia a sacrificar a mis hombres fue tomada por cobardía y se me despojó del rango condal. Wamba honró a la primera *schola* con el título de “heraldos del rey”. Hay quien los llama “heraldos de la muerte”.

Los barracones de las *scholae* se hallaban dentro del pretorio. El cuartel de la séptima contaba con un gran patio porticado por el que los soldados deambulaban ociosos. Sentado en un banco, el centinela los vio pasar con indolencia al tiempo que pelaba una pera con el *scrama*. En la entrada a los cubículos, varios guerreros se jugaban la soldada a los dados mientras el resto dormitaba en las literas. Otros daban cuenta de un pellejo de vino y aguardaban a que un compañero terminara con una ramera para ocupar su lugar.

El rey había honrado a Fruela con el mando sobre aquella chusma. Cuando entró en el barracón, uno de los soldados le ofreció el odre. Bajito y tirando a rechoncho, un ostentoso cingulo revelaba su rango de centenario.

—¿Quieres un trago? —le preguntó.

—¿Has luchado alguna vez a mi lado? —dijo Fruela.

—Nunca —respondió él, secándose los labios con la manga.

—¿Nos hemos ido de putas juntos?

—No, que yo sepa.

—En tal caso —intervino Teodolf—, no hables al conde con esa confianza.

El soldado palideció al escucharle.

—Disculpad, señor. Yo... no lo sabía.

—¿Cómo te llamas?

—Osvaldo. Perdonadme, os lo ruego.

El conde se dirigió a la armería. Las lanzas, cubiertas de óxido, se amontonaban sobre unos escudos con la pintura deslucida por el sol. El estandarte de la séptima *schola* estaba apoyado en la pared: una cabeza áurea de dragón, sostenida por un asta de fresno, con el número VII cincelado en una lámina argéntea. Al cabalgar el viento se adentraba por las fauces del tubo metálico para otorgar vida al cuerpo de seda, que serpenteaba en el aire.

—Es el estandarte de la *schola* que lideró Paulo —le explicó Osvaldo—. Fue disuelta, pero hace un par de años Op..., el rey, decidió rehacerla, con veteranos y nuevos reclutas escogidos de entre los mejores del reino.

Una unidad formada por los descartes del resto de condes y bisoños sin experiencia, disuelta tras participar en la insurrección de un majadero al que hicieron desfilar por la capital con una corona de raspas de pescado.

Visitaron el patio destinado a las prácticas. Habían construido un par de caballos de madera según el tratado de Vegecio, un puñado de reclutas saltaban sobre la silla cargados con escudos y lanzas. Al verlos llegar, los hombres se detuvieron.

—Quiero que limpiéis vuestras armas y pintéis los escudos —les dijo Fruela alzando la voz—. Esta misma tarde, os haré formar y azotaré a quien no haya adecentado el equipo.

Después del almuerzo pasaron revista a las tropas. Vieron yelmos y corazas torpemente bruñidos, correajes mal engrasados y unas monturas lamentables. Los soldados, una panda de gurriatos de linajes venidos a menos, junto a un puñado de granujas tan bregados en la guerra como en el puterío al que el resto de mandos no quería ver ni en pintura. Desde el primer momento percibió su hostilidad. Todos sabían por qué estaba allí y a nadie le agradaba ese cometido.

—Los hombres, al igual que las espadas, se templean a fuerza de calor y golpes —gritó Teodolf—. Vamos a someteros a una implacable rutina de hambre, sed, cansancio y falta de sueño. Practicaréis juntos día tras día, de sol a sol, hasta que aprendáis a superar el miedo y sepáis actuar como un solo hombre, de modo que, cuando estéis en el campo de batalla y las flechas caigan sobre vosotros como el granizo, justo antes de que un millar de enemigos cargue contra

vosotros dispuestos a bañarse en vuestra sangre, pensaréis: «al menos esto no es un entrenamiento».

—Empezaremos con las maniobras básicas —dijo Fruela—. Ya veremos si merecéis ceñir espada.

Pronunció tales palabras como un desafío y supo que había hecho mella en su orgullo. La espada era mucho más que un arma. Pocos herreros podían fabricar una hoja que aunase dureza con flexibilidad, lo cual la convertía en una valiosa posesión que solo los nobles podían permitirse. Y lo que es exclusivo de un estamento acaba convertido en su símbolo. Un largo silencio se prolongó cuando fueron conscientes de que se hallaban ante alguien que, si se lo proponía, podía ser un avezado hieputa.

Fue un buen comienzo.

Atravesaron el puente para cabalgar hacia el sur, a través de una pedregosa llanura salpicada de colinas cubiertas por campos de cereal y olivares, hasta detenerse en una explanada a la vista de un monasterio con iglesia basilical, residencia para peregrinos y camposanto. Famoso por sus aguas curativas, se llamaba Santa María de Sorbaces.

—Practicaremos el cambio de mano al galope —dijo Fruela a sus hombres.

El cambio de mano resultaba esencial en combate. Cuando un caballo galopa, una de las patas frontales siempre se halla más adelantada. Si el jinete es capaz de controlar esa mano, podrá girar más rápido hacia ese lado, lo cual resultaba esencial tanto en las retiradas fingidas como en las rotaciones al disparar el arco. Los soldados se dividieron en tres centenas y Fruela recorrió las líneas para supervisar sus maniobras.

—La mitad de los caballos solo sirve para tirar de un arado —masculló.

—El rey nos ha entregado las monturas que nadie quería —dijo Teodolf—, y las armas no lucen mejor aspecto.

Había demasiados bisoños. Hay quien cree que todo hombre es capaz de matar para defender su propia vida. En la batalla, apenas una quinta parte de guerreros participa activamente en la lucha. No se trata de cobardía. Hombres que arriesgarán la vida para salvar a un compañero son incapaces de alancear a un enemigo. Existe una resistencia innata a matar a un semejante. La repetición de aquellas prácticas tenía como objeto que los soldados lo hicieran sin tan siquiera pensar. Fruela sopló el cuerno para que se detuvieran.

—¡Tú, el enclenque con cara de rata! —gritó mientras cabalgaba—. Se diría que en cualquier momento te caerás del caballo. ¿Qué haces aquí?

—Eso mismo me preguntaba yo —replicó el muchacho—. Me llamo Baldomero y mi vocación son los hábitos. Mi padre me obligó a alistarme. Dice que los curas son unos charlatanes que viven a costa de los demás sin dar un palo al agua.

—Tu padre es un hombre sabio —dijo Fruela—. ¿En qué demuestras talento?

—Sé leer y escribir en latín, griego y siríaco. He sido instruido en el *trivium* y el *quadrivium*. Estoy versado en geografía, teología e historia.

—¿No sabes hacer nada útil?

—Me temo que no —replicó él entre dientes—. ¿Qué quiere que haga?

—De momento, bájate del caballo. —Entonces Fruela recordó—. Espera. Quiero que leas este libro.

De las alforjas extrajo el códice que Konon le había entregado y Baldomero lo tomó de sus manos, desconcertado ante el encargo.

—¿Ahora?

—Claro que no, imbécil. ¡Lárgate!

Los ejercicios prosiguieron durante el resto del día. Las monturas debían aprender a moverse en grupo, a no asustarse ante el estruendo de la batalla y a dejar de lado el instinto de huir para, en su lugar, embestir al enemigo.

Una vez en la casa y despojados de las armaduras, Fruela reunió a sus hombres en la sala. Teodolf, Munio, Argebald y el resto de norteños se acomodaron ante el hogar mientras la criada pelirroja les servía la cena.

—No os voy a engañar —les dijo—: tarde o temprano, los vascones atacarán nuestra tierra. Algunos tenéis mujer e hijos, vuestro deber es defenderlos.

—Tú eres el mayor peligro para las mujeres de este reino —masculló la sirvienta al tiempo que depositaba un par de jarras sobre la mesa.

El conde se sirvió un vaso de vino. El caldo poseía un regusto amargo y se preguntó si la criada había orinado en él. Pese a todo, logró transmitirle una agradable calidez.

—Mi misión es lograr que las *scholae* acudan al norte si Odón nos ataca —prosiguió—. Tal es el deseo de mi padre, y el mejor modo de servir a nuestra gente. Pero si alguien desea regresar, es libre de hacerlo.

—Iba a casarme con Eldemira —comentó Argebald—. Tendré que posponer la boda.

—Puedes traerla a la Corte —le dijo Teodolf.

—De momento no. Sería arriesgado.

—¿Y tú, Munio? —preguntó Fruela.

—No me gustan los godos.

—Yo soy godo.

—Tú has crecido entre montañas, este lugar te resulta tan extraño como a mí —farfulló el muchacho—. Lo veo en tus ojos, por mucho que desees ocultarlo. Desprecias nuestra tierra porque eso te hace sentir mejor de lo que eres.

—¿Regresarás a Cantabria?

—Claro que no. —Munio bufó de impotencia—. ¿Qué harías sin mí?

El conde espartario se volvió hacia Teodolf.

—Juré protegerte —le dijo el guerrero—. Cualquier pregunta sería un insulto.

—A finales de mes —concluyó Fruela—, los condes nos reuniremos con Witiza para exponer el estado de las *scholae*. Tenemos que elaborar un listado de demandas.

—Necesitamos mejores caballos, reponer las armaduras... —asintió Teodolf—. La mayoría de los soldados carece de experiencia, hay mucho trabajo por hacer.

Pronto la rutina se adueñó de sus vidas, cada día resultaba indistinto del anterior. Los progresos de la tropa eran lentos, los ejercicios se repetían una y otra vez sin descanso. Abandonaban los barracones sin que se hubiera despertado el gallo y, una vez en la llanura, practicaban las maniobras hasta el anochecer. La *schola* regresaba a los cuarteles con el sol moribundo, cubrían con mantas a las bestias, cepillaban su empapado pelaje y revisaban el estado de los cascos. Solo las marcas que Fruela trazaba en una pizarra otorgaban algún sentido al tiempo.

Una gélida mañana el conde espartario se presentó en el campo de prácticas con ánimo menguado. Su humor no mejoró al toparse con Osvaldo.

—¿Qué hay de lo mío?

Todas las mañanas lo mismo. Fruela decidió ignorarle y cabalgó hacia las tropas, que ya habían formado.

—¿Qué quiere? —murmuró Munio.

—Cargos. Tierras. Una buena posición. Lo de siempre.

Argebald señaló una lejana colina. En la cumbre, pudieron distinguir unas minúsculas figuras: dos hombres a caballo.

—Nos vigilan —concluyó.

Tal vez por orden del rey o de otro conde espartario. Cansado de tantas intrigas, Fruela decidió prestar atención a sus hombres. Conocía el rostro de cada uno, los había evaluado según su destreza con el arco y la lanza para dividirlos en cursores y defensores.

—¡Defensores! —gritó Teodolf—. Cuando cabalguéis contra el enemigo nadie debe dejar atrás a los compañeros, aunque su caballo sea más rápido. Cubríos con el escudo para recibir la descarga de flechas. Después cargad tan rápido como podáis, antes de que puedan disparar otra andanada. Aseguraos de que puedan sentir vuestras lanzas.

Las *scholae*, al igual que la caballería romana de oriente, basaba su poder en el uso de arqueros a caballo y lanceros acorazados, una innovación romana, cuya complejidad pocos pueblos podían igualar. Las flechas de los cursores facilitaban las cargas de caballería: cuando el enemigo se protegía de la lluvia de saetas, resultaba vulnerable a un ataque frontal.

—¡Cursores, disparad más rápido! —les dijo Teodolf—. ¡Aunque la flecha vaya bien dirigida, resulta inútil si el tiro es lento! ¡Más velocidad, aun a costa de precisión!

Una tercera parte de los soldados se convirtió en cursores y el resto en defensores. Cabalgando

en formación compacta, los lanceros creaban una fortaleza en movimiento tras la cual se reagrupaban los arqueros entre cada ataque. El conde espartario se giró hacia Osvaldo.

—Si estuvieras al mando de los defensores y los cursores se adelantasen para perseguir a un enemigo a la fuga, ¿qué harías?

—Obedecer todo lo que usted me dijera —respondió sin dudar.

—¿Y si yo no estuviera?

—Buscaría el estandarte.

—¿Qué pasaría si estuviera oculto tras una nube de polvo, o al otro lado de una colina? —insistió Fruela.

—Seguiría buscando, jamás tomaría una decisión sin consultárselo —aseguró Osvaldo—. Puede confiar en mí.

Munio llegó al galope e interrumpió la conversación.

—Tenemos visita.

Cuatro ostiarios, acompañados por un puñado de hombres armados, cabalgaban hacia ellos. El pisaverde que ostentaba el mando se detuvo ante Fruela.

—Debes entregarme tus armas —le dijo con arrogancia—. Sinderedo, el obispo metropolitano, nos ha ordenado que te llevemos al salón del trono.

El rey estaba ausente, en una de sus cacerías, y el ostiario se regodeaba en la autoridad que creía ostentar. Fruela le observó de pies a cabeza, como a un lunático. Solo diez hombres le acompañaban, con el hierro que podían llevar a la cintura.

—Si deseas mis armas, tendrás que quitármelas —respondió el conde espartario.

Saltaba a la vista que no era la respuesta que el otro esperaba oír. A su alrededor, comenzaron a congregarse los bucelarios que Fruela había traído del norte y los soldados de su *schola*. La confianza del ostiario comenzaba a menguar.

—Nos respalda la autoridad regia —balbuceó el ostiario, acobardado, y luego afirmó solemne—: No nos iremos hasta que nos acompañes.

—Munio, si se mueven de ahí, matadlos —dijo Fruela—. Yo iré a ver qué quiere Opas.

Se dirigió al pretorio seguido de Teodolf. Acababa de concluir la eucaristía en la basílica de los Santos Mártires y tuvieron que abrirse paso entre el bullicio. En el patio del pretorio, los cortesanos se hacían lenguas acerca de sus hijas y los mendigos alzaban la voz suplicantes. Todos se apartaron al verlos llegar, como si supieran adónde iban.

Entraron en la sala del trono. Los gruesos muros de sillería hacían que el interior resultase gélido y las claraboyas de la bóveda arrojaban un torrente de luz sobre el niveo mármol. Sinderedo, el obispo metropolitano de Toletum, ocupaba un escaño a los pies del escabel regio y tanto Opas como Evancio, el prelado de Emérita, estaban sentados junto a él.

—¿Es esto un juicio? —Fruela se dirigió a Opas, a sabiendas de que Sinderedo era incapaz de

sacudírsela después de mear sin la aprobación y el consejo del hermano del rey.

—Solo es una reunión informal para recabar información —le aclaró el mitrado hispalense—. Evancio ha insistido en ello.

La mirada del joven se dirigió hacia el clérigo vestido con una casulla esmeralda, sobre la que colgaba un relicario de plata con una astilla de la cruz en la que falleció Jesucristo, traída desde Jerusalén por santo Toribio de Astorga.

—¿Qué ocurrió aquella mañana ante la casa del conde Juliano? —preguntó Sinderedo con voz afable, a medio camino entre la bondad y la simpleza.

—Una turba de desarrapados, instigados por un monje demente, atacó a la embajada de Ciro, patriarca de Constantinopla —respondió con firmeza—. Mi hermano y yo tuvimos que defenderlos.

—Cuesta creer tu versión de los hechos —aseguró Evancio.

—Me pides que os cuente qué pasó —replicó Fruela—. Si prefieres no creerme, ¿qué esperas que haga?

—Leonardo era un santo varón. —Evancio parecía conocer al difunto monje, lo cual alertó al muchacho.

—Los santos hacen milagros —respondió—. Leonardo aseguró que podía invocar a doce legiones celestiales y por allí no apareció nadie.

—¿Por eso lo asesinaste?

—Me atacó, tuve que defenderme. —Fruela descubrió el motivo de aquella charla. Una palabra fuera de lugar y se hallaría en un grave aprieto.

—Haced entrar al testigo —ordenó Sinderedo.

Una pareja de soldados condujo a un andrajoso individuo ante el conde espatario.

—Sí, es él —afirmó con la cabeza gacha—. Mató a Leonardo a sangre fría. Lo vi con mis propios ojos.

—¿Eso es todo? —dijo Fruela—. ¿Traes a un mendigo a testificar contra el hijo de un duque? ¿A eso le llamas justicia?

—¿Y qué debemos considerar justicia, la matanza que cometiste en Toletum? —espetó Evancio.

—Salvé la vida de nuestros huéspedes —respondió el conde espatario— y puse orden en las calles.

—¿Llamas «orden» a esa carnicería? —Evancio alzó la voz—. He presenciado el horror de unas calles encharcadas en sangre, he visto cadáveres amontonados en las esquinas... ¡Las armas no ayudan a salvar a nadie!

—¿Y qué se supone que debería haber hecho? —Fruela masticó aquellas palabras.

—Si alguien pretende dañarte, tan solo dile «no tendrás mi odio» —dijo el obispo de Emérita

— Es preferible invitar a tus enemigos a que tomen cuanto quieran de ti, antes que mancharte con la culpa. Así tu alma saldrá victoriosa de semejante prueba.

—Me refería a qué hacer en el mundo real.

—En ese mundo del que hablas, los fuertes someten a los débiles. —El religioso parecía hablarle desde el púlpito—. Para los que habéis elegido la violencia como modo de vida, la fuerza es la única razón. ¿Es esa la moral por la que debemos regirnos? El amor y la compasión son las bases de la doctrina de Cristo. Todos los hombres somos hermanos, y quienes piensan como tú son los culpables de nuestras miserias.

Lo dijo de corrido, sin tomar aliento. De pie, en la sala del trono, Fruela contemplaba al clérigo como si fuera un atlante.

—¿Tienes algo que añadir? —le preguntó Opas.

—Sí —respondió el joven—. La raza humana al completo no son mis hermanos, ni siquiera son mis iguales. Quien dice amar a todos en realidad no ama a nadie, solo estima la grandeza moral que cree ostentar. Los curas creen que el hombre ha de renunciar a la violencia, pues de ese modo la guerra desaparecerá. Y cuando esta aparece, quien ha seguido su doctrina se muestra incapaz de resolver nada. El guerrero asume que la brutalidad es parte de la naturaleza humana y trata de imponerle unos límites. —Y al fin concluyó—: Si tienes una sola prueba en mi contra, que no sea la palabra de un pordiosero, exponla ahora o, de lo contrario, vete al infierno.

El rostro de Evancio se mostró incandescente, sus labios temblaban de furia, no pronunció una sola palabra. Sinderedo, que presidía el tribunal, dedicó una fugaz mirada a Opas y, tras verle asentir, hizo un gesto solemne. Fruela no aguardó a que la farsa concluyera y abandonó el salón a grandes zancadas.

—¿Qué querían? —quiso saber Teodolf en la puerta.

—Nada —respondió mientras montaba a Sniumeis.

Agotado, el muchacho se apoyó en el arzón de la silla y contempló el declinar del sol. Abandonaron el pretorio en dirección al campo de prácticas. Nada más cruzar el puente, Teodolf le condujo hasta un granero en ruinas.

—Baldomero quiere comentarte algo —le explicó—. En privado.

Fruela se mostró intrigado ante el atezado muchacho de origen sirio, hijo de uno de tantos orientales que habían huido de los sarracenos, trayendo la cultura griega a los obispados y monasterios de Spania. Días atrás, le había ordenado revisar el libro de cuentas de la *schola* para tenerle ocupado en algo de provecho.

—¿Alguna novedad? —preguntó Fruela.

—En los registros de la unidad figuran trescientos hombres. —Le mostró unos legajos—. En los barracones, solo hay doscientos sesenta.

—¿Dónde están los otros cuarenta soldados?

—La mayoría, muertos. Alguno, desde hace años. Al resto les dieron permiso para visitar a sus familias y no regresaron.

—¿Quién les dio licencia?

—Los tres centenarios —respondió el sirio—: Osvaldo, Adolfo y Raimundo.

—¿Por qué...?

—No informan de las bajas para poder quedarse con las raciones de la *annona* —le explicó Teodolf—. Y también se embolsan la paga de los ausentes.

—¿Y el prepósito del ejército y el conde del tesoro no se han enterado?

—Obviamente, ellos también sacan tajada —respondió el veterano.

—¿Y el rey?

—Dicen que ayer cazó un muflón de tres codos.

El conde supo que, al confiarle aquello, Baldomero se estaba jugando la piel.

—Gracias por informarme —le dijo.

En el campo de prácticas, Argebald instruía a los cursores en el tiro parto. Cuando se retiraban al galope, los jinetes disparaban por encima de la grupa guiando a la montura con las piernas, una maniobra que podía emplearse en retiradas fingidas con efectos devastadores. Fruela aún cavilaba acerca de las corruptelas cuando la formación entró en desorden al acometer un giro. Cabalgó hacia allí para averiguar qué había pasado. La mirada de Osvaldo deambulaba iracunda e indecisa entre los hombres, tratando de encontrar a alguien a quien culpar.

—¡Debéis obedecer las órdenes! —les gritaba—. ¡Si os dicen que os tiréis por un barranco, lo hacéis! ¿Está claro?

—Las órdenes han sido contradictorias —respondió uno de los soldados—. El estandarte tornó hacia la derecha, la trompa nos ordenó girar a la izquierda. Por eso se ha formado este revuelo.

—¿Y a quién debéis hacer caso? —insistió Osvaldo—. ¡Se os ha dado una sola orden!

—No, no es así.

Tal vez el joven estuviera en lo cierto, resultaba imposible saberlo. Fruela le conocía de vista, se trataba de un buen jinete y tenía agallas. Azuzó al caballo para plantarse ante él.

—Tú —le dijo—. ¿Cuál es tu nombre y cómo has acabado aquí?

—Soy Adelmo, de la noble estirpe de Lindolfo —respondió solemne—. He acudido a la Corte, tras renunciar a los lujos de una vida acomodada, para poner mi vida al servicio del rey.

—Y una mierda. Si estás aquí es porque eres otro hijo segundón que no tiene donde caerse muerto.

—Qué le voy a contar que no sepa —respondió el interpelado.

El conde espatario decidió bajarle los humos.

—¿De dónde eres?

—De Valentia.

—Dicen que allí las mujeres son más putas que las gallinas.

—Es verdad —confirmó Teodolf—. Una vez quise follarme a una y al cabo de un rato ya estaba en su casa. Le pedí que me la chupara y ¿sabes qué? ¡La muy guarra lo hizo!

—¿Es eso cierto, Adelmo? —le preguntó Fruela.

—Totalmente, señor.

—¿Crees que podría joder con tu madre?

—Solo si le paga antes.

—¿Con un *follis* sería suficiente?

—Con ese dinero podría hacerlo con mis tres hermanas.

—¿Y no te importaría?

—Imagino que, en el norte, estaréis hartos de follar entre primos.

—Si estuvieras al mando de los defensores y los cursores se adelantasen para perseguir a un enemigo a la fuga, ¿qué harías?

—Ordenaría a mis hombres avanzar.

—¿Cómo? —rugió Teodolf—. ¿Sin esperar una orden?

Por primera vez, Adelmo mostró un genuino enfado:

—Una debilidad propia de las tropas mixtas de infantería y caballería es la separación del brazo móvil de la formación defensiva. Eso deja a la caballería expuesta durante la persecución del enemigo. Nuestra filosofía consiste en que la fuerza defensiva sea tan móvil como la atacante: ambas son caballería y una apoya a la otra. Si mi superior fuese tan estúpido como para querer separar las dos armas, no me quedaría más remedio que obedecer. De no ser así, prefiero actuar por mi cuenta y seguir con vida.

El hijo del duque entornó el rostro y dirigió una discreta mirada a Teodolf.

—Adelmo, a partir de ahora estarás al mando de la segunda centena. Osvaldo, tú supervisarás la limpieza de las letrinas. —Antes de que ambos pudieran reaccionar, el conde espartario les dio la espalda.

Una vez en la casa, Fruela se despojó de la armadura y el gambax, empapado en sudor, y se desplomó sobre el escaño que presidía la mesa de la sala. Durante un momento permaneció con la frente apoyada en la madera. Al alzar la vista, se topó con los rostros de Teodolf, Munio y Argebald.

—Debemos encontrar proveedores de armas —les dijo.

—No será fácil. —Teodolf parecía estar igual de agotado—. Un hacha o un *scrama* pueden forjarlos cualquier herrero de aldea, pero las espadas, los yelmos y las armaduras requieren armeros capaces.

Antes de la caída del Imperio de occidente, Roma había contado con factorías estatales para abastecer a las legiones, ubicadas en las grandes ciudades y los fuertes de la frontera. Cuando el

Estado romano se desintegró, la aristocracia hispana tuvo que armar como pudo a sus siervos. A costa de grandes esfuerzos, los reyes crearon talleres y trataron de monopolizar la producción de armas para salvaguardar la supremacía de las *scholae* sobre las huestes de la nobleza. Salvo en el norte, la mayor parte de la población vivía desarmada.

A la mañana siguiente, la bóveda celeste se mostró diáfana. Fruela desayunó un pedazo de queso antes de entrar en las cuadras para cepillar a Sniumeis. Poco después, cabalgaban al frente de la séptima *schola* en dirección al campo de prácticas cuando Teodolf se dirigió a sus tres pupilos con solemnidad:

—Hoy es domingo y hay que ir a misa —declaró—. El duque me encargó que os ayudara a encontrar esposa, así que prestad atención...

—¿Nos vas a conseguir una cita? —preguntó Munio con sorna.

—No seas rústico —replicó Teodolf—. En la Corte nadie concierta una cita. En su lugar se preparan encuentros casuales, en los que deberás fingir interés en las conversaciones más idiotas y predecibles que te puedas imaginar. Toda joven casadera ha sido educada en el adecuado cinismo para ocultar cualquier emoción sincera. Así que elegid con cuidado a la dueña de vuestros afectos: ha de tener muchos dineros, buenas ubres, un rancio abolengo y muy pocas luces.

—De esas por aquí no faltan —señaló el cántabro.

—Así es —convino Teodolf—, pero sabed que el fraude es común. El albayalde puede blanquear un rostro cetrino y los rellenos añadir turgencias donde no las hay. También puede hacerse la tonta, ser estéril o bizquearle las tetas. Andaos con ojo, pues en caso de romper el cortejo lo pagaréis caro: correrá el rumor de que eres impotente, o tal vez un putero, según tu aspecto y reputación.

—¿Debemos componer algún poema galante? —ironizó Fruela.

—Si te gusta una mujer, no seas tan idiota de decírselo —replicó su tutor—. Has de mostrar el justo interés para que ella se anime a dar un paso, el que sea, y luego ya verás lo que haces. Espíala con discreción, averigua sus hábitos, luego déjate caer por ahí como si nada y, sobre todo, no seas honesto. Miente, halaga su vanidad y finge que te acomoda cualquier cosa que diga, aunque sea un eructo. Al hacer la corte, una conversación sincera es algo propio de menguados. Lo mejor es insinuarle en algún encuentro casual que hayas planeado de antemano, y luego esperar una respuesta que la mayoría de las veces no llega.

—¿Y si ella se muestra enamorada?

—Si reconoce tu existencia, deberás aguardar algún tiempo, no vaya pensar que estás desesperado. Luego dale a entender que deseas catar la fruta antes de comprarla. Si acepta, sácale partido y después olvídate de ella, porque es una guarra. Si se niega, sabrás que es la hembra

adecuada, pero más vale no echarle en cara los desplantes o recibirás una saeta envenenada en lo más hondo de tu orgullo. En ese caso, procura no darte por aludido. Ella no confesará ni bajo tortura que la pulla iba por ti: su vida no gira en torno a alguien como tú, ni aunque seas el emperador de Constantinopla.

»Así es el amor —concluyó Teodolf—. No es en la guerra, sino en el arte del cortejo, donde no existe la misericordia. Y, al igual que al comprar una res, quien muestra menos interés es quien se lleva el gato al agua.

En la explanada, Fruela dividió a sus hombres en dos destacamentos. El ejercicio consistía en que una compañía cargase contra la otra: antes del choque, debían darse la vuelta y huir, cubriéndose con los escudos. Cuando sus adversarios los perseguían, la formación debía girar en redondo para contraatacar. De este modo, una unidad se retiraba y luego lo hacía la otra. Aquellas maniobras exigían que todos supieran el momento exacto del giro y que actuaran al mismo tiempo.

El conde y su comitiva azuzaron las monturas para escalar un pequeño cerro. Una vez en la cumbre, recorrieron la cresta y se detuvieron para otear la explanada: los destellos de las armas creaban un cuadro perfecto. La tierra, húmeda por las últimas lluvias, mitigaba la habitual nube de polvo, lo cual les permitió estudiar las maniobras. Fruela se sintió más confiado al ver que Teodolf asentía, aprobador.

En la otra vertiente de la loma hallaron a Atanagildo, taciturno y reflexivo, con la mirada fija en el otro campo de prácticas. El hijo de Teodomiro apenas se inmutó al verlos.

—¿Cómo va todo? —le preguntó Fruela.

A doscientos pasos la *schola* de Atanagildo practicaba el tiro con arco, primero con la diestra y luego con la zurda, pues todo arquero a caballo debía ser ambidiestro.

—¿Conoces a Tancredo, el conde del cubículo?

—Sí.

—Anoche me follé a su hija.

—Yo también he estado ocupado —comentó Fruela.

—Teodolf y tú estáis haciendo un gran trabajo —admitió el cartaginés—. Esa chusma empieza a parecer un ejército.

—Deseo convertirlos en la mejor *schola*.

Atanagildo estalló en carcajadas.

—Eres un fante incorregible —le dijo entonces—. La mitad de tus hombres van montados sobre mulas. ¿No te has dado cuenta? Y hasta hace unos meses, ni siquiera habían practicado maniobras a campo abierto.

—Por eso necesito tu ayuda.

—¿Qué es lo que quieres, Fruela? —le preguntó Atanagildo, suspicaz.

—Reestructurar mi unidad. —La sonrisa del cántabro irradiaba cordialidad—. Te ofrezco un

canje.

—Si piensas que voy a desprenderme de alguno de mis veteranos...

—Tengo una lista con los que me interesan.

Atanagildo leyó el texto inscrito sobre una laja de pizarra y alzó la vista, sorprendido.

—Pareces interesado en reunir bajo tu estandarte a los miembros más díscolos de las *scholae*.

—Y, a cambio, te ofrezco a mis hombres con más experiencia.

—Osvaldo, Adolfo y Raimundo —leyó Atanagildo—. ¿Cómo son?

—Despóticos con los soldados y aduladores con los mandos. Te encantarán.

—Te conozco, Fruela. Me lo pintas todo demasiado bien. ¿Dónde está el engaño?

Él alzó las manos, como un jugador de dados que intenta demostrar que no oculta nada en las mangas.

—Está bien —aceptó al cabo—, por mí no hay inconveniente. Seguro que os lo pasaréis en grande.

Se despidieron de Atanagildo para reunirse con su *schola*, que regresaba de las prácticas dirigidas por Adelmo. Fatigados y cubiertos por una costra de barro, su aspecto era lamentable.

—Las monturas están agotadas —dijo Teodolf—, se merecen un descanso.

Los soldados descabalaron, se despojaron de los yelmos, dejaron caer los escudos y se desplomaron sobre el suelo, exhaustos.

—He dicho que los caballos merecen un descanso, no vosotros —añadió—. Practicaremos a pie con la espada.

Refunfuñando, los hombres se distribuyeron por parejas. Teodolf deambulaba entre las filas para supervisar las prácticas. Observó a un hombretón que sacaba una cabeza al resto, tomó la espada de su oponente y se enfrentó a él. Tras un breve intercambio de golpes, Teodolf desarmó al guerrero, le propinó un tremendo golpe y este, tras caer de bruces, quedó tendido en el suelo.

—¿Qué haces ahí tumbado? —rugió Teodolf.

—Me has matado.

El veterano le dio una patada en las costillas.

—¿Y quién te ha dado permiso para morir? Yo no entreno a nadie para que la diñe, sino para que se aferre a la vida como una garrapata. ¡Levántate! Si te golpean en la cabeza, lucha. —Le dio un puntapié en las nalgas—. Si te cortan la mano, lucha. —Y otro más—. Pelea mientras te quede un soplo de aliento. La única excusa para dejar de luchar es que te arranquen la vida.

Resultaba fácil idear unas prácticas para que los hombres quedasen como patanes. La clave residía en someterlos a una serie de retos diarios que les permitieran regresar a los barracones convertidos en héroes.

Una vez en el pretorio, Fruela se despojó de la armadura y sumergió el rostro en un abrevadero. Cuando alzó la vista, sus ojos tropezaron con los de una muchacha, con el rostro oculto por la

sombra del velo y un abanico de ramas de palma. Al verse descubierta observándole, un leve rubor tiñó sus mejillas. Iba acompañada de Bencio.

—Vamos al oficio de los domingos —le dijo el sobrino de Rodrigo—. ¿Nos acompañas?

Demasiado ornato solo para ir a misa. Fruela recordó a la chica en el torneo de Toletum e intuyó una intención oculta en aquel encuentro. Su atención recayó sobre ella. Catorce, tal vez quince años. Casi era hermosa. Un collar de granates en el cuello de cisne sobre un elegante vestido azul, ceñido al delgado cuerpo mediante un fajín con perlas. El brocado mostraba parejas de pavos reales bebiendo de la Fuente de la Vida, un símbolo imperial que encarnaba la inmortalidad del alma, pues se decía que la carne de esta ave jamás se corrompe. Fruela tuvo que reconocer su buen gusto; aunque, desprovista de adornos, jamás le habría dedicado una segunda mirada.

—Mi hermana Hilduara se hospeda en el convento de Santa Obdulia —añadió Bencio.

Ni siquiera la sobrina del duque de la Bética se hallaba a salvo de la rapacidad regia. Witiza se ausentaba en su pabellón de caza durante largas jornadas. Se decía que, en aquel lugar, no dejaban de entrar doncellas y que ninguna salía siéndolo. La aristocracia prefería recluir a sus hijas en conventos para no despertar la lujuria del rey.

—Lamento declinar vuestra oferta —se excusó Fruela—, pero tengo cosas que hacer.

La dolida expresión de Hilduara fue la de una hembra que se sabe despreciada. El conde espartario les dio la espalda sin aguardar respuesta.

—No estaba tan mal —comentó Argebald en voz queda.

—Me gustan las mujeres con carne.

Aquella noche Fruela compartió lecho con la criada, que había asumido con resignación su rol de barragana. Engendrar al bastardo de un noble bien podría resolver la vejez de una moza de baja cuna, y a Fruela esa idea le resultó deprimente. Nunca había buscado algún sentido a su amancebamiento esporádico, más allá de obtener un placer egoísta. Sin embargo, intuía que el motivo de semejante reflexión, realizada a altas horas de la madrugada, tras fornicar con una sirvienta zurumbática y de pocas luces, debía buscarlo en su infancia.

Apenas recordaba el rostro de la culpable de aquel cinismo, una niña de ojos grises con la que compartió juegos y luego olvidó en cuanto sangró por primera vez. Pasaron los años y se encontraron de nuevo. Fruela había crecido en infinidad de aspectos y el mundo de adultos imponía unas normas a las que podía sacar provecho. Una noche, ella le preguntó si podía acompañarla a casa y, en un encinar, disfrutó de su cuerpo. Al despedirse le prometió que volverían a verse y, mientras se alejaba, decidido a no hacerlo, sintió una insólita satisfacción al vislumbrar una suerte de justicia en el mundo. Aquella experiencia le había mostrado cómo serían las reglas del juego.

Sin embargo, esa noche Fruela sintió lástima por sí mismo y trató de conjurarla del único modo

que conocía. Agitó a la sirvienta, que entreabrió los ojos, mientras las manos del conde tomaban posesión de su cuerpo.

## XII

Hay quien cree que el Averno está dividido en regiones para que las almas reciban un justo castigo en función de su patria. El infierno de Spania sería una enorme cerca llena de estiércol, en la que las ánimas en pena malviven entre heces y puercos sin apenas vigilancia. El Diablo sabe que tal tormento no requiere demonios guardianes: son los propios condenados quienes, cuando alguien trata de abandonar la pocilga, lo arrastran consigo para hundirlo de nuevo en la mierda.

En la Corte de Toletum no existía nada más peligroso que descollar. Esta sería una dura lección para Fruela y, aun así, aquella gélida mañana, acompañado por Teodolf, solo sentía una creciente ansiedad ante el cónclave regio. Bulgar los había acompañado hasta el pretorio; ambos se habían aficionado a su compañía, pues era alguien ducho en las armas y sufrido como pocos.

—¿Vas a seguir adelante? —dijo Teodolf, a sabiendas de que, una vez que su pupilo había tomado una decisión, era casi imposible hacerle cambiar de opinión.

—Baldomero ha redactado un listado de demandas. —El muchacho le mostró un pedazo de pergamino—. Me conformo con cincuenta buenos caballos.

—Dicen que te desembarazaste de tus centenarios —murmuró Bulgar—. Y antes degradaste a Osvaldo.

—Es un imbécil —respondió Fruela—, tan corrupto como incompetente.

—Y también primo segundo de Tancredo, el conde del cubículo.

—Aquí todo el mundo es primo de alguien.

—No trates de cambiar demasiado las cosas —le aconsejó el veterano—. Limítate a sacar el mayor provecho de tus hombres, o de lo contrario hallarás problemas. Teodolf sabe de qué hablo...

—Fruela es joven, se mueve por ideales —declaró el interpelado.

—Los ideales son un pobre sustituto de la experiencia.

La sala de audiencias había sido decorada con un gran tapiz historiado con los hechos de Adrianópolis. Las escenas bordadas con hilos de seda recreaban el cruce del Danubio por los godos hasta que se asentaron en la provincia romana de Mesia. Mostraban cómo los funcionarios imperiales aumentaron los tributos y les ofrecían alimentos a precios descabellados. Hasta que su rey Fritigerno descubrió un complot para asesinarle durante un banquete del magistrado y dio muerte a los sicarios. Libres de cualquier juramento, los visigodos saquearon Tracia y el emperador Valente reunió el mayor ejército que se había visto hasta entonces. Fruela contempló

fascinado las últimas imágenes, en las que Fritigerno, el monarca que salvó a su pueblo del hambre y las vejaciones, lideró a los godos en la batalla de Adrianópolis.

Witiza presidía la mesa y como condes espatarios se hallaban Bocanegra, Bulgar, Bencio, Sigérico, Sisenando, Atanagildo y Fruela. Un par de veteranos curtidos junto a cinco pipiolos de buena familia deseosos de disputarles su posición. Bencio, el sobrino de Rodrigo, y Atanagildo, el primogénito de Teodomiro, se veían respaldados en tales pretensiones. A Sigérico, primo segundo del duque de Lusitania, tampoco le faltarían apoyos. Sisenando, el sobrino de Agila, sin duda se hallaba en una situación más precaria.

El rey se mostraba ojeroso, no le habían visto en la Corte desde hacía días. ¿Una de tantas resacas, o tal vez trataba de ocultar la enfermedad? Mientras Fruela reflexionaba sobre aquello, Opas atravesó la puerta.

—No te esperábamos, hermano —declaró Witiza.

—Solo he venido a escuchar, no deseo inmiscuirme. —Nadie se lo creyó ni por un instante y, aun así, el hermano menor del rey se acomodó en la mesa.

—¿Cuál es el estado de las *scholae*? —preguntó Witiza.

—Magnífico, mi rey. No sin motivo, a la primera nos llaman heraldos de la muerte —se apresuró a decir Bocanegra—. Nuestros enemigos temblarán a nuestro paso como un haz de hinojo agitado por el cierzo. La bizarría de nuestros hombres rivaliza con la de Hércules.

La expresión del monarca mostró su satisfacción ante aquella respuesta, tan estupenda como él mismo.

—¿Alguna novedad, Bulgar? —prosiguió.

—Todo es mejorable, señor —respondió el aludido—. Pero mi opinión no difiere de la suya.

—¿Atanagildo?

—Mis hombres son bisoños, al igual que yo mismo —declaró el joven—. Por ello, procuro atender los sabios consejos de nuestros veteranos, para estar a la altura del cargo con el que he sido honrado.

Fruela se preguntó qué hacía Atanagildo dándole coba a quien, apenas un mes antes, a punto estuvo de acuchillarle por mentar a las sacrosantas ubres de la consorte regia. Buscó en sus palabras algún sutil y retorcido sarcasmo, y ni por esas.

—Tú también llevas poco tiempo en el cargo, Sisenando —manifestó el rey—. ¿Tienes alguna petición?

—Me he fijado que el estandarte de mi unidad es rojo —balbuceó el sobrino de Agila—. A decir verdad, más bien bermellón..., y la insignia de los Amalos siempre ha sido azul. Más añil que azulón, diría yo. He pensado que, si no le parece mal, podríamos cambiar los colores. Mis hombres pintarían los escudos a juego.

—Me parece perfecto. —Witiza se mostró encantado ante tales demandas—. ¿Y cómo está tu

unidad, Bencio?

—No me puedo quejar. —Fue una réplica ambigua, que podía implicar algo muy distinto a lo que Witiza esperaba, una circunstancia que a él no pareció importarle:

—Imagino que Sigérico tendrá una opinión similar...

El muchacho asintió en silencio. Para entonces, Fruela había estrujado el documento que tenía en las manos. Nadie en aquella sala era tan necio como para ignorar el estado de dejadez de las tropas, las graves carencias en los pertrechos y la endémica corrupción de los mandos.

—Y tú, Fruela —dijo el rey—. ¿Tienes algo que añadir?

El aludido buscó algún aliado en la sala o, al menos, alguien que no le considerase un idiota. El resultado de la pesquisa le ayudó a contestar.

—¿Quieres que sea honesto o prefieres que te bese el culo?

Pudo añadir «como hace el resto», aunque nadie lo pasó por alto. Fruela estaba habituado a no endulzar sus palabras con aquella empalagosa pleitesía; él hablaría sin tapujos, como corresponde a un guerrero y no a un siervo. No obstante, Campechano I tenía otras preferencias en materia de protocolo.

—El culo.

—En tal caso, somos una fuerza imbatible —respondió rotundo—. Si alguna vez entramos en liza, estamos abocados a la victoria, no importa a quién nos enfrentemos.

—Espléndido —dijo el monarca, y a continuación añadió—: ¡Que traigan más vino!

Finalizado el cónclave, el ambiente se tornó festivo. La sabiduría campechana del rey sostenía que las cosas importantes de la vida —puterío, cacerías, política— debían afrontarse en una cantina, o en cualquier lugar donde se pudiera empinar el codo y contar chistes picantes. Opas vio cómo el hijo de Pedro guardaba el listado de peticiones.

—Jesús, él sí que fue grande —dijo Witiza mientras le llenaban la copa—: alguien capaz de convertir el agua en vino. No como ese Mahoma, que lo prohíbe. Aunque las setenta vírgenes del Paraíso tal vez lo compensen...

Los presentes se apresuraron a reír con entusiasmo. No todos lo hicieron.

—Fruela, no parece divertirse la idea —prosiguió el monarca—. ¿No eres capaz de imaginar un mundo mejor que este?

—Quizá exista un mundo mejor, en el que mane la leche y la miel. Incluso es posible que exista alguno donde los chistes del rey tengan gracia.

Durante un instante, en la sala del complejo palaciego habría sido posible escuchar el bostezo de una musaraña. Teodolf se llevó las manos a las sienes, aquejado de una repentina jaqueca.

—Tal vez prefieras hablar de mujeres, pues aseguran que eres docto en la materia —dijo Witiza—. ¿Quién dirías que es la muchacha más bella del reino? Creo haberlas conocido a todas.

Años después, el joven conde se preguntaría en qué medida él fue responsable de la ruina de

Spania. Pero en aquel momento solo era un zagal de dieciséis años, herido en un orgullo demasiado henchido. Fue el despecho ante aquel menosprecio lo que espoleó su lengua.

—Oliba, la hija de Urbano —respondió—. ¿No la conoces? Piel de durazno en un rostro perfecto, mechones cobrizos caen sobre unos ojos de color esmeralda, y unos gruesos labios forman una sonrisa siempre desafiante.

Al oírle mentar a la muchacha Teodolf le fulminó con la mirada. Para entonces, Witiza esbozaba una sonrisa depredadora. Ordenó que les trajeran más vino y, al calor del morapio, afloró una animada tertulia venatoria sobre muflones, jabalíes y ciervos. Fruela decidió abandonar la estancia antes de que las anécdotas del rey incluyeran la caza de osos con cortaplumas y una mano a la espalda. Recogió a Sniumeis en las cuabras y se dispuso a abandonar el pretorio.

Ante la basílica de San Pedro y San Pablo le aguardaba Opas. El joven se detuvo ante aquel hombre de Dios que mediaba entre el cielo y el infierno con el tacto de las palabras y la ferocidad de los hechos, urdiendo intrigas entre secretos de confesionario. Jovial e incommovible, el hermano menor del rey había decidido soportar la pesada carga del poder terrenal.

—¿Puedes dedicarme un momento?

El conde espartario hizo un gesto a Teodolf para que le esperara y acompañó al obispo hasta una nave adosada a la basílica, de muros de sillarejo y gruesas puertas de roble guarnecidas por una decena de soldados. Opas tomó un candil de una repisa y le ofreció otro. El edificio carecía de ventanas.

—Dentro de unos días, la Corte se mudará a Spali. —El obispo le condujo a través de un oscuro corredor—. ¿No estás tentado de renunciar al cargo y regresar a tu tierra?

—Lo he considerado —replicó con honestidad.

—Déjame que te enseñe algo...

El religioso empujó una nueva puerta e iluminó el interior. Sobre un pedestal, Fruela vio un enorme candelabro áureo de siete brazos junto a un cántaro de piedra tallada que refulgía ante el brillo de los candiles. A su lado se alzaba la cruz procesional con el *lignum crucis*, un fragmento del patíbulo donde fue colgado Cristo que el papa Gregorio Magno había entregado al rey Recaredo un siglo antes.

Aquella estancia albergaba el tesoro regio, grandes arcones con las joyas de los reyes, y los tributos destinados a sufragar los gastos del Estado, aunque fue el Tesoro Antiguo lo que llamó la atención de Fruela: el botín acumulado por los visigodos durante siglos de periplo, del que destacaban los frutos del saqueo de Roma por el rey Alarico. Aquella fue la primera vez en ocho siglos en que la ciudad eterna fue asaltada, y cambiaron de manos las riquezas tomadas por las legiones en tres continentes, incluidas las reliquias sagradas del Templo de Jerusalén. Objetos preciados que habían sobrevivido a los tiempos de escasez, en los que Roma y los godos se vieron forzados a fundir y acuñar buena parte de su erario.

El norteño caminó por el corredor hacia una colección de armas antiguas y se detuvo ante una panoplia expuesta junto a un espléndido plato de oro cincelado. No tuvo que leer la inscripción para saber que se trataba de las armas de Teodorico, el rey visigodo que se enfrentó a Atila.

El «Azote de Dios» había creado un vasto imperio al norte de los dominios romanos, desde el Rin hasta el mar Caspio, y se dirigía hacia la Galia al frente de una colosal hueste de jinetes de las estepas y otros pueblos vasallos: ostrogodos, gépidos, hérulos y turingios. Cuarenta años después de saquear Roma, los visigodos se habían asentado en la Galia bajo su rey Teodorico. La excusa de Atila era expulsar a los invasores germanos, aunque su verdadera intención era apoderarse de occidente. Y el único que podía impedirlo era Flavio Aecio, «el último romano», un obstinado general que defendía un imperio en ruinas con unas legiones deshechas junto a tropas federadas de burgundios, francos y alanos. Mientras las hordas hunas saqueaban el norte de la Galia y sus ciudades eran pasto de las llamas, Aecio forjó una alianza con los visigodos para enfrentarse a su enemigo común.

Los dos ejércitos se encontraron en los Campos Cataláunicos. El general romano desplegó a sus tropas en el ala izquierda; a la derecha, sobre un altozano, situó a los visigodos de Teodorico y, entre ambos, desplegó a los alanos. El azar quiso que aquel día los visigodos se enfrentaran a sus parientes del este, pues Atila dispuso a su horda en el centro y a los ostrogodos en el costado izquierdo. La batalla se prolongó durante horas, los alanos resistieron con coraje a los hunos y, desde la colina, los romanos lograron rechazar el desordenado ataque del resto de bárbaros. Mientras tanto, los dos pueblos godos se masacraron con saña. Cuando los alanos comenzaron a ceder terreno, Atila descubrió el estandarte del rey Teodorico, que combatía en primera fila. El «Azote de Dios» ordenó entonces una carga de caballería que, tras una despiadada lucha, acabó con la vida del rey visigodo y su comitiva.

En ese momento, cuando todo parecía perdido y la batalla tan sentenciada como el destino del Imperio romano de occidente, Turismundo, el hijo del fallecido monarca, fue coronado rey en el fragor del combate.

Turismundo lideró un contraataque que logró rechazar a los ostrogodos y pronto la batalla cambió de signo. Atila, que a punto estuvo de hacer huir a su enemigo, descubrió a la caballería visigoda cargando contra él. Aecio se disponía a atacarle por el otro flanco y, temeroso de verse rodeado, el caudillo huno ordenó la retirada, dejando tras de sí tantos cadáveres que, siglos después, los campesinos aún descubrían huesos y armas al labrar la tierra. Como muestra de gratitud, Aecio entregó a Turismundo aquella fabulosa bandeja áurea.

Fruela acarició la cota de malla que colgaba de una percha. Hacia la altura del pecho, las anillas de hierro habían sido desgarradas por la flecha que acabó con la vida de Teodorico.

Siempre le habían fascinado las historias de los héroes antiguos, como Filimer, quien condujo a los godos desde Escandia hasta el corazón de Europa, o Vidigoya, muerto a manos de los sármatas

cuando su pueblo vivía a orillas del Ponto. En aquel lugar, había hallado un vestigio material de las viejas leyendas.

—Vengo aquí cuando me siento deprimido —le dijo Opas. Tomó una jarra de plata para escanciar dos copas de vino especiado y le ofreció una. El obispo se acomodó sobre uno de los cofres llenos de oro e hizo un gesto para que Fruela le imitara.

—Te entiendo —respondió.

—Mi hermano siempre ha sido alguien muy bien dotado —comentó el clérigo—. De niños, nos desafiábamos a ver quién meaba más lejos. Imagino que tú también harías cosas parecidas con tu hermano mayor, allá en el norte. Yo jamás podía vencer al mío: su chorro era formidable, me resultaba imposible superar el vigor de su miembro. Por fortuna, el Señor me concedió otros dones.

—Hablas con segundas.

—Si crees que en la Corte una conversación trata sobre lo que en apariencia trata, no durarás mucho tiempo con vida.

—¿Me has traído hasta aquí para darme un sermón?

—Solo pretendo explicar que ser el hermano menor tiene sus ventajas. Destacar, en ocasiones, puede resultar peligroso. —Opas dio un largo trago—. Imagino que sabrás que fue tu hermano quien exigió que permanecieras en la Corte como espatario...

La intención era obvia y, sin embargo, Fruela intuyó un poso de verdad en aquellas palabras. Aun así, también era consciente de que, en semejante acuerdo, Alfonso apenas habría podido imponer nada. Tal vez retenerlo hubiese sido idea de su hermano, pero si Opas había accedido era porque convenía a sus intereses.

—¿Sabes lo que es la *ultima ratio*? —le preguntó el clérigo.

—La «última razón», el argumento definitivo que invalida cualquier otro en una disputa. —Fruela tenía fundadas sospechas de que, en la capital, todos le tomaban por idiota.

—El ejército real se compone de siete *scholae*, mantenidas mediante la *res dominica*. Son nuestra guardia pretoriana y nuestro ejército de campo. Gracias a ellas, el rey no depende de las huestes de la nobleza, al menos por entero. Las *scholae* son nuestra *ultima ratio regis* —concluyó, mas luego dijo—: Deseo devolver a nuestro pueblo toda su gloria perdida y, para ello, necesito gente como tú a mi lado.

Dos mil jinetes pesados valían más que todo aquel oro. La violencia no es el único argumento posible, pero es el que no admite réplica y, al mismo tiempo, supone la respuesta definitiva a la pregunta «o si no, ¿qué?».

En este caso, el «qué» era una fuerza de choque capaz de abrir una brecha en las murallas de Babilonia, aunque suponía un arma de doble filo. La disyuntiva creada por las legiones se hizo palmaria nada más agonizar la República: cualquier fuerza militar capaz de sentar a un emperador

en el trono también podía deponerlo. En especial quienes se hallaban en la capital: los pretorianos, las *scholae palatinae*. El mejor modo de evitarlo era que no dependieran de un mando único, por eso había siete condes espatarios..., que Opas pretendía comprar. Al conducirlo a la sala del tesoro, el joven obispo le puso a prueba: Fruela había pasado de largo ante una montaña de oro para admirar unas armas cubiertas de herrumbre. Aquella astuta comadreja solo le decía lo que deseaba oír. Fruela fingió no darse cuenta:

—¿Gente como yo?

—Puedo ayudarte con tus demandas —Opas extrajo el pergamino arrugado que el joven llevaba prendido en el cinturón y, tras leerlo, añadió—: gracias a una boda con un antiguo linaje del sur.

—¿De quién se trata?

—Una viuda de buena familia —prosiguió el obispo—. Tiene una yeguada que heredó de su marido, un conde de la Bética.

—Una viuda. ¿Qué edad tiene?

—Aún es fértil, te dará muchos hijos. Hace meses, su esposo falleció de peste.

—¿Qué edad tiene?

—Se llama Imelda —concluyó el religioso—. Preocúpate de instruir a tus hombres y deja el resto en mis manos.

El rey le había entregado una recua de jamelgos y ahora Opas pretendía erigirse como su salvador. El ambicioso clérigo le hacía la cama a su propio hermano. Deseaba controlar la *ultima ratio regis*, los cimientos del poder de la Corona, mediante los rehenes que retenía en la Corte. Sin duda, pronto mantendría algunas charlas similares con Sigérico, Bencio, Atanagildo y Sisenando, si no las había tenido ya.

¿Conocía Opas el interés de Rodrigo por desposar a su sobrina con Fruela? Era de lo más probable. Si Fruela aceptaba la oferta, su destino quedaría ligado al linaje de Égica. Los enlaces entre la aristocracia del norte y la del sur fortalecían la cohesión del reino, y el duque cántabro perdería una de sus bazas para forjar alianzas con Odón de Aquitania. Tarde o temprano, Opas presionaría a su padre para que Alfonso se comprometiera de un modo similar.

—Puede contar conmigo —dijo Fruela.

Política y estrategia te fuerzan a verte a través de los ojos del enemigo, lo cual te permite intuir cuándo alguien te subestima. En ese instante, el instinto le dijo a Fruela que se hallaba en esa situación.

Abandonó la sala del tesoro sumido en la incertidumbre. Su padre le había impuesto como tarea ganarse el aprecio del rey, algo que, a causa de su desaforado orgullo, estaba muy lejos de lograr. Para Pedro la solución siempre pasaba por darle coba al monarca..., aunque solo los simples creen en soluciones simples. Witiza solo era soberano de su propia vanidad, un pelele malcriado en manos de un hermano intrigante, algo en lo que, tal vez, Fruela también se había convertido.

Recordó su conversación con Alfonso. El rey estaba enfermo, tarde o temprano el trono se hallaría de nuevo en disputa y eso les imponía la necesidad de forjar alianzas.

Teodolf le aguardaba en la puerta de la ciudadela, acompañado de Baldomero.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó al muchacho de origen sirio.

—He leído el libro griego, tal y como me ordenó.

Fruela apenas recordaba el encargo.

—¿Encontraste algo útil?

—Creo que sí.

## XIII

Cubiertos por una suave pelusa, los capullos poseían el tamaño de la falange de un dedo. Las hilanderas los sumergían en recipientes de bronce para cocerlos a fuego lento, tras lo cual se procedía al devanado de la seda. Los filamentos se trenzaban hasta crear una finísima hebra y luego la devanadera giraba una y otra vez para obtener las madejas de seda cruda. Oliba se dirigió hacia el fondo del taller, donde una pareja de hilanderas teñía las bobinas en grandes calderos, y examinó las tinajas del tinte púrpura. Hacían falta más de doscientos mil moluscos para obtener una sola onza de aquel pigmento, que valía su peso en plata. Mezclado con el mordiente en su justa medida, el teñido resultaba perfecto.

Abrió las tablillas de cera para hacer un nuevo recuento de las madejas, mientras las tejedoras se afanaban en los telares. Las lanzaderas pasaban entre los hilos de la urdimbre hasta obtener opulentos tejidos de deslumbrantes colores, algunos entrelazados con hilo de oro, otros con brocados de elaborados diseños. La destreza de un puñado de mujeres convertía las fibras de un gusano y el humor de un caracol marino en un producto de lujo exclusivo de la realeza.

La costurera trajo la prenda que Oliba le había encargado y admiró el resultado complacida. Sin duda era digno de una reina. Salió a la calle acompañada del aya, la brisa del Estrecho le acarició el rostro y el vestido esmeralda de la joven flameó adhiriéndose al cuerpo. El sol caía a plomo y arrancaba al océano miles de destellos; los ojos de Oliba se fijaron en el mar.

Septem. Ciudad entre dos bahías, puerto entre dos mares, baluarte entre dos continentes. La atalaya desde la que Spania se asomaba a África. La puerta de Europa. Una escarpada península a los pies del monte Abyla, desde la cual se podía contemplar el gigantesco peñón que constituía la otra columna de Hércules. Aquella soberbia fortaleza con basílica que defendía el istmo y la península estaba rodeada por una formidable muralla romana a la que vándalos, godos y romanos de oriente habían reforzado para defender el palacio, las factorías y los almacenes. En la dársena sur, cientos de campesinos aguardaban en el muelle para tomar alguna de las naves mercantes que los llevarían hasta el otro lado del estrecho.

Oliba tuvo que abrirse paso entre el gentío, en su mayoría mujeres y niños de miradas vacías.

—¿Se sabe algo? —le preguntó al aya.

—Los rumores circulan por todas partes y nadie sabe nada a ciencia cierta.

Primero la tierra fue castigada por una terrible sequía. La campiña de Septem se convirtió en un páramo cuarteado por el sol y los huertos adquirieron un tono amarillento. Las lluvias de marzo

fueron recibidas con júbilo, pero, en cuanto cesaron, llegaron los sarracenos. La guerra asoló las montañas de Septem, las aldeas fueron incendiadas y los lugareños abandonaron sus granjas para buscar refugio en la ciudadela. Durante nueve días, Mūsà ibn Nusayr puso a prueba las murallas, los fosos se convirtieron en sepultura para cientos de hombres, y sin embargo la ciudad resistió.

Aunque los árabes regresaron a Qayrawān, los moros de Tāriq merodeaban por la campiña a su antojo. Todos esperaban la ayuda del rey. «Witiza no nos abandonará», decían, al tiempo que se preguntaban qué hacía Rodrigo en su palacio de Corduba. La inquietud aumentaba día tras día, y los refugiados llegaban día y noche como si el fin del mundo fuera inminente.

Oliba cruzó la puerta del antiguo palacio del gobernador. En el vestíbulo, una mujer de mediana edad salió a su encuentro y abrió el paquete que la joven sostenía en las manos para admirar el vestido.

—Es maravilloso —le dijo su madre.

Había transcurrido un año desde que Oliba se hizo cargo de los talleres que sostenían el negocio familiar. Compraban capullos de seda en Constantinopla y vendían sus manufacturas en la corte toledana, un lucrativo comercio que los había convertido en uno de los linajes más prósperos del mediodía hispano, al que se sumaban los bienes suntuarios de origen griego y el marfil de más allá del desierto.

Al menos hasta la conquista de Mūsà.

—Tu padre nos ha enviado una carta —aseguró Deodata—. Nos pide que nos reunamos con él en Spali.

—¿Ha conseguido la ayuda del rey?

—No lo dice, y es extraño —respondió la madre—. El correo tampoco revela el motivo de nuestro viaje. Aun así..., es una oportunidad de entregar el regalo en persona. —Acarició el vestido que tenía en las manos.

—Rodrigo prometió ayudarnos —señaló Oliba.

—No necesitamos promesas, sino garantías. El ejército regio no puede estar en dos lugares a la vez.

—El rey sabe del peligro que suponen los sarracenos —insistió la muchacha.

—Para la mayoría de godos, los árabes son un enemigo desconocido —razonó Deodata—. Nosotros aprendimos una dura lección en Turbice.

Recordó aquella miserable aldea sobre una colina en la desembocadura del Turbulenta, catorce millas al oeste. Controlaba el camino costero entre Tingi y Septem, el único modo de sortear las montañas. Su padre quiso emplear la movilidad de su flota para llevar la guerra lejos de la ciudad y asestar a Tāriq un golpe de mano. Oliba rememoró los relinchos de las monturas cuando el conde juliano regresó de la expedición.

Una hueste exhausta atravesó las puertas, los vítores resonaron en el patio y a toda prisa Oliba bajó la escalera para abrazar a su padre. Enseguida percibió la tensión de su cuerpo, aun bajo la armadura. Urbano le sonrió y después miró hacia atrás. Solo entonces, la muchacha se percató de que regresaba la mitad de los hombres que había llevado consigo.

«Hemos vencido», murmuró Urbano, y percibió la turbación de su hija. La fatigada sonrisa paterna le había dejado claro que, tras un par de victorias como aquella, habrían perdido la ciudad.

Muy pocos tuvieron el ánimo de considerarlo una victoria, pero aquella noche lo celebraron.

—¿Matasteis a muchos moros? —preguntó una doncella en la sala de banquetes. Las criadas charlaban con los bucelarios que, achispados, trataban de impresionarlas con sus relatos. Sobre la mesa corría abundante el vino aunque el festín consistiera en gachas de trigo y pescado en salazón.

—Así es —respondió el conde juliano.

—¿Y son tan terribles como cuentan?

Urbano negó con la cabeza antes de contestar.

—Solo son hombres, a pesar de su feroz aspecto.

Los comensales habían enmudecido para escucharle y una de las damas se dejó llevar por el pánico:

—¿Es cierto que se alimentan de carroña?

—Así es —contestó Deodata—. No es de extrañar que tengan tan mal aliento.

Las risas ahuyentaron los temores y pronto todos bebían de nuevo. A Oliba la asaltaba una malsana curiosidad. En ese momento prefirió callar y, concluida la cena, trató de conversar con su padre. Reinaba la calma en los pasillos cuando se aproximó a su alcoba; unas voces resonaron en el interior y se detuvo al escuchar la palabra «moros». Se acercó en silencio para apoyar el oído en la puerta.

—Nunca he visto nada igual —decía el conde juliano—, y espero no volver a hacerlo.

—¿La guarnición de Turbice? —preguntó Deodata.

—Solo era un cebo. Tāriq quiso mostrarse vulnerable para que le atacásemos. Había tropas ocultas. Éramos casi quinientos y aun así...

La voz se consumió como la llama de una vela.

—No tienes por qué hablar de ello —dijo Deodata.

—No —respondió él con voz firme—. Debo contarlo. Cargaron contra nosotros, sus jinetes segaron nuestra formación. La sangre salpicaba las rocas. Vencimos, pero doscientos hombres murieron a cambio de una mísera aldea.

—No es la primera vez que nos enfrentamos a los moros.

—Cada día que pasa, Tāriq cuenta con más hombres —respondió Urbano—. La mayoría son

Barānis, los pueblos sedentarios que, durante siglos, vivieron a la sombra del poder imperial, como los Awraba o los Kutama. Pero cada vez cuenta con más Butr, esos nómadas que deambulan por las montañas y los márgenes del desierto: Hawwara, Madyuna, Lawata, Zanata, Gumara...

En los días antiguos las ciudades romanas de África habían florecido gracias a la exportación de trigo y aceite. Luego sobrevino el colapso del imperio y, con los sistemas de irrigación arruinados, las urbes quedaron abandonadas y la población se volvió nómada, o se refugió en granjas y aldeas fortificadas. A medida que el comercio mediterráneo se extinguía, el poder de los nómadas se incrementaba.

Los moros surgían de aquella tierra inhóspita. Saqueaban, incendiaban y se llevaban a las muchachas, pues los *mujāhidūn* siempre necesitaban esposas. Algunos nacían ricos, otros detentaban oficios, la mayoría eran sinceros en su deseo de luchar por la fe y ampliar el *Dār al-Islām*. Pero aquel universo estéril imponía sus leyes.

Cada año, la sociedad mauritana engendraba más hijos de los que podía alimentar. También era polígama, casi la mitad de las mujeres compartían marido. Los viejos acomodados disponían de varias hembras, los jóvenes sin recursos carecían de esposa. La miseria y el celibato forzado fomentaban el raptó de mujeres. Cuando los varones sin recursos suponían más de un tercio de la población adulta, surgía un insaciable apetito por la guerra.

—Ya los hemos derrotado otras veces —insistió Deodata.

—El ejército de Tāriq ha adoptado las tácticas árabes —aseguró Urbano—. Los moros ya no son los salvajes de antaño..., salvo por sus ansias de pillaje. Creen que en Spania las iglesias están revestidas de oro y las muchachas son hermosas como lirios.

El conde Juliano dejó escapar un trémulo suspiro. Oliba pudo percibir su ansiedad, una clase de temor que jamás había visto en él.

—Existe una razón por la que te explico esto —dijo, recuperando la serenidad—. El rey me ha hecho llamar, debo reunirme con él en Spali.

—¿Nos enviará al ejército regio?

—De momento, nos manda trescientos hombres, dinero y vituallas —respondió Urbano—. Opa prefiere aguardar. Teme que, si envía las *scholae* al extremo sur del reino, Odón atacará el norte en primavera.

—¿Y qué hay de la flota imperial?

—Mūsà ha construido una escuadra en Thuni para asolar Sicilia y Cerdeña. Sin duda al-Walīd pretende asediar de nuevo Constantinopla. No creo que Justiniano pueda prestarnos su ayuda, aunque quiera. Debemos asumir que el mercadeo ha muerto y con él nuestra prosperidad.

La navegación entre Spania y Siria se había vuelto imposible. La conquista de Cartago por los árabes había supuesto el fin del comercio africano. El mar que durante dos mil años había

constituido un nexo de unión entre pueblos ahora servía de frontera entre el Islam y la Cristiandad. Los barcos que antes traían mercancías de oriente ahora asolaban las costas de Europa. El papiro tuvo que dar paso al pergamino; la pimienta, el clavo y la canela desaparecieron. El incienso se volvió un lujo exclusivo de la realeza y el oro escaseaba cada vez más.

—Debes ir a Corduba y pedirle ayuda a Rodrigo. —La voz de Deodata comenzaba a perder firmeza.

—¿Para darle la oportunidad de despreciarme? —La voz de Urbano rezumaba rencor—. Le conozco bien, la nuestra es una vieja enemistad.

—Antes luchabas por Constantinopla, ahora defendéis el mismo reino. Si le solicitas ayuda no podrá negarse.

—Lo haría, con tal de humillarme en público. Y aunque aceptara..., si dejase entrar a sus hombres, se adueñaría de Septem bajo cualquier excusa. No —interrumpió la protesta de su esposa—. No hablaremos más de esto.

Cuando Oliba dejó atrás los aposentos del conde, su corazón resonaba con fuerza. Rememoró las palabras de Urbano: «son bárbaros..., ávidos de sangre y pillaje». Estaba segura de que su padre los protegería, pues era la persona más fuerte y decidida que jamás había conocido. Aun así, cuando se acostó en el lecho, sus temores regresaron y los sueños de aquella noche estuvieron llenos de hombres salvajes.

## XIV

Una bandada de aves remontó el vuelo ante el trotar de los caballos. Miles de alas rojizas refulgieron sobre el amanecer como una nube de fuego, recordándoles por qué los antiguos las confundieron con el legendario ave fénix. El firmamento se mostraba atestado de ánades, las cigüeñas anidaban en los pinos, las garzas hurgaban entre las aguas y los cormoranes se ocultaban en los juncales de aquella marisma.

En la desembocadura del Betis antaño había existido una enorme laguna en la que floreció el mítico Tarteso. Después el lago Ligustino se convirtió en un puerto romano, hasta que, con el mudar de los siglos, los sedimentos lo desecaron y surgieron dos fértiles islas en todo propicias para la cría caballar. Fruela echaba en falta bosques y peñas, un cielo gris bajo el que cobijarse. Aquel inmenso espacio abierto le oprimía.

La comitiva tomó una barcaza para acceder a la menor de las islas fluviales, donde se hallaba la hacienda de su prometida.

—Puedes considerarte afortunado —le dijo Teodolf—. Imelda, tu futura esposa, es muy rica.

—¿Cuántas vacas tiene? —preguntó Munio.

—Muchas —replicó el veterano—. Pero aquí la riqueza no solo se mide en cabezas de ganado. Fruela debe causarle una buena impresión...

—¿Cuál es el truco para seducir a una matrona? —preguntó el aludido.

—La primera lección es que no existen los trucos. ¿Crees que una hembra de cuarenta años, que ha recibido halagos desde antes de que nacieras, capitulará ante una zalamería? Muy al contrario, muchacho. Eso requiere más que trucos baratos. ¿Qué tenías en mente?

—Decirle que no me importa su edad.

—Tanto si se fija en ti como si no le interesas, te lo hará saber. Lo único que debes hacer es no parecer un idiota. Y la forma más fácil de lograrlo es decirle que «no te importa su edad». Pregúntate qué te atrae de ella, si acaso su elegancia o su carácter. Ella intuye que posee esas virtudes, solo quiere que lo digas. Puedes empezar por algo así: «ojalá pudieras verte a través de mis ojos». Entonces cuéntale lo que ves y cómo te hace sentir. Y si no puedes encontrar ninguna virtud aparte de su dinero, entonces invéntate alguna. Es mejor parecer deshonesto que parecer un cretino.

Se detuvieron sobre un altozano para admirar la dehesa. A menos de cien pasos, una enorme

manada de caballos galopaba en los pastizales. Los potros habían nacido a mediados de marzo y trotaban junto a las yeguas.

—Antes de marcharse, Opas dijo que eligiera los mejores —comentó Fruela.

—El obispo de Spali, siempre alejado de su diócesis —dijo Munio—. ¿Dónde estará ahora?

—Conspirando. ¿Dónde si no? —señaló Teodolf, y luego añadió—: Han de ser monturas corpulentas, de al menos quince manos de alzada. Sufridas y violentas, que no se asusten con facilidad.

Los mejores caballos de guerra habían sido los de Bactria, que griegos y romanos trajeron de Asia para que medraran mediante la cría. A las yeguas solo las debían cubrir sementales bien escogidos. Dejando el asunto a los caprichos de la naturaleza, en tres generaciones la raza perdía aquellas virtudes adquiridas por la cría selectiva. Con la caída del imperio los picaderos se abandonaron y las yeguas se mezclaron con jamelgos de granja. El número de caballos de guerra se redujo y, a pesar de los muchos esfuerzos, resultaba difícil hallar buenas monturas.

—Dicen que el duque de la Tarraconense está comprando sementales —añadió Teodolf—. ¿Sabes qué significa?

—Ágila se prepara para la guerra —respondió Fruela.

—Si se rebela contra el rey —dijo Argebald—, la cabeza de su sobrino Sisenando rodará por el suelo.

—Y entonces se romperá como un cántaro vacío —aseguró Teodolf—. Seguro que Ágila lamentará semejante pérdida.

A un lado del camino, media docena de pecheros conducía una piara de cerdos hasta un encinar. Gentes de rostro taciturno y mirada vacía, con más surcos en la espalda que un campo listo para la siembra. Aquellas expresiones mostraban angustia, desesperanza, miedo y un resentimiento mudo, fatalista, causado por siglos de servidumbre que los habían convertido en una raza sometida. Fruela recordó los esclavos prófugos a los que tuvo que juzgar.

—El mundo que vas a conocer no tiene por qué gustarte —le advirtió Teodolf—. Límitate a aceptar las cosas como son.

La senda los condujo hasta un imponente caserón rodeado de huertos. Descabalaron ante el pórtico abovedado que conducía al patio. Desde una puerta lateral, una matrona les salió al paso seguida de un sacerdote y una pareja de niños. Pálida y de cabello castaño, exhibía unos ojos grises que le miraban con afecto a pesar de que el mentón se alzara con arrogancia. El maquillaje resaltaba unos rasgos correctos apenas marchitos y, bajo el vestido de paño oscuro, un cuerpo sinuoso se desenvolvía con desparpajo.

—Supongo que sois Fruela, mi prometido —dijo la mujer—. ¿No es así?

La condesa extendió la mano y él se inclinó para besar unos dedos enjorjados con zafiros y

amatistas. Percibió un aroma agradable, sin duda uno de esos perfumes griegos traídos del otro lado del mar que tanto agradaban a las damas de la Corte.

—Estos son mis hijos, Arnaldo y Valeria —dijo, y luego señaló al sacerdote—. Él es el padre Hermenegildo, el procurador de la hacienda y mi confesor.

La chica, de apenas once años, poseía unos enormes ojos que contemplaban el mundo con la desesperación de un perro abandonado. Sonrió a Fruela al tiempo que se colocaba un mechón tras la oreja.

—Tu futuro padrastro es muy apuesto, ¿verdad, hija? —La niña enrojeció ante tales palabras y Fruela saludó al hermano, de apenas seis años. El cura, enjuto y de rostro severo, no dejaba de escrutarle.

—Estaréis hambrientos —añadió Imelda—. Acompañadme, haré que os preparen algo.

—No os molestéis —dijo Fruela—. Hemos comido en el camino.

—Y a saber qué —respondió ella—. Venid, estáis en los huesos.

Entraron en el comedor, una enorme estancia con crucifijo dorado presidiendo la mesa. La comitiva se lavó con agua perfumada y, al tomar asiento, Fruela juntó las palmas para murmurar una oración. Su anfitriona le dirigió una mirada aprobadora. El joven tomó una pata de faisán y comenzó a devorarla.

—Hablemos de nuestros esponsales —propuso la condesa—. La hacienda tiene quinientas yugadas, seis manantiales, doscientas vacas, una veintena de bueyes, trescientos caballos de raza y doscientos labriegos.

Durante el trayecto Fruela había estimado que en aquellas tierras habría al menos doscientos sementales y trescientas yeguas.

—¿Cuál será vuestra dote? —inquirió la condesa.

—Dos mil sueldos —respondió sin pestañear.

—Tienes un alto concepto de ti mismo, jovenzuelo —dijo Imelda—. Es muy poco dinero y, según me han informado, tienes planes para mis caballos. Son la herencia de mis hijos y pasarán a ellos cuando yo no esté.

—Aún soy joven y mi familia disfruta de la confianza del rey —declaró Fruela—. Las monturas se os pagarán bien y servirán a la Corona.

El religioso murmuró algo al oído de la mujer y ella esbozó un asentimiento:

—Cien caballos a quince sueldos cada uno.

—Ciento ochenta a diez sueldos —dijo Fruela—. ¿Y qué hay de los deberes conyugales?

—Compartiremos lecho una vez por semana.

—Que sean dos veces por semana y doscientos caballos a diez sueldos.

—No. —Imelda se mostró inflexible—. Si debemos cohabitar dos veces por semana serán ciento cincuenta caballos a quince sueldos cada uno.

Fruela examinó el aspecto de su futura esposa. No fue difícil imaginar dónde y en qué circunstancias la situaba aquel escrutinio.

—Está bien —asintió—. Dos coitos semanales y ciento cincuenta caballos a quince sueldos.

—Me halagas, muchacho —replicó Imelda con una fría sonrisa—. Que sean, pues, dos veces por semana y ciento cincuenta caballos. Será un placer convertirme en tu esposa.

—Padre —dijo Fruela—, ¿puede presidir los esponsales?

El sacerdote, desconcertado, dirigió una mirada a su señora.

—Pareces ansioso por montar mis caballos, o montarme a mí —replicó la condesa—. ¿Por qué no? Adelante.

Tras limpiarse la grasa de las manos, Fruela le hizo entrega de un anillo áureo con una gema. Si bien no destacaba entre las joyas de la condesa, tampoco deslucía. Teodolf, Argebald y Munio ejercieron de testigos. Al firmar los documentos, Imelda se mostró satisfecha de que su prometido poseyera una aceptable caligrafía.

—¿Dónde viven los siervos? —dijo Fruela.

—En una vaguada, junto al arroyo —respondió el cura—. Lejos de la casa, para que su visión no ofenda.

—Me gustaría verlos.

Los bucelarios los escoltaron hasta la aglomeración de barracas, el hogar de una treintena de familias, descendientes de los primeros siervos que, cuatro siglos antes, abandonaron las ciudades para buscar trabajo en el campo, o de granjeros que aceptaron la servidumbre a cambio de la protección de un patrono. No se hallaban bajo el control directo del señor y disfrutaban de un puñado de bienes, mas podían ser vendidos, canjeados o donados a voluntad del amo. Un minúsculo cementerio daba testimonio de los estragos producidos por la peste. Una multitud de tumbas recientes, con toscas crucetas de madera, mostraban las consecuencias de malvivir junto a una marisma insalubre. Al verlos llegar, los siervos se agolparon en torno a su dueña.

—¡Que Dios bendiga a la condesa! —Los pecheros se disputaron el privilegio de besarle el extremo inferior del manto.

—Hijos míos... —les dijo el sacerdote—. Vuestra señora desea anunciaros su futuro enlace con este joven. Pronto se convertirá en vuestro amo y ella en su fiel esposa. Ambos gobernarán con rectitud y justicia las tierras que Dios otorgó a su linaje. Quiero que le mostréis la dicha que sentís porque os sirvan de guía en vuestras vidas.

Los siervos formaron una fila para postrarse ante ellos, musitando palabras de gratitud a las que Imelda respondía con un asentimiento.

—Hoy estaréis exentos de trabajo —anunció la condesa cuando el último feudatario se humilló ante ella.

Un murmullo de admiración resonó cuando los criados trajeron un pellejo de vino y varias

fuentes de tortas con miel. Fruela y sus hombres acompañaron a la condesa de regreso a la casa.

—Son como niños —decía el cura sonriendo—. Para ellos no existe más mundo que esta hacienda, el lugar que Dios les ha asignado.

—Tuve que ganarme su respeto —aseguró Imelda—. Me vi forzada a tomar decisiones difíciles, pero siempre he sido justa con ellos. Para tal empeño he contado con el consejo del padre Hermenegildo.

—Solo soy vuestro humilde servidor —señaló mientras cruzaban el arco de entrada.

—Os alojaréis en la residencia de invitados —les dijo la condesa—. Espero que entendáis lo indecoroso que resultaría que pasarais la noche en la casa, mientras aún guardo luto por mi esposo.

—Lo comprendo —respondió Fruela—. Gracias por vuestra hospitalidad.

—Espero que los caballos os sean de provecho.

El cura los condujo hasta el ala oriental de la hacienda y, después de entregar las monturas al mozo de cuadra, Fruela se adentró por el corredor en penumbra. Apenas se hubo acostumbrado a la oscuridad cuando apareció una criada, con un cuerpo de formas rotundas bajo una túnica parda.

—¿Quién sois? —preguntó la chica.

—Tu futuro señor.

—Mil perdones —dijo azorada—. Dejad que nos encargemos del equipaje... ¡Chicas!

Aparecieron otras dos muchachas, que se exhibieron ante él de forma descarada.

—Subid las alforjas —les ordenó el sacerdote—, y tú ve a prepararme un baño.

La más joven asintió y al cabo regresó por donde había venido. El cura se dirigió a Munio:

—Lleva el arcón de tu señor a los aposentos.

—¿Qué pasa, él no tiene manos? —respondió el muchacho, airado.

—Creía que estabais a su servicio.

—¿Y eso qué tiene que ver? —refunfuñó el cántabro mientras se dirigían a las antiguas termas. El *caldarium* se había convertido en capilla y las saunas en establos; sobre el inútil hipocausto hallaron varias tinajas de duelas cubiertas por toldillos de lienzo. Cuando Fruela se sentó para descalzarse, el sacerdote se detuvo ante él.

—¿Hay algo que enturbie vuestro ánimo? —le preguntó el cura con una sonrisa afable—. ¿Acaso necesitáis un confesor?

Un asentimiento del joven le animó a acomodarse en el banco.

—Soy un asesino despiadado, padre —declaró Fruela, con la vista fija en el suelo—. Un salvaje, adiestrado para la guerra desde la más tierna infancia. He perdido la cuenta de los hombres a los que he matado. En una ocasión, torturé a un vascón durante toda una noche hasta que confesó dónde había enterrado el oro. No conozco la compasión.

—¿Te arrepientes de tus pecados?

—No. Eso es algo entre Dios y yo —dijo, y le clavó su mirada—. Pero ahora soy el señor de esta hacienda, así que no intentes robarme. Deja de alterar las cuentas. Deja de acostarte con las criadas. Si informas a Opas sobre mis asuntos, me enteraré. Si tratas de malmeter a mi esposa en mi contra, lo sabré. Y, si lo haces, te arrancaré el corazón con un cuchillo mellado.

El cura abandonó las termas, con el rostro del mismo color que los muros encalados.

Las lluvias de la primavera habían engendrado flores de tomillo y romero en los márgenes del estanque. Dentro de las murallas de Spali, un ramal desecado del Betis creaba una sucesión de estanques y el sol deslumbraba sobre la cal de las fachadas. Damas envueltas en seda paseaban junto a nobles abrigados con clámides. En las improvisadas charlas de los jardines del palacio, las mujeres exhibían el cuerpo y los hombres la palabra. La aceptación de cualquier norma resulta más fácil cuanto más nos beneficia, y Oliba había disfrutado de demasiados privilegios como para cuestionarla. Trató de no sonreír ante una emperifollada aristócrata de mediada edad.

—En la Corte hay más dinero que buen gusto —dijo a su madre.

El cabello cobrizo recogido y la dalmática esmeralda le otorgaban ese aire de fría madurez que deseaba. No recurría al físico para alimentar su ego, sino que lo empleaba con extremado pragmatismo, y la suya era una elegancia estudiada para no desentonar en ningún momento ni lugar. Atraía las miradas gracias a una belleza en apariencia ingenua: la justa para no resultar ofensiva a ninguna mujer ni despertar la indiferencia de ningún hombre.

—Esperaba encontrar a mi padre —añadió al recordar.

—Si Witiza le ha enviado a una misión, debemos aceptarlo. —Deodata dedicaba a los transeúntes sonrisas de cortesía, a pesar de que la inquietud dominaba sus actos.

Una veintena de jinetes irrumpió por la senda que transcurría entre las lagunas. Todos admiraron los jabalíes y venados que habían abatido durante la cacería organizada por el rey.

—¿Quién es? —preguntó Oliba en voz baja.

—Lleva una *biclavii* de color turquesa —murmuró su madre—. No le mires con descaro.

La muchacha entornó el rostro mientras fingía colocarse el velo y entonces vio llegar a la reina. Brunilda era sobrina de Pipino de Heristal, el hombre más poderoso al norte de los Pirineos, el mayordomo de palacio que gobernaba a los francos mediante un rey títere. Su matrimonio con Witiza había supuesto una frágil alianza entre los dos reinos, lo cual consagraba la vida de aquella mujer a la diplomacia.

Madre e hija se apresuraron a inclinarse.

—Antes de nada —les dijo Brunilda sonriendo—, me gustaría echar un vistazo a lo que me habéis traído.

La esposa de Urbano hizo un gesto al criado que las acompañaba y este abrió un arca para

mostrar el contenido. La consorte regia admiró la dalmática, boquiabierta, y Oliba sonrió satisfecha.

El vestido es un modo de mostrar nuestra personalidad, cada prenda revela una faceta oculta de su dueño, y ese era un lenguaje que la joven había aprendido a descifrar. Una obsesión por la seda sugiere la necesidad de reafirmar la autoridad mediante símbolos de rango, un perfume persistente en exceso puede responder al deseo de hacerse notar y un excesivo interés por las modas locales, un anhelo de ser aceptada. Brunilda, una princesa franca, deseaba ser reconocida como la reina de los hispanos. El mensaje de aquella indumentaria era claro, y Oliba había creado para ella un vestido en el que aquellos torpes balbuceos se convertían en una verdad indiscutible gracias a un elaborado discurso de seda.

La reina ordenó a las doncellas que les entregaran un pequeño cofre, mas Deodata alzó la mano para interrumpirla.

—Es solo un regalo —dijo sonriendo.

Una astuta mirada se formó en los ojos de Brunilda antes de preguntar:

—¿Alguna novedad en Septem?

Oliba se mostró súbitamente interesada en una mata de rosales y comenzó a pasear junto a los márgenes del estanque. Ignoró la sonrisa de un pisaverde y, acompañada del aya, caminó hacia el pórtico. Un zagal de seis años jugaba con un barco de corcho en la orilla.

—Eres muy guapa —le dijo el niño.

—Y vos todo un caballero. —Oliba le hizo una reverencia y, al alzar la vista, su mirada se topó con la del rey. Aún vestido con ropas de caza, Witiza había descabalgado para saludar a su hijo.

—¿Quién es esta doncella? —le preguntó al niño.

Durante un instante Oliba percibió cómo la atención del rey recorría las formas de su cuerpo. De haber sido otro, le habría dedicado un gélido ademán. Sin embargo, la envanecía despertar el interés del hombre más poderoso de Spania.

—Me llamo Oliba —respondió—. Soy hija de Urbano, el conde juliano.

—Tienes muy buen aspecto. Veo que has superado tus problemas de salud. —Aquellas palabras parecían empapadas de una ironía que la chica no supo interpretar—. Tal vez desees unirme a nosotros.

Aunque deseaba hablar con él en privado, en ese momento ambos estaban negociando tácitamente los términos. Dirigió una discreta mirada hacia su madre, que aún se hallaba en compañía de la reina.

—Creo que sería inapropiado —respondió.

—Lo entiendo —asintió el monarca, y se dispuso a darle la espalda—. Disculpa si te he importunado.

—No, espera —dijo Oliba, y de inmediato se arrepintió de su respuesta—. Tengo algo

importante que decirte.

La joven percibía las miradas que todos les dirigían, conocía la reputación del rey y no deseaba convertirse en un trofeo más a ojos de la Corte. Aunque no le importaban tanto los rumores como lo que el propio Witiza pudiera inferir de su actitud. El aya sostenía el parasol a su lado y los observaba en silencio.

—Enseguida estará contigo —le dijo Witiza, y sin darle tiempo para reaccionar tomó a la chica del brazo. Oliba comprendió el significado de aquel gesto hecho en público y no opuso resistencia. Desconfiaba de sus intenciones, mas no quiso desaprovechar semejante oportunidad de hablar con el rey sobre asuntos de estado.

—¿Cómo va todo en Septem? —preguntó el rey—. Tu padre se muestra muy parco en los informes.

Por un momento, Oliba se mostró desconcertada. Había esperado otra clase de preguntas y aquel interés desmentía las intenciones que le había achacado.

—Él... es muy terco —respondió—. En ocasiones el orgullo hace que se resista a admitir la gravedad de sus problemas.

—Los árabes han arruinado el comercio con oriente —asintió Witiza, pensativo—. Y ahora están ante las murallas de Septem... Imagino que el negocio familiar no vaya tan bien como antaño.

—Rodrigo se muestra reacio a ayudarnos —declaró la muchacha, y el rostro de Witiza se ensombreció.

—Acepté la oferta de Justiniano para que la flota romana os socorriera, y ahora temo que no cumpla con lo prometido.

El sofoco de la tarde había dado paso a un fresco atardecer. Tal vez por ello, o por el hecho de sentirse escuchada, Oliba dejó de lado la máscara de corrección que había mantenido hasta entonces.

—¿Por qué deseas hablar conmigo?

—Necesito que alguien perspicaz se convierta en mis oídos —respondió Witiza—. Tú puedes llegar a lugares que me están vedados.

—Solo soy una muchacha que ayuda a sus padres con el negocio de la seda.

—Por favor, no te subestimes —respondió el rey—. Sé que os reunís con las damas de la Corte y necesito tu ayuda en un asunto de vital importancia.

Ante la oportunidad de ganarse la gratitud del rey, Oliba se dejó llevar por la euforia. Trató de que su rostro no revelara tales emociones. La sonrisa confiada de Witiza evidenciaba que no lo había logrado.

—Lo haré encantada.

Una vez le explicó qué esperaba de ella, Oliba se vio arrastrada por una senda ignota. En ese momento Deodata llegó en compañía de la reina.

—Veo que has conocido a mi hija —le dijo al rey, y se produjo un momentáneo silencio. Esta vez Brunilda prestó atención a la joven.

—Eres muy hermosa —dijo de un modo mordazmente sincero.

—Gracias —respondió, tratando de mostrar timidez. La sonrisa forzada de Brunilda acentuaba las arrugas del rostro.

—¿Qué edad tienes, Oliba?

—Pronto cumpliré dieciséis..., espero casarme pronto, antes de hacerme vieja —bromeó con modestia.

—Muy bella —repitió Brunilda admirando su aspecto—. No te preocupes por la edad y sigue así de bien.

—Si nos disculpáis, debemos irnos. —Deodata tomó a la joven del brazo y ella caminó a su lado sin saber qué decir. Necesitaba poner sus ideas en orden.

Retomaron el paseo en silencio mientras los ojos de la madre sondeaban su hermoso rostro, tratando de adivinar qué secretos le ocultaba. Oliba aún rememoraba la expresión del rey, esa clase de miradas que tantas veces había percibido desde que su cuerpo comenzó a formarse. Aunque esta vez le producía una emoción distinta. Una disonancia rechinaba en su mente, creada por dos emociones contrapuestas. El pudor la hacía sentirse como una taimada oportunista, una emoción acallada por la euforia y una insólita serenidad que había sepultado cualquier sentimiento de culpa. Lo achacó a su propia fortaleza, estaba convencida de que podría controlar la situación.

Desde lo alto de una loma, Fruela, Bulgar y Teodolf contemplaban la formación de jinetes que creaba una nube de polvo en la llanura. Las nuevas monturas se mostraban formidables, la séptima *schola* cabalgaba formando un cuadro perfecto. Adiestrar a un caballo de guerra no era nada fácil. El animal, que por instinto se espanta ante el olor de la sangre y el estruendo de la lucha, evitará a toda costa el choque.

De regreso a Spali se toparon con un centenar de siervos que avanzaba en línea entre los matorrales, otra de tantas cacerías en aquel paisaje de encinas y acebuches en el que abundaban los venados, jabalíes y corzos. Los plebeyos proferían voces para conducir a las bestias hacia donde estaba apostado el monarca.

—Hace dos años, Witiza cazó un venado de veintiséis puntas —comentó Bulgar— cuya cornamenta adorna su salón de caza.

—El rey es todo un experto en cuernos —convino Fruela—. Pasa demasiado tiempo recluido en ese pabellón, dedicado a otras cacerías.

—Tal vez esté enfermo —señaló Teodolf.

—La ley castiga con la esclavitud y la confiscación de bienes a quienes consulten con adivinos

sobre la salud del monarca —les dijo Bulgar.

Estaban a mediados de marzo y el cauce del Betis se había desbordado, anegando las zonas bajas de ribera. Allá donde no llegaban las crecidas, surgían los bosques de álamos, olmos y fresnos, entre zarzas y madre selvas. Los alcores próximos al río se transformaban en fértiles vegas y, en uno de los cerros que descollaba en la llanada, se hallaba Spali. Entre la orilla oriental del Betis y el arroyo Taragete, los romanos fundaron una colonia llamada Hispalis sobre una ciudad de origen tartésico. El puerto comercial de Itálica, la cuna de los emperadores Trajano y Adriano. Los godos eligieron Spali como sede regia antes de trasladarla a Toletum. Durante la Cuaresma el rey residía en aquella espléndida urbe para disfrutar de los frutos de la pesca, circunstancia que había atraído a toda una legión de mercaderes, buscavidas y doncellas casaderas.

Baldomero, Munio y Argebald aguardaban junto a las murallas de la ciudad. Fruela frunció el ceño al contemplar aquellas colosales defensas, erigidas en los días antiguos, que amenazaban ruina por todas partes. Cuando Constantinopla se apoderó del sur de la Bética, Spali pasó a ser ciudad de frontera y Recaredo reconstruyó la cerca. Una vez que los imperiales fueron expulsados por Suintila, mantenerlas en buen estado se volvió prohibitivo.

—¿Sabes para qué sirven estos muros? —le preguntó Bulgar al advertir la expresión del joven conde.

—Para defender la ciudad de sus enemigos.

—No. Para recaudar impuestos. —El veterano señaló a los guardias que, apostados en la puerta, obligaban a los mercaderes a vaciar la bolsa.

Atravesaron la entrada y el decumano hervía de actividad en día de mercado. En las calles Fruela se topó con más gente de la que jamás había visto junta. Algunas barriadas estaban deshabitadas, los monumentos se habían convertido en canteras de mármol, el anfiteatro servía de encerradero de mulas y las avenidas estaban atestadas por los puestos de los comerciantes. Aun así, condes y obispos mantenían en uso las cloacas y los acueductos romanos. Una par de fortalezas, «los Dos Hermanos», dominaban la urbe y servían como residencia regia y palacio episcopal. Bajo los edificios, enjalbegados de un blanco luminoso, con las balconadas cubiertas de parras y flores fragantes, opulentos hacendados y elegantes damas exhibían su prosperidad y belleza en las calles de Spali, una de las joyas de Spania.

Los espatarios cabalgaron ante los restos de una construcción calcinada.

—Otra sinagoga —murmuró Argebald.

—Lugar donde se reunían los traidores al reino —dijo Bulgar—. ¿Acaso los judíos no conspiraron con sus correligionarios de África?

—Hay quien piensa que tales medidas fueron desafortunadas —comentó Teodolf—. Y en todo caso inútiles, más allá de algunas ciudades. Solo lograron enriquecer a algunos condes y duques gracias a los sobornos a cambio de ignorar la ley.

—Los judíos consideran nuestra fe una herejía sacrílega —declaró Baldomero—. Afirman que Jesús fue el hijo de un soldado romano llamado Pandera que sedujo a María durante su período de impureza. Fruto de aquel encuentro carnal fue Jesús, el hijo bastardo de una adúltera que menstruaba.

Teodolf y Bulgar se santiguaron.

—Los hebreos dicen que Jesús estudió la tradición judaica —prosiguió el joven sirio—. Un día se presentó con la cabeza descubierta ante los rabís y la madre tuvo que admitir que el crío era ilegítimo. También sostienen que, años después, Jesús visitó el Templo de Jerusalén y aprendió las letras del nombre de Dios. Usando esta brujería sanó a un cojo, otorgó vida a unos pájaros de barro e hizo flotar una rueda de molino, por lo que algunos le proclamaron Mesías. Pero Judas Iscariote logró desenmascarar a Jesús, que fue apresado y colgado de un algarrobo. Sepultaron el cuerpo y luego se halló la tumba vacía, lo que hizo que algunos creyeran que había resucitado. Mas el cadáver estaba escondido en un huerto y fue arrastrado por el camino a Jerusalén atado a la cola de un asno.

—Me parecen muy buenas razones —sentenció Munio.

Ante la mirada suspicaz del otro espatario, Fruela se apresuró a intervenir:

—Quiere decir que son buenas razones para que los judíos fueran castigados. ¿No es así, primo?

El cántabro asintió a regañadientes mientras el resto escrutaba las calles, preguntándose dónde se ocultaba aquella raza deicida. Descabalgaron ante la residencia regia y Fruela condujo a Sniumeis de la brida. En los jardines de palacio los monteros de la cacería regia desenjaezaban las monturas y se giraban para admirar a una hembra cuyos ojos verdes fulminaron al primer gañán que se ofreció a acompañarla. Fruela la reconoció de inmediato. La muy perra se mostraba más bella que nunca. La seda flameaba a cada paso y, bajo ella, sus caderas se mecían como castigo para quienes la vieron pasar como un sueño inalcanzable. Se había recogido el cabello para realzar unas facciones perfectas y la mirada, dos ágatas sobre una alfombra de pecas, chispeó al verle. Caminó hacia él, lo cual —muy a su pesar— le colmó de orgullo. A pesar de todo fingió pasar de largo, y ella le sonrió burlona.

—¿Cómo? ¿No te interesa la caza? —Aquella frase poseía un doble sentido que él no quiso pasar por alto.

—Nunca, si la presa merece la pena.

—La merece, no lo dudes. —Su sonrisa era la de Eva antes de ser expulsada del Paraíso, una Eva que no fue creada de ninguna costilla, ni engañada por ninguna serpiente. Una Eva que jugaba con la tentación, consciente de que aquel era el único juego en el que las hembras tenían ventaja.

—Imagino que querrás darme las gracias. —Fue el único modo que Fruela halló para referirse a su último encuentro.

La sonrisa de Oliba ocultaba unos insondables pensamientos.

—Así es, y me honra que puedas dedicarme tu tiempo. —El sarcasmo de la joven resultaba encantador.

—La modestia no es algo que cuadre con tu aspecto.

El semblante de Oliba se mostró serio durante un instante. Fue el preludio de una risa cálida que irradiaba inocencia y un atisbo de arrogancia.

—¿Eres consciente de que cualquier otro en tu lugar me habría preguntado por el motivo de mi presencia en Spali?

—Miénteme. Puedo fingir interés.

—Al contrario, tu desinterés resulta agradable. —Y echó un vistazo a su alrededor—. ¿No tienes miedo a que nos vean?

—¿Tan peligrosa resultas?

—Mucho más de lo que imaginas —respondió Oliba—, pero me gustan los hombres osados.

—En ese caso, te han elegido un mal esposo. —Fruela se esforzó por mostrar indiferencia, que su mirada no quedase prendida en aquel óvalo perfecto. Pero aquel comentario dejaba claro que había estado indagando sobre ella.

—El héroe que nos salva del peligro... —respondió la muchacha—. Idealista, seguro de sí, ansioso por demostrar su valía. ¿Pero qué hay de quienes no cumplen con las exigencias que impone el heroísmo?

—En mi tierra, la vida de un hombre depende de que otro esté a su lado cuando más lo necesita. Sentir lástima hacia el cobarde es un lujo que no podemos permitirnos. —Y dicho esto, añadió—: ¿Si te doy la razón aumentarán mis posibilidades?

—Tal vez.

—¿En serio?

—No, odio a los aduladores. —La muchacha hundió los dedos en el pelaje de Sniumeis, algo que la bestia agradeció con un relincho—. Aunque puedes pasear conmigo, si lo deseas.

Fruela había subestimado aquel juego y sucumbido ante una depredadora con sonrisa de ángel que jugaba con la entrega y el rechazo, dispuesta a sumirle en la incertidumbre. Aquella mirada verde le arrebató las palabras, así que caminó a su lado y le habló con silencios.

—De modo que no te gustan las monterías... —comentó Oliba.

—Cazo para subsistir. —La voz de Fruela se hizo grave—. No disfruto hiriendo animales para matar el tiempo.

—Yo tampoco —dijo ella, tras una pausa—. Prefiero ser cruel con los hombres, ellos se lo merecen.

—Me declaro carente de opinión al respecto —respondió con una sonrisa afable y una mirada

depredadora. Los ojos de Oliba no reaccionaron de un modo inmediato, la respuesta se hizo esperar.

—Tu reputación te precede, y hace que tus intenciones sean predecibles —dijo al cabo—. Aun así, debo admitir que hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una conversación. Aunque todavía estás a tiempo de arruinarla... o de mejorarla, quién sabe.

Un desafío en toda regla. Se hallaban ocultos tras una hilera de cipreses. Fruela observó a la muchacha y extendió el brazo para cerrarle el paso. Su mirada anunciaba un beso y ella retrocedió, burlona. Fueron sus ojos quienes le detuvieron.

—No me puedes codiciar tanto —le dijo con un susurro—. Sé que disfrutas de la compañía de otras damas.

Él bajó el brazo y dio un paso atrás. Había caído en una trampa y se sintió estúpido, pero la sonrisa seguía ahí, como una promesa del Paraíso.

—Sabes lo que deseo —admitió—. Lo que no sé es qué quieres de mí.

Ella asintió lentamente, satisfecha ante su rendición.

—Lo sabrás pasado mañana, en la catedral, después de misa —dijo Oliba—. Ha sido un placer charlar contigo.

La joven se dio la vuelta y se dejó admirar por última vez como si fuera un espectáculo irrepetible. Solo entonces Fruela descubrió que, a una decena de pasos, sus compañeros le observaban.

—Algunas mujeres son peligrosas —le dijo Bulgar—, no deberías jugar con fuego.

Fruela no le prestaba atención. En aquella espléndida ciudad que aún conservaba la gloria de Roma recordó las palabras de san Isidoro: «Spania, la más hermosa de entre todas las tierras desde el occidente hasta la India. Honor y ornamento del orbe, la ilustre porción de la tierra donde florece la nación goda».

Sin duda aquellos fueron tiempos felices, a pesar de tantas calamidades, vivíamos en paz y toda Spania era nuestra. Más tarde los hechos demostraron que la felicidad es una ilusión de los débiles, que la paz no es más que un descanso entre guerras y que solo es tuyo aquello que puedes defender.

## XV

El puerto se extendía a lo largo de un arenal de ribera, extramuros, repleto de embarcaciones varadas y tinglados para construir naves. En sus redes los pescadores recogían tanto carpas de agua dulce como lampreas de mar, que abastecían a las factorías de *garum* y salazones. El Betis era navegable hasta Corduba y por ello se había convertido en una transitada vía de transporte. Antaño a las dársenas de Spali llegaban ánforas de vino de Chipre, ungüentos de Éfeso, oro africano, cerámica de Cartago y mármoles del Egeo. Exportaba aceite, *garum* y cordobanes a la Galia y, a la sombra del mercadeo, se había asentado una próspera comunidad griega. Las conquistas sarracenas habían herido de muerte al comercio, y el *teloneum*, que tantos beneficios otorgó a la corona, se hallaba desierto. A falta de puentes, unas barcazas permitían cruzar el río y, no muy lejos del embarcadero, Fruela se había reunido con sus hombres en uno de tantos chamizos que hacían de burdeles y tabernas.

—Así que esa es la hembra de la que no dejás de hablar —dijo Argebald—. Veo que te has ganado su aprecio... y no he sido el único.

Al otro lado de la mesa, Munio se llevó el vaso a los labios para ocultar la sonrisa.

—¿Estáis celosos? —les preguntó Fruela.

—Ya es bastante difícil contentar a una mujer, como para intentarlo con dos al tiempo —respondió Argebald.

El conde se levantó para ordenar más vino y entonces percibió la mirada de una mujer. Elegante en el vestir a pesar del modesto paño, hasta entonces no había merecido su atención. Basta con una escudilla de vino para que los hombres ignoren los defectos femeninos. Hembras a las que no tocarías ni con un palo de día se muestran seductoras en una taberna de madrugada. No se debe a los misterios de la noche. El Señor puso el néctar de la cebada y la vid en este mundo para que la humanidad procree.

—¿Estás sola? —le dijo Fruela, y ella le atravesó con unos ojos grises. Hermosa, de rasgos delicados, el cabello negro recogido y, bajo los oscuros ropajes, una buena figura.

—¿Y tú, jovencito? ¿Tienes alguna mujer esperándote?

La respuesta de Fruela fue más abrupta de lo que hubiera deseado.

—He tenido muchas. ¿Quieres ser una de ellas? —directo, sin ambages, con una sonrisa cínica. Los vapores del vino suelen hablar por los borrachos con la seguridad que solo otorga la inconsciencia.

—Eres un desvergonzado —le dijo, y un haz de arrugas se formó en sus ojos—. Que no nos vean salir juntos...

Por un instante, Fruela sintió la mullida presencia de un seno rozándole el brazo. La mujer habló al tabernero y después salió a la calle. El dueño del tugurio se acercó a la mesa:

—Me ha dicho que usted pagaría.

Se refería al vino, pero el muchacho no pasó por alto el doble sentido. Entregó un par de monedas al bodeguero y se dispuso a marcharse.

—¿Adónde vas? —preguntó Munio.

Su primo esbozó un gesto explícito y se reunió con la buscona en la calle. Caminaron entre edificios abandonados sin pronunciar palabra. El colapso del imperio, la peste y el fin del comercio habían convertido al distrito portuario de Spali en un amasijo de ruinas.

—Es aquí —dijo la mujer.

Tras el equinoccio de primavera había luna llena y el pálido fulgor del astro mostraba los muros ajados de una ruinoso vivienda.

—¿Cómo te llamas? —dijo el muchacho, y el rostro femenino mostró una inocencia infantil.

—¿Importa mi nombre?

—No, solo era curiosidad —respondió, encogiéndose de hombros. Percibió un temblor en sus manos cuando abrió la puerta. Una vez dentro, trató de arrinconarla contra la pared y ella le apartó de un empujón. La inocencia se había esfumado de sus ojos.

El primer golpe le llegó desde atrás. Un impacto en el cráneo que casi le dejó inconsciente. El segundo le acertó en el hombro y tuvo que apoyarse en la pared. Más dolor, esta vez en la espalda. No veía nada. Sintió un regusto sanguíneo en la boca. La fatiga, el maldito vino..., todo se mezclaba. Otro impacto, desde la izquierda. Trató de mantenerse en pie, el cuerpo le traicionaba. Un estacazo en el muslo le hizo caer de rodillas.

De pronto, los golpes cesaron. Apoyó las manos en el suelo. Vio cuatro figuras recortadas en la mísera luz de la puerta. Fruela se maldijo a sí mismo, gimió de impotencia. Una sombra se fue agrandando hasta que todo se tornó oscuridad.

—Que esto te sirva de advertencia. —El matón le aferró del pelo. Fruela percibió el inconfundible destello de la hoja de un cuchillo; descubrió que no se acercaba a su garganta, sino al cabello, y le asaltó una oleada de pánico—. La próxima vez que...

Al sentir su aliento en la mejilla, el joven echó la cabeza hacia atrás y le golpeó en el rostro. El matón dio un paso atrás, luego pronunció un gruñido. Rápido como una serpiente, Fruela desenfundó el *scrama* y lanzó una cuchillada a ciegas. Su enemigo apenas pudo reaccionar, la hoja le desgarró la túnica a la altura del pecho. Profirió un exabrupto.

—Matad a este hideputa.

Resonó el siseo metálico de tres espadas al abandonar la funda. Las hojas brillaban

amenazantes y, al verse rodeado, el joven apoyó la espalda en la pared.

Entonces Fruela decidió cagarse encima.

Eso no mejoró su situación en lo esencial, así que se enrolló el manto en el antebrazo y adoptó una posición de guardia. Una náusea reptaba desde el estómago, sus enemigos eran sombras ante la claridad de la puerta. Le buscaban los flancos, trataban de rodearle. Fruela intentó mantener una visión de conjunto, hizo retroceder al primero con un tajo. Al girarse, descubrió que otro alzaba la espada.

En los cantos épicos, el héroe puede enfrentarse a multitud de enemigos. Es capaz de verlos con el ojo del sieso. Fruela no tenía esa ventaja, ni tampoco tiempo para reaccionar. El acero describió un arco sobre su cabeza. Un latido más y estaría muerto.

Entonces... Toc. La hoja se clavó en una viga del techo.

«Cuando pelees en un espacio angosto, utiliza el *scrama*.» Teodolf seguía ahí, para salvarle la piel, y Fruela hizo lo que le había enseñado. Dio un paso al frente y le lanzó una puñalada al pecho. La punta se adentró por las costillas y llegó al corazón. Como si Dios lo hubiese puesto en ese lado para hacerlo más fácil. Dio un paso atrás y recompuso la guardia.

El matón que recibió el cabezazo se había puesto en pie. El resto blandía los *scramas*.

Fruela odiaba pelear con cuchillos. No existe arma más innoble, ni modo de lucha más traicionero. Con un puñal en la mano cualquier idiota puede matarte. Resulta imposible detener una cuchillada sin exponerse a un corte. La mejor defensa es la distancia y, con una pared a la espalda, suponía un recurso imposible.

El líder de los sicarios se movía con soltura, con la punta del arma siempre amenazándole. Los brazos extendidos, la palma izquierda alzada para detener cualquier tajo sin exponer los tendones. Borracho, las acciones de Fruela resultaban torpes. Tarde o temprano le atacarían de nuevo. Podría evitar una cuchillada, tal vez dos, no así la tercera.

Decidió jugárselo al todo o nada.

Arrojó la capa sobre uno de los sicarios y se abalanzó sobre él, oculto tras el lienzo. Pisó el pie adelantado al tiempo que apuñalaba. El matón quiso dar un paso atrás, pero no pudo. La hoja de Fruela se adentró en la carne y salió corriendo, sin mirar atrás. Sintió un golpe en el cráneo. No se detuvo, cruzó la puerta y avanzó a tientas en la oscuridad. Unos pasos resonaban a su espalda.

Un humor le empapaba el cabello y formaba un reguero en el rostro. Se limpió con la manga y siguió corriendo entre las ruinas. El mundo se transformaba en tinieblas que se apoderaban de sus sentidos y enturbiaban la realidad. Debía encontrar un modo de llegar a Spali. Sus enemigos se hallaban a una veintena de pasos, cortándole el camino hacia la muralla. Al llegar a un talud tuvo que detenerse. El Taragete rebosaba por las últimas lluvias de primavera. Al norte, vislumbró las arcadas del acueducto y el puente de madera. Las ruinas del circo y el anfiteatro se encontraban más allá.

Abandonó el camino, descendió por el terraplén para ocultarse en la orilla. Agazapado entre jaras y mirtos, aguardó a que los matones pasaran de largo. Río arriba se alzaba el puente, donde se dirigían sus perseguidores. En la otra dirección, el arroyo apenas perdía amplitud, al menos hasta donde alcanzaba la vista.

Tras desnudarse a toda prisa, se ciñó el cinto con la espada. Ocultó la ropa bajo las raíces de un sauce y cubrió su rastro con hojarasca. Saltó al lecho del río y caminó a tientas sobre el viscoso pedregal. Algo afilado le desgarró la planta del pie adentrándose hasta la carne. Ahogó un grito de dolor. Se palpó la herida; era profunda, pero continuó avanzando, con el agua helada a la cintura.

Miró hacia atrás: las ramas de la orilla se agitaban. Oyó gritos, la corriente se volvía más fuerte. Con el agua a la altura del pecho, tuvo que aferrarse a unas rocas. La orilla opuesta no estaba lejos. Cada paso ponía a prueba sus fuerzas y, al fin, pudo arrastrarse hasta la tierra seca. A la izquierda, un par de sombras corrían hacia él.

Huyó por la ribera y trepó por la pendiente hasta darse de bruces contra un muro. Tanteó la pared con las manos, no halló ninguna ventana. Un grito. Al fin descubrió la puerta. Cerrada a cal y canto. Escuchó el sonido de pisadas. Comenzó a golpear las tablas, a sabiendas de que atraería a sus perseguidores. Los pasos resonaban cada vez más cerca. Siguió aporreando el portón, desesperado, hasta lacerarse las manos. Dos sombras rebasaron la esquina. Bajo la pálida luna, el amenazante brillo de las armas. Fruela apoyó la espalda en la puerta y desnudó a *Nadristuggo*. Había llegado el fin y, sin saber por qué, recordó a su madre.

Los goznes chirriaron. La puerta, al abrirse, le hizo caer de espaldas. Resonó un estruendo cuando la cerraron de golpe. Vio un rostro sobre él, luego una sombra y el mundo se tornó oscuridad. «He tenido suerte», se dijo con un último vestigio de cordura, antes de deslizarse hacia el olvido.

Le despertó un repentino frescor. Sentía un trapo empapado en la frente, dejando un rastro de humedad a su paso. Fruela entreabrió los ojos. Se hallaba a oscuras, salvo una débil claridad. Trató de incorporarse. Apenas logró alzarse un palmo antes de que el dolor le detuviera.

—No te muevas —le dijo una voz femenina. Estaba desnudo, sentía la agradable caricia de unas sábanas limpias—. Ha despertado.

Supo que era una joven, casi una niña, y se dirigía a alguien del fondo de la estancia. Fruela oyó el sonido de unos pasos, seguido del chirriar de la puerta. La molestia en la sien se convertía en dolor a medida que recuperaba la consciencia.

—Estás a salvo. No temas.

La voz era una suave melodía con un agradable ceceo. El muchacho trató de responder. Tenía la

garganta demasiado seca como para formar palabras.

—¿Dónde? —Una repentina náusea le impidió proseguir.

—En el xenodoquio de un convento. Llamaste a la puerta, ¿no lo recuerdas?

—Sí. —Fruela tanteó los costados del lecho en busca de *Nadristuggo*. ¿Por qué no encendía una luz?

—La espada está a tu derecha, junto al cabecero —le informó la muchacha. Al fin halló la empuñadura y suspiró aliviado. Tosió con violencia y unos dedos le acariciaron la frente. Solo escuchaba el resoplido entrecortado de su propia respiración.

—¿Tienes vino?

—¿Recuerdas tu nombre? —La dicción de la joven era culta, no se trataba ni por asomo de alguien de baja cuna. Le dejó un vaso en la mano. Al llevárselo a los labios descubrió desolado que se trataba de agua.

—Me llamo Fruela —dijo, y se aclaró la garganta—. Soy hijo de Pedro, el duque de Cantabria.

Le asaltó una repentina náusea, se incorporó de súbito y comenzó a regurgitar junto al lecho. Las manos acudieron de nuevo en su ayuda mientras él devolvía hasta quedarse vacío. Un trapo húmedo le limpió los labios.

—Gracias —logró decir—. De no ser por ti...

—La abadesa me reprendió por abrirte a esas horas.

—¿Llegaste a verlos?

La chica enmudeció y él supo la respuesta. Una puerta al abatirse rompió el silencio. Sonido de pasos. Alguien había entrado. No muy lejos, ruido de ropas... ¿Era ella? Su brazo izquierdo estaba dormido; alguien lo sostuvo en el aire y después lo soltó. Cayó mansamente sobre el camastro. Oyó un cuchicheo, seguido de un nombre: «Verdelobo». Al cabo, el repiqueteo de unos útiles al ser depositados sobre madera. Le sujetaron con firmeza, apenas pudo oponer resistencia. Sintió un agradable olor femenino y una fresca fragancia a hierbas medicinales.

—¿Quién eres? —preguntó Fruela.

—La espada no te alcanzó de lleno y, sin embargo, te fracturó el cráneo —dijo otra voz de mujer, esta vez de edad avanzada—. Hay que retirar la parte astillada del hueso para aliviar la inflamación.

—¿Cómo?

—Vamos a hacerte una trepanación.

Alarmado, tanteó la mesa hasta hallar un berbiquí con una sierra de corona. Sintió la necesidad de escapar. Puso a prueba sus fuerzas tratando de ponerse en pie. Un súbito mareo le obligó a dejarse caer en el lecho.

—Si sobrevives —le dijo la anciana—, con el tiempo el hueso podrá cerrarse.

—¿Una mujer? —Por primera vez, Fruela sintió pánico—. ¿Es que no vais a llamar a un

médico *de verdad*?

—Créeme, no estás en condiciones de elegir —le respondió aquella voz cascada.

Cerró los ojos. Tragó saliva a pesar de la sequedad en la boca y esbozó un asentimiento. Poco más cabía añadir, y a partir de entonces habló el silencio. Solo el murmullo de las ropas agitándose le permitía intuir qué ocurría, lo cual avivó el miedo. Una mano le acariciaba la frente, no veía nada, solo sentía, escuchaba. Con el cuerpo en tensión, tratando de no moverse.

Sintió la cuchilla cortar el cuero cabelludo, dejando un rastro de dolor a su paso. La sangre brotaba desde el cabello y fluía por la frente sin que nada la detuviera. El dolor ahogó cualquier pensamiento. Fruela buscó a tientas entre las sábanas, hasta hallar una delicada mano. La aferró con fuerza. Se sabía capaz de aplastar nueces con los dedos. No oyó queja alguna. Fue él quien gimió. Le secaron la frente con un paño.

A partir de entonces, el dolor remitió. Solo percibía la vibración del taladro al horadar el hueso. Tenía los sesos al aire y solo sentía cansancio. Decidió dejarse llevar y flotar a la deriva.

Al cabo de un rato, despertó. ¿Cuánto tiempo había pasado? La habitación seguía en penumbra. No oía nada, solo su propia respiración. Intuyó la presencia de la muchacha, sentada junto al camastro.

—Todo ha ido bien —dijo para tranquilizarlo—. Si no hay infección, sobrevivirás.

Se llevó las manos a la cabeza y notó, bajo las vendas y la piel zurcida, un orificio del tamaño de una moneda. Cerró los ojos y exhaló una bocanada de aire. Había tenido suerte al poder refugiarse en aquel lugar. Aquellas monjas le habían salvado la vida y solo conocía el sonido de su voz.

—¿Puedes encender una luz? —dijo Fruela sonriendo—. Me gustaría verte el rostro.

Intuyó una vacilación. Resonó el crujir del asiento. Solo entonces se dio cuenta de que había alguien más en la estancia.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmado.

—Fruela..., es de día y estás tumbado junto a una ventana abierta.

El palacio episcopal era el mayor de los «Dos Hermanos». Una imponente ciudadela que defendía la residencia del obispo, un baptisterio y la Santa Iglesia de Jerusalén, una hermosa catedral provista de ambón, sacristía y una colosal biblioteca. Una vez finalizada la eucaristía, la aristocracia hispalense paseaba por el patio porticado para disfrutar de la tibieza del sol. Oliba se inclinó sobre el estanque, revisó su aspecto y sonrió confiada. Su piel dorada lucía perfecta y los trazos de carbón realzaban aquellos ojos verdes, otorgándole una mirada felina. Los brocados del vestido mostraban parejas de Amazonas, cuyo estilo oriental mostraba una faceta exótica y distante.

Esperó a Fruela durante casi una hora. A medida que pasaba el tiempo, la ansiedad dio paso a la frustración y esta se convirtió en ira. Conocía aquel juego. Fingir indiferencia, no presentarse a la cita, disculparse mediante un mensajero y sondear la respuesta. Jamás se había imaginado que le sucedería a ella. En el rostro del aya creyó ver una sonrisa, o quizá la imaginó. El corazón le dio un vuelco cuando vio llegar a Witiza.

—¿Estás sola? —La residencia regia no se hallaba muy lejos y el rey iba acompañado de una reducida escolta. Su macilento rostro era una máscara de apatía que la sonrisa de Oliba apenas alteró.

—Esperaba a alguien —respondió, con su mirada vagando por el pórtico. El palacio episcopal parecía cobrar vida y había demasiados ojos indiscretos. El rey supo interpretar aquella expresión y la condujo hacia un patio.

—Ven, siéntate —dijo señalando un escaño.

No se trataba de una petición y Oliba asintió conteniendo el aliento. Se hallaban en el palacio de Opas, el hermano menor del rey.

—Tráenos vino. Dos copas —ordenó Witiza a un criado, y ella permaneció sentada sin saber qué decir—. Me alegro de haberte encontrado.

Las mejillas de Oliba enrojecieron y tuvo que desviar la mirada. El copero se acercó con una jarra para escanciar un vaso, Witiza tomó un sorbo y cerró los ojos para degustar el vino.

—Que sea otra añada.

El siervo murmuró una disculpa antes de retirarse y se impuso un incómodo silencio hasta que regresó con otra vasija. Aguardó de pie mientras el rey bebía, hasta que emitió un gruñido aprobador. Oliba probó el vino macerado con pimienta molida. Observó la túnica regia, tejida con un exótico brocado, y sintió deseos de comprobar la suavidad del paño.

—Seda persa. —La voz del rey se mostró más ronca de lo habitual.

—Es hermosa. —Oliba fruncía el ceño, la actitud del rey hacia ella se había vuelto distante—. ¿Me habéis estado evitando?

Se oyó el rumor de la fuente antes de que Witiza pronunciara unas palabras bien estudiadas:

—He estado indispueto. ¿Descubriste quién robó el rollo de seda?

Ante la mención de su encargo, Oliba recordó la expresión aterrada de la joven que le trajeron los guardias. Algo comprensible, dados los cargos. Robo, comercio ilegal de seda y, lo peor de todo, violar el privilegio regio de vestir púrpura. Solo esto último suponía la pena capital. Cuando visitó los talleres en busca de las madejas, una ropa demasiado ostentosa le señaló a la culpable.

—La madre sirve en la casa de Sisberto —dijo Oliba—. Tu hermano le encargó una dalmática. Si se negaba la acusaría de algún crimen.

—Imagino que también le ofreció oro —murmuró Witiza—. ¿Qué más te contó?

—A menudo Sisberto se reúne con Evancio, el obispo de Emérita.

—¿Crees que conspiran contra mí? —Witiza arrugó la frente.

—Si alguien desea vestir púrpura en privado es porque ansía hacerlo algún día en público.

El rey asintió, apesadumbrado y satisfecho, un cambio de actitud que la hizo sentirse más relajada. Ahora veía a un hombre distinto, un monarca preocupado por su pueblo al que un ambicioso hermano había relegado. La presencia de una mano en su hombro interrumpió tales pensamientos.

—Si tenía alguna duda sobre ti, acabas de disiparla. —Witiza concluyó la frase con una caricia y la joven recordó lo que había imaginado que haría en caso de que ocurriera algo similar. Decidió interpretarlo como una muestra de afecto.

—Mi deber es servir al reino.

Witiza escrutó su rostro y ella se sintió desnuda.

—¿Esa es la única razón?

—Es posible que tenga otras —admitió, consciente de que la ansiedad podía traicionarla—. Hay algo de lo que quisiera hablarte. Sobre mi padre.

—Aprecio tu sinceridad —dijo Witiza, antes de sufrir un acceso de tos—. Hablaremos de ello más tarde, en mi refugio de caza.

Oliba sintió un súbito temblor, como si soplaste un viento gélido, y trató de serenarse. Aquello suponía adentrarse en una senda sin retorno. El rey guardaba silencio, a la espera de una respuesta.

—Muchas gracias.

Balbuceó una despedida mientras su mente aún daba vueltas a lo que acababa de oír. Abandonó el palacio obispal tratando de ocultar su alivio.

—Estás temblando. —El aya le puso un manto sobre los hombros.

—Hace frío.

La sonrisa de Oliba no logró engañarla, su nodriza no era una ingenua. Una viuda de buena familia, a la que el conde Juliano confió a su hija, sin saber que en la Corte todo tenía un precio.

—¿Qué vas a decirle a tu madre? —dijo el aya.

—Te pago para que contengas tu lengua —respondió la joven—, y ahora no lo estás haciendo.

—Al parecer, no soy la única que habla de más.

—El rey me tiene en estima —dijo Oliba, y la observó con pretendida indiferencia.

—Y tú a él —respondió la anciana—. Las mujeres nos sentimos atraídas por el poder. No hay nada raro en ello: si una joven se ata a un hombre poderoso, mejorará su posición. Pero el poder masculino puede someter tanto como impresionar.

—¿Qué crees saber sobre mí? —Oliba se mostró irritada.

—Conozco las reglas. Los protagonistas cambian, pero el juego es siempre el mismo.

—Sé muy bien lo que está en juego.

—Hablamos de política —asintió la nodriza—. El interés que despiertas te hace sentirte poderosa. Pero solo puedes negociar con lo que es tuyo, y solo es tuyo aquello que puedes defender. No tienes nada que él desee, salvo tu honra. Y al igual que un vestido no basta para comprar un ejército, tampoco puede hacerlo un himen.

Oliba le sostuvo la mirada hasta que un escalofrío le recorrió la espalda.

## XVI

Le despertó una caricia en la sien y la melodía de una vieja canción de cuna. La monja tenía una hermosa voz. Le había traído un manojo de hierbabuena y un aroma fresco inundaba el cuarto. La atmósfera era cálida, serena, el cuerpo femenino desprendía una agradable fragancia. Por un instante, Fruela se recreó en las sensaciones. El tacto dejó de ser el de unas manos dedicadas a sanar y se convirtió en la caricia de una amante.

La joven descubrió que estaba despierto y se detuvo. Llevó un vaso de agua a sus labios y le pasó un paño húmedo por la frente. Resonó el postigo cuando alguien entró en la celda. Fruela logró sentarse en la cama. Su cabeza se mecía como una barca en mitad de una galerna.

—¿Cómo se siente hoy? —Ante él pasó una sombra, e intuyó la presencia de la anciana.

—Ayer hervía de fiebre, pero ya está mejor.

Le retiraron la venda para inspeccionar la lesión del cráneo. Alguien le limpió la herida tras verter algo de vinagre, y la cubrieron con un nuevo vendaje. El líquido escocía, pero él no protestó.

—Cuando baje la hinchazón —dijo la monja de mayor edad—, tal vez tu vista regrese.

—¿Y eso qué significa? —Fruela no logró evitar que su voz reflejase todo su miedo e impotencia. Ignoraba cuánto tiempo llevaba en aquel lugar. Incapaz de percibir la luz del sol, su rutina quedaba marcada por los estados de inconsciencia, y había perdido el sentido tres veces.

—Significa que tal vez puedas volver a ver, o tal vez no —respondió la anciana—. Es probable que sufras migrañas.

Escuchó un leve portazo, supo que le había dejado a solas con la joven. Podía oler su fresco aroma. Lamentó no poder ofrecerle la misma pulcritud. La muchacha le ofreció un pedazo de pan recién horneado, un potaje de verduras y un par de higos secos. Fruela se descubrió hambriento, halló a tientas la comida y comenzó a devorarla. Y allí estaba él, junto a una monja de la que no sabía nada, e ignoraba qué decir. Decidió comenzar por lo más obvio:

—¿Cómo te llamas?

—Han ido a buscar a tus hombres —le dijo. Fue incapaz de identificar la emoción de su voz—. Pronto vendrán a por ti.

La situación le resultaba cada vez más frustrante y no solo por la ceguera.

—¿Eres noble? —le preguntó.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Te imagino tan hermosa como tu voz.

La muchacha le puso una copa en la mano y sus dedos se rozaron de nuevo.

—¿Quieres palparme el rostro para conocer mis rasgos? —En ocasiones, aquel ceceo resultaba una caricia. Esta vez percibió un vestigio de humor.

—Preferiría palparte en otros lugares. —Fruela notó cómo la mano se retiraba—. Lo siento, ha sido una broma de mal gusto.

Había arruinado cualquier arrebato de intimidad. La atracción física no era algo nuevo para él. La afinidad emocional, sí lo era, y se sintió culpable. Las esposas de Cristo no solo consagraban su cuerpo a un Esposo celestial, sino también el alma.

—Deberías vestirme —dijo la chica con voz grave—. Has de estar presentable cuando vengan a buscarte.

El retorno a su vida normal enturbió el ánimo de Fruela.

—¿Ocurre algo? —dijo la muchacha.

—Hace meses, me pregunté cómo actuaría en un duelo si nadie me observaba. —La ceguera hacía más fácil confesar sus emociones a un completo desconocido—. La otra noche me enfrenté a esos hombres y...

—Te cagaste encima.

—¿Cómo...?

—Tuve que lavarte. —La monja había recuperado el buen humor—. Tu ropa también estaba manchada de sangre, y no era tuya.

—Salí corriendo.

—Y por eso estás vivo —contestó—. Ah, ya veo: temes que piensen que eres un cobarde. —La suave melodía se volvió opaca—. He visto las marcas en tu espalda. ¿Tu padre?

—Su modo de enseñar —dijo Fruela—. Deseaba un heredero perfecto. Forzó a mi hermano mayor hasta dejarlo lisiado y luego tuve que asumir el papel. Entrenaba del alba al ocaso, no conocí otros juegos.

—Los niños hacen lo que sea para ganarse el afecto del padre —murmuró con nostalgia—. Se crea un vínculo tan fuerte que se confunde el amor con la obediencia, y a esta con el temor.

—Ya no le tengo miedo.

—Eso no es cierto: aún temes defraudarle —le respondió—. Tu padre te dice cómo debes ser y nunca logras satisfacerle. Un día asegura que eres un fracaso y eso es algo que sí puedes ser.

—Para un guerrero, el único crimen posible es la cobardía.

—He oído hablar de ti —asintió taciturna—, conozco tu reputación.

—¿Y por eso no deseas tocarme? Por favor, sé honesta.

No transcurrió mucho tiempo antes de obtener una respuesta.

—Las mujeres que seduces son tan taimadas como bobas: su única cualidad reside en negociar

con su honra, ya sea real o fingida. Eso te permite burlar al padre o esposo, guardián de su castidad. Aunque el placer no lo hallas al usar su cuerpo, sino al profanar la alcoba. Antes debes adularlas, a sabiendas de que las privarás de su honor..., y después te apresuras a contarlo para acrecentar el tuyo. He ahí la paradoja de un depredador embustero y tramposo: aumentas tu reputación degradando a quien finges amar, y ella ha de aceptar ese sacrificio a cambio de una hombría que no vale nada.

—Dicen que las pequeñas mentiras son el aceite del engranaje social.

—Lo siento. No desaprovecho la ocasión de ser honesta cuando alguien me dice «por favor, sé honesta».

—No es exactamente lo que quería.

—Lo sé. En este lugar, he visto a hombres incapaces de mostrar su dolor por temor a ser menos hombres —respondió con sequedad—. Si no tuvieran tanto pánico a ser débiles, tal vez podrían ser fuertes. Si no vieran necesario deshonorar a mujeres, tal vez tendrían honra.

—¿Por eso decidiste desposarte con Dios? —El sarcasmo de Fruela quería ponerla en jaque. No lo logró.

—Hace dos años, me encerraron entre estos muros. Pensé que era culpa mía. Pasé meses compadeciéndome de mí misma, hasta que decidí hacer algo por alguien. La enfermería estaba atestada. No temía a la peste, creía que mi muerte a nadie le importaba. Allí encontré a un apestado. No tenía dinero, no tenía curación, tampoco le importaba a nadie. Quise cuidar de él. No sabía nada de medicina, así que aferré su mano y le limpié las llagas. ¿Has hablado con un moribundo hasta que fallece vomitando las entrañas?

—No me veo vestido con hábitos —dijo Fruela—. El Señor y yo no nos llevamos muy bien.

—Me encerraron para estar en compañía de Dios y solo hallé mis demonios —susurró la joven—. Es como vivir sumida en la oscuridad y encender una luz, solo para descubrir que los muros que te aprisionan han estado ahí desde siempre. Si nunca has luchado contra un demonio, no sabes lo astutos que pueden ser. Conocen todas tus debilidades. Aseguran ser tus amigos, pero solo desean destruirte. Cuando te sientes sola, están ahí para recordarte que no necesitas a nadie más. Todos ellos tienen nombre. La culpa te dice que eres la causante de tus males. El miedo te encierra en esa jaula que tú misma has forjado. La ira..., creo que a ese demonio le conoces mejor que yo.

Y así era. Desde el momento en que despertó en aquel cuarto, Fruela no había dejado de imaginar con encontrarse de nuevo con aquellos matones. El odio es una emoción pura, exenta de dobleces, que a veces se confunde con la vergüenza.

—Ahora tu demonio te está diciendo que debiste enfrentarte a ellos cara a cara —añadió la muchacha—. Quiere que te sientas culpable por no haber luchado con honor en una emboscada. No dejes que se salga con la suya. Cuando la luz vuelva a tus ojos, tal vez puedas ver los muros que te aprisionan.

La silla crujió de nuevo cuando la muchacha se levantó para dirigirse a la puerta. De pronto, los pasos se detuvieron.

—Y no te sientas culpable por no llevarte bien con Dios —le dijo—. Él también ha sido un mal padre.

Fue la última vez que oyó su voz entre aquellos muros. Durante el resto de su convalecencia, Fruela fantaseó con ella. Le imaginó un rostro, un pasado, un motivo para estar encerrada en aquel lugar. Y cuando arreciaba el dolor, su mente deambuló por otros caminos aún más oscuros.

La charla le hizo recordar la niñez. Alfonso era siempre el mejor con las armas, valiente hasta la locura, no había quien le superase. Le admiraba con esa pasión que solo muestra la infancia y quiso emularle en todo. Pronto aprendió a cabalgar, a usar la espada y a despreciar la autoridad.

Una tarde, Pedro llegó acompañado de un guerrero de cabello gris y un cura viejo y enclenque. El sacerdote recitaba sin descanso palabras de gente muerta siglos atrás, mientras él garabateaba letras con unos dedos ateridos de frío y escrutaba una tediosa sucesión de símbolos a los que trataba de extraer algún significado.

Teodolf le enseñó lo importante. A seguir un rastro en el bosque, a tender emboscadas; a ser el cazador y no la presa. Le señaló los puntos débiles de un ser vivo: dónde debía alancear a un jabalí o apuñalar a un hombre. En un universo de bosques, le explicó cómo orientarse por el musgo y para qué servía cada árbol. Le enseñó a cortar la madera del tejo para fabricar un arco, allá donde la albura se convierte en duramen; a elegir un retoño de fresno como asta de lanza; a secar listones de tilo para hacer un escudo y a encolar el cuero a la tablazón.

Junto a Teodolf, Munio y Argebald, escaló el Monte Vindio, cuando la nieve les llegaba a la cintura y debían turnarse para abrir el paso, y logró encender fuego en un barco azotado por una galerna. El cura le hablaba de religión, pero fue Teodolf quien le mostró los secretos de la vida y la muerte: cómo hacer que lo muerto le ayudase a seguir con vida, y cómo hacer que lo vivo estuviese muerto.

Una noche, vio a sus dos tutores conversar junto al fuego. A la mañana siguiente, el clérigo le enseñó a elegir las plumas de ganso, a endurecerlas en arena caliente y a sacarles punta para escribir, a buscar agallas de roble para fabricar tinta, a pulir el pergamino con piedra pómez. Solo entonces, Fruela aprendió a escribir. Su padre le envió a la frontera y recuperó la libertad que, años atrás, le habían arrebatado.

Un día, Alfonso regresó malherido. Cuando el galeno dijo que tal vez tendría que amputarle una pierna, el primogénito del duque sintió el vértigo de quien se asoma a un abismo del que no se ve el fondo. El sacerdote le entregó una copia de las *Confesiones* de san Agustín. Alfonso pasó días postrado por la fiebre y derrotado por el miedo; sin nada mejor que hacer, comenzó a leer el códice que le habían entregado. Al llegar a la última página, pidió que le trajeran más.

Leyó y rezó y leyó y al cabo de un mes la pierna había sanado. A pesar de haber quedado lisiado, la experiencia le había transformado por completo. Para Alfonso la fe en Dios iba más allá de creer en el contenido de un libro: suponía admitir la incapacidad del hombre de afrontar su propio destino. Gracias a ello, Fruela también aprendió a despreciar a su hermano.

Recluido en el xenodoquio, sin saber si algún día recuperaría la vista, por primera vez pudo comprenderle. Cuando le hirieron en la pierna, el mundo de Alfonso se redujo hasta aquello que se hallaba al alcance de su mano, y eso hizo que su mente se abriera al pensamiento de cientos de hombres de infinidad de épocas. Al quedarse ciego, el mundo de Fruela menguó hasta concentrarse en sí mismo.

Oliba se había recluido en el cuarto. Sentada ante el espejo de bronce, se descubrió una mancha rosada en la mejilla. Mientras se maquillaba, imaginó cómo actuar ante el rey y qué podría querer de ella. En cualquier caso ya no había marcha atrás. Creyó ser capaz de obtener el apoyo regio y defender su honra. Lo primero parecía estar al alcance de la mano, respecto a lo segundo..., bajó la vista y examinó la dalmática que acababa de escoger.

El vestido es el modo en el que elaboramos nuestro discurso. Revela nuestro carácter, el modo en que deseamos ser percibidos. Ese discurso puede ser irónico, un contraste entre sofisticación e inocencia, como había hecho con Fruela. Otras veces refleja los más oscuros recovecos de nuestra mente. Oliba comprendió que, con aquella sobria indumentaria que había elegido de forma inconsciente, pretendía afirmar que no era una mujer fácil.

Se despojó de la camisa, la guardó en el arcón y se plantó desnuda ante el espejo. Contempló su cuerpo, pálido y hermoso, mientras un reguero de sudor se deslizaba entre los senos. Un hombre podía empuñar la espada, pero ella no tenía más armas que las que en ese momento admiraba. Apartó la vista, incapaz de enfrentarse a su propia mirada, y se recogió el cabello para observarse de nuevo, esta vez con ojos de hombre.

Debía mostrarse como una mujer adulta, segura de sí, que no buscaba la atención de nadie y empleaba su encanto para seducir solo hasta donde ella decidiera.

Abrió el arcón y comenzó a rebuscar en su interior. Existe una intangible barrera entre lo sugestivo y lo vulgar, una alquimia basada en longitudes, estilos y formas. Extrajo un vestido bermellón con un cuello amplio y eligió un collar a juego: una prenda clásica y elegante, ceñida en la cintura para realzar el pecho. Se sentó de nuevo ante el bronce bruñido para terminar de maquillarse. Oscureció los párpados con carbón, sin artificios, frunció los labios para teñirlos de rojo y depositó unas gotas de perfume en el cuello.

Comenzaba a declinar el sol y el camino que conducía al pabellón de caza se mostraba cada vez más concurrido. Los hispalenses paseaban por los márgenes del río y una camarilla de matronas la

observó sin recato cuando se cruzó con ellas. Creyó oír una chanza y supo que aquella senda había sido transitada por otras mujeres. Trató de ignorar los murmullos y prosiguió su camino, seguida del aya, con el mentón bien alto. Al fin, se presentó ante un modesto edificio de muros cubiertos de cal con varias estancias adosadas. Los criados deambulaban por las dependencias y el ostiario apostado en la puerta se hizo a un lado al verla llegar. Oliba se detuvo ante el umbral y observó a su nodriza; aquella sería su última oportunidad de echarse atrás.

—Espérame aquí —le dijo.

El rostro de la anciana se arrugó como si ante sus ojos se representase una tragedia que solo ella podía contemplar.

Oliba abrió la puerta. Las llamas del hogar iluminaban una estancia cubierta de pieles y osamentas, un bosque de astas de ciervo cubría las paredes. Sentado ante una mesa labrada, Witiza la saludó e hizo que se acercara. La muchacha cerró la puerta antes de caminar indecisa, asaltada por una mezcla de pavor y excitación. El fuego irradiaba una agradable calidez y se detuvo ante él.

—Me he criado en Septem —se excusó mientras extendía las manos—. No soporto el frío.

—Prueba este vino, entrarás en calor. —El rey le ofreció una copa. Se acercó y dio un largo trago, sintiéndose observada. Apuró el contenido sin darse cuenta y se detuvo ante la mesa, repleta de cartas.

—¿Qué son?

—Peticiónes de ayuda —le explicó el monarca—. El motivo por el que discuto con Opas a diario.

La joven asintió con la cabeza, tratando de imaginar el contenido de aquellas demandas. Los ojos de Witiza no dejaban de observarla.

—Mi hermano me habló de Odón —prosiguió el rey—. El hijo del duque Pedro quiere que envíe el ejército regio a Cantabria. Aún no he tomado una decisión.

Oliba se sintió traicionada de un modo irracional. No había vuelto a saber de Fruela, y aquella ofensa resultaba peor que el plantón. El rey palmeó el banco donde estaba sentado y ella se acomodó tímidamente a su lado.

—Mi padre está muy consternado —balbuceó—. Nuestra situación es desesperada.

—Teniendo una hija como tú, no debería preocuparse.

—¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Tal vez todo. —Witiza sonrió, apoyándose en el respaldo. Oliba descubrió que había cruzado los brazos sobre el pecho, por puro instinto, y él añadió—: Conozco tu juego.

La voz del hombre que regía Spania sonó más ronca de lo habitual. Avergonzada, la joven apartó los brazos.

—Puedo irme.

—No. —La orden regia surgió con más fuerza de lo que cabría esperar. La mente de Oliba trató de hallar una salida. Se había preparado para un duelo de voluntades, o para un retorcido juego de seducción, no para esto. El silencio se prolongó mientras ambos permanecían expectantes; solo se oía el crepitar del fuego y el viento al golpear las ventanas.

—Sé lo que quieres. —A Oliba le sorprendió la facilidad con que las palabras salieron de su boca.

—¿Ah, sí? —El rey alzó las cejas—. Dime, ¿qué es lo que quiero?

—Lo que todos desean. —Oliba deseó que, cuando la mirase a los ojos, viera a una mujer y no a una niña asustada.

—Me temo que me has juzgado mal. —Los labios de Witiza susurraron en su oído—. Yo no quiero algo: lo quiero todo.

Cuando se separó de ella, el rostro de la muchacha se mostraba pálido como el mármol.

—Por supuesto —respondió entre dientes—. Fui una estúpida al pensar que caerías en la tentación.

Los ojos del rey exploraron su cuerpo con descaro antes de encontrarse de nuevo con los suyos.

—Eres toda una belleza, niña —admitió—. La mayoría de los hombres te concederían hasta el último capricho. Pero pides demasiado a cambio de consentir unas caricias.

Oliba pudo sentir el rubor abrasando sus mejillas.

—No sé de qué hablas.

—Te has vestido así para engatusarme. —Witiza le habló con la seguridad de quien señala lo obvio—. Quieres que envíe un ejército a Septem.

De repente, el atuendo que había escogido se le antojó inapropiado.

—No. —La protesta mostraba menos convicción de lo que hubiese deseado.

—¿Siempre intentas seducir a los superiores de tu padre?

—Yo no soy una de tus fulanas —le respondió con altivez, serena y distante.

Pero seguía allí, entre aquellos muros, incapaz de marcharse.

—Habrás visto a muchas mujeres entrar en mis aposentos —dijo el rey—. Campesinas dispuestas a todo para huir de la miseria, esposas e hijas deseosas de obtener algún favor. Tú las mirabas con desprecio. Supe lo que pretendías desde el primer momento. ¿Sabes por qué? Porque sois todas iguales... Así que no te hagas la digna. Ambos sabemos lo que quieres y qué debes hacer a cambio.

Ante tal aserto, Oliba enmudeció. Hizo el gesto de levantarse, dispuesta a salir del cuarto. La autoritaria voz del rey la detuvo:

—Quieres que no te trate como a una de mis fulanas... Lo siento, niña, pero a ojos de toda la Corte ya lo eres. Una vez que has entrado en este lugar, tu honra está perdida. —Ella le miró

furiosa, y Witiza le puso el índice en los labios—. Cuando tu padre regrese, le haré una generosa oferta..., pero si rehúsas, su posición en la Corte sufrirá un severo revés. ¿Lo entiendes?

—Sí —respondió con sequedad. Aquellas palabras surgieron de alguna parte ajena a sí misma. Estaba a punto de echarse a llorar y era lo último que quería que él viese.

El rey percibió su angustia y le acarició el cabello. Witiza le rozó la mejilla con el dorso de la mano y sus dedos le masajearon las sienes. Una cascada de mechones cobrizos cayó sobre sus hombros cuando le retiró el velo. Se inclinó para besarla en la frente susurrando palabras amables, el aliento contaminado por el vino se sumó a la caricia. Oliba apartó la vista y él la tomó de la barbilla para alzarle el rostro. Las bocas se rozaron durante un instante y la muchacha cerró los ojos. La mano en su pelo fue cobrando fuerza, se deslizó por la nuca y empujó hacia abajo como una garra implacable. Ella trató de oponer resistencia.

—Quieta —le ordenó el rey.

Algo se quebró en su mente y fue cediendo a medida que la presión aumentaba. Witiza rebuscó en su regazo mientras le aferraba el cabello. La vista de Oliba se diluía entre un velo de lágrimas cuando sintió una viscosa humedad en la mejilla. Se sobresaltó al escuchar de nuevo su voz perentoria. No pensó, tan solo se dejó llevar. Separó los labios y el rey llenó su boca, se irguió ante ella tomándola de las sienes. «Eres mía», farfulló al usar su cuerpo, y lo repitió tantas veces que ella acabó creyéndolo. No supo qué hacer, apenas podía respirar. El acto resultaba demasiado brutal como para darle nombre. El rey comenzó a gruñir y ella trató de apartarle. Las manos la inmovilizaron de nuevo y un gemido gutural resonó mientras se retorció con violencia.

Oliba cayó de rodillas y comenzó a escupir en el suelo. Con el dorso de la mano se limpió los labios y alzó la vista, avergonzada. Witiza sonreía.

—Mi linda y codiciosa niña... —murmuró el rey.

La joven se imaginó a sí misma a través de sus ojos, y vio a la mujer en la que se había convertido. Los nervios se apoderaron de ella a medida que asumía las consecuencias de sus actos.

—¿Cuándo regresará mi padre? —Se incorporó con torpeza, tomó una jofaina para lavarse el rostro. Bebió una copa de vino, deseosa de librarse de cualquier vestigio de lo ocurrido.

—Pronto. Muy pronto —aseguró Witiza—. ¿Alguna vez te ha castigado?

—Siempre he sido una buena hija.

—Sí. Lo fuiste. —La voz del rey sonó áspera y tierna; sus ojos grises se volvieron opacos—. Desnúdate, quiero ver qué he comprado.

## XVII

A pesar de las heridas, Fruela quiso montar a caballo. Si debía mostrarse en público, deseaba hacerlo de aquel modo. Salió de la habitación a ciegas, apoyado en su primo Munio, y Argebald le hizo un pie para saltar a la silla. Buscó a tientas las riendas, se inclinó para susurrar al oído de Sniumeis y dejó que el animal lo llevara. A medida que dejaba atrás el xenodoquio, oyó murmullos en el camino. Sintió un súbito mareo. Por un momento, no supo dónde era arriba y abajo. Cayó de la silla, se golpeó en el costado. Incapaz de extender el brazo, a punto estuvo de romperse el cuello. Unas manos le ayudaron a levantarse.

—Subidme al caballo —dijo, masticando polvo.

De milagro pudo mantenerse en la silla durante un trayecto que se le antojó eterno. Al fin, las herraduras resonaron sobre el enlosado de la hacienda de su prometida. Unos brazos le bajaron de la montura y, acto seguido, le abrazaron. Tuvo que tranquilizar a Teodolf, que maldecía en voz baja. Su aspecto no debía ser bueno.

El mullido lecho de plumas ayudó a sosegarle. Intuía la presencia de media docena de figuras en el cuarto. Les relató lo sucedido en el puerto de Spali y las atenciones que recibió en el convento. No pudo añadir mucho más.

—Esa casa lleva años deshabitada —comentó Teodolf—. Hallamos un rastro de sangre en el suelo.

El duque Pedro había puesto a su hijo a cargo de Teodolf y habían estado a punto de matarlo. El peso de la culpa le aplastaba.

—¿Un intento de asesinato? —preguntó Munio.

—Trataron de rasurarme el pelo —dijo, y su mentor se estrujó las manos.

La decalvación era la mayor ofensa posible para un goda, el peor castigo tras la pena de muerte, algo que impedía a un monarca reinar. Fruela conservaba la melena intacta; en comparación, quedarse ciego era salir bien parado.

—Antes, el cabecilla me dijo que era una advertencia —añadió.

—¿Antes de qué?

—De que le diera un cabezazo y decidieran matarme.

—¿Has ofendido a alguien desde que llegamos a la Corte? —inquirió Teodolf, y el muchacho trató de recordar.

—Sisberto, el hermano del rey: le insulté en el palacio. Witérico me abordó antes del torneo y

tal vez no digirió bien mi respuesta. Después amenacé a Agila en la cena. Intercambié unas agrias palabras con Urbano, cuando traté de seducir a su hija, y más tarde con Evancio, en presencia de Opas. Y también está el percance con Bocanegra...

—El conde toledano, el duque de Lusitania, el de la Tarraconense, el conde juliano, el primer conde espartario, el obispo de Emérita... ¿Alguien más? —preguntó el veterano—. ¿No habrás tenido algún roce con el Papa?

Fruela quiso cambiar de tema.

—¿Por qué tardasteis tanto en buscarme?

—Creíamos que te habías ido —respondió Argebald.

—De putas —precisó él.

—La última vez que te vimos estabas con una ramera —le explicó Munio.

—¿La habéis buscado?

—En la taberna nadie la conoce, se diría que es un fantasma —dijo Argebald—. A ti sí que te conocían, quien lo hizo sabía de tus aficiones.

—Debemos encontrar a esa fulana —declaró Fruela—, si es que de verdad lo es.

—Haré que Baldomero recorra los burdeles de la ciudad —declaró Teodolf.

—¿Por qué él y no yo? —protestó Munio.

—¡Porque es un meapilas! —rugió el veterano—. Y sé que, al contrario que tú, no usará el encargo como excusa para tirarse a todas las putas de Spali. —Entonces le habló a Fruela—. ¿Has deshonrado alguna mujer? ¿No habrás dejado preñada a otra doncella?

—Desde que llegué a la Corte, solo he yacido con criadas y mujerzuelas —farfulló—. Los sicarios no eran simples matones a sueldo. Todos ceñían espada y eran guerreros de oficio.

—¿Mataste a alguno? —preguntó Munio.

—A dos. Les metí cinco pulgadas de acero en el pecho.

—Si era gente notable —razonó Argebald—, será difícil ocultar sus muertes.

—Dile a Adelmo que pregunte —le dijo Teodolf a su hijo—. Con discreción.

—Otra cosa más —añadió Fruela—. La muchacha...

—¿Qué muchacha? —La voz de Teodolf le dio a entender que no era un buen momento para hablar de mujeres.

—La monja que me atendió. Quisiera darle las gracias —respondió con sequedad—. Solo deseo hablar con ella. No tengo nada más en mente..., a no ser que ella se empeñe.

Aquel fue el momento en el que Imelda decidió intervenir.

—Por favor, retiraos. Mi futuro esposo necesita descanso —dijo a los guerreros—. Ya tendréis tiempo de interrogarle.

De mala gana, los guerreros abandonaron el cuarto para dejarlos a solas. La condesa depositó

un cuenco de caldo en las manos de Fruela, él buscó a tientas la cuchara y, al llevársela a la boca, derramó parte de la sopa.

—Déjame que te ayude. —Imelda le habló con firmeza—. Debemos hacer justicia.

—Si acudimos a un juez, podrían cargarme con dos muertes.

Las leyes castigaban las heridas con la ley del talión: ojo por ojo y diente por diente. Las lesiones en el cráneo suponían una excepción, pues devolver un golpe podía acarrear la muerte y esta no había sido causada. Todo se resolvería con una multa a los culpables tras ser azotados en público. Y si Fruela era declarado culpable de dos homicidios, la ausencia de mala fe tal vez le libraría del cadalso, pero no de apoquinar quinientos sueldos por cadáver.

—No hablo de un tribunal —le aclaró Imelda—, sino de venganza. A estas alturas, la mitad de la Corte ya sabe lo que te ha pasado y la otra mitad se enterará mañana. Si no devolvemos la afrenta, nadie nos respetará. Y si nuestra familia no es respetada, mis hijos estarán en peligro. —Dicho esto, regresó aquella voz amable—. Termínate la sopa y arrópate bien, no vayas a pasar frío.

Exhausto, el joven se dejó caer sobre el lecho. Imelda se detuvo en el umbral.

—Por cierto..., si te acercas a mi hija, me encargaré de que te hagan tanto daño que todo esto te parecerá una broma.

La vista regresó lentamente, a medida que la luz se abría paso en un mundo sumido en tinieblas. Una mañana, Fruela entreabrió los ojos y vislumbró una turbia imagen. Una molestia en el costado le importunó cuando logró incorporarse. Retiró las vendas que le cubrían la testa. Bajo el cuero cabelludo, a través del hueco abierto en el cráneo, pudo palpase los sesos. Bebió un sorbo de agua y se vistió con torpeza. Tras lavarse el rostro y ceñir la espada, decidió salir al pórtico. El destino quiso que ese día fuera Domingo de Pascua. Aun siendo incapaz de distinguir a un perro de una oveja a veinte pasos, se sintió como Cristo al abandonar la tumba.

Cuando le vieron caminar por el patio, con el rostro grave, sin la acostumbrada sonrisa, supieron que Fruela veía el mundo de un modo distinto, como si en cada recodo, o en cada decisión, o en cada paso, se hallara una amenaza. Después de diez días postrado, sumido en Dios sabe qué pensamientos, se sabía vulnerable, y esa certidumbre le trajo una inquietud desconocida hasta entonces. Su crueldad ocasional había sido fruto de un egoísmo infantil, pero entonces se volvió deliberada. Algo que le permitió sobrevivir en la Corte y, sin embargo, el muchacho que había sido murió aquella noche, y un hombre distinto ocupó su lugar.

—Aún estás débil —le dijo Teodolf—. No deberías levantarte.

El conde le hizo callar con un gesto. Su mirada estaba fija en el barracón de los bucelarios. El procurador de Imelda gritaba a uno de los siervos, que abrazaba a una muchacha desnuda con el cabello cayendo en cascada sobre los hombros. Fruela reconoció las pecas que cubrían sus mejillas: era la criada que les había atendido en su primera visita a la hacienda.

—¡Desobedecer a un hombre de Dios está penado con la muerte!

—Eso no es cierto —protestó el siervo.

El sacerdote alzó el códice que sostenía en las manos como si estuviera ante el altar. Una docena de guerreros rodeaban al siervo. Un anciano decrepito frente a doce hombres armados.

—Este es el *Liber Iudiciorum* —declaró el padre Hermenegildo—. Consta de doce libros, cincuenta y cuatro títulos y quinientas setenta y ocho leyes. Demuéstrame que miento.

—Yo no sé leer.

El hombre de Dios asintió satisfecho.

—¿Sabes lo que eso significa?

—Que no sé lo que dice ese maldito libro.

—Significa que mi palabra es la ley.

El cura no había perdido el tiempo durante la convalecencia de su nuevo señor. Se giró al ver llegar a Fruela acompañado de sus hombres. Teodolf observó al joven que el duque había puesto a su cargo. En el norte, quien quisiera llamarse guerrero debía lucir cicatrices, cuanto más ostentosas mejor, y después de aquella celada el muchacho había quedado bien servido.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Fruela.

—Es una ramera —declaró el sacerdote.

Con suerte, la supuesta ramera habría cumplido los trece veranos. Fruela, que había conocido a putas de todas las clases, repitió la pregunta:

—¿Qué hace ella aquí?

El sacerdote tuvo el buen juicio de mostrarse alarmado. El siervo se arrodilló ante el señor de la hacienda, que, a esa distancia, pudo reconocerle: era el encargado de la piara de cerdos.

—Ponte en pie para hablarme —le dijo.

El porquero se plantó ante él con toda la dignidad que pudo reunir, estrujando el gorro en las manos.

—Ella es mi hija... —balbuceó—. El señor cura malvendió su honra por unas monedas. ¡Es solo una niña!

—Necesitamos cien sueldos para reformar la capilla —se limitó a señalar el clérigo, como quien se ve forzado a explicar una minucia.

—Cien sueldos —masculló Fruela.

—La condesa está ausente —prosiguió el religioso—. Como procurador de la hacienda estoy a cargo de las cuentas.

—Te dije que no eres el dueño de esta heredad.

Despacio, Fruela caminó hacia él. El entrechocar de las armas que llevaba a la cintura resonó como una marcha fúnebre.

—¡Prendedle! —aulló el religioso señalando al joven con el dedo—. ¡Este hombre actúa

inspirado por el Demonio!

El aludido entornó el rostro y observó a los bucelarios, que aguardaban con los brazos cruzados.

—Eres un imbécil —musitó.

—¿Eres tú quien lo dice, o el Diablo?

—Lo decimos los dos. —El hijo del duque se plantó ante el cura y su semblante bastó para que este diera dos pasos atrás.

—Fruela... —murmuró Teodolf.

Con un ademán el conde le ordenó callar; Munio y Argebald rodearon al sacerdote.

—Necesitas cien sueldos —dijo Fruela—. ¿No has hallado un modo de ganarlos por ti mismo?

—Yo no puedo...

—Sujetadlo —dijo el conde, al tiempo que desenfundaba el *scrama*. Los dos jóvenes aferraron al religioso por los brazos. La inquietud del cura se había convertido en pánico.

—Soy un hombre libre, no un siervo —le advirtió, alzando la voz—. Si me hacéis daño, la justicia caerá sobre vos.

Mientras manoseaba el cuchillo, Fruela esbozó un vago gesto, como si, en aquel momento, el concepto de justicia se le antojase extraño. Recogió el códice que había caído al suelo y se lo entregó a Teodolf.

—¿Cuál es la multa por la nariz de un hombre libre?

Su maestro de armas pudo responder sin necesidad de consultar el libro. Aunque tampoco hubiera podido, pues era analfabeto.

—Cien sueldos, si es por accidente.

Algo les dijo que el cura estaba a punto de sufrir un accidente. Fruela le sujetó el rostro con la zurda y comenzó a cortarle la nariz. El religioso se debatía entre gritos, la sangre fluía por dos resquicios recién abiertos en la cara y, atraídos por el escándalo, los siervos se congregaron en el patio. El muchacho arrojó el despojo recién amputado a sus pies y entregó una bolsa de cuero al subalterno.

—Dadle su dinero —sentenció—, y que se largue.

—¡Ha sido premeditado! —dijo Hermenegildo arrastrándose—. ¡El castigo es el talión!

Por primera vez, el rostro de Fruela mostró algo parecido a la compasión.

—Si crees que un juez condenará al hijo de un duque por esto, eres más tonto de lo que pareces.

—¡Hijo de puta! —aulló el sacerdote.

Fruela se arrodilló sobre él para golpearle con el pomo del cuchillo. Entre los labios del cura comenzó a manar sangre, que se mezcló con la que fluía por los orificios nasales, como un puerco el día de matanza.

—¿A cómo sale el diente? —preguntó Fruela al ponerse en pie.

—A doce sueldos cada uno —le dijo Teodolf.

—Dadle sesenta. Y si vuelve a abrir la boca, cortadle la verga y entregadle cien más. —Se dirigió a la muchacha, acurrucada contra el pecho del padre—: Tú, ¿qué sabes hacer?

—Sé lavar, zurcir y guisar.

—Ve a la casa y dile al mayordomo que te ponga a trabajar en las cocinas —le ordenó—. Y no vuelvas a yacer con nadie hasta que hayas sangrado, ¿lo has entendido?

—Sí, señor.

Hizo un gesto al mozo de cuadra, que traía a Sniumeis de la brida. Tomó las riendas y saltó en la silla.

—Si te encuentro aquí cuando regrese —advirtió al cura—, te trocearé el resto del cuerpo.

Los criados le vieron marchar en silencio. Algunos bajaban la vista, el resto contemplaba al religioso, que yacía encogido en el suelo, con el escapulario y la sotana empapados de sangre. A partir de entonces en la hacienda comenzaron a murmurar que, para recuperar la vista, su señor había vendido el alma al Diablo.

Lo primero que Fruela hizo fue visitar el convento. Teodolf, Munio y Argebald quisieron acompañarle y Baldomero se ofreció como guía.

—Tuviste suerte de quedarte ciego —le dijo su primo—. Esa monja debe ser fea como una ojáncana. Cada vez que a un noble le sale una hija bizca, jorobada o cojitranca, la mete en un convento. Como si a vuestro Dios no le agradasen otra clase de hembras.

—Lo que fue una suerte es que llegaras allí —comentó Teodolf—. El hospital de Santa Rufina es célebre por sus atenciones.

—Un lugar apartado para un convento —dijo Fruela.

—Todo comenzó con un milagro —le explicó Baldomero—. A pesar de su mocedad, Justa y Rufina regentaban una alfarería en Spali. Un día, los gentiles celebraban las fiestas en honor de Venus Salambó y les exigieron limosna. Ante la negativa de las muchachas, los devotos a Salambó rompiéronles los cacharros expuestos a la venta. Por toda respuesta, las santas tomaron el ídolo pagano que llevaban a hombros y lo hicieron pedazos. Diogeniano, el pretor de la Bética, las hizo apresar: «El ultraje que habéis cometido merece la pena de muerte. No obstante, vuestra juventud me conmueve y os daré la posibilidad de salvaros».

»Las dos hermanas se declararon dispuestas a derramar hasta la última gota de sangre antes de renegar de Cristo. Entonces el réprobo pagano las amenazó de este modo: “Mirad, ahí están preparados los instrumentos del suplicio. Basta con que arrojéis un poco de incienso al fuego y seréis perdonadas”. Mas ellas respondieron: “Nosotras no reconoceremos otro dios que el verdadero”.

»Primero las llevaron al potro, donde les descoyuntaron los miembros. Entonces los verdugos desgarraron sus tiernos pechos y los garfios de hierro abrieron sus virginales carnes hasta llegar a

los huesos. La sangre manaba a borbotones mientras ellas le decían al Señor, sin lágrimas ni sollozos: “He aquí que escriben tu nombre en nuestro cuerpo. ¡Cuán agradable es leer estas letras!”.

—¿Eso dicen unas crías al ser torturadas? —preguntó Munio.

—¡Cállate, cretino! —dijo Teodolf—. ¡Ahí está el milagro!

—Las condujeron a un oscuro calabozo —prosiguió Baldomero—, donde las santas rezaron con fervor y la mazmorra se iluminó con un celestial resplandor cuando la Virgen acudió para aplacar sus dolores. Arrobado su espíritu en un dulcísimo éxtasis, sintieron en sus almas las delicias celestiales y quedaron animadas y dispuestas a padecer más tormentos.

—Joder.

—Atándolas por los cabellos a unas argollas del techo, los verdugos las flagelaron sin compasión. Solo cuando las creyeron moribundas se detuvieron. Mas antes, ¡oh crueldad!, decidieron arrancarles las uñas de los pies. Al verlas, el desalmado Diogeniano dijo a sus hombres: «Atadlas a las colas de un par de caballos y dad un paseo por lo más abrupto y pedregoso de la sierra». Indecibles fueron aquellos tormentos hasta que desfallecieron y fueron traídas a rastras a Spali. La pobre Justa, agotada, expiró en la cárcel y su cuerpo fue arrojado a una fosa mientras llevaban a su hermana al anfiteatro para ser entregada a las bestias.

»En la arena, Rufina se postró de rodillas y rezó con devoción hasta caer en un nuevo arrebató místico. De modo que, cuando soltaron al león, su fiereza se tornó en mansedumbre y lamió los pies de la santa como si fuera un cordero. Al fin, Diogeniano hizo que la decapitaran. Y, ¡oh maravilla!, he aquí que de su boca salió, rauda, una paloma más blanca que la nieve, que, hendiendo el espacio, tomó el camino de las estrellas: era el alma de Rufina, dulce y pura como la leche. El cadáver fue incinerado para sustraerlo a la veneración, pero el obispo Sabino recogió las cenizas y dio a las dos mártires una honrosa sepultura. Sobre el sepulcro se erigió este cenobio, al que acuden peregrinos de todas partes.

A la luz del día, el convento se mostraba como un soberbio lugar de recogimiento: una sencilla nave destinada al culto con dos alas adosadas, las dependencias del hospital y el albergue para los peregrinos dispuestos en torno a un patio. En ese momento, un centenar de mendigos hacían cola ante la entrada a las cocinas, donde unas monjas les entregaban pan de centeno y un cuenco con guiso. Fruela observó aquellos rostros consumidos por el hambre y la enfermedad, con los pies descalzos y las uñas astilladas, los gestos de gratitud a cambio de una sonrisa amable y aquel mísero festín. El hijo del duque nunca había prestado atención a los pobres. A decir verdad, su único modo de redistribuir la riqueza era el sexo de pago. Esta vez fue capaz de ponerse en su lugar y comprendió que aquellas monjas los proveían de mucho más que alimento. Ante todo, les hacía sentir que le importaban a alguien.

El ajado portón le trajo lúgubres recuerdos. Accionó el llamador y los golpes resonaron con un

eco sordo. El monje que hacía de ostiario asomó por el resquicio.

—¿Qué buscáis? —les preguntó.

—Hace unos días me sanaron en este lugar. —Se limitó a responder—. He venido a mostrar mi gratitud.

—¿A quién?

Era una buena pregunta. Fruela descubrió que nada resultaría tan fácil como había supuesto.

—A una novicia, ignoro su nombre.

La puerta se cerró y aguardó paciente ante ella. La espera se prolongó sin respuesta. Se disponían a llamar otra vez cuando los goznes chirriaron de nuevo.

—Podéis entrar —le dijo el portero.

El conde hizo un ademán para que el resto aguardara en el porche. El religioso le condujo a través del interior de la basílica hasta llegar a una puerta lateral que daba a uno de los patios, el albergue para los peregrinos. Recorrieron el pórtico hasta llegar a una puerta. Sentada en una silla, en el lúgubre interior, le aguardaba una figura vestida de negro. Su tocado proyectaba una sombra que le ocultaba el rostro.

—Sentaos. —Aquella voz femenina, castigada por la edad, le resultaba familiar. Se mostraba cortés y al mismo tiempo autoritaria. Fruela se acomodó en un escaño.

—Quisiera agradecer a vuestra novicia sus atenciones.

—No es una novicia —le respondió la abadesa—, y el mejor modo de mostrarle gratitud es no visitarla. Vuestra presencia aquí la compromete.

Una vez más su reputación le precedía. Aunque la frase poseía un sentido que iba más allá de lo venéreo.

—Mis intenciones son honestas —declaró, y la mujer bajó la vista hacia el paquete que Fruela sostenía en el regazo.

—Sois incapaz de entenderlo —murmuró—. ¿Cómo podríais? La virtud es solo un imperativo femenino. Hoy en día, para una joven, el mero hecho de acudir a la Corte supone un peligro.

—¿Os referís a Witiza? —preguntó Fruela.

—Sí. —Asintió la abadesa—. Hablo de mi hijo, el rey.

Supo entonces que hablaba con Cixilo, la hija de Ervigio, quien desposó a Égica cuando su padre era rey. Un enlace que supuso la alianza entre los dos grandes linajes de la Bética que, durante décadas, se habían disputado la corona. Los cánones de los concilios prohibían que, una vez fallecido el rey, su esposa se desposara de nuevo.

—Cuando mi padre me entregó a Égica para convertirle en sucesor, creí que mi honor estaría a salvo —se lamentó Cixilo—. Repudiarme por adulterio solo fue una excusa para que mi esposo rompiera su alianza con nuestro linaje. Así pudo devolver tierras y cargos a sus allegados. Aunque todos lo sabían, nada pudo restaurar mi buen nombre.

—Solo he venido a traer un obsequio —aseguró Fruela—. Dadle esto de mi parte.

El muchacho le ofreció la fuente de plata que Witiza le había entregado meses atrás. La abadesa no hizo el menor gesto para tomarlo.

—Ella no lo aceptará.

—En tal caso, es para vos.

—Al ingresar en el convento renuncié a cualquier posesión terrenal —insistió la abadesa—. Es parte de la Regla de San Fructuoso.

—Entonces consideradlo una donación. Emplead el dinero para lo que creáis oportuno. —Obrar con generosidad y nobleza estaba resultando mucho más difícil de lo que Fruela jamás hubiese imaginado.

Al fin, la antigua reina tomó el presente.

—Rezaremos por vuestra alma. —Su voz le dio a entender que garantizar la salvación de su ánimo sería una ardua tarea—. Alguien desea hablar con vos.

La anciana se retiró por un corredor lateral y, al girarse hacia la puerta, Fruela descubrió a dos individuos con la cintura bien herrada. Junto al duque Teodomiro se hallaba una figura con el rostro en penumbra. Oro y granates decoraban la empuñadura de una espada que, a pesar del ornato, evidenciaba huellas de uso.

—Soy Rodrigo —dijo el recién llegado—. ¿Me conoces?

—He oído mencionar tu nombre —respondió Fruela con cautela.

—Sabemos a qué has venido. —Los ojos vivaces del duque de la Bética escudaron a Fruela con la misma intensidad de la que eran objeto.

—Conoces a Pelayo. —Teodomiro parecía alto y de hechuras fuertes, aunque sin un ápice de rudeza. Moreno de piel y de cabello crespo, su mandíbula cuadrada enmarcaba una sonrisa cauta.

—Algo —admitió Fruela. En la Corte, todos daban por hecho que el astur y él eran primos hermanos: cántabros, astures..., la misma mierda con distinto nombre.

—Nos ha hablado bien de ti —dijo Rodrigo.

—¿Seguro que nos referimos al mismo Pelayo?

Al fin había descubierto quién era el aspirante al trono que apoyaba el astur. Debió imaginarlo. El padre de Rodrigo, Teudefredo, había sido un duque al que Égica, el padre de Witiza, ordenó que arrancaran los ojos, tal vez por envidia. Por su parte, el progenitor de Pelayo había muerto a manos del propio Witiza. Rencores familiares que, al parecer, los habían reunido en la misma causa.

—En Toletum mi sobrino fue testigo de tu sarcasmo ante el rey —prosiguió Rodrigo—. ¿Por qué crees que las *scholae* no son una fuerza efectiva?

Bien sea por sus desafiantes palabras contra Witiza, o por algún retorcido motivo, Fruela se había ganado su respeto. ¿Eran suyos los espías que observaban las prácticas de su *schola*? El

muchacho consideró el grado de confianza que le merecían aquellos nobles. Desde que llegó a la Corte habían sido los únicos que habían mostrado algún interés por su opinión sobre algo. Tal vez por ello, decidió responder.

—Demasiada centralización, falta de flexibilidad táctica y, sobre todo, desaliento al liderazgo entre decanos y centenarios.

—¿Por qué?

—La mayor parte de los condes trata a los soldados como siervos y ve a los centenarios de igual modo. Se niegan a ensuciarse las manos, ignoran los aspectos prácticos de la instrucción al creer que están por debajo de su rango. Prefieren rodearse de aduladores que renuncian a tomar cualquier decisión más allá de llenarse la bolsa. La iniciativa es el mejor modo de buscarse problemas, así que prefieren mostrarse dóciles y leales. Al fin y al cabo, los ascensos no obedecen al mérito. Las órdenes son estrictas y no pueden reinterpretarse. Esto puede funcionar en un «muro de escudos», pero en una fuerza de caballería la flexibilidad resulta esencial. Una vez en batalla, el precio a pagar puede ser alto. Sin la cohesión de los decanos y centenarios, las tropas tienden a disgregarse en el caos de combate. Algo acentuado por el simple hecho de que los soldados no confían en sus mandos.

Rodrigo intercambió una mirada con el otro duque.

—Por eso has reunido a los más insubordinados en tu unidad. —Aquello no era una pregunta—. Crees que las disputas entre facciones nobiliarias pesan sobre las decisiones militares.

—El éxito de cualquier acción militar se basa en la confianza. Los defensores deben estar seguros de que los cursores les proporcionarán cobertura con sus arcos, y estos deben saber que podrán refugiarse tras sus compañeros cuando sea necesario. Quienes actúan en el centro deben confiar en que no serán flanqueados, pues las alas se hallan en su sitio. Si se duda de ese apoyo, el coraje se desmorona.

—Y tú te has propuesto cambiarlo.

—Podemos fingir que doscientas lanzas son de fresno en lugar de encina..., siempre que no entremos en combate. Cuando nuestros jinetes carguen por primera vez contra un enemigo real, se partirán al primer choque.

Taciturno, el duque de la Bética tomó un escaño y, tras limpiarlo de polvo, se sentó sobre él.

—Nuestro reino es débil, la sequía y la peste se han cebado con los más jóvenes —admitió—. Tāriq asedia Septem y tiene la mirada fija en nuestro reino. Odón prepara una nueva incursión en el norte. Agila compra armas y caballos, se prepara para la guerra. Se ha aliado con Odón, e imagino que habrá ofrecido algún acuerdo a tu familia.

—Es posible —dijo Fruela—. ¿Conspiráis contra Witiza?

—Nuestras familias forjaron una alianza mediante la unión entre Égica y Cixilo. He prometido

la mano de mi sobrina a Sisberto, el hermano del rey. Pero Alamundo es demasiado joven para sentarse en el trono.

La unción regia no podía recaer sobre un menor de edad y el primogénito de Witiza aún no había cumplido los dieciséis. La relación entre los dos linajes de la Bética no debía ser tan cordial como aparentaban.

—La salud del rey es precaria —concluyó.

—Es posible.

Recordó la misión que le había encomendado su padre: ganarse la confianza del rey para asegurarse de que, en caso de amenaza, las *scholae* marcharan al norte. No se había acercado un ápice a ese objetivo, más bien al contrario. Tal vez pudiera sacarle provecho a esta nueva situación.

—¿Qué me ofrecéis?

—La oportunidad de servir al reino.

El muchacho aguardó a que el duque de la Bética añadiera algo más.

—¿Eso es todo? —dijo al fin.

—¿Te parece poco?

Por un momento Fruela creyó que le estaban tomando el pelo.

—El reino jamás ha hecho nada por mí.

—El reino no hace nada por nadie. Cada hombre se hace a sí mismo; a cada paso que da, en cada decisión que toma.

—¿Por qué me venís con este cuento?

—Porque crees en algo —le dijo Rodrigo—. Eres uno de los pocos nobles que aspira a algo más que poseer tierras y cargos. No eres ni de lejos perfecto, pero crees en algo.

El cántabro consideró la situación. El duque de la Cartaginense se había aliado con Rodrigo, que a su vez era yerno del gobernador de Lusitania. Eso ponía todo el suroeste hispano en sus manos y, si Pelayo le apoyaba, tendría más partidarios en el norte.

—Os soy de utilidad —asintió Fruela—. Pero aún debo decidir si vos me servís de algo.

Rodrigo se echó hacia atrás y apoyó la espalda en un puntal de encina.

—Imagino que Agila te hablaría sobre esa sociedad perfecta, tal y como la concebía Sócrates: la clase dirigente solo existe para proteger a la ciudad. Sin embargo, el filósofo también se preguntaba: ¿quién vigilará a los vigilantes? ¿Qué hará que la nobleza no emplee el poder que ostenta para oprimir a quienes debería proteger? En su *República*, Platón creyó hallar la respuesta: los nobles se vigilarán a sí mismos si creen que su deber es servir al resto. San Agustín concluyó que donde no hay justicia no hay república.

—Le contaré a mi porquero que vuestras pretensiones al trono se basan en la equidad y la justicia. Sin duda, se convertirá en vuestro más fiel vasallo.

—Tú también desprecias a Witiza —le dijo Teodomiro—. Sabes que es indigno de ceñir la diadema. El rey ha de velar por el reino y, a los quince años, él dejó de pensar en nada que no fuera él mismo.

—¿Pretendes que apoye vuestra causa por... simpatía? —Fruela trató de mostrarse hiriente, pero aquellas palabras habían calado en él mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Una guerra se avecina y no sabes a quién apoyar —dijo Rodrigo—. Dudas, tienes miedo a fallar, como al elegir una yegua en el mercado. Sin embargo, la pregunta que debes hacerte es sencilla: ¿quién debería gobernar y por qué? Una vez que hayas encontrado tu respuesta, las decisiones que debas tomar te resultarán igual de simples.

El duque de la Cartaginense se apartó de la puerta y Fruela se reunió con sus hombres.

El grado de egoísmo, corrupción y estupidez que puede alumbrar un reino antes del colapso tiene un límite, y es muy posible que, para entonces, ese límite ya se hubiera rebasado. Aun así no debemos interpretar nuestros males solo como el castigo por una oscura culpa, sino como el modo en que manifiestan la voluntad del Señor. Los musulimes se jactan de que sus leyes proceden directamente de Dios y no del intelecto humano. Llamen «pretenciosidad» a querer saber algo distinto de lo ya escrito, a buscar otras leyes y otra forma de gobierno. Quien desea saber más es pretencioso, al contrario que el piadoso, que se limita a repetir una verdad revelada.

Apocalipsis significa «revelación», pero este mensaje ha de ser descifrado. Los evangelios nos narran historias que deben ser entendidas mediante la razón..., al igual que los hechos de nuestra historia. Los retazos de sabiduría que obtenemos en este proceso hacen posible que nosotros creamos en un mundo perfectible.

Tal vez el reino en el que creía Rodrigo no tuviera cabida en este mundo y, sin embargo, aquel día Fruela deseó que así fuera.

## XVIII

Le asaltó una repentina jaqueca. En ocasiones, el dolor era como un zumbido sordo que aplastaba cualquier otra sensación. Otras veces suponía una punzada en la nuca, como si le hubiesen martilleado un clavo. Esta vez, tuvo que acudir a las cuerdas para vomitar a escondidas. Utilizó un puñado de heno para limpiarse la barba.

—¿Todo bien? —le preguntó Teodolf al verle regresar.

—Fui a mear —le dijo Fruela sonriendo.

Sabía que su tutor no se creía ni una sola palabra, pero los hombres desconfían de un caudillo de salud precaria. El veterano se giró cuando Bulgar atravesó el arco de entrada, acababa de regresar a Spali tras varios días de ausencia.

—Bienvenido —le dijo Fruela, una vez descabalgó—. Es agradable tenerte de vuelta.

—Una misión repentina —les explicó el conde espartario—. El rey me ordenó capturar a un bandido que lidera una partida de esclavos prófugos.

—¿Y cómo fue todo?

—Mal. Perdimos un par de hombres y no logramos apresarlos —respondió, enfurruñado—. ¿Y tú cómo te encuentras?

—Estoy bien. Agradezco tu interés.

Tomaron asiento en el soportal y la hija del porquero les trajo algo de queso y vino. Fruela se preguntó qué pensaría su prometida de los cambios que estaban teniendo lugar en la hacienda.

—¿Alguna idea sobre quién pudo atacar a Fruela? —preguntó Teodolf a su antiguo camarada.

—En Toletum defendiste a la embajada griega —Bulgar hablaba al muchacho— y mataste al monje que lideraba la turba...

—Jamás dejo un enemigo vivo a la espalda. —Las palabras de Fruela señalaban un hecho y suponían una declaración de intenciones. En ese momento Munio irrumpió en el atrio.

—Baldomero ha encontrado a la buscona.

Tardaron dos horas en llegar. Las mareas hacían que el agua del Betis fluyera río arriba o abajo, en función del momento. El agua salobre llegaba hasta Spali y por ello para beber la población dependía de los manantiales y el acueducto que salvaba la depresión del Taragete. Bajo el último arco, Baldomero aguardaba junto a la ramera: el mismo cabello castaño, el rostro pálido y los ojos grises. Nada más verla, Fruela supo que no iba a decirles nada. Yacía desnuda, con la piel

cubierta de hojarasca. Teodolf había visto cadáveres de todas clases y estimó que aquel llevaba en la ciénaga al menos seis días.

—Es ella —confirmó Fruela.

—La descubrieron esta mañana. —El muchacho sirio les mostró un tremís recién acuñado—. Lo tenía en la boca. He hecho venir a todos los rufianes que regentan burdeles y nadie parece conocerla.

Sin duda había sido un sabueso implacable. No existía nadie más despiadado con alcahuetes y taberneros que un ferviente beato.

—Se han asegurado de que no haya testigos —dijo Argebald—. Quien se atreve a atentar contra el hijo de un duque es capaz de todo.

Al escucharle, Fruela sintió una repentina inquietud.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Teodolf.

—La muchacha del xenodoquio —murmuró—. Pudo ver el rostro de mis atacantes.

—Los vigías que apostamos en el convento dicen que ayer entró un religioso de alto rango —comentó Munio.

—No es extraño que un obispo visite un cenobio —repuso Bulgar.

Aun así, demasiadas coincidencias. Fruela recordó el modo en que la muchacha evitó hablar de los atacantes, momento en el que pudo percibir su miedo. Quienquiera que fuera, se trataba de alguien de alcurnia, pues no la protegían ni los muros del convento.

—Debemos entrar, buscar a la chica, sonsacarle la información y ponerla a salvo —concluyó el conde espartario.

—La pena por profanar un convento es la muerte —le advirtió Bulgar—. Si os descubren, pocos creerán que vuestras intenciones son honestas.

Entrar en el xenodoquio no era, desde luego, tarea fácil. La primera planta carecía de ventanas exteriores y el portón de roble estaba reforzado con planchas de hierro. Debían emplear escalas para trepar por la fachada, caminar por el tejado y descolgarse hasta el patio. Y luego averiguar el paradero de una muchacha de la que ignoraban tanto rostro como nombre. A pesar de que el convento estaba en un lugar apartado, si acudía la guardia del conde hispalense tendrían que abrirse paso a punta de espada.

—Mañana por la noche, durante la cena del rey —murmuró Teodolf—. Toda la guardia estará en el festejo.

—Os acompañaré —dijo Bulgar.

—Acabas de decir que es peligroso —terció su camarada—. No tienes por qué hacerlo.

—Te debo un favor, y siempre cumplo con mi palabra. Conozco bien Spali, necesitaréis mi ayuda.

Decía la verdad, así que todo estaba decidido. Baldomero cruzó los brazos del cadáver y

murmuró una oración. Los siervos se disponían a cargar el cuerpo en el carronato.

—Dejadlo ahí —les ordenó Fruela.

El muchacho sirio trató de razonar con él.

—Quien dejó este tremís lo hizo para pagar su funeral —dijo muy serio—. De lo contrario, su alma...

—Se queda donde está. —Fruela caminó hacia el cuerpo, lo empujó con el pie y rodó por la pendiente hasta caer en el pantano.

—Dios perdona las ofensas —dijo Baldomero.

—Dios mora en el reino celestial reservado a los justos. Quienes lo hacemos en este vivimos rodeados de hijos de puta.

El regreso le resultó más arduo que la ida. Habían tomado una decisión arriesgada, pero no tenían otro rastro que seguir. Las pesquisas de Adelmo habían fracasado, en la Corte nadie tenía noticias de dos guerreros muertos. Los grandes linajes contaban con cientos de bucelarios, tal vez los sicarios vinieron de lejos para cumplir el encargo. No, eso tampoco tenía sentido. Aquellos hombres conocían la ciudad. Durante la persecución hallaron las sendas en la oscuridad, sabían dónde estaba el puente y no les fue difícil darle caza. Si no hubieran abierto la puerta... Fruela se hallaba sumido en la incertidumbre.

En el patio de la casa descubrió que su prometida había regresado. Ocultos tras una sonrisa afable, los ojos de Imelda despedían lanzas de fuego. Tras descabargar la saludó de un modo cortés, mas ella le tomó del brazo para conducirlo a la capilla. Una vez en suelo sagrado, su furibunda voz resonó como un trueno:

—¿Qué le has hecho a mi confesor?

—Tu confesor era un espía de Opas que prostituía a las criadas —respondió Fruela—. Y lo peor de todo: me robaba.

—¿Te robaba? ¿Desde cuándo esta hacienda te pertenece? Estas tierras son la herencia de mis hijos y no dejaré que dilapides su fortuna. Si Opas me hubiese advertido que eras un putero, jamás hubiera accedido a casarme contigo. ¡Solo sabes fornicar!

—En ese caso, tienes suerte de tenerme a tu lado. Al menos mientras seas fértil.

Imelda le cruzó la cara de una bofetada.

—Fingiré que esto no ha sucedido —le dijo Fruela.

Entonces le dio otra bofetada.

El conde la sujetó del brazo y recibió una mirada amenazante. La empujó con rudeza contra la pared. Imelda trató de zafarse, pero él empleó su peso para impedirlo. Sentía su cuerpo debatirse bajo él, cálido, turgente, acogedor. Un nuevo enemigo se sumó a la lucha. Un deseo inconsciente de castigar al objeto de su deseo por haber despertado ese anhelo y, por tanto, de haberle dominado. Al fin y al cabo, ¿qué es la lujuria sino un duelo de conciencias y el deseo de ser

deseado? Impulsos que nos liberan de nuestra humanidad y, al mismo tiempo, nos hacen deleitarnos en nuestra naturaleza más primaria.

Fruela estaba cachondo. Su prometida percibió la descollante firmeza que delataba su estado, y una maliciosa sonrisa afloró mientras sus ojos negros se entrecerraban:

—Te lo estás pasando en grande, ¿verdad? —murmuró, y él percibió un cambio en el modo de debatirse.

—Calla, chupacirios.

—¿Me vas a violar? ¿Es eso lo que pretendes, niño engreído?

Sus uñas le arañaron el cuello. Él la tomó por las muñecas y le llevó los brazos a la espalda. Los rostros quedaron frente a frente, las respiraciones agitadas resonaron en el oratorio. La melena caía por el rostro de Imelda otorgándole un aspecto salvaje.

—No tienes lo que hay que tener. —La expresión de su prometida era desafiante y Fruela quiso darle un escarmiento.

—Eso ya lo veremos.

Tiró con todas sus fuerzas y le desgarró el vestido. Los senos oscilaron desnudos; entre ellos, colgaba un crucifijo de plata. La empujó de bruces contra el altar. Imelda se apoyó con el brazo libre, mas él le aferró las manos hasta que quedó tendida en el ara.

—Ah, ¿a eso jugamos? —le dijo, burlona—. Pues venga, a ver si logras hacerme gritar.

Tumbada boca abajo, con el cabello revuelto y la respiración agitada, se reía de él. Fruela le alzó el vestido para dejar la grupa al descubierto.

Hubo un momento de duda. La imagen de Cristo presidía la escena.

—¿Qué te pasa, chiquillo? —le preguntó con sorna—. ¿Debo explicarte cómo se hace?

No aguantó más, aquella arrogancia lo sacaba de quicio. Imelda profirió un quejido cuando el joven la poseyó con una violenta embestida. La viuda se volvió hacia él sorprendida, y un nuevo gemido escapó de su boca al recibir otro empujón.

—Duele —protestó.

—Ya te acostumbrarás —le dijo él, y embistió de nuevo—. Aunque, la verdad, espero que no.

Por un momento, creyó que iba a abofetearle. Siguió a lo suyo, sin darle un descanso. Las caderas se movían con golpes secos, ella gemía de forma entrecortada y los movimientos se hicieron más bruscos. Su prometida tuvo que morder la manga del vestido para no gritar.

—No, por favor...

Sumisa, derrotada, se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar. Consternado, Fruela se detuvo. La abrazó con ternura para acariciarle el cabello y susurró una disculpa en su oído. Imelda apartó las manos, alzó la vista y sus lamentos se convirtieron en carcajadas.

—Sabía que te ablandarías —rió entre dientes—. Ya que tú no das la talla, ¿puedes llamar a alguno de tus hombres?

Aquella treta acrecentó su ira. Con las palmas afianzadas en el altar, Fruela quiso terminar lo que había empezado. El cuerpo femenino se meció con violencia, los pechos se agitaban a cada golpe. El cabello le ocultaba el rostro y, aun así, zarandeada por los empujes, la mirada era obscena. Fruela se dejó caer, su prometida le arañó la espalda y se mordió el labio para no gritar. Luego lo pensó mejor y le mordió a él. Fue él quien gritó. Imelda alzó las caderas, de su boca surgió un grito agónico que resonó en toda la capilla y no cesó hasta que su cuerpo, desmadejado, quedó tendido sobre el altar.

Fruela aún recuperaba el aliento mientras trataba de explicarse lo ocurrido. Bajo él, su futura esposa yacía exhausta, con los ojos entrecerrados.

—Necesito un confesor —murmuró.

Las criadas no dejaban de murmurar sobre la afición de Oliba por las termas y su insistencia en desvestirse sola. Hacía tiempo que le costaba sentirse limpia y era incapaz de explicar las marcas en su piel. Sumergida en la tinaja de duelas, flexionó la pierna para examinar un cardenal. Tomó el jabón y comenzó a frotarlo con la esponja, como si a fuerza de hacerlo pudiera borrarse. La noche anterior Witiza no había sido amable. Hubo inquietud en su voz cuando ella le preguntó qué le ocurría. «No quieras saberlo», le respondió, y sus ojos mostraron una sabiduría perversa.

Salió del baño y eligió un vestido de color esmeralda. Las manos le temblaron al vestirse. Una vez en el atrio se reunió con sus padres y vio cómo Urbano estudiaba su aspecto sin pronunciar palabra. Dadas las circunstancias, la ausencia de críticas suponía un halago.

El conde juliano se había mostrado sorprendido cuando las encontró en Spali. Aseguraba no haberles enviado ninguna carta, parecía turbado, y el germen de la sospecha le había emponzoñado el alma. Oliba sentía aquella mirada dura, desconfiada. Durante el trayecto a palacio también escuchó los susurros de la servidumbre. La vista de Urbano fustigó a los criados antes de clavarse de nuevo en ella.

Las paredes de la sala de banquetes estaban decoradas con hiedra trenzada con espliego, el humo del incienso perfumaba el aire y resplandecía bajo las angostas ventanas. Las damas se examinaban unas a otras para descubrir el atuendo de mayor boato y, entre el ejército de cortesanos, se toparon con un enjuto individuo con ropas de obispo. El conde juliano le reconoció de inmediato y se volvió hacia su esposa e hija.

—Álvaro, el obispo de Rusadir —les presentó—. Ya conoces a mi hija, ¿verdad?

—No soy de los que olvidan una cara hermosa. —El religioso esbozaba una sonrisa afable, sus cejas se alzaron y Oliba se preguntó qué hacía en la Corte goda un prelado de Mauritania Tingitana.

El rey hizo acto de presencia y una veintena de nobles se recostó en los lechos. Pálido y

ojeroso, el aspecto de Witiza casi inspiraba lástima. Oliba percibió la mirada de Brunilda sobre ella, apartó la vista y escrutó a su padre, con una mezcla de curiosidad e inquietud. La velada resultó tensa. Urbano demandaba vino al copero, se llevaba el vaso a los labios y fingía beber. No hacía nada más.

Un juglar se sentó ante los tálamos con un arpa en las manos y comenzó a recitar un relato heroico. El Cantar de Waltario narraba la historia de un antiguo héroe godo, nacido en el feudo que Roma les otorgó en Aquitania y que, siglos más tarde, les arrebataron los francos. Atila, el rey de los hunos, había sometido a visigodos, francos y burgundios; para asegurar su fidelidad, les exigió la entrega de rehenes. Entre ellos se hallaba Waltario, el retoño del rey Alfere. Los versos describían al héroe acaudillando un ejército.

—«Quebráronse pechos contra pechos de caballo en el encuentro y muchos combatientes sucumbieron en el duro choque de los escudos. Waltario derrochó furia en las líneas, segando la vida de quien le salía al paso y abriéndose camino con la espada. Los enemigos, al verlo sembrar esta matanza, estaban aterrorizados, como si en él se hubiera materializado la muerte. Y adondequiera que iba, ya fuera a la derecha o a la izquierda, huían de él con los escudos a la espalda. Entonces, imitando a su caudillo, el ejército de Panonia atacó con fiereza y acrecentó la mortandad a fuerza de coraje. Los godos abatieron a cuantos oponían resistencia y aniquilaron a los fugitivos, hasta obtener el triunfo. Entonces se arrojaron sobre los cadáveres para despojarlos por entero. Al fin Waltario hizo sonar su cóncavo cuerno para reunir a sus hombres y fue el primero en coronarse la frente con una festiva fronda.»

Los comensales aplaudieron y resonaron los murmullos en la sala.

—Waltario huyó de la corte de Atila y mató a los francos que le acosaban —comentó un invitado—. ¿Qué pasó después?

—Los francos nos derrotaron en Vogladum. —Witiza sonreía a Brunilda—. El rey ostrogodo Teodorico acudió en nuestra ayuda y pudimos asentarnos en Spania. Pero la guerra con los francos no había terminado. Los reyes Childeberto y Clotario asediaron Caesaraugusta, la ciudad resistió y tuvieron que retirarse ante el temor de quedar atrapados, pues el duque Teudiselo controlaba los pasos pirenaicos. Solo pudieron regresar a su tierra tras pagar un abultado rescate. Gracias a su éxito, Teudiselo fue coronado rey.

—¿Y qué fue de él? —preguntó alguien.

De súbito, en el salón se impuso un sombrío silencio.

—Murió asesinado, aquí mismo, en Spali, un año después de acceder al trono —comentó Urbano—. Ocurrió durante un banquete como este. El rey estaba borracho y unos nobles, a cuyas esposas había ultrajado, cerraron las puertas y le apuñalaron uno tras otro. —El corazón de Oliba se contrajo al ver sonreír a su padre—. Por cierto, Álvaro... ¿Cuál es el motivo de vuestra visita?

—Traigo la paz para nuestro reino —declaró el obispo de Rusadir—. Desde que asumí el cargo

mi principal objetivo fue restaurar la concordia. En este camino, largo y tortuoso, he debido sortear las animosidades de los fanáticos, tanto godos como árabes, ansiosos por arrastrarnos a la ruina. Tras reunirme con el caudillo moro mis esfuerzos han sido recompensados.

—¿Estás diciendo que Tāriq desea la paz? —El conde juliano masticó aquellas palabras.

—Tāriq, hijo de Ziyād, ha prometido respetar a la Iglesia tingitana a cambio de que renunciéis a Septem, una plaza indefendible.

—Para que el obispado pueda conservar sus haciendas. —Urbano solo pronunció en voz alta lo que todos pensaban.

—Es nuestro deber preservar a la Iglesia —manifestó Álvaro—, pues mantiene la obra de Dios en la tierra.

—Hace veinte días —espetó Urbano— perdí doscientos hombres a manos de Tāriq.

—«Habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos, rezad por los que os persiguen.» —El prelado recitó aquel versículo con la complacencia que solo otorga una abrumadora superioridad moral.

—Piensas que basta con no odiar para estar a salvo del odio —le respondió el conde juliano—. ¿De verdad crees que los moros nos atacan porque les hicimos algo? ¡Quieren arrebatar nos nuestras tierras y mujeres!

—Es el miedo lo que nos induce a creer tales disparates, lo que militariza nuestras conciencias y lo reduce todo a lanzas, escudos y espadas. Por suerte, el rey piensa de un modo distinto.

El conde juliano escrutó la expresión del monarca para cerciorarse de que tales palabras eran ciertas.

—He decidido aceptar la oferta de Tāriq —asintió Witiza.

—Señor —dijo Urbano—, os ruego que esperéis el regreso de Opas. Siempre habéis confiado en el consejo de vuestro hermano.

—¿Insinúas que soy incapaz de tomar una decisión por mí mismo? —rugió Witiza.

—¿Por qué habéis hecho venir a mi esposa e hija hasta aquí mediante engaños? —espetó el conde juliano.

—Tengo una propuesta para Oliba —dijo, y Urbano observó a la muchacha—: la posibilidad de hacerme compañía.

—¿Una concubina? ¿Es que te has vuelto loco? Prefiero ver a mi hija casada con un cabrero antes que sometida a tal indignidad.

—Supongo que no se lo has contado... —dijo Witiza, y bebió un trago sin dejar de observar a la joven—. Oliba es muy ambiciosa y yo... soy como soy.

Se echó a reír, enardecido por el vino. Urbano dirigió una mirada a su hija, a la espera de que negara tales insinuaciones. No lo hizo.

—¿Cómo has podido? —Las palabras de Urbano le provocaron un sobresalto. Witiza los observaba divertido.

—Por favor... —murmuró Deodata.

—¿Tan difícil resulta mantenerte alejado de ella? —le dijo al rey—. ¿Acaso no tienes suficientes rameras? ¡Mi hija solo tiene quince años! —Golpeó la mesa con furia, derramando el contenido de los vasos.

—Yo no la forcé —respondió el monarca—. Acudió a mi lecho por voluntad propia.

—Padre. —Oliba le apoyó la mano en el antebrazo—. Aquí no, por favor.

Urbano dedicó a su hija una mirada devastadora.

—Tú... —La ira se adueñó de sus palabras—. Debías proteger tu virtud. —Le apuntó con el dedo y luego señaló a su esposa—. Y tú..., te repetí mil veces que la mantuvieras alejada de este depravado.

—¿No vas decir nada más? —preguntó Witiza a la chica—. Cuéntale a tu padre en qué se ha convertido su niñita del alma.

—¿Es esta la justicia que impera en este reino? —preguntó Urbano, y sus ojos escrutaron la veintena de rostros reunidos en torno a la mesa. La mayoría eludió su mirada, otros se mostraron impasibles, y también halló sonrisas mezquinas.

—Soy yo quien hace las preguntas —declaró Witiza en tono cortante—, y en estos momentos no estás en posición de elegir. ¿Crees que Ricila no la repudiará cuando sepa qué clase de mujer es? ¡Se vistió como una fulana para seducirme! Así que no me vengas con que la he ultrajado. —Urbano ni siquiera le miró cuando apaciguó el semblante—. Considera seriamente mi oferta.

Una docena de cántabros aguardaba en las cuadras, con la cintura bien herrada, como si temieran a los elfos. Fruela engrasó *Nadristuggo*, la introdujo en la funda y estudió a sus hombres. Los momentos previos siempre son lo peor. El cuerpo sabe lo que se avecina, la boca se vuelve pastosa y los intestinos se convierten en agua. Un estado de alerta hace que el pulso se acelere y te olvides del sueño. Si ese momento decisivo no llega, las manos comienzan a temblar y resulta imposible atarse el calzado.

La ansiedad es el primer enemigo al que debe enfrentarse un guerrero, y cada cual lo hacía a su modo. Algunos, como Teodolf, afilaban las armas para mantenerse ocupados, otros abusaban del vino y el resto decía sandeces.

—¿Cuál es la forma más ridícula de morir que habéis visto? —dijo Argebald.

—Una vez fuimos a rechazar una incursión vascona al norte de Tetelis —respondió Munio—. Al llegar a la aldea todos estaban muertos. Entonces oí unos ruidos. En una tenada, descubrimos a uno de los vascones en medio de una violación. Se había bajado las calzas y apenas podía correr,

así que mi primo le ensartó con su lanza. Cayó de bruces sobre la víctima, que baló asustada. ¡Habían matado a las mujeres y estaban violando a las ovejas!

Cada vez que relataban el suceso, el ingenio se imponía más a la verdad. Fruela no lo recordaba precisamente de aquel modo, aunque sin duda era una buena historia.

—Teodolf podría componer un canto épico sobre ello —bromeó Bulgar.

—Los poemas son un fraude —aseguró Munio—. Te dicen que por rescatar a una doncella y regalarle un collar te ganarás su afecto. Lo más probable es que se quede con el collar y se vaya con otro. En fin... Nadie tiene la obligación de quererte solo porque hayas hecho el imbécil.

—Eres un filimincias —le dijo Teodolf.

—No, solo estoy algo borracho.

—Munio está en lo cierto —aseguró Fruela—. A los héroes de las historias no los asaltan de noche y a traición.

—Los héroes de las historias no se van de putas —precisó Teodolf.

—¿Y eso quién lo dice?

—No conozco ningún canto épico en el que el héroe se trajine a una furcia.

—Tampoco dicen que hagan de vientre —razonó Fruela—, y supongo que alguna vez tendrían que hacerlo.

—En los poemas, los héroes solo frecuentan la compañía de doncellas de noble cuna —insistió su maestro.

—Yo soy muy tolerante con las mujeres: me gustan las doncellas y las furcias por igual —aseguró Munio—. Las tetas no entienden de clases. Una buena moza, con un buen par de ubres... ¿Qué más da que no sea noble? Aunque las doncellas me dan un morbo especial: tienen un aire de princesas que me pone burro. Y al contrario..., ante una fulana, me vuelvo tierno. No sé si se me nota...

—Se te nota.

—Lamento interrumpir vuestra animada tertulia. —Imelda llegó acompañada de un nuevo sacerdote—. He venido a despedirme de mi prometido.

El muchacho conocía lo suficiente a su prometida como para imaginar que deseaba hablar con él en privado. Se reunieron en las caballerizas.

—Acude al convento, encuentra a la chica y sácale la información como sea —murmuró Imelda—. Hallaremos un modo de acabar con quienes te desean mal. Pero, sobre todo, no falles. Las enemistades se heredan como la tiña y no quiero que el futuro de mis hijos se vea amenazado.

—¿Su bienestar por encima de la salvación de tu alma? —le preguntó Fruela, sarcástico.

—Si fueras madre no harías esa pregunta.

El joven conde bajó el rostro y, al alzar la vista, su sonrisa se había esfumado.

—Las muertes pueden ser una pesada carga para la conciencia.

—Por eso me busco un buen confesor.

Fruela ordenó montar a sus hombres y abandonaron la hacienda en dirección al norte. Una vez en la barcaza, trató de recordar algún canto épico en el que el héroe asaltase un convento. Al cabo de un rato, tuvo que desistir. Hacía tiempo que había renunciado a justificar sus actos. La gabarra los dejó en la otra orilla y pronto reanudaron la marcha. La calzada remontaba el curso del Betis, alimentado por las lluvias invernales. Entre sotos y zarzales resonaba el murmullo del agua y el entrecocar de las armas de una docena de hombres entrenados para matar.

Crecía en Fruela una inquietud que trataba de ocultar a toda costa. Dicen que, cuanto más joven, menos miedo a morir; como si el paso del tiempo te consumiera el valor; como si con cada año vieras más de cerca a la Parca. En la juventud sabemos que existe la muerte, pero imaginamos que con nosotros pasará de largo, como si un paso en falso o un estúpido error no supusieran la diferencia entre estar vivo o muerto. Tras aquella celada nocturna, Fruela había comprendido que en el mundo existían fuerzas que escapaban a su control, y que, por cada glorioso héroe al que se dedicó un canto épico, hubo mil fracasados cuyas muertes ya nadie recuerda. Él sería una excepción y, junto a su hermano Alfonso, cimentarían un reino que aún perdura. Pero eso solo fue posible tras muchos pesares, infinidad de muertes y un gran desastre.

La senda se fue estrechando, Teodolf encabezaba la marcha y el conde le habló en voz baja.

—No debí largarme con esa fulana. —Era la primera vez en años que Fruela asumía una falta —. Fui yo quien no estuvo a la altura.

—Mataste a dos hombres y saliste con vida.

—Hui. Me cagué encima. Esa es la verdad.

A veces podía confesar a Teodolf cosas que no se atrevía a decirse a sí mismo. Hacía tiempo que el sol se había ocultado tras la sierra de poniente y caminaban a oscuras. Bajo la luna llena, le era imposible distinguir su expresión.

—Todo lo que creemos saber sobre la guerra es el fruto de dos mil años de mentiras —le respondió su maestro—. Si tienes el intestino lleno y tu vida corre peligro, el cuerpo suelta lastre. Pasan los años, un día tu hijo te pregunta qué hiciste en tal batalla y, al contárselo, sueles omitir ese detalle. La sangre, el humo y la mierda son los perfumes de la guerra, a pesar de que nadie lo admita: todos esperan de ti un relato épico. Y cuando ese muchacho forma por primera vez en el muro de escudos y se descubre con las calzas manchadas, cree que algo falla en él. Se siente culpable por no ser como su padre, o como los héroes de antaño.

»Todos nos hemos cagado encima alguna vez y la cobardía no tiene nada que ver con el miedo. Cobarde es quien abandona su puesto en el muro de escudos. Un hombre solo es responsable de sus actos. Su modo de superar el miedo es cosa suya.

La vida se reduce a una sucesión de encrucijadas, en las que cada cual demuestra quién es al elegir un camino. Tal vez todas las sendas nos lleven a un mismo lugar, aquel que el Creador nos

escogió de antemano. Sea como fuere, aquella noche, en aquella encrucijada, el destino quiso que Fruela se encontrase con la última persona que cabría esperar. En un recodo de la antigua calzada se toparon con un noble y su esposa, vestidos con ropas de viaje y escoltados por media docena de hombres. Junto al cabeza de familia se hallaba una joven envuelta en un manto, con el cabello cobrizo recogido en una trenza. Las dos comitivas se detuvieron, frente a frente.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Urbano, señor de las Columnas de Hércules.

—Podría haceros la misma pregunta —respondió Fruela, con la mirada fija en Oliba. En sus facciones descubrió desolación e impotencia; sin maquillaje, parecía mucho más joven.

—Solo queremos pasar —aclaró el conde Juliano—. Mis asuntos no os conciernen.

Se mostraba firme, pero sus palabras no sonaban a exigencia, sino más bien a ruego. El antiguo imperial observaba a los guerreros que acompañaban a Fruela y los duplicaban en número.

—No podemos dejarle marchar —dijo Bulgar, que se hallaba en vanguardia—. Sin duda lo hacen en contra de los deseos del rey.

Los señores de las Columnas de Hércules trataban de huir en plena noche, de incógnito, por la calzada que conducía al Estrecho. Podía ser una excelente ocasión para ganarse el favor del rey, tal y como le había ordenado su padre.

Urbano vio necesario darle explicaciones:

—Witiza me envió una carta a Septem para alejarme de mi familia. Luego falsificó otra con mi firma, dirigida a mi esposa, para que ella y mi hija acudieran a Spali. Su intención era despojarle de honra y convertirla en barragana.

Fruela miró a los ojos de Oliba, señora y esclava de su belleza, y supo que era cierto. Experimentó un repentino vértigo. Para Alfonso, el destino de Spania se decidió cuando el Aula Regia aceptó las normas de un concilio impío; para Fruela, el reino quedó condenado cuando un padre demandó justicia y toda la Corte le dio la espalda.

—El rey es como es —declaró Bulgar—. Sus motivos no son de nuestra incumbencia.

Estas palabras trajeron a Fruela una maraña de recuerdos, que se entrelazaron en su mente como hilos de urdimbre, hasta formar un sobrecogedor tapiz que revelaba un sinfín de verdades ocultas. La fijación del rey por Oliba había surgido cuando él mismo le habló de ella en el consejo. Más tarde, urdió aquel mezquino plan para satisfacer su deseo. Intrigas en las que Witiza había demostrado ser capaz de cualquier cosa, aun a costa de poner en peligro el reino. Y cuando la verdad se desveló desnuda ante Fruela, la ira se adueñó de él.

—Dejad que se vayan —ordenó a sus hombres.

—Fruela —dijo Bulgar—, juramos lealtad al rey.

—Dejadlos marchar —repitió el conde espartario, y los norteños se hicieron a un lado para dejar paso a la familia de Urbano. Oliba le dedicó una mirada de gratitud y esa fue la última vez que contempló aquellos ojos de un color imposible.

Durante el resto de su vida, Fruela no dejaría de preguntarse por qué tomó esa decisión. Qué habría ocurrido de haber obrado de un modo distinto. ¿Debía hacer lo correcto aun a riesgo de que acarreará el desastre? Ni siquiera se hizo esa pregunta, y la ignorancia tampoco serviría de excusa. Todos sabían que, tras la desolación de una niña ultrajada, se hallaba la mayor amenaza del reino. La mente de Urbano sin duda albergaba un oscuro afán de venganza. Y si Fruela le hubiese llevado ante el rey, tal vez se hubiera evitado una guerra.

Pero no lo hizo. Ríos de sangre han corrido desde entonces, pues aquella decisión selló el destino de generaciones enteras.

—Está bien —dijo Bulgar—. Prosigamos...

Enmudeció al descubrir al otro conde con el acero desnudo.

—Desnúdate —dijo Fruela.

—¿Qué?

—La túnica. Quítatela.

Bulgar a punto estuvo de echarse a reír, mas la gélida expresión del muchacho le detuvo. Fruela rememoraba el ataque nocturno. ¿Quién pudo ordenar aquel escarmiento? ¿Quién sacó provecho de su desaparición? Durante días, no había dejado de pensar en ello y aquella noche, por un capricho del azar, la respuesta se había presentado ante él.

La mano de Bulgar se deslizó hacia la empuñadura de su espada cuando sintió un filo en el cuello. A la altura de la carótida. Supo quién empuñaba el *scrama* sin necesidad de mirar.

—¿Te has vuelto loco, Teodolf?

Alguien le derribó del caballo y recibió una patada en el vientre. Los bucelarios le sujetaron los brazos y Fruela se plantó ante él. Quienquiera que fuera el que planeó la celada en el puerto era lo bastante poderoso como para atreverse a atentar contra el hijo de un duque. ¿De dónde habían salido los sicarios, unos guerreros de oficio? Nadie los había visto llegar a Spali y ningún soldado había desaparecido, salvo los dos que acompañaron a Bulgar en una misión del rey. Fruela desgarró la túnica del veterano y halló una cicatriz cruzándole el pecho.

—¿Qué nos espera en el convento? —dijo Fruela mientras examinaba la herida que él mismo le hizo con el *scrama*.

—Vete a la mierda.

Hubiese sido más fácil pedir que alguien lo hiciera. Fruela se despojó del anillo ducal y lo guardó en una bolsa del cinto. Existen tareas imposibles de delegar, se dijo antes de propinarle un puñetazo en la boca.

—¿Qué nos espera en el convento? —repitió, y Bulgar le lanzó un esputo de sangre al calzado.

Esta vez utilizó el pomo del *scrama*.

¿De qué había servido que Fruela pasara diez días en el lecho? La respuesta se la había dado Urbano. El joven aferró a Bulgar del antebrazo para depositar su mano sobre una roca y le aplastó

los dedos, uno tras otro, con el mango del cuchillo. A cada crujir de huesos, Bulgar profería un gruñido. La noche iba a ser larga, aunque más penosa para una de las partes. Al fin, el veterano decidió contestar.

—La muerte —susurró entre toses—. La chica que buscas ya no está.

Le soltaron los brazos y cayó de rodillas. Fruela se acuclilló ante él para poner su rostro a la altura del suyo.

—¿Quién lo ordenó? —preguntó al tiempo que escarbaba en la tierra con la punta del cuchillo.

—El rey. ¿Quién si no? —espetó Bulgar—. Opas pretendía despojarme del rango condal para entregárselo a un jovencuelo del linaje de Ervigio. Soy yo quien merece el cargo, no un niño de buena familia...

—Como yo.

—El rey accedió a apoyarme a cambio de... —El espartario hizo una pausa—. Solo queríamos asustarte.

A Fruela los motivos de aquel idiota le traían sin cuidado. La paliza impidió que se presentara a su cita con Oliba y libró al campechano monarca de un molesto competidor. Bulgar exhaló parte del aire que aún retenía en los pulmones. Un atroz golpe en el vientre le dijo que aquello no había terminado.

—Witiza está enfermo —masculló Fruela.

—Gonorrea. Dicen que tiene los días contados. —La furia comenzaba a crecer en él—. Tú también estás acabado. Te has interpuesto en el camino del hombre más poderoso de Spania. No puedes hacer otra cosa más que huir a las montañas, como hizo Pelayo.

—Yo no me iré a ninguna parte.

La resolución del muchacho era la de alguien dispuesto a llevarse a quien fuera por delante, sin importar le si ceñía diadema regia, tiara de obispo o corona imperial. Había perdido el juicio, o poseía una baza oculta. Ninguna de las dos opciones resultaba halagüeña.

—Está bien —dijo Bulgar—. Puedo interceder por ti, el rey me escuchará.

Tan inútil como arrojar una piedra a la luna. El joven ni siquiera le prestaba atención. El pánico comenzó a hacer mella en el aguerrido espartario, tras darse cuenta de que nada de lo que podía ofrecer le importaba. Fruela se sentó en las raíces de un acebuche. «El rey es como es», había dicho Bulgar. El rey es como es, y el rey encarnaba al reino.

Siete duques provinciales. Si Witiza moría, ninguno de sus hijos podría sentarse de forma legal en el trono. Con Teodomiro y Witérico a su lado, Rodrigo controlaría la mitad sur del reino. Agila, con su primo Ardo, dominaría el noreste. La situación en Cantabria y Gallaecia dependería de las decisiones de Pedro y Gundemaro.

Siete condes espartarios. Bocanegra y Bulgar servían al linaje del rey. Sisenando era leal al

duque de la Tarraconense. Bencio obedecería a su tío, el duque de la Bética, al igual que Atanagildo, vástago del señor de la Cartaginense, y Sigérico, sobrino del duque lusitano.

El rey tenía los días contados y la disputa sucesoria estaba lista para sentencia. Ya se habían establecido los bandos y las alianzas, tanto en las *scholae* como en el Aula Regia. Fruela se mesó el cabello y sus dedos hallaron la cicatriz que lucía en el cráneo.

—Te advertí que la dejaras en paz —dijo Bulgar.

—Y yo que jamás dejo a un enemigo vivo a la espalda.

*Blutrache*, venganza de sangre. Fruela se despojó de la túnica y la camisa hasta quedar con el torso al descubierto. Aferró a Bulgar del pelo y alzó el *scrama*. Él trató de zafarse pero fue inútil. Le hizo un corte en la base del cráneo y de un violento tirón le arrancó la piel del cabello como al desollar una pieza de caza. El cántabro tomó una roca del suelo, aferró al veterano del cuello y le golpeó en la tapa de los sesos. Los huesos crujieron. Un segundo impacto y Bulgar quedó tendido en la hierba. Se sentó a horcajadas sobre él y comenzó a golpearle sosteniendo la roca con ambas manos. La cabeza quedó aplastada como un huevo roto, los sesos derramados por el suelo.

¿Tomó la decisión acertada? Quien busque la sabiduría solo hallará descanso en la tumba, no está en mi mente hacer preguntas imposibles de contestar. El Creador es el único que conoce la respuesta, pues todas las cosas por Él fueron hechas y sin Él nada de lo que ha sido hecho es algo ni es nada.

En cualquier caso, el Sexto Sello fue abierto. El sol se volvió negro como un tizón y la luna se tiñó con nuestra sangre; las estrellas cayeron sobre la tierra, como la higuera que deja caer sus frutos sacudida por el viento. Y los reyes, los grandes, los ricos, los poderosos, y todo siervo y todo hombre libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes.

La piel de toro se sumió en una guerra perpetua y solo se respetaba la ley de la espada. Los hijos de Ismael la llamaron *dār yihād wa-mawtin ribāt*, lugar de rábida y tierra de *yihād*. Los herreros forjaron lanzas en lugar de arados, los pretendientes al trono perecían en campos de batalla. Iglesias y monasterios fueron pasto de las llamas; hombres antaño libres arrastraron sus campanas hasta la mezquita aljama de Qurtuba, donde sus hijas eran vendidas en los mercados. Incendiadas fueron nuestras ciudades y demolidas sus torres; la tierra yacía yerma bajo las pisadas de los ejércitos en marcha.

Las almenaras ardían por todas partes cuando, cada verano, las puertas de Gormaz vomitaban las aceifas que lo asolaban todo a su paso. Así fue hasta el día en que el Demonio reclamó a su enviado, a quien había poseído en vida, y fue sepultado en el Infierno. El Fin del Mundo se aproxima y, una vez abierto el Séptimo Sello, toda vida se extinguirá. No habrá un nuevo amanecer y todos seremos juzgados por Él según nuestros actos.

## XIX

—Muhammad aún predicaba la palabra de Alá en Meca cuando se dirigió a la Kaaba, la piedra donde los idólatras depositaban sus imágenes, para denunciar sus prácticas impías. El Profeta —la paz sea con Él— se arrodilló para rezarle al Dios verdadero, y entonces ‘Uqba ibn Abū Mu‘ayt volcó sobre él un cesto con las heces y las entrañas de un dromedario recién sacrificado.

»‘Uqba formaba parte de los Quraysh. Muhammad aún trataba de levantarse mientras los miembros de su propia tribu reían a carcajadas y tuvo que acudir su hija Fátima para ayudarlo. Una vez en pie, el Apóstol gritó tres veces: “¡Oh, Alá! Véngame de Quraysh”.

»Muhammad y sus discípulos buscaron refugio en Yathrib y, en el Ramadán del segundo año de la Hégira, en las fuentes de Badr, atacaron a una caravana de mecenos cargada de riquezas. En esta batalla Alá nos concedió la victoria y el Profeta —la paz sea con Él— ordenó ejecutar a los prisioneros. Uno de ellos era Uqba, quien le preguntó: “¿Quién cuidará de mis hijos, Muhammad?”.

»Él respondió: “El Infierno”.

»Meses después, Asmà bint Marwān compuso un poema en el que culpaba a los mecenos por obedecer a Muhammad. Aquellos versos no tardaron en llegar a oídos del Profeta —que Alá le honre y le conceda la paz— y en la mezquita preguntó a sus fieles: “¿Quién me libraré de la hija de Marwān?”. Alguien de la tribu de su esposo quiso ganarse su favor y esa misma noche entró en la casa de la idólatra. Asmà tenía cinco hijos, el más joven aún dormía en su pecho después de amamantarlo. El creyente apartó al niño, desenvainó la espada y se la clavó entre los senos.

»Más tarde le llegó el turno a Ka‘b ibn al-Ashraf, hijo de una judía de los Banū Nadīr. Ka‘b había sido bendecido con el don de la poesía y compuso un lamento por los caídos en Badr. Al enterarse, Muhammad preguntó a sus fieles: “¿Quién me libraré de él?”. Cinco se ofrecieron voluntarios. Uno de ellos, llamado Abū Nā‘ila —que Alá se sienta complacido con él—, era hermano adoptivo de Ka‘b y, tras ganarse su confianza, le condujo hasta un lugar apartado donde le aguardaba el resto. “¡Herid al enemigo de Alá!”, les dijo. Ka‘b mostró coraje hasta que uno de los fieles le apuñaló en el vientre. Entonces cortaron su cabeza y se la entregaron al Profeta, que se hallaba orando en la mezquita.

»Este es el destino para quienes alzan su voz contra el Enviado de Alá. ¡Todo aquel que le ofenda será castigado!

El imán señalaba a una mujer maniatada que dos guerreros traían a rastras. El vestido, sujeto a

los hombros mediante un par de broches, había sido desgarrado y colgaba, hecho jirones, de la cintura. Sus pechos se mecían con violencia cuando trataba de liberarse. Treinta hombres, con el rostro crispado por el odio, la rodearon para increparla.

—¡Zorra blasfema!

Una ráfaga de viento levantó una nube de polvo en el páramo. A un centenar de pasos, el mar resplandecía y las montañas de la campiña de Tingi se mostraron colmadas de verdor. Cuando la brisa cesó y el polvo se desvaneció lentamente, se hizo visible el agujero excavado en el suelo.

La mujer comenzó a chillar. Los hombres la empujaron hacia el hoyo y trató de escapar, de abrirse paso entre el bosque de piernas. Alguien la golpeó en la frente y de su rostro comenzó a manar sangre.

—*Allahu Ákbar!*

Comenzaron a enterrarla. La grava la golpeó en el rostro. Trató de apartar cada palada de tierra con las manos. Luego intentó arrastrarse, las uñas se astillaron al arañar el pedregal. Alguien le pisó la mano, que crujió como un alacrán aplastado. La mujer se encogió para llorar y quedó sepultada hasta el pecho. El imán le tapó el rostro con un lienzo. Los gritos se convirtieron en lamentos.

La primera piedra era del tamaño de una manzana. La golpeó en la mejilla, y la tela se empapó en sangre. De repente, un diluvio de rocas comenzó a caer sobre ella. Incapaz de cubrirse con las manos, humilló el rostro. Los fieles competían para mostrar su ira. Todos eran *barbar*. Buena parte de ellos aún tenía el rostro tatuado con símbolos paganos. La mujer les había acompañado durante años, había sanado sus heridas. Pero en ese momento se sentían mejores, más justos, más piadosos. Se habían convertido en el brazo ejecutor de Dios.

—*Allahu Ákbar!*

Los cantos caían desde todas partes. Bajo el trapo teñido de sangre la cabeza colgaba inerte y se zarandeaba a cada impacto. La mujer había dejado de gritar.

De pronto, la lluvia de piedras cesó. Se hizo un extraño silencio y la condenada entreabrió los ojos. A través de la urdimbre, vislumbró unas babuchas de piel de dromedario. Una voz autoritaria resonó como un trueno:

—¿De qué se la acusa?

Treinta *barbar* aún sostenían las piedras en alto, pero Tāriq se mostraba impasible. El imán se adelantó al resto para contestarle.

—Enseñaba el Islam a nuestros hombres, tal y como ordenó Mūsà, cuando ella se burló con un poema blasfemo.

Akram ibn ‘Abd al-Nabī al-Ansārī era uno de los árabes que Mūsà había dejado en Tingi. Su vestimenta resultaba austera: una aljuba de cáñamo y un turbante en la testa cuyo color amarillo

proclamaba su *nisba*, pues era nieto de uno de los primeros seguidores del Profeta en Yathrib. Solo la espada, que colgaba amenazante del tahalí, parecía acorde con su rango.

—El Corán no menciona ninguna pena por blasfemia —señaló Tāriq.

En la frente, Akram lucía un cardenal que mostraba la vehemencia con la que se postraba al orar. Respondió con la rotundidad de quien se sabe superior al resto por golpear con la cabeza en el suelo.

—Los ulemas consideran la blasfemia una forma de apostasía. La pena por apostasía es la muerte.

—¿Qué enseñanzas predicabas? —le preguntó Tāriq.

El interrogado arrugó la frente y su rostro se convirtió en una máscara de barro a punto de resquebrajarse.

—Dicen que Rāfi<sup>6</sup> ibn Ishāq oyó cómo Abū Ayyūb al-Ansārī, uno de los compañeros del Profeta, exclamaba: «¡Por Alá! No sé usar estas letrinas». Y Muhammad, que Alá le bendiga y le conceda la paz, respondió: «Cuando vayas a defecar u orinar, no espongas tus genitales hacia la quibla, ni tampoco te sitúes de espaldas a ella».

Tāriq asintió solemne, como si aquella fuera la más profunda revelación formulada por el más sabio de entre los sabios.

—¿Y qué decían los versos de la acusada?

Akram guardó silencio, incapaz de repetir tales palabras. Fue un liberto de origen persa quien respondió:

—Que debíamos buscar a Héspero, el lucero vespertino de occidente, cada vez que quisiéramos cagar. No vaya a ser que, por descuido, derramemos un zurullo blasfemo.

El nuevo señor de Tingi tuvo que tensar la mandíbula para sofocar una sonrisa, circunstancia que otorgó aún más severidad a su rostro.

Islam significa «sumisión». Sumisión a la palabra de Dios, aunque, en la práctica, a sus representantes en la tierra. El califa no basaba su poder en ejércitos, sino en dogmas que debían ser incuestionables. Normas que regían la vida del creyente, desde la obligación de morir en su nombre hasta el modo de usar unas letrinas: el muslim debía pronunciar una oración al comenzar, para protegerse de los genios y los demonios; estaba prohibido tocarse la verga con la diestra y suponía una falta salpicarse de orina; al evacuar, no debía limpiarse con menos de tres piedras, ni tampoco con un número impar; y era preceptiva una oración al concluir el ceremonial excrementicio. Gracias a su talento, los poetas podían mostrar aquellas reglas en toda su ridícula desnudez.

Tāriq rememoró su niñez, después de que su tribu fuera derrotada y se llevaran a sus hermanas atadas como una recua de ganado. Fue durante su cautiverio cuando oyó hablar por primera vez de

un dios terrible que destruía ciudades por la lujuria de sus habitantes, que obligó a un padre a sacrificar a su propio hijo y que castigaba a la humanidad entera por morder una manzana. «En religión no cabe coacción», rezaba una aleya. Pero la ley islámica establecía que solo los musulmanes podían llevar armas y, para un *barbar*, renunciar a ese derecho suponía vivir a merced de los demás, totalmente indefenso. En semejante encrucijada, su padre había decidido abrazar el Islam, lo cual convirtió a Tāriq en muslim al ser menor de edad.

Recordó a su preceptor abofeteándole tras descubrir las figuras de barro con las que rezaba a escondidas. Le azotaba cuando creía que sus plegarias no eran sinceras, para que creyera en Alá. Como si con cada golpe aquel Dios todopoderoso pudiera hacerse más real. Atado a la *falaqa*, recibiendo el castigo del bastón en los pies, Tāriq comprendió el inmenso poder de Alá. Los árabes no solo habían impuesto su gobierno a los pueblos sometidos, sino también otra clase de esclavitud. Y una vez que aquella fabulosa arma había sido forjada, nadie deseaba destruirla, sino tan solo controlarla, y él no iba a ser una excepción.

—¿Has verificado la autenticidad de la anécdota?

—El hadiz no puede ser falso, hay una cadena de autoridades que lo avala —declaró el aludido—. Rāfi‘ ibn Ishāq era un hombre honesto y piadoso. Juró que Muhammad pronunció tales palabras.

Al fallecer el Profeta, su cuerpo quedó olvidado en la choza de Aixa sin que nadie se preocupara por enterrarlo. Aún no se había enfriado el cadáver cuando comenzaron las disputas entre los medinenses y los mecanos emigrados. Tres días después Abū Bakr fue nombrado califa y solo entonces el Apóstol de Alá recibió sepultura. A partir de entonces, cada facción, cada tribu, cada familia, quiso justificar sus pretensiones mediante las palabras de Muhammad. Los hadices poseían la sospechosa virtud de aparecer ante cualquier controversia y otorgar la razón a quienes los esgrimían. Cada vez surgían más, se contaban por cientos de miles, y muchas veces se contradecían entre sí.

—¿No se te ha ocurrido pensar que quien inventó el hadiz también pudo idear esa cadena de autoridades? —preguntó Tāriq.

Akram guardó silencio, incapaz de ocultar su ira. Un liberto *barbar*, un antiguo esclavo hijo de esclavos, pretendía dar lecciones sobre fe islámica a un árabe cuyo antepasado directo había cobijado al Profeta. Ofuscado por la rabia, Akram trató de razonar una respuesta.

—Necesitamos una mezquita —dijo al cabo—. Esto no pasaría si...

—Necesitamos un almacén para los víveres —le respondió Tāriq—. Soltad a la mujer y que alguien atienda sus heridas; la pena queda suspendida hasta que se demuestre la autenticidad del hadiz.

Los *barbar* dejaron caer las piedras al suelo y comenzaron a desenterrar a la mujer. Tāriq se

dirigió a la alcazaba y se arrodilló en un chamizo donde había una estera de esparto extendida. Un individuo le esperaba acuclillado. Bajo el turbante tenía los ojos tintados con kohl para protegerlos del hiriente sol del desierto. No bebió directamente de la jarra. Se sirvió en un vaso y, antes de tomar el primer sorbo, murmuró la *Basmala*. El *barbar* observó cómo apuraba el contenido en tres sorbos y daba gracias a Alá al terminar. Hasta el último de sus gestos se ajustaba a las prescripciones islámicas.

Tāriq conocía bien aquel juego: fingir ser mejor musulmán que el más piadoso de los musulmanes. Aquel individuo de piel clara y ojos verdes se llamaba Mugīt al-Rūmī. Los árabes siempre añadían a su nombre el de sus antepasados, en una interminable relación que incluía alguno de los compañeros del Profeta. A esta genealogía la acompañaba la *nisba*, un sobrenombre que aludía a la tribu o la ciudad de origen, para dar testimonio de la pureza de su linaje. El nombre de Mugīt solo iba acompañado de una *nisba* que resultaba sarcástica, pues significaba «el romano». Al igual que Mūsà, se trataba de un liberto de origen cristiano.

—Es la tercera vez que sucede. —Aun criado en la corte de Damasco desde una temprana edad, Mugīt conservaba un acento griego.

—Disputas entre musulmanes y escépticos —comentó Tāriq, hastiado—. Disputas entre árabes y *barbar*. Disputas entre Butr y Barānis.

—Compartir fe no basta para enterrar las viejas rencillas. Las tribus sedentarias aún desconfían de los nómadas del desierto.

En aquellas palabras Tāriq percibió un intento de ganarse su confianza. «Deja de fingir», le decía la mirada teñida de kohl. «Ambos conocemos el juego.»

Durante su mocedad, Tāriq había memorizado la azora que inculcaba la *taqiya*, una treta que permitía a cualquier musulmán mentir acerca de su fe, si su vida corría peligro. Con el tiempo Tāriq había creado su propia *taqiya*. Una sola palabra sincera, pronunciada ante la persona equivocada, podría bastar para ser condenado por apostasía. Y la pena por renegar del Islam, una vez pronunciada la *Shahāda*, era la muerte.

—Nuestros hombres están descontentos —dijo en su lugar—. Toda guerra se financia con los frutos de la anterior y el botín de Tingi resultó escaso. No tenemos barcos ni máquinas de asedio. Mientras el conde juliano reciba suministros de su rey, nos será imposible tomar la plaza.

—Hace poco luchó a campo abierto.

—Urbano atacó lo que creía una aldea desprotegida. —El *barbar* se limitó a exponer lo que ambos sabían—. A partir de ahora se mostrará reacio a abandonar las murallas de Septem. Dentro de poco no tendremos con qué pagar a nuestros hombres.

«Y cuando eso ocurra, Mūsà pondrá a Abū Zur ‘a en mi lugar», pensó, y tomó el vaso para dar

un sorbo. El desierto le había enseñado que, cuanto más se bebe, más sed se obtiene a cambio. Solo se debe satisfacer el ansia una vez se ha dejado el estéril páramo atrás.

—¿Has informado a Mūsà? —le preguntó Mugīt.

Tāriq sabía que Mūsà no le habría entregado aquel ejército si no contara con un espía que le mantuviera informado. Se preguntó si se trataba de Mugīt, de Abū Zur‘a, o de ambos.

—Sí, y me ha dicho que me busque la vida —respondió—. Musa está invirtiendo hasta el último dinar en ampliar la flota.

—Por eso enviaste al obispo de Rusadir a la Corte de Witiza.

El *barbar* percibió un escepticismo soterrado, casi imperceptible, lo cual revelaba un refinado talento para ocultar emociones. Una habilidad peligrosa. ¿Sería él quien informaba a Mūsà?

—Mi oferta de paz solo era una treta para sembrar la discordia en su corte —respondió—. Ningún caudillo sería tan estúpido como para no darse cuenta.

—¿Qué más podemos hacer? —Por primera vez, Mugīt se mostró consternado.

—Orar —manifestó Tāriq, rotundo—. Rezar a Alá con todas nuestras fuerzas. Cada día que pasa imploro su ayuda.

Un jinete llegó al galope y se detuvo a una decena de pasos. El antiguo romano se incorporó para reunirse con el emisario, cuyo rostro estaba cubierto de una costra de polvo. Una sonrisa afloró cuando tomó una carta y le informaron con un susurro. Mugīt-Rūmī se giró hacia Tāriq.

—Es un mensaje de Urbano, señor de Septem. Al parecer, tus plegarias han sido escuchadas.

## LIBRO SEGUNDO

## I

Con suerte aquel sería un año funesto; de lo contrario, morirían todos. Pasado el tiempo, en la mente de Fruela aquellos diez meses se condensarían en un único recuerdo: interminables jornadas de marcha bajo el agobiante peso de la armadura. La piel pegajosa por el sudor, el sol cociéndole los sesos entre una nube de polvo, y un regusto amargo cuando este se hacía barro en la boca.

No habían dejado de cabalgar desde que salieron de Corduba y salieron de allí seis días antes. Ninguna hueste, acaudillada por alguien en su sano juicio, marcharía jamás en invierno. Eran las calendas de marzo del 711 *Anno Domini* y el ejército regio atravesaba la llanura carpetana, convertida en un inmenso páramo de escarcha. Un paisaje estéril, difunto, donde solo las vides atormentadas por el gélido viento aguardaban a resurgir en primavera.

Ante el paso de las diez mil bestias resonaban los chirridos de las carretas, el gemir del cuero y el entrechocar de las armas. Jinetes envueltos en gruesos mantos, toses secas entre el vaho. Una interminable columna de seis millas abarrotaba la calzada que conducía a Toletum. En ocasiones, los siervos forrajeaban para engañar al hambre y entablaban amistad con el flujo de vientre. Con tres mulas y dos monturas por jinete evacuando estiércol, las cinco *scholae* dejaban un ostentoso rastro de mierda a su paso. Aun así, su aspecto era imponente.

—Viene alguien —anunció Baldomero.

Dicen que a la fuerza ahorcan y, durante los últimos meses, el muchacho había aprendido a montar de un modo en el que, al menos, ya no daba lástima. Fruela tiró de las riendas y detuvo al palafrén, un hermoso alazán calzado. Sniumeis trotaba a su lado, junto a la mula de reata con la armadura y los pertrechos. Desde la vanguardia Pelayo llegó al galope.

—Reunión del alto mando al ponerse el sol —les dijo el astur—. En una granja seis millas al norte, a media jornada de Consabura.

Recuperar su cargo de conde espartario no le había ayudado a mejorar el humor.

—¿Se puede saber qué nos retrasa? —preguntó Fruela.

—La nobleza local se mostró reticente ante el legítimo heredero —señaló Pelayo—. Rodrigo se reunió con ellos.

—¿Reconocen la autoridad de Alamundo?

—¿Cómo no hacerlo, ante dos mil jinetes acorazados? —La sonrisa del astur rezumaba sarcasmo—. La cuestión es si lo harán cuando nos hayamos ido.

Hacía meses que Witiza yacía en una gélida tumba y con su muerte llegó el interregno. Cada duque, cada conde, cada hacendado, se convirtieron en soberanos de su propia tierra. Spania ya no era un reino, sino un mosaico de ciudades y aldeas donde los usurpadores brotaban como la mala hierba.

La mirada de Fruela siguió al astur a medida que se alejaba.

—¿Cuál será el motivo de la reunión? —masculló Teodolf.

—¿Tú qué crees? —le respondió el muchacho. No habían hablado de otra cosa desde hacía días.

La granja era una antigua villa romana reconstruida aquí y allá con distinta fortuna. La fachada había sido restaurada con muros de adobe y los techos estaban cubiertos de escoba. En la puerta los recibió un crío desgredado y escualido, con las calzas recién zurcidas hacia las rodillas. La familia de campesinos habían adecentado su aspecto para recibir al regente, una visita por la que nadie podría sentirse afortunado. Honores como aquel siempre dejaban la despensa vacía sin recibir ni un gracias a cambio.

La antigua exedra servía de pajar, el peristilo de almacén y cuadra. En los establos, sobre un suntuoso mosaico cubierto de estiércol, los mejores corceles del reino compartían pesebre con dos bueyes famélicos y una mula avejentada. Allí encontró a Rodrigo, atando las riendas del palafrén.

—Lo siento —decía un gardingo, sin importarle que el niño le oyera—. Es lo mejor que encontramos.

Caminaron hacia el vetusto atrio que hacía de comedor. Apenas había espacio para la mesa donde se habían acomodado Opas y Bermudo, el condestable, junto al resto de espatarios. Una reunión austera, entre frescos cubiertos de moho, sin más techo que el centeno. El viento levantó chispas en los rescoldos cuando el granjero cruzó el vestíbulo renqueando de una pierna.

—No fue cazando. —Rodrigo observaba la maltrecha extremidad.

—Fui bucelario en tiempos de Égica —le respondió con orgullo de veterano—. Me hirieron en Complutum.

Apenas doscientos hombres con lanzas y *scramas* se enfrentaron en esa escaramuza, mas Rodrigo asintió solemne mientras el resto se acomodaba. La mujer les trajo una olla humeante y una fuente con pan. Fruela dio un tiento a una de las hogazas: en la harina halló más polvo que trigo. Si ofrecían eso a Rodrigo, no quiso imaginar cuál sería su alimento diario. Echó mano a la bolsa y depositó un tremís sobre la mesa.

—No es necesario —le dijo el granjero—. Ya es suficiente pago el poder hospedar al regente y protector del reino.

Tal era el acuerdo entre los linajes de Ervigio y Égica. Rodrigo, que carecía de herederos, sería el *dux exercitus Hispaniae* hasta que Alamundo alcanzase la mayoría de edad. Una vez cumplidos

los dieciséis, el pipiolo sería rey a efectos legales y, con una resplandeciente diadema, estaría en manos de Opas.

Fruela guardó la moneda y se arremangó para cenar. El granjero depositó una jarra de vino en la mesa y se dispuso a marcharse.

—Tengo por costumbre cenar con mi anfitrión —le dijo Rodrigo.

Apenas había cuencos para todos los comensales. Aun así, el granjero se vio obligado a sentarse y su hijo observó cómo compartía plato con el hombre más poderoso de Spania. Rodrigo se interesó por las cañadas por las que transitaba el ganado. Debían repararse los hitos para delimitar las tierras de pasto, le dijo el modesto hacendado, pues los nobles los movían a conveniencia. Como si no hubiese otra cosa más importante en un reino sumido en el caos desde hacía casi un año. Rodrigo asintió, consciente de que el universo de aquel campesino moría en la sierra que se alzaba a septentrión. Charló con él ignorando la creciente ansiedad de los magnates, ansiosos por abordar el asunto que los había reunido en aquel lugar.

Cuatro meses después del ultraje a Oliba, las tropas del conde juliano se adueñaron de la bahía de Julia Traducta, gracias a lo cual se ganó la confianza de Tāriq. Al siguiente estío, sus naves transportaron a Abū Zur‘a con un millar de moros que rapiñaron la Bética. Aquella acción fue más que una algarada, y obligó al ejército regio a desplazarse hacia el sur. El caudillo moro regresó a Septem con las bodegas cargadas de oro y muchachas. Nadie dudaba que, una vez finalizados los rigores del invierno, los mauritanos regresarían a por más.

La puerta de África estaba abierta de par en par y un valioso aliado se había convertido en su peor enemigo. Para entonces, Witiza yacía bajo una fría lápida. El propio Fruela había presenciado su muerte. Y puesto que a perro flaco todo son pulgas, en Corduba les llegó la noticia de que los vascones habían tomado Pompaelo, después de que Agila se proclamase «rey oriental», apoyado por Ardo de Septimania. En apenas tres meses, habían perdido la cuarta parte del reino y Odón de Aquitania contaba con una cabeza de puente al sur de los Pirineos.

Las puertas del norte también estaban abiertas. En tales circunstancias, el Aula Regia, o lo que quedaba de ella, se reunió en Corduba para elegir a Rodrigo como duque de todos los ejércitos. Acudieron la mitad de los nobles, lo cual otorgaba al acuerdo una precaria legitimidad. Por mediación de Opas, los linajes de Égica y Ervigio rubricaron el pacto, que fue suscrito por Witérico, el duque de Lusitania, y Teodomiro, de la Cartaginense. La nobleza de la Tarraconense y Narbonense no reconocía más rey que Agila, salvo el conde Casio, que sancionó el acuerdo. Respecto al noroeste, Pelayo asintió de mala gana y Fruela rubricó el acuerdo en nombre de su padre. El duque de la Gallaecia ni siquiera envió un emisario.

El Aula Regia acordó que la Corte se trasladase a Toletum, donde residía Alamundo, que sería ungido lo antes posible. Fue entonces cuando Rodrigo les expuso su plan para reunificar el reino.

«Una locura», declaró Witérico nada más oírlo.

En efecto, la intención de Rodrigo era recorrer más de dos mil millas en apenas seis meses. Una marcha que daría comienzo a finales de invierno, antes de la siega, sin apenas horas de luz y por caminos embarrados.

«Los vascones aguardan en Pompaelo a que Odón acuda con su ejército», les dijo el regente. «Esta ciudad es vital para controlar los pasos pirenaicos. Debemos llegar antes que el duque de Aquitania y, una vez recuperada la plaza, marcharemos contra Agila.»

Una acción relámpago, no muy distinta a la empleada por Wamba contra Paulo el Usurpador. Pero esta vez el periplo se iniciaba en el extremo sur de un reino castigado por la sequía y amenazado por la sedición.

«¿Y qué hay de Tāriq?», preguntó Tancredo, el conde del cubículo.

Rodrigo entornó el rostro y respondió: «Teodomiro permanecerá en Corduba para hacerse cargo de la Bética. Desde Asidona, mi sobrino Bencio rechazará cualquier nueva incursión mora con su *schola* y una hueste de bucelarios. En Toletum nos reuniremos con la primera *schola*, que quedó como guarnición en la capital. Juntos marcharemos hacia el norte».

El duque de la Cartaginense era un militar de prestigio, en el pasado ya había repelido un desembarco imperial. Aun así, el oficio palatino murmuraba: si el ejército regio se dirigía al norte, la provincia más próspera sería vulnerable a un nuevo ataque de Tāriq. Mas en última instancia guerra y política no son más que una cuestión de opciones, y justo es decir que no había otra. De modo que el Aula Regia sancionó los descabellados planes de Rodrigo y, tras enviar un emisario al conde toledano, las *scholae* partieron hacia la capital.

En la cabaña, el granjero se dio cuenta de que su presencia estaba de más.

—Debo retirarme —se excusó, levantándose con torpeza—. Gracias por escucharme.

La esposa acudió para retirar los cacharros y servirles más vino. Antes de que se marchara Rodrigo puso unas monedas en su mano que, esta vez, no fueron rechazadas. El condestable extendió un mapa sobre la mesa y depositó sobre él unos legajos. Era un noble avejentado, de aspecto severo, ducho en las cuentas y en el oficio de las armas. Pasó varias páginas hasta hallar las notas que buscaba y carraspeó antes de comenzar:

—Tres días.

—¿Tres días para qué? —preguntó Atanagildo.

—¿Para qué va a ser? ¡Para que se acabe la manduca! ¡Y los repuestos para las monturas! —Enfurrñado, Bermudo comenzó a explicar—: Cada jinete acude a la guerra en un palafrén junto al caballo de guerra. Las armaduras de ambos van a lomos de una mula y a cada jinete le acompaña un siervo...

—De modo que, para poner una lanza en el campo de batalla, se requieren cuatro monturas —

añadió Rodrigo—. Cada una consume treinta libras de heno o pasto al día, y once de cebada o avena, además de cuatro modios de agua. Hacen falta más mulas de reata para cargar con el forraje que consumen las bestias, lo cual supone más forraje. Mil quinientos caballos de guerra necesitan diez mil herraduras al mes y sesenta mil clavos de media onza; es decir, dieciocho mil libras de hierro más veinte mil de carbón. Lo cual exige diez herreros trabajando en jornadas de diez horas. —Y con un gesto cansado, el regente concluyó—: Estoy al tanto de nuestros problemas.

—Es invierno, apenas hay pasto silvestre —señaló Pelayo—. En el camino a Toletum los graneros de la *annona* están casi vacíos y tampoco hay forraje. ¿Por qué no informó el *erogator annonae*?

El astur conocía bien la respuesta, deseaba oírla en boca de Opas. La atención de todos recayó sobre él.

—Supongo que mi hermano Sisberto lo habrá sobornado —respondió el joven clérigo, e introdujo las manos en las mangas de la dalmática.

—¿Hallaremos un tropiezo similar en el norte? —preguntó Rodrigo.

Esta vez la pregunta no iba dirigida a Opas. Antes de contestar, Fruela intercambió una mirada con Pelayo.

—Envié un correo a mi hermano para que reúna todo el grano disponible. El conde Casio hará lo propio.

—Aun así —insistió Rodrigo—, escaseará.

El ducado de Cantabria había tenido un año para reponer los graneros, y sin embargo Fruela no creía en los milagros.

—Es lo más probable —admitió.

—Podemos requisar el forraje de los lugareños —opinó Atanagildo.

—Nuestra misión es salvar el reino, no esquilmarlo —dijo Rodrigo—. Es difícil ganarse el favor del pueblo si lo condenamos a morir de hambre.

—Nos hemos adelantado a los carros de bueyes que llevan el grueso de los bastimentos —dijo Bermudo—. En esta tierra hay pasto, podemos esperar a que lleguen.

—Y aún contamos con los graneros de Toletum —añadió Opas—. Por fortuna, mi hermano Sisberto está en la capital al cuidado de mis sobrinos.

Antes de morir, Witiza había dejado a su hermano a cargo del tesoro regio. Como conde toledano, Sisberto también controlaba al obispo metropolitano y la basílica de los apóstoles Pedro y Pablo, requisitos indispensables para ungir a un nuevo rey. Opas les había recordado quién tenía la sartén por el mango. Si aquella campaña daba comienzo en invierno no solo era para llegar a Pompaelo antes que Odón.

—Corremos demasiados riesgos solo para coronar a un mocoso —masculló Pelayo, tras

llevarse el vaso a los labios.

Las pullas entre Opas y Pelayo no cesaban ni bajo el granizo. El astur tenía muy presente que iban a coronar al hijo del asesino de su padre.

—Debemos acabar con el interregno cuanto antes —dijo Fruela—. La incertidumbre da alas a los usurpadores.

Pelayo arrugó la frente, como si el vino estuviera mezclado con hiel. Opas se mostró complacido ante aquel previsible apoyo.

—Una vez ungido por el obispo de Toletum en la basílica de Pedro y Pablo, mi sobrino será el legítimo rey.

Estaba escrito, lo decía la ley. Sin embargo, el tesoro regio y dos mil jinetes acorazados suponían un argumento mucho más convincente que el aceite vertido sobre la frente de un churumbel. Cada día la situación se volvía más enrevesada. Aunque solventaran los problemas de vituallas, las *scholae* llegarían exhaustas a la ciudad vascona y no habría tiempo de construir máquinas de asedio.

—Fruela, conoces bien a nuestros enemigos —dijo Rodrigo—. ¿Qué harías tú en su lugar?

El aludido se inclinó sobre el mapa y señaló la comarca conocida como Borovia, en el sur de la provincia de Cantabria.

—La antigua fortaleza de Tetelis y un puñado de *castella* defienden este corredor entre el valle del Iberus y el del Douros. En Virovesca, la vía de Astúrica que va hacia Pompaelo y Burdigala confluye con esta otra, que marcha hacia Caesaraugusta y Tarraco. De esta encrucijada también parte una calzada que, yendo hacia el norte, llega hasta la costa. —Y tras formular este breve exordio, concluyó—: Primero atacarán los dominios de Casio. Luego tratarán de hacerse con Virovesca, para establecer una frontera a lo largo de la línea de montañas que separan el noreste del reino.

—Casio se halla entre la espada y la pared. Entre el ejército de Agila y los vascones —señaló el condestable—. Si decide jurarle lealtad a Agila, nos será imposible tomar Pompaelo.

—Mi familia ha reclutado una hueste y pronto se reunirá con él en Virovesca —aseguró Fruela.

—Si de verdad responden a la llamada del regente —señaló Bermudo, suspicaz.

El condestable no daba puntada sin hilo. En efecto, si Casio cambiaba de bando, en el norte la disposición del tablero se trastocaba por entero. Fruela sabía que Alfonso andaba en tratos con el conde tarraconense, gracias al enlace entre el anonario de Cantabria y su hermana Gausinda. Ignoraba en qué medida el duque Pedro se vería arrastrado en tales maquinaciones. Si aceptaba la oferta que les hizo Agila en Toletum, su hijo menor, allí presente, se encontraría con una soga al cuello. Rodrigo se había mostrado compasivo con Sisenando, el sobrino de Agila, y lo mantenía retenido en Corduba tras despojarle del cargo. Pero la perspectiva de convertirse en otro ilustre rehén no era del agrado de Fruela.

—Pedro siempre ha sido leal a nuestra causa —declaró Opas—. No existen motivos para dudar de él.

—Fruela —dijo Rodrigo, dando por zanjado el asunto—, marcharás con tu *schola* por delante del grueso del ejército. Nosotros haremos un alto para esperar a los carros. Debes reunirte con Sisberto y hacer provisión de todo el grano que encuentres en Toletum. Cuando nos presentemos el resto, ha de haber dineros y conducho para llegar a Pompaelo.

—Como ordenes —asintió el muchacho.

Con aquella decisión tal vez Rodrigo deseara mostrar su confianza en el hijo de Pedro. En cualquier caso, obligaría a la séptima *schola* a forzar marchas durante al menos dos días. Fruela abandonó la cabaña intranquilo. Acababa de cumplir dieciocho años. Se había convertido en conde espartario, poseía una esposa de rancio linaje, disfrutaba de la confianza de Opas y el aprecio de Rodrigo. Tenía un prometedor futuro al alcance de la mano, mas no era tan ingenuo como para ignorar que aquella alianza entre familias era tan frágil como oportuna. El reino estaba dividido en infinidad de bandos, las estirpes de Égica y Ervigio se disputaban el liderazgo de aquella facción, y tarde o temprano él debería elegir a quién apoyar.

En torno a la granja se había erigido una veintena de tiendas. Los criados deambulaban bajo un cielo gris que se derramaba sobre un paisaje muerto. Ante la sombra de un chamizo, Opas le aguardaba.

—¿Podemos hablar a solas?

El clérigo condujo a Fruela hasta su tienda. En el interior, sin apenas lujos, un brasero bronceo mitigaba el frío meseteño. El obispo sondeó a su invitado con una mirada tan afable como evaluadora, y él se dejó escrutar mientras tomaba el cáliz que le ofrecía un criado.

—Dijiste que, cuando mi hermano expiró, una paloma blanca salió de su boca y se perdió en el firmamento —comentó Opas—. ¿Es eso cierto?

La tenue luz de los rescoldos acentuaba unas facciones de comadreja.

—He de admitir que adorné mi relato para honrar la memoria del rey —respondió Fruela.

—Te lo agradezco de todo corazón. Tu padre y tú siempre habéis sido leales a nuestra causa. —El sarcasmo de Opas siempre era ambiguo y, en ese momento, no supo si incluía la primera frase, la segunda, o las dos. En cualquier caso, decidió permanecer alerta.

—Os debo la vida. —Fruela se limitó a constatar un hecho y, antes de contestar, el religioso prolongó el silencio de forma deliberada.

—Quiero que entregues a mi hermano Sisberto esta carta, y apelo a tu discreción. —Opas le entregó un pliego de pergamino lacrado y sellado—. ¿Necesitas algo?

El hermano del difunto rey no se preocupaba de enmascarar las retribuciones de cualquier encargo.

—No nos vendría mal algo de cebada —respondió Fruela—, si debemos marchar en

vanguardia.

—Escribe una lista con lo que necesites —dijo el obispo, y tras una pausa añadió—: Es decir, haz que te la escriban.

Tras muchos desvelos, Fruela había adquirido una rudimentaria caligrafía, algo que no se molestó en señalar. Formaba parte de la farsa que, desde hacía meses, había decidido interpretar.

Abandonó la tienda, aterido de frío, con la mente entreverada en una maraña de recuerdos. «Os debo la vida», le había dicho al hermano del difunto rey, y tal vez fuera cierto. Recordó aquella tarde, en la sala del trono: Bulgar había desaparecido, nadie conocía su paradero y Witiza le había hecho llamar.

Cuando Fruela entró en la sala del trono, la mitad de los cortesanos de rango condal estaban presentes, junto a los próceres y los numerarios. Los pasos de Fruela resonaron sobre el suelo marmóreo, lajas de roca nívea traídas siglos atrás desde un mundo de distancia. El humo del incienso resultaba cargante, como si quisiera enmascarar la corrupción de la Corte. El muchacho se detuvo ante el rey con parsimonia, decidido a jugar su única baza.

—¿Sabes qué ha sido de Bulgar? —dijo Witiza desde el escaño de ónice. Le flanqueaban cuatro ostiarios, además de seis clérigos y una legión de burócratas y escribanos.

—¿Y por qué debería? —respondió él con calma. No habían hallado el cuerpo, de eso no albergaba ninguna duda.

—Erais amigos —manifestó Witiza, irritado—. La última vez que se supo de él fue en la hacienda de tu esposa.

Nadie sabía si aquello era un interrogatorio, una audiencia o una reunión informal, así que Fruela decidió actuar como si fuera esto último. Extrajo una generosa cantidad de cerumen del oído y se dedicó a examinar su color y textura.

—«¿Éramos?» —Fruela fingió extrañeza—. ¿Es que sabéis algo que yo ignore?

—Todavía no —respondió el rey—. Pero desapareció hace tres días... y aún no has contestado a mi pregunta.

—Bulgar vino a *mi* hacienda, para interesarse por mis heridas.

—¿Cómo explicas lo que ocurrió? —En el trono, Witiza se acomodó sobre el respaldo.

—Las noches de Spali están llenas de peligros.

Una carcajada surgió de la garganta regia, y luego vino un ademán resentido.

—¿Peligros? —espetó Witiza—. ¿Acaso sabes algo que yo ignore?

—En absoluto. Me refería a los sicarios que me asaltaron. —La mirada de Fruela adquirió una intensidad hiriente.

—¿Qué pasó en la finca de Imelda?

—Charlamos —aclaró Fruela—. Bulgar me habló de la misión que le habíais encargado, en la

que murieron dos hombres. Nos despedimos y luego regresó a Spali. Tal vez sufrió algún percance en el camino.

Witiza le escrutó con detenimiento; su furia aumentaba a ojos vista.

—¿No tienes nada que ver con su desaparición?

—¿Por qué iba a desearle algún mal? —Fruela se mostró ofendido de un modo tan ostentoso que resultaba una burla—. Vos mismo habéis dicho que éramos amigos.

Miró al rey a los ojos para hablarle sin palabras: «Así es, jactancioso bastardo, criador de ladillas, perito en peñar mozas...; si deseas cargarme con su muerte, deberás admitir ante toda la Corte que ordenaste asesinar al hijo de un duque».

En ese momento Opas irrumpió en la sala. Vestido con ropas de viaje, el hermano del rey se plantó ante el trono, esbozó una reverencia y se dirigió a los cortesanos, incluidos los cuatro ostiarios que acompañaban a Witiza a sol y sombra.

—¿Podéis dejarnos a solas?

El rebaño de burócratas se apresuró a obedecer y el monarca contempló con impotencia cómo su corte se desvanecía ante sus ojos. Con el rostro enrojecido, los labios trémulos incapaces de articular palabra, vio al joven clérigo caminar hacia él. Opas se detuvo ante la mesa sobre la que había depositada una jarra de vino, y de un manotazo la hizo rodar por el suelo.

Cuando Witiza se puso en pie, el obispo le dio un bofetón con el dorso de la mano. El rey cayó de espaldas sobre el trono y la diadema áurea rodó por el suelo. Opas le aferró del cuello y empujó la testa de su hermano contra el respaldo.

—¡Idiota! —espetó con los dientes apretados—. ¡Urbano se ha pasado al enemigo! Y todo a causa de tu estupidez. ¿Estás contento, pichabrava?

El interpelado no se atrevió a contestar. El joven clérigo soltó a su presa, que comenzó a jadear, se llevó una mano a la garganta y contempló a Fruela con furia. El anillo obispal le había desgarrado el labio.

El conde espatario había enviado una misiva al obispo de Spali para informarle de la inminente traición de Urbano. No fue el único, a Opas no le faltaban confidentes en la Corte. Pero aquel mensaje confirmó la fidelidad que, a lo largo de los últimos meses, Fruela se había esforzado en mostrar. Aun así, la expresión resentida de Witiza le dejó bien claro que aquella conversación solo había quedado postergada y que, tarde o temprano, hallaría un desagravio.

## II

Un gélido amanecer despedazó tales recuerdos, a medida que el sol irradiaba su tibieza sobre una hueste dispuesta a rendir culto a la rutina. El sonido del cuerno hizo que la séptima *schola* se pusiera en marcha. Fruela supervisaba el estado de las armas cuando las palabras del condestable acudieron a su mente. Tal vez el viejo estuviera en lo cierto. Quizá, instigado por Alfonso, su padre se había aliado con Agila. Ese sería un buen medio de anular la amenaza de Odón y afianzar su posición en el norte. Y para su hermano mayor, el mejor modo de librarse de él. Sumido en la duda, Fruela se mesó el cabello..., los dedos acariciaron una herida que había cicatrizado, aunque solo en la piel.

Hubo un tiempo en el que existía un joven llamado Fruela que vivía en la casa de un duque, al que llamaba padre, junto a otro muchacho, al que llamaba hermano. Para ese joven lleno de ambición, las emociones se confundían hasta ser incapaz de ponerles nombre.

Había una voz interior que le hablaba. No se trataba de su conciencia, al menos no esa impuesta a fuerza de golpes. Era esa razón surgida desde lo más hondo del alma, esa que siempre nos dice la verdad, aunque no deseemos escucharla. En ocasiones, la voz nos recuerda la clase de hombre que deseamos ser, y otras veces nos echa en cara nuestros actos. La voz puede susurrar; la voz puede gritar. Pero, por mucho que lo intentes, resulta imposible acallarla. Al menos hasta aquella noche... en la que ese tiempo, ese joven y esa voz dejaron de existir para siempre.

Fruela sentía un vacío en el alma, como si por aquella brecha en el cráneo se le hubieran escapado las emociones. Una herida que marcaba un antes y un después, como si no pudiera añadir ningún nuevo afecto a los ya creados en sus dieciocho primeros años de vida.

Y la muchacha del xenodoquio era uno de ellos.

No podía quitársela de la cabeza. Recordaba el suave ceceo de su voz, la fugaz sensación de su tacto, el aroma fresco, el rumor de su ropa al moverse. Los recuerdos le perseguían, burlándose de él. Era incapaz de desprenderse de su presencia; estaba presente en cada mirada y en cada idea. Pensamientos absurdos que se filtraban entre las grietas del muro que había construido en su mente para mantener alejadas a cientos de preguntas sin sentido, como qué estaría haciendo ella en ese momento, mientras ajustaba los arreos del caballo, o si un comentario haría aflorar una sonrisa en aquel rostro ignoto. Aquella joven se le había quedado enquistada en el alma, como la eterna protagonista de cientos de historias sin final.

Cabalgaron durante todo el día, alejándose del grueso del ejército. Al llegar a Consabura, el

conde ignoró las protestas de sus hombres y ordenó que siguieran marchando para aprovechar las últimas horas de luz. El sol rozaba ya el contorno de la sierra cuando Argebald llegó desde el norte al galope.

—Un mensajero —anunció—. El que Rodrigo envió a Toletum.

Si regresaba tan pronto es que algo iba mal. Galoparon a rienda suelta hacia la vanguardia de la columna para reunirse con el emisario, que atendía a un caballo extenuado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Fruela nada más descabalgár.

—Sisberto... —respondió el joven—. Llegué a Toletum hace dos días y enseguida me di cuenta de que algo raro ocurría. Oculté las armas y me hice pasar por un peregrino. Fui a casa de un amigo y me informó que Sisberto se había proclamado rey.

—No puede ser —dijo Teodolf—. Bocanegra está en Toletum con la primera *schola*.

—Él fue el primero en rebelarse —aseguró el heraldo—, ha jurado lealtad a Sisberto. El conde toledano ha armado a la mitad de sus siervos y al parecer Gundemaro, el duque de la Gallaecia, acudirá con una hueste en su ayuda.

—¿Quién le ha ungido? —preguntó Fruela.

—Evancio, el prelado de Emérita.

Aliviado, el muchacho exhaló el aliento. El único religioso que podía ungir a un rey de forma legítima era el obispo metropolitano de Toletum.

—¿Dónde está Sinderedo?

—Asediado en el palacio episcopal.

El perrillo faldero de Opas se había negado a traicionar el pacto entre los dos linajes de la Bética, lo cual suponía que este no estaba implicado en la traición de su hermano. Fruela recordó la carta que el religioso le había entregado y que aún llevaba consigo.

—Dadle algo de comer —ordenó a un centenario—. Y que alguien avise a Rodrigo cuanto antes.

—Preferiría ser yo quien informe al regente —dijo el emisario.

El conde espartario prestó atención al muchacho.

—Lo entiendo. En ese caso, dadle un caballo —y al cabo añadió—: Si obtienes licencia de tu señor, hay un lugar para ti en esta *schola*.

Una vez que el heraldo se retiró, Fruela reunió a sus hombres de confianza para estudiar la situación.

—Debemos esperar a que llegue el resto del ejército —aseguró Teodolf.

Empero su pupilo parecía tener otras ideas en mente.

—El mensajero no llegó a cumplir su cometido —dijo Fruela—, Sisberto ignora que marchamos hacia Toletum. Sin duda cree que Abū Zur 'a nos mantiene ocupados en el sur.

—¿Pretendes que sigamos adelante? —inquirió Teodolf.

—Si la primera *schola* se refugia tras las murallas de Toletum junto con la hueste condal, nos será imposible tomar la capital —respondió—. No tenemos víveres, ni tampoco máquinas de asedio. El plan de Rodrigo habría fracasado antes de empezar.

—Sisberto ni se imagina que estemos de camino en estas fechas —asintió Argebald—. Podríamos abandonar la calzada y marchar a campo abierto...

—El puente es infranqueable —señaló Teodolf, observando a su hijo.

El mejor modo de cruzar el Tagus era el viejo puente romano, defendido por el pretorio, donde confluía la vía de Complutum con la que ellos habían tomado.

—Existe un vado en Portusa —dijo Fruela—. Una vez crucemos el río, marcharemos hacia el palacio.

—Bocanegra es un guerrero bregado —comentó Adelmo—. Habrá dispuesto una guarnición para defender las barcazas. Aunque logremos cruzar, arruinará la sorpresa.

—Así es —admitió Fruela—. Pero si Bocanegra ve llegar a una sola *schola*, en lugar de todo el ejército regio, querrá enfrentarse a nosotros a campo abierto para hacerse con nuestras armas.

No sería el único motivo. Después de su encontronazo en la taberna toledana, Bocanegra tenía una cuenta pendiente con él. Sin duda querría cobrársela.

—Si hacemos lo que tienes en mente, pensará que has cometido un error —murmuró Argebald, y su padre escrutaba al conde espartario.

—Quieres enfrentarte a él para convertirte en un héroe —gruñó Teodolf—. Y lo harás ante una hueste mejor armada y adiestrada, dirigida por el militar más avezado del reino.

Siempre cauto, aunque en el pasado le trajera la desgracia. Por respeto a su maestro Fruela rehusó contestar.

—Ya eres toda una leyenda en los burdeles de Toletum, primo —razonó Munio—. Deja algo de gloria para el resto.

—¿Tú qué opinas, Baldomero? —Fruela se dirigía al muchacho, que, hasta entonces, había permanecido en silencio.

—Apenas sé montar a caballo —respondió al saberse el centro de atención.

—No nos habíamos dado cuenta —ironizó el conde—. Hablaba de la estrategia a seguir.

—En esta guerra vencerá quien posea el último tremís —aseguró Baldomero—. El tesoro regio es la clave para sentarse en el trono: no solo sirve para pagar ejércitos, es el símbolo de nuestra identidad como pueblo. Si el oro es a un reino lo que la sangre a un ser vivo, el tesoro regio es el corazón y, al mismo tiempo, su alma. Sin tesoro, no somos nada.

Dejaron atrás las mulas con el fardaje, entregaron los palafrenes a los siervos y se pusieron las armaduras. Los cursores montaron los arcos, colgaron las aljabas del cinto y revisaron, uno tras otro, el emplumado de las saetas. Se requería un año para fabricar un arco compuesto, a partir de madera, asta y tendones. El cuerpo procedía del núcleo rojizo del tejo, que le otorgaba

resistencia, mientras que la cara externa estaba formada por la albura del tronco; se encolaban tendones de vaca en el dorso y láminas de cuerno de muflón en el vientre. Al ser tensado, el vientre se comprimía y el dorso se estiraba. Una vez soltada la cuerda, todos los elementos volvían a su posición impulsando la flecha con una fuerza endiablada.

Los cursores guardaron las armas en las fundas. Una de las ventajas del arco compuesto es que puede permanecer largo tiempo encordado sin apenas deformarse. Baldomero observaba al cántabro, extrañado.

—En el norte no los usamos —le dijo Munio—. Si se mojan, la cuerda se dilata y el arco se destensa. La humedad arruina la cola que une el cuerno, la madera y los tendones.

—¡En marcha! —gritó Fruela.

Cabalgaron hacia el norte durante toda la tarde, hasta que los batidores localizaron el vado. El conde espartario se dirigió hacia el lugar acompañado de Teodolf, Munio y Argebald. La acidez se había alojado en su estómago, como un buen vino en una barrica podrida. Un sudor frío le empapaba la espalda.

Se detuvieron en un alto que dominaba Portusa, una aldea a orillas del Tagus con un minúsculo embarcadero, encrucijada de caminos. A un centenar de pasos, el río rebosaba por las últimas lluvias. Había una guarnición acampada. Nadie les había ordenado excavar una zanja o construir una empalizada, se habían limitado a desplegar centinelas. Era invierno, nadie esperaba un ataque. En aquellos tiempos, locura y sorpresa iban de la mano.

—De estar en su lugar —dijo Teodolf—, al menos habría esparcido abrojos en el vado.

Oculto entre los matorrales, Fruela contempló a doscientos ganapanes haciéndose pasar por guerreros. Égica, el padre de Witiza, había reforzado al ejército con siervos manumitidos que, en caso de faltar a sus obligaciones, perderían la recién adquirida libertad. Fruela recordó al granjero que los había acogido en su hogar. Los pecheros rezan para tener lluvia, salud y un verano eterno. No le interesan las disputas de los grandes señores... hasta que incendian sus hogares o se llevan las cosechas.

—Atacaremos los cursores —propuso Argebald—. Una lluvia de flechas y huirán como ovejas sin pastor. Luego directos al palacio, donde se halla Alamundo y el tesoro regio.

—Argebald... —murmuró Fruela—. Ellos no han elegido rebelarse contra el rey y somos parte de un mismo pueblo. Pero hemos llegado a un punto en el que la única elección posible es matar o morir.

Una descarga de flechas tal vez bastase para desbandar a una hueste inferior en número, pero no estaba dispuesto a arriesgar la vida de sus hombres. Una vez más, Argebald fue consciente de que algo en él había cambiado. No pronunció una sola palabra. Y no porque no tuviera nada que decirle, sino porque no tenía que decirle nada. «Dicen que ya no eres tú, que el Innombrable se ha

llevado tu alma, y siento que es cierto, aunque sé que es mentira.» Fruela rehuía su mirada para dirigirse a la tropa:

—Los cursores concentrarán los disparos en el centro de la formación. Luego cargarán los defensores. Una maniobra de ruptura para desbaratar el muro de escudos. Que nadie les corte la retirada. Hemos venido a recuperar la capital, no a cometer una matanza.

Los soldados asentían, satisfechos. Era lo que todos deseaban oír, a pesar de que las posibilidades de que ocurriera fueran escasas. La mente de Fruela deambulaba por otros derroteros. Sisberto no solo retenía a Alamundo, el heredero al trono, en la capital. También mantenía a la sobrina de Rodrigo, su prometida, como rehén.

Pálido y enjuto como un espectro, el clérigo manoseaba un crucifijo de plata. Bajo las mangas de la dalmática de seda asomaba la urdimbre de un cilicio de cáñamo. Las llagas que aquel tosco tejido producían en su pálida piel apenas eran visibles, y la búsqueda de pureza espiritual hacía que el agua no la hubiese tocado en décadas. La cripta se hallaba en penumbra, al igual que su alma: se había habituado a las tinieblas y no precisaba ninguna lucerna. En su juventud memorizó las Sagradas Escrituras y su mente no requería más lectura. El vino especiado que tomaba era su única concesión a los placeres mundanos.

—En Toletum ese joven arruinó nuestros planes. —Hablabla a una figura que se hallaba ante él con los brazos cruzados—. El hijo menor de Pedro fue el causante de que la embajada griega hablase en el Aula Regia. Ahora alza su espada contra nosotros...

»Adolescentes, esa raza maldita de la que yo mismo formé parte. Creen que la única verdad es la que sale de sus bocas, hasta que una tormenta de realidades hace naufragar tales certezas, y luego lloran a un mundo al que nada importan sus pataleos. ¿Qué mejor defensor de un reino corrupto que semejante libertino? Mi sobrina Donata era pura, una de esas doncellas que de la noche solo conocía la luna, y de los excesos apenas un vaso de vino dulce después del almuerzo. Por supuesto, antes de conocerle. Tan cerca estuvo de la perdición..., pero la venalidad del demonio manda y el alma femenina obedece. Mala conjunción de edades y vivencias, pues a los ángeles los atrae el dulce aroma del infierno y Fruela yace sobre el azufre más ardiente. ¿Acaso no estáis de acuerdo?

El aludido no pronunció palabra alguna, su expresión permanecía inalterable.

—Pero ahora tenemos un nuevo rey —prosiguió el clérigo—. Alguien que, bajo nuestra firme tutela, desterrará la inmoralidad y las normas de ese concilio impío. Sé que pensáis como yo... El reino está corrompido por el pecado y los sarracenos son el instrumento de la Ira de Dios que aguarda sus órdenes. Casi desearía abrirles las puertas. Cuando Spania quedase reducida a

cenizas, todos serían conscientes de sus pecados. Es una atrocidad, lo admito, pero mejor eso que ver sus almas condenadas durante toda la eternidad. ¿No crees?

El otro religioso no se mostró en desacuerdo. Satisfecho, el anciano se levantó del escaño y caminó hacia la escalera. Luego se giró hacia la figura que yacía sobre un lecho de piedra.

—Descansa, mañana volveré a visitarte.

La puerta se cerró con un chirrido, la cripta se sumió en la oscuridad y el cadáver de san Ildelfonso quedó de nuevo olvidado en la iglesia de Santa Leocadia.

—Ya vienen. —La frase fue un susurro y Fruela no supo si formaba parte de un sueño. Aun así, abrió los ojos. Había dormido sobre una roca, sin despojarse de la armadura, con el manto envolviéndole, más para librarla del óxido que como abrigo. No había sido una noche agradable. El hierro poseía la irritante virtud de congelar el cuerpo en invierno y abrasarlo en verano.

Se puso en pie, con la humedad adherida a los huesos, mientras la luna se deshacía entre una amalgama de nubes rojas. Bajo un cielo plomizo, los jinetes preparaban sus armas con la impaciencia de lo inminente. Algunos comprobaban el estado de los arcos, otros afilaban las lanzas; cada instante se prolongaba hasta crear una pequeña eternidad.

El conde espartario acarició las crines de Sniumeis. Tras la escaramuza en el vado, habían acampado entre aquellas peñas. Sin bajas, solo media docena de heridos. Aplastaron a los siervos como una manada de bueyes al pisotear un trugal. Fruela oyó los gritos de pánico, el crujir de los escudos astillándose. En su fuero interno, ignoraba por qué se enfrentaban a esos hombres y buscó un motivo, ya fuera la voluntad divina o el bienestar del reino. No halló respuestas, tan solo muerte.

Concluida la masacre marcharon hacia Toletum y, antes de que el sol se pusiera, eligieron aquella llanura empinada para enfrentarse a Bocanegra. Desde poniente un jinete llegó al galope y se detuvo ante el conde espartario.

El batidor señaló hacia levante y Fruela ordenó formar a sus hombres. Allí mismo, para contar con la pendiente a su favor. Quiso mantener la mente ocupada y demostrarse que no tenía miedo. Ensilló a Sniumeis, le colocó la barda sobre el lomo y ajustó las correas de la gualdrapa de escamas. Luego fijó la testera sobre la frente del animal. Un criado aguardaba en pie observando cómo hacía su trabajo.

El conde saltó sobre la silla con decisión. Todos formaban en línea. Sniumeis resopló inquieto ante la presencia de centenares de bestias que se revolvían y coceaban al aire. Demasiados machos juntos, y todos armados de punta en blanco. Las monturas de Imelda no estaban habituadas al peso de las armaduras y muchos hombres jamás habían combatido en una batalla real.

A lo lejos, miles de destellos emergieron de entre una nube de polvo para formar una línea de

jinetes cubiertos de metal. El suelo vibraba a su paso con un murmullo lejano, cuando el sonido de un olifante ordenó a la primera *schola* desplegarse. Las tres centurias se adentraron en la explanada y pivotaron sobre el flanco izquierdo. Los jinetes de un ala marchaban al paso mientras el otro extremo lo hacía al galope, manteniendo en todo momento una línea perfecta.

—Quiere impresionarnos —murmuró Teodolf.

Fruela había visto a la primera *schola* infinidad de veces en el campo de prácticas, aunque era distinto admirar el brillo del acero desnudo y saberse su adversario. Respecto a sus intenciones, Teodolf no se había equivocado. Desde que llegó a la Corte había deseado una oportunidad como aquella. Y ahí estaba él, desafiando a la flor y nata del reino, dudando de que tal decisión fuera acertada.

Extrajo el yelmo de la saca de cuero y colocó la cimera. Le temblaba el pulso, apenas pudo anudar el cordón. El penacho rojizo le otorgaría un aspecto imponente y mostraba su puesto en la batalla. Ajustó, de nuevo, el gambax y revisó, una vez más, los correajes de la armadura de láminas. Quiso sumirse en una rutina familiar para olvidar que se hallaba en tierra extraña, que iba a enfrentarse a alguien que acaudillaba huestes cuando él aún mamaba de la teta, y que el combate que tendría lugar sería muy distinto a las prácticas.

Seiscientos jinetes, escogidos entre los mejores del reino, se hallaban frente a frente, a tres tiros de flecha. Un bosque de lanzas se alzaba por encima de los escudos y las armas bruñidas, los pendones mecidos por la brisa de la mañana. Munio sostenía el *draco*, cuyas fauces gemían sobre el entrecocar del metal.

—¿Hacemos lo correcto? —Fruela se dio cuenta de que había formulado aquella pregunta en voz alta.

—En nuestro oficio lo correcto no existe —respondió Teodolf—. Las consecuencias de tus actos modifican el futuro y el pasado a cada instante. Procura derrotar al enemigo: es lo único que hará que la decisión que tomaste sea acertada.

Fruela sonrió para tratar de quitarle hierro al asunto. Hierro no les iba a faltar aquel día.

—Vamos allá. —El muchacho picó espuelas y se dirigió a la formación enemiga. Teodolf, Munio y Argebald le siguieron. Vieron cómo Bocanegra se aproximaba con los tres centenarios y el *draco* de la primera *schola* agitándose furioso sobre sus cabezas. Los dos condes se encararon en el centro de la explanada. Escamas del metal pavonado recubrían el cuerpo del veterano como adheridas a la piel. Hundidos en las cuencas, los ojos crueles de Bocanegra no dejaban de evaluar al joven, que hizo caracolear al caballo.

—¡En nombre de Rodrigo, *dux exercitus Hispaniae* y protector de Alamundo, el legítimo heredero al trono de Spania, os ordeno que depongáis las armas!

Bocanegra estalló en carcajadas.

—Rodrigo es un bujarrón que le come la polla a los mozos de cuadra, y su esposa una beata con

el vientre podrido. —Tal fue su respuesta—. Sisberto, el hijo del gran Égica, ha sido coronado antes de ayer.

—Sisberto tiene una corona, Rodrigo tiene un ejército —respondió Fruela—. Cualquiera porquero puede presumir de llevar la sangre del gran Égica.

—¿A eso le llamas ejército? —gritó Bocanegra, para que todos pudieran oírle—. ¿A unos jovencuelos sin fortuna junto a carne de horca? Os habéis adelantado al resto de la hueste y ahora, con el río a la espalda, no podéis dar marcha atrás. Has cometido un error garrafal, muchacho. El único modo que tienes de salir con vida es implorar clemencia.

El joven sonrió. La buena noticia era que Bocanegra se había tragado el engaño; la mala, que ya no había marcha atrás.

—Dicen que te apesta el aliento de tanto lamerle el culo a Witiza —respondió Fruela—. Y ahora has elegido a otro pelele al que rendir pleitesía, como el bastardo que eres. «Heraldos de la muerte», os llaman. La única muerte que podréis anunciar será la vuestra.

Sin aguardar respuesta el muchacho cabalgó hacia sus hombres, formados en tres cuerpos en la explanada. Hizo girar a la montura para recorrer el frente de batalla.

—Braulio, ayer hicisteis un gran trabajo —dijo, elevando la voz—. Sé que estáis cansados, procurad aguantar.

—Lo haremos.

—Conrado, vigila a tu hermano Ebeardo —añadió el conde—. Le hierven los sesos al entrar en liza... Si por él fuera, nos dejaría a todos atrás.

—¿De qué sesos habla, señor?

Fruela escuchó las risas complacido.

—Alberto... —La voz del norteño se hizo grave—. Tu hijo luchará a tu lado. Haz que se sienta tan orgulloso como yo.

Los elogios se desgastan con el uso, y Fruela sabía emplearlos con moderación para que cobraran fuerza al ser pronunciados. Mostrarse desenfadado y optimista, aun con el corazón sumido en la duda. Bromear, para que todos creyeran que el peligro no existía. Distante, para mantener la autoridad; cercano, para ganarse la confianza. Todos esperaban de él una arenga, y había preparado una. Desechó tales palabras para decir en voz alta lo que le consumía por dentro.

—Ya le habéis oído: sois segundones. Una hueste de desheredados que siempre ha vivido bajo la sombra de otros. Estáis aquí porque alguien os arrebató vuestro futuro, y ese alguien fue vuestro hermano. Vivís en un mundo que ya tiene dueño y nada de lo que hagáis podrá cambiarlo. Vuestro destino ya estaba escrito cuando abandonasteis el vientre de vuestra madre.

»Pero aquí todo es distinto. En este lugar, la diferencia entre el triunfo y el fracaso está en vuestras manos. Todo depende del valor que demostréis y nadie, ni siquiera un rey, podrá

cambiarlo. Habéis entrenado juntos, sabéis de lo que somos capaces. Hoy no será otro quien decida lo que sois.

La farsa es habitual al acaudillar hombres, pues la necesidad de arrastrarlos en pos de una causa a veces obliga a no ser sincero. Sin embargo, en ninguna otra forma de liderazgo esto resulta tan obvio como quien exige a otros que arriesguen la vida. Lo que sus hombres han de saber de él es lo que esperan y necesitan; aquello que deben ignorar tiene que ocultarse a toda costa. Quien conduce hombres a la guerra solo puede mostrarse ante ellos a través de una máscara. El rostro de quien asume una causa y dice lo que todos desean oír, pero son incapaces de expresar con palabras. Y cuando sucede esta alquimia, cada hombre no solo se ve unido al resto por un lazo invisible: siente que es un deseo que le han arrancado del alma.

Después de toda una vida dedicada a la guerra, Teodolf solo conocería a dos hombres capaces de llevar esa máscara, y Fruela era uno de ellos. El veterano observó a su pupilo con orgullo, examinó las miradas que sus hombres le dedicaban. Le asaltó una honda emoción y sintió la necesidad de decir algo importante:

—Fruela...

—¿Qué?

—¿Has hecho de vientre?

—Sí. —Aquella respuesta le trajo turbios recuerdos.

Hombres y bestias se mostraban ansiosos ante el inminente combate. Algunos se santiguaban o murmuraban una oración. Munio besó el amuleto que llevaba colgado del cuello.

—¿Aún rezas al Sol de los Muertos? —le preguntó Fruela.

El cántabro entornó el rostro para contestar:

—Mis dioses no me piden que me arrodille.

—Tal vez sea porque no existen.

—Yo soy Dios —dijo Munio—. Tuve un hijo. Él era yo, pero también hombre. Mi hijo murió. Luego regresó de la muerte. Lo hizo para salvaros, porque comisteis una manzana que creé para poder castigaros. ¿Puedes explicarme esta mierda?

—Tendrás que arrodillarte cuando jures lealtad al rey.

—Yo lucho por ti. —El cántabro alzó la vista para contemplar el *draco*—. De todo lo que hay aquí, eres en lo único que creo.

El conde espartario asintió e hizo sonar el cuerno de olifante. Trescientos centauros de metal comenzaron a trotar hacia el frente. En el otro extremo de la explanada resonaban las trompas de guerra. Las dos formaciones cargaron una contra la otra. Apenas parecían humanos, formaban una muralla rugiente que resplandecía bajo el sol. A medida que se acercaban el paso se fue acelerando, lentamente al principio, para luego cobrar presteza. Picaron espuelas hasta alcanzar

un ensordecedor galope, entre una nube de polvo cada vez más densa. El *draco* rugía. Los cursores depositaron las flechas en los arcos, las astas de fresno se alzaron.

En vanguardia Fruela oteó a ambos lados para cerciorarse de que la formación era homogénea. La línea parecía trazada con regla. Los hombres de Bocanegra cada vez estaban más cerca. En el centro, las dos terceras partes eran defensores; los cursores ocupaban las alas, listos para flanquear.

El sonido de un cuerno fue respondido con un abatir de lanzas. En los costados, los arqueros comenzaron a adelantarse. Cabalgando en una formación compacta, los defensores crearon una fortaleza en movimiento tras la cual sus compañeros se reagruparían entre cada maniobra.

Se hallaban a menos de dos tiros de flecha. Bocanegra se dio cuenta de que el frente de la séptima *schola* era menos extenso que el suyo. Eso significaba que el escuadrón contaba con más fondo y le hacía vulnerable a las maniobras de flanqueo. Resonó un cuerno y los heraldos de la muerte se desplazaron para envolver al enemigo. Fruela hizo sonar el suyo y los defensores de la séptima pasaron a formación cerrada, con los costados de las bestias casi tocándose. Las flechas comenzaron a caer. Los arqueros de Fruela devolvieron el castigo, pero la cadencia del enemigo era superior. A duras penas soportaron la ofensa.

Los centros de las dos formaciones colisionaron. Las lanzas crujieron. Maldiciones y gritos cuando se hicieron pedazos. Fruela picó espuelas con los ojos entrecerrados. Un soldado cayó hacia atrás y rodó por tierra. Él sostuvo la lanza e inclinó el cuerpo, preparado para el impacto. Euforia al alcanzar a un enemigo en el pecho. Otra lanzada y la vara de fresno se quebró. Volteó el asta para emplear el regatón como punta. Vio llegar a otro jinete. No era momento de alardes. Tiró de las riendas, se dejó caer hacia un lado. La moharra enemiga le arrancó la cimera y la suya alcanzó el cuello desnudo.

No pudo extraerla. *Nadristuggo* abandonó la funda.

Entre la nube de polvo, Fruela escrutó el combate. El centro había perdido empuje, como un golpe de mar al estrellarse contra las rocas. Las saetas silbaban por todas partes. Solo oía gritos y en su mente se formó una idea: «mierda». Ese fue su grito de guerra, y sí, la batalla se había convertido en eso.

—¡Fruela! —Munio señaló hacia un costado.

La atención del conde se desplazó al flanco izquierdo: una melé se había formado en torno al estandarte de la segunda centena. Los heridos chillaban, se arrastraban por el suelo. Trataban de no ser pisoteados por las pezuñas calzadas en hierro. La mayor ventaja de cualquier fuerza de caballería es la movilidad, y casi cien hombres se veían asediados en una exigua parcela de tierra. Los cursores de la primera los rodeaban, una lluvia de muerte caía sobre ellos. Los arcos pasaron a tiro tenso. Fruela era incapaz de hacerles llegar una orden a tiempo.

Un cuerno resonó cuando Bocanegra ordenó cargar contra ese flanco. Fruela los había visto

practicar esa maniobra cientos de veces. Sabía lo que vendría después: el ala siniestra de la séptima sería arrollada y, una vez hundido el flanco, las otras dos centurias caerían una tras otra. Después, la desbandada. La lucha se convertiría en una cacería de fieras.

Pero esta vez, cien pasos atrás, Adelmo aguardaba con treinta defensores.

Cuando el joven reconoció la maniobra, no dudó ni un instante. Sin esperar órdenes, hizo cargar a sus hombres.

El flanco derecho de la primera vio llegar una avalancha de bestias revestidas de metal. Los cursores emplearon los arcos y los lanceros de Adelmo cabalgaron sin perder de vista al objetivo, como héroes de un canto de leyenda.

Resonó un brutal estruendo cuando los soldados de Bocanegra fueron arrollados. Desde la zaga, Argebald llegó con los cursores. La lluvia de flechas se convirtió en aguacero. Una nueva oleada de defensores atravesó el centro de la séptima para cargar contra el centro del enemigo. Bocanegra aún trataba de reorganizar a sus hombres cuando los jinetes de Teodolf cayeron sobre él. El daño moral fue aún mayor que el físico. Bocanegra había perdido el ala derecha, su intento de flanqueo había logrado el efecto contrario. En medio de la confusión, los heraldos de la muerte miraban hacia todas partes. Todo sucedía demasiado rápido. Las unidades de Fruela maniobraban sin necesidad de órdenes.

La idea procedía del libro griego. Fruela los había desplegado en dos líneas, creando un cuerpo de reserva dirigido por Teodolf, y detrás del flanco izquierdo, Adelmo con media centena. Si la primera línea era superada, podía retirarse tras la segunda, que se uniría a la lucha allá donde hiciera falta.

Si deseas superar a un enemigo, debes idear una estrategia: su éxito dependerá de tu modo de percibir y entender la realidad. Si el orgullo te lleva al menosprecio, si no distingues entre lo que es y lo quisieras que fuera, no importa lo diestro que seas, estás condenado al fracaso. Un cuerpo entrenado otorga la fuerza para doblegar al enemigo, un alma honesta te dice cómo emplearla. En el momento decisivo, solo existe una verdad, aquella que tendrás que afrontar, te guste o no.

El acero nunca miente.

Al vislumbrar la derrota, Bocanegra decidió jugárselo al todo o nada. Se llevó el cuerno a los labios y ordenó una carga frontal contra el centro de la formación enemiga.

Por encima de un caos de hombres y bestias, Fruela vio llegar un dragón serpentiforme. Bajo él, un oscuro jinete blandía una espada. Cubiertas por una costra de polvo, las facciones de Bocanegra se crisparon en una mueca siniestra y el muchacho sintió como si una sierpe le estrangulara las entrañas. Cuando el veterano alzó el arma, dispuesto a segarle el cuello, él picó espuelas.

Al manejar la espada, la principal intención siempre ha de ser dañar al enemigo. No importa si es una parada, una finta o una esquiva: debes tratar de herirle en la misma acción. Toda defensa es

un ataque y todo ataque es una defensa. Esta era la filosofía que Fruela empleaba tanto al acaudillar hombres como en la esgrima. Buscar una debilidad en el contrario, forzarle a cometer un error. Jamás ceder la iniciativa, y atacar allá donde fuera más vulnerable.

Los aceros se cruzaron en el aire. Fruela quiso hacer valer su rapidez, pero Bocanegra supo leer sus intenciones. El joven recibió un brutal golpe en el hombro cuando su guardia se vino abajo. Apretó los dientes para no gritar.

Ante el dolor siempre buscamos un culpable. Alguien ajeno a uno mismo. Para un guerrero, el dolor es su maestro. Luchamos contra él como si fuera a destruirnos; sin embargo, el dolor es el camino.

De nuevo, Bocanegra se le echó encima. La hoja de acero silbó, Fruela alzó la suya, el veterano cambió la trayectoria y, en un golpe ascendente, alcanzó la cabeza de Sniumeis. El tajo partió la testera de metal y abrió una brecha en la frente. Un relincho, la bestia coceó en el aire. Los ojos de Fruela se llenaron de polvo y a punto estuvo de ser derribado.

El caballo resulta un blanco idóneo: grande, indefenso, apenas protegido por la barda y la destreza de su dueño. De las ocho guardias que Teodolf le había enseñado, cinco estaban concebidas para proteger la montura.

El polvo escocía en los ojos de Fruela y, aun así, vislumbró la sangre de la noble bestia que le había servido fielmente y se maldijo a sí mismo por su estupidez. Bocanegra se había girado y blandía la espada, dispuesto a descargar una cuchillada letal sobre un enemigo indefenso. Lanzó un nuevo tajo, Fruela alzó *Nadristuggo* por instinto, y a duras penas detuvo el golpe.

Los aceros chocaron y el tiempo se detuvo. Las hojas permanecieron unidas. Pronto Bocanegra retiraría la suya para descargar un nuevo golpe. Y a esa distancia resultaría letal. Fruela estaba ciego. A través de las carrilleras del yelmo, escuchaba el estruendo de la batalla. Sentía el aire impregnado en polvo, el asfixiante peso de la armadura. Era incapaz de ver nada.

No le hizo falta.

La hoja de la espada se divide en tres partes. El primer tercio corta, pero es el más próximo a la empuñadura donde resulta más fuerte. Fruela había ganado el centro a su adversario, lo sentía en el acero. Ni siquiera pensó. Echó el cuerpo hacia un lado, apartó la hoja enemiga y lanzó una estocada a ciegas. Ciento setenta libras de peso se sumaron a la fuerza del brazo y la punta de *Nadristuggo* se hundió en el rostro de Bocanegra hasta romperle los dientes. Su grito de guerra se convirtió en un esputo rojizo que brotó de los labios. El guerrero salió despedido hacia atrás, cayó al suelo. Pudo incorporarse, con la boca convertida en un manantial de sangre.

—¡Me rindo! —Alzó la mano, indefenso. Fruela se limpió los ojos y cabalgó hacia él. Transfirió el peso hacia el costado y añadió impulso con un giro de cintura. El acero segó el antebrazo extendido. Luego saltó de la silla, cayó sobre Bocanegra. Logró colocarse encima de él, el hombretón le golpeó con la zurda. El muchacho le mordió con saña, echó el cuerpo hacia atrás y

descargó todo el peso. El frontal del casco golpeó a Bocanegra en la cara. Escuchó un grito. Una flecha le pasó a un palmo de la mejilla. Iba a atizarle de nuevo cuando una férrea mano le detuvo.

—Basta —dijo Teodolf.

Bocanegra yacía sobre un cenagal de sangre, con el rostro pálido, sin vida; el humor rojizo aún manaba de su boca. Al alzar la vista, Fruela vio a Adelmo sobre el caballo, sosteniendo en alto una cabeza de dragón dorada.

El estandarte de la primera *schola*. Los hombres de la séptima celebraron el triunfo hasta quedarse afónicos.

### III

«Así como se recoge la mala hierba y se quema en el fuego, ocurrirá también al fin del mundo. El Hijo del hombre enviará a sus ángeles y arrancarán de su reino a todos los que pecan y hacen pecar. Los arrojarán al horno encendido, donde habrá llanto y rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino del Padre.

»El que tenga oídos, que oiga.»

El fuego crepitaba, crecía, reverberaba en los rostros de los invitados. En la sala de banquetes del palacio de Toletum, una treintena de cortesanos escuchaban recostados en lechos a Evancio con la misma veneración que mostraban durante la eucaristía. El clérigo terminó de recitar y bendijo a quien presidía la mesa. Sisberto inclinó el rostro en señal de gratitud.

—Un pasaje muy acertado. ¿No creéis? —La pregunta del recién ungido rey iba dirigida a las dos mujeres que le acompañaban.

—Totalmente —se apresuró a decir Brunilda, con una engolada voz que pretendía ser amable. La viuda de Witiza se había recogido el cabello blondo en un alto moño del que brotaban guedejas rizadas y yacía junto a su hijo Alamundo, solemne y afable. A su lado, Hilduara no se dignó a contestar y depositó las manos sobre el regazo, ignorando el banquete dispuesto sobre la mesa.

—¿Y tú? —Sisberto quiso acariciarle la mejilla y ella apartó el rostro—. ¿Con quién estás?

—Con el reino —respondió la muchacha.

El religioso tumbado a la diestra del rey recitó con los ojos entrecerrados:

—«Tú eres la puerta del Demonio; eres la que quebró el sello del árbol prohibido; eres la primera que abandonó la ley divina; eres la que convenció a aquel a quien el Diablo no tuvo el valor de atacar. Así de fácil destruiste la imagen de Dios, el hombre. A causa de tu deserción, incluso el Hijo de Dios tuvo que morir.»

Hilduara entornó el rostro, serena, desafiante.

—Tertuliano también escribió que un buen cristiano no debe odiar ni siquiera a sus enemigos.

—Sí, eres una hembra instruida —admitió el religioso—. Pero resultaría de más provecho que dedicaras tu tiempo a otras labores. «Con dolor parirás los hijos; hacia tu marido estará tu deseo y él te dominará.» Debes someterte a tu futuro esposo y convencer a tu familia de que lo acepte como rey.

El obispo de Emérita señaló a Sisberto, que le observaba con devoción.

—No es mi deseo ser la esposa de un usurpador.

—«Tu deseo» —masculló Evancio—. Conozco la naturaleza de tus deseos... Anhelos prohibidos que solo conducen a la condenación eterna.

La primera vez que una mujer se arrodilla ante un hombre, lo hace en el interior de una iglesia. Allí un sacerdote le enseña que fue una hembra quien obtuvo la cabeza de Juan Bautista, la que despojó a Sansón de su fuerza y la que tentó a Adán con el fruto prohibido, gracias al calor que irradiaba su vientre perverso. Sus encantos deben ser motivo de vergüenza y solo la sumisión a un hombre le otorgará la redención. Hilduara sabía que el cuerpo solo era una prisión para el alma, y esta ansiaba la unión con Dios. Pero tales inquietudes y su amor por los libros no pudieron distraerla de sus impulsos carnales. Desde que conoció a un joven un año antes, la culpa se había convertido en un flagelo que azotaba su alma, y Evancio era amigo íntimo de su confesor.

—Puedo demostrar que soy una buena cristiana —murmuró, avergonzada.

—Puedes «demostrar» —espetó el clérigo, y le aferró la mano con fuerza para acercarla al candil depositado sobre una peana de bronce. El fuego lamió la pálida piel de la joven hasta que comenzó a enrojecerse y su rostro se crispó de dolor.

—¿Te crees capaz de introducir la mano en un caldero de agua hirviendo sin sufrir ningún daño? —le preguntó el obispo—. Eso solo pueden hacerlo los santos, amparados por la gracia divina. Tarde o temprano, todos confiesan la verdad, Hilduara. *Mi* verdad.

Al fin, Evancio soltó la mano de la muchacha y ella se la llevó de nuevo al regazo.

—¿Es que nadie va a traernos vino? —dijo Sisberto a los coperos.

Un estruendo resonó en el corredor. Los comensales se giraron hacia la puerta cuando esta se abrió y un cuerpo sin vida la atravesó rodando. Con la armadura y el rostro salpicados de sangre, Fruela irrumpió en la sala, silenciosa como un cementerio. Mientras caminaba hacia el triclinio del rey todos se encogieron a su paso. Decían que el hijo de Pedro era un bárbaro sin alma y, en ese momento, nadie lo puso en duda. Se detuvo ante el lecho de Sisberto, dio una patada a uno de los invitados para echarlo del catre y tomó asiento. La corte del nuevo rey se desvaneció ante sus ojos como la niebla en la alborada estival.

Molido y quebrantado, el conde espartario se despojó del casco, tomó una copa al azar y apuró el contenido de un solo trago. Luego comenzó a devorar un pedazo de carne.

—¿De dónde has salido? —le preguntó el usurpador, y Fruela alzó la vista hacia unos ojos incrédulos.

—De un lugar al que tú ni siquiera te atreves a mirar —respondió el muchacho—. Y aun así es mejor ser un guerrero en la Corte que un cortesano en la guerra.

—Yo soy el legítimo heredero. —Las palabras de Sisberto sonaron como la rabieta de un niño al que se arrebató un juguete. Entonces su mente barajó alternativas. Tal vez podría sorprender a su enemigo echando mano a la espada. Aunque lo único que recordaba de las clases de esgrima

era que su maestro murió joven y que esgrima se escribe sin hache. La opción más factible, salir corriendo, fue abortada por la llegada de una decena de soldados.

—Dios quiso dividir a su rebaño en tres estados: los *oratores* o clérigos, los *bellatores* o guerreros, y los *laboratores* o pecheros —intervino Evancio—. Quienes hacen la guerra deben obedecer a los que conocen la voluntad divina.

—Tucídides dijo que un pueblo que separa los eruditos de los guerreros tendrá un pensamiento concebido por cobardes y una guerra librada por imbéciles. —El semblante de Fruela dejó claro que creía hallarse ante dos buenos ejemplos—. Podéis guardaros los sermones para vuestros compañeros de celda. —Se dirigió a sus hombres—: ¡Lleváoslos!

Fruela se sintió satisfecho por haber recordado aquella cita que tantas veces repetía su hermano.

—Señor... —le dijo Brunilda—. Quisiera mostraros mi gratitud en nombre de mi hijo, el legítimo rey...

—El palacio aún no es seguro, debéis permanecer en vuestros aposentos —respondió Fruela, tajante.

Prestó atención a Hilduara y ella le obsequió con una tímida sonrisa que le hizo recordar aquellos encuentros casuales propiciados por Bencio. El interés de cualquier muchacho hacia una hembra está condicionado por la opinión del resto. Si un adolescente pregunta a sus amigos si una chica es hermosa, la peor sentencia supone decir «es muy maja». Solo existe una respuesta peor: elogiar sus bordados.

Hilduara parecía maja. Tenía una hermosa sonrisa y no era ni guapa ni fea. Solo era Hilduara, la sobrina de Rodrigo.

—Escoltadla a su alcoba —ordenó a Braulio—, y aseguraos de que estén bien atendidas.

En las caballerizas, Sniumeis pastaba tranquilo, con el pesebre bien provisto y la frente surcada por una brecha. Fruela recompensó las atenciones del albéitar mientras le mesaba las crines, y luego apoyó la frente sobre la testa del caballo. Unos pasos resonaron en el suelo cubierto de estiércol: Adelmo, Baldomero, Teodolf, Munio y Argebald aguardaban órdenes.

—Mañana Munio recorrerá la vía de Emérta para reunir todo el alimento de los graneros de la *annona*, y Argebald hará lo propio en la calzada de levante. —Luego quiso centrarse en lo más apremiante—: Adelmo, debes apostar centinelas en las puertas de las murallas. No quiero que ningún hombre de Sisberto entre o salga sin permiso de Toletum. Teodolf, has de reforzar las defensas del pretorio cuanto antes y, sobre todo, que nadie acceda a la sala del tesoro. Baldomero, tú harás un inventario de las vituallas almacenadas en la capital. Pero antes deberás traer al obispo metropolitano.

—¿Y cómo le convenzo?

—Dile que aquí hay muchos libros, o que hemos encontrado el falo incorrupto de san Apapucio. Cuéntale cualquier monserga, me da igual. Eso sí: tráelo. Dentro de dos días deberá ungir a un rey y lo quiero bajo llave. Con todos los honores, pero bajo llave.

Después visitó el improvisado dispensario organizado en los barracones. Habían perdido a una veintena de hombres y contaban con un número similar de heridos. Unas bajas moderadas, considerando el centenar de cadáveres de la primera *schola*. La hermana de Bencio dirigía al grupo de mujeres que cosían heridas. Menuda, de unos quince años, vestía una sobria túnica de paño ceñida con un delantal salpicado de sangre. En ese momento entregaba a una monja un par de cauterios.

—¿Qué significa esto? —preguntó Fruela.

—Se empeñó en atender a los heridos —dijo Braulio—. No quiso separar a los nuestros de los miembros de la primera *schola*...

—¿Por qué no la has retenido en sus aposentos, tal y como ordené?

—Es la sobrina de Rodrigo... —respondió el centenario—. Y muy obstinada. No está haciendo nada malo.

Fruela se dirigió hacia las dos mujeres a grandes zancadas.

—¿Qué hacéis aquí?

La anciana se giró hacia él, brevemente, sin alzar la vista de sus tareas.

—¿Tú qué crees, muchacho? —le respondió, y Fruela encontró algo familiar en su voz.

—Soy el delegado de Rodrigo, el regente designado por el Aula Regia —contestó con voz gruesa—. Lo cual me convierte en la máxima autoridad aquí.

—Estos hombres necesitan atenciones —respondió la religiosa—. Mi señora es más útil aquí que encerrada en su alcoba.

—Tal vez yo también requiera atenciones en su alcoba. —Como no podía ser de otro modo, el sarcasmo de Fruela fue de naturaleza venérea.

Destocada, con el cabello oscuro alborotado y un mechón sobre el rostro pálido, Hilduara se encaró a él:

—¿Te has vuelto a cagar encima y debo limpiarte de nuevo? —vociferó asqueada, y todos pudieron oírla.

Aquella voz. El acento sureño. La anciana que la acompañaba. Fruela descubrió por qué Rodrigo había estado al corriente de la celada que le tendieron en Spali, y por qué le aguardaba en el xenodoquio, donde se alojaba su sobrina bajo la tutela de Cixilo.

Examinó a la muchacha y memorizó cada rasgo, los últimos retazos de un enigma sin resolver. El rostro de Hilduara poseía una armonía imperfecta. Delgado, con la nariz afilada y unas mejillas sonrosadas que, con el tiempo, supo que formaban un hoyuelo al sonreír. Aquellos ojos de ónice

percibieron su atención y mostraron una satisfacción teñida de rabia. La vista de Fruela se deslizó hasta el delgado cuello, del que colgaba un crucifijo de plata, y al alzar los ojos vio que los suyos aguardaban, impacientes.

—¿Puedo ayudaros en algo? —preguntó el muchacho, y ella escrutó su expresión, tratando de entender el cambio de talante. Las miradas hablaron en silencio. Miedo. Dolor. Una voz que le arrullaba en la oscuridad.

—Necesitamos opio, vino, vendas, ropa limpia y ollas para hervir —dijo Hilduara.

—Traedle todo cuanto necesite —le ordenó a Braulio—. Pero no le quites el ojo de encima. Si le ocurre algo, deberás responder ante Rodrigo.

Se alejó sin dejar de mirarla y cruzó el umbral, ansioso por trasegar algo de vino. En la sala, los guerreros que no se hallaban de guardia daban cuenta de las sobras del banquete o asaltaban la bodega regia.

El momento de mayor vulnerabilidad es el instante posterior a la victoria, cuando cuerpo y mente se relajan. Teodolf solía ordenar a los hombres toda clase de tareas rutinarias, como adecentar el equipo u organizar guardias. Lo que fuera con tal de mantenerlos ocupados. Esta vez Fruela consideró que ya habían tomado las suficientes precauciones. Tomó un vaso y una de las jarras. Atravesó las dependencias del servicio hasta llegar a la sala del trono, una soberbia capilla octogonal rematada por una cúpula. Las contraventanas seguían cerradas y la estancia permanecía en penumbra, solo mitigada por los candiles de bronce cuya luz se reflejaba en el mármol. Fatigado, el muchacho se acomodó en la escalera de alabastro que conducía al sitial.

Aún podía sentir el frío del acero, el temblor de las manos, el sudor en la espalda. Rememoró la desolación de la batalla, los gritos de pánico y la esperanza como única aliada. Una irracional creencia en un reino mejor que se iba desgranando paso a paso. A lo cual se sumaba ese desasosiego, absurdo y demoledor, de haber perdido algo que no se tiene y nunca se ha tenido. Al escanciar, el líquido rojizo le salpicó las manos; se lo llevó a los labios y le abrasó con su fuego, dejando un legado de quietud a su paso. Las brumas del vino lograron enterrar a la muchacha en su memoria, convertida en recuerdos roídos por el olvido.

La puerta de la sala se abrió y en el umbral asomó una criada, de senos abultados y porte elegante, aunque dotado de un soberbio toque de vulgaridad.

—Le hemos preparado un baño.

Podía haber dicho esto o cualquier otra cosa. Fruela la acompañó por el pasillo, fascinado ante aquel rítmico oscilar de caderas. Ascendieron a la segunda planta hasta llegar a una puerta de nogal entreabierta. La alcoba del rey era tan lujosa como recordaba. Una enorme cama con dosel dominaba el espacio, cuya ropa bordada resultaba tan ostentosa como los tapices de las paredes. Más allá del suelo alfombrado con pieles de oso, el fuego danzaba dentro de una jaula de hierro forjado.

La muchacha se percató de la atención que despertaba.

—Todo este alboroto... Apenas he tenido tiempo para arreglarme. —Tras excusarse por el cabello suelto, tomó un caldero depositado sobre el brasero.

—Estás adorable —le dijo Fruela cuando se acercó—. Me gusta el pelo largo..., ¿sabes por qué?

La doncella entrecerró unos ojos de color miel.

—Conozco tu reputación. —El aliento femenino le abrasó la mejilla, y él trató de ganarse su confianza con una sonrisa inocente. En el rostro de la moza halló cualquier cosa salvo inocencia. Vertió el agua caliente en una tinaja de pórvido, un lujo de tiempos remotos, cuando los barcos traían mármoles exóticos del otro extremo del mar. Fruela se desnudó para sumergirse en la bañera. La criada vertió un cuenco para enjabonarle el cabello, luego le frotó los hombros y la esponja cayó al agua.

—Vaya —dijo, y se tapó la boca con fingida sorpresa.

La mano reptó bajo el agua y Fruela se sobresaltó cuando aferró lo que buscaba. No era la esponja. En el rostro femenino encontró una sonrisa traviesa.

Unos pasos resonaron en el corredor, el muchacho se giró hacia la puerta. La criada percibió la tensión de su cuerpo y, sin abandonar aquella tarea, siguió la dirección de su mirada. Brunilda caminaba hacia ellos y, por primera vez, Fruela se fijó en sus ojos, dos pozos de hielo gris.

—Es mi doncella. —La viuda del rey se sentó ante la tina—. No era fácil complacer a mi esposo, tenía gustos refinados.

¿Qué puedo decir de Brunilda? ¿Cómo describir a una hembra capaz de encandilar al mayor depravado que jamás se ha sentado en el trono de Spania, nación señoreada desde siempre por ilustres puteros? En ese momento la comisura de sus labios se erguía formando una adorable mueca, una dalmática de seda y oro ponía de manifiesto sus rotundas formas, y los zafiros de la diadema que ceñía sus cabellos dorados competían con unos ojos hechizantes.

—¿Sabes a qué he venido? —La viuda apartó los mechones húmedos del rostro de la doncella y, como si fuera una orden, la muchacha se inclinó para engullir aquello que tenía en manos. Su boca ardía como un horno y su lengua, trémula alfombra, reptaba entre humedades viscosas.

—No deseas acabar en un convento. —Fruela no deseaba arruinar aquella fastuosa puesta en escena, pero tampoco demorar el asunto, y la antigua reina se limitó a asentir—. ¿Qué quieres de mí?

—Solo deseo que, llegado el momento, le cuentes a Rodrigo la verdad —dijo con voz aniñada. Casi pudo imaginarla con una trenza, mordiéndose el labio. Intuyó que pronto le explicaría cuál era la verdad.

—Temes que Opas te aparte de tu hijo —dijo Fruela— y que caiga bajo su influencia...

—Es un niño inocente —susurró con dulzura—. Solo trato de protegerle.

Sin lugar a dudas, una madre ejemplar. A Fruela le resultaba difícil concentrarse en la charla.

—El tío de Alamundo ha traicionado su juramento —masculló.

Después de semejante traición, la alianza entre los linajes de Rodrigo y de Opas y Sisberto había quedado en entredicho.

—Sisberto arrebató a mi hijo lo que le pertenecía por derecho. El reino no hallará la paz hasta que haya sido ungido un nuevo rey —dijo Brunilda, y en eso no se equivocaba. El conde le hizo un gesto perentorio y ella alzó las cejas sin entender.

—Desnúdate —le ordenó Fruela, y la mujer examinó su rostro, a la espera de una petición más amable que no llegó—. Quítate el vestido.

—¿A eso llamas negociar? —Brunilda observó el rostro arrebolado de la joven que mantenía a Fruela prisionero en su boca—. ¿No la prefieres a ella?

—Ponte en mi lugar.

Ante aquel arrebató de sinceridad, los labios de Brunilda formaron una mueca afilada. Abandonó el asiento, depositó la corona sobre el escaño y se llevó las manos al cuello buscando el cierre del collar. Al hacerlo, los pechos se alzaron desafiantes.

Entonces Fruela recordó algo.

—La afección de tu esposo...

—No compartimos lecho desde que di a luz a nuestro tercer hijo.

Un modo sutil de aludir a su afección venérea; sin duda una mujer con clase. Brunilda dobló la prenda y la depositó con cuidado sobre el aparador, se despojo de la camisa húmeda y se dejó admirar sin pudor.

—La corona. —Fruela emitió un murmullo ronco y, a desgana, Brunilda se ciñó la diadema.

La conversación murió entonces, la negociación quedó postergada. Fruela apartó a la criada, se incorporó para tomar a la viuda de los hombros y empujarla sobre el lecho. Ella cayó de espaldas, los pechos se mecieron con violencia. El cuerpo femenino se estremeció al recibir la primera embestida. Gimió de sorpresa, o tal vez de dolor. A él no le importó.

Al terminar, todo fueron respiraciones entrecortadas, miradas perdidas, silencio. La reina depositó un tierno beso en su hombro, y él la hizo a un lado para vestirse. Escanció una copa antes de sentarse en el alféizar.

—Podéis iros —les dijo.

La doncella ayudó a Brunilda a vestirse, tomó la diadema que había dejado en el lecho y se la colocó en las sienes.

—¿Nos vemos mañana para almorzar? —Sin duda la antigua reina haría lo posible para que aquella reunión le resultase igual de placentera.

Al verle asentir, las dos mujeres abandonaron el cuarto. Fruela tomó una jarra de vino y se

servió otra copa, mientras el resonar de los pasos se perdía en el corredor. Le fue imposible conciliar el sueño y siguió bebiendo hasta que la calidez del vino le llegó hasta el tuétano.

Sin saber por qué recordó a Hilduara. Ya tenía rostro, ya tenía nombre, no podía arrancarla de su mente. Las mujeres difíciles se convertían en un desafío, y se preguntó si su instinto de cazador le estaba jugando una mala pasada.

No halló ninguna respuesta. Se vistió en silencio y, tras ceñirse el hierro a la cintura, bajó hasta el patio. Una pareja de soldados le escoltaron cuando abandonó el pretorio por la calzada que conducía hacia el norte. En la vega baja refulgía una luna como jamás había visto y, con la mirada puesta en el cielo, sus pasos le condujeron hasta la iglesia de Santa Leocadia. Cruzó el arco de herradura de la cerca, pasó ante el panteón y entró en la sombría basílica. Sobre una lápida en el suelo, halló una corona de flores marchitas. Bajo ella yacía Witiza, entre las tumbas de Égica y Ervigio. Todo lo que quedaba de él eran unas letras cinceladas en mármol.

Recordó el día de su muerte, en los aposentos que acababa de dejar atrás. El ambiente resultaba sofocante y estaba impregnado en vino, circunstancias que había asociado a la presencia del rey.

—¿Conoces *El Arte de Amar*, de Ovidio Nasón? —le preguntó Witiza.

De pie ante el lecho, Fruela negó con la cabeza, como si tratase de conjurar una resaca. Una pareja de ostiarios aguardaba en la puerta, y tenía cuatro hombres de armas a la espalda.

—«A menudo los avergüenza iniciar una aventura amorosa, pero los emociona dejarse conquistar» —leyó el rey—. «Aunque ella diga que la has poseído con violencia, no te importe. Esta violencia gusta a las mujeres: quieren que se les arranque por la fuerza lo que desean conceder.»

—¿Para qué me has hecho llamar? —La pregunta de Fruela arrancó al rey una sonrisa, pero la mueca había perdido cualquier atractivo. Mostraba un aspecto demacrado, cadavérico, tal vez a consecuencia de sus muchos pecados, tal y como pregonaban los clérigos.

—Mi hermano ha regresado a su diócesis..., ya no puedes ocultarte bajo sus faldas —dijo Witiza y el muchacho observó a los cuatro hombres armados—. Ella te estuvo esperando, ¿sabes? Durante casi una hora. Desde la ventana, vi cómo aguardaba con ansia... hasta que supe que había llegado el momento.

—La engañaste. —Fruela constató un hecho—. Te valiste de cuestiones de estado.

—Me sorprende tu actitud —respondió el rey—. Sé que conoces bien el juego.

—Todo juego tiene sus reglas —aseguró él, aunque luego recordó a la muchacha de Flavióbriga, de la que ni siquiera recordaba el nombre. Habían pasado dos años, el hijo que llevaba en su vientre ya habría nacido, y también ignoraba su nombre.

—Creo que no estás al tanto de toda la historia. Oliba... —Witiza se incorporó sobre la almohada y susurró—: es una auténtica fulana.

El silencio de Fruela le envalentonó, se arrellanó en el lecho y comenzó a hablar en voz alta.

—No fue ninguna ingenua. —El rey escrutaba su rostro, atento a sus reacciones—. Soy campechano. Me gusta tomarme ciertas libertades..., en la Corte todas me conocen. Es parte de mi forma de ser. Algunas se hacen las tontas, otras sacan partido a dejarse querer por el rey. Pero nunca engaño a nadie.

Hizo una pausa para sofocar la tos con un vaso de vino, y luego prosiguió:

—En cuanto a Oliba... —Meneó la cabeza—. Es una intrigante y yo... soy como soy. Desde que te oí hablar de ella, quise conocerla..., y en cuanto la vi, me gustó. Y a quién no, dirás. —La risa de Witiza sonó entrecortada—. Tu ausencia nos permitió intimar y enseguida se volvió más dócil.

Volvió a reír, y Fruela no se molestó en interrumpirle.

—Nunca tuve la intención de enviar el ejército a Septem —admitió el rey—. Qué malnacido, ¿verdad? O, al menos, eso dice mi hermano..., pero mereció la pena. Tenía el coño apretadito, la muy zorra.

El monarca se llevó la copa a los labios y, cuando apuró el contenido, Fruela seguía de pie con una expresión vacía.

—¿No tienes nada que decir? —Witiza halló aquel silencio desafiante y, una vez más, Fruela contempló a los cuatro soldados. Su actitud era sosegada y amenazante; la de alguien capaz de degollar a un hombre con la naturalidad de un porquero al capar un marrano. Estudió los rasgos de aquel individuo de cabello rizado, uñas largas y la piel blanca como la cal, que ostentaba la corona, y concluyó que nada en él resultaba regio. ¿Qué nos hace ser lo que somos? ¿Acaso la divina providencia, al otorgarnos un buen vientre en el que nacer? La respuesta le ayudó a contestar.

—Imagínate, si puedes, que no tienes conciencia; ninguna en absoluto. No conoces la culpa o el remordimiento, da igual lo que hagas.

»Imagina que, por un capricho del destino, una noche alguien te despojó de tu alma. No importa qué acto dañino, cruel o egoísta cometes. Para ti la moral solo es una farsa que otros aceptan como necios crédulos.

»Por si fuera poco, has sido entrenado para matar desde que te arrancaron del pecho de tu madre. Tu padre fue tu verdugo y tu carcelero. Te forzó a practicar con las armas, hasta que tu primer impulso ante cualquier amenaza es arrancarles la vida a tus semejantes.

»Ahora añade a esa extraña fantasía la capacidad de ocultar que tu mente es distinta a la del resto. Puesto que todos asumen que tienes conciencia, te resultará fácil disimular que vives libre de ataduras, ajeno al arrepentimiento.

»De ser así, ¿tú qué harías?

Witiza tragó saliva, como si se tratase de un líquido amargo.

—Yo soy el rey —dijo, mientras observaba a los ostiarios.

El joven siguió la dirección de su mirada.

—Tienes miedo —le contestó—. Miedo al dolor. Miedo a las consecuencias de tus actos. Miedo a lo que otros piensen de ti. Miedo a lo que pase cuando, al fin, la Parca llame a tu puerta. Eres el rey, pero tienes miedo —concluyó—. Y yo no soy una cría de quince años.

Tomó una almohada del lecho y caminó hacia él. Pasados los años, cuando Munio le preguntó qué se sentía al matar a un rey, Fruela le respondió que solo sintió cómo las uñas se le clavaban en el brazo. En el reino perdido nada era incorruptible. La lealtad de un ostiario valía cien yugadas de tierra, quinientos sueldos, media docena de caballos y una casa. Witiza era débil y la única fidelidad que conocía era una servidumbre negociada. La adhesión a esta clase de rey solo tenía valor mientras conservase el aliento; la lealtad hacia un moribundo no valía nada.

Fruela abandonó Santa Leocadia para conjurar tales recuerdos. Mientras durase el interregno, las traiciones no harían más que sucederse. El Aula Regia podía ungir al heredero de Witiza y unir a los dos linajes más poderosos del reino. Aunque esa alianza tarde o temprano se rompería. También podían elegir a otro rey, y la pregunta que Fruela se hizo fue sencilla: ¿quién debería gobernar y por qué?

Si quemaba la carta que tenía en su poder y apoyaba a Alamundo, disfrutaría de una posición cómoda junto a Brunilda y de la eterna gratitud de Opas. Un glorioso porvenir estaría a su alcance. Si delataba al joven obispo y entregaba la carta a Rodrigo, obtendría un futuro incierto y el odio eterno de los witizanos. Todo a cambio de la promesa de un reino más justo.

El sol asomaba ya en el firmamento, decidió regresar al pretorio. En el dispensario conversó con los heridos y aferró la mano de un muchacho cuando le amputaron el brazo, luego atendió a los moribundos en la extremaunción. Encontró a Hilduara en la estancia contigua. Se lavaba el cabello en una jofaina tras limpiarse de sangre las manos. Al percatarse de su presencia, la muchacha se escurrió la melena, negra como sus pensamientos. Parecía cansada.

—¿Una mala noche? —le preguntó Fruela.

—No he pegado ojo.

—Para mí también ha sido ajetreada.

Los ojos negros se clavaron en su mirada; luego vagaron hacia la ventana de la alcoba regia y regresaron a él.

—Por favor, no te burles.

—Tú eres distinta. —Una respuesta impensada ante un reproche habitual, aunque esta vez sincera. Hilduara guardó silencio, hasta que al fin frunció el ceño.

—Casi te creo. Es tarde y estoy cansada —le dijo con la familiaridad de viejos amigos.

—No quise despreciarte.

Ella le miró desde la puerta y entonces supo que podría conseguirla, si quisiera. Pero no deseaba cruzar ese límite. Aquella joven era lo único que aún no había corrompido de un modo u otro. El tiempo transcurrió implacable, traía recuerdos y sumaba silencios.

—Mis padres tuvieron tres hijas y solo un varón —dijo Hilduara—. Uno tras otro, los nobles de la Bética desfilaron por nuestra casa. La mayor era hermosa, no fue difícil encontrarle marido. La segunda era muy devota, resultó fácil casarla con un obispo. La más joven poseía un carácter rebelde y ningún encanto. Decidieron buscar suerte en la capital, donde la subastaron como una res en el mercado... antes de recluirla en un convento. —La muchacha le avergonzó con la mirada—. Tienes una lengua afilada y un bello rostro, pero yo he aprendido a plantar cara al desprecio.

Un gélido viento lo sacudió al abandonar el improvisado hospital. En el patio del palacio, Teodolf acudió a informarle:

—Baldomero ha traído al obispo metropolitano. El sirio está en la sala del tesoro..., deberías hablar con él.

Los guerreros que guarnecían el edificio adosado a la basílica se pusieron en pie al verlos llegar. Teodolf tomó una antorcha y ambos entraron en el lóbrego interior. En las paredes del corredor vieron águilas, *dracones* y lábaros arrebatados a las legiones en Adrianópolis. Entre ellas Fruela descubrió un lienzo rojizo con un símbolo cruciforme bordado en hilo de plata. Le resultaba familiar.

—Un *cantabrum* —dijo Teodolf—. Un emblema que las legiones tomaron a los nativos de tu tierra.

Hallaron a Baldomero sentado ante una mesa con dos candiles, entre estanterías repletas de antiguos documentos: cartas de reyes a emperadores, libros de leyes, el código de Alarico. El sirio señaló las arcas y les mostró el libro de cuentas. A juzgar por su aspecto, él también había tenido una noche atareada.

—Todo parece en orden... —comentó—. No tuvieron tiempo de ocultar nada.

Fruela asintió aliviado. Había tomado la decisión acertada..., ahora solo debía elegir un bando.

—¿Qué piensas de Opas? —preguntó a Baldomero.

El escuálido muchacho se arremangó la túnica, cerró las tablillas de cera y, taciturno, introdujo el *stilus* en la funda.

—Una antigua parábola griega cuenta que el rey Periandro de Corinto envió un embajador a Mileto para preguntarle a su tirano, llamado Trasíbulo, cómo podía asegurar el dominio sobre su gente —relató el sirio—. Por toda respuesta, Trasíbulo llevó al mensajero a unos trigales, donde el soberano hacía segar las espigas que veía sobresalir del resto. El embajador regresó a Corinto consternado, al creer que no había obtenido respuesta. Sin embargo, cuando explicó a su señor lo sucedido, él comprendió de inmediato cuál era el consejo: para mantener sometido a su pueblo, Periandro debía eliminar a los ciudadanos más prominentes.

—Opas me considera un palurdo al que puede manejar a su antojo —concluyó Fruela—, y tratará de librarse de Rodrigo en cuanto tenga ocasión.

—No quería decirlo de ese modo.

Mas era cierto. El antiguo duque de la Bética era el único con la capacidad militar y el carisma necesarios para afrontar la ardua tarea de unificar el reino. Una vez que lo hubiese logrado, Opas le consideraría una amenaza.

—Eres un hombre de letras —dijo Fruela—. Si le dices a alguien una carta comprometedor para que se la entregara a un posible traidor..., ¿qué hubieras hecho?

Baldomero reflexionó un instante, consciente de la trascendencia de sus palabras.

—Redactaría la carta en griego, tal vez cifrada —respondió—. Es posible escribir con zumo de limón para que el texto solo se vea al trasluz.

—Aun así, ¿podría ser descifrada?

De nuevo, el sirio le escrutó con atención.

—Si se la entregase a alguien al que considero un palurdo que puedo manejar a mi antojo, creo que no me tomaría demasiadas molestias.

Dicho esto, se dispusieron a abandonar el edificio.

—Acaba de llegar un heraldo —les informó Argebald en el exterior—. Rodrigo y el Aula Regia acuden forzando marchas: llegarán mañana al mediodía.

El regente no había perdido el tiempo tras recibir su mensaje. Pronto la hueste regia se hallaría en Toletum y quién sabe lo que ocurriría después. Tal vez Opas traicionaría a su hermano, aunque debilitase la facción familiar, o quizá habría una nueva guerra. Había llegado el momento de tomar partido.

—¿Qué piensas de Rodrigo? —preguntó a su maestro de armas.

—Es un buen hombre —le respondió Teodolf con cautela.

—¿Crees que debería ser rey?

—Un buen hombre no puede ser un buen rey. En ocasiones, un rey ha de tomar decisiones que un buen hombre es incapaz de afrontar.

Por un momento Fruela consideró la resolución que ya había tomado.

—Llamad a Adelmo —dijo al fin—. Debe llevarle un mensaje a Opas.

Una gélida tarde de marzo, el ejército regio atravesó el puente del Tagus entre un espeso manto de niebla. En el pretorio los toledanos aguardaban la llegada del hijo pródigo del reino: Rodrigo se había adelantado con el grueso de la hueste, dejando atrás las acémilas. Con los cuerpos cansados y las armas brillantes, un millar de jinetes se dirigían al complejo palacio y los lugareños ovacionaban a quienes traían la paz en una guerra que no entendían. Cientos de brazos en alto, flores invernales arrojadas a su paso, gritos de bienvenida. La séptima *schola* había formado en el patio de palacio con la panoplia completa.

Flanqueado por los *dracones* de la primera y la séptima *schola*, Fruela aguardaba a Rodrigo

con la diadema áurea en las manos. A su diestra, escoltados por una decena de soldados, Sisberto y Evancio permanecían cabizbajos. Hilduara dirigió al religioso una mirada inescrutable.

El obispo metropolitano de Toletum se adelantó para dar la bendición a Rodrigo y Opas, una vez que los miembros del Aula Regia descabalgaron. El prelado hispalense miró de soslayo a su hermano, al tiempo que Brunilda permanecía atenta a los gestos de Fruela.

Cuando Rodrigo abrazó al hijo del duque cántabro, los toledanos vociferaron de júbilo.

—El reino está en deuda contigo —dijo a Fruela—. Has salvado al legítimo heredero.

—Alamundo es el primogénito de Witiza —asintió Fruela, y separándose de él alzó la voz para hablar al oficio palatino—, pero solo es un niño. Mientras se mantenga esta situación, seremos débiles.

—¿De qué estás hablando? —preguntó el condestable.

—Debemos honrar las antiguas tradiciones —le respondió Fruela—. Que sea el mejor de entre nosotros, el primero entre iguales, quien gobierne. —Hizo una pausa solemne, en la que todos cruzaron miradas—. Ese hombre ya ha sido elegido.

El duque de la Bética no pudo ocultar la sorpresa.

—El Aula Regia solo eligió a Rodrigo como comandante en jefe subordinado al rey —señaló Tancredo, el conde del cubículo.

—Fruela está en lo cierto —aseguró Pelayo—. Sisberto trató de arrebatar la corona a su propio sobrino. Si al rey no le respetan ni quienes llevan su sangre, ¿cómo esperar que otros lo hagan?

—No podemos dejar a un crío en el trono mientras se libra una guerra —dijo Witérico.

Tal y como Fruela había supuesto, al duque de Lusitania le seducía la idea de que su yerno se convirtiera en rey, y él ya había hablado en nombre de Cantabria. Las tres provincias rebeldes no contaban. Solo restaba que la Cartaginense se pronunciase y su duque Teodomiro se hallaba en Corduba. Abrumado, su hijo Atanagildo se vio forzado a intervenir.

—En Corduba juré lealtad a Alamundo —declaró el muchacho—. Pero mi deber está con el reino y, para salvarlo del caos, apoyaré a Rodrigo. Que Dios me perdone si mi decisión es errada.

Hablaba en nombre del caudillo militar más prestigioso después del propio Rodrigo, lo cual dejaba sitiado a Opas, solo con el apoyo de su propio linaje, manchado por el estigma de la traición. La atención de toda la Corte recayó sobre él.

El religioso se detuvo ante Rodrigo, observó a su hermano Sisberto y luego se giró hacia sus seguidores. Una sola palabra bastaba para desencadenar una guerra. Pronunciar una voz supone expresar un pensamiento que ya se ha formado en la mente. Sucede de un modo tan inmediato que resulta imperceptible. Esta vez el espacio entre pensamiento y enunciado rememoró la eternidad.

—El honor de mi familia está en entredicho —declaró al fin Opas—, solo puedo implorar la clemencia del rey.

El joven obispo hincó la rodilla ante Rodrigo y el alborozo del populacho fue tan grande como

su alivio.

Nadie quiso demorar la unción regia. El oficio palatino se dirigió a la basílica de San Pedro y San Pablo, y la multitud se congregó en torno al corazón espiritual del reino. Una vez que el obispo metropolitano vertiera el óleo en la frente de Rodrigo, él sería el único gobernante legítimo. Las Sagradas Escrituras no dejaban un resquicio de duda: quien se rebelara contra un monarca ungido lo haría contra Dios.

En la puerta de la iglesia Brunilda aguardaba con su hijo. Dedicó una furibunda mirada a Fruela y le cruzó el rostro de una bofetada.

—Eres un hijo de puta —espetó entre dientes, y el muchacho la contempló con una expresión impávida.

—Sabías que esto iba a ocurrir.

—No, eres un hijo de puta.

Tras reflexionar un instante, Fruela tuvo que asentir, y la viuda se llevó a su retoño del brazo.

—Da la impresión de que tu pasado te persigue.

Hilduara poseía la irritante virtud de hacer tales comentarios sin parecer indiscreta. En ese momento sus ojos eran dos pozos de agua gélida. Bajo el velo, se había recogido el cabello con una redecilla áurea.

—No te preocupes, le llevo ventaja. —Fruela vio cómo Opas le hacía un gesto—. Si me disculpas...

Caminó hacia el obispo de Spali con cautela. Rodeado por su comitiva, el religioso se caldeaba las manos en un brasero del pórtico y escrutaba el rostro de Fruela como si lo viera por primera vez.

—Te toca cumplir con tu parte —dijo el religioso.

El conde espartario rebuscó bajo el manto y le entregó la carta que, unos días antes, el propio Opas le había entregado. Ni siquiera estaba abierta, el lacre con el sello obispal seguía intacto. La astuta mirada del hermano del difunto rey se desplazó, evaluadora, hasta los ojos del muchacho.

—Fue una lástima que Bocanegra muriera.

—Así es. —Fruela se había despojado de su impostada máscara y saboreaba cada instante.

—¿De su boca también surgió una paloma? —inquirió el religioso.

—Es posible —respondió el cántabro—. Yo no estaba presente.

—Por supuesto —murmuró Opas, y arrojó el documento al fuego. Las llamas engulleron al pergamino, que se fue ennegreciendo hasta convertirse en ceniza.

Resonaron las trompetas y el oficio palatino formó ante la puerta de la basílica. Apareció Rodrigo, escoltado por los condes espartarios con sus estandartes, e hizo llamar a Opas.

Había llegado el momento de que el regente rompiera el pacto entre linajes. Tenía la excusa perfecta. Encerrar a Opas y Sisberto, despojarlos de sus cargos, hacerse con sus tierras y sofocar

cualquier revuelta. Se hallaba en una posición de fuerza, con el pueblo y la nobleza de su parte, en el pretorio de la capital, rodeado por las *scholae*. Rodrigo no podía admitir enemigos en su mesa, no en medio de una guerra intestina y con dos ejércitos extranjeros a las puertas. Fruela estaba convencido de que así lo haría, él jamás dejaría un enemigo vivo a la espalda.

Con un ademán, Rodrigo les ordenó guardar silencio. Cuando Opas se arrodilló ante él, alzó la voz para que todos le oyeran.

—Nuestro Señor dijo: «Todo reino dividido quedará assolado, y toda familia dividida caerá». Es el momento de enterrar las viejas disputas. Nuestro reino se ve amenazado y solo podremos sobrevivir si confiamos unos en otros. Lo que nos une es más fuerte que lo que nos separa. — Rodrigo depositó la mano sobre el hombro de Opas y, una vez en pie, se abrazaron.

El camino que lleva al Infierno está empedrado de buenos deseos; decisiones tan erradas como nobles, que nos enseñan la extremada fragilidad del bien. Solo mostrando clemencia Rodrigo podía ganarse el apoyo de la aristocracia rebelde. Su autoridad dependía por entero de la nobleza de sus actos, en su deseo de poner fin a las disputas entre linajes; en ello residió su grandeza y, al mismo tiempo, su perdición.

En las manos de Fruela había estado de nuevo el futuro del reino y, una vez más, sus elecciones le condujeron hacia un viacrucis del que empezaba a intuir que solo existía un final. Los cristianos creemos en el Alfa y Omega, en un principio y un fin para todas las cosas, pero los paganos concibieron al uróboros, la serpiente que se muerde la cola. Un círculo eterno, en el que los hechos se suceden sin que podamos hacer nada para evitarlo. Dicen que, para los seguidores de Cristo, la promesa de una vida eterna supone un bálsamo ante el temor a la muerte. Tal vez sea cierto, pero el eterno retorno imaginado por los estoicos constituye el alivio supremo para el mayor miedo del hombre: la incapacidad de alterar nuestro destino. Esa sensación de verse arrastrado por una fuerza intangible, obligado a tomar decisiones sin poder decidir nada. Y cuando Rodrigo concluyó aquel noble gesto, que nos traería a todos la ruina, el Aula Regia le rodeó para ovacionarle.

Frente al altar de la basílica, Rodrigo se arrodilló entre el bosque de coronas votivas que pendían del ábside. El obispo primado de Spania vertió el óleo sagrado sobre su testa con un cuerno ornado en plata. Una vez en el exterior, Pelayo depositó un escudo en el suelo y Rodrigo se subió en él. Los condes espatarios se arrodillaron para sujetar el borde y lo alzaron sobre la multitud que abarrotaba el pretorio.

—¡Rey Rodrigo! ¡Rey Rodrigo!

El pueblo aclamaba a su soberano. Hay reyes que gobiernan con el miedo y otros lo hacen con la esperanza, esa creencia, a menudo ingenua, en un mundo mejor. Un gélido viento norteño sopló en el palacio toledano, como el presagio de un triunfo que jamás llegaría y de una gloria

prematuramente abortada. Los *dracones* rugieron y flamearon en torno a Rodrigo, el último rey godo de Spania.

## IV

El dimmí se presentó ante el recaudador. Se trataba de un enjuto individuo de manos encallecidas, ataviado con una holgada túnica. Tenía el cabello rasurado en la parte alta de la frente, como era preceptivo, y un cinto amarillo lo identificaba como parte del pueblo de Israel. Se adelantó a sus dos hijos para subir a la tarima y entregó una bolsa al exactor musulmán.

La sala del *dīwān* parecía abarrotada de creyentes. El burócrata se levantó del sitio, sujetó al judío del cuello y pronunció la fórmula ritual:

—Oh, dimmí, enemigo de Alá, paga la *yizia* que nos debes por el amparo y la tolerancia que te mostramos.

Tomó la bolsa, depositó unos dirhams sobre la mesa y consultó el registro. El hebreo poseía un huerto a las afueras de Damasco, por lo que también debía abonar el *jaray*, la tasa sobre la tierra. El recaudador pesó las sacas de trigo y se aseguró de que todo estuviera en orden. Cuando el campesino se reunió con sus dos hijos, había dejado en la tarima la mitad de su cosecha. Para un musulmán, el azaque apenas suponía una décima parte si se trataba de tierras de regadío, y la vigésima si eran de secano.

Finalizada la entrega, el funcionario golpeó al judío en la nuca para que «saborease la humillación», y le colgaron un medallón al cuello para mostrar en público que había entregado la *yizia*. No había modo de evitar tales agravios, pues el pago no podía delegarse.

Al-Walīd ibn ‘Abd al-Malik contemplaba la escena a través de una celosía de la segunda planta. Ostentar el poder califal suponía hacerlo a puerta cerrada, salvo en las raras ocasiones en las que recibía a los funcionarios. Entonces se mostraba tras una cortina traslúcida, solo podían acercarse a él cuando el *hāyib* lo autorizaba. Aquella compleja burocracia le permitía mostrarse como una autoridad intangible, todopoderosa y omnisciente.

—¿Por qué no acabamos con esto? —le preguntó al-Hajjāj.

Ambos vestían *qalansuwa* y ropas de viaje. Acababan de visitar las obras de la nueva mezquita en Yathrib.

—Si los hacemos esclavos, ¿qué quedará para los musulmanes que vengan después? —razonó al-Walīd—. No hallarían ni un solo hombre para aprovecharse de su trabajo. Los musulmanes de hoy viven a costa de los dimmies, y cuando nosotros no estemos, nuestros hijos vivirán a costa de sus hijos para siempre, pues serán nuestros siervos mientras el Islam prevalezca.

La *yizia* suponía comprar el derecho a la vida en el *Dār al-Islam*. Negarse a su pago sometía al

dimmí de nuevo a las leyes del *yihād*, cuyo único desenlace posible era la esclavitud o la muerte.

—Nos ha llegado una misiva de Mūsà ibn Nusayr —anunció al-Hajjāj—. En el último Ramadán Abu Zur'a hizo una algarada por al-Ándalus con quinientos hombres. Tuvo que retirarse, pero trajo consigo doscientas cautivas de una belleza sin igual.

Tomaron la escalera que conducía hasta lo alto de la ciudadela. Desde las almenas, el califa y su consejero admiraron el Monte Casiún y la pedregosa cordillera al oeste de Damasco. De un angosto valle fluía el Barada, que se bifurcaba en infinidad de canales y acequias para irrigar los innumerables huertos y vergeles del oasis. Damasco era una mancha de verdor en un páramo que se extendía hacia levante hasta convertirse en el desolador desierto sirio. Con apenas una milla de largo por media de ancho, la capital del califato solo era una aldea comparada con Constantinopla.

—Mūsà me pidió permiso para iniciar la conquista del reino goda —asintió al-Walīd—. Le advertí que, si fracasaba, pondría en peligro a todo el Magreb. No deseo arriesgar un ejército sin haber explorado esa tierra. Mūsà me propuso enviar a Tāriq con una hueste *barbar*: si fracasan, solo perderíamos a unos bárbaros.

—El reino goda está sumido en el caos. La guerra civil es inminente y Urbano se ha ofrecido a ser nuestro guía. La divina providencia está de nuestro lado.

¿Una señal de Aquel que Responde las Súplicas? Aunque el Perrito no quiso decirlo, lo había dado a entender.

—Si Alá hubiese querido una conquista fácil, tendríamos un comandante piadoso y honesto —manifestó al-Walīd—. Recelo de la honradez de Mūsà tanto como mi padre.

‘Abd al-Malik, padre y predecesor de al-Walīd, había convertido a Mūsà en el consejero del gobernador de Irak. Cuando descubrió que se estaba apropiando de buena parte de los impuestos, el califa envió a al-Hajjāj para ejecutarle. Un confidente en la Corte logró advertir al corrupto y, gracias a ello, Mūsà se refugió en Egipto, donde obtuvo la ayuda del hermano menor del califa. Logró salvar el cuello a cambio del pago de cien mil dinares. Ni siquiera su éxito en el Magreb consiguió atenuar el enojo de ‘Abd al-Malik.

—Empieza el desfile —dijo al-Hajjāj.

Desde la torre, contemplaron el imponente alarde que tenía lugar en la explanada: el ejército árabe acantonado en Siria, la espina dorsal del imperio omeya. El califa Omar comenzó a repartir a las tropas árabes en guarniciones por los territorios conquistados. A esos hombres se les llamó *muqātila*. Había cien mil en Siria, trescientos mil en todo el imperio. Cobraban un estipendio anual, en función de una jerarquía hereditaria, mantenida por el conjunto de tierras e inmuebles que, por derecho de conquista, pertenecían a la comunidad islámica. Los *muqātila* vivían de

rentas, no estaban obligados a participar en nuevas campañas. Resultaba difícil movilizarlos si la lucha resultaba incierta o poco lucrativa.

—Mūsà recela de Tāriq y nosotros recelamos de él —concluyó al-Walīd—. Esperemos que esos apetitos no le impidan cumplir su tarea.

Para crear el califato universal, al-Walīd debía emplear al botín de guerra como aliciente. Si Alá hubiese puesto en sus manos un ejército de ángeles, tal vez podría guiarlos mediante la fe. El Islam era perfecto, no así los musulmanes: para extender la palabra de Dios en la tierra debía recurrir a hombres como Mūsà ibn Nusayr.

Cuando Israfil soplase el cuerno para que diera comienzo el Juicio Final, todo quedaría olvidado. La suya era una economía sostenida mediante la guerra, un Estado basado en el *yihād*.

## V

Virovesca se yergue en medio de la nada. En un lugar absurdo, o, al menos, dotado del mismo sentido que cualquier otro en aquel desolado páramo. En el pasado, alguien construyó una aldea junto a un arroyo y hoy se alza en una encrucijada de caminos que conducen al viajero de forma inevitable hasta allí. Castella Vetula, tierra de castillos, un corredor entre montañas donde perduró una frontera durante casi tres siglos. Desde las aldeas se divisaban las fortalezas de los señores de Saraqusta y Qurtuba que, cada año, les enviaban una nueva calamidad para quemar los campos, esclavizar a las mujeres y demoler las casas. Paisaje árido, en el que germinó una raza implacable, hijos de una frontera perpetua; gente nervuda, obstinada, de manos encallecidas por el arado y la espada. Forzados a subsistir desafiando a la miseria y el hambre, de su enemigo aprendieron el fonsado y la algarada. Vida o muerte. Nosotros o ellos. Más allá de eso, no hay nada.

En Castella no existen los matices, ni tampoco las medias tintas. Dotados de una lengua sutil, capaz de diferenciar entre *ser* y *estar*, y en la que dos negaciones no afirman nada, los castellanos solo distinguen entre lo que es y lo que no es. Del mismo modo que, en Virovesca, se está o no se está.

Cuando Fruela atravesó las puertas, lo que le extrañó fue, precisamente, lo que no halló en la aldea. Ni rastro de la hueste cántabra. En la plaza, apenas un centenar de bucelarios y una docena de carretas con vituallas, reunidos por el rector local. El ejército regio quintuplicaba la población de la aldea, así que la tropa tuvo que acampar junto al río. Las mujeres les trajeron cántaros con agua fresca mientras las bestias abrevaban en el arroyo. De nuevo, la cebada comenzaba a escasear y, dada la estación, el forraje silvestre no abundaba. Aunque esa era la menor de sus preocupaciones. Un heraldo se aproximó al galope.

—El rey llama a los condes en consejo.

Rodrigo se hospedaba en la casa larga del rector, una enorme choza de zarzo. El oscuro interior estaba saturado de humo que apenas lograba filtrarse por la techumbre de paja donde anidaban los gorriones. Rodeado de hombres armados, el rey de Spania se mostraba taciturno, lo cual inquietó a Fruela, que sentía sobre sí las hirientes miradas de todos. Cruzó la vista con Atanagildo, quien confirmó sus temores, y se preguntó si saldría de allí encadenado.

—El duque Pedro me dijo que se reunirá con nosotros en Pompaelo. —El rector respondió a la pregunta que todos se hacían—. Allí también nos aguarda Casio.

—¿Y por qué no han venido aquí, tal y como el rey le ordenó? —La pregunta del condestable iba dirigida a Fruela.

—Imagino que tendrán buenas razones —respondió el aludido.

—Sin duda. —La oscura barba de Bermudo, salpicada de hebras grises, le enmascaraba la mitad del rostro, así que Fruela tuvo que escrutar los ojos para hallar alguna emoción.

—¿Qué insinúas? —preguntó el muchacho.

—Tanto a Pedro como a Casio les trae más a cuenta unirse a la causa de Agila —contestó Bermudo—. Basta con que no se presenten en Pompaelo para arruinar nuestros planes.

—Mi padre cumplirá su promesa.

—¿Y qué otra cosa puedes decir, dada tu situación?

Dicen que el poder corrompe, pero la mayor corrupción aflora entre quienes sirven al poder, aquellos que han de ganarse una posición a costa de sus rivales, adulando al poderoso, alimentando las rencillas entre competidores, jactándose de sus logros y humillando al contrario. La victoria en Toletum había convertido a Fruela en el rival a batir.

—Si mi padre quisiera destruir esta hueste —declaró él con arrogancia—, créeme, lo sabrías.

—No confío en la tosca retórica de los norteños —insistió Bermudo.

—En el norte, lo que habla por un hombre son sus actos, no sus palabras.

Llevó la mano a la empuñadura y el condestable calló. La discusión había llegado a un punto muerto, era el momento de decidir. O seguir hasta Pompaelo, confiando en la lealtad de Pedro, o renunciar a los planes de unificar el reino. Semejante decisión no era más que un salto al vacío, y solo un hombre podía tomarla.

—Fruela arriesgó su vida para recuperar la capital —declaró Rodrigo—. El día en que no confíe en quien me ha entregado la corona, no mereceré llevarla. —Hizo una pausa, y al cabo añadió—: ¿Qué nos puedes decir de los vascones?

—Follan ovejas —respondió Fruela.

—¿Son valientes?

—Sí —tuvo que admitir.

—Los supervivientes aseguran que fueron vascones quienes tomaron Pompaelo —prosiguió el rey—. De todos nosotros, tú eres quien mejor los conoce.

—Son montaraces, siempre llevan consigo un manojo de azconas —expuso Fruela—. Van armados a la ligera, con pequeños escudos, hachas, lanzas y *scramas*. Resultan dañinos en terreno abrupto, regulares a campo abierto y malos en asedios. La guarnición de Pompaelo estaba formada por veteranos. Los vascones solo pudieron tomar la ciudad mediante una treta y a costa de muchas bajas.

»El ducado de Vasconia fue creado por los reyes merovingios. Cuando Lupo de Vasconia murió hace unos años, Odón de Aquitania pudo extender su dominio sobre este territorio. Vasallo de los

reyes francos, aunque solo de nombre, dicen que Odón desea cambiar el cetro ducal por la corona regia. Su alianza con Agila podría ser un modo de ampliar su influencia al sur de los Pirineos. Tarde o temprano acudirá en socorro de los vascones de Pompaelo. Si tal cosa sucede antes de que tomemos la ciudad, podemos darla por perdida, al igual que la ofensiva contra Agila.

Pasaron la noche en Virovesca y, despuntado el alba, prosiguieron la marcha hasta Victoriacum, una ciudad fundada por Leovigildo tras su victoria sobre los vascones, en una extensa llanada al sur de la cordillera, entre campos de cereal, robledales, quejigos y landas de tojos. Apenas quedaban setenta millas para llegar a Pompaelo. A medida que avanzaban, el paisaje se teñía de esmeralda, se sumaban más guerreros y las dudas de Fruela aumentaban.

Despertó en la tienda poco antes del amanecer. Una hilera de olmos muertos en el horizonte, como manos huesudas que arañaban el cielo. Se lavó el rostro en el arroyo y llenó una perola que colocó sobre el fuego. Sentado sobre una roca, vio despertar a Argebald. Rebuscó en la saca y halló un par de galletas, las aplastó en un cuenco y vertió agua caliente sobre las migas. Comenzó a beber. Luego ordenó ensillar a los caballos de guerra. Solo restaba una jornada de marcha. Pasó revista a las armas, sumido en la incertidumbre, como si buscara respuestas en la herrumbre de los yelmos.

Ominosas nubes prometían lluvia, y las aldeas se mostraban desiertas, incluso a mediodía. Entre brezales y peñascos de roca pálida, el camino se hizo empinado. La columna marchaba en silencio. El viento atería las rodillas de Teodolf, que se masajaba la piel sobre unos huesos castigados por la guerra y los años.

Atravesaban un desfiladero entre bosquecillos de fresnos. Las nubes cumplieron su promesa y la lluvia comenzó a empaparlos. Fruela se cubrió con el manto para proteger el hierro recién engrasado. El sonido del agua martilleando el metal no logró acallar las toses. Dejaron atrás la angostura y uno de los exploradores llegó desde la vanguardia al galope. Señalaba una loma, en cuya cima Fruela pudo distinguir una solitaria figura. Hincó los talones en las ancas de Sniumeis y cabalgó hacia allí a rienda suelta.

El manto del jinete ondeaba al viento, llevaba un escudo colgado a la espalda. Cuando se hallaba a cien pasos, pudo reconocerle. Su hermano Alfonso descabalgó. Fruela tiró de las riendas, saltó a tierra y ambos se abrazaron. Sintió la fortaleza de su maltrecho cuerpo, contempló aquella expresión serena y cansada, el cabello desaliñado y miró más allá. A sus pies, en la otra vertiente, descubrió un bosque de lanzas sostenido por millares de hombres. Cientos de escudos, pendones y enseñas teñían de rojo y negro el valle.

Desde que se adueñaron de Spania, los visigodos se habían disputado Pompaelo con vascones, aquitanos y francos. Fortaleza y sede episcopal, se alzaba en una encrucijada de caminos que

dominaba un feraz valle defendido por una cadena de cumbres cubiertas de hayedos. Asentada sobre una meseta rodeada de barrancos, junto a una curva de un afluente del Iberus, Pompaelo constituía una fortaleza inexpugnable. La colosal muralla de sillería, restaurada en el ocaso del imperio, formaba una cerca de tres mil quinientos pies; no muy extensa, aunque eso suponía una ventaja para los defensores.

Rodrigo hizo que el ejército desfilara ante los muros con la panoplia completa. Desde las almenas, los sitiados admiraron el brillo de las armas con ánimo sombrío. Nadie esperaba que llegasen tan pronto y, a pesar de la fatiga, su aspecto era imponente. Finalizado el alarde, se dirigieron al arrabal de tiendas, toldos y refugios del que surgían cientos de estelas de humo hasta fundirse en un cielo gris. La hueste de Pedro y Casio había acampado en un altozano a oriente de la ciudadela, tras situar una guarnición al otro lado del río para aislar a los sitiados.

Llegaron al real, defendido por estacas y parapetos de ramas sobre escarpadas pendientes cubiertas de tojo y retama. Acompañado por una veintena de nobles, el duque de Cantabria los aguardaba en la entrada. Fruela saltó de la silla y abrazó a su padre. El cabello de Pedro se había vuelto albino, descubrió más arrugas en aquel rostro severo, pero su corpachón conservaba la robustez de siempre.

—Gausinda te envía saludos —le dijo Pedro—. Quiso venir a verte, pero era peligroso. Está en Amaya ayudando a Guidemar con las labores de gobierno.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es la viva imagen de tu madre. —El duque no conocía mayor elogio para una hembra, y él trató de imaginar a su hermana convertida en mujer.

—¡Venid aquí, hijos de la gran puta! —Maurano se abrió paso entre la comitiva ducal, abrazó a Munio y luego estrujó a Fruela.

Eldemira había insistido en acompañar a la hueste y el enfado de Argebald se esfumó tras el primer beso. Al separarse de su tío, Fruela descubrió a Casio a su lado. El conde le observaba sin sonreír, aunque tampoco fruncía el ceño.

—Os doy las gracias por haber acudido —les dijo Rodrigo, mientras estudiaba la disposición del campamento.

—Dadle las gracias a él. —Pedro señaló a su primogénito—. Fue quien lo organizó todo.

Con armadura, en lugar de túnica talar, Alfonso había recuperado la sombría marcialidad de antaño. El duque le observaba con orgullo, al tiempo que mostraba una moderada satisfacción al ver a su hijo menor convertido en uno de los hombres de confianza del rey. Caminaron por la senda embarrada. El interior de la tienda ducal apestaba a humo, aunque al menos resultaba cálido. Agachándose para no rozar la lona con la testa, se sentaron en torno al fuego.

—¿Cuántos hombres habéis logrado reunir? —preguntó Rodrigo.

—Cuatro tiufas —dijo Alfonso— y ochocientos bucelarios a caballo.

Cuatro mil peones, más los jinetes de las clientelas del duque, un puñado de condes y el obispo de Auca. Junto con las cinco *scholae* formaban una hueste considerable.

—¿Sabéis algo de Agila y Odón? —preguntó Atanagildo.

—El Portus Cicereus apenas es transitable —aseguró Pedro—. Hemos apostado una guarnición al norte, en la vía de Burdigala. Si un ejército de Odón cruza los puertos lo sabremos un día antes.

Por aquella ciudad vascona pasaba la calzada que unía Astúrica con Burdigala a través del Pirineo, además de otras dos, hacia Caesaraugusta y Graccurreis, lo cual era la razón de la importancia estratégica de Pompaelo y el motivo por el que un ataque podía llegar desde cualquier parte.

—Mis fuertes controlan el curso del Iberus —añadió Casio—. No detendrán el avance de Agila, pero nos informarán con antelación.

El rey sondeó el rostro del conde tarraconense y él le devolvió el escrutinio. A juzgar por aquella expresión resignada, Fruela supuso que, de darse otras circunstancias, Casio habría pactado con Agila.

—¿Quién lidera la hueste vascona? —preguntó Rodrigo.

—Oxson, hijo de Belex —contestó Pedro—. Un viejo conocido.

El señor de Malvecín, a quien Fruela había ultrajado dos años antes, algo que el duque cántabro le recordaba con una mirada tan discreta como explícita.

—¿Por qué no os presentasteis en Virovesca? —inquirió Bermudo.

—Creímos preferible cercar Pompaelo cuanto antes —le explicó Alfonso—, y así impedir que recibiera víveres.

—¿No habéis intentado tomar la ciudad?

—No tenemos *petrobollos* o torres de asedio, y ellos carecen de provisiones —razonó Alfonso—. Es más conveniente rendirlos por hambre.

—Basta con construir un ariete con techado, hostigar las defensas y echar la puerta abajo —insistió el condestable.

La vista de Alfonso se desvió hacia la pareja de torres que defendía las puertas de aquella colosal muralla construida en los días antiguos, sin duda bien abastecidas de saetas, rocas y barriles de brea a la que los defensores prenderían fuego.

—El idealismo es una guía loable —respondió al cabo—. Cuando se confunde con la realidad, el coste se vuelve prohibitivo.

—Escasea el forraje —espetó Bermudo— y apenas traemos alimento.

—Hemos enviado forrajeadores y el annonario Teudis os traerá provisiones —dijo Alfonso—. La mitad de mis hombres se alimenta de gachas de mijo la mayor parte del año. Por nuestra parte, aguantaremos.

«Tus caballos comen mejor que mis hombres», le dijo sin palabras. Aun así el condestable

insistió.

—El tiempo apremia: aún debemos tomar la ciudad, someter a Agila y regresar al sur. En ocasiones, la guerra exige sacrificios.

—Antes tenía dos piernas, ahora solo tengo una —respondió el joven—. Hacer que otros mueran por ti tiene otro nombre.

—¡Yo no apruebo esta medida!

—Busco derrotar al enemigo, no tu aprobación. —El semblante de Alfonso contuvo a su tío Maurano—. No sacrificaré a mis hombres solo para ganar unos días.

«En toda campaña militar solo existe un arma definitiva: que a ti te sobre el alimento y que su escasez doblegue al contrario.» Tras descubrir la utilidad de los tratados, Fruela había leído el *Epitoma rei militaris* de Vegetio, un libro que su hermano podía recitar de memoria. El resultado de cualquier combate resultaba demasiado incierto como para que Alfonso confiara en él. Cualquier pérdida humana era irremplazable. Aunque tomasen Pompaelo, si la hueste cántabra quedaba mermada la provincia sería vulnerable ante un ataque de Odón.

—¿Desde cuándo ostentas el rango condal, muchacho? —espetó el condestable.

—Basta —dijo Rodrigo, y en la tienda solo se oyó el murmullo del viento agitando la lona. Un bucelario se abrió paso entre las pieles que cubrían la entrada y murmuró algo al oído del duque.

—Teudis se encuentra a una hora de marcha —dijo Pedro—. Trae provisiones.

Decidieron no esperar y marcharon a su encuentro. El condestable prefirió quedarse para atender a las monturas, de modo que Atanagildo, Fruela y sus hombres acompañaron al rey. Cabalgaron hacia poniente con una veintena de soldados, entre campos de cereal. Una antigua *mansio*, de nombre Beldalin, dominaba el acceso occidental al valle. Los sembrados habían relegado a los quejigales a las laderas de la montaña, y, más allá de ellas, se extendía un inmenso hayedo entre canchales y roquedos calizos. Vieron llegar a la columna de carros y les salieron al paso, cruzando el río a través del vado. El annonario llevaba consigo cuatrocientos bucelarios y sayones que escoltaban a una veintena de carros de bueyes y quinientas mulas con sus arrieros.

Con poco más de veinte años, el cabello de Teudis se mostraba ya en franco retroceso y el cráneo refulgía a causa de la palidez de la piel. El futuro cuñado de Fruela había ganado en anchura de hombros y, aun así, conservaba un aspecto desgarrado. Se mostró solemne cuando se encontró ante el rey.

—Tra-traigo todo el tri-trigo y la cebada-da de Cantabria —dijo señalando una veintena de carros tirados por bueyes—. El resto-to son sacas de tierra, pa-para engañar al enemigo.

Poco más obtendrían del forrajeo. Al norte de Pompaelo la tierra era montuosa, cubierta de bosques, desolada de pan, vino y de todo alimento salvo manzanas, sidra y leche. Rodrigo se mostró apenado ante aquella esperable noticia y aun así observaba a Teudis con respeto.

—Habéis obrado con prudencia.

A lo lejos resonó el canto de un búho, que fue respondido por una corneja. El rostro de Fruela mudó de expresión y echó mano a la espada. Los cántabros se giraron en redondo.

—Llevaos al rey —dijo Alfonso.

Un soldado tomó a Rodrigo del hombro, pero él le apartó de un empujón para desnudar la espada.

—¡A las armas! —gritó, y se adelantó hasta el centro del camino.

La emboscada no se produjo en el lugar más propicio. Teudis había desplegado escaramuzadores, pero aquella miserable senda los había forzado a mantener un extenso orden de marcha. Tampoco fueron sorprendidos por una lluvia de piedras en el fondo de un desfiladero. Los batidores llegaron a la carrera, con el rostro desencajado y la lengua fuera. Señalaban el bosque. Cuando una vociferante horda de bárbaros surgió del encinar, los godos apenas tuvieron tiempo de reaccionar. La dilatada extensión de la columna bastó para que, hostigada en varios puntos, la lucha se fragmentara.

La vanguardia trató de abrir una brecha entre los enemigos que les cerraban el paso; la zaga intentó huir por donde habían venido. Eso dispersó aún más sus fuerzas, que Teudis trataba de reagrupar sin éxito.

—¡Traed refuerzos! —ordenó Atanagildo.

Un par de jinetes cabalgaron hacia el campamento, para advertir a la hueste regia.

—No hay tiempo —dijo Rodrigo.

El abanderado cayó ensartado por una azcona. Bajo un aguacero de dardos, tuvieron que abandonar el cadáver para buscar refugio en los carros. Los vascones arrojaban proyectiles sobre todo aquel que sostuviera un pendón. Sin ninguna referencia para mantener la línea y ningún cuerno para transmitir las órdenes, el caos se adueñó de la formación, si es que a aquello se le podía llamar de ese modo.

—¡Defended los carros! —gritó el rey; uno tras otro, todos repitieron la consigna.

Los godos se desplegaron a lo largo del camino embarrado para usar los carrmatos como defensa. Los arrieros se encaramaron a los vagones esgrimiendo hachas y chuzos. Un bastón de níspero cayó al suelo; Alfonso avanzó, cojeando, para situarse junto a Rodrigo. Cuando Fruela se colocó en el otro lado, oyó al rey murmurar:

«Escucha mi oración, oh Dios, presta oído a mis palabras.»

Rodrigo vio llegar una azcona y se hizo a un lado. Otro dardo le alcanzó en el hombro, poniendo a prueba la malla.

«Porque extraños se han alzado en mi contra y hombres violentos buscan mi vida.»

Gritos de guerra. Dos vascones corrían hacia él. El rey flexionó la pierna y extendió el brazo; el más alto se empaló en su espada.

«No han puesto a Dios ante sí. He aquí que Él es quien me guía.»

Tajó con fuerza a la altura del vientre, obligó al segundo a retroceder. Acercándose, le abrió un surco escarlata. El grito apenas llegó a sus oídos; la vida se extinguió en un instante.

«El Señor es quien sostiene mi alma. Él devolverá el mal a mis enemigos.»

El rey golpeó de nuevo. Una gélida sensación, cuando la hoja vibró al hendir un cráneo.

«Destruyelos. Te haré sacrificios por voluntad propia. Alabaré tu nombre, porque es bueno.»

Más guerreros, más hijos, más padres. Rodrigo acuchilló al siguiente. Y al otro. Y al que vino después. Cuando miró alrededor, el resto huía. Enfundó la espada y concluyó la plegaria.

«Porque Él me ha librado de toda angustia y mis ojos han visto a mis enemigos derrotados.»

Amontonados a sus pies, media docena de cadáveres. Rodrigo caminó hacia un vascón agonizante. Apenas tendría quince veranos. Yacía encogido para que las vísceras no salieran del vientre. El sureño hincó la rodilla para sujetarle la mano, y él la aferró con fuerza. Con la zurda el rey desnudó el *scrama* y degolló al muchacho, mientras sostenía su mano y la vida abandonaba su maltrecho cuerpo a borbotones. A falta de óleo, Rodrigo empleó sangre para trazar una cruz en la frente.

En ese momento llegaron las *scholae*. Con la panoplia completa, en perfecto orden. A deshora. El rey observó a Fruela, Alfonso, Teodolf y el resto con las espadas tintas en sangre. Los jinetes vascones huían hacia Pompaelo, los peones se desperdigaban por las montañas. En aquellos tiempos, rara vez los sitiadores podían evitar que el enemigo saliera o entrara de una ciudad asediada. Las colosales murallas heredadas de los días antiguos hacían que la mermada población de occidente fuera incapaz de circunvalar tales defensas.

Desde el caballo, Argebald preparó el arco; los cursores se disponían a perseguir a los jinetes para asaetearlos por la espalda.

—No —ordenó Rodrigo, y todos bajaron las armas.

Habían atacado las acémilas, a la desesperada. Ignoraban que la mitad de las sacas solo contenían polvo. Que informaran a Oxson: no habría mejor modo de sacar partido a la victoria.

Aquel armamento ligero permitía a los vascones asestar mortíferos golpes de mano. Décadas después, cuando la hueste de Carlomagno tuvo que avanzar en una estrecha columna en Roncesvalles, los lugareños atacaron la impedimenta que cerraba la marcha, empujando a los francos hacia un barranco. Tras ello se apoderaron del botín y, protegidos por la noche, se dispersaron. En aquella funesta jornada para los ultramontanos pereció Roldán, el prefecto de la Marca de Bretaña. Después los francos compusieron toda suerte de patrañas adornadas con refinados latines, como que los sarracenos fueron los causantes de aquel descalabro, que Roldán y los Doce Pares de Francia se enfrentaron a cuatrocientos mil agarenos, o que los musulimes rinden culto a Mahoma, Apolo y Termagant. Lo más parecido a un moro que habrán visto esos juglares son los faranduleros vestidos como magos de oriente.

La madera seca chirrió cuando el portón comenzó a abrirse. Fruela extrajo un pedazo de asado de las alforjas y comenzó a devorarlo con parsimonia. Alzó la vista hacia las torres. El palacio episcopal dominaba la puerta oriental de Pompaelo, de la que surgía una calzada que atravesaba el río por el puente en dirección a los puertos pirenaicos. Oxson había establecido su cuartel en aquel soberbio complejo, formado por una basílica y el palacio episcopal, que se alzaba en el lado este del antiguo foro.

El portón terminó de abatirse. Media docena de vascones envueltos en paño oscuro salió a su encuentro. Le pidieron que entregara las armas y Fruela desenfundó el *scrama*; había dejado *Nadristuggo* en la tienda. Saltó de la silla y caminaron hacia el palacio mientras aún rumiaba el asado. Las calles estaban desiertas, ni siquiera había perros merodeando. Los vascones habían vaciado la ciudad para no tener bocas inútiles que alimentar.

La ruda hueste se había hecho fuerte en el palacio episcopal. Los vascones eran peculiares tanto en costumbres como en modo de vida. Vestían túnicas cortas hasta las rodillas, se abrigan con sayos de lana oscura y empleaban un calzado hecho de cuero sin curtir, atado al pie con correas. Farfullaban una lengua tosca y arcaica, en la que a Dios se le llama *Urcia*; al pan, *orgui*; al vino, *ardum*; al agua, *uric*, y al rey, *ereguia*. Aun así, se los consideraba valientes, fieles a su palabra, justos en el pago de diezmos y, a pesar de sus muchas supersticiones, asiduos en las ofrendas a los altares.

En el patio aguardaba Oxson. Hizo un gesto para que Fruela le acompañara y él arrojó el pedazo de asado al suelo. Los guerreros observaron los restos de comida con ansia y el caudillo vascón los fulminó con la vista, desafiándolos a que lo recogieran del suelo. Ninguno se atrevió y ambos entraron en una estancia en la que ardía una hoguera, alimentada con restos de mobiliario. Oxson se acomodó junto a un puñado de individuos de aspecto rústico.

—¿Qué tal os va? —preguntó Fruela mientras se limpiaba la grasa de los dedos.

—Bien —dijo Oxson, y al contemplar los símbolos de rango del otro, añadió—: Veo que has progresado.

El muchacho se acomodó en un escaño, extendió las piernas y colocó las botas ante el fuego.

—Me gustaría poder decirte lo mismo —declaró—, pero no tienes buena pinta.

El vascón sonrió sin humor.

—Matar godos resulta cansado.

—Igual que comer ratas, supongo —repuso Fruela—. Si estos son tus hombres con mejor aspecto, pues supongo que por eso están aquí...

—¿Crees que lucharías mejor que ellos?

—Creo que podría decirles que acabo de follarme a su madre y no pestañearían —comentó, mientras ellos permanecían ceñudos—. ¿Tienes a todo el consejo enfermo, o temes que tus hombres sepan de qué hablamos?

—Todos estamos aquí por voluntad propia.

La atención de Fruela se desplazó por la estancia hasta detenerse en aquel rostro pálido, los ojos resignados, la expresión obstinada.

—Seré honesto: nuestro rey os detesta —le dijo rotundo—. En Toletum creen que sois un pueblo salvaje e ignorante. Paganos que no merecen misericordia. Incluso se rumorea que realizáis actos infames con las bestias. —Fruela se santiguó—. Habéis combatido con honor y permitisteis que la población abandonara la ciudad. Disteis sepultura a los nuestros. He intercedido en vuestro favor para que el rey os deje marchar sin recibir ningún daño.

—Esta ciudad es vascona desde hace siglos.

—Cuando asaltasteis sus muros, nos forzasteis a intervenir. Rodrigo no puede dejar la ciudad en vuestras manos, o de lo contrario se mostrará débil ante sus enemigos.

—Sería propio de cobardes someterse sin luchar.

—Solo es vergonzoso rendirse cuando se tiene alguna posibilidad de vencer —replicó Fruela—. No es vuestro caso.

—Odón vendrá en nuestra ayuda —gruñó Oxson—. No podréis mantener el asedio.

—Si todo es una cuestión de tiempo, ¿por qué nos atacasteis ayer?

El señor de Malvecín bajó la vista, como si de repente una pesada carga cayera sobre sus hombros. Por un momento, trató de hallar alguna respuesta entre los resquicios del suelo. Al no lograrlo alzó la mirada.

—¿En qué condiciones? —preguntó a regañadientes.

—Seis rehenes de buena familia. Tú serás uno de ellos, y no quiero a ninguno de estos patanes.

Los fuertes hacen lo que quieren y los débiles sufren lo que deben, escribió Tucídides. El duque Odón siempre se mostró como alguien pragmático que nunca asumía riesgos si no estaba en juego su interés más inmediato. Socorrer a Pompaelo se había vuelto una empresa arriesgada, pues Rodrigo había llevado a los muros de la ciudad vascona un ejército formidable. De modo que los vascones abandonaron la ciudad en una larga columna, con expresiones tan lóbregas como sus ropajes. El rey les permitió conservar las armas y estandartes, así que al menos pudieron regresar a sus aldeas con la cabeza alta.

Los magnates godos tomaron posesión del palacio episcopal para que el pendón de Rodrigo hondeara en lo alto.

—¿Debemos entregar las espadas? —preguntó Oxson.

En el patio del episcopado, Rodrigo se fijó en la diestra del vascón, que aferraba con fuerza la empuñadura del arma, y luego lo hizo en sus ojos:

—¿Juráis no alzar vuestra mano contra ninguno de mis hombres?

—Sí. —Para responder Oxson no vio necesidad de consultar al resto.

—Entonces podéis conservarlas —dictaminó el rey—. Fruela, estos hombres estarán a tu cargo.

Mañana partiremos hacia el este, antes de que se nos agote el alimento y el forraje.

—Qué hijo de puta —espetó Oxson, escrutando el rostro de Fruela.

—Acompañadme —les dijo el joven—, os mostraré vuestros nuevos aposentos.

La cena resultó de un austero exotismo, aderezado con especias de oriente y el intenso olor del pescado fermentado. Ardía un gran fuego en el hogar, el rey había hecho servir los últimos manjares que había traído del sur y Pedro se apresuró a sentarse en la mesa regia. Sus dos hijos se acomodaron en las tablas de los infanzones cántabros, junto con Oxson y los otros rehenes.

—¿No es este el vascón a cuya prometida preñaste? —preguntó Munio al verle.

—Qué hijo de puta —masculló Oxson.

Maurano saboreó por primera vez el vino de la Bética y luego hundió la cuchara en el plato. El ajado rostro del montañés se crispó al saborear el guiso.

—¿Qué es esta mierda?

—Truchas con *garum* —le respondió Teodolf—. ¿No te gusta?

—Sabe a coño de fulana sin lavar.

La primera vez que Fruela vio borracho a su tío Maurano tenía doce años. Entonces pensó que aquello era gracioso y le ayudó a meterse en la cama antes de que le descubriera su esposa. La segunda vez que le vio ebrio fue cuando celebró la mayoría de edad. Tenían ganas de empaparse en sidra y a él se le fue la mano. La tercera vez que le vio borracho fue al día siguiente. Y desde entonces no había vuelto a verle sobrio.

—Agila ha reunido tropas y bastimentos en Caesaraugusta —decía Casio, sentado en la mesa del rey—. Establecí guarniciones en Tirasona y Thudela para controlar el paso por la vía norte.

—Agila se muestra cauto en exceso —comentó Pelayo.

—O nosotros demasiado osados —respondió Rodrigo—. Apenas tiene legitimidad como rey, necesita el apoyo de la nobleza tarraconense, algo que no logrará si esquilma sus campos.

Sin *annona*, cualquier ejército que se desplazara por un territorio se convertía en una plaga que lo consumía todo a su paso, y al proveerse sobre el terreno, no podía permanecer en un mismo lugar durante demasiado tiempo.

—Agila habrá imaginado que nos escasea el alimento —declaró el condestable—. Aguarda a que Tāriq nos fuerce a regresar a la Bética.

—¿Entonces qué haremos? —preguntó Casio.

—Marchar a Caesaraugusta cuanto antes —dijo Rodrigo.

Cuando el fuego se transformó en rescoldos y la sala se halló en tinieblas, entre las brumas del hogar, Teodolf contaba historias. Fruela las vio cobrar vida entre las llamas. Las paredes del palacio se convirtieron en antiguos campos de batalla, cuando la sangre fluía a ríos y los cadáveres apilados formaban montañas.

—Oí contar que se enfrentaron dos paladines, Hildebrand y Hadubrand —recitó Teodolf—. Era una disputa entre padre e hijo. Se vistieron con las armaduras, ciñeron las espadas sobre las cotas de malla y cabalgaron hacia la lucha. Hildebrand, el hijo de Heribrand, habló; era el mayor de los dos, el más veterano. Preguntó a su oponente quién era su padre o cuál era su linaje, pues conocía a todos los notables del reino.

»Hadubrand, el hijo de Hildebrand, le respondió: “Los más sabios de entre mi pueblo me contaron que mi padre se llamaba Hildebrand. Un día marchó hacia el este, con Teodorico y muchos guerreros, para huir de la ira de Odoacro”.

Era una historia tan vieja como el tiempo. El héroe marcha a tierras lejanas, pasa un tiempo en una corte extranjera y allí engendra un hijo. Antes de que este nazca, ha de regresar a su patria y, por ello, entrega a la madre un anillo para que el vástago pueda reconocerle si algún día se encuentran. Una vez adulto, el muchacho acaba enfrentándose a su propio padre sin saberlo. El poema trasladaba esa historia a la corte de Teodorico el Grande, el rey ostrogodo de Italia, del linaje de los Amalos.

—«Si tu fuerza te asiste, obtendrás la armadura de un viejo como yo y te harás con este botín, pero antes deberás ganarte ese derecho», dijo Hildebrand, y añadió: «Me convertiría en el más cobarde de los que marcharon al este si te negara ese combate que tanto ansías».

»Primero blandieron las lanzas de fresno, armas afiladas, que se clavaron en los escudos. Luego las espadas los golpearon con saña, hasta que la madera de tilo se hizo añicos, destrozada.

Argebald escuchaba a su padre con aquella perenne sonrisa, indolente, la cabeza de Eldemira apoyada en el hombro. Ella se giró para susurrarle algo y al cabo se perdieron en la noche. Poco después Fruela se hallaba en el patio. Anochecía, el sol se desangraba en la sierra. El muchacho se echó el manto a los hombros, caminó hasta la muralla, admiró el ocaso y saboreó el silencio.

—A veces la soledad supone un lujo —dijo una voz desde la penumbra—. Al igual que la paz.

Alfonso llegó arrastrando el pie izquierdo. El día anterior Fruela lo había visto luchar. Había estado practicando con la espada, a escondidas. Los pasos son los cimientos de la esgrima y él había adaptado los suyos a la cojera.

—Luchamos para mantener unido el reino. —Fruela interpretó las palabras de su hermano como un reproche.

—La unidad se basa en la existencia de un «nosotros» —asintió Alfonso—. Y para ello, no hay nada mejor que una amenaza externa. Aunque, de hecho, el reino tiene demasiadas y Rodrigo no ha logrado que los intereses de todas las facciones confluyan.

—La gente cree en Rodrigo.

—La gente cree en símbolos, no en la razón —asintió Alfonso—. Los símbolos son algo ambiguo y, por tanto, capaces de contentar a todos. El rey habla de «unidad» y «libertad»,

palabras que cada cual interpreta a su modo. Cuando deba tomar decisiones concretas, le resultará imposible satisfacer a todas las partes.

—Un hombre de Estado no debe permitir que la moral le impida hacer lo correcto —ironizó Fruela—. ¿No fueron esas tus palabras?

Cuando Alfonso escrutó a su hermano, este vio en él una llama que creía extinta.

—Hasta ahora, Rodrigo ha obrado de forma intachable —admitió.

—¿Pero...?

—... pero el reino creado gracias a ello, ¿será mejor? El rey trata de ser justo, no de hacer un reino justo. La política no es más que una cuestión de elecciones, y la compasión adultera su lógica. Si, al escoger un bando, el miedo a tomar la decisión errada es mayor cuando se trata de un rebelde, la lealtad hacia el rey se desmorona.

La música había dejado de sonar y un murmullo resonaba en la sala. Los dos hermanos cruzaron un gesto de alarma y regresaron al interior. Un heraldo se hallaba de pie ante Rodrigo, con las ropas cubiertas de barro y el semblante descompuesto.

—Gundemaro está en Astúrica con un ejército de tres mil hombres.

—¿Acaso Opas y Sisberto no le enviaron la carta? —preguntó Pedro, y el rey asintió. Sin duda, el duque galaico había reunido aquella hueste para socorrer a Sisberto en Toletum. Y ahora se presentaba en los confines de su provincia, en una plaza bien defendida que controlaba su vía de regreso a la capital. Tenían un posible enemigo a la espalda.

—¿Y qué más? —preguntó el rey al comprobar que el mensajero aún no había terminado.

—Bencio envió un correo a Toletum. Tāriq ha desembarcado con siete mil moros en Calpe.

Los últimos vestigios de jolgorio se extinguieron de inmediato.

—Es solo una avanzada —señaló el condestable—, pronto se le unirán más hombres.

En aquel peñón, una de las dos Columnas de Hércules, existía una antigua atalaya defendida por una cerca para la vigilancia del estrecho. Una buena elección como cabeza de puente: una hueste de tal entidad no había venido solo a rapiñar. El rey dejó la copa que sostenía en la mano y se puso en pie, solemne.

—Es preferible comprobar la voluntad del cielo en el combate, antes que contemplar los males que padece nuestro pueblo. Pregonad por todo el reino que duques, condes y gardingos deben proveerse de armas para la guerra abandonando cualquier adorno que no competa a la empresa. Pues deberán presentarse en Toletum con sus huestes armadas en la octava de Pentecostés.

## VI

El tiempo, ese bien tan preciado. Verdugo de reyes, destructor de ciudades, asesino de todo cuanto alberga vida. Una dimensión sin retorno, que fluye en un único sentido y cuyo curso debe seguirse a partir de un rastro de tinta. Una labor a la que he dedicado toda mi vida y ahora hace que mi mente deambule entre lugares que no he visitado, personas que nunca he conocido y escenas que jamás he presenciado, con la familiaridad de quien rememora la infancia.

Fruela apenas tuvo tiempo para despedirse de su familia. El rey envió heraldos a todos los confines del reino para que los *compulsores* y tiufados reunieran hombres en una expedición pública. La ley de Ervigio obligaba a duques, condes y gardingos a reclutar y armar a la décima parte de los siervos, o de lo contrario serían despojados de sus bienes y enviados al destierro. Un llamamiento que también incluía a tiufados y *exercitalis*, los hombres libres bajo patronazgo que vivieran a menos de cien millas, bajo pena de recibir doscientos latigazos y una multa de una libra de oro. Nadie ignoraba que Rodrigo carecía del poder para imponer tales castigos. Muchos dudaban de que la leva tuviera éxito.

El rey había sido elegido como regente por el senado de Corduba, pero tomó la capital por la fuerza de las armas y su legitimidad podía ser cuestionada. El *Regnum Spaniae* se desmoronaba a ojos vista, a medida que los señores se convertían en reyezuelos. La peste y el hambre habían menguado la población, cebándose en los más jóvenes, y los campos demandaban braceros. Spania se había convertido en un caótico mosaico en el que cada tesela se veía amenazada por el resto, y la nobleza era reticente a enviar a la flor de su ejército al extremo meridional del reino.

Gundemaro se había presentado con su hueste en Astúrica dispuesto a socorrer a Sisberto, sin saber que ya era tarde. Los hijos de Égica habían jurado fidelidad al nuevo rey, pero Gundemaro se mostraba fieramente leal al linaje de quien le había otorgado el rango ducal. Se decía que era más fiel a Égica que los hijos de este. Rodrigo forzó marchas hacia la capital y envió a Fruela como heraldo a la ciudad de Gallaecia.

Tras despedirse del grueso de la séptima en Segisamone, el joven conde se presentó en la llanada de Astúrica Augusta. Los recibió un clima inhóspito; la nieve caía en pesados copos sobre un campo helado mientras recorrían la muralla rojiza de aparejo irregular. Entre los bastiones de granito que flanqueaban la puerta sur vieron salir a un abanderado con el pendón azul de Gundemaro, luego una veintena de hombres armados. Fruela recordó las agrias palabras que

intercambió con el duque galaico en Toletum y consideró que, tal vez, Rodrigo hubiera podido honrar a otro con aquel encargo.

El duque montaba un semental retinto, con el manto pardo desparramado en la grupa y un gorro de lana oscura cubriendo la mugre de unos cabellos que, de haber estado limpios, habrían sido blancos. Unos ojos negros como una noche sin luna escrutaban a Fruela y Teodolf.

—¿Qué hacen las *scholae* tan cerca de mi provincia? —dijo con una voz ronca y cascada, como un derrumbe de montaña.

—Defender el reino —respondió el muchacho—. Pero ahora el rey marcha hacia el sur.

Hubo un cambio en aquella expresión fatigada, y luego un entrecerrar de ojos.

—¿A qué habéis venido?

—El rey solicita tu ayuda —le dijo Fruela—. Un ejército moro ha desembarcado cerca de Julia Traducta. Rodrigo te pide que acudas con tu hueste a Toletum, en la octava de Pentecostés.

Tirando de rienda, Gundemaro hizo caracolear a su montura.

—Si yo señoreo en el norte, ¿por qué debería preocuparme lo que sucede en el sur? —le preguntó con inquina—. Tú me insultaste en Toletum. Durante años, Rodrigo y yo hemos sido adversarios. Ha depuesto a Sisberto, el vástago de quien me entregó esta provincia, y es amigo de Pelayo, quien codicia mi cargo y reniega de mi autoridad. Y ahora, cuando le amenaza este gran peligro, cuando más necesitado de ayuda se encuentra... ¿Espera que, en lugar de hacerle la guerra, acuda con mi hueste en su ayuda?

—Sí —respondió el muchacho.

Durante un instante apenas se escuchó el lejano gemido del viento en el bosque de ribera. Gundemaro sonrió. Una mueca que se convirtió en risa, una risa que rompió el silencio. Uno tras otro, los nobles de Gallaecia le imitaron, hasta que al fin todos estallaron en carcajadas. El duque galaico se acomodó en la silla para contestar:

—En Toletum, en la octava de Pentecostés.

Fruela se reunió con la séptima *schola* en Pallantia. Los hayedos de la falda del Pirineo habían dado paso a los encinares y los campos de cereal; en la meseta, la landa se convirtió en páramo. A medida que cabalgaban hacia el sur, sobre el horizonte emergió la cordillera que servía de espina dorsal a Spania. Atravesaron el somo de la sierra para llegar a un quebrado paisaje de monolitos de granito roídos por el viento. Pernoctaron en una aldea de nombre Matrice asentada en un cerro a cuyos pies discurría un arroyo que vertía aguas en un afluente del Tagus. Por la mañana, dejaron atrás aquel feraz paisaje de suaves colinas para adentrarse en una árida llanada que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El sol ganaba vigor a cada paso y la calzada se iba atestando de hombres armados.

En respuesta a la llamada del rey, jinetes venidos de todas partes se iban sumando a la empresa: nobles enlorigados, bucelarios con yelmo y espada, sayones con rústicas monturas y hacendados con armas de caza. Llegaron a Toletum a mediodía. Los *compulsos* alojaban a las tropas como podían y llevaban las monturas a las cuadras. El complejo palaciego rebosaba actividad. Improvisadas fraguas en los patios creaban montañas de herraduras y clavos, moharras y abrojos. Artesanos de todos los oficios conocidos fabricaban flechas, escudos, astas de fresno, arreos y alforjas.

En la sala del trono, el sitial de ónice estaba vacío. Fruela encontró a Rodrigo apoyado en una mesa repleta de documentos, rodeado por los más altos cargos del oficio palatino.

—Los graneros de la *annonae* están a la mitad de su capacidad —decía el condestable, y junto a él estaban Atanagildo y Pelayo.

—Fruela —exclamó Rodrigo al verle—, ¿hablaste con Gundemaro?

El conde espartario asintió:

—Aseguró que vendría.

Bermudo, por su parte, no parecía muy convencido.

—¿Y si no lo hace?

—Gundemaro es Gundemaro —dijo el rey—. Si desea venir, lo hará.

—¿Qué hay de Opas y Sisberto? —preguntó Fruela.

—Se reunirán con nosotros en Corduba —aseguró Rodrigo—. Ya han llegado los condes de Complutum, Pallantia, Recópolis y Salmántica, además de los obispos de Abela, Segovia, Uxama, Elbora y Ercávica. En Metellium se nos sumarán las tropas lusitanas de Witérico. En la capital de la Bética estarán los que Teodomiro haya reclutado en la Cartaginense y las comitivas de los señores provinciales. La leva de hombres libres se nos unirá de camino a Asidona. Una vez allí, nos reuniremos con Bencio y la quinta *schola*.

—No tenemos la certeza de que acudan —razonó Pelayo—. Si nos presentamos en Corduba y los hermanos de Witizia nos fallan, la campaña habrá fracasado antes de empezar. Podemos recurrir a las levas de siervos de...

—Prefiero una hueste reducida, formada por guerreros de oficio, antes que millares de brazos poco diestros y mal armados —respondió el rey—. De lo contrario, en el momento decisivo, cuando crees que tienes algo, descubres que solo hay bocas que alimentar.

—¿Y la Tarraconense? —Fruela quiso poner el dedo en la llaga.

—Envié un heraldo a Agila. —El rey caminó hacia la ventana para contemplar el ajeteo del patio—. Me respondió que acudiría gustoso en mi ayuda en cuanto le reconociera como rey. Marcharemos dentro de diez días —sentenció Rodrigo—. No podemos esperar más.

La ceremonia de partida a la guerra se celebró al amanecer. Con los mandos del ejército formados ante la basílica de Pedro y Pablo, el obispo metropolitano atravesó la puerta junto a una decena de diáconos vestidos de blanco. Al igual que el resto de guerreros, Fruela lucía la panoplia completa. Incluso el aspecto de Munio era formidable. En torno a una legión de hombres de hierro y bronce, la Corte se había congregado en el patio del palacio. Fruela descubrió a una muchacha con el cabello negro recogido, la piel pálida y un cuello de pájaro.

—Hilduara —dijo Fruela. Casi había olvidado el sabor de su nombre. A su lado halló una matrona de mediana edad, perfecta en cada gesto, hermosa y distinguida allá por donde se la mirase. Formuló una pregunta a la muchacha y ambas se acercaron para saludarle.

—Quisiera mostrar mi gratitud —dijo Servanda, la hermana mayor del rey—. Mi hija me ha hablado muy bien de vos.

Fruela buscó algún doble sentido en tales palabras, pero aquella mujer parecía demasiado simple como para conocer el sarcasmo.

—Solo cumplí con mi deber —respondió, mirando a la chica—. En el convento ayudé a sanarme.

Hacía tiempo que Servanda se esforzaba por dejar de ser ególatra y superficial. Para este fin había decidido memorizar salmos y rodearse de sotas, tratando de erradicar la exasperante frivolidad que la caracterizaba.

Nadie puede luchar contra su propia naturaleza.

—Cuando nuestra relación con Sisberto se complicó, sentí una gran angustia. Ahora que nuestras diferencias se han resuelto, estoy más tranquila —aseguró, mirando a Hilduara—, por fin mi hija podrá casarse.

—Sí —respondió Fruela—. Es lo importante.

La matrona ensanchó su sonrisa y dirigió una radiante expresión a la chica: «¿Lo ves?», parecía decirle. Los ojos de la muchacha parecían tan negros como su destino.

—Estoy segura que tus logros habrán hecho que tu padre se sienta orgulloso de ti. —La voz de Hilduara sonó apacible como el aleteo de un ángel y la sonrisa de Fruela se esfumó como por ensalmo. Al percatarse de esta peculiar complicidad, la matrona quiso remarcar el envolvente egoísmo de su presencia:

—Mi hija ha bordado un pendón para el *draco* de su hermano. ¿No es adorable?

—Bencio es un hombre valiente. —Esta vez, Fruela no vio necesario mentir—. Me siento honrado de luchar a su lado.

—Espero no abusar de tu amabilidad si te pido que la escoltes hasta Corduba, donde la espera mi esposo Liuva. Yo debo permanecer aquí para atender los asuntos familiares.

Hilduara era la sobrina del rey y le acompañaría hasta la Bética el mayor ejército que se había reunido en Spania desde hacía casi cuarenta años. No se requerían muchas luces para intuir que

Servanda buscaba a su única hija soltera un posible recambio, por si las cosas se torcían de nuevo.

—En absoluto. —Fruela admiró el rubor de la muchacha—. Será un verdadero placer.

Desde la sala del trono Rodrigo accedió al patio y se acercó a la entrada de la basílica. Entró en suelo consagrado para arrodillarse ante el altar, mientras los clérigos cantaban en petición de ayuda para la batalla. Con voz tonante, el obispo de Toletum, primado de Spania, demandó para el rey la victoria, para sus generales la fuerza y una lealtad unánime. Al punto, el prelado entregó la venerable reliquia de la Vera Cruz al rey. Uno tras otro, los tiufados y condes espatarios recibieron de manos del religioso los estandartes de cada unidad. Una vez fuera de la basílica, un coro de clérigos entonó una antífona:

—«Bendito Israel, ¿quién como tú, al que salvará el Señor? Escudo de tu protección y espada de tu gloria, ¡venganza!».

—*Ad ultionem!* —El ejército godo voceó su grito de guerra.

—En nombre del señor Jesucristo, id en paz —recitó Sinderedo, siguiendo el acostumbrado ritual.

Precedidos por la cruz sagrada, los portaestandartes atravesaron la arcada del complejo palaciego, seguidos de los condes espatarios y el resto de mandos. Una vez en la calzada, las tropas se les fueron sumando y cruzaron el puente en dirección al sur. Los vecinos abarrotaban los márgenes del camino para ovacionarlos. Fruela se reunió con sus hombres.

—«Id en paz a la guerra» —ironizó Munio, con la vista fija en el *draco* que sostenía.

—Los evangelios nos enseñan a ofrecer la otra mejilla —dijo Teodolf—, por eso los primeros cristianos se negaban a empuñar armas. Esto se mantuvo hasta la victoria de Constantino en el Puente Milvio, cuando el imperio se hizo de forma oficiosa cristiano. Dos años después, los obispos se reunieron en Arlés y decretaron la excomunión para quienes rehusaran el servicio militar. San Agustín y los padres de la Iglesia concibieron un ideal: la «guerra justa»..., aquella en defensa propia o encaminada a una noble causa, a cargo de un soberano legítimo cuya autoridad proceda de Dios.

»Todas las filosofías que han proscrito la violencia lo han hecho pensando en el Juicio Final o la salvación eterna, no en este mundo. Nunca nadie ha sido tan necio como para creer que una amenaza se puede anular dejándose matar.

Los cuatro mil hombres de Rodrigo formaban una inmensa columna que abarrotaba la antigua calzada hacia Emérita. Había más animales que gente. Cada caballo de guerra demandaba treinta libras de heno o pasto al día, y once de cebada o avena. Para transportarlo eran preferibles los carros de bueyes, pues tales bestias no necesitan grano como ración diaria, y si en el terreno dispone de hierba y agua, pueden recorrer cientos de millas sin más sustento. Sin embargo, en el arte de la guerra, la piel de toro impone su tiranía. A pesar de los esfuerzos por mantener en buen

estado las calzadas, muchos caminos de esta tierra agreste solo son transitables por mulas de carga. Cada una puede llevar trescientas libras de grano, pero consume un veinteavo al día. La escasez de pasto en un territorio tan árido como el nuestro puede arruinar a todo un ejército.

En Metellium se les unió Witérico junto a los condes de Emerita, Egítania, Olisipo, Conimbria y Cauria. El duque lusitano los aguardaba en un extremo del puente romano y se adelantó a la hueste cojeando. Con casi setenta años, el suegro del rey se negaba a usar bastón, pues decía que era de viejos.

—¿Cuántos? —Rodrigo observaba a los jinetes formados en la vega del río.

—Mil quinientos, señor —le respondió mientras un siervo le ayudaba a montar.

El ejército reanudó la marcha por la vieja calzada de Corduba y los mandos se congregaron en la vanguardia en torno a Rodrigo.

—No me mires así. —Witérico solo tuteaba a su yerno en privado—. Sé que son pocos.

—Ni un solo obispo —musitó el rey.

El clero contaba con grandes ejércitos privados. Incluso los presbíteros de las poblaciones que no eran sede episcopal, y solo los monasterios estaban exentos de asistir a una expedición pública.

—Si se niegan a acudir, la ley tan solo los obliga a restituir los daños causados por el enemigo. No se les puede confiscar las propiedades, ya que son de la Iglesia. —Y el lusitano añadió—: ¿Sabes algo de Opas?

—Aún no.

La lealtad de la aristocracia de la Bética estaba dividida entre los linajes de Égica y Ervigio. Bencio había llevado consigo a la mayor parte de tropas de este último. Gundemaro no se había presentado en Toletum, y no era el único. El éxito de la empresa dependería de que Opas y Sisberto se reunieran con ellos en Corduba.

Rodrigo cabalgaba junto al carro en el que viajaba su sobrina. La muchacha escudriñó el exterior a través de las cortinas, apretó los labios al descubrir a Fruela y rehuyó su mirada. A los vascones no parecía agradarles cabalgar sin descanso para participar en una guerra que no era suya, y entre el resto la ansiedad era palpable.

—¿Qué sabemos de nuestro enemigo? —reflexionó Fruela en voz alta.

—Nada —admitió Teodolf—. Salvo que están hechos de carne y sangre, al igual que nosotros.

—Al parecer los mahometanos creen que el fin del mundo es inminente —comentó Argebald.

—Bien lo saben, pues lo traen ellos —murmuró Baldomero.

—¿Qué puedes decirnos de los árabes? —preguntó Fruela.

—Son gente aguerrida, acomodada a la implacable vida del desierto —respondió el joven—. La mayoría son musulimes y rezan postrados con el culo en pompa. Y aunque dicen hacerlo a

nuestro mismo Dios, el falso profeta insufló tanta herejía en su credo que este apenas es reconocible.

»De donde yo vengo, la tierra habitable tiene forma de herradura; en un brazo, se hallan Siria y Tierra Santa, en el otro Mesopotamia, y el espacio entre ambos es todo desierto. La Arabia Pétreá se halla en sus márgenes y antaño los sarracenos dominaban las caravanas que atravesaban este erial, habitado por nómadas que malvivían a expensas del bandidaje, pues sus dromedarios les permitían adentrarse allá donde nadie más se atrevía. Romanos y persas crearon una red de estados vasallos en la frontera para que se matasen entre sí: los gasánidas al servicio de Constantinopla y los lajmíes sujetos a Ctesifonte.

»Hacia el mediodía se halla la Arabia Deserta, cuyo nombre en verdad lo dice todo y poco cabe añadir. Al sur de esta península, y a orillas del mar, está la Arabia Félix, la antigua patria de la reina de Saba. En los buenos tiempos de Roma fue una tierra rica gracias al mercadeo. Producía mirra, perfumes e incienso, comerciaba con especias y perlas que traían del mar de Eritrea, junto a sedas de la India. Un inmenso caudal de oro fluía hasta allí. Pero los romanos comenzaron a navegar por esas aguas, luego su poder menguó, dejaron de demandar tales bienes y los templos paganos que empleaban incienso fueron demolidos. Los persas se hicieron con el comercio sedero y Constantinopla creó su propia industria. La presa de Ma'rib, una de las maravillas de la Arabia Félix, pronto cayó en ruinas, la tierra se volvió yerma y la población de esa parte se hizo nómada, salvo en un puñado de ciudades. En tal estado se hallaba la progenie de Ismael cuando Mahoma comenzó a predicar su mensaje impío.

»Sin embargo, la hueste de Tāriq está formada por moros, llamados así por su tez oscura, a los que los árabes dicen *barbar*, que significa “bárbaro” en su lengua. Y si los ismaelitas los conocen con tal nombre bien podéis imaginar cómo son. Desde muy antiguo hubo prósperas urbes en las costas de África y Mauritania que florecieron gracias al trigo y aceite con el que abastecían a Roma. Allí nació el emperador Septimio Severo, además de Tertuliano, padre de la Iglesia, y el venerable san Agustín. Pero las ciudades se fueron despoblando a medida que menguaba el poder romano y, con los canales de irrigación arruinados, aquellas gentes también se volvieron nómadas, o se refugiaron en granjas y aldeas fortificadas. Rebaños de cabras pastan hoy en lo que antaño fue el granero de Roma.

»Los moros viven, en suma, entre el mar del centro del mundo y una inabarcable extensión de arena, más allá de la cual están las Antípodas, pobladas por negros, leones, unicornios y olifantes, de cuyos colmillos se obtiene el marfil. A decir del propio san Agustín y del sapientísimo Isidoro de Spali, allí viven los acéfalos, hombres sin cabeza y con ojos en el pecho, los esciápodos, provistos de una sola pierna que emplean cual sombrilla para protegerse del implacable calor del

meridiano, y los cinocéfalos, raza ignota con cabeza de perro. Aunque nadie sabe qué hay de cierto en todo ello.

—¿Cómo es que sabes tanto de los sarracenos? —le preguntó Munio.

—Porque mi madre era árabe, del pueblo gasánida —respondió Baldomero—. Mi abuelo combatió a los musulimes en Yarmūk bajo las órdenes de Jabala ibn al-Aiham.

Desde la zaga llegó un soldado al galope y se detuvo ante el rey, jadeando.

—Gundemaro ha llegado.

Rodrigo, Witérico y los condes espatarios trotaron por los márgenes del camino. A medida que los guerreros se apartaban a su paso, vieron que, en efecto, el duque galaico los había alcanzado forzando marchas. Los rostros alegres mudaron cuando estimaron el número de hombres que traía.

—Trescientos jinetes —masculló Witérico.

—Trescientos galaicos —declaró Gundemaro—. Y no os preocupéis: traigo víveres.

Corduba, *Colonia Patricia*. ¿Qué puedo decir que no hayan escrito ya los poetas? Era la joya de Spania, ni siquiera Toletum era capaz de hacerle sombra. Sede regia, donde la Corte se reunía en otoño por la vendimia, también había sido colonia romana, como proclamaban con orgullo sus cecas. Cuna de grandes sabios, como el gran filósofo Séneca, tutor y consejero de Nerón, Lucano, el poeta inmortal, o el obispo Osio, que exhortó a Constantino para que adoptase la cruz antes de la batalla del puente Milvio. La única ciudad del reino que aún conservaba sus antiguas instituciones municipales. Situada a los pies de los Montes Marianos, en un remanso vadeable del Betis, en ella confluían las vías que atravesaban aquella feraz serranía, cuyas entrañas atesoran un sinfín de riquezas mineras, además de bosques, dehesas y pastos. Un puente de mil pies atravesaba la arteria fluvial de la Bética, que llevaba mercancías entre Spali y Corduba, tres acueductos traían el agua de los montes y, en torno a la urbe, cientos de haciendas bebían de la sierra y el río.

El ejército regio llegó a la puerta norte de la ciudad a través de una calzada que atravesaba enormes haciendas, provistas de una red de canales y cisternas que regaban las tierras. Atravesaron las murallas de sillería por una de las siete sólidas puertas reforzadas en hierro para luego recorrer el decumano entre la multitud de curiosos que ovacionaba a Rodrigo. La parte septentrional de la urbe estaba repleta de huertos, vertederos y camposantos, el teatro servía de escombrera y el foro estaba atestado de edificios señoriales. El centro de poder se había desplazado hacia el sur. Cerca del puente y el embarcadero, el nuevo orden político y religioso surgido tras la caída del imperio había erigido un soberbio complejo catedralicio formado por la basílica de San Vicente junto a un mausoleo de planta cruciforme, el palacio episcopal, un baptisterio con cisternas y diversas dependencias eclesiásticas. Frente a la fastuosa iglesia, se hallaba el palacio ducal, la residencia de Rodrigo. Ventanas y ajimeces con celosías de piedra

calada, muros decorados con frescos y revestimientos de mármoles cincelados decoraban este colosal edificio de tres plantas, con las dependencias dispuestas en torno a un umbroso patio. En el pórtico, a resguardo del implacable sol estival, los aguardaba una comitiva de nobles, cuyo espléndido aspecto les permitió vislumbrar, como en ningún otro lugar de Spania, la antigua gloria de Roma.

Teodomiro se hallaba junto a Egilo, la esposa del rey, el conde de Corduba y varios notables de la curia local. Fruela reconoció a Agrescio, el conde de Valentia, al de Carthago Spartaria y otros magnates de la Cartaginense. Aunque la mayor parte de la nobleza bética se les uniría en la Vía Augusta, los presentes eran muchos menos de lo esperado.

—Sed bienvenidos —les dijo Egilo. Diez años más joven que su esposo, poseía una belleza anodina capaz de atraer la atención pero no el interés. Bajo el liviano velo de seda cobriza vestía una dalmática esmeralda con filigranas bordadas en oro. Se decía que Egilo era estéril, o al menos había sido incapaz de darle hijos a su esposo, circunstancia que a la postre le resultó útil a Rodrigo, pues muchos le apoyaron a sabiendas de que su mandato no podría tornarse dinástico.

Con el regalo destinado a Bencio en las manos, Hilduara se adelantó para saludar a su padre, un hombre recio y taciturno, siempre acompañado de Félix, el conde de Corduba. La muchacha se encontró ante un muro de silencio, y la mirada serena de Egilo se tornó afligida.

—Nos han llegado noticias de Bencio —dijo, y ante tales palabras Fruela supo lo que estaba por llegar.

—Se hallaba en Asidona con su *schola* y los bucelarios, junto a una leva de siervos —les informó Teodomiro—. Decidió enfrentarse a Tāriq en la llanada de Julia Traducta para impedir que desembarcara más tropas. Los siervos huyeron nada más entablarse el combate. Bencio murió. Hemos perdido una *schola*, tres mil bucelarios y otros tantos siervos. A los siete mil moros de Tāriq se les han sumado cinco mil más.

Hilduara guardó el pendón en silencio y caminó hasta su padre. Los ojos negros brillaban y su alma a punto estuvo de derramarse por ellos.

—La morisma ha asolado el extremo sur de la provincia —añadió Félix, el conde de Corduba—. Llegaron a las inmediaciones de Astigi.

—¿Por qué hay tan pocos hombres de la Cartaginense? —La pregunta del rey iba dirigida a Teodomiro.

—Mientras disponías la leva en Toletum, Agila organizó una ofensiva contra el levante. Se ha apoderado de varias ciudades. He tenido que dejar guarniciones.

—¿Qué hay de Opas y Sisberto?

—Deberían haber llegado.

No solo habían perdido una de las siete *scholae* y tres mil guerreros de oficio. La leva no

estaba teniendo éxito, muchos nobles no habían respondido a la llamada del rey, y era posible que otros los imitaran. Si entre ellos se hallaban los hermanos de Witizia, la campaña habría fracasado antes de comenzar. Bien pensado, Opas tenía buenos motivos para no acudir. Si el rey se mostraba incapaz de defender la Bética, su prestigio se vendría abajo.

—Estaréis cansados —les dijo Egilo—. Os hemos preparado unos aposentos y la comida se servirá a la hora nona.

La recepción concluyó y las comitivas se dispersaron. Fruela daba instrucciones a Teodolf y Baldomero para que sus hombres acampasen en una explanada cuando Hilduara se aproximó a ellos.

—Lo siento. Bencio era un gran hombre. ¿Nos veremos en la cena? —le dijo el conde, y lamentó su impericia para consolar a las mujeres. En alguna ocasión, había fingido ser un tipo sensible a los afectos femeninos. Mas en aquel momento tales recursos se le antojaron inapropiados.

—Me alojaré en el convento de los Santos Mártires, junto a la basílica de San Acisclo —respondió Hilduara, y dirigió una discreta mirada a su padre.

—Entiendo.

La basílica de San Acisclo se hallaba al oeste de la ciudad, más allá de la puerta de Spali, en el arrabal de los pergamineros. Junto a este complejo se alzaban las ruinas del anfiteatro romano. En la antigua arena, donde el santo había sufrido martirio, se construyó un cenobio con un xenodoquio y un hospital para los peregrinos, rodeado por los arcos y muros que antaño sostuvieron las gradas.

El lugar más venerado de la ciudad y el mejor baluarte tras el propio *castellum*. Qué mejor sitio para recluir a la futura esposa de Sisberto.

—He pensado que debería llevarlo alguien. —La muchacha le entregó el estandarte bordado y Fruela, solemne, asintió en señal de gratitud. Una mujer de aspecto recatado acompañaba a la chica.

—Verdelobo... Debemos irnos.

Bonita, se dijo Fruela. Tal vez habría pensado que muy hermosa si no percibiera tanta soberbia. La piel era pálida y multitud de pecas le cubrían las mejillas, la frente y el cuello, e imaginó que también los senos. El cabello, del color del trigo maduro, estaba recogido en un moño bajo el velo traslúcido. En la Bética, concluyó, cualquier criada lucía más que las nobles del norte.

—Es Asella. Me hará compañía. —Hilduara hizo un gesto al aya, que se retiró con prudencia. Además de chismosa, Asella disfrutaba dando malas noticias, así que se dedicó a comentar la trágica muerte de Bencio con las damas de la Corte, oculta tras una impecable fachada de aflicción.

—¿Por qué Verdelobo? —preguntó Fruela.

—Cuanto tenía trece años, mi padre Liuva comenzó a hacer negocios con un comerciante griego. A veces se alojaba en nuestra casa; le encantaba el buen vino y la sopa de ajo. Me sonreía con los ojos de un lagarto muerto, y un día, antes del almuerzo, me susurró un comentario soez. Fingí vergüenza para poder retirarme, luego visité las cocinas y vacié la mitad de una bolsa de verdelobo en el guiso.

»Durante la comida, el mercader probó la sopa, tal y como acostumbraba. Percibió el sabor amargo, pero no quiso ofender a mi padre. Siguió comiendo, hasta que comenzó a ahogarse. Entonces se levantó de la mesa y huyó a las letrinas. Mi padre enseguida sospechó algo. Encontró la bolsa de hierbas en la cocina y me obligó a terminarme la sopa. Toda la casa me observaba mientras yo tragaba una cucharada tras otra. Me esforcé por ocultar mi estado y no quise beber el agua que me ofrecían. Poco después enfermé y estuve acostada durante tres días. Desde entonces me llaman Verdelobo.

—Me alegro de no haberte ofendido en el convento —dijo él, y aquellos dos pozos negros, que le cegaban más que el sol de la Bética, se clavaron en los suyos. A Fruela le dio por pensar. Pensó que las mejores cosas que le habían pasado en la vida sucedieron cuando hizo lo que no debía hacer.

—He de irme —dijo Verdelobo.

—Gracias por el regalo. —El muchacho la siguió con la mirada mientras abandonaba el palacio seguida de Asella y los criados.

—¿Tu nueva putilla? —El rostro de su esposa, apenas tocado por la edad, apareció ante él con su acostumbrada mueca burlona. El holgado vestido apenas lograba ocultar su avanzado estado.

—Es la sobrina de Rodrigo.

—¿Desde cuándo eso te ha importado? —Imelda cruzó los brazos, realzando aún más los senos. Pocas mujeres podían cruzar los brazos de esa forma, pensó.

—Estás bellísima.

—Gracias —respondió Imelda, y él apoyó la mano sobre el abultado vientre. Nunca se había visto como padre, ya fuera real o adoptivo, y sin embargo allí estaba.

—¿Te alojarás aquí? —le preguntó.

—He venido a Corduba solo para verte. Después regresaré a la hacienda.

—Las marismas del Betis no están lejos del enemigo —razonó Fruela—. Allí no estaréis seguros.

—No puedo imaginar un lugar más seguro que mi hogar.

—Dentro de un mes darás a luz —insistió él—. Necesitarás un buen médico y una buena partera.

—He pagado a los mejores —aseguró rotunda—. Estarán conmigo cuando salga de cuentas.

Fruela no pudo más que maldecir. Aquellas discusiones solían terminar con una sonora bofetada

o un revolcón en el lecho, y después Imelda siempre hacía lo que le venía en gana.

—¿Qué hacen ellos aquí? —Fruela se percató del capataz que acompañaba a la mujer, cuyo rostro le resultaba familiar.

—He armado a mis siervos más fornidos —le dijo Imelda—. Te acompañarán a la batalla.

Medio centenar de rústicos con lanzas y cuchillos; la generosidad de su esposa era proverbial.

—Haceos cargo de ellos —ordenó Fruela a sus hombres.

—En su tratado —comentó Baldomero—, Vegecio dice que debemos rechazar a los pasteleros, tejedores o cualquiera que desempeñe un oficio mujeril. Además, los reclutas han de tener mirada alerta, pecho amplio, brazos fuertes, vientre pequeño, nalgas estrechas y pies nervudos.

—Estamos como para elegir —espetó Teodolf—. Diles que vengan. No voy a dedicarme a mirarles el culo.

Un criado llegó para mostrarles los aposentos. Pasaron bajo un arco de herradura, hacia un corredor sobre un suelo de suntuosos mosaicos con escenas venatorias. Luego los condujo hasta una puerta de nogal tallado y se acomodaron en el lujoso interior. Sobre la cal de los muros habían pintado ondulantes tallos de vid y figuras de animales. En el centro, una columna de mármol romano ante la balconada con celosía de cedro y una *policandela* griega colgaba del artesonado dorado.

A través de la ventana Fruela contempló la imponente figura del *castellum*, adosado al extremo suroeste de las murallas romanas, con los barracones para la hueste ducal. Pasados dos siglos tras la muerte de Cristo, las principales ciudades del imperio comenzaron a amurallarse ante las primeras amenazas de los bárbaros y, cuando la autoridad imperial se colapsó, el destino de tales defensas resultó incierto. No siempre se mantuvieron en buen estado, a veces amplias secciones caían en ruinas. A menudo los obispos financiaban su restauración, y aunque los monarcas trataban de preservar las defensas de los nodos administrativos del reino, la precaria poliorcética de la época las convertía en una onerosa carga de rentabilidad dudosa. Después de que Corduba dejara de ser parte de la frontera con los imperiales, los muros de la capital de la Bética perdieron sentido. La guarnición que dejarían atrás apenas bastaba para defender la cabeza de puente.

Dejó de lado tales cavilaciones. Había llegado el momento de discutir con su esposa.

El canto del gallo resonó en algún lugar remoto que Fruela fue incapaz de ubicar. Se refugió en el sopor, la noche había sido larga. Sentía el abdomen de Imelda pegado a la espalda y su cálida mano en la cintura. Inspiró hondo y el suave aroma femenino le hizo desearla. La adormecida conciencia de su esposa le susurró algo al oído y se revolvió sobre él para estrechar el contacto entre los cuerpos.

—¿Es que nunca tienes bastante? —murmuró Fruela.

Imelda arqueó la espalda, la mano se deslizó aún más abajo y le arañó el vientre.

—Dos por semana —jadeó él—. Fue lo acordado.

—Precisamente. Has estado cinco meses fuera: aún me debes treinta y ocho.

En ese momento llamaron a la puerta. Fruela se levantó del lecho, vistiose los calzones y la entreabrió.

—Tienes que ver algo —le dijo Argebald.

Se calzó para salir al corredor y se asomaron por una ventana que daba al sur. Más allá del puente, en un amplio recodo del Betis, no muy lejos de la basílica de San Cristóbal, había acampado una hueste. Un arrabal de toldos y tiendas entre las improvisadas cercas para millares de mulas y caballos, con el estandarte blanco del linaje de Égica.

Opas y Sisberto habían llegado.

El alto mando de Rodrigo se reunió para darles la bienvenida. El encuentro tuvo lugar en el antiguo puente romano, reparado aquí y allá con distinta fortuna. Los hermanos de Witiza parecían encarnar la perfecta división entre el poder terrenal y el celeste, como si un nuevo Sumo Pontífice y emperador de occidente hubieran acudido en su auxilio. El prelado de Spali lucía una ostentosa mitra con un crismón bordado en oro y perlas, una casulla púrpura y una dalmática constantinopolitana. Caminaba erguido, apoyándose en un báculo pastoral de plata, acompañado de una cohorte de diáconos con relicarios que contenían todo un arsenal de tesoros sacros. Iba acompañado de Venancio, el obispo de Corduba.

—Aquí estamos, en la fecha convenida —dijo Sisberto.

Fruela tuvo que admitir que, como marioneta de Opas, desempeñaba un papel mucho más digno que su difunto hermano. Como si su incapacidad de tomar decisiones fuera un estoico desprecio por los detalles mundanos. Después de dos jornadas a caballo, su aspecto era impecable. Homero habría sido feliz al describirlo. Panoplia completa, rostro bien rasurado y un atuendo sin una sola mácula; solo unos vestigios de polvo le otorgaban la oportuna marcialidad que el momento exigía.

—¿Dónde están los barcos que nos prometieron los imperiales? —les dijo Pelayo a modo de bienvenida—. El conde de las Baleares debería habernos enviado una flota hace meses.

—Justiniano ha tenido... dificultades en el Ponto Euxino —adujo Opas—. La armada de Mūsà asoló las costas de Sicilia y la flota balear tuvo que marchar hacia el este.

—Hemos aceptado las normas del Concilio Quinisexto a cambio de nada —concluyó el astur.

—Basta —ordenó el rey—. No es el momento.

—No podemos enfrentarnos a Tāriq con menos de doce mil hombres —intervino Teodomiro, con la atención fija en los reales witizanos—. Por lo que veo, contamos con unos ocho mil. Los hombres de Tāriq son todos guerreros. ¿Y los nuestros qué? Salvo las *scholae*, la mayoría se dedica a prevenir el bandidaje.

—La derrota de Bencio ha desalentado a muchos nobles —admitió Opas—. Temen perder sus ejércitos privados sin recibir nada a cambio.

—Tal vez logremos convencer a los indecisos si les garantizamos algún provecho —sugirió Sisberto, como asaltado por una repentina epifanía—. Urbano se ha rebelado contra el reino, su feudo es rico y los nobles necesitarán sufragar de algún modo la empresa...

Rodrigo escrutó los rostros que le rodeaban, vio la complicidad del prelado cordubense e intuyó que un buen número de ellos compartía tal parecer. El saqueo era el único incentivo para las expediciones militares, pues la mayoría de las tropas no recibía soldada.

—No permitiré que nadie rapiñe a mis súbditos —declaró el rey.

Opas extrajo las manos de las mangas del hábito y se acomodó en el petril del puente para hablarle.

—Dicen que, en su lecho de muerte, el emperador Septimio Severo hizo llamar a sus dos hijos, Geta y Caracalla, para exhortarles sobre el buen gobierno del imperio —aseguró el prelado—. El consejo fue el siguiente: «Mantened la paz, enriqueced a los soldados y despreocupaos del resto». Como rey, debes elegir entre la lealtad de los nobles y sus comitivas armadas, y la de la gente común. No existen más alternativas.

—Aún tienen que acudir los *exercitalis* —dijo Rodrigo.

Hombres libres, con el patrimonio suficiente como para formar parte de las asambleas y cumplir con el servicio militar en una expedición pública. Algunos se hallaban bajo el patrocinio de los duques y condes que los proveían de las armas que necesitasen.

—Si no logramos reunir los suficientes hombres, la empresa quedará arruinada —dijo el condestable—. En Julia Traducta la hueste de siervos huyó de los moros, y los *exercitalis* tampoco son guerreros de oficio. Cuando vean la desolación causada por Tāriq, se echarán a temblar.

Muchos asentían, otros bajaban la vista, solo uno permanecía firme.

—¿Y tú qué opinas, Fruela? —preguntó Rodrigo.

—En el norte, la gente posee tierras y ganado. Algo que defender, por mísero que sea —respondió el cántabro—. Los siervos han nacido en latifundios, crecieron labrando una tierra que no es suya. Solo poseen su vida y, en la batalla, el mejor modo de salvarla es huir. ¿Por qué defender algo que no es suyo? Los *exercitalis* sí tienen un motivo por el que luchar.

La atención del rey deambuló por un repertorio de rostros impávidos, quizá preguntándose cuál de ellos escondía a un desertor.

—No cambiaré mi decisión —concluyó Rodrigo—. Seguiremos adelante según lo previsto.

—No, mi buen señor —respondió Opas—. Esa no es una decisión, sino un acto de fe.

La hueste regia abarrotaba las calles en torno al *castellum* de Corduba. El mayor ejército que el reino había visto en casi cuarenta años, y aun así demasiado exiguo para enfrentarse a Tāriq. Solo era una sombra de la fuerza militar de los días antiguos, cuando las legiones estaban formadas por miles de soldados de profesión, armados como señores de la guerra. Fruela hizo que su primo abatiera el estandarte y fijó al *draco* una espléndida seda brocada de color escarlata, con las escamas de un reptil bordadas en oro. Hilduara admiró la enseña, mecida por la brisa del amanecer.

—Cúidate, Verdelobo —le dijo su padre, ahogado por el peso de la malla. Liuva insistía en vestir loriga aun a los sesenta años. Le acompañaban cien bucelarios y quinientos siervos bien armados.

—Vuelve intacto —respondió ella, y al ver a Fruela añadió—: Y tú también.

Él permaneció petrificado, en silencio, con la mirada naufragando en sus ojos negros. Imelda sofocó una mueca de disgusto al descubrir a Hilduara junto a su esposo y le sonrió mientras trataba de sacar defectos a su elegante aspecto.

—Buen día —dijo Hilduara—. Uno caluroso...

—Como el infierno —replicó la matrona, para recordarle lo que aguarda a las que desean el marido de otra—. ¿Qué te trae por aquí?

—Me despedía de mi padre.

—Al pasar me topé con tu futuro esposo —le dijo Imelda—. Seguro que también querrás despedirte de él.

—Así es —repuso la joven—. Debo marcharme.

Esta vez, Imelda iba acompañada de sus dos hijos. Fruela besó a la niña y alborotó el cabello del muchacho.

—Vuelve victorioso o no vuelvas —declaró la matrona—. Te prefiero muerto a deshonrado.

Aquel fue el día en el que Fruela se convirtió en guerrero. Hasta entonces había sido un muchacho furioso con un fuego ardiente por corazón y la necesidad de demostrar de lo que se creía capaz. Los guerreros ostentan el poder en la sociedad hasta que esta se ve amenazada; entonces ha de cumplir con su deber y sacrificarse por el resto. Al fin Spania tenía alguien al que podía llamar rey sin vergüenza y una buena causa por la que luchar. Estaba por ver si los *exercitalis* respondían.

—¡En marcha! —ordenó Rodrigo.

Tras la docena de religiosos portando la Vera Cruz, cuyo revestimiento áureo refulgía bajo el sol de la Bética, el rey cabalgaba vestido de púrpura, con la diadema de oro y piedras preciosas, además del cetro, similar al bastón de los *imperatores* romanos. Después marchaban los duques provinciales, los siete condes espatarios y el resto de magnates, seguidos de los *dracones* de las

*scholae* y medio centenar de estandartes bordados en oro. Un bosque de lanzas se fue abatiendo a medida que las tropas atravesaban la arcada de las murallas y desfilaron por el antiguo puente romano. En la orilla opuesta se les sumó la hueste de Opas y Sisberto. El menor de los hermanos se cruzó con Fruela y la comitiva de cántabros y vascones. La montura de Oxson se encabritó a su paso.

—¿Qué opinas de él? —le preguntó Fruela.

—No confío en alguien que no sabe tratar a los caballos —respondió el vascón—, y confío en mi caballo cuando no le gusta alguien.

Miles de arrieros arrastraban las mulas cargadas con el fardaje a través de la Vía Augusta, la más extensa de la piel de toro: más de mil millas desde Gades hasta el Pirineo. A mediodía la marcha se convirtió en un sofocante viacrucis que amenazaba con fundirles los sesos. Para Fruela, el verano siempre había sido una estación ajena al frío. Nunca hubiera imaginado que el sol, por sí solo, pudiera matar. La calzada transcurría junto al Betis y los bucelarios empapaban trapos en el río para envolverse la cabeza. Sofocado, Fruela echó mano al odre. Cuando se lo llevó a los labios derramó el líquido sobre el yelmo, colgado del arzón. El agua siseó al convertirse en vapor. El metal ardía después de diez millas de marcha y decidió cubrirlo con un trapo. A su lado Atanagildo sonreía.

Pasaron la noche en Astigi, donde los aguardaban treinta sayones y doscientos siervos mal armados. La mayoría de los guerreros había marchado con Bencio, les dijo el conde local, y Rodrigo no pudo ocultar su desazón. Acamparon en aquella vaguada del Singilis, el mayor afluente del Betis. Antes del ocaso, los obispos de Itálica y Egabrum llegaron con doscientos bucelarios. La noche se volvió eternidad, en el campamento los soldados charlaban. El calor resultaba insufrible incluso a orillas del río y bajo las estrellas. No era lo único que los despojó del sueño.

La aurora trajo el ansiado fin de una vigilia intranquila y el temido preludeo de una jornada asfixiante. Tras abrevar y enjaezar las bestias, reanudaron la cabalgada. En lugar de seguir la Vía Augusta hacia Spali, había que tomar otra que conducía a Julia Traducta. En aquella encrucijada, Rodrigo y los condes se detuvieron ante algo que demandó su atención, una solitaria figura bajo la sombra de un olmo, un joven de cabello oscuro totalmente desarmado.

—He venido a luchar por el rey —les dijo, y Rodrigo estudió el aspecto de Norberto. No llevaba encima más armamento que el *scrama*, pero un brazo tan diestro como el suyo siempre era bienvenido.

—Entregadle un caballo y armas —ordenó el monarca—. Puedes reincorporarte a tu unidad.

El soldado asintió, agradecido, y se dispuso a montar el palafrén que le ofrecieron.

—¿Y Ataúlfo? —le preguntó Teodolf, y al escuchar el nombre del otro joven un amargo recuerdo ensombreció aquel semblante sereno.

Rodrigo gritó una orden y el ejército se puso en marcha. Poco más de ocho mil hombres, a la espera de que se les sumaran más en un trayecto de ciento diez millas. «Un acto de fe», lo había llamado Opas, y no le faltaban motivos; pero entonces se obró el milagro.

Junto a la calzada, unos labriegos esperaban sentados bajo un sol de justicia, un anciano acompañado de tres muchachos. Tras ponerse de pie, se sumaron a la hueste en silencio. Cien pasos más adelante, se toparon con una veintena de aldeanos con escudos y armas de asta. El conde de Astigi retuvo a la montura para hacerles sitio en las filas. En el siguiente recodo, tres infanzones en caballos zainos aguardaban junto a un miliario.

Uno tras otro, más hombres llegaron. Sayones y gardingos, siervos y hombres libres. A caballo, en carretas, montados en asnos y a pie. Jinetes enlorigados, peones con armas de caza, monjes cargados de ungüentos. Seguían a estandartes ornados y a lanzas desnudas; empujaban carros y arrastraban mulas, avanzaban en hileras y en desorden. Descendían por las sendas de tierra batida que confluían en la antigua vía romana. Ciudad tras ciudad, granja tras granja, aldea tras aldea, la calzada se fue llenando de hombres armados. Bajo un ciego sol, cubiertos de polvo, cansados, en silencio, decididos. Todos acudían a la llamada del rey.

## VII

El sol descargaba su sofocante ira sobre Asidona, *fortissima ciuitas*. En lo alto del espigado cerro amurallado se alzaba un imponente *castellum*, antiguo baluarte fronterizo entre godos e imperiales. En la vertiente occidental cientos de cabañas enjalbegadas refulgían, con las celosías y los balcones cubiertos de verdor. El astro rey caía en vertical a mediodía. Aquella era una hora sin sombras, cuando las calles de la Bética se hallaban desiertas y el calor castigaba los cuerpos de quienes se ocultaban en los soportales.

Esta vez, cuando las puertas se abrieron, el ejército regio se vio rodeado por una muchedumbre. Los vecinos gritaban de alborozo, los zagales corrían a su vera, las mujeres les ofrecían agua y arrojaban flores a su paso.

—*Ad ultionem! Ad ultionem!*

Desde lo alto del promontorio, el ejército regio era una inmensa sierpe que reptaba por la antigua calzada. Nueve tiufas de infantería, tres mil bucelarios a caballo y las seis *scholae*. Catorce mil hombres atravesaron las empinadas calles de la ciudad, agotados y cubiertos de mugre, con el brillo de las armas apagado por el polvo, las monturas con el pelaje empapado y las cabezas gachas, orgullosos y dispuestos a luchar.

—Ninguna ciudad desea alojar a un ejército —masculló Teodolf—. No hasta que el enemigo se halla a las puertas.

Las urbes tenían la obligación de hospedar a las tropas, algo muy impopular desde el Imperio. Esta vez Fruela percibía que sobre ellos recaía toda la esperanza de aquellas gentes. El destino del reino no estaba en las manos de héroes como los de antaño, sino en las de hombres de carne y hueso como él, y esa idea le amedrentaba en su fuero interno.

Al fin la vanguardia se presentó ante la entrada del castillo, los estandartes pasaron bajo la arcada y luego lo hizo Rodrigo, seguido de los condes espatarios y el resto de nobles. La fortaleza de grandes sillares ocupaba la cumbre del cerro. En el lado oriental contaba con un frente amurallado de más de ciento ochenta pies, con seis torreones adosados a tramos regulares y dos grandes baluartes en el flanco sur. Asidona era sede episcopal, y el prelado salió a recibirles en compañía del conde, un tipo espigado de mediana edad que trataba de ocultar su calvicie con el cabello de las sienes.

—Muchas gracias por venir. —El obispo era grueso y franco en el habla—. Que Dios os bendiga.

—Advertí a Bencio que no abandonara los muros —se apresuró a señalar el conde—. Quiso atacar a Tāriq antes de que pudieran desembarcar todos sus hombres.

—¿Algún superviviente?

—Fue una masacre. —El conde negó con la testa—. La morisma recorre la campiña a su antojo, nadie se atreve a abandonar la cerca. Dejamos de recibir correos de Lascuta hará dos días.

—Por favor, acompañadnos —les dijo su esposa—. Os hemos preparado comida y baño.

Una criada se presentó ante Fruela y su comitiva se apresuró a seguirla. Después de atravesar el reino de sur a norte, y luego de norte a sur, todos le agradecieron la oportunidad de librarse del polvo y dormir bajo techo.

—Tāriq habría podido tomar Asidona, Astigi o Spali —murmuró Fruela mientras caminaban por el corredor—. En su lugar, nos espera a cincuenta millas del Estrecho.

—No desea alejarse de sus bases de suministro —comentó Teodolf—. Han assolado la región, segado los campos y hecho un buen acopio de víveres.

—¿Cuáles son sus intenciones? —masculló Munio.

—En sus relatos, los árabes se precian de ignorar los bienes materiales y combatir solo por la gloria de Dios —dijo Baldomero—. Creen que sus victorias son el resultado de la voluntad divina.

—Los mueve el ansia de botín —dijo el veterano.

—Oro y mujeres —asintió el muchacho—. La magnitud de las conquistas se mide por el número y la belleza de las prisioneras. Castran a los niños y toman a las mujeres sin importar la edad.

—Dicen que además Mūsà tiene cuarenta mil sarracenos en Qayrawān—intervino Argebald.

—Es un *misr*, una ciudad guarnición —prosiguió el sirio—. Allí viven con sus familias y reciben una renta anual. A estos hombres se les llama *muqātila*.

—¿Soldados profesionales? —preguntó Teodolf.

—No exactamente. Cobran un estipendio, como derecho hereditario por las pasadas conquistas. Los *muqātila* no están obligados a participar en nuevas campañas, a menudo resulta difícil persuadirlos para que luchen. Aunque si lo hacen obtienen una fracción del botín obtenido.

—¿De qué modo se reparte?

—Si los enemigos no muestran resistencia, firman un pacto de capitulación y les permiten vivir en paz a cambio de un tributo y acatar la autoridad islámica.

—¿Y si deciden luchar?

—Si oponen resistencia y son derrotados, la ley islámica permite matar a todo hombre adulto, quedarse con sus bienes y esclavizar a sus familias. La quinta parte del botín será propiedad de la

comunidad musulmana, incluidas las tierras, aunque pueden repartirse como concesiones. El resto se divide entre los conquistadores.

Al oír aquello, el veterano arrugó la frente. Si existe una regla universal en la guerra es que, si a las tropas se les permite saquear en caso de hallar resistencia, harán todo lo posible para encontrarla. Hasta una vieja blandiendo una escoba les servirá de excusa. Las posibilidades de que el califa, en el alcázar de Damasco, pudiera controlar lo que hacían sus hombres a tres mil millas, en una tierra a la que confundían con la Atlántida, eran muy escasas. Aquellas leyes, o bien eran de una ingenuidad aterradora, o de un pragmatismo despiadado.

—Dicen que son feroces —comentó Fruela.

—Cuando los godos atravesaron el Danubio antes de Adrianópolis, fueron directos a Constantinopla —relató Baldomero—. Unos árabes al servicio imperial derrotaron a la vanguardia goda a las puertas de la ciudad. Amiano Marcelino asegura que un sarraceno decapitó a un tervingio y luego saltó sobre el cadáver para beber la sangre que manaba del cuello.

Llegaron a la última planta de uno de los baluartes. El *castellum* se alzaba sobre la mayor elevación de la comarca y desde el portillo pudieron admirar la bahía de Gades, ciudad asentada en una alargada isla que antaño fue una gran metrópoli, a unas veinticinco millas a poniente. Hacia el sur, más allá de la sierra, se hallaba Julia Traducta, junto a Calpe, una de las dos Columnas de Hércules. Y también su enemigo. Asidona dominaba el corredor entre las dos ensenadas, los vientos del estrecho arrastraban las nubes del océano y, por ello, la serranía se mostraba colmada de verdor. Fruela había cruzado la península de un extremo a otro, solo para descubrir un paisaje que le recordaba a su hogar.

Su hogar. Este pensamiento se había deslizado en su mente sin apenas darse cuenta. La razón le decía que se hallaba en una provincia más del reino visigodo, pero en aquella soleada tierra, de una belleza tal que dañaba a la vista, se sentía como un extraño. Los béticos mostraban una sabiduría ancestral; dos milenios antes habían engendrado una floreciente civilización mientras los norteños malvivían en cabañas de zarzo. Aun así, habían vertido sangre juntos, formaban parte del mismo reino, y su destino sería idéntico.

La criada les mostró los aposentos, un viejo almacén con una estera de cañas. Los guerreros encendieron las lucernas y se asearon en el balde. La niña se quedó mirando a Fruela, con unos enormes ojos verdes sobre una mancha rojiza en la mejilla. Apenas tendría doce años.

—Mi padre murió luchando con Bencio —le dijo con aquel ceceo sureño.

—Sin duda fue un hombre valiente.

De nuevo aquella maldita frase, poco más se podía decir de los muertos. La chica se limpió la mejilla, tomó la cruz de madera del cuello y la manoseó en silencio.

—¿Usted cree en el cielo?

—Me gusta creer en él —contestó Fruela.

—¿Cree que hay un infierno?

Él miró más allá de la ventana, observó las estrellas, recordó el nombre de las constelaciones y el humo de las aldeas calcinadas.

Los cuerpos sin vida.

Castran a los niños y toman a las mujeres sin importar la edad.

—A veces —respondió, aturdido por la pregunta, y luego añadió—: No voy a permitir que te hagan daño.

Un nuevo silencio, y después:

—Muchas gracias, señor —dijo la niña antes de marcharse.

Tanta confianza. Inmerecida. Fruela se dio la vuelta cuando escuchó unos pasos. Una sombra sostenía la lucerna.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Teodolf.

—Sí.

—Bien —asintió—. Lo único que ahuyenta al miedo es la ignorancia.

El veterano se acostó en la estera y Fruela, incapaz de pegar ojo, se sentó junto al alféizar y releyó los códices que llevaba encima: «Tratar de derrotar al enemigo a campo abierto, mano a mano, cara a cara, resulta muy arriesgado y puede acarrear el desastre. Un comandante sabio jamás se involucra en una batalla campal a menos que se le presente una ventaja realmente extraordinaria».

El *Strategikon* no podía ser más claro. La floreciente sociedad urbana de la antigua Roma había dado paso a un mundo rural, presidido por unas pocas urbes que permitían el control de vastos territorios. La peste había mermado aún más la población, la defensa de grandes regiones dependía de un puñado de hombres y una sola batalla campal podía decidir el destino de todo un reino. El feudo visigodo en Aquitania dejó de existir tras la derrota en Vogladum. Incluso los dos grandes imperios, el romano y el persa, carecían de la fortaleza de antaño. Los árabes vencieron a los romanos en el Yarmūk y, en apenas seis años, se apoderaron de Siria, Egipto y el levante cristiano. Tres meses después, aplastaron a los persas en al-Qādisiyyah y, en quince años, el mayor imperio de Asia se derrumbó. Por tales motivos, el tratado griego aconsejaba evitar las grandes batallas para buscar la victoria por medio de engaños, saqueo y hambre.

Los fundamentos del *Epitoma* de Vegecio también eran logísticos. Reflejaban la escasa productividad de la tierra, los patrones estacionales de las cosechas y la disponibilidad de forraje silvestre para los caballos. Lo ideal era que las campañas tuvieran lugar en territorio enemigo, para alimentar a los hombres saqueando al contrario y así restarle recursos. Es lo que había hecho Tāriq al crear un desierto en torno a Julia Traducta. La destrucción socavaba la economía del enemigo y amenazaba la cohesión política del reino, al exponer la incapacidad del soberano para

proteger a su gente. El caudillo moro no era un bárbaro en busca de pillaje. Era astuto, muy cauto, y se mostraba seguro de sus fuerzas.

Ante tal situación, la respuesta convencional consistía en asolar el territorio enemigo y así forzarle a retirarse para defender a su gente. Algo que ya habían hecho en Vasconia y que, en este lance, les resultaba imposible. Por lo tanto, siguiendo la estrategia al uso, parecían avocados a una guerra de asedios. Un enfrentamiento logístico, en el que vencería quien fuera capaz de alimentar a sus tropas durante más tiempo.

Una última opción era la propia amenaza de batalla. Desplazar un ejército superior cerca de donde se hallaba el contrario, mermar su moral, sondear su voluntad de lucha. Mostrar una extremada prudencia y si, por casualidad, estupidez o error de cálculo, el enemigo aceptaba luchar en tales condiciones, cuando uno posee la ventaja del terreno o del número, poder derrotarlo sin asumir riesgos.

Ese era el plan de Rodrigo.

¿Se trataba de pragmatismo o de estrechez de miras? El éxito o fracaso de las algaradas podía incentivar nuevas incursiones o producir un efecto desalentador. El lucrativo resultado de la expedición de Abū Zur‘a había engrosado las filas de Tāriq, y el éxito de este contra Bencio había atraído a más cabilas. Demorar la lucha podía otorgar al caudillo moro la oportunidad de cruzar el estrecho..., solo para regresar al siguiente verano. Si aplastaban a Tāriq en una batalla a campo abierto enviarían un mensaje claro a Mauritania, y por ende a Damasco.

De todas las cosas que Fruela más odiaba, el calor sin duda encabezaba la lista; y de todos los bochornos que jamás había soportado, aquel sin duda era el peor. Amanecía y la atmósfera ya se había vuelto irrespirable, ni siquiera el gambax empapado le ayudaba a soportar el sofoco. Inspiró hondo, mas el aire llegaba cargado de polvo y, al entrecerrar los ojos, el horizonte se volvió borroso. Al este vislumbró la feraz serranía, un inmenso bosque de alcornoques, quejigos y acebuches. Al sur, un mar de juncos y cañizos poblado de aves y, más allá de él, la laguna. La abundancia de agua hacía de aquel paraje un vergel al que animales de toda condición acudían para alimentarse. Por encima del humedal se alzaba una enorme columna de humo.

—Destruyen el forraje —dijo Fruela, y su maestro de armas añadió:

—No existe plan de batalla que sobreviva al contacto con el enemigo.

Cabalaron por la desolada calzada, un puente tendido a través de la nada bajo el implacable sol de la Bética. Marcharon por un páramo de ceniza y pastizales recién segados y casas en ruinas. No hallaron vida en las aldeas. Los campesinos yacían allá donde encontraron la muerte, con las cabezas clavadas en picas como presas de alcaudón. Cuerpos desnudos y mutilados entre una nube

de moscas, heridas abiertas por las cornejas que arrancaban jirones de carne. Los chozos de paja castañuela ardieron como la yesca. En el pasado, aquella comarca había servido de frontera entre el reino godo y la provincia imperial de Spania, las aldeas estaban defendidas. No había servido de nada. Los moros llegaron como una plaga bíblica: una oleada de sangre, fuego y muerte que lo asoló todo a su paso. Fruela comprendió entonces que la «guerra justa» había expirado.

Asidona era cabeza de una próspera comarca con una respetable fuerza militar: trescientos bucelarios, un millar de *exercitalis* y un considerable número de siervos armados. La milicia urbana fue aniquilada el primer día y los cinco mil hombres de Bencio resultaron diezmados. Los supervivientes huyeron a Lascuta, una ciudad asentada sobre una meseta y provista de una *turris*, donde fueron asediados. Cuando la hueste de Rodrigo llegó los edificios aún humeaban. Tras asaltar los muros, los africanos se llevaron a las mujeres y los niños. Respecto a los hombres..., pudieron contemplar sus rostros clavados en estacas. «Es vuestro castigo», dijeron unos ancianos. Nadie sabía por qué.

—Apilaron los cadáveres junto a unos grandes calderos —añadió uno de ellos—. Luego los cocieron a fuego lento... Iban a comérselos.

Algunos sayones se persignaron y Fruela percibió escepticismo en el rostro de su maestro. Tāriq se había asegurado de que un puñado de cautivos viera aquello, para luego dejarlos marchar. Él también dudaba que los moros fueran caníbales, pero no había duda del efecto que deseaban causar. Aquello no era una incursión de pillaje. Al menos no del todo. Los musulimes habían venido a hacer suya nuestra tierra de un modo que apenas alcanzaban a imaginar.

La guerra no les era desconocida; la esclavitud resulta tan antigua como el hombre. Pero nunca habían visto una campaña militar concebida como una enorme cacería humana. Cuerpos crucificados, iglesias profanadas; sobre montículos de cabezas, muecines llamando a la oración. Ese era el destino para quienes rehusaban capitular. Una nueva forma de guerra había llegado a Spania. Luego vendrían los paganos del norte, en sus barcos con cabezas de dragón, que tampoco respetaban suelo consagrado. Sin embargo, en Lascuta los godos contemplaron un horror que no habían visto desde los tiempos de Atila.

Casi noventa años habían transcurrido desde que Suintila expulsó a los imperiales del mediodía hispano y, a pesar de las conspiraciones por el trono, la piel de toro apenas había visto media docena de guerras que merecieran tal nombre: la fracasada revuelta de Sisenando, que trajo consigo la toma de Caesaraugusta por los francos; el alzamiento de Chindasvinto para hacerse con la corona; la rebelión de Froja con apoyo de los vascones en la Tarraconense; la sublevación de Ilderico en Nemausus sofocada por el duque Paulo, circunstancia que él aprovechó para proclamarse «rey oriental»; la fallida conspiración de Suniefredo contra Égica; y dos grandes

campañas contra los vascones. Disputas dinásticas entre nobles y sus huestes armadas, combates entre fuerzas reducidas de un alcance limitado.

Desde la llegada de Tāriq, en apenas tres siglos, el pergamino registra más de cien algazúas contra el norte. La conquista islámica instauró un estado de guerra casi perpetua, presidido por la aniquilación del enemigo, la exhibición de sus cadáveres y la esclavitud en masa, en una magnitud e intensidad como no se había visto en ningún otro lugar de Europa. Una guerra de todos contra todos. Cristianos contra muslimes; árabes contra moros; baladíes contra sirios; qaysíes contra yemeníes; muladíes contra sarracenos. Doscientos años se prolongó la despiadada conquista que impuso la Paz Romana; aquella invasión apenas duró nueve, pero abrió las puertas del infierno en Spania.

—Aseguraos de que todos lo vean—dijo Rodrigo.

El ejército regio desfiló en silencio ante la ciudad calcinada. A la sombra de la Turris Lascutana descubrieron el futuro que aguardaba a sus familias en caso de que sus fuerzas flaquearan. Una vez cruzaron el puente sobre el río, el rey hizo llamar a Fruela. El muchacho norteño llegó jadeando, sofocado por el peso de la armadura. Apenas pudo pronunciar un saludo. Un bucelario de Asidona examinó su aspecto, intrigado.

—Tiene calor —le explicó Rodrigo, y luego dijo a Fruela—: Debéis adelantaros para reconocer el terreno. No quiero heroicidades.

El destinatario de la advertencia escogió una veintena de cursores, les ordenó montar los arcos e hizo que Teodolf y Baldomero le acompañaran. Recorrieron el curso del río hacia mediodía junto a los bucelarios del conde asidonense, hasta que la laguna más extensa de la piel de toro apareció ante ellos. Alimentado por los arroyos que descendían de los montes, y conectado a otras lagunas menores y una marisma formada por el río hacia la desembocadura, constituía un vasto humedal que, dada la estación, se había disgregado en multitud de pantanos y charcas cuya profundidad no superaba los diez pies. El tupido cañizar, en algunos parajes impenetrable, formado por bayuncos, aneas y paja castañuela, era empleado por los lugareños para techar los cortijos y fabricar capachos o esteras. En aquel lugar anidaban cientos de grullas, cigüeñas y otras aves acuáticas, que remontaban el vuelo a su paso.

Hacia el suroeste, los *Transductinis promonturiis*. La calzada atravesaba los montes en dirección a la bahía de Julia Traducta. Sobre un cerro que dominaba el puerto de montaña vieron una mancha oscura: un bosque de jaimas y un nubarrón de hombres salvajes llegados del otro lado del mar.

—En la cima hay una fuente —le informó un bucelario.

Cabalgaron por lo que sería el campo de batalla. A medida que se acercaban, pudieron comprobar que, en torno a las tiendas, habían excavado una zanja con un muro de tierra y piedras.

—Es un *jandaq* —les dijo Baldomero—. Mahoma empleó una fosa similar para defender Yathrib en la batalla de la Trinchera. Dicen que un compañero del Profeta de origen persa le aconsejó cerrar el único acceso al valle de este modo.

Los terraplenes que rodeaban la cumbre poseían una planta rectangular. Contaban con cuatro puertas, cada una defendida por unos cien hombres, y a lo largo del terraplén habían clavado ramas apuntando al exterior. Escipión, César o Trajano habrían aprobado tal disposición.

—¿Lo han excavado ellos? —gruñó Teodolf.

—Lo ignoro —dijo el sirio—. Los árabes cuentan con zapadores, a los que llaman *fa'ala*.

Ya no eran nómadas salvajes. Al igual que servir al Imperio había hecho que los germanos aprendieran de milicia, el haber combatido con y contra los dos grandes imperios de Asia había convertido a los árabes en maestros del arte de la guerra. Fruela estimó que el ejército africano estaba formado por unos doce mil hombres, con seiscientos caballos y cerca de mil bestias que jamás había visto.

—Son dromedarios —le explicó Baldomero—, capaces de alimentarse de matorrales espinosos y de plantas como la atocha o el esparto, que ni siquiera comen las cabras. Trotan más veloces que los caballos y recorren doscientas millas al día. Pueden ingerir tal cantidad de agua de una sola vez que luego son capaces de marchar diecisiete días por el desierto sin necesidad de abreviar.

—En mi juventud los usábamos como bestias de carga —comentó Teodolf—. Antes de que los ismaelitas arruinaran el comercio con Mauritania.

Tāriq no había podido embarcar más monturas desde Septem, pero se habían hecho con los caballos de Bencio. En aquellos tiempos, la distinción entre infantería y caballería era difusa: los jinetes a menudo descabalgaban para luchar a pie, y los peones a veces acudían montados al campo de batalla. Al reflexionar sobre aquello, Fruela se dio cuenta de lo poco que conocía al enemigo.

—¿Usarán todas las bestias para cargar con lanzas? —preguntó el conde espatario.

—No, los dromedarios solo transportan el agua y el grano que necesitan los caballos —respondió Baldomero—. Los árabes prefieren a estos últimos para combatir. Parte de la infantería beduina marcha en dromedario y luego descabalga en la lucha. Hay quien los utiliza para cargar con lanzas de mayor longitud, pero se las considera monturas poco fiables.

Los moros no los superaban en armamento, aunque la movilidad de sus jinetes les permitiría atacar allá donde quisieran y reagruparse cuando fuera necesario. Esta vez, habían renunciado a tal ventaja. Tāriq había traído más acémilas que caballos de guerra, le preocupaba más abastecer a sus hombres que realizar cargas.

Anocheecía, las sombras se alargaban. Vieron jinetes en las colinas.

—Una *tāli‘a* —dijo Baldomero.

Una partida de exploradores, escogidos entre los mejores guerreros. Apenas levantaban polvo a su paso. Los superaban en número e iban armados con loriga, escudo y un arco con aljaba. Aun así, no se alejaron de sus posiciones. La batalla estaba próxima, debían regresar.

Domingo, 19 de julio. Rodrigo ordenó plantar los reales al otro lado del río, cerca de la antigua vía romana, sobre una amplia meseta que dominaba la llanada, a tres millas del enemigo. Tāriq había elegido bien dónde acampar, sobre una posición elevada y con la laguna cubriéndole el flanco izquierdo. Desde allí podía otear el terreno y detrás se alzaba la sierra, cubriéndoles la espalda. Además de aquel puerto de montaña, la otra posible ruta para llegar al estrecho era la calzada que, desde Gades, corría paralela a la costa, a través de la albufera del río y después por un accidentado paisaje de acantilados. Un trayecto imposible para cualquier hueste armada.

Mientras montaban las tiendas, un puñado de jinetes abandonó el real enemigo y se detuvo a media milla. Les vieron agitar una rama de palma. Al parecer Tāriq quería negociar. En una situación como aquella, lo habitual era que los líderes se reunieran para pactar la retirada a cambio de un rescate. Siempre era preferible la diplomacia que arriesgarlo todo en una batalla campal. Rodrigo reunió a un reducido séquito para cabalgar hasta el lugar. Se detuvo ante Fruela y sus hombres, con la atención sobre el joven de origen sirio.

—Muchacho —le dijo Rodrigo—, me han dicho que hablas árabe.

—Así es —respondió Baldomero.

—Entonces ven conmigo.

El sirio tomó las riendas y se encaramó como pudo a la silla. Fruela montó a Sniumeis rogando a Dios que al menos no se cayera del caballo. Una decena de jinetes galopó entre acebuches bajo el estandarte regio en dirección a la partida enemiga. Solo se oía el lejano gorjeo de las aves y el traqueteo de los cascos herrados y las espadas al golpear los costados. Rodrigo preguntó al sirio algunas palabras en árabe, se adelantó a sus hombres y luego se detuvo ante los musulimes.

*Mujaffafat al-jayl*, caballería pesada con las monturas protegidas por testeras y bardas de tela acolchada. Los guerreros lucían yelmos segmentados y armaduras de láminas que los persas llamaban *jawshan*. Tres nobles se adelantaron al resto. El más alto tenía la barba castaña y el cráneo rapado bajo un turbante de seda verde. Montaba un semental tordo con las crines trenzadas y, a causa de su elevada talla, los pies se hallaban a solo unas pulgadas del suelo.

—Soy Tāriq —dijo, y clavó sus ojos de distinto color sobre el rey de Spania. A su diestra se hallaba un individuo moreno con los ojos teñidos de kohl y una aljuba de seda del Jorasán.

—Y yo Rodrigo.

El caudillo moro cedió la palabra a un sarraceno que le acompañaba. Ojos negros y piel olivácea, facciones austeras, bajo un turbante teñido de azafrán. Vestía una túnica abierta sobre la malla oscura, de seda cruda, con un *tiraz* brocado en la parte alta de las mangas: un hermoso texto cúfico que proclamaba su lealtad al califa.

—*Aslim, taslam!* Mi nombre es Akram ibn ‘Abd al-Nabī al-Ansārī —dijo el árabe—. En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso, traigo un mensaje de al-Walīd, príncipe de los creyentes, para Rodrigo, rey de los godos:

»Que la paz sea con quienes siguen el camino recto. Te invito a abrazar el Islam. Si aceptas, estarás a salvo y el Señor duplicará tu recompensa. Pero si rechazas esta invitación, sobrellevarás los males de tu pueblo. Por eso te urjo a lo siguiente... ¡Oh, gentes del Libro! Convengamos en una creencia común: no adoraréis a otro que no sea Alá, no le asociaréis a nada y no creeréis en otro dios que en Alá. Si no aceptáis, seréis testigos de vuestro sometimiento.

Una vez finalizada la *da‘wa*, Rodrigo observó al ismaelita de pies a cabeza.

—¿Eso es todo? —preguntó—. ¿Aceptar vuestra fe o morir?

—Si os rendís —respondió Akram—, podréis mantener vuestras creencias y vivir bajo la ley islámica, a cambio de pagar tributo.

—Acatar vuestras leyes o morir.

—Es la voluntad de Alá. Todos los reinos de la tierra tienen que abrazar la paz del Islam. Los infieles son corruptos y deben ser purgados. ¡Alabado sea el Profeta! La paz sea con Él.

—Tu profeta os pide conquistar el mundo —le dijo Rodrigo— y promete el paraíso a quienes mueran en su nombre. Mi Salvador murió en la cruz para otorgarme la vida eterna.

—¿Cuál es tu respuesta? —insistió el árabe.

El rey de Spania miró fijamente a Tāriq y supo que aquel encuentro solo había sido un trámite.

—*Lan astaslim*—respondió.

Las primeras escaramuzas solo fueron maniobras de tanteo. Los jinetes moros los atacaron aquella misma mañana, mientras montaban las defensas del campamento. Hostigaron a los forrajeadores, arrojaban una lluvia de venablos para luego darse la vuelta y huir. Rodrigo desplegó a los cursores, que hicieron valer el mayor alcance de los arcos. Los africanos rehuyeron la lucha, se movían con celeridad, apenas vestían armaduras y empleaban maniobras evasivas.

Los mandos dividieron a los peones en nueve tiufas, cada una formada por dos *quinquegentaniae*, a su vez compuestas por cinco centurias. A todas les asignaron un estandarte. Eligieron a los más veteranos de entre los bucelarios para los cargos de quincentenario,

centenario y decano. Una vez formados los hombres, los oficiales repitieron las consignas heredadas de tiempos antiguos:

—No retrocedáis. No rebaséis el estandarte —les gritaban—. Guardad la distancia con la fila delantera. No perdáis de vista el estandarte. Seguidlo junto a toda la centuria. Así es como actúa un soldado valiente. Si abandonáis el estandarte, seréis derrotados. Soldado, mantén la posición que te ha sido asignada. Portaestandarte, permanece en tu lugar. Tanto si luchas como si persigues al enemigo, no cargues de forma alocada o la formación se romperá.

Les obligaron a practicar en una línea cerrada, marchar hombro con hombro, solapar los escudos y avanzar. A los veinte pasos, la línea ya no era una línea; a los treinta, había brechas por todas partes. Hubo más voluntad que acierto. Fruela quiso ser optimista y decidió que el resultado solo era deprimente.

—Muchacho —le dijo a uno de los siervos de Imelda—. ¿Es que no sabéis formar el muro de escudos?

—La señora nos hacía practicar en Natividad y Pascua.

—¿Sabes manejar un hacha?

—A veces cortaba leña.

Prosiguieron durante toda la tarde, bajo un sol inclemente. El «muro de escudos» era una táctica de infantería rígida y poco flexible, que permitía obtener una formación sólida a partir de unos contingentes heterogéneos, formados por huestes de diversa procedencia que jamás habían combatido juntas. Resultaba muy vulnerable a cualquier maniobra de flanqueo y, para proteger las alas, se desplegaba a la caballería y los escaramuzadores. Si el muro perdía cohesión o si menguaba el coraje en algún punto, corría el riesgo de romperse, y por ello la formación debía contar con la profundidad adecuada.

—Las normas son simples —les explicó Teodolf—: el yelmo protege tu cabeza, la loriga protege tu cuerpo. Pero el escudo te protege a ti y a tu compañero. Mantened la línea. Siempre. Si te adelantas, te herirán en el costado. Si huyes, te matarán por la espalda. El muro de escudos defiende todo cuanto se halla tras de ti. Tras el muro está tu tierra. Tras el muro está tu aldea. Tras el muro están tu mujer y tus hijos. Si flaqueas, morirán.

El prelado asidonense observaba consternado los escasos logros de los siervos del obispado. Fruela siguió aquella mirada desolada y se plantó a su lado.

—¿Podemos confiar en ellos? —le preguntó.

—Han venido obligados —dijo el religioso, un hombretón de aspecto apacible.

—Todos cumplimos con nuestro deber. Cada cual a su modo.

—Puedes apresar a un hombre y cargarle de cadenas para despojarle de su libertad, o puedes enseñarle desde la cuna a que renuncie a ser libre —reflexionó el clérigo—. Así es fácil creer que su deber es servirnos, si le despojamos de la capacidad de pensar de otro modo.

Más allá del campo de prácticas, Braulio discutía con dos sacerdotes de hábito oscuro. Quisieron averiguar qué ocurría.

—Los cuervos de Opas no dejan de revolotear por toda la hueste —le dijo Braulio—. Dicen que debemos dejar las prácticas para rezar y ayunar. —Y al ver al obispo, añadió—: Disculpe, padre.

Fruela reconoció a uno de los diáconos de Opas con una veintena de siervos arrodillados ante él. Los sermones ya no trataban de conmover y exhortar como antes, solo amenazaban con el fuego eterno.

—Solo a través de la pureza espiritual alcanzaremos la victoria —declaró el sacerdote al ser preguntado.

—Hemos cruzado toda Spania de norte a sur y de sur a norte en noventa días —respondió Fruela—. Estos hombres deben conservar sus fuerzas.

—Ningún arma puede sustituir a la fe —espetó el diácono—. Dios nos dio unos preceptos: ayuno y penitencia.

El prelado de Asidona arrugó la frente al oírle.

—El Señor también nos otorgó sentido común.

—Si por ti fuera —el witizano se dirigía a Fruela—, no rezaríamos ni el día de Pascua.

—Si por mí fuera, estarías muerto. Si vuelves por aquí, mejor que antes te hayas confesado.

El diácono consideró prudente marcharse y se giró en redondo, con la mirada del conde clavada en la espalda.

El ocaso los sorprendió mientras aún practicaban. Apilaron los escudos y se sentaron a cenar en torno al fuego; cerca, para disfrutar de su luz, y lejos, para que el calor no los ofendiera. A la luz de la luna vieron a unos jinetes recorrer las defensas del campamento enemigo: una *darraja*. Fruela se dejó caer sobre la estera de la tienda. Cerró los ojos y comprendió el auténtico significado de la paz. Son esos momentos en los que nada, salvo el tiempo, intenta matarte.

La mañana del 21 de julio los obsequió con una tórrida calima. El ejército hispano se desplegó en la falda del promontorio donde habían acampado, dispuestos a entablar batalla. Los siervos formaron ante la caballería, preparados para el muro de escudos. El aire abrasaba. Fruela alzó la vista, con la esperanza de atisbar alguna nube, mas no hubo suerte. Los aldeanos trajeron cántaros de agua que los guerreros se disputaban con avidez. Tāriq no aceptó el desafío, se negó a abandonar la protección de los muros, y el ejército de Rodrigo permaneció de pie durante toda la mañana bajo un sol asfixiante.

—Es una pérdida de tiempo —ordenó el rey.

—Era de prever —musitó Teodomiro—. Tāriq no aceptará perder su ventaja.

Un jinete moro llegó al galope y se detuvo más allá del alcance de los arcos. Les arrojó una saca que rodó por el suelo. Uno de los bucelarios cabalgó para recogerla y, tras examinar el interior, se la llevó al tiufado. Fruela atisbó su expresión cuando se la entregó al rey, y pudo imaginar el contenido.

Al escrutar el interior de la bolsa, Rodrigo contempló el rostro de su sobrino por última vez. Alzó la vista del saco. Todos le observaban sin atreverse a abrir la boca.

—Dadle sepultura —ordenó.

El obispo de Asidona tomó la testa de Bencio y se retiró para cumplir la orden regia. A empujones Liuva se abrió paso entre la comitiva para arrebatársela.

—Hijo mío —murmuró al ver el despojo. Había un odio ciego en su mirada cuando se encaró a su cuñado—. ¿Es que no vais a hacer nada?

—Señor... —Witérico fue el único que se atrevió a hablar.

—Lo sé —dijo Rodrigo, con la mandíbula tensa—. Ordenad que regresen al campamento.

Un corneta hizo sonar la *bucina*, un enorme cuerno de uro decorado con plata. La señal fue repetida por los cuernos de los mandos. Una vez en los reales, los hombres se amontonaron bajo la escasa sombra de los toldos entre el zumbido de las moscas. Algunos norteños se habían desvanecido a causa del calor. Aun así, Fruela decidió proseguir con la instrucción.

—Tenemos más problemas —le informó Argebald.

En la carpa que hacía de enfermería encontró una decena de soldados tendidos en el suelo. Con la piel pálida, tiritando, la mayoría vomitaba entre espasmos. El conde palpó la frente del más joven: ardía como un fogón. Hizo llamar al galeno, que examinó el contenido del orinal para estudiar unas heces mezcladas con sangre.

—Disentería —concluyó—. Sufren diarrea. Necesitan agua limpia.

—Habrán bebido de la laguna —comentó Fruela, a sabiendas de que la ración de agua era escasa y el calor sofocante.

—No necesariamente. Excavamos zanjas para que sirvieran de letrinas, lejos del campamento. Es posible que hayan contaminado el acuífero.

—Es preciso saber si los pozos están infectados.

—Me encargaré de ello. —El médico asintió resignado ante aquella apestosa tarea. Fruela no dejó de cavilar durante el resto del día.

Tāriq se mostraba cauto, y aun así buscaba una batalla según sus reglas. No había acudido en busca de pillaje. Tras derrotar a Bencio podía haber saqueado buena parte de las ciudades más prósperas de la Bética: Spali, Astigi e incluso Corduba. No lo hizo y se ocupó de abastecer bien a las tropas, aunque tampoco deseaba librar una guerra logística.

El *Strategikon* comparaba la guerra con la caza: «Los animales salvajes son capturados mediante el rastreo, la espera y el acoso, por estratagemas, antes que por la fuerza bruta». Era algo que Fruela podía entender. En la montaña, el cazador ha de ponerse en el lugar de la presa. Al seguirle el rastro debe pensar como ella, para así conocer sus intenciones. Esa misma disciplina mental era necesaria en la guerra.

En el Ponto los godos conocieron a los nómadas de las estepas, Fruela había escuchado infinidad de relatos sobre ellos. No eran sus armas lo que los hacía distintos. La diferencia residía en una mentalidad impuesta por el medio. En la piel de toro, las guerras eran disputas entre terratenientes y sus séquitos armados, que trataban de minimizar los efectos sobre las bases de su riqueza: las cosechas y el número de braceros destinados a la siega. El objetivo era forzar a otros pueblos a incorporarse a su Estado. Los suevos fueron derrotados por Leovigildo, que los despojó del tesoro, la aristocracia local reconoció la autoridad de Toletum y, a partir de entonces, se les llamó visigodos. Las reglas no estaban escritas, ni había nadie que pudiera imponerlas. Se basaban en un tácito consenso sobre lo que era la guerra.

Los nómadas no luchaban por tierras, carecían de estados a los que someter. Su hogar se encontraba allí donde estuvieran. Cuando una sequía arruinaba los pastos, poniendo en peligro su única riqueza, debían subsistir a costa de otros. Matar o morir, robar mujeres y rebaños. Llegado el momento, todos los hombres empuñaban las armas. La guerra interna era un modo de establecer jerarquías tribales, la guerra externa suponía una lucha por la supervivencia. Vencía el más despiadado. La estrategia de los hunos se basaba en el terror: convencer a los enemigos de que se enfrentaban a un monstruo sediento de sangre, que solo podía ser aplacado mediante la capitulación.

Tales concepciones quedaron plasmadas en el pensamiento de un pueblo que dominaba a las más antiguas civilizaciones. Los árabes habían adoptado la organización militar romana y la sofisticada administración de los imperios de Asia. Esa mentalidad basada en el pillaje había adquirido una escala global, espoleada por una fe que predicaba la sumisión de todo el orbe. Las disputas entre persas y romanos dejaron exhaustos a los dos imperios, la peste apenas había hecho mella en los nómadas. Las circunstancias históricas o la providencia divina estaban de su parte. Pueblos antaño divididos en innumerables clanes y tribus, unidos bajo una nueva religión, se hallaban en condiciones de doblegar a imperios y, gracias a un profeta criado entre beduinos, el Islam había plasmado la cosmovisión de los nómadas del desierto.

«Los árabes tienen una fe ciega en sí mismos», había dicho Konon. «Creen que están predestinados a gobernar el mundo y, de momento, los hechos lo confirman. Esa confianza los convierte en un enemigo formidable y haría falta una gran derrota para despojarlos de ella.»

La guerra la hacen los hombres, en cuerpo, mente y alma. No solo se libra en campos de batalla, sino también en un universo intangible que no reflejan los libros de cuentas. Incluye nociones

sobre el honor, el prestigio y los imperativos religiosos. Está impregnada de emociones, como la confianza, la codicia o el miedo. Quienes tratan de entender la guerra solo en base al dinero y los víveres, únicamente podrán hacerlo si el enemigo piensa de igual modo.

Al día siguiente fueron los moros quienes formaron en cuadros, a resguardo de la trinchera. La primera fila sostenía picas, detrás había peones armados con escudos y jabalinas; después, los honderos y, por último, los arqueros. La caballería se situó en el centro de cada escuadrón. Ondeaban estandartes con una simbología extraña y una caligrafía ilegible; entre los colores, destacaba el blanco de los omeyas.

La hueste hispana se desplegó en la llanura entre ambos campamentos, a dos tiros de flecha. Era mediodía y, bajo los yelmos, el sol amenazaba con cocerles los sesos. Rodrigo ordenó que no trataran de asaltar las defensas, aquello solo era un tanteo. Tāriq se negaba a presentar batalla en el llano. En su lugar los aguardaban en la cima, a resguardo del parapeto y la trinchera. El rey deseaba forzarle a que sus hombres rebasaran el muro para entablar combate en igualdad de condiciones.

Para el frente de batalla eligieron a los peones mejor armados. Las dos primeras filas mostraban un aspecto decente, dadas las circunstancias: en su mayoría sayones y hombres libres, casi la mitad llevaban un capacete de cuero o fieltro. Después seis hileras de siervos y, por último, los arqueros. El flanco izquierdo era siempre el más vulnerable, y Tāriq había protegido el suyo con la laguna. Rodrigo decidió reforzar el ala siniestra con un cuerpo de reserva. Las *scholae* y las tropas a caballo se desplegaron tras el muro de escudos.

—¿Cuántos? —preguntó Fruela.

—Veinte —dijo Argebald—. Les he ordenado que no beban del pantano.

—Doscientos sesenta y tres hombres en filas —murmuró Fruela, y se despojó del yelmo para secarse el sudor. El forro de fieltro estaba empapado. Alguien le ofreció un cuenco y pudo beber agua fresca con un regusto a vinagre. Al devolver el recipiente vio a una belleza morena castigada por la vida del campo.

—Gracias —le dijo, y recibió a cambio una sonrisa. Cada cual luchaba a su modo. Las aldeanas se pasaban el día acarreando cántaros de agua bajo un sol implacable y la amenaza constante de los moros.

En ese momento Tāriq recorrió a caballo el frente del *jandaq*.

—¿Qué les dice? —quiso saber Fruela.

—«¿Hacia dónde vais a huir si el mar está detrás y el enemigo frente a nosotros?» —tradujo Baldomero—. «No os queda más que la firmeza y el coraje.»

—Tiene pocas naves —masculló Teodolf—. Si se retiran, no podrá embarcarlos a todos. Los ha puesto entre la espada y la pared.

No existía mejor modo de obligarlos a luchar hasta el fin. Tāriq era astuto como un demonio.

Resonó la *bucina*. La infantería goda se detuvo a dos tiros de flecha. Podían distinguir a sus enemigos. Iban armados con adargas, grandes escudos de cuero y jabalinas llamadas *mazārīq*. Solo una élite llevaba espadas rectas de doble filo colgadas del hombro. Contaban con un buen número de arcos, aunque en manos de infantes. Defendida por los peones, la caballería mora aguardaba, a la espera de un contraataque. Sin duda la falange africana abriría un corredor cuando Tāriq lo ordenara. Si los hispanos eran rechazados, aquellos jinetes podrían atacarlos por los flancos.

Tres campeones dejaron atrás el *jandaq* y cabalgaron entre ambos ejércitos, a poco más de un tiro de flecha.

—Los *mibzar* —dijo Baldomero.

Los duelos eran una costumbre de los días antiguos que, en ocasiones, podía resolver una batalla sin necesidad de verter más sangre. Aquellos buenos tiempos habían quedado atrás. Los combates singulares ya solo tenían como objeto adquirir honra, pero podían afectar a la moral del enemigo, en caso de victoria. Fruela distinguió al sarraceno que había exhortado a Rodrigo a la rendición, Akram al-Ansārī, junto a dos moros de aspecto terrible: el cráneo rapado, la cara tatuada, los dientes limados. Los africanos gritaban como dementes, con un ululato estridente, mientras otros marcaban un lúgubre ritmo con voces guturales. Norberto aceptó el desafío y azuzó el caballo. Cuando vio a un joven de la hueste de Gundemaro abandonar las filas, Fruela recogió las riendas.

—Ni se te ocurra —le dijo Teodolf.

Ya era tarde. El muchacho había picado espuelas y se adelantaba al resto. Buscó entre los tres *mibzar* para enfrentarse al árabe, pero uno de los moros le salió al paso.

Los hispanos profirieron gritos de guerra para enardecer a sus camaradas y a sí mismos. Los combates dieron comienzo cuando aún no se había apagado el disonante clamor. Fruela dejó caer la lanza y el moro bajó del caballo. La lucha se libraría a pie. Su enemigo llevaba un sencillo yelmo de hierro y una cota de malla de manga corta. Aferró con la zurda un disco de cuero, más claro que el resto, y desenfundó la espada. La punta africana barrió el suelo, trazando una línea en el polvo. Entonó un demencial grito de guerra. Fruela prefirió ahorrarse el aliento.

Le tanteó con cautela, atento a cada gesto. Una espada es una espada, existen pocos modos de emplearla y herir. La técnica se adapta a la morfología del arma, al físico de quien la empuña y a su propio carácter. Pero aquellos hombres procedían de otro mundo, de otra forma de entender la guerra. No quería sorpresas.

Sondeó la posición de guardia. La hoja era ligera, de cuatro mesas, y la cruceta simple. Muy ligera. No dejaba de oscilar ante él. Podía moverse como una centella; un destello acerado, un descuido y estabas muerto.

La mayor ventaja de Fruela residía en su armadura. En un escudo de madera forrada de piel, que imaginaba más sólido —y pesado— que aquel disco de cuero. Decidió ponerlo a prueba. Dio un paso, entró en distancia y descargó un tremendo golpe en la corambre. El moro desvió el tajo y segó bajo el escudo godo, buscando la pierna adelantada. Fruela pudo librar la rodilla. Cuando buscó la cabeza del adversario, había retrocedido dos pasos.

Se movía más rápido. No era algo a lo que él estuviera habituado. La armadura de láminas estaba concebida para luchar a caballo. Ante las flechas resultaba más útil que la cota de malla: una punta piramidal podía destrozar las anillas. Pero en un combate a pie el *klibanion* suponía un lastre. El cuerpo de su adversario era todo fibra y tendones bajo la piel oscura.

Miró a sus hombres y comprendió a Teodolf. No debió involucrarse en aquel duelo. No solo arriesgaba la vida. Si el muslim derrotaba a un luchador anónimo, sería una muerte más aquel día. Si vencía a un conde espartario, hijo de un duque y héroe en Toletum, el golpe moral sería devastador. De nuevo se había dejado llevar por el orgullo, o por su deseo de emular a los héroes de antaño.

Dio dos pasos al frente. Descargó un golpe brutal en el borde superior de la adarga. El cuero osciló, absorbiendo el impacto. Solo era una finta. Fruela segó la pierna descubierta y el moro saltó por encima.

Había saltado. Casi dos pies. ¿Qué forma de luchar era esa? El joven echó un vistazo al escudo moro. Apenas mostraba una muesca. Era una adarga lantí, fabricada con piel de *lamt*, un antílope africano. Si el hierro perforaba el escudo, el orificio se cerraba por sí mismo sin necesidad de parchear. El escudo era ligero, se movía con celeridad. No detenía el golpe, lo desviaba hacia un lado. Fruela jamás había visto nada semejante y le asaltó un terror primordial.

Tememos a lo desconocido, a todo lo que escapa a nuestra comprensión, y durante siglos los bárbaros han encarnado la amenaza que acecha más allá de los confines del mundo. Encarnan al «otro», al extraño cuya lengua no entendemos.

Pero los bárbaros solo son hombres, y al igual que nosotros también temen cuanto ignoran. Una vez más Fruela trató de ponerse en el lugar de su enemigo y se vio a sí mismo, revestido de metal, protegido por una formidable armadura.

Miró al moro a los ojos, inyectados en sangre, y dio un paso al frente. Él se echó hacia atrás. Volvió a avanzar, y el africano retrocedió de nuevo.

La filosofía táctica de Fruela se basaba en dos principios. El primero, la creencia de que el enemigo, tarde o temprano, revelaría dónde temía más ser atacado; una fragilidad moral mucho

más importante que cualquier debilidad física. El segundo, la determinación de dirigir un ataque decisivo sobre ese punto.

Decidió hacer lo que su enemigo más temía.

Acometió aullando de furia. Los escudos chocaron, el moro trastabilló. Fruela sintió un golpe en el costado. Las láminas de hierro chirriaron. Siguió avanzando, recibió otra cuchillada. Cargó con el escudo y el tilo golpeó la corambre. Recibió un tajo en la hombrera. La respuesta de Fruela llegó a destiempo. Alzó *Nadristuggo* y segó hacia abajo con todas sus fuerzas. El acero atravesó la malla, rompió la clavícula, astilló las costillas y alcanzó el corazón. La hoja quedó enterrada en el pecho.

Casi no pudo extraerla. El *mubāzir* le había alcanzado al menos tres veces, él solo una. Al llevarse la mano al muslo, Fruela descubrió sangre. Alzó la vista. Norberto limpiaba su arma, con el cadáver enemigo tendido en el suelo. A una veintena de pasos, Akram al-Ansarī degollaba al bucelario. Iba a profanar el cuerpo cuando ambos corrieron para impedirlo. Al verse superado, el árabe tuvo que retroceder. Gritó algo ininteligible y alzó la espada ensangrentada. Los godos cargaron el cuerpo sobre el caballo y Norberto saltó a la silla. Fruela se despidió del sarraceno y montó a Sniumeis.

Cuando regresó a filas, Teodolf quiso decirle algo.

—Lo sé —masculló el conde.

Los mauritanos entonaron el *shi'ar*. A cada escuadrón se le había asignado un grito de guerra y resonaron al tiempo como una cacofonía estridente. Rodrigo picó espuelas y se adelantó a su ejército.

—*Nobiscum Deus!* —gritó el rey, y se propagó un clamor por las filas—. Y si Dios está con nosotros, ¿quién está en nuestra contra? *Ad ultionem!*

No hacía falta más para recordarles contra quiénes luchaban. Los hispanos marcharon a la venganza. Para vengar a sus paisanos decapitados, a las aldeas calcinadas, a las mujeres y niños ultrajados. Para vindicar tantas cosas que aún estaban por llegar. En vanguardia, los *fundibulatores* lanzaron una lluvia de piedras con los fustíbalos. Luego atravesaron las líneas hasta situarse tras el muro de escudos. Hubo un breve intercambio de proyectiles. Algunos hombres gritaron de dolor y cayeron al suelo, sujetándose el pie con las manos. En torno a las defensas los moros habían desperdigado abrojos. Los hispanos llegaron a la trinchera y combatieron hombro con hombro ante el muro, con los escudos trabados en *testudo*. A pesar de ser un tanteo, el combate se tornó despiadado. Los moros se negaban a ceder un palmo de tierra, preferían asumir bajas, algo que iba en contra de las tradiciones tribales. Los mauritanos siempre trataban de no perder hombres, los recursos humanos eran su bien máspreciado.

Los cuernos resonaron y la infantería hispana retrocedió en orden. La caballería africana salió

del *jandaq* por los corredores abiertos en las filas. Cuando los jinetes godos intervinieron, los moros giraron en redondo para refugiarse tras el muro y un bosque de lanzas. De este modo, el juego volvía a empezar. Bajo un sol de justicia, Fruela y los suyos aguardaban con impaciencia. Rodrigo deseaba reservar a las *scholae* para el momento decisivo.

Aquella tarde regaron la cima con sangre.

## VIII

Bajo un toldo tendido en una vaguada rocosa, Rodrigo los reunió en consejo. La lona apenas mitigaba el calor, el mismo aire abrasaba. Duques provinciales, condes espartarios, burócratas del oficio palatino, condes y señores de la Bética, junto a Opas y Sisberto. Sentados en las piedras y escaños, cincuenta nobles llegados de todos los confines del reino, vestidos con distintos atuendos y hablando diversos latines, aguardaban. Algunos acentos eran tan cerrados que el resto necesitaba ayuda para entender qué decían. Los norteños habían acudido sin estar apercebidos del recio calor y andaban en camisa, pues podía más el sofoco que el decoro. El rey insistió en que Oxson y el rector de Lascuta estuvieran presentes.

Rodrigo se situó ante ellos para hablarles:

—Debemos hallar un modo de que abandonen la protección del muro.

—Una retirada fingida —sugirió Pelayo.

Era la opción más lógica. El momento en el que una hueste da la espalda al enemigo es el más vulnerable. Es cuando se producen las mayores bajas, pues la batalla se convierte en cacería y, en la euforia del combate, es fácil que los vencedores se dejen llevar por la sed de sangre para perseguir a los vencidos. Las retiradas fingidas eran un modo de lograr que el adversario rompiera la formación o abandonase una posición ventajosa para cargar en desorden. Un recurso arriesgado, pues exigía una gran disciplina, dado que la hueste debía interrumpir la huida y girar al mismo tiempo. De lo contrario suponía el desastre.

—No se lo tragarán —opinó Witérico—. Resultaría demasiado obvio.

—¿Baldomero? —dijo el rey.

—Los árabes son cautos —respondió el muchacho—. Ante un enemigo en retirada, el abanderado siempre se adelanta para indicar el éxito, pero nunca se alejan demasiado de su posición.

—A no ser que vean una oportunidad muy clara —declaró Fruela. Por muy conservador que fuera, todo líder sabía que la desbandada era el mejor momento para aniquilar al enemigo. Si renunciaba a perseguirlo, le otorgaba la posibilidad de reorganizarse. Negarse a sacarle partido suponía desperdiciar una oportunidad inmejorable.

—La estratagema ha de realizarla una hueste pequeña —dijo Rodrigo—. Cerca del muro, pues los moros no querrán alejarse. Y sin apoyo de la caballería.

—Un suicidio —concluyó Teodomiro.

—Señor... —Por vez primera, el rector de Lascuta se atrevió a intervenir—. Creo saber el modo.

La mañana del 24 de julio el ejército hispano formó del modo acostumbrado: la infantería en vanguardia, dispuesta para el muro de escudos, y las tropas montadas en segunda línea.

—¿Cuántos? —preguntó Fruela.

—Treinta y uno —dijo Argebald—, además de los veinte de antes de ayer.

Doscientos treinta y dos jinetes en filas. Y a pesar del vinagre en el agua, el resto del ejército estaría igualmente mermado. Fruela observó a sus hombres, desplegados en cuatro líneas en el ala derecha del cuerpo de reserva, y se preguntó quiénes iban a morir aquel día. Había pasado horas en el dispensario tratando de dar consuelo a los enfermos. Recorrió los cuerpos tumbados sobre esteras y aferró la mano de un soldado cuando le amputaron la pierna. Tenía los ojos verdes y a Fruela le avergonzó no haberse dado cuenta hasta entonces. Esa era la peor parte. Convencer a quien ha quedado lisiado de que fue por una buena causa. Aun así, nadie cuestionaba sus palabras. Era más difícil liderar a un puñado de niños que a doscientos ochenta guerreros. Un crío siempre pregunta el porqué de todo, pero un adolescente sediento de gloria hará cualquier cosa con tal de demostrarle algo al resto. A esas alturas, manipular a sus hombres se había convertido en el único modo de mantenerlos con vida. La máscara del héroe cada vez le resultaba más pesada, y debía mostrarse ante ellos como alguien ajeno a la duda.

Y aun así dudaba. ¿La estratagema tendría éxito? Habían elegido a los más bregados para ese flanco.

—Con suerte, una quinta parte del muro de escudos participa activamente en la lucha —comentó Teodolf—. El resto se limita a permanecer en el sitio.

La clave de la victoria residía en lograr que una cantidad mayor de hombres estuviera dispuesta a arriesgar la vida. No es el individuo el que mata, sino el grupo. Al verdadero guerrero le preocupa tanto lo que sus camaradas piensen de él que preferirá morir antes que defraudarlos. Luchando codo con codo, cada hombre se halla bajo la férrea vigilancia de sus compañeros y el escudo no solo protege al individuo, sino también al resto.

El conde de Malaca cabalgó hasta la infantería de siervos. Algunos trabajaban en su hacienda.

—¡Soldados! —les dijo a voz en grito—. De los esfuerzos de hoy depende la suerte de nuestro reino. Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia. No hay nadie que tenga en más estima el valor de nuestros nobles vasallos. Hoy tenemos ante nosotros un desafío de lo más doloroso. Nuestro deber es luchar, con toda la fortaleza que Dios pueda otorgarnos, para conjurar la amenaza de una monstruosa tiranía. Solo de esta manera cumpliremos con la responsabilidad que tenemos ante Dios y nuestro reino.

Los pecheros permanecieron en silencio y, cumplido el trámite, el conde se retiró a la retaguardia. Igual que en todas las batallas: los soldados pelean, los curas predicán y ningún señor se arrima al muro de escudos, salvo en las breves arengas. Fruela observó al conde hasta que se perdió de vista y azuzó a su montura para plantarse ante los siervos. La atención de todos recayó sobre él.

—Crean que vais a huir —les dijo—. Están convencidos de que, llegado el momento, en verdad saldréis corriendo. Entonces, ante el fracaso, podrán decir a todos: fue culpa de los siervos. Hombres sin honor, sin linaje, ni palabra. Hombres que no son hombres. Así quedará escrito. Pensad en vuestras familias y no dejéis que suceda.

Las trompas de guerra ordenaron formar el muro de escudos y un colosal estruendo resonó cuando los peones crearon una empalizada de seis líneas de fondo. Entre gritos de guerra, el ejército de siervos y *exercitalis* comenzó a marchar, golpeando el escudo a cada paso. Un bramido de trompa ordenó a las *scholae* avanzar tras ellos. Al verlos llegar, los moros golpearon los tachones de hierro de las adargas. Entonces la colina atronó.

—*Allahu Ákbar!*

Después del *takbīr*, resonó un alarido largo y ondulante. Apenas se hallaban a veinte pasos y comenzaron a llover jabalinas. Los cuernos sonaron y los peones hincaron la rodilla en tierra para alzar los escudos y soportar el castigo. En los días antiguos, se llamaba *testudo* a una techumbre creada por los escudos legionarios al solaparse. En aquellos tiempos, por *testudo* se entendía cualquier formación cerrada.

Las trompas de guerra ordenaron a la infantería goda cargar contra el *jandaq*.

Tras el primer choque, la falange africana se convirtió en una maraña de lanzas, astas rotas y espadas desenvainadas. Una línea extensa, como un seto erizado de espinas. Los musulimes se mostraban cautos, preferían esperar un ataque. Respondían con flechas y jabalinas antes de cerrar filas y contraatacar en orden.

Los africanos se alineaban junto a los estandartes y, mientras permanecían en alto, la formación se mostraba inamovible; en caso de que bajara, hincaban la rodilla en tierra para soportar una descarga de flechas.

En un muro de escudos, todo guerrero tiende a avanzar hacia el lado donde empuña el arma, al tiempo que busca la protección del escudo del compañero de la diestra. Esto hace que el ala derecha de toda formación tienda a rebasar la izquierda del contrario. Esto se podía paliar con un cuerpo de reserva tras el ala más débil, o situando allí a las tropas más veteranas. Tāriq hizo ambas cosas. Tras el choque de líneas, el flanco derecho hispano se hundió y los *exercitalis* comenzaron a retroceder en desorden. Un millar de hombres dieron la espalda al enemigo para correr colina abajo.

Había llegado el momento. Nada. Los moros no abandonaban la protección del muro. Los caídes se plantaron ante el frente de corambre para contener a sus hombres.

Al fin, en el *jandaq* resonaron las trompas, se agitó el estandarte y la morisma saltó la trinchera para perseguir al enemigo. La lucha se convirtió en cacería. Dos *kataib* de caballería se desplazaron para apoyar al flanco izquierdo africano.

Los godos huían, los africanos los acosaban como lobos. Ya casi habían llegado al pantano, no había escapatoria. Faltaban diez pasos para que les dieran alcance y un cuerno resonó entre los juncos. Los hispanos se detuvieron para darse la vuelta, coreando gritos de guerra. A una nueva orden solaparon escudos, dispuestos a entablar combate.

En lugar de un choque de formaciones, los moros llegaron en desorden y de forma escalonada. Ante el muro de escudos, el suelo se cubrió de cadáveres. Al descubrir la treta, los jinetes africanos cargaron por la pendiente para socorrer a sus compañeros. Un nuevo toque de cuerno y del cañaveral surgieron trescientos lanceros en una sólida cuña de diez líneas de fondo. Con un grito de furia cargaron contra el desorganizado flanco enemigo.

El rector de Lascuta había traído a una veintena de lugareños que vivían en el humedal y conocían las sendas para atravesar el pantano. Fruela reunió a la hueste de Imelda, habituada a las marismas, para mezclarla con los peones mejor armados. La cuña era una táctica en la que descollaron los nórdicos. La llamaban *svinfylking*, cabeza de verraco, y en efecto fue como un puerco cargando contra un seto de espinos.

Los mauritanos no tuvieron tiempo para formar de nuevo. Muchos jinetes volvieron grupas para escapar. Desde el cuerpo de reserva, Fruela observaba la lucha mientras manoseaba el cuerno de guerra, a la espera de que el resto de los moros abandonara el *jandaq* y se sumara al combate. Entonces Rodrigo haría cargar a la caballería, las *scholae* y los bucelarios se sumarían al ataque y barrerían a los africanos.

Esto no ocurrió. Tras el parapeto enemigo, resonaron los cuernos de guerra, los estandartes moros se agitaron y la formación permaneció anclada tras las defensas. Los africanos derrotados se refugiaron tras el terraplén dejando atrás trescientos cadáveres.

Aquella fue una victoria incompleta, y aun así asestaron un golpe moral a la hueste invasora. La escaramuza había demostrado que su enemigo no era invencible.

Los peones llegaron al campamento en desorden, a medida que las fuerzas se lo permitían. Algunos cargaban con los compañeros heridos; los clérigos y las mujeres atendían a los más graves. Otros mostraban una mirada inerte, perpleja, la de quien se ha asomado a un abismo sin fondo. Los mandos llamaron a tiufados, quincentenarios y centenarios para hacer un recuento de las bajas, mientras los guerreros de oficio devoraban las *bucellata* que les otorgaba el nombre.

Una galleta militar hecha de harina de trigo, seca como un pedazo de cal, pues la masa se horneaba tres veces, y dura como la roca, para que no se moheciera ni en condiciones extremas. Había que mojarla en agua para poder tragar aquello, y había que mezclar el agua con vinagre para no sufrir diarrea. A cada jornada las raciones se hacían más escasas. Tras visitar los almacenes, Fruela vio pasar al annonario de la Bética.

—¿Queréis cenar conmigo? —le preguntó.

El funcionario, un individuo grueso de cabello rizado y rostro orondo, dudó un instante. Era primo segundo de Witiza y, sin duda, había oído hablar de Fruela, a quien el diablo había robado el alma. Pese a estar acompañado de solo dos bucelarios, no quiso mostrar ninguna inquietud.

—Por supuesto —respondió con una amplia sonrisa, y le acompañó hasta el toldo en el que vivaqueaba la séptima. Se sentaron junto a una mesa y pidieron vino. Cuando el annonario vio el plato que depositaron ante él, su rostro mudó de expresión. Era una torta negruzca, cubierta por una costra verdosa, infectada de diminutos gusanos grises.

—Come —le dijo Fruela.

—Pero...

—He dicho que comas.

El annonario dirigió una mirada a su escolta, de pie ante él, que a su vez observaba intranquila a la veintena de soldados que los rodeaban.

—¿No lo entiendes? —dijo el witizano—. Esto es para *ellos*.

—Cómete el maldito pan.

El deber del annonario era recolectar las vituallas que se repartían entre la tropa por el *erogator annonae*. En caso de que el suministro fallara, este último debía informar al conde del ejército. Para rebajar costes y sacar tajada, el witizano había hecho hornear el pan una sola vez en lugar de las tres acostumbradas y, por supuesto, había untado a los mandos para que mantuvieran la boca cerrada. Después de tres semanas, el pan estaba mohoso cuando se entregaba a la tropa. Muchos habían enfermado, y la disentería hizo el resto. Todos vieron cómo Fruela le obligaba a tragar aquella bazofia. Luego se marchó, con toda la dignidad que logró reunir, y poco después comenzó a vomitar en el suelo.

Habían pasado seis días desde que acamparon en aquella loma. La antigua vía romana que unía el campamento con los almacenes de Asidona a través del puente resultaba crucial. Necesitaban agua potable para los hombres y heno para las bestias, y las rutas de abastecimiento convergían en la calzada como ramas al tronco de una encina. Tāriq empleaba su caballería, mucho más maniobrera, para desbaratar el suministro, y gracias a los dromedarios, que podían alimentarse de malas hierbas y subsistir sin apenas agua, el enemigo era ajeno a tales quebrantos. Rodrigo ordenó

que escoltaran a las acémilas, pero los moros no dejaban de hostigarles y la comarca se estaba tornando desértica.

Cada día los forrajeadores debían ir más lejos, la ruta se hacía más larga, y los acemileros la recorrían con mulas y carros. Cada día, los enemigos los atacaban. A medida que caían, eran reemplazados por vecinos de las aldeas, y cuando estos sucumbían a los ataques, mujeres y muchachos ocupaban su lugar. La morisma disparaba contra cualquiera que atravesase la calzada. Incendiaban los carros, mataban a las mulas y los aldeanos se echaban las sacas a la espalda para continuar a pie. Aquella senda mortal, que los mantenía con vida, se iba tiñendo con la sangre de aguadoras y arrieros. Y aunque la voluntad de los asidonenses no menguaba, los alimentos escaseaban cada vez más.

Aquella noche, Rodrigo los reunió en consejo. Resonaba el rítmico martilleo de los herreros al restaurar el filo de las espadas. A la luz de las antorchas, los mandos vestían loriga y ceñían espada. Sobre una mesa, un pergamino con mapas y unos tacos de madera pintados. Al ver aquello, Fruela imaginó el motivo de la reunión.

—César empleaba la misma estrategia. —Rodrigo no era amigo de los preámbulos—. Elegía como campamento un lugar con buenas defensas y allí aguardaba a su enemigo. Si este aceptaba presentar batalla, se veía obligado a luchar en condiciones adversas. Si no lo hacía, daba la impresión de que se acobardaba, lo cual afectaba a la moral de las tropas. Tāriq obra de un modo similar.

—No caerá en otra retirada fingida —comentó Teodomiro.

—No —respondió el rey.

—Lo mejor sería regresar a Asidona y asignar guarniciones en Lascuta, Baessipo, Barbesula y Oba, para dejar a los moros aislados —opinó Witérico—. Tienen el mar a la espalda, y muy pocos barcos. Tarde o temprano se les acabarán los víveres.

—Aunque parezca lo más prudente, de hecho, sería arriesgado —respondió Rodrigo—. Cuando los siervos y los más bisoños vean que retrocedemos, creerán que huimos.

—Tal vez habría una desbandada —dijo Pelayo.

—Mūsà dejó a Tāriq acuartelado en Tingi —opinó Teodomiro—, pero él sigue en Qayrawān con cuarenta mil sarracenos y tiene cien naves en Thuni. Es posible que esta ofensiva solo sea un tanteo para consolidar una cabeza de puente a este lado del Estrecho.

—No podemos quedarnos aquí para siempre —señaló Gundemaro—. Odón y Agila amenazan el norte y el levante.

Hubo un intercambio de miradas entre el duque galaico y los hermanos de Witiza, que fue interrumpido cuando el padre de Bencio se sumó a este parecer.

—Debemos aplastar a esos bastardos —espetó Liuva, cegado por el odio.

—Las batallas no son más que una ordalía, un juicio de Dios. —Opas eligió ese momento para intervenir—. En ellas vence quien defiende la causa más justa. Los moros son idólatras. Sin duda el Altísimo nos otorgará la victoria.

Semejante argumento no pareció infundir un especial furor guerrero entre los magnates godos, tal vez porque muchos recordaban las promesas incumplidas en el Aula Regia.

—Ya veo que flaquea el valor —declaró Sisberto.

Desde que el mundo fue creado, el argumento del «¿es que no hay huevos?» ha sido la *ultima ratio* en cualquier debate librado en la piel de toro. Tales palabras no cuadraban con el pragmático carácter de Opas, ni tampoco con el escaso amor por las armas de su hermano. Aunque, bien pensado, era lo que cabría esperar: un religioso creyendo que Dios estaría de su lado, y un aristócrata deseoso de que dejaran de saquear sus haciendas. En cualquier caso, el linaje de Égica aportaba casi la mitad de la caballería, y aquellas palabras calaron en el ánimo de todos.

—Fruela... —dijo el rey—, pese a tu juventud, has demostrado de sobra tu valía. ¿Cuál es tu opinión?

Por un instante el muchacho cerró los ojos. Debía tomar la decisión más importante de su corta existencia y, en su fuero interno, sabía cuál debía ser la respuesta.

La estrategia logística defendida por Vegecio era el modo natural de hacer la guerra entre reinos. Pero a los nómadas del desierto, que basaban su ser en una territorialidad itinerante, los principios de Vegecio les importaban un carajo. En su mentalidad imperaba la búsqueda de una batalla a campo abierto, hasta el extremo de acordar el lugar donde enfrentarse. Los nómadas no defendían ningún territorio y, si el desenlace era incierto, huían sin más. Pero esa era una opción que Tāriq había arrebatado a sus hombres de forma deliberada.

Superaban en número a la hueste enemiga y aun así eran tropas veteranas, que contaban con la ventaja del *jandaq*. Si Rodrigo rehusaba atacar y en su lugar creaba una red de guarniciones, los moros se verían forzados a renunciar a la conquista o recurrir a las tácticas de asedio convencionales. Podrían obligarlos a luchar a su modo, vencer sin asumir riesgos; una senda larga y tortuosa exenta de gloria.

Y, en ese momento, su demonio interior cobró voz.

A Fruela le movía un recóndito afán de renombre, un sombrío legado paterno. Toda persona necesita que se reconozcan las cualidades que cree ostentar, en especial aquellos que más ama. En su fuero interno Fruela se sentía incompleto, y su demonio le dijo que, si vencían en una batalla a campo abierto, tal vez el duque Pedro estaría orgulloso de él.

Abrió los ojos y se encontró ante decenas de rostros escrutándolo, atentos a cada gesto, para catalogarlo como hombre en función de sus palabras. Recordó el estigma que Teodolf había

cargado durante toda su vida por lo ocurrido en Nemausus. Todos esperaban que el héroe de Toletum dijera algo, y cuando al fin lo hizo no supo qué parte de su ser formó las palabras:

—Hemos cruzado el reino de norte a sur con nuestros mejores hombres. Si rehusamos luchar, todos dirán que Rodrigo es incapaz de defender a su pueblo. Tal vez el reino quedaría dividido para siempre. Si mañana aplastamos a Tāriq, ningún otro ejército moro osará cruzar las Columnas de Hércules.

Vio que la mayoría de nobles asentía, en especial los más jóvenes, y sintió un insólito alivio.

—Una carga de caballería, cuesta arriba y contra un muro —dijo Pelayo—. Si tratamos de tomar ese cerro, estaremos haciendo lo que Tāriq desea que hagamos. ¿Por qué motivo creéis que arrojaron la...?

Decidió callar. Fue la última vez que tomó la palabra en el consejo.

—Ya que tenemos al enemigo ante nosotros, lucharemos —concluyó el rey—. Y que sea como disponga la voluntad del Cielo.

Era el día 26 de julio, y el hierro abrasaba como debía hacerlo el infierno. La noche resultó eterna, como si las tinieblas hubiesen engullido el tiempo; recuerdos, temores y esperanzas los asaltaron sin descanso. Fruela se anudó un trapo húmedo en torno al cuello para evitar el roce del ardiente metal. El nombre de aquellas corazas de láminas era *clibanus* o *klibanion*: un horno de hierro. No podía ser más acertado. Se hallaban en el extremo meridional del reino, muchos norteños no estaban habituados a tal sofoco, y sus enemigos ni siquiera parecían notarlo. Otra ventaja más para Tāriq.

«No podemos perder.» El pensamiento afloró en su mente junto a la certidumbre de que estaba a punto de afrontar el momento más decisivo de su vida, de los tres millones de vidas que poblaban el reino, y de tantas otras que estaban por llegar. Sniumeis comenzó a corcovear; percibía su miedo y le acarició en el cuello para sosegarle.

En primera línea, la infantería se había desplegado para formar el muro de escudos. Tras ella, los peones con arcos, hondas y fustíbalos les darían cobertura. Más allá se hallaban los jinetes. Desde la silla, Fruela observó los haces de las seis *scholae* junto a la hueste de bucelarios. Cuatro mil centauros con los costados casi tocándose, cada hilera pegada a las grupas de la anterior. Nunca tantas y tales armas de hierro se habían visto juntas en Spania. Aun mermada por la peste y la sedición, era la misma caballería que había aplastado a las legiones de Valente y desbandado a las hordas de Atila.

—¿Cuántos? —preguntó Fruela.

—Veinticinco —le dijo Argebald—. Doscientos siete hombres en filas.

Los guerreros revisaban los arreos de las monturas, las aljubas del arzón, cada cual rumiando sus propias dudas. A una orden, extrajeron los yelmos de las sacas de cuero y se los colocaron en silencio. La caballería permanecía inmóvil, solemne, en una línea compacta, los caballos piafaban inquietos y una tenue brisa marina agitaba los penachos rojizos. Fruela admiró la perfecta formación y le asaltó un repentino orgullo. Picó espuelas para recorrer el frente de batalla.

—Aurelio, ¿qué tal la diarrea?

—He vuelto a usar pañales, señor.

—¡Adolfo! Espero que te fuera bien con la muchacha..., no sea que tu madre te busque otra.

—¡Dios no lo quiera! —dijo persignándose.

Todo parecía en orden. Esta vez las *scholae* combatirían de un modo tan contundente como poco original. La maniobra decisiva de la unidad que durante meses había instruido iba a ser una lluvia de flechas justo antes de una carga frontal.

A medida que se acercaba el momento, las frases se hicieron más cortas y las conversaciones se extinguieron. Luego llegó el silencio. El conde buscó la compañía de Teodolf, sus ojos grises, siempre tranquilos, le reconfortaban. En ese momento estaban fijos en una figura a caballo. Rodrigo los sorprendió al acudir vestido y arado sin ningún símbolo de rango. Ni diadema ni cetro, ni siquiera una armadura ornamentada. En la batalla, recibiría del enemigo el mismo trato que el resto. El muchacho recordó las palabras del rey, la noche anterior, bajo el toldo:

«Los *exercitalis* y los siervos formarán en vanguardia». El rey dispuso sobre el plano varias fichas blasonadas. «Y detrás, la caballería. En el ala izquierda, Opas con los jinetes de Spali. En la costanera derecha, Sisberto liderará a los de Toletum. Las tropas de Teodomiro y Gundemaro se situarán en la medianera, junto al ala izquierda. Las *scholae* ocuparán el centro, los hombres de Bermudo y Witérico estarán a su lado.»

Fruela tiró de las riendas y examinó la línea en toda su extensión. Apoyado en los márgenes de la laguna, el flanco de Sisberto apenas contaba con espacio para maniobrar.

—Tanto mejor —dijo Teodolf, al interpretar su expresión—. No confío en ese patán.

Al ver llegar a los curas, todos descabalgaron para hincar la rodilla en tierra. Los religiosos recorrieron las filas para salpicarlos con un agua bendita que no se habrían bebido ni las mulas. Los campesinos murmuraban salmos y besaban crucifijos de palo mientras los nobles manoseaban relicarios y se santiguaban.

—¿Qué crees que harán? —Teodolf estudiaba el aspecto de los *exercitalis*.

—No lo sé —admitió Fruela.

Saltaron de nuevo a las sillas, a la espera de que avanzase el día. Al estar el enemigo hacia el sureste, Rodrigo no quería que el sol los deslumbrara. «En verano, el viento más común viene de levante», les advirtió el conde de Asidona. «El de poniente aparece en cualquier estación, pero es

menos fuerte y amaina con la puesta del sol.» No soplaba ni una leve brisa; al menos el polvo que levantasen no les daría de cara.

Tras el muro y la zanja, los moros comenzaron a formar. Akram al-Ansārī recorrió la línea de batalla para recitar unos versos en árabe.

—«Pueblo mío» —les tradujo Baldomero—. «Entrad en la tierra purificada que Alá os ha destinado y no retrocedáis, pues entonces estaréis perdidos.»

Aquella mañana, Fruela fue incapaz de entender el significado de aquella aleya. Pasados los años, supo que, una vez que una tierra era incorporada al *Dar al-Islam*, los musulimes la consideran suya para siempre.

Los caballos piafaban, mordían los bocados, coceaban al suelo. Las prácticas no los habían despojado del todo de su instinto. El corazón de Fruela resonaba en el pecho, el sudor resbalaba bajo el camal de malla sin que pudiera librarse de él. Escrutaba el estandarte regio. Aquella espera estaba a punto de sacarle de quicio.

Resonó el cuerno de uro guarnecido en plata, seguido del estruendo de los escudos al solaparse. Los *exercitalis* empezaron a golpearlos con furia, y los siervos no quisieron quedarse atrás. Rodrigo cabalgó ante ellos y recorrió el frente de batalla mientras escuchaban los ecos de los cuernos de guerra.

—Bendito Israel, ¿quién como tú, al que salvará el Señor? —gritaba el rey—. Escudo de tu protección y espada de tu gloria, ¡venganza!

—*Ad ultionem!* —Los hispanos aporrearon los escudos y, a una señal convenida, comenzaron a remontar la ladera.

Se hallaban a veinte pasos cuando comenzó a jarrear piedras y dardos. La infantería formó en *testudo* y una techumbre de madera se formó sobre sus cabezas. A esa distancia, las *mizraq* de hierro aguzado atravesaban el tilo. A un grito, los peones se pusieron en pie y cargaron contra el parapeto creado con rocas, ramas y bagajes. Allí se toparon con una sólida falange. Varias líneas de piqueros con la rodilla hincada en tierra, las armas de asta apuntando hacia el exterior, y tras ellos los arqueros.

«Asaltarán las defensas para crear una brecha», había dicho Rodrigo.

«Las de Tāriq son tropas más aguerridas», dijo Witérico. «Si los siervos no aguantan...»

«Resistirán.»

En el muro de escudos, la fuerza de cada hombre se suma a la del resto. No es necesario pensar. Solo hay que mantenerse en el sitio y empujar. Proteger el costado de tus compañeros. Empujar. Seguir adelante. No dar un paso atrás. Empujar. Lanzar una cuchillada al ver un hueco abierto. Empujar. Alancear para proteger al estandarte. Empujar. Resonaron los cuernos a lo largo de la línea. Empujar. Los estandartes de las filas posteriores avanzaron. Empujar. Con un grito de furia,

los siervos se sumaron al choque. Empujar. Apoyando el hombro en la espalda de quien tenían delante, empujaron.

Paso a paso, pulgada a pulgada, el muro de escudos rebasó la trinchera. Algunos peones comenzaron a escalar el terraplén defendido con estacas. Los africanos luchaban a la desesperada. Empleaban las picas para mantenerlos a distancia. Una vez quebradas, desnudaron las espadas, para no dar un solo paso atrás. Sabían que, si eran derrotados, no habría cuartel.

«¿Y si no es suficiente?», había preguntado Pelayo. El rey señaló los tres cuerpos de reserva: el centro, con las *scholae*, el ala izquierda de Opas y la derecha de Sisberto.

«Cargaremos y que Dios decida.»

Los peones debían abrir brechas en la falange africana para que la caballería pudiera embestir. Con suerte, forzarían a los jinetes moros a involucrarse en la lucha. Después la caballería goda debía rebasar el *jandaq* y aplastar al enemigo. Una vez comprometido el cuerpo de reserva, la suerte estaría echada. La batalla habría cobrado vida propia y los llevaría a la victoria, o al más completo desastre.

El bramido de la *bucina* alcanzó las colinas y les llegó convertido en eco.

—Ha llegado la hora. —Teodolf besó el crucifijo de plata que colgaba del cuello.

Los *exercitalis* habían logrado lo que parecía imposible: abrir una decena de brechas en el *jandaq*. Fruela se llevó el cuerno a los labios y sopló con todas sus fuerzas. Un grito de guerra, picaron escuelas y cuatro mil jinetes marcharon al galope. Las pezuñas arañaban la tierra reseca, creando una cortina de polvo y briznas de hierba. Y luego una nube que ocultaba el sol. El gemido del *draco* se fue apagando, a medida que remontaban la colina y la carga se ralentizaba.

Los moros se aprestaron a recomponer filas. Se hallaban ya a cincuenta pasos. La falange africana escupía saetas. Los cursores hicieron uso de los arcos, arrojando una lluvia punzante por encima del *jandaq*. Luego giraron en redondo, para situarse tras los defensores. Un guijarro impactó en el escudo de Fruela. Un pánico irracional le asaltó al imaginarse muerto a manos de un desarrapado. Un caballo sin jinete trotaba sin rumbo ante él.

Siervos y *exercitalis* se hicieron a un lado para abrir corredores en la formación. Los soldados atravesaron el muro de escudos, y se desplegaron para cargar contra un terraplén erizado de picas y lanzas. Los defensores debían cargar en una formación compacta. Resultaba vital que la línea permaneciera homogénea y no se deshiciera en acciones menores. Fruela vio muecas de espanto cuando los moros vieron llegar una avalancha de bestias de metal.

La brutal embestida se abrió paso entre la arboleda de lanzas. Gritos y alaridos. Aplastaron a las dos primeras filas de piqueros, castigadas por el muro de escudos. El asta de Fruela hirió al atravesar una adarga. Tiró para extraerla, el caballo se encabritó. La carga había perdido impulso. Más hombres acudían de fresco. Resonó el quejido del cuerno cuando Fruela les ordenó retirarse. Los jinetes volvieron grupas y retrocedieron una treintena de pasos.

Otro soplido del cuerno. Millares de cascos herrados trituraron la tierra. La avalancha de jinetes rebasó la trinchera y chocó contra la maltrecha falange. Una pica buscó el pecho de Fruela. Alzó la lanza, cambió de agarre; la arrojó con fuerza y dejó a un hombre clavado al suelo. Sin soltar el escudo sujetó las riendas con la zurda y desnudó *Nadristuggo*. Tajó a ciegas, contra todo lo que hallaba ante él. Una pica hirió a Sniumeis, que coceó de dolor. La espada emitió un mortal destello. Los lanceros africanos yacían por el suelo, y los refuerzos con adargas ocuparon los puestos que habían dejado.

—¡Hay que recomponer filas! —gritó Adelmo.

La falange estaba medio desecha, una masa de hombres se arrastraba por el pedregal. Los honderos ismaelitas recogían las picas del suelo para ocupar los huecos en la formación. Fruela ordenó a sus hombres reagruparse, y todos retrocedieron.

Revisó su armadura. Había sangre en el muslo. No era suya. Munio seguía a su lado, con la respiración agitada. No encontró a Braulio por ningún lado. Habían perdido casi un tercio de los hombres. Facciones crispadas, ocultas por una máscara de sangre.

Cargaron por tercera vez. Y esta sería la última.

Las bestias, exhaustas, apenas respondieron. Fruela golpeó el flanco de Sniumeis con el plano de la espada, y a duras penas comenzó a trotar. Gritó hasta quedarse afónico y los soldados le imitaron. Surgieron lanzas de entre la nube de polvo. Alancearon y tajaron, castigaron cruelmente a las monturas. Siguieron avanzando. La polvareda hacía del sol un borrón abrasador.

Entonces escucharon un grito ululante, seguido del estruendo de cascos. Un borrón surgió de la nada y la cabeza de Conrado rodó por el suelo. Dos *katā'ib* cargaban contra la vanguardia goda. Tāriq había desplazado a los jinetes para reforzar el centro de la falange.

—¡Cursores, disparad! —Mientras Fruela organizaba a los defensores, los arqueros hostigaban a la caballería enemiga. Vio llegar a un sarraceno.

Akram al-Ansārī lucía un yelmo de secciones con almófar y una preciada cota de malla. La montura era grácil e iba cubierta por una barda de crinolina acolchada. Fruela intuyó un tajo a la cabeza y alzó la espada por instinto. Las armas chocaron, los jinetes continuaron al galope y luego se detuvieron. Al examinar *Nadristuggo*, descubrió una melladura en casi un tercio del ancho. Otro golpe como aquel y se partiría en dos.

El árabe alzó la suya, para mostrarle las vetas de la hoja, el *jawhar*, que revelaba las cualidades del metal. Un acero llevado en lingotes desde Sarandīb, una remota isla al sureste de la India, y una vez en el Yemen forjado durante meses en Baylamān, hasta obtener una enigmática aleación que valía su peso en oro. Un siglo después aparecieron las hojas de acero franco, con la marca de Ulfberht incrustada. Pero en aquel tiempo las espadas occidentales no podían competir con las árabes.

—*Ad ultionem!*

Armado con lanza y escudo, Norberto se interpuso entre el agareno y su presa. Cambió el agarre para sostener el asta por encima del hombro y espoleó a su montura. El sarraceno picó espuelas para salirle al paso.

Norberto no podía perder. Era la mejor espada del reino y la lanza le otorgaba una enorme ventaja. Rejoneó desde arriba, como si fuera a arrojarla. Con un movimiento imposible, Akram al-Ansārī se dejó caer por el costado derecho, alzó el escudo para desviar la moharra y su espadaegó desde abajo. La lanza goda desgarró la malla de forma sesgada, pero la hoja *baylamānī* se abrió paso entre la coraza y las carrilleras del casco, para degollar a Norberto de un solo tajo. El cadáver cayó hacia atrás, por encima de la grupa, y quedó tendido en el suelo. Herido en el costado, Akram se retiraba.

A la espalda de Fruela, resonó un coro de gritos. Los *exercitalis* acudían en su ayuda, los siervos combatían con un arrojo inusitado. La maniobrera caballería africana ahora se mostraba como un blanco fijo. Ahíta de sangre, *Nadristuggo* pareció cobrar vida, como si fueran ciertas las leyendas. La lucha había llegado a los arqueros moros, que empezaban a retroceder. Adelmo fue el primero en adentrarse en el real africano. Una jabalina le hirió el caballo, que corcoveó aterrado. Esto agrandó la brecha en la formación enemiga. Fruela azuzó a su montura y la fatigada bestia cargó con todas sus fuerzas. La falange de Tāriq estaba deshecha. Sobre el foso colmado de cadáveres, los cursores superaban el parapeto en tropel. Algunos moros huían hacia las tiendas.

Pronto llegaría el momento decisivo, en el que la batalla se transformaría en una cacería de hombres. La victoria se hallaba al alcance de la mano.

—¡Fruela! —gritó Adelmo, y señaló a la derecha. La formación hispana se desmoronaba por ese extremo izquierdo. Incapaz de combatir de costado, el muro de escudos estaba siendo arrollado.

—¿Qué cojones hace Opas? —espetó Teodolf.

Fruela hizo caracolear al caballo, retrocedió doscientos pasos y recorrió con la vista la línea de batalla. Las dos alas de su ejército habían desaparecido, su formación estaba siendo rebasada por los flancos. Una nube de polvo se alejaba en dirección a Asidona: miles de jinetes a la fuga, seguidos por dos tiufas de infantes.

Opas y Sisberto los habían traicionado.

Cannas. Maratón. Una sucesión de nombres acudió a su mente. Protegida por el lago, el ala derecha hispana apenas resistía. La izquierda se había venido abajo. Los witizanos habían regalado a Tāriq una pinza simple. Estaban siendo embolsados.

—¡Debemos retroceder! —gritó Fruela—. ¡Hay que reforzar el flanco izquierdo!

Resonó un alarido ondulante. Una marea negra descendió desde la loma para engullir los

costados del ejército godo. Miles de africanos rebasaban el parapeto como una manada de lobos asaltando un corral. Los estandartes de Teodomiro y Witérico se agitaban a la desesperada, los cuernos bramaban órdenes sin descanso. El enemigo estaba por todas partes.

Desde el *jandaq* resonó un solitario cuerno de guerra, como una sentencia de muerte.

—¡No! —gritó Fruela—. ¡Maldita sea! ¡No!

La caballería mora atravesó la puerta norte del campamento africano para cargar contra su desprotegido flanco izquierdo.

Los agarenos describieron a esta batalla como «el fin del mundo», «la más cruenta jamás librada en occidente». Poco cabe añadir. A lo largo de la historia, los combates más feroces siempre se libraron cuando una hueste se vio acorralada, sin retirada posible, ni tampoco posibilidad de rendición. En ese momento el desafío consiste en matar a cuantos más enemigos se pueda, antes de que al fin te llegue la hora. Y vive Dios que ellos lo hicieron.

La caballería musulmana los barrió por el costado, empujándolos hacia la laguna. Rotaban en círculos, segando toda vida a su paso. Con cada carga, más cadáveres en el suelo. El muro de escudos retrocedió mientras se desgranaba por ese flanco. Los moros abatían a los *exercitalis* y allí mismo mutilaban los cuerpos. Los que aún quedaban con vida aferraban las armas y continuaban luchando.

Tras el grito de alarma, Fruela recibió un impacto en el costado y cayó de espaldas a tierra. Vio un rostro moreno. Luego el brillo de una hoja. Soltó el escudo y, con la zurda, inmovilizó el brazo enemigo. Ambos rodaron. Logró ponerse encima, echó el cuerpo atrás y se dejó caer. El yelmo de acero golpeó el turbante. Resonó un crujido. Cabeceó de nuevo y el lino enrollado se tiñó de sangre.

Recogió la espada, hecha sierra, entre un cañizar de dardos y flechas hendidas en tierra. El aire abrasaba. Se desabrochó el cuello del gambax, luchó por respirar. Tomó a Sniumeis de la brida y escrutó a su alrededor. En sus hombres solo halló desesperación. Su primo Munio sostenía el asta del estandarte partida, la había empleado para detener un golpe. Argebald ayudaba a su padre, que tenía una herida abierta bajo la malla. Oxson aún seguía ahí, empuñando la espada.

Entre la enorme polvareda, la batalla se desmenuzaba en infinidad de combates. Los moros los rodeaban para desjarretar las monturas que tropezaban con los cadáveres. Debían salvar a Rodrigo, solo él podía mantener unido al reino.

Fruela saltó a la silla y, con manos trémulas, aferró el cuerno. Los pulmones casi no lograron expulsar aire, el sonido apenas fue audible sobre el estruendo de las armas. La séptima *schola*, o lo que quedaba de ella, retrocedió hacia el estandarte regio cruciforme, tajando y acuchillando,

como abriéndose paso en un matorral. Apenas quinientos guerreros agolpados en torno a la enseña de Rodrigo.

—¡Ha sido Opas! —gritaba Pelayo, con tres flechas clavadas en el gambax—. ¿No os lo dije? ¡Es un traidor!

Espada en mano, Rodrigo se enfrentaba a la muerte con una lúgubre decisión. En su rostro, la desesperación de quien se ve traicionado de un modo inmerecido. Una expresión que quedaría grabada a fuego en la memoria de Fruela. En torno al monarca, la alta aristocracia combatía junto a siervos con lanzas de caza. Aquella hueste no conocía clases. Algunos labriegos habían recogido las armas dejadas por los magnates al huir y defendían al rey hasta quedar sin aliento.

Los hombres son tan buenos como el mundo les permite. Aquella jornada convirtió en héroes a pecheros, y cubrió a nobles con un manto de ignominia. Después la muerte les llegó a todos por igual.

—¡Retroceded en orden! —gritó Rodrigo.

Una marea de enemigos emergió entre la nube de polvo, como un ejército de pesadilla. Con el torso desnudo algunos combatían en zaragüelles. Lanceros con el cráneo rapado aullaban en una lengua bárbara. Turbantes hechos con jirones de seda, cotas de malla con la sangre del antiguo dueño, rostros tatuados crispados de odio.

Todo era polvo. Todo era hierro. Todo hería.

Argebald hurgó en la aljaba en busca de flechas. Estaba vacía. Soltó el arco y desnudó el acero. A su lado, un guerrero cayó con un astil en la garganta. Las bestias se revolcaban por el suelo, los hombres gateaban tratando de escapar. Los vascones combatían junto al estandarte, espalda contra espalda. El abanderado cayó al suelo, sus vísceras se desparramaron por el polvo y Pelayo recogió el emblema del rey, la cruz dorada, como si el destino lo hubiera puesto en sus manos.

—¡Hijo de la gran puta! —El astur maldecía a Opas en lugar de a los que trataban de degollarle. Su voz resonaba sobre el gemir de las hondas, los chillidos de los heridos. La bruma ocre vomitaba saetas, los caballos relinchaban y corcoveaban. Un sayón recogió una lanza mientras la sangre le abandonaba las entrañas. Dos moros saltaron sobre él y allí mismo lo degollaron.

Los cascos de Sniumeis aplastaron el pecho de un africano y Fruela oteó a su alrededor. No había nada que pudiera llamarse formación. Solo un tumulto en torno a un estandarte. Lanzas rotas y espadas melladas. Unos a pie y otros a caballo. Los moros los acosaban en una cacería salvaje y una tempestad de dardos caía sobre ellos.

—¡Retirada! —gritó alguien—. ¡Hay que atravesar la laguna!

No era Rodrigo. Daba igual.

—Por allí —dijo Teodolf—. Es la parte menos profunda.

Una flecha hirió a la montura de Adelmo. El centenario cayó a tierra e hizo formar a sus

hombres. Los que aún quedaban en pie.

—¡Llevaos al rey! —gritó el muchacho. Sostenía un escudo hecho trizas, repleto de saetas clavadas.

—¡Ven con nosotros! —le ordenó Fruela.

El joven de Valentia palmeó las ancas de Sniumeis y desobedeció al conde por última vez. Resonó un estruendo cuando un centenar de guerreros formó el muro de escudos.

Picaron espuelas y los jinetes se dispersaron por el laberinto de cañizares, dispuestos a hacer uso del tiempo que les habían regalado. A medida que la vegetación se hacía más densa, Fruela perdió de vista a Rodrigo. Sedientas, las monturas trataban de detenerse para abreviar. Tuvieron que clavar las espuelas en los costados. Algunas caían agotadas. El cañaveral le azotaba en el rostro, apenas podía distinguir el estandarte regio.

La morisma alcanzó a los rezagados. Escucharon gritos, fragor de madera y metal. Se abrieron paso a través de una cortina de cañas y, de pronto, los remos de las bestias se hundieron en la ciénaga. Ante ellos se hallaba la laguna. Fruela sintió cómo su montura se hundía y cayó de bruces al agua, desarzonado. Sniumeis se había roto las patas y él se hundía en el lago, arrastrado por el peso del metal. Bajo el agua turbia vio desaparecer el estandarte del rey. Rodrigo luchó por salir a flote, intentó sujetarse a unas ramas, antes de desvanecerse en aquel infecto piélagos.

Fruela se dejó arrastrar hasta el fondo. Había fracasado. El rey estaba muerto, las *scholae* habían dejado de existir. Necesitaba aire. El reino estaba condenado. Una desaforada ansia de gloria le había llevado lejos del hogar para ponerle al mando de trescientos cadáveres. Se ahogaba. Una parte de su ser quiso hallar un descanso. Sin duda, sería un destino mejor que vivir manchado por la vergüenza. Aquel podría ser un noble final, después de todo. Al menos tendría una muerte digna de ser recordada.

Y sí, en cierto modo murió, pero en ese instante recordó algo y una chispa de ira se convirtió en tempestad. Hoy no será ese día, se dijo. Jamás supo de dónde sacó las fuerzas. Desató el barboquejo y se despojó del casco. Necesitaba aire. Soltó el cinturón y el tahalí de la espada. *Nadristuggo* se perdió en el fondo del lago. Aire. Empleó el *scrama* para cortar los correaes de la armadura. El gambax estaba empapado, no pudo librarse de él. Se asfixiaba. Trató de nadar hacia la superficie. No pudo, el peso le arrastraba al fondo. Pataleó con todas sus fuerzas, extendió el brazo. Necesitaba aire. Una férrea mano sujetó la suya y le alzó hasta la orilla.

Regresó al mundo de los vivos impregnado en el hedor de la muerte. El dolor anulaba cualquier otro sentido. Vomitó en el suelo, incapaz de abrir los ojos. Cada espasmo supuso una agonía. Se arrastró por el fango. Devolvió de nuevo y percibió el intenso olor a marisma. Los ojos pudieron abrirse y se descubrió tendido al otro lado del lago. La mano era de Teodolf. Trató de incorporarse.

Munio aguardaba sentado en el fango, con el rostro hundido entre las piernas. Aferraba la

cabeza del *draco* como si fuera un talismán. Al girarse, Fruela vio a la flor y nata del reino hundirse en el lodo, condenados por el peso de las armaduras. Un puñado de guerreros había logrado cruzar y cabalgaba hacia los reales. No vio a Argebald, y la mirada de Teodolf le dijo lo que no deseaba escuchar.

—Larguémonos —murmuró el veterano.

—¿Y Argebald? —dijo Fruela, y su primo alzó la vista.

—Vámonos —repitió Teodolf—, antes de que terminen de saquear a los muertos.

A duras penas se abrieron paso por el cañaveral en dirección al norte. La herida del maestro de armas le impedía caminar.

—¿Al campamento? —musitó Munio, pensando en los caballos.

—No —dijo Teodolf—. Es el primer sitio al que irán.

Las tiendas no solo albergaban los víveres, sino también parte del tesoro regio, la Vera Cruz y el resto de reliquias chapadas en oro. Trotaron hacia la antigua vía que conducía a Asidona. Teodolf cojeaba y se iba quedando atrás.

—Marchaos —masculló, y ellos le sujetaron de los brazos para cargar con él.

Anohecía y un manto de tinieblas acudió en su auxilio. Comenzó a llover. Unas gotas miserables, caídas de un cielo enfermo. Avanzaron entre arbustos marchitos hasta llegar a un bosquecillo de acebuches, no muy lejos del camino. Tras apoyar la espalda del veterano sobre el tronco, Fruela se despojó de la túnica y la enrolló para usarla como almohada. El sueño fue perturbado por gritos lejanos.

Al amanecer se hallaban de nuevo en camino. Solo contaban con un odre para el agua y le ofrecieron a Teodolf el último sorbo.

—Te pondrás bien —le dijo Fruela.

Ya no había límite entre la mentira y la esperanza. El veterano se levantó del suelo y comenzó a toser con violencia. Munio trató de ayudarle, aunque poco había que pudiera hacer. Caminó por su propio pie mientras las fuerzas se lo permitieron. Luego el terreno se hizo empinado y tuvieron que cargar con él. En vano Teodolf trató de oponerse.

—Mentecatos —masculló.

Desde el sur resonó el distante rumor de los cascos herrados. Primero temieron que fueran musulimes, luego descubrieron con alivio que se trataba de godos. Después vieron los escudos con los colores de Égica.

—¡Vámonos! —gritó Fruela.

Trataron de huir hacia la Sierra de Lascuta, pero antes de llegar a los alcornoques veinte jinetes les cerraron el paso. Fruela se giró para echar mano al *scrama*. Un asta de fresno le golpeó en la frente y rodó por el pedregal. Cuando trató de incorporarse una lanza le amenazaba el pecho y descubrió al caballo de Opas ante él.

—¡Traidor! —gritó el conde espatario.

—Podría decir lo mismo —respondió el joven obispo—. Sobre la carta que te entregué.

—Mi lealtad está con el reino —dijo el muchacho—, al que tú has vendido.

Opas tiró de las riendas para refrenar la montura y guardó silencio.

—A veces, cuando alguien me amenaza y debo tomar una decisión, leo las Sagradas Escrituras y me pregunto: ¿qué haría Dios en mi lugar? —La atención del prelado estaba fija en el lago—. Entonces los mato a todos.

Los bucelarios desmontaron para apresarlos. Fruela se limpió la frente de sangre y se puso en pie.

—¿Me escuchas, Opas? —le dijo mirando a Sisberto, que se hallaba tras él.

—Te oigo.

—Te pongo a ti por testigo, Opas, hijo de Égica, y también a ti, Sisberto, y a cuantos puedan oírme, nobles y siervos, que algún día haré que pagues por lo que hoy has hecho. Pues has quebrantado el juramento que le hiciste a tu rey, a Dios y a las leyes de este reino, haciéndote merecedor del castigo del Altísimo.

—Lo tendré en cuenta —respondió Opas.

Los llevaron hacia el norte encadenados. Fruela miró hacia atrás por última vez. En el cielo revoloteaban los buitres, las cornejas merodeaban entre millares de cadáveres. El cuerpo de Rodrigo jamás fue encontrado. Despojado de cualquier símbolo de rango, el último rey de Spania se convirtió en uno más entre miles de muertos.

Lo peor estaba aún por llegar.

## IX

Habréis oído cientos de relatos sobre la batalla del lago, llamada *Wādī Lakka* por los caldeos. Poco tienen que ver con la verdadera historia. Los cantos épicos recurren a un puñado de arquetipos; personajes y hechos que cambian de rostro y apariencia, manteniendo unos rasgos inmutables. Se hallan en todas partes: en el arte, en la poesía, en la historia y en los sueños, como imágenes heredadas de nuestros ancestros. Inspiran todas nuestras decisiones, adornadas con nuestro propio carácter. En los momentos decisivos los reconocemos de inmediato para integrarlos en nuestra propia existencia, convencidos de que ese paradigma se repetirá una vez más. Esto no siempre sucede.

El héroe supone el mayor arquetipo, y su hazaña la metáfora de una búsqueda primordial: derrotar a nuestro demonio interior, a ese miedo que nos hace cobardes, a esa codicia que nos vuelve egoístas. El héroe tiene mil rostros, pero es un espejo en el que mirarnos, y la épica un pilar de nuestra memoria. Encarna lo mejor que hemos sido y aquello que, en los momentos de adversidad, nos gustaría ser.

Pero no somos héroes. Solo hombres tratando de sacar lo mejor de sí mismos.

También habréis oído hablar de un ejército de filósofos y poetas que, construyendo acequias y componiendo versos, alumbró a una Spania que los recibió con júbilo. Las arcas del burdel rebosan cuando el poeta y el cronista reducen su condición a la de prostituta. Genealogistas a sueldo, que por un puñado de feluses harán que tus ancestros sean uña y carne con Mahoma, pretenden ostentar el faro de la historia. Estos mercaderes del saber creen que basta con escribir bellas palabras para que la realidad que describen cobre forma, pues se les ha otorgado un don negado incluso a los dioses: el de cambiar los hechos pasados. La realidad de los necios no se basa en los hechos, sino en sus propios anhelos.

Una vez apresados, a Fruela y sus hombres los despojaron de los cingulos militares. Cargaron a Teodolf en uno de los carros y los dos muchachos tuvieron que caminar encadenados al eje. Fruela se despojó del anillo ducal y decidió tragárselo. En la calzada se fueron sumando viajeros, la mayoría tropas en desbandada. Un puñado de nobles pasó a su lado y Fruela reconoció a un semental retinto enjaezado en plata. Se encaró a Gundemaro, que le escrutaba con el ceño fruncido.

—Lo siento, muchacho —le dijo—. No sabía nada de la traición. Apreciaba a Rodrigo, pero ahora el único modo de enfrentarse al enemigo es bajo el estandarte de Égica.

—¿Una nueva batalla? —preguntó Fruela, pero el galaico cabeceó una negativa.

—Opas cree que Tāriq se limitará a saquear el sur y luego se irá. Nos dirigimos a Astigi.

El duque de Gallaecia espoleó a su montura para marchar a vanguardia y la atención del muchacho recayó sobre Teodolf: la piel ardiente al tacto, los labios resecos y una fea herida en el costado. No era eso lo que más le dolía.

—La madre del cobarde no llora —recitó Fruela.

—No es solo eso —murmuró Munio—. Teodolf tuvo que elegir entre salvarte a ti o a él.

Entonces el veterano clavó los ojos en los suyos, y los de Fruela se desviaron al suelo.

Al contrario que en la mayoría de urbes, la caída del Imperio no supuso el declive de Astigi. Aquella próspera sede episcopal a orillas del Singilis había florecido gracias al comercio, al hallarse en una encrucijada entre Spali y Corduba. No era una plaza bien defendida. A pesar de las sólidas murallas, la ciudad ocupaba una vaguada rodeada de colinas y cerros. Si en verdad Opas pretendía encastillarse, la mejor opción habría sido Carmo, ciudad asentada sobre una escarpada meseta, casi inexpugnable, que habían dejado atrás.

Apenas pudieron admirar las calles. Nada más atravesar la puerta decumana, los llevaron a unas bodegas que servían de mazmorra. Un centenar de prisioneros, miembros de la guardia palatina y el Aula Regia, con las ropas rasgadas y cubiertos de mugre, aguardaban entre tinieblas. El portillo arrojaba una mísera luz sobre el suelo del calabozo. Los encadenaron a la pared sin miramientos y, tras cerrarse la puerta, se dejaron caer en el empedrado cubierto de cañas. Los compañeros de celda resultaron ser un par de miembros de la cuarta *schola* y un viejo conocido.

—¡Atanagildo! —dijo Fruela—. ¿Sabes algo de tu padre?

—Cuando Opas nos traicionó —respondió el cartaginés—, Teodomiro trató de defender el flanco izquierdo. Sus bucelarios hostigaron a la caballería mora hasta que todo estuvo perdido. Entonces decidió huir. Yo estaba en el centro de la línea, no tuve tanta suerte.

—Yo vi como Witérico lograba escapar —añadió un bucelario—. A estas alturas, estará de camino a Emérita.

Los duques de la Cartaginense y la Lusitania habían huido, y la última vez que vieron a Pelayo cruzaba la laguna junto a Oxson. A pesar de la aplastante victoria, el ejército musulmán habría quedado mermado. Tal vez no todo estuviera perdido.

Los días pasaron, les resultó imposible precisar su número. Resonaban voces en la oscuridad, seguidas de lastimeros gemidos. Fruela ignoraba qué era peor, si la mordedura del hambre o la desesperación de verse encerrado sin poder hacer nada. De pronto, la puerta se abrió y un torrente de luz se proyectó sobre el suelo salpicado de heces. A contraluz, el aspecto de los dos hermanos de Witiza resultaba siniestro, aunque a tal impresión quizá ayudara la decena de corpulentos bucelarios que los acompañaban.

—Los moros se han presentado ante los muros de la ciudad —anunció Sisberto—. Si queréis combatir, podéis ganaros la libertad.

Atanagildo alzo la vista y luego apoyó la espalda en el muro.

—Estoy bien aquí —se limitó a decir.

Opas se dirigió hacia el resto de prisioneros, con las manos ocultas en las mangas de la dalmática. A su lado, Sisberto caminaba enlorigado con menos boato que antaño.

—Traidores. —Munio escupió a sus pies y uno de los bucelarios le pateó en la cara.

—Apoyamos al legítimo heredero al que Rodrigo usurpó el trono —respondió Opas, complacido ante aquel respaldo dialéctico—, nuestro sobrino Alamundo.

—No solo traicionasteis a Rodrigo —dijo Fruela—, sino también al reino.

El interés del religioso vagó por la espléndida residencia de sus huéspedes, prestando especial atención a la porquería del suelo.

—Nunca debes contrarrestar la fuerza de un adversario con fuerza bruta —respondió el religioso—. En su lugar, estudia hacia dónde se dirige esa fuerza, y ayúdale a seguirla hasta su propia destrucción.

Teodolf observó la malla de Sisberto y las armas que colgaban del cinto.

—Acabáis de descubrir que nuestros enemigos no van a irse sin más y os creéis maestros de la estrategia.

—Los moros nos hicieron el trabajo sucio —señaló Sisberto—. Ahora que están mermados, son presa fácil.

—¿Acaso eres tan estúpido para creerlo? —le dijo Fruela.

Por respuesta, el aludido hizo que le patearan el rostro.

—En la batalla del lago, Tāriq jugó con ventaja —prosiguió Opas—. Esta vez lucharemos a campo abierto: nuestra caballería los aplastará.

A duras penas Fruela se puso en pie; su expresión era de súplica:

—¡Opas! No importa lo que haya entre nosotros, escúchame. No puedes ganar esta batalla. Todavía estás a tiempo de dividir a tus hombres en guarniciones para acometer una guerra de desgaste.

Tras recordar las palabras que el propio Fruela pronunció en el cónclave de Rodrigo, el religioso sopesó si aquel consejo era honesto, si el alma del joven se había rendido al desánimo, o si solo deseaba hurtarles la gloria.

—Prometí botín de guerra a los nobles —replicó al cabo—. Eso no será posible si mantenemos a las tropas acuarteladas durante meses.

Además de contar con los supervivientes de la batalla del lago, gracias a aquella promesa Opas había logrado persuadir a los magnates que no acudieron a la llamada del rey.

—¡Maldito imbécil! —espetó Fruela—. No solo eres un traidor sino también un necio.

A cambio de tales palabras recibió una patada en el vientre. Quedó encogido en el suelo. Sintió unos pasos y luego una ardiente quemazón cuando apagaron una antorcha en su cara. Gritó. Pudo oler la piel quemada. Un infierno le abrasaba la mejilla. Apretó los dientes para no morderse la lengua. Una tos seca le impedía respirar. Alzó la vista, escupió los desperdicios del suelo hasta que los contornos de las sombras se volvieron nítidos.

—Necesitas un escarmiento. —Sisberto se había acuclillado ante él—. Por desgracia, no podemos matarte. Te necesitaremos vivo para asegurar la fidelidad de Pedro.

Hizo un gesto a uno de los soldados, que golpeó a Munio en la pierna.

—Tampoco podemos acabar con tu primo: garantiza la lealtad de su pueblo —añadió el witizano, y entonces observó a Teodolf—. En cuanto a él..., dado su estado, creo que le haremos un favor.

El aspecto del veterano sin duda era lamentable: la ropa hecha jirones, el rostro escuálido y el cabello gris hecho un amasijo de mugre. Aun así, logró ponerse en pie, desafiante.

—De rodillas —le ordenó un bucelario.

Una sonrisa cansada afloró en el rostro del viejo guerrero.

—¡Arrodíllate! —insistió el soldado.

—¿O si no, qué? —respondió Teodolf, sarcástico, pues amenazaban de muerte a quien sabía que iba a morir.

Cayó al suelo por un golpe en la espalda. Se levantó para encararse a los hermanos de Witiza, valiéndose de las cadenas fijadas al muro.

—Hijos de puta —espetó Fruela, y su mentor se giró hacia él.

—Desde la batalla no has vuelto a mirarme a los ojos —le dijo Teodolf—. Juré proteger tu vida, no hagas que me avergüence de ello.

No estaba preparado para lo que vino después. Un *scrama* se le clavó en el vientre. Pudo sentir el frío metal en las entrañas antes de que lo extrajeran. Permaneció en pie con tozudez, mientras la sangre abandonaba su cuerpo. Le apuñalaron de nuevo, por encima de la herida abierta. Esta vez se le escapó un gruñido. El sicario retorció la hoja y Teodolf bajó el rostro, para observar el cuchillo clavado en él, que se hundió aún más en el estómago. Entonces le fallaron las piernas, cayó de espaldas al suelo y dirigió una última mirada a Fruela. El bucelario apoyó la bota en el pecho del moribundo para extraer el arma. Los ojos de Sisberto brillaron al despedirse:

—La próxima vez que nos veamos seré rey.

Se llevaron el cuerpo a rastras. El rostro de Teodolf barrió la paja impregnada en orín dejando un rastro de sangre a su paso. Fruela continuó sentado, con la cabeza hundida entre las piernas. Teodolf, ese pilar que le había sostenido durante años, se había ido y no se dio cuenta de lo que suponía para él hasta que contempló su cadáver.

Argebald se había ido.

Adelmo se había ido.

Braulio.

Conrado.

Y el rey al que juró servir.

Resonó el estruendo de la puerta y los tres jóvenes quedaron en silencio, atrapados en la oscuridad. El conde espartario podía sentir la mirada de Atanagildo y Munio sobre él.

—Una vez dijiste que yo era en lo único que creías —le dijo a su primo—. ¿Sigues pensando lo mismo?

El cántabro cerró los ojos e inspiró hondo. El orín perfumaba el aire y empapaba el suelo cubierto de cañas. La luz de la tronera caía a sus pies, dejando el rostro en penumbra.

—El abuelo de mi abuelo fue un guerrero, al que sus padres llamaron Necón. Un día su hermano menor se hizo cristiano, adoptó el nombre de Tomás y predicó la palabra de Cristo entre mi pueblo —relató el cántabro—. Poco después el rey Leovigildo se presentó ante Amaya con un ejército para someter a mi tierra. Los dos hermanos lucharon, cada cual con sus armas: la fe y la espada. En la ciudad madre, mi gente estaba decidida a resistir hasta el fin, pero los superaban en número y los víveres se agotaban. Necón se hizo bautizar por su hermano, creyendo que de este modo se obraría el milagro. Eso no sucedió. Los godos arrasaron Amaya y no dejaron a nadie con vida. Solo unos pocos lograron salvarse, entre ellos Tomás y Vadinia, la esposa de Necón, que dio a luz una niña a la que llamó Amaya. Tomás retomó su antiguo nombre y también sus armas. Sacrificó un caballo a Epona y juró ante los dioses ancestrales defender nuestra herencia. La estirpe de mi antepasado siempre ha sido fiel a este juramento.

—¿Entonces por qué viniste a combatir por un rey godo?

El muchacho pasó los dedos por el humor rojizo que empapaba el suelo y alzó otra mano teñida con su sangre.

—¿No lo ves? Es la misma.

En toda generación, siempre hay un selecto grupo de idiotas que cree que el fracaso en un combate a campo abierto, ante un enemigo a todas luces superior, se debió a que no lo dirigieron ellos. La batalla de Astigi sentenció el destino de Spania. El ejército de Opas y Sisberto, reforzado con nobles renegados y restos de la hueste de Rodrigo, salió al encuentro de Tāriq. Unos diez mil hombres, la quinta parte caballería.

El caudillo africano había repartido el botín del lago, casi cien mil sueldos de oro, entre los nueve mil moros supervivientes. La noticia se propagó por toda Mauritania y acudieron más, como

buitres al hedor de la carroña. «Y además traen caballos.» Cuando los batidores les informaron de aquello, Opas ya no podía echarse atrás. Los despojos de la batalla del lago habían proporcionado a Tāriq miles de monturas, lorigas, yelmos y espadas. Esta vez no se enfrentarían a una hueste de peones.

Una vez que los dos ejércitos se hallaron frente a frente, Tāriq desplegó a las tropas por cabilas para formar el *jamīs*: centro, vanguardia, retaguardia y dos alas. Cinco formaciones cerradas con piqueros en primera línea, detrás infantes con escudos y jabalinas, y por último honderos y arqueros. Protegidos tras este baluarte, la caballería mora aguardaba. Y esta vez eran miles.

La carga visigoda no se hizo esperar. Desordenada, y aun así formidable. Los arqueros a caballo oscurecieron el cielo con sus saetas antes de que los lanceros arremetiesen contra el enemigo. Los defensores aplastaron las primeras filas de la falange africana, y aun así esta aguantó. Por entonces, los jinetes aún no conocían el estribo y empleaban lanzas más ligeras, que sostenían en alto para clavar desde arriba, o por debajo del hombro con un balanceo. Aquellas cargas no resultaban tan devastadoras como la *couché lance* y, al verse rechazados, los godos se replegaron para acometer de nuevo. Entonces, en la formación mora resonaron los cuernos.

Fue la primera vez que nos enfrentamos al *tornafuye*.

La infantería africana se abrió y los jinetes salieron en persecución del enemigo. Arrojabán flechas y dardos con un constante ulular. Tras una impetuosa carga, volvieron grupas poco antes de llegar a las manos. La caballería pesada de Opas arremetió contra ellos, solo para encontrarse de nuevo ante un bosque de lanzas. Saetas y azagayas cayeron como el granizo, tuvieron que replegarse, y los jinetes moros salieron de nuevo en su busca.

El *karr wa-farr* se repitió una vez más, las maniobras se sucedieron durante horas. Bajo el asfixiante sol de la Bética, los caballos cristianos, por el peso del jinete y de la barda, empezaban a mostrar los primeros signos de fatiga. Los moros rehuían el cuerpo a cuerpo mientras lanzaban un aguacero de astiles. A sabiendas de que el tiempo jugaba en su contra, Opas ordenó un último ataque sobre la vanguardia enemiga.

Fue como si un toro embistiera contra una bandada de estorninos. Los centauros africanos eludieron la carga y la reserva de Tāriq entró en liza. Los jinetes moros se desplazaron a los costados, las alas flanquearon la formación hispana en una maniobra envolvente. Rodeados por todas partes, el combate se tornó encarnizado. Lucharon durante horas, los dos bandos sufrieron grandes pérdidas, pero al ponerse el sol los hispanos habían sido derrotados de nuevo.

La cercanía de los muros de Astigi fue lo único que les salvó del completo desastre. Peones y jinetes llegaron a la ciudad en una confusa marea que se agolpaba en la puerta de poniente y abarrotaba el decumano. A través de la tronera de la celda, Munio y Fruela vieron pasar a las

tropas maltrechas, los bucelarios llevando a las monturas de la brida, los peones arrastrando las armas por el suelo.

En dos batallas había sido aniquilada la aristocracia guerrera del reino. Las *scholae* formaban la espina dorsal del ejército godo que mantenía viva la antigua tradición militar. Ese espinazo había sido despedazado y solo dejó tras de sí los ecos de su antigua gloria, junto a un reino indefenso. Tras la derrota en Astigi, no quedaba ninguna hueste capaz de enfrentarse a Tāriq, y lo peor de todo: Opas y Sisberto seguían con vida.

—La mala hierba nunca muere —espetó Munio.

—Dicen que los moros han acampado a cuatro millas —comentó Atanagildo—, en la confluencia entre ríos.

Tāriq los había vencido de nuevo, y esta vez se hallaban bajo asedio. Pronto descubrieron que no existe nadie que se alimente peor que los prisioneros de una población asediada. Apenas les daban algo que llevarse a la boca y el tiempo transcurría lentamente hasta convertirse en una agónica eternidad. Solo veían rostros sin vida, cuerpos escuálidos tirados en la inmundicia con la carne desecada y la piel curtida sobre los huesos. Sin más ocupación que despiojarse, Fruela lamentó no haber perecido en la ciénaga. La ausencia de Teodolf y Argebald suponía un doloroso vacío, como si le hubieran amputado un brazo y le atormentase una parte de sí que ya no existía. Escuchó una voz familiar y se aventuró a asomarse por la tronera.

—¡Gundemaro! —gritó al verle—. ¿Qué ha ocurrido?

En la calle, el duque de Gallaecia ajustaba los jaeces al caballo mientras sus hombres se preparaban para un largo viaje.

—Opas ha capitulado —respondió, huraño—. Ayer se reunió con Tāriq para alcanzar un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Lo siento, muchacho —le dijo tras saltar a la silla—. Debo irme.

Los galaicos azuzaron a las monturas para abandonar la ciudad. Desesperado, Fruela se dejó caer sobre el suelo.

Astigi abrió las puertas al ejército moro conforme al pacto de capitulación. Los witizanos les entregaron rehenes y la comunidad judía los recibió con júbilo. Los hebreos abarrotaban las calles, como si salieran de bajo las piedras. Un pregonero anunció que todos los hombres de más de doce años debían presentarse ante Tāriq. Se organizaron cuadrillas de trabajo y los obligaron a excavar fosas para los muertos. Esa misma noche se impuso un toque de queda.

Un gobierno títere encabezado por un jerarca judío permitió a Tāriq ejercer la autoridad entre bastidores. Se rumoreaba que lo eligió al azar, cuando los israelitas se presentaron ante él para agasajarlo. Poco después, los moros repartieron alimentos en las calles y hubo quien dijo que les

entregaban una parte de lo que antes les habían robado. Tāriq cumplió con su palabra y, aunque asignó guarniciones en las puertas, el grueso de las tropas acampó extramuros. Fruela escuchaba tales rumores acucillado en una esquina de la celda. A su lado, había un hombre sentado, o lo que había sido un hombre. La piel reseca comenzaba a pudrirse, llevaba muerto seis días. No habían avisado a los carceleros para poder repartirse su ración, aunque, a decir verdad, hacía dos que no les traían nada. Los presos empezaron a comer las chinches que infectaban el suelo y medraban entre los cadáveres. Una vez terminó de excretar, Fruela escarbó entre las heces.

—¿Cuántas veces ha pasado ese anillo por tu intestino? —le preguntó Munio.

—Quince, creo. —Fruela encontró lo que buscaba, lo limpió con las ropas del cadáver y se lo tragó de nuevo.

—Seguro que gana en sabor, como un buen vino.

El sarcasmo del cántabro apenas servía para enmascarar la tragedia. Aquel anillo se había convertido en el único vínculo de Fruela con su pasado.

—Alguien viene —dijo Atanagildo.

La puerta se abrió de súbito y la luz solar los cegó. Una docena de moros atravesó el umbral con las manos en el hocico, espantados ante el hedor. Los sacaron a rastras para formar una fila junto al resto de prisioneros. Del centenar de presos que entró solo diecinueve abandonaron la mazmorra. Fruela percibió la repulsión en las miradas y supo que, de estar en su lugar, él también se mostraría asqueado. Su aspecto no era distinto que el de los cadáveres que habían dejado atrás.

Inspiraron el aire puro del exterior. Con los labios ajados, la lengua como un pedazo de cuero reseco y la mordedura del hambre, se lanzaron como una jauría de lobos sobre el cesto de pan que les ofrecían. Como perros, bebieron el agua turbia de unos calderos a medida que la fila avanzaba. Sentados ante una mesa, varios caudillos africanos decidían el destino de aquellos desgraciados.

—Es un prócer —dijo alguien.

Uno tras otro les asignaban destino en función de su rango: las minas de los Montes Marianos, o la horca.

Mejor disfrutar del sol mientras pudieran.

—Es el hijo del duque Teodomiro —aseguró una voz que Fruela conocía—. Podéis pedir un buen rescate por él.

Los soldados se llevaron al cartaginés y Fruela apenas pudo despedirse de él. Se encontró ante un rostro moreno y afilado, con el cabello gris, al que vio por última vez una noche, a orillas del Betis, no muy lejos de Spali. En ese momento, le dedicaba la misma mirada hostil que cuando le descubrió cortejando a su hija. El conde Juliano se inclinó sobre la mesa. Fruela estaba seguro de

que podía escuchar los latidos de su corazón y quedó petrificado, con la vista fija en aquella expresión inmisericorde, convencido de que había llegado su hora.

—Soltad a esos dos —dijo Urbano—. Dadles comida y armas, para que puedan volver a casa. Son unos espías que envié a Spali.

Los sacaron de la fila a empujones. Fruela se giró para ver al padre de Oliba por última vez, circunstancia que le supuso un enorme alivio.

En el almacén les entregaron un par de *scramas*. Más bien cuchillos, que Munio aceptó con resignación. Fruela se ciñó el suyo a la cintura, tomó una bolsa de cuero, le ató una manta enrollada y guardó pan rancio, algo de queso, manzanas secas y un odre mohoso que les ofrecieron. Comenzaron a devorar el resto de viandas.

—Marchaos —les dijo un muslim—. Id a comer fuera.

Deambularon por las calles, como vagabundos. En el mercado, un pesado silencio parecía lastrar los pasos, decaía los ojos y apagaba las voces. Prestaron oídos a las charlas. Se rumoreaba que el ejército de Tāriq se había dividido en tres huestes para proseguir la conquista tras dejar allí una guarnición.

Entre los puestos de la plaza se toparon con una multitud. En una plataforma ante la iglesia, con una voz forzada, el prelado de Spali recitaba ante los fieles:

—«Y entrarás en la tierra de Gog con pie fácil, y abatirás a Gog con tu espada y pondrás el pie en su cerviz y los harás tus siervos tributarios. Puesto que abandonaste al Señor tu Dios, también yo te abandonaré...».

Allí estaba Opas. Exhibiendo lágrimas como una indecorosa plañidera, encubriendo su traición con el placebo del castigo divino. Escoltaba al obispo una decena de bucelarios y Fruela se abrió paso entre la multitud, con la mano en el mango del cuchillo que le acababan de entregar. Entre el gentío Munio apenas pudo seguirlo.

—Ezequiel lo anunció —decía el religioso, alzando un códice—. Dios ha enviado al pueblo de Ismael para castigarnos por nuestros pecados. El reino de Gog nunca volverá a ser el mismo. Debemos encontrar nuestro lugar bajo dominio extranjero. Es el momento de dejar de lado el rencor y aceptar el destino que el Hacedor nos ha impuesto.

Fruela supo que el acuerdo entre Opas y Tāriq iba mucho más allá de la rendición de Astigi. El pacto aseguraba la posición del linaje de Égica y preservaba el estatus de la Iglesia. Los witizanos controlarían la *res dominica*, las tres mil aldeas y haciendas de la Corona, que los agarenos llamaron *safāyā almulūk*. Más tarde se crearían provincias en torno a las sedes episcopales, y los obispos aportaron los censos para el cobro de la *yizia*. Cualquier traición resultaba aceptable con tal de que la Iglesia mantuviera sus privilegios, aunque a la larga eso supusiera su extinción.

Munio aferró el brazo de su primo para impedir un ajuste de cuentas que le llevaría a la tumba.

—Vámonos de aquí —masculló.

Sí, debían actuar cuanto antes, tal vez no todo estuviera perdido. Salieron de Astigi por la puerta oriental y cruzaron el río por el antiguo puente. Una vez se sintieron seguros, descansaron a la sombra de un acebuche tras bañarse en el río. Fruela comenzó a cavilar. Había memorizado los mapas de la Bética, tomó una ramita para dibujar en tierra uno de ellos. Munio se inclinó sobre las líneas trazadas y de la bolsa extrajo una manzana.

—Tāriq ha dividido su ejército en tres —murmuró Fruela—. Una hueste marcha a Toletum, otra a Corduba, y la tercera hacia Malaca e Ilíberis.

—Ninguna hacia Spali, la sede episcopal de Opas.

—El tesoro real y el Aula Regia están en Toletum —asintió el conde—, solo allí puede ser coronado un nuevo rey. Debemos advertirlos de que Tāriq está en camino.

La centralización del reino en ese momento jugaba en su contra. Fruela se despojó del anillo ducal y se lo ofreció a su primo. Al recordar el reciente periplo de la joya, el cántabro la tomó con aprensión.

—Debes ir a la hacienda de mi esposa —le pidió Fruela—. Dile que se reúna conmigo en Toletum con todo lo que pueda llevar de valor.

—¿Y qué harás tú?

—El ejército de Tāriq recorre la vía de Astigi, Ipadro, Tucci y Mentesa. Cruzará los puertos al norte de Ilíberis y Cástulo. Luego marchará a Consabura y de ahí a Toletum.

—El camino más seguro para un gran ejército —asintió Munio.

—Yo iré a Corduba y tomaré la vía norte hacia la capital —dijo Fruela—. Es la ruta más corta entre Toletum y Corduba: ciento ochenta millas, en lugar de las doscientas treinta de Tāriq, en las que tendrá que tomar una ciudad tras otra.

—¿Pretendes caminar durante ciento ochenta millas?

—No. Correré.

## X

Konon aguardaba bajo la sombra de un pino salgareño, junto al séptimo miliario de la Vía Egnatia. La primavera había llegado a la capital del Imperio y la campiña se mostraba colmada de verdor. Una muchedumbre se había congregado en la vía grande para los inminentes festejos. Presidiendo aquella fastuosa delegación de patricios y clérigos, con las monturas enjaezadas con las más ricas sedas y arneses dorados, se hallaba Tiberio, que con tan solo seis años compartía con su padre Justiniano el título de emperador. El zagal lloraba, deseaba recoger unas amapolas que brotaban en los márgenes de la antigua calzada, y su madre Teodora tuvo que ordenar a las doncellas que lo retuvieran en la litera.

La emperatriz era baja y rechoncha; dos sombras de carbón y polvo de lapislázuli difuminaban sus ojos rasgados. En torno al cuello robusto, un superhumeral ricamente bordado en oro y perlas trataba de ocultar la anchura de sus hombros. Konon pensó que no debía ser fácil para una nómada jázara mostrarse a la altura de la bella y sofisticada consorte del gran Justiniano, de la que solo había heredado el nombre. Ciro, el patriarca de Constantinopla, por el contrario, mostraba un aspecto imponente. Sobre la casulla de seda esmeralda lucía un gigantesco Cristo pantocrátor bordado en oro con la diestra alzada para impartir la bendición. La mitra rematada por una cruz argéntea mostraba a la virgen flanqueada por una legión celestial rodeada de perlas.

El religioso azuzó la montura cuando vio un bosque de estandartes y parasoles asomar por la colina. En vanguardia se hallaba el papa Constantino, con el rostro enrojecido asomando sobre una selva de zarcillos y vides bordadas sobre pliegues de seda escarlata. Parecía exhausto. En los días antiguos, aquel viaje habría supuesto una marcha a caballo por la Vía Apia, desde Roma a Brindisi, y luego una corta travesía en barco hasta Dirraquio, para finalmente recorrer la Vía Egnatia. Sin embargo, la mayor parte de Italia había sido conquistada por los lombardos y los Balcanes se hallaban bajo el dominio de los búlgaros. Constantino tuvo que circunnavegar la bota itálica para después atravesar el Egeo hasta Tesalónica. A causa de lo avanzado de la estación, este periplo había resultado interminable.

—El emperador Justiniano no ha podido acudir —se excusó Ciro, tras darles la bienvenida—. Asuntos de estado le mantienen alejado de la capital, pero se reunirá con el Sumo Pontífice en Nicomedia.

Tres siglos antes, Teodosio repartió el mundo romano entre sus hijos, de modo que el Imperio quedó dividido en dos. Cuando Odoacro, el rey de los hérulos, apresó a Rómulo Augústulo, el

último emperador de occidente, envió la diadema imperial a Constantinopla y declaró que solo existía un César. De este modo, la ciudad que servía de puente entre Europa y Asia se había convertido en la sucesora de Roma.

En todo, salvo en materia religiosa. El Santo Padre de la Iglesia católica mantenía su sede en la Ciudad Eterna. A medida que surgían nuevas corrientes teológicas, las diferencias entre los credos de oriente y occidente aumentaron. Diferencias que el Concilio Quinisexto auspiciado por Justiniano había tratado de resolver... sin consultar a los prelados de occidente.

Ciro, Constantino y el niño emperador marcharon hacia Constantinopla. En la amplia calzada, los clérigos y cortesanos rodearon al Sumo Pontífice para disputarse el privilegio de su compañía. Konon aguardó junto al miliario hasta que vio pasar a un joven diácono, moreno de tez y cabello, con una tonsura abierta a causa de la calvicie. Bajo la casulla de paño grueso apenas bordada, lucía una modesta alba con galones en los márgenes. El espartario tiró de las riendas para cabalgar a su lado.

El diácono entornó el rostro al reconocer su presencia y le saludó con una sonrisa afable que ocultaba una férrea voluntad.

—Mi nombre es Konon, espartario del emperador —se presentó.

—Soy Gregorio —respondió el religioso—, aunque imagino que ya lo sabes.

El isaurio asintió, sin apartar la vista del niño emperador.

—Dicen que serás tú quien llevará a cabo las negociaciones.

—El Santo Padre me honra con su confianza —respondió Gregorio, y su modestia no parecía impostada.

—En ese caso, tal vez tengas a bien confiarme tu opinión sobre el concilio Quinisexto.

El religioso examinó la espada que portaba el isaurio y le miró directamente a los ojos. El día resultaba agradable, los pájaros trinaban entre los setos y una charla podría amenizarle el viaje.

—Nos parecen razonables los cánones contra las festividades paganas, como la Brumalia para honrar a Baco, además de las medidas contra la adivinación, la magia y las supersticiones.

Cuatro siglos antes, el primer Constantino decretó la libertad de religión en todo el Imperio, mas, en la práctica, los perseguidos se convirtieron en perseguidores. Un nuevo edicto ordenó el cierre de los templos paganos y sus mármoles sirvieron para fabricar cal con la que construir las primeras basílicas. Cuando Teodosio estableció el Cristianismo como religión oficial del Imperio, en Constantinopla el santuario de Afrodita se transformó en un burdel, y los de Helios y de Artemis en establos. El patriarca de Alejandría convirtió el templo de Dionisio en iglesia e incendió el mitreo, los gentiles se rebelaron en el Serapeo, que fue tomado al asalto por una turba cristiana, y su celeberrima biblioteca, incendiada.

Mediante el concilio Quinisexto, Justiniano II pretendía erigirse como el continuador de la obra del gran Justiniano y erradicar para siempre los cultos paganos.

—También estamos de acuerdo en proteger a los fieles de los muchos errores difundidos por la secta judaica —añadió el diácono.

—Podemos pasar directamente a los «peros» —dijo Konon.

—Las medidas destinadas a velar por la conducta de los clérigos, en especial «las peculiares prácticas de los bárbaros de occidente», resultan del todo inaceptables.

—Justiniano pagó un alto precio para que Constantino accediera a debatir los cánones.

Se refería a Rávena, la capital del exarcado de Italia, cuyo arzobispo, llamado Félix, se había enemistado con el Papa. A cambio de ratificar los cánones del Quinisexto, su santidad Constantino solicitó al emperador un escarmiento para su eterna rival. Ante la posibilidad de unificar la Iglesia, Justiniano no dudó ni un instante: envió una flota a Rávena y el comandante organizó un gran banquete para los dignatarios locales. Una vez en la tienda del patricio, el arzobispo y la nobleza local fueron arrestados. Las tropas de Justiniano saquearon durante días la capital de sus dominios itálicos. Solo una milagrosa aparición celestial hizo que la vida de Félix fuera perdonada y, en su lugar, se le despojó de la vista.

—Y eso estamos haciendo: debatir —señaló Gregorio—. Demasiado tiempo el emperador ha tratado al heredero de Pedro, designado por Cristo como la piedra sobre la que edificar su Iglesia, como si fuera un siervo. Es hora de que Justiniano refrene su orgullo.

—¿Qué más propone el Santo Padre?

—Ciñendo la corona, Justiniano deberá arrodillarse para besar los pies del Sumo Pontífice. —Dicho esto, Gregorio se apresuró a añadir—: Y después recibiría la comunión de manos del vicario de Cristo para rezar por el perdón de sus pecados.

Por un instante, el isaurio saboreó la imagen que se había formado en su mente, hasta que se olvidó del hombre y recordó el cargo que ostentaba.

—La paciencia del emperador romano tiene un límite.

—A cambio —prosiguió el diácono—, el papado aceptará la mayor parte de los cánones del Quinisexto.

—¿La mayor parte? —El espartario escupió aquellas tres palabras.

—Salvo, por supuesto, los relativos a las costumbres de los clérigos.

—Los prelados de Spania no mostraron tantos reparos.

—Cedieron a cambio de una flota imperial que jamás llegó —precisó Gregorio—. La Cristiandad se enfrenta a una amenaza existencial. Un reino católico está a punto de caer ante el Islam por violar vuestra promesa.

—Tenemos nuestros propios problemas. Este año los árabes atacaron Cilicia y llegaron hasta Crisópolis, a la vista de Constantinopla —masculló Konon, y luego añadió—: El emperador envió una escuadra a Quersoneso..., perdimos la mayor parte de las naves. Cuando la armada de Mūsà ibn Nusayr atacó Sicilia tuvimos que movilizar a nuestra flota occidental.

Maslama ibn ‘Abd al-Malik se había convertido en el valí de Siria y Armenia. Controlaba la frontera con el Imperio romano y tenía buenos motivos para odiarlos. Mientras tanto, a Justiniano solo le preocupaba vengarse de la ciudad a la que fue desterrado. La flota que envió a Quersoneso había naufragado. Una colosal pérdida, de la que tardarían décadas en recuperarse, y aun así planeaba otra ofensiva contra Quersoneso. Los árabes se hallaban *ad portas* y Justiniano dilapidaba recursos movido por una enfermiza sed de venganza y su obsesión por restablecer la ortodoxia. El descontento ante sus ocurrencias era palmario, incluso entre sus más allegados, para todos salvo para el propio emperador.

Konon contempló al niño que interpretaba aquella parodia involuntaria y se preguntó cuánto tiempo le quedaba de vida. ¿Un año? La caída de los heraclidas era cuestión de tiempo, y cuando esto sucediera el destino del zagal sería mucho más siniestro que la tradición de amputar narices instaurada por su abuelo.

—¿Qué hay del canon octogésimo segundo? —preguntó el isaurio, y Gregorio le observó suspicaz.

—Convenimos en que Cristo debe mostrarse en forma humana —respondió con cautela—, y no mediante representaciones simbólicas, como el Cordero de Dios.

Se hallaban ante la imponente mole de las Murallas Teodosianas. Las noventa y seis torres de la cerca interior descollaban sobre los enormes muros construidos con sillares de piedra, ladrillo y mortero.

—La naturaleza de Cristo y las imágenes sagradas han sido un campo de batalla teológico —razonó Konon—. Son algo que nos divide y atenta contra el primer mandamiento.

—¿Ves a toda esa gente? —Gregorio señaló a los lugareños de los márgenes de la calzada—. Incluso aquí, en la capital del Imperio, la mayoría no sabe leer. El único lenguaje imperecedero que conocen son las imágenes. El arte es la mejor herramienta para extender la palabra de Dios.

—Adorar a un nuevo becerro de oro y olvidarse del auténtico mensaje de Cristo.

—El pueblo cree en símbolos, cosas que encarnan significados —razonó el diácono—. Desean plasmar sus creencias mediante un arte que nos otorgó el Altísimo.

—Si amar al prójimo y renunciar a los lujos es moralmente elevado, y tal fue la doctrina de Cristo, seguir su camino te convierte en buena persona. Pero ser cristiano solo se demuestra adoptando símbolos. —Konon observaba la ostentosa casulla de Ciro—. Mediante este falso silogismo, la efigie del Señor se convierte en una máscara de virtud vacía de significado.

—Cualquier cosa se convierte en sagrada si revela algo que va más allá de sí misma. El arte es una capacidad exclusivamente humana. Los iconoclastas no lucháis contra católicos, diofisitas y monofisitas, sino contra la propia naturaleza del hombre.

La comitiva atravesó la Puerta Áurea, una triple arcada recubierta de oro y esculturas presididas por dos Victorias que servía de arco triunfal. Las sólidas puertas de bronce les

abrieron paso a la Mesé, la gran avenida que atravesaba la urbe hasta la plaza donde se hallaba Hagia Sofía y el palacio imperial.

—La guerra contra el califato también se libra con ideas —dijo Konon—. Las imágenes sagradas dificultan la conversión de judíos y musulimes. Debemos ser pragmáticos. La supervivencia de nuestra civilización depende de ello.

—¿Para vencer al enemigo debemos asumir sus creencias? En caso de hacerlo, ya nos habrá vencido.

La procesión triunfal recorrió la Mesé, atestada de gente ovacionándolos. El diácono y el espartario cabalgaban juntos y sonreían en público, pero ninguno se mostraba dispuesto a ceder. Fue un momento crucial para el Cristianismo, la última vez que un Sumo Pontífice pisó Constantinopla. Las diferencias entre católicos y ortodoxos no harían más que acrecentarse y aquellos dos hombres fueron, en gran medida, responsables de ello.

Tarde o temprano Roma se convertiría en república. Ante la amenaza de los lombardos, la desaparición del reino visigodo y la hostilidad de Constantinopla, los Estados Pontificios solo contarían con un posible valedor: los reyes francos. Y lo único que el Papa podría ofrecerles a cambio era la corona imperial.

## XI

El día amaneció gris y, al extender el brazo, Hilduara halló el otro lado del lecho vacío. Abajo, en la cocina, Asella preparaba un caldo de verduras. Ambas se sentaron ante la mesa para acompañar al guiso con unos mendrugos que mascaron con parsimonia. Saboreaban el desayuno a sabiendas de que pronto no habría pan. Llevaban casi dos meses asediadas en las ruinas del anfiteatro. El convento se había vuelto prisión y su horizonte apenas alcanzaba cien pasos. El miedo se había convertido en una presencia física que atenazaba las conciencias. Con el estómago encogido por la angustia y el hambre, las monjas dirigían furtivas miradas hacia más allá de las arcadas del anfiteatro en ruinas que rodeaban al cenobio. Por encima de todo, imperaba una mentalidad práctica, ajena al idealismo: lo importante era sobrevivir.

Las dos mujeres se vistieron para maitines. Las religiosas se habían reunido en la capilla del cenobio para compartir rezos con una letanía constante, como un murmullo de alondras. Los días transcurrían con una lentitud exasperante. Hilduara se vio forzada a aceptar que se había convertido en prisionera.

La noticia de la derrota en el lago les dijo que la guerra iba a su encuentro. Tres días después comenzaron a llegar refugiados, cientos de familias de aspecto miserable recorrieron las calles de Corduba en dirección al norte. Asella e Hilduara se asomaron por la ventana de la celda. Al principio los vieron pasar en silencio, luego decidieron preguntar y se abrieron paso entre una multitud de viajeros, en su mayoría mujeres de miradas vacías. Nadie parecía saber qué ocurría. No los escuchaban, o no querían responder, apenas reconocían su presencia. Las preguntas llegaron a un bucelario, que negó con la cabeza y pasó de largo.

Corduba quedó despoblada. No quedaba un alma en las calles y, aun así, los rumores circulaban por todas partes. Cada vez aludían a lugares más próximos..., los viajeros hablaban en susurros, la palabra «moros» jamás era pronunciada, como si al hacerlo se invocara su presencia. Las madres prohibieron a los niños salir a la calle, todos cerraban las puertas a cal y canto. La nobleza abandonó la ciudad a su suerte para buscar refugio en la capital o en sus haciendas, llevándose consigo las comitivas armadas. Venancio, el obispo de Corduba, había desaparecido. Egilo, la viuda de Rodrigo, se reunió con su padre en Emérita. La milicia urbana tuvo que ser reforzada con reclutas inexpertos y armas de fortuna; apenas cuatrocientos bucelarios para defender casi dos millas de muralla. No eran nada contra el ejército de Tāriq.

Ya no acudían campesinos los días de mercado y el contenido de los graneros se destinó a la

guarnición. Los vecinos hervían ortigas y dientes de león, empleaban lazos para capturar animalillos que merodeaban por los arrabales. Vestidos y joyas se intercambiaban por fruta, el incienso y la mirra carecían de valor, la seda se vendía al precio de la harina y la carne se había convertido en un bien inalcanzable. Nada era de nadie, la propiedad dejó de existir. Los últimos habitantes de Corduba vagaban por una ciudad medio desierta en busca de cualquier cosa que llevarse a la boca.

Decían que los moros se hallaban a tres millas, nadie sabía nada a ciencia cierta y, al mismo tiempo, lo sabían todo. La realidad se confundía con sus más oscuros temores y extinguía toda esperanza.

—¿Por qué no nos vamos? —había preguntado Asella.

—Debo esperar a mi padre —dijo Hilduara—. Pronto volverá.

En efecto, Liuva regresó al día siguiente. En compañía de un puñado de prófugos, herido, derrotado y exhausto. Traía un feo corte en el pecho que empezaba a supurar. En el dispensario Hilduara vendó la herida y le preparó algo de comer. Durante la cena, el noble trató de relatar lo ocurrido.

—Nos traicionaron, pero me las arreglé para salir con vida —dijo al concluir—. Traje quince hombres. El resto están muertos.

—¿Qué haremos ahora? —le preguntó Hilduara.

—Todos huyen al norte, o buscan refugio en la sierra —la voz de Liuva se fue extinguiendo—. Debemos reunirnos con tu madre en Toletum.

Decidieron aguardar unos días a que se recuperase y aquella noche la guarnición irrumpió en las ruinas del anfiteatro: ancianos armados con viejos escudos, niños con gorros de fieltro que les caían grandes. Atrancaron las puertas que defendían las dos entradas a la arena y descargaron los víveres. No era la primera vez que una hueste se hacía fuerte en aquel lugar. Ciento treinta años antes, el duque Hermenegildo se proclamó rey tras abrazar la fe católica y fue asediado por su padre Leovigildo en aquella colosal construcción.

Liuva se levantó del lecho para reunirse con Félix, el conde de la ciudad. Los dos amigos se estrecharon la mano ante la modesta iglesia.

—Setecientos moros —les dijo Félix—. Lograron vadear el río y escalar la muralla. Han reducido a los guardias de la entrada. El obispo Venancio les abrió las puertas del complejo episcopal. Tratamos de huir por la puerta de Spali..., hemos tenido que refugiarnos aquí.

Desde entonces habían estado sitiados en las ruinas del anfiteatro. Las gradas hacían de murallas, apuntalaron las dos entradas a la arena con el envigado de la iglesia, usaron los sillares del palco para obstruir los accesos a las gradas y demolieron los corrales para erigir parapetos. Cada dos días, los moros ponían a prueba las defensas con improvisados arietes, al tiempo que

los hostigaban con proyectiles. La madera crujía cada vez más fuerte, y el número de defensores menguaba.

En el interior de la minúscula iglesia, un universo de miradas vacías y expresiones opacas, vacías de emociones. Al finalizar el oficio, la veintena de monjas se reunió en el porche.

—Dicen que la comida se acaba —murmuró Asella.

—Sí, así es —admitió Hilduara.

—¿Y qué haremos si nos rendimos?

—Aprender a vivir sometidos, o...

—¿O qué?

—Tened cuidado, porque puede que no lo olvides nunca —les dijo una anciana, tras lo cual se hizo un silencio hostil que la muchacha no supo interpretar.

—¿Qué quieres decir? —Hilduara trató de ocultar su furia.

—Solo digo que, si eso ocurre, no habrá suficientes oraciones para limpiar tu alma.

—¡Cállate, deslenguada! —dijo Eusebia—. Somos esposas del Señor.

Hacía días que la abadesa luchaba por mantener unida a la congregación, una labor cada vez más ardua. En la antigua arena, un puñado de bucelarios aguardaban sentados en torno a una lumbre. Ropas raídas, rostros llenos de mugre, troceaban muebles para alimentar el fuego. Un sayón llegó desde las gradas y les mostró la rata que acababa de cazar.

—¿Los has visto? —le preguntó otro—. Dicen que se alimentan con los sesos de sus enemigos.

—Pues contigo no tendrían nada que llevarse a la boca.

Hilduara entró en el patio porticado del xenodoquio y se dirigió al dispensario. Un muchacho gritaba cuando el galeno se disponía a cauterizarle el muslo y dos guardias tuvieron que sujetarle. La joven caminó ante la hilera de camastros y se acomodó ante Liuva. Con el rostro pálido como la cal, su padre no lucía un buen aspecto. Desterró la palabra «moribundo» cuando acudió a su mente.

—¿Qué me traes esta vez? —preguntó Liuva.

—Faisán estofado con *garum*. —Hilduara le entregó un mendrugo con cecina y él comenzó a devorarlo con avidez.

—¿Cómo va todo ahí afuera?

—Se rumorea que una hueste vendrá a socorrernos —respondió Hilduara, tras elegir el menos lúgubre de los rumores y, al tiempo, el más improbable.

—Cada día que pasa tengo más compañeros. —Su padre aludió al resto de heridos con un cabeceo.

—A veces tratan de forzar la puerta —admitió Hilduara, y prefirió cambiar de tema—. ¿Cómo te encuentras?

—Cada día mejor. —Liuva sufrió un acceso de tos—. Tengo ganas de levantarme.

—No tienes buen aspecto.

—Estoy bien —respondió el hombretón—. Honestidad ante todo, ¿no quedamos en eso?

—Sí —murmuró Hilduara, al tiempo que acariciaba su mano.

Charlaron hasta que su padre terminó aquel miserable almuerzo y después la joven se retiró a sus quehaceres. En la entrada se topó con el conde.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Félix.

Fatigada, la muchacha se limpió las manos con un trapo.

—La herida se ha infectado.

—¿Necesita algo?

—Una comida decente, como todos.

Escucharon una voz de alarma y el conde corrió hacia el portón. Atronó el golpear del ariete sobre la gruesa tablazón de roble. Los bucelarios arrojaron piedras desde lo alto de la cávea bajo una tormenta de flechas.

—¡Reforzad la entrada! —gritó Félix.

Los guardias acarrearón un tronco para apuntalar el portalón. Liuva salió del dispensario con la espada en la mano, apenas podía mantenerse en pie. El ariete chocó contra las tablas.

—¡Padre! —gritó Hilduara.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —le preguntó Félix—. ¡Llévoslo a la cama!

—Prefiero morir empuñando un arma —dijo Liuva—. Soy un guerrero.

—Y yo quien está al mando. ¡Obedece!

—¡Vete al infierno!

Eusebia se dirigió hacia el hombretón y le pegó un bofetón en la cara.

—¡Regresa ahora mismo a la cama!

Liuva parpadeó, incapaz de reaccionar, se llevó la mano a la mejilla y se dejó guiar por su hija. Una vez en el dispensario, las monjas atrancaron la puerta. Afuera resonó un cuerno y luego gritos de guerra. El portón agonizó con un crujido y cayó hecho trizas.

La lucha en el corredor de la entrada fue encarnizada, mas pronto la fiereza se tornó desesperación. Los bucelarios luchaban sin cuartel a medida que cedían terreno. Una multitud de bárbaros asaltó el interior, degollando a los heridos que hallaba a su paso. La guarnición se encerró en la pequeña iglesia. La hueste africana rodeó el edificio para echar la puerta abajo. Desde lo alto cayó una avalancha de escombros y los moros se vieron forzados a retirarse.

Caía la noche. A la antigua arena llegó un islamita montado en un semental bayo, seguido por un liberto de raza negra y una decena de jinetes con las cabezas rapadas.

—Mi nombre es Mug̃tal-Rūmī, emir de Tāriq ibn Ziyād —gritó a la iglesia—. ¿Dónde está el rey de la ciudad?

—Habla. —Una voz surgió desde el tejado—. Soy el conde de Corduba.

Sucio y demacrado, Félix aún vestía la cota de malla, aunque había perdido el yelmo. Junto a él ondeaba un estandarte deshilachado.

—Ríndete —le dijo Mugīt—, y salvarás la vida.

El conde cabeceó una negativa y empleó las manos para hacer de bocina.

—No valoro mi vida más que la de mis hombres.

El muslim hizo un gesto con la mano y los moros arrojaron teas al cobertizo adosado al templo. El techo pajizo prendió como la yesca.

—Rendíos —repitió Mugīt-Rūmī—, y vuestras vidas serán respetadas.

Sonreía, a sabiendas de que el goda no tenía más elección.

Cuarenta años después un cronista mozárabe escribió que, ante tantas atrocidades, el resto de ciudades fueron abandonadas o capitularon a cualquier precio. La guerra sacó lo peor de todos, salvo excepciones tan encomiables como inútiles. Cuando llegó el desastre hizo aflorar una naturaleza latente, ignorada, que solo la civilización enmascara. Una vez desatado el caos, ya no hubo vuelta atrás. El reino se convirtió en un mosaico de aldeas y se desató una feroz lucha por la supervivencia. La codicia de los conquistadores y el rencor de los sometidos desencadenaron una orgía de destrucción. La traición y el engaño suplantaron al honor, y a veces se confundían. Las súplicas de los inocentes resonaron por todas partes.

A medida que avanzaba la conquista, cuando una hueste invasora atravesaba algún lugar de su agrado, se apoderaban de las mejores haciendas para asentarse. La morisma acudió desde África para sumarse a ellos; no solo guerreros, sino cabilas enteras, con esposas e hijos. A la postre los árabes se quedarían con las urbes más prósperas y las tierras fértiles de clima benigno. Mientras que las ciudades fueron sometidas con rapidez, muchos nobles lideraron la resistencia en las zonas rurales. Con el paso del tiempo accedieron al pago de tributos y, por conveniencia, se convirtieron al Islam. Más tarde se les llamó *muwalladūn*, o muladíes. Los obispos en su mayoría pactaron, pues los mahometanos eran los únicos capaces de garantizar el orden social.

Mientras se abrían las puertas del infierno, Fruela solo pensaba en correr. Dar un paso al frente. Inspirar hondo. Luego otro paso más, y expirar. Todo su universo se reducía a eso. A veces recordaba a su madre, los paseos por la montaña, los juegos de su niñez, cuando solo conocía el norte, mucho antes de que se le quedase pequeño. Tras la catástrofe en la que se había convertido su vida, el objetivo más inmediato era correr.

Al anoecer llegó a una hermosa hacienda próxima a un arroyo. Entre los huertos se alzaba una bella mansión rodeada de dependencias, con una iglesia de tres naves. Había gente. Buena gente. El dueño observó su aspecto miserable, reconoció el habla de alguien instruido y no quiso hacer

preguntas. Le ofreció comida y un techo para pasar la noche y, en la cena, mostró interés sobre lo que había visto en el camino. A cambio de un vaso de vino y una escudilla de estofado, Fruela solo pudo ofrecerle un chisquero. Por suerte, no fue aceptado.

—El conde de Ategua ha llegado a un acuerdo con los moros —le advirtió el diácono. Fruela conocía a ese esclarecido oportunista. Sería hartamente ingenuo pedirle ayuda, pues lo más probable era que le entregase a Tāriq. La hija del hacendado le observaba, curiosa, mientras comía. Le recordó a la criada de Asidona, a la que prometió que nadie le haría daño. La realidad, dura como el granito, le golpeó en la cara, en el orgullo, en las entrañas, y más abajo. Se preguntó qué habría sido de ella, y no quiso imaginar una respuesta.

—Acompañame —le dijo la esposa del propietario—, puedes dormir en el pajar.

Le conducía al chamizo, acompañada de la cría, cuando resonó un ulular. Un perro atado al arco de entrada gruñía a la oscuridad. Fruela tomó a las dos mujeres del brazo, las subió al altillo, empujó la escalera y ocultó a la niña bajo el heno.

—¿Qué pasa? —preguntó la matrona. Abajo, los gruñidos se convirtieron en furiosos ladridos.

—Peligro —dijo Fruela.

—¿Personas?

—A veces.

No tardaron en llegar. Cincuenta jinetes asaltaron la hacienda desde todas partes. Los pecheros les salieron al paso con aperos de labranza. Apenas sirvieron para mellar las armas. El estruendo de los cascos herrados, los gritos de pánico y el crepitar del fuego compusieron un caótico canto de destrucción que Fruela ya conocía.

El saqueo se había convertido en un ajuste de cuentas. Cuanto más opulenta era la vida con la que se topaban, tanto mayor la brutalidad. A los mauritanos los asqueaba la opulencia, las casas confortables y las despensas bien provistas, tan distintas de la vida en las jaimas. Las haciendas señoriales se prestaban a suscitar una especial repugnancia. Guerreros de rostro huraño con la ropa deshilachada, junto a otros con elegantes túnicas robadas, competían entre sí por lograr más trofeos, exhibían collares, joyas y cinturones ornados. Los batidores hallaron a un bucelario oculto en las cuadras y allí mismo lo degollaron. Sus compañeros se habían quitado la vida y colgaban del envigado.

La iglesia fue incendiada, nadie se preocupó de sofocar las llamas. El resplandor atrajo a decenas de siervos que guiaban a la morisma hasta los objetos de valor, gesto recompensado con comida y baratijas. Luego sacaron a rastras al cura, que aferraba con fuerza un códice con los evangelios.

—¡Este diácono es un impostor! —chillaba un mugriento eremita que asistía a los pecheros—. ¡Un clérigo amancebado!

Los feudatarios del terrateniente se agolpaban en torno a los moros, ávidos de revancha.

—Recibí el sacramento por imposición de manos del obispo de Corduba —aseguró el prisionero—. Antes de ser ordenado, desposé según los preceptos del Concilio Quinisexto.

—¿Y a qué nos ha llevado esto? —espetó el monje con repugnancia—. Si peca el pueblo rezan los sacerdotes; si pecan los sacerdotes sufre el pueblo.

Los islamitas se habían convertido en el brazo ejecutor de la ira de Dios. El pajar era uno de los pocos edificios que aún seguía en pie y arrastraron al religioso hasta el interior. Ocultos en el altillo, Fruela condujo a la matrona hacia la penumbra, que atrajo a la criatura y la abrazó con fuerza. Vieron entrar a un sarraceno con turbante de color azafrán junto al cura. Fruela reconoció la voz del heraldo que acompañó a Tāriq en la batalla del lago.

—¿Dónde está el oro de la iglesia? —preguntó Akram ibn ‘ Abd al-Nabī al-Ansārī.

—Vete al infierno —espetó el diácono.

El agareno se acercó con un cuchillo y le amputó una oreja, que luego arrojó al suelo. Cuando el diácono entornó el rostro, Fruela descubrió que le faltaba la otra. El árabe se sentó ante el prisionero:

—¿Sabes por qué hago esto?

—Porque eres un malnacido.

Akram extrajo un pedazo de pizarra de la escarcela para afilar el cuchillo.

—Jaybar era una ciudad judía a setenta millas al norte de Yathrib —dijo, sin levantar la vista de la hoja—, famosa por sus dátiles. Cuando Muhammad acordó una paz con los mecanos, los musulmanes se mostraron descontentos. De modo que Alá hizo descender sobre el Profeta la azora al-Fath: los bienes de los judíos de Jaybar serían suyos. Poco después marcharon al oasis y, una vez que sometieron a los hebreos, el Profeta les permitió vivir a cambio de que cada año entregaran la mitad de las cosechas. Fue la primera vez que se cobró la *yizia*.

»Kenāna ibn al-Rabī‘ estaba a cargo del tesoro de los Banū Nadīr. Fue llevado ante Muhammad, que le preguntó dónde estaba el oro. Él negó saberlo. Un hebreo confesó que había visto a Kenāna merodear por unas ruinas y entonces el Profeta le dijo: “¿Sabes que si lo encontramos te mataré?”. El judío asintió. Muhammad hizo que excavaran en aquel lugar y hallaron algunas riquezas. Kenāna se negó a decir dónde estaba el resto, así que el Apóstol de Alá dijo: “Torturadle para averiguarlo”.

»Tumbaron a Kenāna en el suelo, encendieron un fuego sobre su pecho hasta dejarlo moribundo, y al final los creyentes obtuvieron lo que deseaban. Nada puede oponerse a la voluntad de Alá.

—Sigues siendo un malnacido —contestó el diácono.

—¿Dónde está el oro de la iglesia? —repitió el árabe.

El interrogatorio prosiguió durante toda la noche y la esposa del terrateniente tuvo que tapar los

oídos de la niña para que no oyera los gritos. El relicario, la cruz, el cáliz y una corona votiva estaban sepultados junto a un enebro del camposanto, confesó el cura antes de morir. Un puñado de moros marchó hasta el lugar y regresó con los objetos sagrados.

—Arrancad el oro —les dijo Akram— y cargadlo todo en las mulas. Debemos marchar a Corduba.

Aguardaron ocultos hasta que los mauritanos tomaron de nuevo la Vía Augusta. Después de que madre e hija se reunieran con lo que quedaba de familia, Fruela se marchó sin despedirse.

Las picas golpeaban la puerta del cenobio, como si quisieran arrancarla de los goznes. La abadesa abrió el ventanillo, era de noche y solo entrevió unas sombras. Resonó una voz áspera, y no vio más remedio que abrir. En el umbral halló una decena de moros con antorchas, silenciosos e impávidos.

—¿Quiénes sois? —preguntó el cabecilla.

—Mi nombre es Eusebia y somos esposas del Señor —dijo la abadesa, y puso especial énfasis en aquellas últimas palabras. Él asintió, sin inmutarse. Les preguntó si había hombres en la casa. Eusebia recordó a los heridos y no quiso responder. El sureño la aferró del tocado y tiró del cabello, arrancándole un quejido de dolor. Repitió la pregunta y esta vez la religiosa decidió contestar:

—Solo enfermos.

A una orden del jerarca, el resto de guerreros registró las dependencias del cenobio. Afuera, la hueste de Mug̃tal-Rūmī rodeaba la iglesia y resonaban gritos entre las ruinas.

—Traemos heridos. —El cabecilla poseía un marcado acento, no era fácil entender sus palabras. Eusebia asintió nerviosa al tiempo que se relamía los labios resecos. Más moros llegaron con una docena de guerreros maltrechos. Las monjas se congregaron en el patio y trataron de hacerles sitio en el dispensario.

—No vayas —dijo Asella, al ver que su pupila se ponía un delantal.

—Estaré bien —respondió Hilduara—. Debo ayudar.

Entró en uno de los cubículos con un candil en la mano. Lo depositó sobre una repisa e hizo un gesto para que los guerreros dejaran a un herido sobre el camastro, mientras Clotilde y las sanadoras atendían a los más graves.

Envueltos en sombras, un par hombres la observaban. Hilduara no quiso mostrarse asustada y examinó la herida. Un corte en el antebrazo derecho, por el que manaba sangre. Comprobó la palidez de la piel, el pulso era débil. No quedaban vendas. Rasgó una sábana limpia, dobló un pedazo y lo depositó sobre la lesión para presionar. Elevó la extremidad y colocó más apósitos sin retirar el tosco vendaje. Al cabo comprobó que la hemorragia remitía.

Escuchó unos gritos al final del corredor. Era Asella. Se apresuró a levantarse. El moro herido le aferró el antebrazo, la miró a los ojos y cabeceó una negativa. La muchacha se soltó y corrió hacia el herbolario sin detenerse a pensar. Entró en la oscura habitación y la puerta resonó tras ella. Todo ocurrió en un instante. Unas manos le aferraron los hombros. Sintió la dureza de la pared en la espalda. Una voz le susurró que no fuera tímida. Vislumbró el ennegrecido envigado del techo. Sobre una mesa, Asella chillaba y pataleaba con las piernas abiertas, luchando contra el hombre que tenía encima.

—¡Por favor, para! ¡Por favor!

Hilduara entró en pánico, chilló hasta quedarse sin aire. Varias manos tiraron de ella y la tumbaron en el suelo. Trató de liberarse. Alguien le puso una mano en la boca. Intentaron arrancarle el crucifijo de plata. Quiso impedirlo y a cambio recibió una bofetada. La hoja de un cuchillo brilló ante sus ojos. Una sombra la observó en silencio, esperando un ruego. Frente a frente, casi rozándose.

—Crees que somos unos bárbaros, ¿verdad?

La forzó a separar las piernas. Escuchaba los gritos de Asella y deseó que se callara. Murmuró algo, apenas pudo alzar la voz, y se sintió derrotada por el miedo. Una pesada respiración resonaba en su oído, una férrea mano le forzó los muslos. Gimió al sentir los dedos abriéndose paso. Alzó las manos crispadas para tratar de apartarle. Una bofetada la hizo caer contra el suelo. Asella se desgañitaba y ella quiso alejar los gritos de su mente. Manos ásperas le rasgaron la túnica. Una repulsiva invasión la desgarró por dentro. Apretó los dientes y ahogó un chillido. El dolor le arrebató la voluntad y comenzó a llorar sin poder evitarlo.

—Es el único modo de tener a una mujer como tú —le dijo al levantarse.

Quedó tendida sobre las losas, sangrando, y comenzó a toser. En algún lugar Asella seguía gritando y no supo qué hacer, era incapaz de apartar las manos del rostro. Un tirón de pelo la obligó a gatear, la aspereza del suelo le abrasó las rodillas. Apenas pudo ver entre un bosque de piernas.

La arrastraron a un cuarto y cerraron la puerta. Más allá de la pared los chillidos de Asella resonaban apagados. Hilduara se tapó los oídos. Sentía demasiada lástima hacia sí misma como para pensar en ella. Se acurrucó en el suelo, desnuda, ahogada en llanto. Trató de limpiarse con un pedazo de tela y luego se abrazó las piernas, como si fueran lo único que la unía al mundo. «Voy a sobrevivir a esto», se dijo, mientras su consciencia se desmoronaba como un castillo de arena.

No supo cuánto tiempo estuvo dormida. La despertó el estridente chirrido de una puerta de lamas de hierro. Se hallaba en algún lugar oscuro, no recordaba cómo había llegado. Le dolía todo el cuerpo y la mugre del suelo se le pegaba a la piel. El piso era terrizo y negruzco, la estancia

parecía una forja. Rememoró el sueño, una sonrisa cruel en un rostro moreno, cuando la aferraron del pelo para colocarle el cuello sobre un yunque. Otro hombre se le acercó con un martillo y un aro de hierro. Resonó un golpe metálico, y luego otro, hasta que su destino quedó sellado junto a aquel collar.

Una duda la asaltó. ¿Había sido una pesadilla o un recuerdo? El pasado solo era un amasijo de imágenes y emociones confusas. Se llevó la mano a la garganta, descubrió el cepo que le atenazaba el cuello y se echó a llorar. Quiso serenarse, pero la realidad no era de ningún modo aceptable.

—Deja de hacer pucheros —le dijo una voz. Hilduara se enjuagó las lágrimas, sentía ganas de vomitar y otra imperiosa necesidad física.

—Tengo que orinar —acertó a decir, pero él no le prestó atención—. ¡Por favor!

—Hazlo aquí. —Las palabras cayeron en el pozo sin fondo que era su mente. El sueño sonrió mientras ella se acuclillaba, no tenía intención de apartar la vista. Le buscó los ojos con la mirada y, avergonzada, tuvo que cerrarlos. Apenas pudo vaciar la vejiga. Le fue difícil incorporarse, sus movimientos se volvían torpes a medida que el temor la atenazaba.

—¿Dónde está mi amiga?

Sintió un fuerte empujón, seguido de una voz estentórea.

—¡Muévete!

Alcanzó a ver a un hombre alto, de barba oscura. El rostro le resultaba familiar, aunque no acertaba a recordarlo. Entre las brumas del desmayo, escuchó risas y tuvo que rendirse a la prioridad del miedo. Caminó a trompicones por el corredor y la deslumbró la luz de la puerta. Aventuró una mirada y se descubrió ante las ruinas ennegrecidas de lo que fue una iglesia. Una decena de hombres troceaban cruces de oro, otros quemaban libros. Resonaba el graznido de los cuervos. El hedor de la muerte. No pudo más. Se desplomó sobre el suelo y vomitó hasta quedarse vacía.

Tuvieron que arrastrarla hasta el interior de la bodega. Con un ruido sordo la puerta se cerró y gateó por la atestada oscuridad. La claridad se filtraba entre las lamas y tanteó a ciegas, entre cuerpos amontonados de mujeres y niños. Todos con argollas de hierro en el cuello. Resonaban los llantos, una niña sollozaba «era viejo, más que mi padre». Los ojos de Hilduara se habituaron de nuevo a la oscuridad y se apoyó en la pared para ponerse en pie.

—¿Dónde está Asella? —preguntó—. ¿Y Liuva? ¿Habéis visto a mi padre?

Nadie respondía. Escuchó gritos, risas histéricas y una canción de cuna. Se giró y le sonrió una muchacha al mostrarle un bulto que sostenía en los brazos. El bebé debía de llevar muerto dos días. Hilduara se la quedó mirando, con una mezcla de asombro y lástima, pero no tuvo el valor de decirle nada. Se dejó caer en el terrazo. La cabeza golpeó contra el muro y comenzó a sollozar,

con la vista nublada por las lágrimas. Alguien le entregó un cuenco con gachas. Era Amanda, una vieja amiga de su madre, con la cabeza de su hija sobre el regazo. El hermano golpeaba la puerta.

—Madre —murmuró la niña—. ¿Por qué se han llevado a Valeria?

—¡Deja de hacer preguntas estúpidas! —espetó el muchacho.

—Hija —dijo Amanda—, es hora de dormir.

Hilduara se hizo un ovillo en el suelo. En algún momento resonó un chirrido, unos pies aparecieron ante ella. Alzó la vista y el rostro que halló no traslucía emoción. Murmuró una protesta mientras la sacaban a rastras. Pánico, cuando supo que iba a suceder de nuevo. Lloró, suplicó, se orinó encima, nada de eso importaba. Cuando terminaron, vio a otra mujer desnuda a su lado. Supo que era Asella. No quiso mirarla. Tal vez debieran consolarse; una palabra amable, tal vez un abrazo. No lo hicieron. El dolor tiene infinidad de formas, y ella las conocía todas. El amargor de los vómitos de hiel, el sabor de la sangre cuando le partieron el labio. Los azotes cuando se resistía. El frío en la piel desnuda y ese dolor lacerante, invadiéndola. Y el peor de todos: el dolor en el alma, la desesperación.

Hilduara lloró hasta quedarse dormida.

Era de noche y, en torno a la hoguera, se habían reunido cuatro hombres. Los dos más corpulentos vestían ricos ropajes y llevaban espadas al cinto. Las monturas, un semental bayo y un palafrén zaíno, pastaban tranquilas bajo la atenta mirada de los siervos, armados con lanzas y cuchillos.

—Un poco de respeto, le dije —relataba Asterio, con el rostro enmascarado por la suciedad del camino—. No estás hablando con aparceros.

—¿Y pagó? —preguntó Pablo.

—Claro que pagó. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Nadie en la comarca supo de dónde venían. Algunos creían que eran antiguos bucelarios del conde de Tucci, que lo habían perdido todo en la guerra. El pasado no importaba. El rey había muerto, el reino ya no era un reino y los terratenientes se habían convertido en reyezuelos. Los aldeanos necesitaban protección y ellos podían dársela. Los avatares del destino los habían convertido en señores de la guerra, y quién sabía a qué más podrían aspirar. Los malos tiempos traían buenas oportunidades para quien tuviera redaños.

—Eugenio también tendrá que hacerlo —añadió Asterio, y palmeó la espada— y esta secunda la moción.

El otro asentía mientras se frotaba furiosamente la entrepierna. Decía que eso le ayudaba a pensar. De la oscuridad emergió un joven con las manos en alto, y en una de ellas sostenía una liebre. Llevaba el cabello pajizo recogido en una coleta y su aspecto era miserable, mugriento,

famélico y cansado, con una horrenda quemadura en la cara, cubierto de llagas y vestido con harapos.

—Quiero asarla —les dijo.

Asterio accedió con una sonrisa burlona, convencido de que aquel pordiosero no suponía una amenaza. Otro muerto de hambre dispuesto a servirles a cambio de algo que llevarse a la boca. Al parecer pretendía agasajarlos con aquel mísero guiso. Esa noche al menos cenarían caliente.

El vagabundo tomó asiento junto a la hoguera. Del cinto extrajo un cuchillo de apenas seis pulgadas y comenzó a despellejar la liebre con calma. Cortó la piel de las patas y arrancó el pellejo de un par de tirones. Abrió el vientre del animal para extraer las vísceras y sus dedos se tiñeron de sangre. Ensartó la carne en una rama afilada y colocó el improvisado espetón sobre el fuego.

—¿Quieres ponerte a nuestro servicio? —le preguntó Asterio.

—No.

—¿Has venido a cocinarnos la liebre?

—No.

El hombretón arrugó el ceño, contrariado.

—Entonces, ¿qué quieres?

La vista del muchacho recorrió el entorno antes de contestar:

—Quiero tu caballo, tu espada, dos venablos, tus botas, la saca de viandas, el odre de vino y esa manta.

La pareja de guerreros permaneció en silencio hasta que, de pronto, estallaron en carcajadas.

—¿O de lo contrario, qué? —le preguntó el líder de la cuadrilla.

—Si no lo hacéis —respondió él con tranquilidad—, os mataré a todos.

—¿Con qué derecho reclamas lo que es nuestro? —intervino Pablo, convencido de que hablaba con un lunático.

—El semental bayo se llama Velox y era de Adolfo, un soldado de la séptima *schola*. El zaíno pertenecía a Autas, un bucelario del conde de Recópolis. Imagino que regresaban a casa cuando los asaltasteis. Después os vestisteis con sus ropas aún manchadas de sangre.

—El botín es un derecho de guerra —razonó Asterio con voz agria.

El joven le observó con un infinito desprecio, como si hubiera vejado el sentido de aquella palabra.

—Ni siquiera sabes ajustarte el gambax —le habló como un noble a un labriego—. Solo eres un necio que ha dejado que un extraño saque un cuchillo a dos pasos de él. Antes de que puedas empuñar la espada te habré apuñalado en el cuello.

—¿Y qué crees que haré yo? —preguntó Pablo con sorna.

—Autas era zurdo y tú, por lo que veo, eres diestro. Por eso el *scrama* cuelga del cinto con el

mango a la izquierda. Si tratas de extraerlo, deberás girar la funda. Para entonces, te habré apuñalado en el pecho.

—¿Y qué hay del resto? —dijo Asterio.

El vagabundo ni siquiera miró a los aludidos.

—Cuando esos ganapanes vean cómo te rebano el cuello, saldrán corriendo.

El hombretón intercambió una mirada con los dos siervos, que bajaron la vista de inmediato. Durante un instante solo se escuchó el sonido de los grillos y el crepitar del fuego, hasta que al fin Pablo trató de mediar:

—Está bien...

—Cállate —espetó Asterio, pero su voz había perdido aplomo. Taladró al vagabundo con la mirada, mientras él permanecía agazapado con el cuchillo en la mano.

De súbito, Asterio llevó la mano a la espada. Veloz como una serpiente, el muchacho saltó sobre él y le rebano la garganta. Los dos siervos echaron a correr ladera abajo. Pablo trató de extraer su *scrama*, pero tuvo que girar el brazo. La hoja era demasiado larga para hacerlo con comodidad. Cuando alzó la vista tenía un cuchillo hundido en el pecho.

El vagabundo tomó la lanza apoyada en la roca y la arrojó contra un labriego a la fuga. La moharra le rompió la columna y, al caer al suelo, espiró el último aliento. El otro tropezó y cayó de bruces en el pedregal. Fruela recogió la espada del suelo y caminó hasta él para hendirle el cráneo. Limpió la hoja con el manto del moribundo, se comió la liebre y apuró el contenido del vaso. Después tomó el caballo, la espada, dos venablos, las botas, la saca de viandas, el odre de vino y la manta, y reanudó la marcha.

La despertó un agradable murmullo. Reconoció la melodía, una canción de cuna para un bebé muerto. El sol asomaba por el resquicio de la puerta e Hilduara lloró de nuevo. No por lo ocurrido, sino por despertar. Se limpiaba las lágrimas cuando descubrió a una de las monjas a su lado.

—¿Habéis visto a mi padre? —le preguntó, y la frase fue interrumpida por la puerta al abrirse.

Esta vez las sacaron a todas. Pasaron una cadena por los collares para formar una hilera de cautivas. En la antigua arena, el hedor era insoportable y trataron de librarse de él cubriéndose la nariz con las mangas. Un cuervo merodeaba entre los cadáveres, a los que habían despojado de todo cuanto fuera de valor. Solo quedaban pedazos de escudos y astas de lanza, como hojarasca esparcida por un suelo castigado por millares de pezuñas. El pájaro de muerte graznó y remontó el vuelo por encima de una iglesia en ruinas. Luego se posó sobre una de las cabezas clavadas en estacas.

Hilduara contempló aquel rostro, incapaz de apartar la mirada. Tardó un instante en reconocer

las facciones. La expresión resultaba anómala, los ojos de Liuva escrutaban la nada, la boca formaba una mueca agónica. Un moro percibió la expresión afligida de la muchacha y bajó la vista al comprender.

—¿Padre? —susurró Hilduara—. ¡Padre!

Corrió hacia él, pero las cadenas se lo impidieron y se tapó la boca para sofocar un chillido. El hedor le produjo una repentina náusea, pero fue incapaz de vomitar. Su padre se había ido, se lo habían llevado. Estaba muerto.

—Ni se te ocurra llorar. —La voz de Eusebia sonó áspera, pero su mano en el hombro era reconfortante.

—Todos muertos —susurró la muchacha, y la abadesa asintió con gravedad.

Una columna de cincuenta cautivas prosiguió la marcha en dirección a la ciudad, escoltadas por un puñado de moros, como pastores de una recua de ganado. Las calles de Corduba parecían desiertas, el sonido de los pasos se desvanecía en el silencio. Algunas murmuraban, otras se abrazaban entre sí y los pequeños se aferraban a la falda de las madres.

La residencia de Rodrigo se había convertido en el cuartel de Mugīt al-Rūmī, y los bajos del palacio en establo. Apeataba a estiércol, un centenar de caballos ocupaban el patio. Un ismaelita las aguardaba en el atrio, escoltado por un corpulento negro ataviado con una holgada aljuba de seda cruda y un turbante. Hilduara había esperado encontrarse ante un agareno de piel olivácea, no aquel rostro bermejo y pálido.

—Mi nombre es Mugīt al-Rūmī y acaudillo esta hueste —les dijo, sentado en el sitial de Rodrigo, como si le hubiera pertenecido desde siempre. A juzgar por sus modales y el exótico acento, antaño debió ser romano oriental. Sobre la seda del regazo reposaba una espada con la empuñadura de marfil tallado.

—Soy Eusebia, la abadesa del convento de los Santos Mártires —le dijo con firmeza—. Mis hermanas han sido forzadas por tus hombres.

—El obispo Venancio rindió la ciudad —respondió Mugīt—. Si la guarnición no hubiese mostrado resistencia, os habríais convertido en protegidos del Islam. Pero libraron una batalla que no podían ganar. La quinta parte de vosotras será enviada a Damasco y el resto repartidas entre mis hombres. Tal es el precio de la resistencia.

En el patio irrumpió una partida de jinetes, encabezada por un sarraceno de turbante amarillo. Montaba un semental bayo con atalajes de plata y un escudo de cuero colgaba de las ancas. Detuvo a la montura ante las prisioneras, prestando atención a su aspecto. Después se dirigió al comandante con voz agria y en lengua árabe.

—Me llamo Amanda. —Una de las mujeres habló a Mugīt—. Dicen que aún mantienes con vida a mi esposo, el conde de Corduba.

—Ya no es tu esposo —manifestó el recién llegado—. Cualquier matrimonio contraído antes de

la conquista queda anulado. Alá estableció leyes justas para el gobierno de todos.

—¿Justas para quién? —espetó Amanda—. ¡Esa es la ley islámica!

—¿Existe alguna otra? —respondió Akram ibn ‘Abd alNabī al-Ansārī—. Antes de que se os asigne dueño es obligado un período de abstinencia. Debéis sangrar al menos dos veces.

—Prometiste que si la guarnición se rendía sus vidas serían respetadas —manifestó Eugenia—. ¿Es que no tenéis palabra?

El sarraceno observó a la abadesa, y al responder se aseguró de que todos pudieran oírle:

—Cuando Muhammad se vio obligado a abandonar Meca, se refugió en el oasis de Yathrib. Desde allí asaltó las caravanas de su ciudad natal y derrotó a los mecanos en Badr. Los politeístas decidieron que ya habían tenido bastante. Y en el quinto año de la Hégira se presentaron ante la ciudad del Profeta con seiscientos caballos y diez mil hombres.

»Los musulimes apenas eran tres mil. Muhammad había expulsado de Yathrib a dos tribus judías, los Banū Qaynuqā‘ y los Banū Nadīr, tras despojarlos de sus posesiones. Solo quedaban los Banū Qurayza, que se refugiaron en su fortaleza. Yathrib se halla en una meseta rodeada de montañas, así que Muhammad decidió excavar una trinchera para cerrar el único acceso. Durante días, los mecanos asaltaron la zanja, pero fueron rechazados. Finalmente los sitiadores tuvieron que retirarse.

»Cuando el Apóstol regresó de la batalla, bajó los brazos para lavarse. Entonces el arcángel Gabriel, con el rostro cubierto de polvo, se le acercó diciendo: “¡Tú has bajado los brazos! Por Alá, yo aún no lo he hecho”.

»“¿Adónde debo ir?”, quiso saber Muhammad.

»“En esta dirección”, respondió el Ángel de la Revelación, y señalaba a los Qurayza. Así que Muhammad marchó a la fortaleza de los judíos para asediarla.

»Dos veces los Qurayza le enviaron ofertas de rendición: abandonarían el lugar si les dejaba llevarse consigo sus propiedades. Muhammad rechazó semejante acuerdo. Al fin los Qurayza aceptaron rendirse, bajo la condición de ser juzgados por un árbitro de su elección, según la tradición árabe. Una vez se entregaron, el Profeta designó como árbitro a Sa‘d ibn Mu‘ādh, que había sido herido en la batalla.

»Los Banū Qurayza llegaron a Yathrib maniatados y el Mensajero de Alá ordenó excavar varias fosas. Decapitaron a los varones uno tras otro y los cuerpos se arrojaron a las zanjas. Novecientos hombres perecieron aquel día, y Muhammad repartió el botín entre los suyos. Las mujeres y los niños fueron vendidos en Najd, donde compraron armas para proseguir el *yihād*.

»Narrado por Abū Hurayra... En una ocasión el Profeta dijo: “Cosroes será destruido, y no habrá Cosroes después de él, y César será destruido y no habrá César después de él. Y emplearéis sus riquezas en la causa de Alá”. Él también dijo: “La guerra es engaño”.

Los agarenos dicen que, una vez finalizada la conquista, a Damasco llegaron treinta mil doncellas como parte del botín de guerra, el quinto que, según las leyes del *yihād*, correspondía a la comunidad islámica. En total, ciento cincuenta mil esclavas en un reino de tres millones de almas. Tal vez exageren para engrandecer la victoria, pero sin duda el rebaño humano fue enorme. Un puñado de aquellas mujeres, las de mayor belleza y encanto, se convertirían en *umm walad*, la progenitora de algún opulento aristócrata, como Aurora, la madre del segundo Hishām. Las más se romperían la espalda acarreado cántaros de agua y fregando suelos, pues el harén no es la orgía eterna que algunos creen, o sucumbirían de un mal venéreo en algún burdel disfrazado con un exótico nombre.

Mujeres y niños desfilaron por una plataforma elevada erigida en el palacio de Rodrigo. El *najjās*, un mercader de esclavos, les forzó la mandíbula para examinar los dientes y con el bastón les hizo flexionar las piernas. Separaron a los cautivos según sexo, edad y apariencia. Amanda comenzó a chillar cuando se llevaron a sus dos hijos. Desnudaron a las más jóvenes para examinarlas y tuvieron que cantar salmos en cueros antes de formar una hilera ante una puerta. Hilduara aguardó junto al resto, tapándose el cuerpo con las manos, y descubrió que a las que salían les colocaban un precinto de plomo en el collar. Bajó la vista al ver pasar a unos criados que habían servido a su tío. Uno de ellos dijo algo y el resto se aprestó a reír. Al fin llegó su turno y entró en una antigua despensa con ánforas vacías desperdigadas por el suelo. Un individuo de cabello rizado aguardaba de pie con la túnica arremangada. El *najjās* frunció el ceño al ver su delgado cuerpo.

—Decían que las mujeres godas eran hermosas y de cabello rubio.

—Lo siento —respondió, con la vista perdida en el suelo—. Mi familia es de la Bética.

—¿Cuál es tu nombre y qué edad tienes? —le preguntó el *najjās*.

—Hilduara. Quince años.

El esclavista tomó un cálamo y trazó unos extraños símbolos en un pergamino.

—Tumbate. Ábrete de piernas y quédate quieta. Eso ya sabes hacerlo, ¿verdad? —La muchacha se recostó en la mesa que señalaba y su intimidad quedó expuesta ante la fría mirada del árabe—. Veo que te has echado un amigo.

—No. —Hilduara sintió que le abrasaban las mejillas—. No... ha sido uno.

La expresión del *najjās* apenas varió, y ella sintió la frialdad de unos dedos sondeándola.

—Estate quieta, niña. —La presión aumentó y ella no pudo evitar un quejido; al fin el médico se retiró—. Parece que no hay desgarros. No te preocupes, ya te acostumbrarás.

—Fue la primera vez. —Tuvo la necesidad de explicar, tal vez para defender el último resquicio de dignidad que le quedaba. Se incorporó con torpeza para vestirse a toda prisa—. ¿Por qué?

—Existen dos clases de mujeres, las perlas y las piedras —dijo el *najjās* con desdén—. Las perlas son delicadas, todos las admiran y las desean. Por eso las guardamos dentro de un arca, que es el hogar, y se las cubre con una rica tela, el *hiyab*, que las protege. Nuestras mujeres son perlas y las guardamos como nuestro bien máspreciado. Pero también existen las mujeres piedras, las que están por la calle, llenas de polvo e inmundicia. Los hombres las golpean con el pie y orinan sobre ellas. Las mujeres como tú solo sois piedras. —Acto seguido tomó el cálamo—. ¿Eres útil en algo? ¿Hablas árabe?

—No.

—¿Acaso sabes cantar, o tañer algún instrumento?

—Sé algo de medicina.

—Está bien —asintió el *najjās*—. Ve con las ancianas. En el herbolario encontrarás alguien que requiere cuidados.

Abandonó la estancia, con la impresión de haber sido violada de nuevo. Le colocaron un sello de plomo en el collar del cuello. Aún le abrasaban las mejillas, las piernas parecían fallarle. En el patio, decenas de niños varones chillaban al ser arrancados de los brazos maternos para ser repartidos en lotes. Les separaron las nalgas para inspeccionarles el sieso y fueron arrastrados al patio trasero, donde una pareja de judíos aguardaba con los útiles de cabestrar.

Hilduara entró en el dispensario, donde una decena de mujeres de edad avanzada atendía a los heridos y enfermos. El paciente era alto y ancho de hombros, apenas una sombra a contraluz. Entornó el rostro al verla, sentado en un camastro, con los ojos negros clavados en los suyos. La atención de la joven se desplazó hacia la cicatriz en el pecho.

—¿Cómo te hirieron? —le preguntó.

Por un instante, él frunció el ceño. Una mata de vello azabache le cubría el torso y, a un lado, sobre las costillas, un corte de cuatro pulgadas se había amoratado.

—Una lanza —respondió Akram al-Ansārī.

—Es antigua, se ha infectado —dictaminó, y él asintió con la testa.

Hilduara fue hasta una repisa, eligió unas hierbas y empleó el almirez para elaborar una pasta. Aplicó el ungüento en la herida y el rostro de Akram mostró alivio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el árabe.

—Hilduara.

—Los godos tenéis nombres extraños —dijo arrugando la frente—. Te llamaré Hawā’.

—No deseo ser llamada de otro modo —respondió mientras le vendaba el pecho. Estaban muy cerca y la observaba con fijeza, sondeando su miedo.

—La ley islámica prohíbe mantener relaciones con una prisionera hasta que el botín haya sido repartido —dijo como disculpa, o tal vez para calmarla—. De lo contrario se comete *zinā*,

fornicación. Algo penado con la muerte. —Cabeceó una negativa—. La *fitna*, el poder femenino de seducción..., sinónimo de caos, desorden y rebelión contra Alá. Por eso debéis ocultar vuestro cuerpo, para evitar que nos arrastre al pecado.

—Ocultar el cuerpo —musitó la joven—. ¿Forma parte de vuestra ley?

—Tras la derrota del Profeta en Uhud, en Yathrib aumentó el número de hipócritas: aquellos que siembran rumores y la gente de corazón enfermo.

—¿Gente de corazón enfermo?

—Según el Corán, «quienes padecen un deseo incontrolado de fornicar» —explicó el sarraceno—. Mujeres de toda condición eran acosadas por hombres que las sometían al *ta'arrud*. Muchas fueron forzadas en plena calle. Por eso Alá hizo descender la sura al-Ahzāb: «¡Oh, Profeta! Di a tus esposas y a tus hijas y a las mujeres de los creyentes que se cubran todo el cuerpo con sus vestidos. Es el mejor medio de que las reconozcan y no las ofendan». Desde entonces el *hiyab* establece dos clases de mujeres: las de condición libre, contra quienes estaba prohibida la violencia, y las esclavas, con las que se consiente el *ta'arrud*.

Una vez que hubo terminado, Hilduara recogió las vendas y las guardó en una de las cajas.

—Hay que cambiar el vendaje cada dos días y lavar la herida con vinagre. Si supura, debes avisarme.

—Resultas útil —la elogió Akram—. Te reclamaré como esclava.

La muchacha asintió, sin saber qué responder, con el cansancio grabado en el rostro, narcotizada por el dolor, incapaz de reaccionar. Desde el patio trasero resonaron gritos cuando a decenas de niños los ataron a un poste, aplicaron un torniquete a su hombría y los castraron con cuchillas. Mejor era proceder en el lugar, antes que en el mercado esclavista, para no alimentarlo de balde durante días: solo uno de cada treinta sobrevivía.

Alojaron a las cautivas vulgares en la segunda planta, para cocinar y atender a los heridos. Pasaron el resto de la tarde preparando la cena y después de servirla se acostaron en esteras de esparto. Esa noche Hilduara visitó las cocinas. Depositó una olla de agua sobre el fogón y se sentó ante el hogar, con la estancia alumbrada por la luna y los rescoldos. En el patio resonaban más chillidos, esta vez de mujeres. Hilduara tomó un cuchillo de cortar carne. Apoyó el filo sobre la muñeca izquierda y las manos le temblaron. Pasó un largo rato contemplando el brillo del acero sobre el azul de las venas, mientras conversaba a solas con su demonio.

Aquel era un destino peor que la muerte, le dijo el demonio. Las mujeres de buena familia deben elegir la muerte al oprobio, pues han de mantener puro su linaje. Semejante esclavitud deshonraba a su familia y su demonio quiso recordarle lo mucho que significaba la honra. Había algo más degradante que esa clase de vida, lo peor de todo sería aceptarla. Estás manchada por el pecado y Dios te odia por ello. Aunque por un capricho del destino te reunieras con tu familia,

¿cómo esperas encontrar marido? Nadie te querrá. Sí, podrías ingresar en un convento, o servir en la casa de algún señor. ¿Y cambiar una servidumbre por otra? No, mejor muérete. Al fin y al cabo ha sido culpa tuya. De haber marchado antes, sin esperar a tu padre, esto no habría ocurrido y Asella estaría a salvo.

La culpa y la vergüenza son una planta trepadora y venenosa, que te envuelve y emponzoña el alma. Hilduara imaginó el agua teñida de rojo y cómo encontrarían su cuerpo, frío, en el suelo de la cocina, inerte, tras cumplir con su deber. Presionó el filo contra las venas. Brotó un humor rojizo y se deslizó entre los dedos. Cuando empezó a dolerle, retiró la hoja y se echó a llorar.

Desde un altozano, Fruela pudo atisbar cómo, a dos millas de distancia, ardía la basílica de San Acisclo. Al anoecer la ciudad se mostraba desierta, apenas veía luces en las casas o estelas de humo saliendo de los hogares. En la Vía Augusta, una columna de carros y mulas cargados con sacas, arcones y enseres avanzaba hacia el este. Suministros para el ejército de Tāriq. Escudriñó la campiña de Corduba bajo la mortecina luz del ocaso y consideró sus opciones.

Una calzada abandonaba la ciudad y se dirigía hacia el noroeste, siguiendo el curso de un afluente del Betis, en dirección a Mellaria. Desde allí cruzaba el río Anas por Metellinum y llegaba a Emérita, atravesando una comarca repleta de villas y alfares. La otra opción era continuar por la Vía Augusta, más allá de Corduba, y tomar una bifurcación hacia el norte antes de llegar a Sacili y Epora. Esta calzada atravesaba el Campo de las Bellotas, el fértil valle de las ciudades de Baedro y Solia, y suponía el camino más corto entre Toletum y Corduba.

Sin duda también era la ruta más transitada. Los moros habrían creado guarniciones para controlar los pasos de montaña y, más al norte, los señores locales se mostrarían recelosos ante cualquier viajero con semejante aspecto. Ahora contaba con un caballo, armas y unas exiguas provisiones: podía abandonar el plan inicial y evitar una vía directa hacia Toletum. Sin embargo, el tiempo apremiaba y por ello se decidió por la ruta a través del Campo de las Bellotas.

Abandonó la Vía Augusta, dio un amplio rodeo por los arrabales de Corduba y después retomó la calzada. De madrugada, la antigua vía romana se mostraba desolada. La capital de la Bética había quedado casi despoblada y los aldeanos no se atrevían a abandonar los cortijos. Al fin llegó a la encrucijada y, tras consultar un miliario, tomó el ramal hacia el norte. El camino ascendía por un paraje montañoso de relieve alomado, cubierto de bosques de alcornoques y encinas.

La luna se hallaba en su cenit cuando la calzada se adentraba entre grandes bloques de granito. Fruela desconfiaba de cualquier angostura. Aun a riesgo de que la montura se rompiera una pata, decidió abandonar la vía y avanzar por los márgenes. Al cabo descubrió un par de cadáveres, desnudos y decapitados, entre las jaras. Descabalgó para examinar el terreno.

Para entender a la montaña, debes aprender a leer los signos. Es un lenguaje como otro cualquiera. Una huella de lobo representa al lobo. Una sucesión de huellas te dice adónde ha ido. La abundancia revela el número de presas, y la profundidad su peso. Aunque, sin una comprensión del tiempo, esta información carece de valor. No tenemos el olfato del lobo, pero sí intelecto. Cuando un cazador humano ve un conjunto de huellas, se pregunta: ¿cuándo? La capacidad para hallar una respuesta es lo que nos distingue de las bestias. Fruela identificó el rastro, supo que era reciente y quién lo había hecho.

Se alejó del camino para adentrarse en la espesura. Avanzaba al acecho, con los dos venablos en la mano. Se había olvidado del rango condal, volvía a ser un montaraz a la caza. Ante él, vislumbró el contorno de una atalaya que dominaba el paso de montaña. No era más que una tosca empalizada de troncos sobre el saliente rocoso. En la repisa un centinela aguardaba apoyado en su lanza. De haber seguido el camino habría sido descubierto.

Un montón de leña servía de almenara. No había modo alguno de rebasar el puesto de vigilancia sin ser visto, y estimó que la guarnición estaría formada por tres o cuatro hombres. Fruela revisó la espada, se aseguró que los atalajes metálicos no delataran su presencia y se dirigió hacia allá en silencio.

Una decena de cabezas humanas decoraban la entrada. La empalizada solo defendía el acceso por el collado, y no por el despeñadero. Así que escaló la pared rocosa. Una vez en la cumbre desenfundó el cuchillo y gateó por el suelo. Los rescoldos de la hoguera iluminaban a dos hombres dormidos. El centinela solo escuchó los pasos cuando le tuvo encima.

Fruela le tapó la boca. El moro le mordió la mano y quiso gritar, pero no pudo. Para entonces, el aire abandonaba su pecho por un corte en la garganta y Fruela le siguió apuñalando hasta que dejó de moverse.

Matar a un enemigo dormido no le hizo sentirse bien. Tampoco mal. No sintió nada. Esta vez, se envolvió la zurda con unas telas para amordazar al primero. Colocó la punta del *scrama* a la altura del corazón, buscó el espacio intercostal, y lo clavó hasta el puño. Con el otro prefirió emplear la espada. La blandió en alto, le despertó de un puntapié y, cuando se incorporaba, le hendió el cráneo.

Limpió la hoja con las ropas del cadáver. Rebuscó entre sus pertenencias y halló algo de comida. Un asado a medio roer, varias monedas, un encendedor, una cuerda, baratijas fruto del saqueo. Guardó todo en la bolsa y abandonó el lugar a toda prisa.

Aquella mañana Hilduara menstruó. Supuso un alivio enorme descubrir la sangre en la ropa. Las monjas le trajeron una camisa y fregó el *subligar* en un balde. El tacto de una muda limpia ayudó a serenarla.

—Debes irte —le dijo un muchacho encorvado.

Recogió sus cosas en una bolsa y siguió al joven guerrero hasta el cercado del palacio. En el patio, algunos moros se giraron al verla. Desde que atendió a Akram al-Ansārī nadie la había molestado. La cerca estaba próxima al *castellum*, adosada a la muralla, y junto a ella ocho guerreros ensillaban las monturas. Todos parecían moros, salvo un liberto persa cuyo refinado aspecto le resultaba familiar. No muy lejos aguardaba un siervo, sujetando una mula por la brida. Hilduara le conocía, había sido montero en las cacerías de su padre. El guía debió percibir algún reproche en el semblante femenino, pues sus facciones se endurecieron. Akram llegó cargado con la panoplia completa.

—Viajaremos al norte, al Campo de las Bellotas —le dijo—. Debemos negociar los tributos.

La certeza de que iba a marcharse le oprimió el vientre. Pero en aquel océano de calamidades, Akram era lo único estable, y sus planes lo único a lo que aferrarse. Observó la montura del árabe. El semental bayo aguardaba piafando, nervioso, tras una cerca donde trotaba una manada de yeguas. Hocico afilado, ojos grandes, porte de cola elevado y cuerpo esbelto.

—Un hermoso animal —concluyó.

—La razón del desierto —replicó Akram—. Menos de la mitad de los potros que nacen en Arabia llegan a adultos. Solo los más fuertes sobreviven. Nuestra tierra es implacable y otorga al caballo árabe su resistencia.

—¿Lo has soltado con el resto? —Hilduara se apoyó en la cerca.

—Ha estado cubriendo a las yeguas que hemos capturado —señaló con la cabeza—. ¿Sabes montar?

—Sí, me enseñó mi padre. —Sujetó las riendas de la yegua torda que le entregaban.

—Son animales inteligentes —prosiguió Akram mientras enjaezaba a la bestia—, pero les falta la docilidad de otras razas. Si se muestra manso desde el principio, es posible domarlo haciendo que doble el cuello. De lo contrario habrá que humillarle hasta que baje la frente, y después será libre.

—No suena muy liberador —dijo Hilduara; una inquietud crecía lenta pero imparable en su pecho. Tomó las riendas y saltó a la silla.

—En nuestra lengua, *fath* significa tanto conquista como apertura. Supone abrirse al Islam, que a su vez significa sumisión. ¿No te parece más bella esta yegua domada? Sí, habrá conocido el dolor y la fusta. Pero, una vez que su espíritu ha sido doblegado, renace en todo su esplendor.

—Lamento no verlo de ese modo —respondió la joven.

—No tiene sentido discutir. —Los ojos de Akram se clavaron en ella, y durante un instante esa mirada la dejó sin defensas—. Vuestros hombres son demasiado débiles para defenderos.

—No es cierto —protestó con vehemencia.

—Ignoras cómo debe comportarse una esclava. —La expresión del sarraceno había cambiado, una frialdad en su rostro que no había visto antes.

—Yo no elegí esa condición —respondió con cautela, y había un deje de amargura en su voz. La realidad era tan inaceptable que debía ingerirla en pequeñas dosis. Akram al-Ansarī gritó una orden y los ocho jinetes se pusieron en marcha.

—En las guerras tribales de la Yahiliya —le explicó el árabe—, la captura de mujeres suponía una fuente de prestigio para la cabila raptora y de deshonor para las víctimas del rapto. Los beduinos vivían bajo el continuo temor a que sus hijas acabaran en manos de sus enemigos. Su honor no puede aumentar, solo disminuir, está siempre amenazado por el ultraje y, una vez perdido, es irrecuperable. La cautividad supone una deshonra para toda la tribu.

—He sido... mancillada —admitió Hilduara, viendo cómo dejaban atrás el palacio de Rodrigo.

—Un linaje poderoso es receptor de mujeres, jamás las cede y, si es posible, las desposa con alguien del mismo clan —prosiguió Akram—. Un hombre rico puede mantener a muchas hembras y multiplicar su progenie, pero a los jóvenes sin fortuna no les queda más remedio que buscarlas mediante el *yihād*.

Hilduara tragó saliva, para calmar el desierto en su boca. La partida de jinetes atravesó la arcada de la puerta oriental de Corduba y tomó la Vía Augusta.

—¿Quieres que sea tu esposa? —preguntó al cabo.

—Una aleya reza: «Despósate con las mujeres que quieras: dos, tres o cuatro; y si crees que no puedes satisfacerlas a todas, entonces toma solo una». Ya tengo las cuatro que me permite la ley, y tú has sido deshonrada. Pero no existe límite para el número de esclavas de placer.

—¿Concubina?

—*Yāriya* —precisó Akram—. ¿Entiendes cuál será tu posición?

—Sí, eso creo.

—Debes recitar la *Shahāda*: «No hay más dios que Alá. Muhammad es el mensajero de Alá».

Le dolía la cabeza. ¿Por qué no aceptar y acabar de una vez? Hilduara repitió las palabras y su aliento se tornó irregular. Sentía el corazón enorme en el pecho.

—Abrirás este reino al Islam —le dijo Akram—, tu cuerpo quedará abierto a mi simiente, tu alma aceptará al Dios verdadero. El futuro de tu pueblo reside en tu vientre, contribuirás a destruirlo cuando engendre en tu interior. Tu raza es débil, pero tu voluntad ha de ser fuerte. Dilo. Cuanto antes admitas tu condición, antes serás libre.

Solo era una palabra, se dijo la muchacha.

—Soy tu *yāriya*. —Un alivio irracional conjuró el pánico que, hasta entonces, la había atormentado. Se sentía derrotada y libre.

—A partir de ahora te llamarás Hawā'. —Akram sonrió complacido y desvió su atención al

ramal de la calzada que ascendía hacia la sierra.

Por un instante, la razón alumbró la oscuridad del alma de la chica, pero este instante de cordura apenas duró. Hawā' había vencido. Acababa de romper los lazos con su vida anterior, y Hawā' era la nueva verdad sobre sí misma.

Una hora después llegaron a una tosca atalaya que se alzaba sobre un paso en la serranía. En aquel paraje agreste de granito y encinas solo se escuchaba el sonido de la montaña. Akram elevó la vista y contempló las aves carroñeras sobre el minúsculo fuerte. Desnudó la espada e hizo un gesto a los demás. Todos descabalgaron. Los guerreros se desplegaron en torno al altozano, con los arcos dispuestos y las lanzas en alto. En la empalizada descubrieron los cadáveres.

—¿Una rebelión? —preguntó Balash, el liberto persa.

—¿Quién sería tan idiota como para intentarlo? —masculló Akram, al tiempo que enfundaba la espada para inspeccionar el terreno—. No se han llevado las armas y las huellas son de un solo hombre.

El persa caminó hasta un cadáver y lo movió con el pie.

—Dormidos —espetó Balash—. No debieron confiar en este idiota.

—Maysar era un buen guerrero —murmuró Akram—. Esta no parece una presa corriente.

—¿Un noble godo?

—Sus mejores hombres murieron en Astigi y el lago.

El rastro los condujo al lugar donde el asesino había dejado la montura. El sarraceno escrutó la superficie rocosa. Al cabo descubrió una bosta de equino y luego una nítida impresión de herradura. Alzó la mano y, cuando el resto se acercó, les mostró el hallazgo.

—Es reciente —dijo al comprobar la consistencia del estiércol—. El rastro se pierde en la loma.

—Marcha a caballo, de noche, y evita la calzada —comentó el guía bético—. Eso le vuelve lento. Y se habrá visto obligado a descansar.

—¿Cómo esperas dar con él? —preguntó el persa.

Akram ibn 'Abd al-Nabī al-Ansārī observaba la manada de cabras salvajes que, en la lejanía, pastaba en la sierra.

## XII

Es frecuente caminar por la montaña y descubrirse en medio de una senda. Son la respuesta a la lógica impuesta por el terreno, la vegetación y las fuentes de agua. Las más comunes fueron creadas por los grandes herbívoros: son numerosos, pesados, y caminan sobre cascos. Los animalillos también crean veredas, pero su tamaño y los pies blandos hacen que estas tengan una vida corta. Las creadas por depredadores, como el lobo, resultan muy tenues: son menos numerosos y saben moverse con sigilo.

De rodillas en el suelo, Fruela estudió la tierra agitada por las pezuñas. Las pisadas aceleran la erosión de la lluvia y el viento, lo que hace que el terreno se vuelva más claro. Después se cercioró de que no hubiera hierbas. Algunos senderos solo se utilizan de forma estacional, o durante un año seco o húmedo. Pero la vegetación no crece en una senda frecuentada, porque es pisoteada y porque, bajo una o dos pulgadas de tierra suelta, el suelo está tan prensado que hace difícil que se adentren las raíces.

Una vez se aseguró de que estaba en buen camino, estrujó el odre para extraer el último sorbo. A pesar de no estar habituado a la Bética, las leyes de la montaña son universales. En las fuentes de agua convergen los senderos que, durante milenios, han creado las bestias. Las cabras montesas pueden recordar el paradero de una charca incluso si no han bebido de ella durante años. Pronto, la vereda le condujo a una hondonada en cuyo fondo discurría un arroyo seco. Ató el caballo a unas ramas y descendió para beber de un miserable hilillo de agua que manaba entre las rocas.

En la montaña resonaba el silencio. Solo el débil murmullo del manantial, una ráfaga de viento agitando los árboles. Un pájaro invisible emitió un gorjeo. Luego el gemido de la madera al doblarse.

Fruela saltó hacia las rocas.

La flecha silbó al pasar sobre él, allá donde había estado su pecho. Al caer se golpeó contra el suelo, un pedrusco se le clavó en el costado. La segunda saeta le alcanzó en el muslo. Un tipo armado llegó rugiendo. Fruela recogió un canto del suelo y se lo arrojó al rostro. Desnudó el cuchillo y le apuñaló en el vientre. Otro africano surgió de entre las peñas.

El conde desnudó la espada y el moro le golpeó con la adarga. De haber sido madera, le habría roto los dientes. Fruela le cabeceó en el rostro. Ambos rodaron por el pedregal, aferrando con la zurda la diestra del contrario. El godo recurrió a los dientes, le desgarró una oreja. Cuando el africano comenzó a gritar, él ya estaba encima.

El puño de Fruela aplastó la nariz, desgarró los labios, los dientes cedieron. Luego le aferró la garganta con las manos. Contempló el rostro enrojecido, los ojos saltones. Descargó un puñetazo tras otro y la sangre salpicó el suelo. Teodolf. Argebald. Adelmo. Desató toda la rabia, impotencia y desesperación acumulada. Solo cuando se dio cuenta de que estaba muerto, se detuvo.

Logró ponerse en pie y vomitó sobre el canchal.

Escuchó gritos en una lengua extranjera. Arriba, donde había dejado el caballo. Recogió la bolsa y el par de venablos y echó a correr. Cayó por el talud. Un golpe brutal, casi no pudo levantarse. Gateó por la torrentera y pudo ocultarse entre la maleza. Miró hacia atrás, para asegurarse de que no le seguían. Podía oírlos, acercándose. Escapó mientras las piernas aún respondían. Al fin llegó a un encinar, se escondió entre el matorral y desgarró el calzón con el cuchillo para examinar la herida. La flecha casi atravesaba el muslo de forma sesgada, la punta barbada se insinuaba bajo la piel en la parte posterior. Se quedaría dentro si trataba de arrancarla tirando hacia atrás.

Bajó la vista, recogió una rama y se la llevó a la boca. Aferró el proyectil entre los dedos. Luego tomó una piedra e inspiró hondo. Cerró los ojos, mordió el leño y golpeó la parte trasera del astil con el guijarro. Ahogó un grito de dolor, cayó de espaldas. La punta barbada había salido por la otra parte. Rompió el astil para extraer la saeta. Se vendó con un jirón de la túnica y corrió cuesta abajo, apoyándose en los dardos. La maleza crujía a cada zancada. Atrás resonaba el galope de los caballos. A cada paso que daba, el encinar se hacía menos denso. Ante él montañas dentadas como fauces de lobo. Abandonó la espesura y se detuvo en la cañada. A cuatrocientos pasos a la derecha, distinguió las siluetas de seis moros a caballo. Una llanada se extendía durante media milla, antes de irrumpir un collado rocoso. Los jinetes no podrían seguirlo si lograba atravesar la explanada.

Contuvo la respiración. Aligeró peso y se quedó con lo imprescindible: la espada, dos venablos y la saca a la espalda. Caminó agazapado, siguiendo la depresión, hasta apoyar la espalda contra una roca. Cerró los ojos e inspiró hondo una, dos, tres veces. Entonces se levantó y echó a correr.

Apenas logró dar veinte pasos antes de ser descubierto.

Escuchó gritos, los enemigos picaron espuelas para alcanzarle. La persecución se convirtió en una carrera desesperada. Él debía recorrer menos distancia, pero ellos lo hacían a caballo. Los pies del muchacho se descarnaban entre las rocas, el cansancio le hizo caer de rodillas y quedó sin aliento. Solo un poco más, se dijo, y logró incorporarse. Gateó por el pedregal, cojeó entre las jaras. El relincho de las bestias cada vez era más fuerte.

Apenas restaban doscientos pasos y una saeta se clavó en el suelo. Lo bastante cerca como para emplear los arcos en parábola. Los proyectiles caían a su alrededor, corrió zigzagueando, a

trompicones. Uno de los moros se adelantó al resto, llegó a veinte pasos y disparó a Fruela en tiro tenso. Una flecha le alcanzó en la espalda y cayó de bruces al suelo.

El africano trotó hacia el cuerpo inmóvil, mientras el resto reducía el trote para conceder un descanso a las monturas. Fruela se levantó con un dardo en la mano y la flecha aún clavada en la saca. Antes de que el moro pudiese reaccionar, arrojó una jabalina y le atravesó el pecho.

Se dirigió hacia el roquedo y comenzó a trepar. Los enemigos reanudaron la carrera y siguieron disparando. Las saetas chocaban contra la piedra desnuda, astillándose, hasta que el joven alcanzó una plataforma rocosa. Desde lo alto del peñasco observó a los ismaelitas. Uno de ellos hizo uso del arco..., el proyectil llegó sin fuerza y Fruela se hizo a un lado. Por un instante permaneció en pie, por encima de ellos, desafiante. Luego desapareció entre las peñas.

—Casi lo teníamos —dijo el guía bético—. Os dije que era la fuente de agua más próxima.

—No debiste dividir a los hombres —comentó Balash.

—Había que asegurar todas las opciones. —Saltaba a la vista que a Akram no le agradaba que un liberto cuestionara sus decisiones.

—¿Qué haremos ahora?

—Cazarlo, como en una montería —respondió el sarraceno—. Dadles descanso a los caballos y traed a la chica. Luego rodearemos la sierra para continuar hacia el norte.

—Te has obcecado con ese goda —protestó el persa.

—Le conozco —dijo Akram—. Era uno de los hombres de confianza de Rodrigo.

—Las órdenes de Mugīt son estrictas —insistió Balash—. Nuestra misión es recaudar tributos, no apresarse a un vagabundo.

—¿Qué hay tras estas montañas? —dijo Akram al-Ansārī.

—El Campo de las Bellotas —respondió el guía bético.

—¿Y más allá?

—La meseta carpetana.

—¿Y después?

Al fin Balash comprendió:

—Nadie estaría tan loco como para intentarlo a pie.

—Tal vez quieras ser tú quien se lo explique a Tāriq.

El Campo de las Bellotas, más tarde llamado Fahs al-Ballūt. Un valle de fértiles planicies, rodeado de montañas con minas de mercurio y minio, cubierto de encinares que le otorgaban el nombre. Fruela corría a campo a través, entre encinas, quejigos y alcornoques, sin perder de vista

la antigua calzada. Una lucha eterna contra el calor, las piernas renqueantes, el fuego en los pulmones, siempre hacia el norte.

Al rebasar una loma, vislumbró puntos blancos en la lejanía, no muy lejos de la vía romana. Tal vez un poblado de siervos. En algún lugar, hacia el noroeste, estaba la ciudad de Solia, pero le resultó imposible ubicarse en aquel inmenso encinar. Aún conservaba un puñado de monedas y algunas baratijas que encontró en la torre de vigía. Tal vez podría obtener algunas provisiones, además de información. No quiso arriesgar. Evitó la calzada y caminó entre las encinas hasta llegar a un pequeño olivar. Allí descubrió una aldea desierta. Corrales destrozados, casas saqueadas, árboles muertos. Se dirigió a la vivienda más próxima. La puerta estaba entreabierta, los goznes chirriaron al entrar. Un par de cadáveres colgaban del techo. La carne hedía, un enjambre de moscas zumbaba. Fruela se cubrió la nariz y buscó en el interior a toda prisa. No halló nada útil, salvo una sartén oxidada.

Deambuló por aquel desolado lugar que antaño tuvo un nombre. Entre cabañas encaladas, cuerpos sin vida, mudos testigos del horror. Hace unos cinco días, se dijo, el sol de la Bética corrompía pronto los cadáveres. Aquello no parecía obra de moros.

El chirriar de un carro en el camino hizo que se ocultara en el cobertizo. No tardaron mucho en llegar. Media docena de aldeanos cargados con bultos, con el cabello sucio, harapientos. Los más jóvenes empujaban una carreta con provisiones. Habían venido a lo mismo que Fruela, y se dio cuenta de que aquel poblado, en lo alto de un cerro, suponía un faro que atraía a los viajeros.

Iba a marcharse cuando llegaron los otros. Una decena de vagabundos armados con hachas y lanzas que habían aguardado ocultos. Antes de que su aldea fuera arrasada, pudieron ser campesinos, herreros o pastores, ya daba igual. Unos tenían hambre y los otros también; eso los hacía estar en el mismo bando y, al tiempo, ser enemigos.

—Dadnos el carro —dijeron los bandidos— y no os haremos daño.

Mentían, claro está. El cabecilla tenía el cabello rizado y oscuro, cara de niño y unos hombros anchos para su demacrado cuerpo. Miraba a una muchacha con un vestido azul remendado y sucio, el cabello en mechones desaliñados. Hermosa, a pesar de los rasgos devastados de quien ha sido testigo del horror. Su padre empuñó un cayado y se situó a su lado. Después sucedió lo inevitable.

Al presenciar una muerte violenta, nuestra emoción suele ser alivio. «Mejor él que yo», nos dice el instinto. He visto a jayanes curtidos en mil batallas llorar como críos al confesar que sintieron eso al ver morir a un amigo. La culpa corroe las conciencias de los más feroces guerreros y, sin embargo, en aquel instante, Fruela no sintió nada. Estaba muerto por dentro, su alma yacía en un profundo abismo. Caminaba y respiraba movido por los hilos de la barbarie, cargando con el peso de un mundo muerto.

Cuando los rufianes se marcharon, el espartario inspiró hondo y percibió el olor del espliego. Reanudó la marcha y, al caer la noche, había alcanzado la ladera de la sierra tras atravesar el

valle. Escrutó las peñas bajo la luz mortecina del ocaso. El puerto era una depresión en la cresta por la que discurría la antigua calzada. No sería juicioso caminar por ella, así que comenzó a remontar la pendiente entre un sombrío encinar. Descubrió una hendidura entre las rocas, se despojó de la túnica deshilachada e hizo un petate con ella para usarlo como almohada. Resonaba el silencio en la sierra, el viento susurrando a las encinas y el zumbido de las cigarras en la noche.

Le despertó un mal sueño. Vio una pared rocosa y recordó que era un conde espartario, que todos los que habían confiado en él estaban muertos y que debía salvar a lo que quedaba del reino. Quiso dormir, regresar a la pesadilla. Pero amanecía. Debía continuar.

Se vistió la túnica sentado sobre una roca. Tras rebuscar en la bolsa, devoró las últimas migas de pan rancio. Observó la saca vacía y bebió un sorbo de agua. Al guardar el odre descubrió huellas en el suelo. Tomó el venablo, se echó el equipaje a la espalda y rastreó el entorno. Encontró excrementos esparcidos por el suelo.

En la montaña, el cazador escucha y observa, amplía su conciencia a través del tiempo y la distancia. Se pone en el lugar de la presa. Explora con la mente el terreno, asumiendo la identidad del animal, y trata de percibir lo que él sentiría. La diferencia entre el cazador pagano y el cristiano no reside en azuzar lebreles para acosar al venado. El gentil cree que el ciervo alberga un espíritu y recurre a rituales para que el Gran Ciervo le permita tomar a uno de los suyos. Hacía siglos que los norteños dejaron de vestir pieles de lobo para cambiar de forma, pero el modo de rastrear era idéntico.

En lugar de seguir la vereda que bordeaba la montaña, Fruela ascendió por la pendiente siguiendo un rastro creado una hora antes. Al fin encontró al ciervo. Caminó agazapado, a barlovento, para que el animal no percibiera su olor, y empuñó el arma enastada mientras seguía al acecho. Solo le quedaba un dardo, una sola oportunidad.

En ese instante algo llamó su atención.

De no haber alterado la percepción de aquel modo, habría muerto aquel día. No fue así. Vio a una bandada de cuervos sobrevolar el desfiladero. En su tierra las antiguas leyendas decían que los cuervos conocen de antemano el resultado de cualquier combate y que, por ello, acompañan a los guerreros que les proporcionarán alimento.

Intrigado, Fruela abandonó a su presa y siguió escalando hacia la cumbre para otear los alrededores. Pudo contemplar la otra vertiente de la serranía, un enorme valle por el que transcurría un caudaloso río.

Una pareja de moros caminaba por la ladera.

Fruela se arrojó al suelo, tratando de ocultarse entre las rocas. No le habían visto. Se preguntó cómo habían logrado encontrarle, y la montaña guardó silencio. En cualquier caso, le cortaban el paso hacia el norte. Extrajo el odre y saboreó un sorbo del agua mientras recuperaba el aliento. Tomó una ramita del suelo y trazó unas líneas en la tierra reseca, un tosco mapa del puerto. Aquel

paso en la sierra suponía un cuello de ánfora. El enemigo le aguardaba allí, a sabiendas de que pasaría a la fuerza. Igual que en una montería. Akram al-Ansārī conocía, o al menos sospechaba, hacia dónde se dirigía.

Recorrió la cresta, agazapado, hasta llegar a lo alto del talud que dominaba la calzada. Vio a una partida de guerreros oculta sobre una repisa rocosa, en una angostura de la senda. La pareja que había visto antes se les acababa de unir. El árabe que ya conocía, tres moros de cráneo rapado, un guía nativo y otro con una ostentosa túnica. Los acompañaba una mujer.

Aferró el venablo que aún le quedaba. Al menos cinco, bien armados y a caballo, y él solo tenía dos brazos y una espada. Debía rebasar la cresta y cruzar el afluente del Anas para continuar hacia el norte. Descendió entre las rocas, dispuesto a la emboscada. Ni siquiera con la ventaja de la altura aquel dardo podría contra el alcance y la potencia de la madera encordada. Eligió una roca anclada junto a la pared de granito. Se sentó con la espalda apoyada en el talud y la empujó con las piernas flexionadas. Gruñó por el esfuerzo. La enorme piedra apenas se movió. Abajo, los moros seguían a la espera. Fruela se llevó una mano al muslo y halló los dedos manchados de sangre. Se había abierto la herida. Volvió a empujar.

Akram escuchó un gemido. Hizo un gesto a sus hombres, que extrajeron los arcos de las fundas. Balash aún encordaba el suyo cuando una avalancha de piedras cayó sobre él. El árabe logró saltar a tiempo, un moro quedó sepultado y el persa recibió un impacto en la pierna. Fruela surgió del talud espada en mano, observó a sus enemigos y el corazón le dio un vuelco al reconocer a Hilduara. Una mirada cómplice, luego saltó sobre el bético y lo descalabró de un tajo. Escapó por la pendiente. Akram y los dos mauritanos emplearon los arcos. No lograron alcanzarle. El sarraceno escrutó el rostro de la muchacha. La semilla de la sospecha no llegó a germinar.

—¿Por qué a él? —preguntó el moro señalando el cadáver del hispano.

—Nos ha dejado sin guía —dijo Akram—. Nuestra presa no es estúpida.

Caminó hacia el persa que, con las piernas atrapadas bajo las rocas, gemía de dolor. El árabe se acuclilló ante él.

—Sácame de aquí. —Balash le agarró de la túnica y el caudillo árabe hundió los dedos en la fractura abierta. Contempló la sangre en las yemas, ensimismado. Después alzó la vista, hacia los buitres que volaban en círculos.

—Saben que con nosotros no les faltará alimento —murmuró mientras una mueca de pavor se formaba en el rostro del persa—. No me gusta que cuestionen mis órdenes. —Desnudó el cuchillo y le segó la garganta—. Vamos. Ha huido por aquí.

Los tres guerreros descendieron por el terraplén siguiendo un rastro de sangre. Fruela se hallaba cien pasos en dirección al río. Tropezó en el pedregal. Una flecha se clavó a dos pies de distancia. Recogió el venablo del suelo y siguió trotando en dirección al río.

Akram y los dos moros le seguían los pasos. La furia hizo que el más joven se adelantase, tenían a su odiado enemigo al alcance de la mano. Cuando los otros dos se detuvieron para disparar, él prosiguió la carrera hasta unos chopos. Fruela esquivó las saetas y llegó al río. Se arrojó al agua para atravesarlo a nado. Llevado por la ira, el africano le imitó.

Una vez en la otra orilla, Fruela se giró en redondo. El muslim se arrastró fuera del agua, extrajo el arco de la funda y colocó una flecha. A diez pasos Fruela preparaba su último dardo. Los otros ismaelitas se hallaban en la orilla opuesta.

—¡Bassām! —gritó Akram—. ¡No!

El joven guerrero no le oía. Al tensar el arco se dio cuenta de que algo fallaba. Aun así trató de disparar. Fruela no se inmutó. La saeta salió sin fuerza y se clavó, inofensiva, a sus pies. Con la madera dilatada por la humedad, el arma se había vuelto inútil. El moro echó mano a la espada. Fruela arrojó el venablo con todas sus fuerzas y le atravesó el pecho de parte a parte.

Dos saetas silbaron a su lado. Al otro lado del río los enemigos buscaban en las aljabas. Fruela les dedicó una última mirada antes de huir.

Siguió trotando durante horas. Al ascender por una colina cayó de bruces. Logró ponerse en pie y caminar. Primero un pie, luego el otro. Y así una y otra vez. Hoy no será el día, se repitió. El sol se ocultaba cuando se arrastró bajo una repisa rocosa. Dio un sorbo al odre, casi vacío. Al despojarse de las botas hizo una mueca de dolor. Vertió el resto del agua sobre los pies cubiertos de llagas y los envolvió con jirones de tela. Se recostó sobre el suelo y, agotado, se echó a dormir.

Cuatro millas atrás, Akram y su subalterno hincaron la rodilla en tierra. Habían perdido un tiempo preciado recuperando las monturas. Hilduara los observaba en silencio, sumisa e inescrutable. Finalmente el moro negó con la testa.

—La tierra está compacta y el viento borraré las huellas. Resulta imposible seguirle el rastro.

Akram asintió mientras examinaba la aserrada línea del horizonte. Un enorme encinar se extendía ante ellos, después una línea de cumbres y más allá la meseta. Un territorio donde su presa tal vez pudiera hallar refugio en algún lugar. Suponía alejarse demasiado de Corduba y, por primera vez, el sarraceno consideró la idea de regresar. Luego observó a la muchacha y se incorporó.

—No sabemos qué camino ha tomado, pero sí adónde irá.

Polvo y sudor. Fruela trotaba por el carrascal. Aquella mañana había comido un puñado de bellotas secas. Solo le sirvieron para agudizar el hambre. Ya no tenía una vida. Solo tenía un propósito, y una agotadora jornada por delante. Recorrer todas las millas que pudiera y echarse a dormir al ponerse el sol.

Entre las encinas y alcornoques se topó con una piara de marranos de piel cetrina. Para darles caza solo contaba con una espada mellada, y si las autoridades daban con él acabaría colgado de un alcornoque. Una zancada, luego otra. Un escalofrío bajo el tórrido sol carpetano. Sintió náuseas, un tenaz latido en las sienes. Comenzó a tiritar de calor. No hacía falta ser galeno para intuir que estaba acabado. Solo un día más, pensó, y reanudó la marcha.

La arboleda dio paso a tomillares y espartales. Por encima de una colina, el lejano humo de una hoguera. Aceleró el paso y desde un alto divisó un cortijo enjalbegado. Solo tenía bellotas en la saca, el odre estaba vacío, no se atrevía a beber de las charcas y la lengua se había vuelto de esparto. Robar las provisiones de unos labriegos. Una chispa de honradez alumbró su firmamento mental, pero un atroz vacío en el vientre se encargó de sofocarla. Debía llegar a Toletum a cualquier precio, se dijo. El destino del reino estaba en sus manos. Sonaba bien. Le sorprendió la facilidad con la que logró convencerse.

La modesta hacienda, una cabaña de piedra y adobe, estaba desierta. Solo se oía a las aves de corral y el gruñir de los puercos. Fruela corrió hacia el pozo, arrojó el cubo al fondo, tiró de la cuerda y hundió el rostro en el agua fresca. Una voz le detuvo cuando se disponía a llenar el odre.

—Hacía años que no disfrutaba tanto de una cacería.

Akram ibn ‘Abd al-Nabī al-Ansārī aguardaba sentado en el porche, con la espada sobre el regazo. Comía un estofado con las manos desnudas. Hilduara estaba de pie a su lado, sosteniendo una olla. Fruela observó el interior de la casa, más allá de la puerta. Sobre un charco de sangre yacía un par de cadáveres.

Oyó el silbido de la flecha antes de sentir el dolor. El descenso al suelo fue insoportable. Golpeó la tierra con la frente, el rostro se hundió en el polvo. La saeta en el hombro se hizo trizas y una roca se le clavó en el costado. El arquero apareció en su campo de visión. También vio el terrazo salpicado con su sangre. A duras penas logró apoyar la espalda en el brocal del pozo. El moro guardó el arco y desenfundó un puñal.

—¿Sabes por qué os derrotamos? —Akram al-Ansārī se chupó los dedos y depositó el cuenco en el terrazo—. En una ocasión, Jālid ibn al-Walīd, el más grande de nuestros generales, le dijo al rey de Persia: «Obedece nuestras órdenes y te dejaremos en paz, a ti y a tu tierra. De lo contrario, serás sometido por un pueblo que ama la muerte tanto como tú amas la vida».

—En ese caso, estás de suerte —le respondió Fruela—. Porque pienso enviarte al infierno.

Lanzó un puñado de polvo al rostro del africano y extrajo el cuchillo del cinto. Le apuñaló en la cara interna del muslo, a dos pulgadas de la entrepierna. Retorció la hoja en la carne y luego cargó con el hombro. El ismaelita cayó al suelo como un saco terrero. Fruela se levantó como pudo y comenzó a toser sangre. Un humor rojizo le caldeaba la frente, helada por el sudor. Recogió la espada del suelo y caminó hacia el árabe. Lucharía mientras las piernas aguantasen.

Akram no aguardó ni un instante y lanzó una estocada. Él logró interponer la espada. Los aceros chocaron. Solo era una finta. El árabe varió la trayectoria y le hizo un corte en el muslo.

Fruela dio un paso atrás y observó la hoja que empuñaba. El filo mellado, como si hubiera golpeado un yunque. La espada del agareno apenas mostraba una muesca. Acero de Damasco. Un metal duro como el lapislázuli y flexible como el fresno. Creía que solo era una leyenda.

—*Hadīd al-hindi* —dijo Akram—. Para un *muyāhid*, la espada no es solo un arma, sino el instrumento de la ira de Dios. Aquella que trae la muerte a sus enemigos, cuyos gritos se convierten en una llamada a la oración.

Nos hallamos bajo la constante mirada del diablo. El Enemigo desea matar la esperanza, robarnos la voluntad y destruir nuestro futuro. Su arsenal está hecho de mentiras y desaliento. Pero, por extraño que parezca, todo cuanto tememos se halla en el plan soberano de Dios. Muchos claman a Cristo para que regrese y castigue a los sarracenos. Pobres necios. Nuestros enemigos no serán castigados: nuestros enemigos son el castigo.

El muchacho se apoyó en el brocal y escrutó al árabe con semblante vacío.

—Imagina que un día descubres que tus peores miedos son tu realidad. Y cuando el Fin del Mundo llega, no viene nadie a salvarte. Imagina que solo eres aquello que elegiste ser, y que al final del camino no hay nada: ni luz, ni ángeles, ni demonios. Solo eres el profeta de un dios que no existe. ¿Ves esos puercos? Se comerán tu cadáver.

La mirada del árabe vagó por la pocilga y, por primera vez, Fruela vio un vestigio de miedo en aquellos ojos negros. Luego el muslim estudió su aspecto demacrado.

—¿De dónde esperas sacar la fuerza para seguir adelante? —le preguntó Akram.

—Yo nunca he tenido la opción de volver atrás.

El árabe amagó un tajo a la cabeza y cambió el plano para acuchillarle en el cuello. Fruela dio un paso atrás y la espada sarracena pasó a dos pulgadas de su garganta. Una nueva finta y Fruela recibió un tajo en el costado.

Reculó de nuevo, para comprobar la herida, y luego prestó atención a la hoja de acero jaspeado, indestructible. Ligeras y flexibles como un junco, veloz como una centella. Recordó las palabras de Teodolf: «Has vencido porque eres rápido. ¿Qué pasará cuando encuentres a alguien más rápido que tú?».

De nuevo, Akram cargó contra él. Agotado, Fruela recibió un nuevo corte. Esta vez en el brazo. La vista se le nubló y a punto estuvo de vomitar. No quiso dar un nuevo paso atrás. Se olvidó de las heridas y logró mantenerse en pie.

«Mantenerse firme, no dar un paso atrás, puede parecer la forma más noble de luchar. Pero supone un riesgo estúpido, si puedes evitarlo.» Ahí estaba de nuevo Teodolf, incordiando. Había ignorado los consejos de quien le enseñó a luchar, lo cual le había conducido a la catástrofe.

Ciudades devastadas, un reino perdido. Catorce mil hombres, la flor y nata del reino, yacían en un gigantesco osario, como monumento a su vanidad.

«Lucha por tu vida, o para destruir a tu enemigo, pero no para complacer a quien te observa.» La voz de Konon se sumó al coro de reproches, y luego cedió la palabra al demonio agazapado en su alma. Por un instante, consideró la idea: no ceder. Negarse a renunciar a sus principios, aunque eso supusiera la muerte. Al menos sería consecuente con su propia filosofía de vida. Ningún trovador cantarían su historia, su muerte a nadie le importaba, ni siquiera a él. Había perdido la empatía incluso hacia sí mismo, y ante aquella cínica verdad, resonó el eco de su propia voz: para ser invencible, debes luchar como si ya estuvieras muerto.

Sí. Tal vez ya estuviera muerto por dentro y nada podía dañarle. Lo había perdido todo: honor, títulos y tierras. El porvenir. Incluso el alma. Al menos antes había sido alguien: amigo, esposo, conde espartario... Ya no era nada, y la amistad de los muertos apenas contaba.

Abrió los ojos y descubrió a Hilduara de pie en el porche, con la mirada hundida, las manos crispadas. Tal vez la muerte fuera un regalo para él, pero a ella ese alivio le había sido negado. No necesitaba pensar en otras guerras, en otras vidas, en mundos por venir, o en reinos que jamás llegarían. Tenía ante sí un objetivo inmediato: seguir luchando y lo que tuviera que venir, que así fuera. Si Dios hubiese querido arrancarle de este mundo, habría podido hacerlo cien veces. El infierno había dejado para él la puerta entreabierta.

Llevar a la sobrina de Rodrigo a Toletum. Reunir a los últimos vestigios del reino para ponerlos a salvo en las montañas del norte. Tal vez esa fuera la misión que le había sido impuesta. Y al preguntarse el porqué, supo que el mundo necesitaba hombres como él. Gente despiadada, sin entrañas, la única capaz de hacer frente a otros iguales.

Una vez más, alzó la espada. No superaba en nada a su enemigo, salvo en voluntad de matar, y el árabe lo vio en sus ojos. El acero es más fuerte que el hierro, pero el metal está en manos del espíritu. Fruela entornó la vista hacia la piara de cerdos, y sí, esta vez Akram mostró temor. Ante él se abría una perspectiva peor que la muerte. «Cuando tu enemigo esté asustado, debes mantener la cabeza fría y rehuir el combate. Él cometerá un error y tú podrás aprovecharlo.»

Fruela recompuso la guardia. Estudió a su adversario, le miró a los ojos, se olvidó del arma. Resonaban los gruñidos de los puercos. Deseoso de acabar cuanto antes, Akram lanzó un último ataque. Su espada fue directa hacia la cabeza de Fruela. Él alzó la suya, saltó y rodó por el suelo. La hoja de Akram pasó sobre él. Con la rodilla hincada en tierra, el muchacho le acuchilló en el vientre. El sarraceno pasó de largo, dejó caer el acero *baylamānī* y se llevó la mano al vientre. Una mancha escarlata empapaba sus ropas. Luego se derrumbó sobre el polvo.

Akram al-Ansārī vio las piernas de Hilduara ante él.

—Hawā? —alzó la mano, pidiéndole que le acercase la espada. Quería morir con ella en las

manos. Ella le miró a los ojos e ignoró el arma.

—Hace días, me dijiste que ningún otro hombre me desearía. Al escucharte sentí un inmenso alivio, si eso los mantenía alejados de mí. Lo único que has engendrado en mí fue la duda, temía que todos fuerais iguales. Pero ahora soy más fuerte de lo que tú has sido nunca. Aprendí a soportar lo insoportable y me he convertido en lo que tú no serás: una superviviente.

Agotado, Fruela cayó al suelo y la muchacha se inclinó sobre él. Le arrancó la flecha, rasgó un pedazo de tela para vendarle el hombro y él pudo sentir el cálido aliento femenino en la mejilla.

—Me prometiste que volverías entero. —Con el pulgar, Verdelobo recorrió el contorno de la sien abrasada.

—Lo siento —respondió, y ella sacudió la cabeza. La mirada de Fruela descendió hacia el collar metálico y guardó silencio.

Buscaron herramientas para liberarla. El cincel estaba mellado cuando, después de varios golpes, logró partir la argolla. Una vez en el patio, Fruela recogió la espada del agareno, rebuscó entre sus pertenencias y le arrancó del cuello un colgante de plata con forma de mano. Al inspeccionar las alforjas del caballo, descubrió media docena de cálices de oro, tres cruces con pedrería y varias bolsas con monedas y alhajas.

Enterraron el cadáver junto con los dos labriegos y, a la mañana siguiente, abandonaron la granja. Fruela montó el caballo árabe y ella saltó a la grupa. La muchacha contempló la serranía de Corduba, a sabiendas de que jamás regresaría a su hogar.

## XIII

Cuando alcanzó la cima, Mūsà ibn Nusayr luchaba por respirar. Los guerreros que atestaban la medina de Thuni se apartaron a su paso. El emir pudo admirar los abarrotados muelles, los astilleros que trabajaban sin descanso, los centenares de velas que salpicaban aquella laguna turquesa, más allá de la cual se hallaban las ruinas de la antigua Cartago.

El Senado romano hizo que su más odiada enemiga fuera incendiada, que arasen sus escombros y los sembraran con sal. Aun así, la ciudad renació. Augusto fundó una colonia para exportar el trigo africano y la decadencia del Imperio la convirtió en la capital del reino vándalo. Belisario consiguió recuperarla y permaneció en manos romanas hasta que, trece años antes, Hasān ibn an-Nu‘umān la arrasó de nuevo y masacró a sus habitantes. Thuni fue fundada poco después sobre un poblado *barbar* entre los dos lagos. Cartago había muerto para siempre.

En el patio de la mezquita le aguardaban los comandantes y alféreces. Sobre sus cabezas el viento agitaba una veintena de banderas. Una de ellas era el estandarte que Mūsà había recibido del califa ‘Abd al-Malik cuando le nombró valí de África, la otra le fue entregada por su hijo y sucesor, al-Walīd.

Mūsà se detuvo ante ‘Abd al-‘Azīz, su vástago, que permanecía de pie junto a un grupo de ancianos, antiguos compañeros del Profeta. Ante él se hallaba un corpulento maula de raza negra ataviado con una aljuba sin ceñir.

—Tāriq se apoderó de Toletum. —El negro se adelantó para hablarle—. Halló la ciudad vacía, salvo un puñado de judíos. Ahora persigue a la corte para hacerse con el tesoro regio y la mesa de Salomón.

—Es lo que dije —declaró Habīb ibn Abī ‘Ubayda al-Fihri.

—Tāriq derrotó a Rodrigo y te abrió las puertas del reino —señaló ‘Abd al-‘Azīz.

—Al conquistar la capital goda —dijo Mūsà—, mi liberto ha asumido atribuciones que no le corresponden.

—Mi señor teme que las riquezas acaben ocultas —añadió el heraldo.

Mugīt al-Rūmī se había apresurado a informarle. Mūsà no solo estaba al corriente de lo que el mensajero acababa de exponer, también sabía que el emisario traía consigo una carta para Habīb, el nieto de ‘Uqba. Lo cual significaba que ambos eran espías del califa, una circunstancia que no pasaría por alto.

Observó el mapa depositado sobre la mesa. Sus dedos acariciaron las Columnas de Hércules y

trazaron un arco hasta llegar a un punto en el corazón de Italia, y de ahí hacia el este.

Las tropas que Justiniano envió a Quersoneso se habían sublevado. Sumido en disputas por el trono, el Imperio romano se desmoronaba. Abū Hurayra, compañero del Profeta y el más prominente narrador de hadices, le oyó decir que la Malhama al-Kubrā, la batalla decisiva entre musulmanes y romanos, tendría lugar en la ciudad siria de Dābiq una vez que apareciera el *Mahdī*. Siete meses después, Constantinopla caería poco antes del día del Juicio Final. El califa Uthmán había augurado que la Nueva Roma sería conquistada a través de al-Ándalus.

Mūsà quiso romper el silencio:

—He escuchado el consejo de todos mis hombres, salvo el señor de Septem. Y aunque no aventaje a ninguno en valor, él es quien mejor conoce a nuestro enemigo.

La atención de todos recayó sobre el conde juliano, cuya indumentaria griega resaltaba sobre el resto. Enemigo jurado del linaje de Witiza, no era difícil de entender por qué había encajado tan mal la decisión de Tāriq de convertir a Opas en su nuevo consejero. Algo que resultaba muy conveniente a Mūsà, pues sabía que, para asegurar la lealtad, no era tan fiable el amor como el odio.

—Aconsejé a Tāriq que forzara marchas hasta Toletum —admitió Urbano—, solo para impedir una nueva coronación, una reunión del Aula Regia o un concilio eclesiástico. Una vez que el reino ha sido descabezado, podrás conquistarlo ciudad por ciudad.

—Me niego a hollar el mismo camino que siguió mi maula. —Mūsà se arremangó la aljuba y se lavó las manos con el aguamanil que le ofrecía un siervo.

—Te guiaré por una ruta mejor —declaró Urbano—, por ciudades que te aportarán un mayor botín.

—¿Cuáles?

—Primero Asidona y Carmo —le respondió—. Después Spali y Emérita.

Se ponía el sol y el muecín llamó a la oración: era el *Maghrib*. Mūsà extendió una alfombra en dirección a la alquibla, alzó las manos hasta los oídos y murmuró «*Allahu Ákbar*». Cuarenta mil hombres se arrodillaron en las calles de Thuni para postrarse en el suelo adoptando la *sajda*. Ordenados en hileras, los *muqātila* se postraron para orar y, a cada prosternación, formaban el oleaje de un inmenso océano blanco.

## XIV

«Cuando era niño, hablaba como un niño, pensaba y razonaba como un niño; pero al hacerme hombre dejé tales cosas de lado», escribió Pablo de Tarso. En la infancia aprendemos que una parte de nosotros produce rechazo entre nuestros semejantes. Por eso arrojamos a esas emociones a un profundo abismo, donde se acumulan y cobran forma hasta engendrar un demonio, el lado oscuro de nuestro ser. Cada cual tiene su propio demonio y, cuanto más nos negamos a admitirlo, más poderoso se vuelve. Muchos, al igual que Fruela, se niegan a reconocer esa parte perversa de sí mismos; prefieren culpar a los demás, a Dios o al Diablo. Hasta que no te enfrentes a tu demonio, dirigirá tu vida y lo llamarás destino. Pero si te atreves a asomarte al abismo, entenderás tu alma y sabrás quien eres.

Toletum se había convertido en una ciudad fantasma. Las calles, antaño atestadas de vendedores ambulantes, juegos infantiles y artesanos afanados en los talleres, se mostraban vacías. Fruela recordó la primera vez que visitó la capital del reino, cuando era una ciudad viva. Abandonada ante la amenaza de la guerra, se había transformado en un universo desolado y muerto.

Los guardias de la entrada al pretorio fueron incapaces de reconocerle. Con el rostro abrasado, la ropa mugrienta y hecha jirones, armado con una espada sarracena y a lomos de un extraño animal, parecía un vagabundo en el mejor de los casos. Luego vieron a la sobrina de Rodrigo y accedieron a dejarlos pasar. Se formó un corro de curiosos a su alrededor, a pesar de que el complejo palatino se hallaba desierto. Entre ellos estaba Baldomero.

—Te creía muerto. —Fruela estrechó la mano del muchacho, que esbozó una mueca de dolor y luego una sonrisa.

—Pude atravesar el lago y llegar al campamento —explicó el sirio—. Logré salvar algunas reliquias. Tus clases de equitación me salvaron.

A su lado estaba Tancredo, el conde del cubículo. Era la primera vez que aquel recatado individuo de mediana edad se alegraba de verle.

—Debemos reunir al Aula Regia —le dijo Fruela.

El conde asintió en el momento en que una mujer se abría paso entre la gente.

—¡Hija! Hija mía. —Servanda se detuvo un momento ante la inmensidad de un rostro pálido, de ojos resignados. Después madre e hija se abrazaron. Hilduara lloró por última vez, con el rostro hundido en el hombro materno.

—Gracias por traerme a mi hija —dijo la matrona—. Será un honor que te alojes en nuestra

casa.

Después de disfrutar de un buen baño, Fruela se vistió con las ropas que habían pertenecido a Bencio y bajó a la sala para cenar. La enorme estancia se mostraba casi vacía, solo Hilduara y su primo Walia acompañaban a Servanda en la enorme mesa de nogal. Verdelobo vestía una sencilla dalmática y se había cubierto el cabello con un tocado que ocultaba las llagas del cuello. Walia apenas contaba con veinte años, era hijo de la otra hermana de Rodrigo y hacía días que ostentaba el cargo de conde del tesoro.

Con manos temblorosas la condesa encendió los candiles y comieron en silencio. La mayor parte del oficio palatino había muerto o huido, y una vez que Hilduara explicó cómo falleció su padre, no había mucho más de qué hablar. El relato de la joven resultó deliberadamente vago y el conde del tesoro expuso en voz alta sus inquietudes:

—Dicen que los moros fuerzan a las mujeres.

—Así es —contestó Hilduara, y bajó la vista. Por un momento solo se escuchó el sonido de los cubiertos al chocar en la cerámica.

—Pero a ti no —intervino su madre—, ¿verdad?

—A todas las del convento —respondió, con la vista fija en el plato.

—¿Y por qué te dejaste? —preguntó Walia pasmado.

Hilduara alzó la vista para clavarla en sus ojos con furia.

—Hija, no gastes bromas de mal gusto —intervino Servanda—. ¿Qué van a pensar nuestros invitados?

—He dicho la verdad —dijo con voz agria—. Lo hacen donde hallan resistencia.

—Sí, pero solo a las mujerzuelas, y tú eres una noble —comentó Servanda, e hizo una pausa—. Hija..., sé que lo has pasado mal y quieres llamar la atención. Pero esto no te ayudará a encontrar marido.

—Tienes razón, madre —murmuró—. Perdóname.

Un criado condujo a Fruela a sus aposentos, una amplia alcoba con una enorme cama con dosel. Se sentó con el estómago lleno ante el calor del brasero. No recordaba la última vez que había dormido en un lecho de sábanas limpias. Pudo oír los pasos atravesando la oscuridad de la estancia y un perfume fresco impregnando su alma. Hilduara tomó una olla del fuego y vertió agua caliente en un cuenco. Abrió una bolsa de hierbas y se sentó junto a Fruela en la cama.

—Tu herida —le explicó, y él observó cómo unas pálidas manos acariciaban y sopesaban, eligiendo unas hojas y descartando otras. Hilduara alzó el rostro y le descubrió mirándola. Sonrió y, para solventar el trance, empezó a hablarle de las bondades de las plantas. Aplicó el ungüento en la herida del hombro y Fruela depositó la mano en su muslo. Percibió la súbita rigidez del frágil cuerpo y cómo, lentamente, se relajaba. Verdelobo le observó, los ojos perlas negras de pesar, y él se vio reflejado en ellos. Después prosiguió con su tarea y el silencio lo sepultó todo.

Los labios femeninos dibujaron una sonrisa al despedirse y Fruela se quedó mirando la puerta cerrada.

En la noche solo existe una certeza y es que al final siempre amanece.

Las voces resonaban con un eco sordo en un Aula Regia vacía, ante un trono igualmente vacío. Ningún duque presente y solo miembros de rango condal: el conde del tesoro y el conde del cubículo, junto con un puñado de prepósitos, próceres y numerarios. La mayoría jóvenes de buena familia, o altos cargos cuya ancianidad les impidió participar en la batalla del lago. El conde de los notarios había huido a Gallaecia y el conde del patrimonio era witizano. La autoridad del menguado oficio palatino apenas rebasaba las murallas de Toletum.

Antes de dirigirse a la asamblea, Fruela admiró el enorme crismón con el alfa y el omega, que simbolizaban el principio y el fin. Lo halló muy apropiado.

—Tāriq dividió sus fuerzas en Astigi y pronto llegará con cinco mil hombres armados — anunció el conde espartario—. Debemos marchar al norte con el tesoro regio, mi padre nos dará cobijo en Amaya.

—¿Abandonar la capital? —masculló Tancredo, el conde del cubículo.

—Opas se ha convertido en el nuevo consejero de Tāriq —respondió Fruela—. ¿Qué crees que pasará cuando lleguen?

—¿Cuántos carros de bueyes podríamos reunir? —preguntó Tancredo.

—Tal vez un centenar —respondió un numerario—. Pero si viajamos a Amaya con toda la Corte habrá que transportar enseres y alimentos. Eso dejaría libres unos treinta carros.

—Solo lo imprescindible. —A pesar de su juventud, el cargo de conde del tesoro otorgaba a Walia cierta autoridad—. Si llevamos los bienes más ostentosos, nos darán alcance.

—Hay que poner a salvo las reliquias sagradas y la biblioteca palatina —intervino Baldomero—. La Vera Cruz cayó en manos del enemigo en la batalla del lago. Le arrancaron las joyas y con los restos de la madera de la cruz de Cristo alimentaron las hogueras del campamento.

«El protocolo se ha ido al carajo», traslució el semblante del numerario.

—Si queremos organizar la defensa necesitaremos oro —respondió Walia—, no legajos ni antiguallas.

—Esos bienes valen mucho más que el oro —insistió el muchacho—. Son la memoria de nuestro pueblo.

—Está bien —asintió el conde del tesoro—. Nos llevaremos la Mesa de Salomón y el resto de reliquias. Respecto a los libros..., tenéis quince mulas. —Silenció a Baldomero con un enérgico gesto—. Llevaos los libros que consideréis oportuno, lo dejo a vuestra entera elección.

Irrumpieron en la basílica con antorchas. Cargaron en carros las arcas del tesoro regio, las joyas de la realeza y el oro del erario público. Después inspeccionaron en el Tesoro Antiguo, reunido durante siglos por sus antepasados, entre ellos los muchos bienes del saqueo a Roma. Se llevaron el enorme menorá y el cántaro de refulgente piedra labrada, arrancaron las joyas engastadas en las antigüedades, desecharon las armas que no sirvieran para herir y dejaron atrás todo lo que no les pareció de valor.

Una vez solo en la estancia, Fruela contempló los estandartes colgados en los muros. Águilas doradas con las alas extendidas, *dracones* enjoyados, lábaros teñidos de púrpura. La atención del muchacho recayó en un lienzo rojizo con un símbolo cruciforme bordado en plata. Lo había visto cientos de veces, tallado en piedra y madera, en su tierra natal. Decían que traía buenas cosechas, que representaba al más allá: era el Sol de los Muertos, al que rezaban los paganos. El estandarte que Roma tomó de los cántabros y que, durante siglos, desfiló junto a las águilas imperiales. Fruela descolgó el *cantabrum* y, tras doblarlo con cuidado, lo guardó en una bolsa de cuero.

En el patio del palacio habían amontonado los libros de cuentas y registros, la correspondencia regia y los archivos y censos. Luego les prendieron fuego. Baldomero iba de un criado a otro, comprobando el montón de legajos que transportaban. Logró salvar una hermosa copia del *Liber Iudiciorum* y contempló con desesperación cómo el resto de documentos se convertía en ceniza. En las quince mulas había cargado las *Historiæ adversus paganos* de Paulo Orosio, las *Etymologiæ* del gran Isidoro, las *Meditaciones* de Marco Aurelio, junto a obras escogidas de Aristóteles, san Agustín, Gregorio Magno, Victorino, Séneca, Ticonio, Jerónimo, Heródoto, Platón, Tertuliano y Tácito. El muchacho entró por última vez a la enorme biblioteca palatina, recorrió las estanterías, atestadas de códices, indeciso, atormentado. Solo había espacio para un libro más. Finalmente tomó una versión latina de la *Iliada* de Homero. «Aquí empezó todo», se dijo. Salió al patio tras echar un vistazo a la hemeroteca. Al introducir el último volumen en las alforjas, lloraba.

El conde del tesoro abandonó la basílica de San Pedro y San Pablo con la Mesa de Salomón, las candelas de oro y los códices con las Sagradas Escrituras, junto con decenas de relicarios y coronas votivas. Repartieron las reliquias en media docena de carros, el resto del tesoro ocupaba treinta y dos, y los demás sirvieron para cargar los alimentos y los enseres. Una multitud se reunió en la vega baja. Cortesanos con sus familias, nobles y vasallos, cientos de clérigos y monjas, siervos con rebaños y todos los bucelarios y sayones que lograron reunir. Apenas seiscientos hombres de armas para proteger el tesoro.

En un pasado remoto, parte del pueblo godo abandonó Escandia para asentarse al otro lado del mar, en una tierra llamada Gothiscandza. Luego atravesaron con sus carros las llanuras danubianas y poblaron los márgenes del Ponto Euxino. Huyeron de los hunos y devastaron los Balcanes. Tras saquear Roma, se establecieron en el sur de la Galia, para después asentarse en Spania. Aquel

largo periplo estaba a punto de concluir, aunque lo único que conservaban de aquellas gentes septentrionales era el nombre.

Se disponían a partir cuando un jinete atravesó el arco de entrada al pretorio. Fruela vio llegar a su primo Munio y corrió para abrazarlo.

—Imelda me entregó este caballo y algunos víveres. —Munio le devolvió el anillo—. Aseguró que no tenía ninguna intención de abandonar su hacienda. Respecto a tu hijo..., es una niña y se llama Adela.

Imelda formaba parte del linaje de Égica, sabía que el pacto entre Opas y Tāriq salvaguardaba su posición. Aun así, la noticia le produjo un repentino escozor en las entrañas, un dolor desconocido hasta entonces. Al sentimiento de pérdida por alguien al que nunca había visto se sumaba un temor atávico por haber traído a una criatura inocente a un mundo muerto. Rememoró la presión de un diminuto pie al apoyar la mano sobre el vientre de Imelda, el único recuerdo que conservaría de su hija.

Cruzaban la enorme plaza que se extendía ante la entrada al pretorio cuando se toparon con otra columna que abandonaba el palacio episcopal. Vestido con ropas de viaje, el obispo metropolitano montaba una mula e iba acompañado de una nutrida escolta.

—Llegáis justo a tiempo —dijo Tancredo—. Estábamos a punto de partir.

La vista del religioso se nubló al pasar de largo.

—He decidido marchar a Roma —declaró Sinderedo sin más.

Baldomero corrió para interponerse en su camino.

—No podéis abandonar Spania —le dijo—. No en este momento.

—¿Y qué debería hacer, jovenzuelo?

—Defender a vuestro rebaño de los abusos de Opas y Tāriq —respondió el muchacho—. Sois el único que puede hacerlo.

—Me niego a envilecer mi alma tratando con los enemigos de Cristo —declaró el prelado toledano, mientras atravesaba la puerta flanqueada por las torres decoradas con efigies de santos.

—Si os marcháis, Opas será investido obispo metropolitano y estará a la cabeza de la iglesia hispana —insistió Baldomero—. Dios sabe qué herejías aceptarán para ganarse el favor de los ismaelitas. A instancias de Opas aceptamos las reglas del Quinisexto, a cambio de unas naves que no llegaron.

—Eso no me concierne —espetó el religioso—. He dejado de preocuparme de los asuntos mundanos.

El Aula Regia dejó atrás Toletum, la *urbs regia*, a la que los agarenos llamaron *Madīnat al-Mulūk*. Y de este modo el pastor abandonó a su rebaño. Sinderedo profesaba un amor por la humanidad como idea, pero despreciaba al ser humano como individuo. Las almas bellas son

aquellas que, para preservar su pureza espiritual, renuncian a intervenir en un mundo envilecido que, de forma inevitable, mancillará la perfección que creen ostentar. La dualidad maniquea de la moral cristiana nos obliga a amar incluso a nuestros enemigos. Ser fiel a esta doctrina y sobrevivir en el mundo que Él mismo nos ha otorgado supone un nuevo laberinto de Teseo. El mal triunfa si los hombres buenos no actúan, y si usan la fuerza para imponer el bien dejarán de ser buenos. Quizá algún día seamos capaces de solventar esta paradoja y alcanzar la ansiada ascesis. De momento, solo podemos escoger un mal menor o, de lo contrario, nuestros enemigos nos arrancarán la vida nada más abandonar el vientre materno.

La ciudad madre se hizo visible veinte millas antes de que pisaran su falda. El pálido peñasco se alzaba sobre un océano pardo y, tras él, la colosal muralla caliza como avanzada de una inexpugnable cordillera. Una llovizna perpetua caía desde un firmamento helado.

—Es Amaya. —Un vaho se formó cuando la palabra surgió de la boca de Fruela. La humedad bastaba para congelar el tuétano en los huesos y el aliento en los pulmones. El muchacho la había añorado desde hacía novecientos ochenta y seis días.

Habían llegado a través de la vía de Titulcia, Segovia, Septimanca y Segisamone, y a medida que avanzaban se les fueron sumando más refugiados, nobles y clérigos en su mayor parte, hasta formar una enorme columna de diez mil hombres, mujeres y niños. La madre de Hilduara se quedó mirando las chozas desperdigadas por la meseta rocosa, una aldea de pastores comparada con Corduba.

—Es... —balbuceó Servanda—. Tiene... muchas piedras.

Hilduara echó un nuevo vistazo hacia atrás. Hacía días que se habían separado de su primo Walia, no muy lejos de Complutum. El avance de los carros cargados con la mesa de Salomón y otras reliquias había resultado lento en exceso, los víveres eran demasiado escasos para prolongar la marcha y, como conde del tesoro, el muchacho se había quedado rezagado con la decena de carros de los bienes sagrados, bajo la promesa de reunirse con ellos en Amaya.

A medida que atravesaron la entrada se fueron sumando emociones, viejos olores, sonidos. Todo seguía igual, como si nada en su vida hubiese cambiado. En menos de un año Fruela había marchado desde Corduba hasta el norte del reino y después cabalgó hasta el extremo sur, para luego regresar a pie. En el camino, había matado a más hombres de los que podía recordar y había visto morir a muchos más. La fatiga le había calado en los huesos y, cuando saltó del caballo, las piernas cedieron y a punto estuvo de venirse abajo. Su hermano le sostuvo y contempló la piel abrasada de la mejilla izquierda, el rostro flaco y cansado, justo antes de estrecharlo en sus brazos.

—¡Fruela! —Alguien más se sumó al abrazo, no supo quién era hasta que al fin se separaron.

Apenas reconoció a Gausinda convertida en mujer. La hermana de Fruela lucía un hermoso tocado, su cuerpo había adquirido formas en los lugares precisos, y no recordaba que olera tan bien. Le entregó el colgante de plata con forma de mano.

—Pertenece a uno de los hombres de confianza de Tāriq —le dijo.

Aquella mirada casi le hizo sentirse un héroe..., hasta que vio el rostro de Eldemira. Por un momento bajó la vista, la prometida y viuda de Argebald estaba encinta. Antes de morir su amigo había engendrado.

—No pude traerlo con vida —dijo a la muchacha—. Dale esto a su hijo.

Desató las alforjas del caballo de Akram al-Ansārī, que contenían el fruto del saqueo por suelo hispano, un regalo que bien valía el rescate de un duque.

Munio saltó del caballo, hincó la rodilla y tomó un puñado de tierra para llevárselo a la nariz y disfrutar del olor. Maurano salió a su encuentro, le estrujó entre los brazos y casi se echó a llorar. Parecía sobrio, y ambas circunstancias eran insólitas. El humor de Fruela se agrió cuando vio llegar a su padre.

—Hijo... —Aquella fría bienvenida le acabó de recordar que estaba en casa. El duque de Cantabria parecía sumido en la incertidumbre; dudaba si debía alegrarse por el regreso de su vástago o reprenderle por la derrota.

—Ya conoces a Tancredo, el conde del cubículo —les presentó Fruela—. Ellas son Servanda e Hilduara, hermana y sobrina de Rodrigo.

—Por favor, pasad —dijo Guidemar—. Os hemos preparado un almuerzo.

Se disponían a entrar en la casa larga cuando uno de los batidores llegó por el camino al galope. Saltó de la silla y se plantó jadeante ante ellos.

—Los moros están a una jornada de marcha —anunció el explorador.

Ni siquiera un momento de respiro. Tāriq los había seguido hasta donde parecía imposible.

—¿Cuántos? —preguntó Tancredo.

—Al menos cinco mil.

Todos cruzaron miradas, alarmados.

—¿Y Walia? —preguntó Servanda—. Mi sobrino debería haberse reunido con nosotros.

El batidor negó con la cabeza y se impuso un fatal silencio. Entraron en la sala ducal para acomodarse en torno a la mesa. Los criados trajeron asado y cerveza a los huéspedes.

—Dejamos Pompaelo en manos del conde Casio —les informó Alfonso—. Tuvimos que dispersar a la leva para que regresaran a sus hogares, salvo un puñado de guarniciones para defender los pasos.

—Casio se ha pasado al bando de Agila —dijo Fruela.

—Y pronto se pasará al de Tāriq —asintió su hermano—. En Amaya apenas podemos reunir a

quinientos hombres armados.

—Podéis ir al norte, más allá de las montañas —dijo Maurano—. Allí estaréis a salvo. Reuniré al concejo de los nueve valles, se os darán tierras a todos.

—Para los carros es una ruta imposible —replicó Alfonso—. Aunque pudieran abrirse paso por las veredas anegadas por las lluvias, la marcha sería lenta y los moros nos darían alcance. No podemos llevarnos el tesoro regio.

—Este lugar es una fortaleza —declaró Tancredo—. Nos haremos fuertes aquí. Tarde o temprano, Tāriq tendrá que retirarse.

—Por veinte carros llenos de oro, Tāriq esperará a que el infierno se enfríe —aseguró Fruela—. Mi familia agotó la mayor parte de víveres en la campaña de Pompaelo. Y trajimos pocas vituallas con nosotros. Si nos asedian aquí, solo podremos comer piedras.

—¿Entonces, qué? —espetó Tancredo—. ¿Abandonar el tesoro? ¿Buscar refugio en las montañas, para malvivir en valles húmedos y estériles, entre bosques y peñas?

—Y en libertad —musitó Hilduara.

—¿Qué sabrá una mujer de la guerra?

—Estuve en Corduba cuando la tomaron —replicó ella—. ¿Qué hacías tú, mientras tanto?

Había algo en ella que se había liberado, se dijo Fruela. Una fuerza interior, antes reprimida, afloraba sin ningún tamiz.

—Tāriq no se atreverá a atravesar la cordillera —sentenció el conde espartario.

Pocos son tan sabios como para comprender el delicado equilibrio que supone ser uno mismo y vivir rodeado de otros. Tampoco Pedro escapó a su envenenado influjo. El duque se puso en pie y contempló los gloriosos trofeos que, durante siglos, había atesorado su familia, expuestos en las paredes. Fruela siguió su mirada y solo vio un montón de antiguallas cubiertas de óxido que apenas bastaban para armar a un puñado de pastores.

—Ya veo que entre mis hijos flaquea el valor —declaró Pedro—. Yo resistiré aquí hasta el fin para preservar el honor de nuestro linaje.

—¡Entonces vete al infierno! —le dijo Fruela, puesto en pie—. No me inmolaré en esta maldita roca solo para satisfacer tu vanidad. He presenciado más muertes de las que tú verás en lo poco que te queda de vida. Así que púdrete en el infierno, a sabiendas de que fracasaste como duque, igual que lo hiciste como padre.

Aturdido, Pedro enmudeció y se sentó de nuevo, sin pronunciar palabra, con la vista perdida en alguna parte.

—Podéis quedaros aquí, si lo deseáis —le dijo Alfonso al conde del cubículo—. Nosotros cruzaremos los puertos.

—¿Y qué hay de los libros? —preguntó Baldomero.

Tancredo alzó el mentón y dirigió su ceñuda mirada a las montañas para mostrar su indiferencia.

—No sé nada de letras —intervino Munio—. Pero si buscas un lugar seguro para esos legajos ven con nosotros, conozco el sitio adecuado.

La familia ducal hizo sonar el cuerno de uro para convocar a los vecinos en asamblea. En la casa larga, los criados recogieron los enseres de valor y reunieron provisiones a toda prisa. Fruela se dirigió a los carromatos y observó el colosal tesoro regio.

—Puedes quedarte con una —le dijo Tancredo—. Ni un tremís más.

El conde espartario asintió, tomó una arqueta forrada de hierro y la cargó en la grupa de su caballo. Tomó al animal de la brida y caminó hasta el borde del farallón rocoso para despedirse de su hogar. Empujó un guijarro con el pie y pudo contar hasta cinco antes de oír cómo chocaba contra las rocas. En aquel baluarte erigido por la naturaleza, los cántabros trataron de resistir a Roma y siglos después a los godos. Sabía que el destino de los que quedasen sería idéntico. Unos frágiles dedos sujetaron su mano y, al entornar la vista, descubrió a Hilduara a su lado. Servanda caminaba hacia ella, consternada.

—Verdelobo, tienes que...

—No, madre —respondió la muchacha—. Yo también me voy.

Muchos refugiados decidieron acompañar a la familia ducal en su exilio norteño. El resto prefirió quedarse en Amaya con la esperanza de soportar un asedio. Alfonso ordenó traer las sacas de los graneros para que contaran con más víveres y el conde del cubículo les entregó los carros. En total, seis mil almas en aquel nuevo éxodo.

De este modo el pueblo de Israel marchó hacia una nueva Tierra Prometida. Al igual que Moisés en el Monte Nebo, desde lo alto del puerto admiraron el inmenso bosque que se extendía entre la línea de cumbres y el océano. Condenados a morar en aquel país frío e inhóspito, donde los demonios antiguos se ocultaban en lo más profundo del bosque. Los gentiles sacrificaban en su nombre y, en el mar, invocaban a Neptuno; en los ríos, a las lamias; en las fuentes, a las ninfas, y en las selvas, a las dianas. Ninguna de las siete especies prometidas maduraba en aquel paraje donde apenas brilla el sol y cuyas peñas son de hierro para forjar armas.

Dios escogió esta tierra para forjar a los fieles y convirtió a los salvajes en su pueblo elegido. Y si un rey maldecido por un falso estupro protagonizó esta historia, un asno salvaje lo hará en otra. En Cova Dominica el poder sarraceno quedaría sepultado para crear los cimientos de un nuevo reino. Las montañas del norte no engendraron el rebaño de un Dios doliente, sino los lobos del Juicio Final. Pues sin oscuridad no puede haber luz, sin guerra no puede haber triunfo, y sin miseria no puede haber esperanza.

## Agradecimientos

Aunque escribir una novela es siempre una labor solitaria, existen momentos en los que el autor debe abandonar su sesuda introspección para condescender con un minúsculo lectorado. Cuando cree haber eludido con destreza los «trece vicios de la narrativa histórica» expuestos con acierto por Javier Tazón, llegan las ansiadas críticas de los *beta readers*. En su fértil imaginación aún repican las campanas de la vega baja de Toledo y las motivaciones de los personajes se muestran tan claras como la aurora, hasta que unos impertinentes sabelotodos arruinan el idilio entre el autor y su obra para señalar que las iglesias visigodas no tenían campanarios y que «a este tío no hay quien lo entienda». Tras revisar el texto por quincuagésima vez, ante los ojos del avezado literato empiezan a aparecer, como escritos en rótulos de neón, los más nefandos vicios referidos por el bueno de Tazón. A saber: el documentalismo, la demiurgización y el capitantruenismo. Solo los plazos impuestos por el editor suponen un bálsamo de Fierabrás para semejante escozor de espíritu, pues le permiten aplicar con pragmatismo el célebre proverbio de que las obras de arte no se concluyen, sino que se abandonan.

Entre esta caterva de entrometidos destaca Silvia Carnicero, que afrontó la enésima lectura del manuscrito con la fatalidad de quien sabe que el divorcio es su única alternativa. Pedro Santamaría, compañero inseparable de la Generación Vargas, se encargó de enumerar los suficientes desaciertos como para mantenerme ocupado mientras él triplicaba mi producción literaria, a pesar de que nuestras «óperas primas» se publicaron casi al mismo tiempo. María Jesús Sánchez logró intimidarme con su saber literario lo suficiente como para que realizara notables cambios de estructura. La arabista Mabel Villagra no solo realizó oportunas correcciones a la terminología árabe, sino que además matizó algunos conceptos islámicos. Las despiadadas notas del historiador Jesús Ángel Hierro en los márgenes del manuscrito fueron tan dolorosamente fructíferas como las de Alberto Fuentevilla, aunque las de este último resultaron lo bastante ilegibles como para que pudiera ignorar algunas con la conciencia tranquila. Pau Centellas y Miguel Díaz de Espada tuvieron la gentileza de dedicar parte de su tiempo a revisar este texto. Gracias a su fusta intelectual esta novela pudo ser mejorada.

## Apuntes históricos

كل ما يكتب ويقال عن أحداث الماضي هو جزئياً  
غير صحيح و دائماً غير كامل وأحياناً مدبّر

Todo lo que se escribe y se dice acerca de los hechos del pasado es falso en parte, incompleto siempre y a menudo amañado.

Ningún hecho ha tenido tantas repercusiones en nuestro devenir histórico como los del 26 de julio de 711, cuando tuvo lugar, según Claudio Sánchez Albornoz, «el minuto decisivo de la historia de España», y sin embargo la conquista islámica aún sigue perdida en las brumas de la leyenda. Pocos saben que la batalla de Guadalete no tuvo lugar en Guadalete, o que el rey Rodrigo no violó a ninguna doncella. Durante décadas, para soslayar los mitos del Romancero, habíamos dependido del trabajo de arabistas como Eduardo Saavedra y la monumental obra de Sánchez Albornoz. Más adelante estos estudios fueron ampliados, matizados y corregidos por Roger Collins (1989) y Pedro Chalmeta (1994), cuya obra *Invasión e Islamización* construyó un relato continuo y estructurado de la «sumisión» de Hispania. Más recientemente, Eduardo Manzano (2006), Felipe Maíllo Salgado (2011), Nicola Clarke (2012), Luis Ángel en nuestro devenir histórico como los del bornoz, «el minuto decisivo conquista islámica aún sigue perdida en las ue la batalla de Guadalete no tuvo lugar en Guadalete, o rante décadas, para soslayar los mitos del del trabajo de arabistas como Eduardo Saavedra y la adelante estos estudios fueron ampliados, 989) y Pedro Chalmeta (1994), cuya obra tructurado de la «sumisión» de lipe Maíllo Salgado (2011), arcía Moreno (2013), Alejandro García Sanjuán (2013) y García Moreno (2013), Alejandro García Sanjuán (2013) y Julián M. Ortega (2018) han realizado nuevas aportaciones que se suman a nuestro creciente conocimiento sobre la tardoantigüedad hispana y las fases formativas de al-Ándalus. Los estudios de Tawfiq Ibrahim de los precintos de plomo asociados al botín de guerra y la fiscalidad tras la conquista han sido editados en colaboración con Philippe Sénac (2017). En torno al aniversario de 2011 se organizó una exposición en el Museo Arqueológico Regional de Madrid que culminó con la publicación titulada *711, Arqueología e historia entre dos mundos*. Otra interesante contribución fueron las actas del congreso internacional *El 711 y otras conquistas: historiografía y representaciones* en Alcalá de Henares,

y las del coloquio *Mahoma y Carlomagno, los primeros tiempos* de la Semana de Estudios Medievales de Estella (2013).

A pesar de estos esfuerzos académicos, el estudioso de la historia militar hallará pocos conflictos que hayan generado tal cantidad de páginas para dilucidar cuestiones en apariencia tan esotéricas como si resulta apropiado el uso de «invasión» y «conquista», o si en su lugar deberíamos emplear «sumisión» o «incorporación al *Dār al-Islām*» bajo la premisa de que una rendición forzada por la presencia de un ejército *ad portas* no supone una acción militar violenta. El materialismo histórico ha considerado a la invasión árabe como la regeneración de una estructura política fracasada, o el simple desmoronamiento de su pirámide social sin consecuencias adversas para el pueblo llano. La idealización de al-Ándalus ha venido acompañada de una visión oscurantista del reino visigodo y del oxímoron de la «conquista pacífica», para concluir que los hispanorromanos «merecían» ser sometidos y aculturados en virtud de una suerte de darwinismo civilizacional. Narrativas que convergen con la visión que los propios árabes han tenido de sus conquistas del período clásico. Al igual que tantos otros imperios, la élite musulmana identificó su expansión militar con un proceso civilizador, los relatos de batallas constituyen los mitos fundacionales de la civilización islámica y sus protagonistas son tratados con una veneración similar a la que, en el mundo cristiano, existía en torno a los santos. Para el poeta y diplomático sirio Nizār Qabbānī (1923-1998), «los árabes no vinieron a Córdoba como conquistadores sino como enamorados», y de la mano del marroquí Driss Chraïbi, en su novela *Naissance à l'aube* (2009), Ṭāriq ibn Ziyād se convierte en un auténtico «héroe civilizador» que construirá Córdoba de la nada.

Justo es decir que los árabes no han sido los únicos que han fantaseado con la pacífica llegada de las huestes islámicas. En *La verdad sobre el complot de Tablada* (1931), Blas Infante imaginó a los andaluces pidiendo auxilio a Ṭāriq para liberarse del yugo español. El paroxismo de esta corriente «negacionista» vino de la mano de Ignacio Olagüe, abogado y paleontólogo vasco vinculado al fascismo, quien, en *Les árabes n'ont jamais envahi l'Espagne* (1969) y *La revolución islámica en Occidente* (1974), rechazó la existencia de cualquier invasión y achacó la islamización de la península a la obra de misioneros, lo cual le permitió concluir que al-Ándalus fue fruto del «genio nativo español». En los últimos años, estas tesis de historia-ficción han sido reproducidas por Emilio González Ferrín y José Ruiz Mata con una cálida acogida en el andalucismo, la izquierda antisistema y los colectivos islámicos.

Al igual que en mis anteriores novelas, la intención de este apartado no es más que desenmarañar mitos y explicar qué hay de realidad y de ficción en esta obra. Un objetivo nada sencillo, pues abordarlo con rigor puede resultar muy árido.

## *Los relatos de la conquista*

La primera manifestación de la historiografía árabe-musulmana fue el *ḥadīṭ*, anécdota o relato breve sobre Mahoma. Todo hadiz comienza con un *isnād*, la cadena de transmisión que supuestamente avala su autenticidad y se remonta a un testigo presencial de los hechos. Estas narraciones se preservaron de forma oral hasta que, en el siglo IX, los primeros tradicionalistas las pusieron por escrito. Otros géneros propios del Islam temprano son las noticias históricas (*ajbār*), las biografías (*siyar*), los relatos sobre conquistas (*futūḥ* o *magāzi*) y las genealogías (*nasab*).

Las fuentes árabes más antiguas sobre la conquista de al-Ándalus son de tipo *ajbār*, anécdotas no referidas a Mahoma que, en ocasiones, pueden contar con un *isnād*. Comenzaron a recopilarse en el siglo IX, hasta conformar conjuntos bastante heterogéneos, pues entre los distintos relatos, de extensión variable, no existe causalidad narrativa, muchas veces se contradicen unos a otros y, en ocasiones, a sí mismos. Suelen incluir versos, diálogos o discursos, además de sucesos abiertamente fantásticos de los que se puede extraer una moraleja. La finalidad de los *ajbār* que nos interesan no era transmitir unos hechos, sino legitimar el statu quo de árabes y *dimmīs*: son el *Kitāb futūḥ Miṣr* (*Libro de las conquistas de Egipto*) del egipcio Ibn ‘Abd al-Ḥakam (m. 871) y el *Kitāb al-Ta’rīj* (*La Historia*) del andalusí ‘Abd al-Malik ibn Ḥabīb (m. 852), figura clave para la adopción de la jurisprudencia *mālikī* en el emirato de Córdoba, que obtuvo sus datos en el país del Nilo.

Con posterioridad surgiría el *ta’rīj*, una narración estructurada en la que los hechos suelen ordenarse según el año de la Hégira y reflejan una ideología de Estado. Destaca *Ta’rīj al-Rusul wa al-Mulūk* (*Historia de los profetas y los reyes*) del persa al-Ṭabarī (m. 923) y, en especial, los *Ajbār mulūk al-Andalus* (*Noticias de los reyes de al-Ándalus*) de Aḥmad al-Rāzī (m. 955). La importancia de este último cronista, hijo de Muḥammad al-Rāzī, autor del *Kitāb al-Rāyāt* (*Libro de las banderas*), reside en haber redactado el primer *ta’rīj* sobre la conquista de Hispania y en el uso de varias fuentes latinas. Aunque el texto original se ha perdido, fue empleado por historiadores posteriores, tanto árabes como cristianos (*De Rebus Hispaniae* de Jiménez de Rada, *Cronica Geral de Espanha* de 1344), existiendo una traducción parcial al castellano a través del portugués titulada *Crónica del moro Rasis*.

Otra fuente esencial es el *Ta’rīj iftitāḥ al-Andalus* (*Historia de la conquista de al-Ándalus*) de Ibn al-Qūṭiyya (m. 977), descendiente de Sara, una nieta del rey Witiza casada con un conquistador árabe; a pesar del título, su relato de la conquista más bien consiste en una sucesión de *ajbār* hilvanados según una secuencia temporal. Por desgracia no existen copias de los *Ajbār Ifrīqiyya wa-l-Andalus* de ‘Arīb ibn Sa’īd (m. 980), secretario del califa al-Ḥakam II, que tuvo

acceso a documentos que le permitieron ampliar la obra de al-Ṭabarī con datos relativos a la península. Otra trágica pérdida es el primer volumen de *alMuqtabis*, la enciclopédica obra del historiador cordobés Ibn Ḥayyān (m. 1076) compuesta a partir de otras anteriores. A modo de sucedáneo, contamos con dos crónicas anónimas: los *Ajbār Maʿmūʿa* (*Colección de noticias*), redactados hacia el 940, y el *Fath al-Andalus* (*Conquista de al-Ándalus*), transcrito a finales del siglo XI, que emplea datos de Ibn Saʿīd.

Existen, en total, veintidós crónicas árabes que aportan información sustancial sobre la conquista de al-Ándalus. Los historiadores posteriores, como Ibn al-At̄ir (m. 1233), Ibn ʿIdārī (m. 1313) o al-Maqqarī (m. 1633), son deudores de los ya citados y su utilidad reside en reproducir datos de las obras perdidas. Dado que el proceso de transmisión textual consistía en un mero «cortar y pegar», los problemas de fiabilidad de las fuentes escritas no residen tanto en lo cronológicamente alejadas que estén de la original, sino en los intereses políticos del momento y el carácter maleable de la tradición oral que las precede. Algunos especialistas, como Patricia Crone, han cuestionado la «historia oficial» de los dos primeros siglos del Islam y Tom Holland expuso los motivos en *A la Sombra de las espadas*. Dentro de esta corriente hipercrítica, Nicola Clarke y Gabriel Martínez-Gros consideran que las fuentes andalusíes más tempranas solo reflejan una ficción concebida para legitimar los intereses de la dinastía omeya.

Incluso los investigadores más optimistas respecto a la fiabilidad de las fuentes, como Hugh Kennedy, admiten que en los *ajbār* existen personajes y argumentos que se repiten una y otra vez a lo largo de los distintos episodios de las conquistas islámicas. Una suntuosa alfombra, cuyo peso impidió a los conquistadores transportarla y tuvieron que partirla, aparece tanto en la conquista de al-Ándalus como en la del Sindh, el actual Pakistán. También son frecuentes las contradicciones entre la intención moralizadora de los *ajbār* y las motivaciones reales de las campañas militares. Un lugar común es el contraste entre el decadente boato de los enemigos del Islam y la austeridad de los árabes; un desprecio por los bienes materiales que suele verse empañado por los fabulosos inventarios del botín de guerra obtenido. La «Mesa de Salomón» forma parte de estos tesoros destinados a engrandecer la conquista, aunque en este caso existe una remota posibilidad de que fuera real: esta mesa destinada al «pan de la proposición», descrita en el libro del Éxodo, fue tomada del segundo templo de Jerusalén por Tito Flavio Sabino Vespasiano durante la primera guerra judeoromana, y tal vez formara parte del botín que el rey visigodo Alarico obtuvo en el saqueo de Roma de 410.

Como señala Pedro Chalmeta, la intención de los primeros transmisores no era recoger los hechos históricos sino «vincular a determinadas personas o grupos con unos eventos considerados prestigiosos y, por tanto, susceptibles de acrecentar su rango». Esto hace que algunas fuentes islámicas muestren lo que se ha llamado «onomatomanía», una obsesión por mencionar a todos los

personajes involucrados en los sucesos, lo cual refleja la querencia árabe por las genealogías y la enumeración de los ancestros ilustres de cada linaje, ya sean reales o ficticios. Sin embargo, el mayor escepticismo lo despiertan aquellos pasajes de carácter abiertamente fantástico, como los *ajbār* sobre la conquista de al-Ándalus que, de forma profética, vaticinan hechos posteriores: Mahoma se aparece en sueños a Ṭāriq para anunciarle su victoria; gracias a un lunar en el hombro, una anciana augura al caudillo bereber la inminente conquista de Hispania; Rodrigo ordena abrir la «casa de las cerraduras», un edificio toledano cerrado a cal y canto, lo cual trae consigo la invasión musulmana; Mūsà encuentra un ídolo con una inscripción árabe que establece el límite de sus conquistas.

Nicola Clarke estudió los arquetipos presentes en la narrativa árabe sobre la invasión de Hispania con paralelismos en otras conquistas, entre los que destaca el traidor que ayuda a los conquistadores, como el conde Julián o el pastor que informa a Muḡīṭ al-Rūmī de una brecha en las murallas de Córdoba. En general, mientras que los investigadores occidentales tienen presentes los muchos problemas de los relatos de tradición oral, los eruditos árabes suelen hacer una lectura literal de los mismos. En *Fatḥ al-Andalus* (2011), el marroquí Ahmed Tahiri considera que este debate solo obedece a una «valoración simplista» concebida para enmarañar los gloriosos eventos «que arrebataron a la península Ibérica del oscurantismo de la Edad Media europea y la trasladaron al resplandor de la civilización árabe».

Libres de componentes legendarios, como «la Ciudad de Cobre» o «los Vasos de Salomón», los textos conforman una narración en la que existen significativas divergencias en fechas, itinerarios, lugares e identidad de los protagonistas, según la fuente. Entre ellas destaca el otorgar una mayor o menor autonomía a Ṭāriq en las acciones del 711, pues ciertas obras tratan de atribuir los méritos del bereber a Mūsà ibn Nuṣayr o al propio califa. Otra falta de consenso es el apoyo de las comunidades judías a los conquistadores. No obstante, a nivel académico, las mayores controversias residen en el modo en que fueron sometidas algunas ciudades y territorios, dado que algunas fuentes aseguran que se realizó por la fuerza y otras por capitulación. Eduardo Manzano ha tratado de explicar estas discrepancias en base a disputas legales que pudieron existir en el momento en que se redactaron las crónicas. La diferencia entre una comunidad sometida «por la fuerza de las armas» (*‘anwatan*) o mediante un pacto de capitulación (*Ṣulḥan*) tendría importantes implicaciones fiscales y en la propiedad de la tierra. Mientras que las haciendas conquistadas de forma violenta pasaban a ser propiedad de la *umma* o comunidad de creyentes (ya sea en su totalidad, al convertirse en *fay’*, o solo una quinta parte), las sometidas mediante capitulación seguirían en manos de la población indígena. Dado que las posesiones de la *umma* eran gestionadas por la autoridad político-religiosa, los cronistas del entorno omeya, como ‘Abd al-Malik ibn Ḥabīb o Aḥmad al-Rāzī, desearon describir una conquista violenta. Por contra, los

miembros de la aristocracia árabe que, como Ibn al-Qūṭīyya, procedían de linajes mixtos con la nobleza hispana, quisieron presentar la sumisión de al-Ándalus como un *ṣulḥ* o pacto de capitulación, para que no se cuestionaran sus derechos sobre las alquerías obtenidas por herencia. Felipe Maíllo Salgado considera asimismo que tanto ‘Arṭb ibn Sa’īd como los *Ajbār Maýmū’a* otorgan una mayor importancia a los pactos.

Alejandro García Sanjuán cree que el relato de las fuentes no se ajusta a este paradigma, pues una misma crónica puede mencionar tanto conquistas violentas como pactos de capitulación. Por otra parte, la jurisprudencia islámica se conformó en el siglo IX y esto hace que la distribución del botín durante la mayor parte de las conquistas árabes no se realizara dentro de un marco jurídico bien definido. Existían, además, importantes diferencias en los modos de reparto entre las cuatro grandes escuelas legales suníes. La crítica de García Sanjuán al modelo propuesto por Manzano es muy convincente y, sin embargo, resulta perceptible el interés de algunos autores, en especial Ibn al-Qūṭīyya, por mostrar los hechos según un paradigma concreto, en este caso el pactado. Un tratado de jurisprudencia estudiado por Francisco Javier Simonet menciona la opinión del influyente ‘Abd al-Malik ibn Ḥabīb sobre el modo en que se sometió Hispania: «que ella, o su mayor parte, fue conquistada por fuerza de armas, y que no se quintó ni repartió, sino que cada cual se arrojó sobre un pedazo de ella sin repartimiento del soberano». Siglos después, esta opinión será repetida por el polígrafo Ibn Ḥazm (m. 1064), y es algo que los hechos parecen confirmar pues, tras su regreso a Damasco, Mūsà ibn Nuṣayr fue condenado a pagar una multa colosal por apropiarse del quinto reservado al califa.

A pesar de todos estos problemas, existen motivos para creer que, soslayando los pasajes fantásticos y las reescrituras interesadas, el armazón factual transmitido por las fuentes árabes responde a hechos y personajes reales. No solo una colección de cartas de los años 709-714, «los papiros de Afrodito», mencionan a Mūsà y a su hijo ‘Abd Allāh, sino que dicho esquema argumental coincide a grandes rasgos con la narrativa cristiana, aunque difieran en aspectos notables. La fuente más fiable dada su proximidad cronológica, la *Crónica Mozárabe* o *Continuatio Hispana*, redactada por un clérigo toledano o cordobés hacia el año 754, nos transmite un cruento relato en el que Mūsà, «con la espada, el hambre y la cautividad devasta no solo la Spania ulterior sino también la citerior hasta más allá de Zaragoza», de modo que «con el fuego deja asoladas hermosas ciudades, reduciéndolas a cenizas; manda crucificar a los señores y nobles y descuartiza a puñaladas a los jóvenes y lactantes» hasta que, «sembrando en todos el pánico, las pocas ciudades restantes se ven obligadas a pedir la paz». Compuesto en pleno siglo VIII, el himno litúrgico *Tempore belli* insiste en esta visión catastrófica de la invasión islámica. Habla de unos «bárbaros invasores» que saquean iglesias y hogares cristianos, incendiando las

ciudades que presentan resistencia y tomando a las jóvenes como esclavas sexuales, lo cual crea un «terror indescriptible».

Obviando detalles truculentos y poco creíbles (como la matanza de neonatos sin motivo), la *Crónica Mozárabe* describe un panorama en el que, tras las batallas del lago y de Écija, los conquistadores acometieron unas medidas represivas que crearon un estado de terror, algo confirmado por los *Ajbār Maymū‘a* y la tradición de Aḥmad al-Rāzī: «cuando los godos oyeron de aquellas dos derrotas, Dios llenó sus corazones de pavor». En las crónicas árabes sobre los hechos de los siglos IX y X abundan las decapitaciones y crucifixiones multitudinarias, descritas con la naturalidad de quien menciona algo considerado usual y legítimo. Resulta razonable suponer que estas medidas también se emplearon durante la conquista contra quienes opusieron resistencia, a no ser que asumamos alguna súbita transmutación en las costumbres militares en algún momento del siglo VIII. Todo parece indicar, en suma, que, tras las batallas del lago y de Écija, la conquista se realizó de una forma caótica y diversa: ante el vacío de autoridad en el reino y la incapacidad de mostrar una resistencia coordinada, algunas ciudades fueron tomadas al asalto o cayeron tras un asedio, como Córdoba y Mérida, mientras que otras fueron abandonadas por sus habitantes, que se refugiaron en parajes montañosos, como en el caso de Málaga o Toledo. Sin duda, lo más común fue la capitulación, facilitada por el hecho de que las condiciones de los pactos fueron razonables, si tomamos al de Teodomiro como modelo. Aunque esta autonomía política y fiscalidad reducida solo fue temporal, antes de que se estableciera el pago del *jarāy* y la *ḡizya* tras la elaboración de censos, de modo que, hacia el año 721, el valí ‘Anbasa ibn Suḥaym duplicó los impuestos.

Eduardo Manzano pone como ejemplos de la realidad dual de la conquista yacimientos arqueológicos como el Tolmo de Minateda (Albacete), que apenas presenta cambios a lo largo del siglo VIII, y El Bovalar (Lérida), que muestra un nivel de destrucción poco antes de quedar deshabitado. El registro arqueológico muestra asimismo que un gran número de aldeas peninsulares quedaron deshabitadas a comienzos del siglo VIII, trasladándose su población a emplazamientos encastillados, centros de poder urbanos y pequeños hábitats de nueva creación. Un fenómeno documentado tanto en los 60 asentamientos tardoantiguos del sur de la actual comunidad de Madrid estudiados por Alfonso Vigil-Escalera, como en las 26 aldeas de la cuenca del Duero incluidas en la monografía de Carlos Tejerizo. Una vez que las ciudades fueron sometidas, las zonas rurales, donde residían las bases de poder de la aristocracia hispanogoda, se convirtieron en focos de resistencia. Con el paso del tiempo, esta nobleza pactó con los conquistadores y, tras convertirse al Islam, se les llamó muladíes (*muwalladūn*).

La relativa celeridad de la invasión (catorce años, si empleamos como hito final la toma de Nimes) a veces se ha empleado para imaginar una jubilosa acogida de la población indígena a los

conquistadores. «¿Puede calificarse de conquista la fulminante expansión del Islam en la península?», se pregunta Andrés Martínez Lorca en una reciente obra sobre filosofía andalusí. «¿Cómo se explicaría entonces que unos miles de musulmanes llegaran a dominar sin apenas violencia una población hispanorromana estimada en unos cinco millones de habitantes?» Martínez Lorca concluye su alegato afirmando que la conquista islámica trajo consigo la abolición de la esclavitud.

Como señala Eduardo Manzano, «las formaciones que habían sucedido a la ruina del Imperio romano fueron siempre muy frágiles y una derrota grave de sus ejércitos —por lo general, sus únicos ejércitos— comprometía toda su estructura política y el dominio de los territorios». En *Las Grandes conquistas árabes*, Hugh Kennedy añade a estas causas el declive demográfico iniciado tras la crisis económica del siglo III y concluye que «el hecho de que gran parte del botín capturado en la guerra adoptara la forma de cautivos humanos también sugiere que los recursos humanos eran un bien escaso». En los años 535-536 tuvo lugar un enfriamiento climático causado por la presencia de polvo atmosférico, tal vez procedente de una erupción volcánica, que creó la «Pequeña Edad de Hielo» de la Antigüedad tardía hasta la década de 660. Durante 18 meses, la ausencia de luz solar y un clima adverso arruinaron las cosechas y trajeron hambrunas que facilitaron la propagación de la Peste de Justiniano (541-542), una de las pandemias más devastadoras de la historia, que acabó con la vida de entre 25 y 50 millones de personas y experimentó sucesivos rebrotes hasta bien entrado el siglo VIII. Los *Ajbār Maʿmūʿa* aseguran que, entre los años 707-709, Hispania sufrió nuevas hambrunas que trajeron una plaga en la que pereció la mitad de la población, lo cual facilitó la conquista. Estando la defensa militar muy centralizada y en manos de una reducida élite social, una vez aniquilada la aristocracia guerrera en dos grandes batallas, las ciudades cayeron con facilidad mientras que las zonas poco urbanizadas pudieron presentar una mayor resistencia. Estos catorce años de conquista islámica —nueve, si nos ceñimos a la península— no son anómalos si se los compara con los siete de Siria y Levante (634-641), los cuatro de Egipto (639-643) o los quince del imperio persa (636-651), territorios mucho más poblados que el reino visigodo.

Evidencias materiales de la importancia del saqueo, asociado a una ocupación violenta, son los dinares «transicionales», los precintos de las sacas del botín y los ocultamientos de objetos litúrgicos, como los tesoros de Guarrazar y Torredonjimeno, que reflejan los temores de la población local por el contenido de sus iglesias. Estos dinares (oro del saqueo monetizado) son las primeras acuñaciones árabes en nuestra península y cuentan con una imagen de Hesperia, el lucero de Poniente, junto con una versión latina de la profesión de fe islámica y una referencia a Spania. Fechados en el año 93 de la Hégira (de octubre de 712 a octubre de 713 de nuestra era), un año después del desembarco de Ṭāriq, parecen estar relacionados con la llegada de Mūsà. Existen otras monedas similares del año 94 y, tal vez, del 95; la variedad de cuños y su tosca

factura sugieren que son obra de cecas móviles destinadas a pagar a las tropas. Los siguientes dinares son bilingües, están datados en el año 98 de la Hégira (716-717) y pueden estar vinculados al asesinato de ‘Abd al-‘Azīz ibn Mūsà y la designación de al-Ḥurr como nuevo valí de al-Ándalus. Incluyen una leyenda árabe en el reverso, con referencias a Mahoma y al-Ándalus, y otra latina en el anverso que menciona a Spania. La *Crónica mozárabe* cifra la multa que Mūsà tuvo que pagar por apropiarse del quinto reservado al califa en dos millones de sueldos, unas 9 toneladas de oro, el doble de lo extraído en Las Médulas durante casi dos siglos tras remover 90 millones de metros cúbicos de tierra. A medida que el botín de guerra se fue agotando, también lo hicieron las emisiones de dinares: entre el año 744 y la proclamación de ‘Abd al-Rahmān III como califa en el 929, no volvería a acuñarse oro en al-Ándalus.

En Ruscino, cerca de Perpiñán, aparecieron más de cuarenta piezas de plomo en forma de gruesos remaches con caracteres árabes en ambas caras. Los textos incluyen la palabra *qism* («reparto») y *maqsūm ṭayyib* («división correcta» o «botín lícito»), a veces asociado a un nombre de lugar. Estos sellos precintaban las sacas que contendrían los bienes rapiñados durante las expediciones musulmanas en la Galia meridional. En la península Ibérica se conoce un centenar de sellos de este tipo, con referencias a Córdoba, Sevilla, Jaén, Elvira, Málaga y Media Sidonia en España, y Beja y Ossonoba en el sur de Portugal. Algunos muestran nombres de persona, la mayoría emires de al-Ándalus que, como al-Ḥurr, al-Samḥ o ‘Anbasa ibn Suḥaym, desarrollaron una importante actividad militar en el primer tercio del siglo VIII. En los ejemplares hispanos también aparecen palabras como *ṣulḥ* o *muṣālaḥa* asociadas a nombres de ciudades, aludiendo a algún pacto de capitulación, además de términos fiscales como *fay’ Allāh* («la parte de Dios») o *‘ahd*, en alusión al impuesto de capitación a los dimmīs llamado *ḡizya*. Como señalan Ibrahim y Sénac, «sea cual fuere el volumen de bolsas en las que iban estos sellos, el corpus que se presenta refleja la riqueza del botín capturado durante la conquista».

Uno de los precintos de plomo parece confirmar la «sed de mujeres» que, según Pierre Guichard, fue un impulsor de las conquistas árabes, dado que cuenta con la leyenda *qism* o «reparto» e incluye el término *jarā’id* (plural de *jarāda* o «perla sin abrir») en alusión a las doncellas cautivas. Ibn al-Atīr asegura que Mūsà regresó a Siria con «treinta mil vírgenes, hijas de reyes y dirigentes godos, una innumerable cantidad de mercancías y piedras preciosas». El tunecino Ibn al-Kardabūs (s. XII) eleva esta cifra a «cien mil prisioneros, entre hombres, mujeres y niños», que constituirían el quinto del *ganīma* o botín de guerra que engrosó las arcas del estado o *bayt al-māl*, según una conocida prescripción coránica (8:41). En total, medio millón de esclavos, una cantidad enorme y sin duda exagerada para un territorio que, en esta época, debía contar con entre dos y cuatro millones de habitantes.

## *Don Julián y Florinda*

La violación de Rodrigo a la hija de Julián, que desencadenaría la «ruina de España», constituye un referente en nuestro imaginario colectivo que ha protagonizado innumerables obras de ficción, como *El último godo* de Lope de Vega, *El Pelayo* de José de Espronceda o la *Reivindicación del conde don Julián* de Juan Goytisolo, monólogo escatológico que el conde ceutí dedica a la posteridad, o el autor a su psiquiatra. El argumento moralizador de la Cava y don Julián ha rebasado nuestras fronteras e inspiró a literatos de la talla de Walter Scott o Washington Irving. De acuerdo a esta leyenda, el conde de Ceuta, bajo la autoridad del reino visigodo, envió a su hija Florinda a Toledo, donde fue violada por el rey Rodrigo, lo cual hizo que Julián le traicionase y trajera en sus naves al ejército de Ṭāriq a España.

Ya en 1906, Juan Menéndez Pidal consideró que «el carácter novelesco de esta aventura amorosa y la venganza del conde» debían hacernos relegar este episodio «a los dominios de la poesía». La traición del conde ceutí no solo responde al arquetipo de traidor frecuente del género *ajbār*, sino que además el abuso de un soberano a la hija de uno de sus consejeros, que traería la ruina de un reino, es un motivo recurrente en la tradición literaria latina y germánica. En su *Bellum Vandalicum*, Procopio de Cesarea narra la historia de Máximo, un senador cuya esposa es violada por el emperador Valentiniano III y luego le convence para que mate a Aecio, lo cual trae consigo la invasión de Atila y la muerte del violador. Pedro Chalmeta desestima la posibilidad de que lo referido por las fuentes árabes pudiera tener lugar, ya que la traición de Yulyān acaeció a finales del año 709, durante el reinado de Witiza, y Rodrigo no fue coronado hasta el invierno de 710-711.

La obra más próxima a los hechos, la *Crónica mozárabe de 754*, menciona a un consejero cristiano llamado Urbanus que acompañó a Mūsā en la conquista y procedía del norte de África. Este personaje parece cuadrar con el Yulyān que mencionan las fuentes árabes y se ha supuesto que dicho nombre sea un error del copista, que habría confundido Iulianus con Urbanus. En su día, García Moreno sugirió la existencia de un *comes iulianus* que ejercería su autoridad sobre Julia Traducta y la zona del Estrecho, aunque más tarde desestimó la idea. En su estudio sobre las relaciones entre Hispania y Bizancio, Margarita Vallejo Girvés considera posible un acercamiento entre la monarquía visigoda y el Imperio romano oriental en época de Wamba y Constantino IV. Tras la definitiva caída de Cartago en manos árabes en 698, el ejército septensino desapareció y Ceuta habría caído en la órbita de la monarquía visigoda. De este modo, Urbano sería «un antiguo súbdito bizantino y gobernador de Ceuta, efectivamente, pero de una Ceuta abandonada por los bizantinos y cuya supervivencia debió de pasar, al menos de forma momentánea, por una alianza con los visigodos primero, con los musulmanes después». A partir del estudio del registro

arqueológico de la Tingitana, Noé Villaverde concluye que, «al igual que Tánger, los restos arqueológicos de Ceuta permiten atestiguar entre el siglo VII e inicios del siglo VIII la relación de la plaza con el medio visigodo, pues de allí proceden elementos indumentarios y monedas que atestiguan cierta entidad estamental o social del poblamiento local en la órbita gótica en un momento previo a la conquista árabe».

En cualquier caso, la *Crónica mozárabe* no menciona ninguna violación a la hija de Julián/Urbano, como tampoco lo hace ‘Abd al-Malik ibn Ḥabīb, la fuente andalusí más antigua. El primero en narrar el estupro es el egipcio Ibn ‘Abd al-Ḥakam y, a partir de entonces, queda recogido en los textos árabes sin que ninguno cite el nombre de la muchacha. Las crónicas asturianas del siglo IX solo describen la lujuria de Witiza o Rodrigo, sin referirse a Julián ni a ningún abuso. La primera fuente cristiana que, ya en el siglo XII, alude al ultraje es la *Chronica Gothorum pseudo-Isidoriana* y este es atribuido a Witiza, citado con el nombre de Gético. Esta exégesis forma parte de una tradición mozárabe preservada de forma indirecta en una traducción al árabe de la obra de Paulo Orosio (m. c. 420), actualizada con diversos materiales. Fragmentos del «Orosio interpolado» son transcritos por Ibn Jaldūn (m. 1406) y aparecen en dos manuscritos, uno titulado *Kitāb Hurūšiyūs*, que abarcaba hasta la conquista peninsular y del que se han perdido los folios finales, y otro conservado en Raqqāda (Túnez) cuyas páginas sobre la invasión de al-Ándalus son las más deterioradas. La violación de Rodrigo fue más tarde incorporada a la narrativa cristiana en el *Chronicon mundi* de Lucas de Tuy (1236) y el *De Rebus Hispaniae* de Jiménez de Rada (1243), con la leve variante, en esta última, de que Rodrigo fuerza a la esposa del noble ceutí y no a su hija. Con el paso del tiempo la narración fue ganando en detalle, como en el Romancero viejo o en la *Crónica sarracina* de Pedro de Corral (1430), hasta alcanzar el paroxismo con la falsificación del morisco Miguel de Luna (1592), supuesta traducción de una crónica árabe inédita, recurso parodiado por Miguel de Cervantes al atribuir la autoría de *El Quijote* a un historiador arábigo llamado Cide Hamete Benengeli. Tras ser traducido al inglés y francés, este fraude «antigoticista» en el que los personajes muestran el maniqueísmo propio de los libros de caballerías, inspiraría a infinidad de literatos extranjeros como Washington Irving, Walter Scott o Robert Southey.

La *Chronica Gothorum pseudo-Isidoriana* asegura que Witiza oyó hablar de la belleza de la hija de Julián, llamada Oliba, cuando la corte se hallaba en Sevilla. Hizo llamar al conde ceutí para mantenerlo ocupado y luego falsificó una carta para que su esposa acudiera a la ciudad del Guadalquivir junto con la muchacha. Una vez consumado el estupro, la familia logró huir a Ceuta y envió una misiva a Ṭāriq ofreciéndole su ayuda para conquistar Hispania. La crónica *pseudo-Isidoriana* menciona que en ese momento la corte visigoda era itinerante entre Toledo, Mérida, Sevilla y Córdoba, lo cual coincide, según García Moreno, con la fecha y lugar de algunos

documentos coetáneos. Este hecho, unido a que la violación es cometida por Witiza, otorga cierta credibilidad a una narración que Ibn Jaldūn consideró «lo más verídico» que había leído sobre la conquista de al-Ándalus. O al menos permite conciliar un estupro ficticio con unos hechos históricos fechados. He empleado esta tradición mozárabe para recrear la posible violación de la hija de Julián/Urbano, pues me seducía aportar un nuevo enfoque a este conocido tema literario.

No obstante, Juan Fernández Valverde sostiene que el relato de la *pseudo-Isidoriana* está inspirado en la violación de Lucrecia por parte de Tarquinio el Soberbio, que trajo consigo la caída de la monarquía en Roma, siguiendo el texto de Tito Livio. Enrique Gozalbes Cravioto estima que el anónimo autor mozárabe mezcló esta tradición romana con una leyenda árabe de origen egipcio, que se popularizó en el ámbito cristiano porque recoge «una historia moralizante que fijaba la atención en el pecado de un mal rey, castigado además desde la doctrina de los juicios de Dios». Por último, Carlos Martínez Carrasco ha cuestionado la identificación del Julián de la tradición islámica con el Urbano de la *Crónica mozárabe*. Considera asimismo que en el 711 Ceuta no estaba bajo la soberanía de Toledo sino de Constantinopla, y que esta leyenda reproduce un tema frecuente en la literatura islámica: «La visión de la mujer no árabe como fuente de desgracias, siguiendo la línea misógina de toda la literatura medieval, dada esa promiscuidad e inmoralidad de la que hacían gala las cristianas —y que no tenían las castas musulmanas— para llevar a los hombres a la perdición».

### *La traición de los witizanos*

Otro detalle que puede desconcertar al lector es el papel que los distintos relatos históricos otorgan a los «witizanos». En algunos casos se habla incluso de un acuerdo previo entre Ṭāriq y los familiares del difunto monarca para conducir a Rodrigo a una batalla a campo abierto y después traicionarle. Los nombres y parentesco de estos witizanos (Agila, Opas, Sisberto, Alamundo, Artobás, Rómulo) pueden asimismo variar en función de las teorías de cada historiador.

Está fuera de dudas que, tras la muerte de Witiza, hubo un interregno con disputas entre facciones nobiliarias y una campaña de Rodrigo en tierras vasconas. El desembarco de Ṭāriq sorprendió al nuevo rey en Pamplona y por ello se vio forzado a atravesar el reino de norte a sur para enfrentarse a los musulmanes. Sobre el modo en el que fue coronado, la *Crónica mozárabe* solo dice que «Rodrigo, a ruegos del senado, ocupa el trono en virtud de una revuelta», una frase lacónica que ha hecho correr ríos de tinta, pues los términos *invadit* y *tumultuose* señalan una acción violencia, al tiempo que el *ortante senatu* sugiere que Rodrigo contaba con el respaldo de una asamblea de nobles que podría ser el Aula Regia.

Sabemos que Witiza falleció de causas naturales sin haber cumplido los 29 años, dejando unos hijos que, a causa de su corta edad, no pudieron desempeñar un papel militar relevante. Los *Ajbār Maýmū‘a* y el *Fatḥ al-Andalus* llaman Opas y Sisberto a los witizanos a los que Rodrigo confió las alas de su ejército en la batalla contra Ṭāriq y luego le abandonaron en el combate. Aunque la primera crónica afirma que se trataba de los hijos de Witiza, el *Fatḥ* asegura que ambos eran «hijos de Égica, padre de Witiza», lo cual coincide con la *Crónica mozárabe de 754*, que precisa que Opas era hijo del rey Égica. De todo ello se deduce que Opas y Sisberto debían ser, en realidad, los hermanos del difunto monarca.

Respecto a la traición, la *Crónica mozárabe* solo menciona que Rodrigo «fue a las Montañas transductinas para luchar contra ellos y cayó en la batalla al fugarse todo el ejército que por rivalidad y dolorosamente había ido con él solo por la ambición del reino». Los *Ajbār Maýmū‘a*, el *Fatḥ al-Andalus* e Ibn Ḥayyān también presentan la defección como obra de un amplio sector de la nobleza, sin precisar ningún nombre:

Cuando [Rodrigo] avanzó hacia los musulmanes, acompañado por lo más selecto de la aristocracia, príncipes y caballeros, estos se concertaron diciendo: «Este malnacido se ha hecho un poder que a nosotros correspondía, pues no es de estirpe real y antaño no pasaba de ser uno de nuestros seguidores; su proceder nos está perjudicando grandemente. Estas gentes que nos han invadido no pretenden asentarse en nuestra tierra y su afán es llenar sus manos de botín antes de alejarse. Desbandémonos cuando nos enfrentemos a esos invasores, ellos derrotarán a este malnacido y, cuando se retiren, entronizaremos a quien merezca el cargo».

Tras la batalla del lago, Ṭāriq tuvo que librar una nueva contienda en Écija, donde se habían reunido los supervivientes o los desertores del combate anterior. Pedro Chalmeta identifica este ejército con los witizanos y concluye que «la batalla de Écija será la que verdaderamente decida el destino de Hispania», pues tras ella no quedó ninguna fuerza militar capaz de oponerse a los invasores.

La idea de un pacto previo entre Ṭāriq y los witizanos tiene su origen en Ibn al-Qūṭīyya, que describe a tres hijos de Witiza (Alamundo, Artobás y Rómulo) recibiendo las tres mil haciendas que habían pertenecido a la corona (*res dominica* o *Ṣafāyā al-mulūk*) a cambio de su traición. Recordemos que Ibn al-Qūṭīyya era descendiente de Sara, una hija de Alamundo casada con un conquistador árabe, por lo que presenta la sumisión de Hispania como un acuerdo entre sus antepasados y Ṭāriq, para así justificar sus derechos sobre las propiedades que recibió por herencia.

Las fuentes hispanas más tempranas, como la *Crónica mozárabe*, no vinculan los pecados del rey con la «ruina de España», ni presentan el conflicto en clave religiosa. Será en el ámbito franco, a través de la *Crónica de Moissac* del año 818, donde por primera vez se presente a la

inmoralidad de Witiza como causa de la invasión musulmana y se elabore la idea del «juicio de Dios». Décadas después, en el reino asturiano se redactaron varias obras que presentan la «pérdida de España» como un castigo divino por los pecados de su Iglesia. La primera es la *Crónica albedense*, compendio de saber universal redactado en el año 881, que esboza un breve relato de los reinados de Witiza, Rodrigo y Pelayo, en el que se menciona sucintamente una conjura:

Los sarracenos, llamados por la traición, ocuparon España, apoderándose de la Monarquía de los godos, parte de la cual poseen con tenacidad, aunque los cristianos les hacen constantemente guerra día y noche hasta que la divina providencia disponga que se les expulse de acá con toda dureza.

Por su parte, la *Crónica de Alfonso III* (880-884) presenta dos versiones, la *Rotense* y la *Ovetense* (o *Ad Sebastianum*). La *Rotense* solo dice que «por causa del engaño de los hijos de Witiza, los sarracenos invadieron España», tras lo cual las tropas de Rodrigo, «desamparados por la traición de los hijos de Witiza, volvieron espaldas y huyeron». La versión «para Sebastián», una reescritura de la anterior, es la primera en afirmar que los hijos de Witiza «enviaron astutamente emisarios al África, pidiendo auxilios a los sarracenos, y para proporcionarles naves, con las que los introdujeron en España». Por último, la *Historia silense*, llamada así por ser atribuida de forma errónea a un monje de Santo Domingo de Silos, aunque fue redactada en León entre los años 1109 y 1118, por lo que también es conocida como *Historia Legionensis*, incide en que la indolencia y lujuria de Witiza hicieron que el pueblo despreciase a los clérigos. Rodrigo habría sido elegido por un concilio de notables de la nación goda, pero sus costumbres resultaron similares a las de su predecesor. Expulsó a los dos hijos de Witiza, que acudieron a la Tingitana para reunirse con el conde Julián. La batalla se pierde, no por una desbandada, sino al verse los hispanos superados tras haber perdido el favor divino.

Como vemos, en la tradición asturleonese el papel de los witizanos en la traición se vuelve más activo con el paso del tiempo: de limitarse a huir en el fragor de la batalla, pasan a enviar mensajeros a Ṭāriq y, por último, a viajar ellos mismos a África para reunirse con el conde ceutí. Alexander Pierre Bronisch considera que la *Crónica de Alfonso III* contiene en su primera parte un conjunto de falsedades con las que se pretende desprestigiar a Witiza y Ervigio, su abuelo por parte materna. Esta leyenda antiwitizana habría sido elaborada durante el reinado de Mauregato (r. 783-788), posiblemente porque en el reino asturiano había descendientes de Witiza que reclamaban el trono y cuestionaban el linaje de Alfonso I, el hijo del duque Pedro de Cantabria. En su *Apologético*, Beato de Liébana (m. c. 798) sostiene que, en su época, algunos nobles adoptaban el nombre de Witiza para atribuirse una estirpe regia. Según Amancio Isla, en tiempos

de Alfonso III hubo una rebelión liderada por un *dux* Witiza en torno a Tuy, ciudad que la tradición asturiana vincula con el rey visigodo homónimo.

Por lo tanto, en la *Crónica mozárabe* y las fuentes árabes más fiables la traición a Rodrigo se presenta de forma más o menos improvisada, ante la expectativa de que los musulmanes se retirasen una vez concluida una supuesta incursión de saqueo. El pacto previo a la batalla entre los witizanos y Ṭāriq aparece por primera vez en la obra de Ibn al-Qūṭiyya y en la *Crónica de Alfonso III*, pero existen motivos para dudar de esta versión de los hechos: mientras que el primero exagera el papel de sus antepasados godos en la conquista, la crónica asturiana trata de desacreditarlos para menoscabar las ambiciones políticas de sus descendientes.

Además de las fuentes textuales, contamos con evidencias materiales. Entre el año 709 y la primavera de 711, se emitieron tres series de feluses en Tánger. En algunos figura la leyenda *nafaqa fī sabīl Allāh* («la paga percibida por los guerreros que luchan por Alá»), expresión frecuente en las referencias coránicas al *yihad*. Miquel Barceló cree que estas acuñaciones de bronce prueban el carácter organizado de la invasión musulmana y considera irrefutable que «el paso del Estrecho no lo haría Ṭāriq como simple auxiliar del bando witizano en su reyerta con una facción rodriguista, sino como jefe de una expedición de conquista». La numismática también documenta la existencia de al menos otra facción visigoda en disputa. En El Bovalar se hallaron monedas de Égica y Witiza junto a otras de un monarca llamado Agila. El nombre de este rey no figura en la historiografía asturiana, pero sí en un latérculo catalán del año 828 que menciona como sucesores de Witiza a Agila II (710-713) y Ardo (713-720), quienes gobernarían en el extremo nororiental del reino, la Tarraconense y la Septimania, tras la muerte de este. Algunos historiadores han querido identificar a Agila con el Alamundo de Ibn al-Qūṭiyya, pero no existe ningún dato sólido que lo respalde.

### *Tras la batalla del lago*

Una vez que los witizanos fueron derrotados en Écija, Ṭāriq dividió su ejército en tres columnas: la principal, dirigida por él mismo, marchó hacia Toledo mientras 700 jinetes bajo el mando de Muḡt al-Rūmī se dirigían a Córdoba y otra hueste avanzaba hacia Málaga y Granada. Pedro Chalmeta cree que si ningún otro destacamento se dirigió hacia Sevilla fue porque se trataba de la sede episcopal de Opas. La mayoría de las fuentes árabes afirman que Ṭāriq encontró Toledo vacío, pues la nobleza se había refugiado «en una ciudad más allá de los montes». La *Crónica mozárabe* asegura que, una vez en la capital, Opas hizo que ejecutaran a «algunos nobles, señores varones, que allí se habían quedado», sin duda seguidores de Rodrigo. El ejército musulmán cruzó la sierra de Guadarrama y conquistó la «ciudad de la Mesa» (*madīnat al-*

*mā'ida*), donde se apoderó de la legendaria Mesa de Salomón. Jiménez de Rada, siguiendo a Aḥmad al-Rāzī, relata el remate de la expedición:

Desde aquí se vino Ṭāriq para Amaya, antigua ciudad Patricia, en la que había buscado refugio por razón de su fortaleza una gran multitud de fugitivos, pero, dada el hambre y la penuria que asolaban a casi toda España, la ciudad fue conquistada en poco tiempo, apoderándose en ella de muchos miles de cautivos y del tesoro y las riquezas de los magnates.

Después Ṭāriq marchó hacia Astorga y regresó a Toledo. En el Ramadán del año 93 de la Hégira (junio-julio de 712), Mūsà ibn Nuṣayr desembarcó en Algeciras con un contingente que las distintas fuentes estiman entre 10.000 y 20.000 hombres, siendo 18.000 la cifra más citada. El caudillo árabe no quiso rebajarse a seguir la misma ruta que su cliente bereber y entonces los guías de Julián le dijeron: «Te llevaremos por un camino mejor que el de Ṭāriq, te guiaremos por ciudades de mucha más importancia y copioso botín». De modo que se dirigió hacia Sevilla, tomando antes Medina Sidonia y Carmona. Algunas fuentes árabes sostienen que Medina Sidonia ya había sido conquistada por Ṭāriq, pero los precintos de plomo documentan que pagaba la *ḡizya*, lo que sugiere que hubo un pacto de capitulación.

Sevilla cayó tras varios meses de asedio y después Mérida opondría una feroz resistencia. Mientras se prolongaba el sitio a la ciudad del Guadiana, los sevillanos se sublevaron con la ayuda de tropas de Niebla y Beja. Mūsà envió a su hijo ‘Abd al-‘Azīz, que retomó la antigua sede episcopal de Opatas y sometió el Algarbe. La capital lusitana se rindió el 30 de junio de 713 y entonces Mūsà se dirigió a Toledo. En el camino, se reunió con Ṭāriq, que había salido a su encuentro. La mayor parte de las crónicas árabes aseguran que Mūsà le golpeó con una fusta, unos dicen que por envidia y otros porque el bereber se había extralimitado en sus atribuciones o había ignorado órdenes. En cualquier caso, la preocupación de Mūsà era el tesoro visigodo y los frutos del saqueo que Ṭāriq tuvo que entregarle. Los dos ejércitos, el árabe y el bereber, se unieron para conquistar Zaragoza y, a decir de Ibn Ḥayyān, en esta campaña contra la Tarraconense «nadie les salía al paso como no fuera para pedir la paz», una falta de resistencia que desmiente el yacimiento leridano de El Bovalar. Huesca fue asediada, pero no caería hasta siete años después, en tiempos del valí al-Ḥurr. El límite oriental de este avance debió de ser Tarragona, que fue tomada al asalto. Mūsà marchó entonces hacia tierras vasconas, por el camino sometió al conde Casio y luego conquistó Pamplona. En la *maqbara* de esta ciudad fueron halladas 172 tumbas, estudiadas por la antropóloga e historiadora María Paz Miguel Ibáñez. Los análisis genéticos a estos enterramientos del siglo VIII documentan tanto individuos de origen norteafricano como población autóctona islamizada. Cinco esqueletos masculinos presentan evidencias de heridas de arma blanca sin supervivencia y, en general, abundan las lesiones y fracturas de cúbito o de

«parada de golpe» entre los restos de una posible guarnición dejada tras la conquista de la ciudad, ya sea por Mūsà o un valí posterior.

Siguiendo la vía XXXIV del Anónimo de Rávena, el ejército de Mūsà llegó a ʿIllīqiya, la Gallaecia tardorromana, más tarde identificada con el reino asturleonés. Los lugareños capitularon después de que «no quedara iglesia por derribar ni campana por quebrantar», afirmación de al-Maqqarī que Chalmeta considera metafórica. Un mensajero del califa interrumpió la conquista y Mūsà tuvo que regresar a Damasco junto a Ṭāriq y Mug̃t al-Rūmī, dejando a su hijo ʿAbd al-ʿAzīz a cargo de los asuntos hispanos.

El conquistador llegó a la capital del imperio islámico en diciembre de 714 o enero de 715, acompañado del cortejo de cautivos ya mencionado. Algunas fuentes hablan de 400 príncipes, entre los que figuraban Julián/Urbano, además de un fastuoso botín compuesto por «oro, plata, ricos adornos, piedras preciosas, perlas y otros despojos hechos por toda Hispania, [en tal cantidad] que sería largo de enumerar». Las desavenencias por el reparto hicieron que Ṭāriq y Mug̃t acusaran a su señor de haberse apropiado de bienes de forma fraudulenta, algo que al-Walīd asumió sin considerarlo merecedor de ningún castigo. No obstante, cuando el califa falleció y le sucedió su hermano Sulaymān, tanto Mūsà como su familia tuvieron que pagar una enorme suma, que varía de 200.000 a 4.000.000 de dinares según la fuente.

Mientras tanto, la conquista de Hispania proseguía de la mano de ʿAbd al-ʿAzīz, que desposó a Egilo, la viuda de Rodrigo, y sometió varias ciudades de la Lusitania meridional y los dominios de Teodomiro en el sureste, con quien firmó un tratado o tregua (*amān*) cuyo texto se ha conservado. En el año 716 ʿAbd al-ʿAzīz fue asesinado por Ḥabīb ibn Abī ʿUbayda al-Fihri, bajo la acusación de apostasía e intento de rebelión para proclamarse rey, algo tal vez alentado por el trato que el nuevo califa dispensó a su padre. Los valíes que le sucedieron dirigieron su actividad militar contra la Tarraconense y la Septimania, donde reinaba Agila II y después Ardo. Entre los años 717 y 718, al-Ḥurr tomó Tarragona y Barcelona; su sucesor al-Samḥ realizó varias campañas al norte de los Pirineos, aunque fue ʿAnbasa ibn Suḥaym quien concluyó la conquista del reino godo con la toma de Carcasona y Nimes en el año 725.

### *El lugar de la batalla*

Tal vez el elemento de confusión más inmediato sea el lugar de la batalla entre Rodrigo y Ṭariq. La *Crónica mozárabe de 754* asegura que el enfrentamiento sucedió en los *Transductini promonturii*, la sierra que se extiende al norte de Julia Traducta (ya sea Tarifa o Algeciras). Las tradiciones de Ibn Saʿīd y al-Rāzī sitúan la contienda en el distrito (*kūra*) de Medina Sidonia y en

las proximidades de *Wādī lakko* o «río del lago», siendo este último término una transliteración del latino *lacus*. Esta descripción cuadra con el río Barbate y la Laguna de la Janda, un humedal de cuatro mil hectáreas situado al norte del municipio de Tarifa, desecado durante la dictadura franquista para obtener tierras de uso agrario en lo que supuso uno de los mayores atentados ecológicos de nuestra historia reciente. La popularización del río Guadalete como lugar de la batalla tiene su origen en *De rebus Hispaniae* de Jiménez de Rada, que en el siglo XIII menciona el lugar como *Vedelac* y que, a su vez, fue interpretado como Guadalete por los copistas posteriores y por el autor de la *Primera crónica general* (1270-1274).

En 1840, el arabista Pascual de Gayangos, en su traducción de la obra de al-Maqqarī, fue el primero en cuestionar esta localización, una opinión seguida por Reinhart Dozy en sus estudios sobre los *Ajbār Maymū'a* (1860), además de Emilio Lafuente (1867) y los hermanos José y Manuel Oliver Hurtado, quienes publicaron en 1869 un minucioso estudio bajo el elocuente título de *La batalla de Vejer o del lago de la Janda, comúnmente llamada del Guadalete*. A pesar de que esta nueva ubicación fue defendida por el arabista Eduardo Saavedra en su *Estudio sobre la invasión de los árabes en España* (1891), los trabajos de Adolfo de Castro (1858) y Ricardo Burguete Reparaz (1915) aún situaban el enfrentamiento en las inmediaciones del Guadalete. Desde su exilio argentino, Claudio Sánchez Albornoz defendió este topónimo a capa y espada y su enorme prestigio académico ha oficializado el nombre de «batalla de Guadalete», aunque la crítica moderna se refiere a ella como «batalla del lago».

A partir de la escasa información de la que disponemos, podemos deducir que Ṭāriq dispuso a sus hombres en una posición defensiva, tal vez sobre un emplazamiento elevado junto a la vía romana que unía Carteya con Córdoba, en las inmediaciones de un puente romano que cruzaba el Barbate cerca de Alcalá de los Gazules. Tanto Aḥmad al-Rāzī como 'Arīb ibn Sa'īd aseguran que Rodrigo murió ahogado, por lo que he supuesto la proximidad de la laguna al campo de batalla. Para evitar descripciones demasiado vagas, he ubicado el campamento de Ṭāriq en un cerro próximo a la autovía A-381, a orillas del moderno embalse del Barbate.

Respecto a la entidad de ambos ejércitos, sabemos que en un principio Ṭāriq contaba con 7.000 hombres y que recibió 5.000 más tras saber que Rodrigo se hallaba en camino. Hugh Kennedy considera que, para elaborar sus obras, algunos cronistas árabes pudieron contar con los registros del *dīwān* y, por lo tanto, tales cifras pueden ser fiables. Por contra, Ibn Ḥabīb estima el ejército de Rodrigo en 70.000 hombres y Ahmad al-Rāzī eleva su número a 100.000. Resulta imposible que una sociedad «protofeudal» como la visigoda pudiera movilizar y abastecer a un contingente de tal magnitud. Los especialistas modernos consideran que estas exageraciones de las fuerzas enemigas pretendían ensalzar la trascendencia del choque y magnificar la victoria, o justificar la derrota, según el caso. Ya en el siglo XIV, el historiador tunecino Ibn Jaldūn, célebre por su uso crítico de

las fuentes, cuestionó estos excesos tan habituales en la historiografía medieval. Lo usual en los conflictos de la Alta Edad Media europea fueron pequeñas huestes de centenares de guerreros y, en ocasiones, de varios millares. Un ejército de diez o quince mil individuos solo se reuniría en circunstancias muy excepcionales y, en la actualidad, la mayoría de los historiadores militares considera a esta última cifra un límite impuesto por la logística. Amancio Isla estimó los efectivos de Rodrigo en la batalla del lago en unos 12.000-14.000 hombres, un contingente similar al movilizado por Wamba en 673 para sofocar la rebelión de Paulo.

‘Abd al-Malik ibn Ḥabīb describe a Rodrigo en la batalla «sentado en una silla entre dos mulos, bajo un parasol incrustado de perlas, jacinto y topacio», algo refutado por el *Liber Ordinum*, que pormenoriza el modo en que los reyes visigodos marchaban a la guerra. Existe una versión apócrifa del discurso que Ṭāriq habría pronunciado poco antes del combate, redactado por el ulema egipcio Ibn Wahb (m. 813). Esta arenga fue reproducida por Ibn Ḥabīb y hoy es muy popular en los países del Magreb, donde se enseña en las escuelas:

Cuando llegó hasta Ṭāriq [la noticia] de su proximidad, se alzó ante sus compañeros, alabó y ensalzó a Alá y después instigó a la gente al *ḡihad* y les hizo desear el martirio. Luego dijo: «¡Oh, gentes! ¿Hacia dónde vais a huir si el mar está detrás de vosotros y el enemigo frente a vosotros? No os queda más que, por Alá, la firmeza y la perseverancia. En verdad yo seré quien se enfrente a su tirano por mí mismo y no abandonaré hasta que me encuentre con él o caiga antes muerto en el intento».

El anónimo autor de *Al-‘Imāma wal-Siyāsa* (s. IX) amplía el texto incluyendo referencias coránicas al *ḡihad* y a «las hermosas huríes que florecen en esta península, hijas de los griegos ataviadas con largos vestidos ornados de perlas y coral, y mantos recamados en oro puro». Albrecht Noth considera que esta clase de discursos, si bien son ficticios en su formulación, pueden reflejar la ideología y las circunstancias propias de la época.

Aunque las fuentes no aportan demasiados detalles, sabemos que Rodrigo comandaba el centro del ejército hispano mientras que Sisberto y Opas dirigían las alas. Una vez entablado el combate, los witizanos abandonaron la lucha y, probablemente, la hueste de Ṭāriq envolvió a su oponente. La derrota fue completa y pereció el propio monarca, algo inusual en la época. Ahogado en la laguna, su cadáver jamás fue encontrado, aunque sí algunos ornamentos y arreos del caballo, según Aḥmad al-Rāzī. Poco después, el califa de Damasco hizo construir un palacete llamado Quṣayr ‘Amra a ochenta kilómetros de la actual capital de Jordania. En los frescos que decoran el interior aparece una figura sentada, al-Walīd I, ante el cual se hallan seis reyes que un texto identifica como Qaysar, el emperador bizantino al que venció Maslama, general y hermano de al-Walīd; Cosroes —el Shah de Persia—, tal vez Piruz III; el negus de Abisinia; el rey indio Dahir, derrotado por los árabes en 712; y un emperador chino de la dinastía Tang. Muy deteriorada, a la

izquierda del soberano persa, se halla la efigie del rey visigodo Rodorikos. Sobre ellos aparece la palabra griega *Niké*, «Victoria».

La *Crónica de Alfonso III* asegura que, un siglo y medio después, cuando el reino asturiano repobló la ciudad de Viseu, se descubrió un sepulcro cuya inscripción decía: «Aquí yace Rodrigo, el último rey de los godos».

Santander, 28 de mayo de 2019

## Bibliografía básica

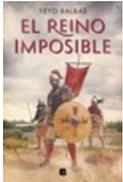
- CHALMETA GENDRÓN, P. (1994), *Invasión e islamización. La sumisión de Hispania y la formación de al-Ándalus*, Madrid.
- CLARKE, N. (2012), *The Muslim Conquest of Iberia: Medieval Arabic Narratives*, Londres.
- COLLINS, R. (1991), *La conquista árabe (710-797)*, Barcelona.
- DE MIGUEL IBÁÑEZ, M. P. (2016), *La maqbara de Pamplona (s. VIII), aportes de la osteoarqueología al conocimiento de la islamización en la marca superior*, Alicante.
- GARCÍA MORENO, L. A. y otros (2011), *711 Arqueología e historia entre dos mundos* (2 vols.), Alcalá de Henares.
- , (2013), *España 702-719. La conquista musulmana*, Madrid.
- GARCÍA MORENO, L. A.; SÁNCHEZ MEDINA, E.; FERNÁNDEZ FONFRÍA, L. (2015), *Historiografía y representaciones: III estudios sobre las fuentes de la conquista islámica*, Madrid.
- GARCÍA SANJUÁN, A. (2013), *La conquista islámica de la península Ibérica y la tergiversación del pasado*, Madrid.
- ISLA, A. (2010), *Ejército, sociedad y política en la península Ibérica entre los siglos VII y XI*, Madrid.
- KENNEDY, H. (2001), *The Armies of the Caliphs. Military and Society in the Early Islamic State*, Londres-Nueva York.
- (2007), *Las grandes conquistas árabes*, Barcelona.
- MAÍLLO SALGADO, F. (2011), *Acerca de la conquista árabe de España*, Gijón.
- MANZANO MORENO, E. (2006), *Conquistadores, emires y califas*, Barcelona.
- ORTEGA, J. M. (2018), *La conquista islámica de la península Ibérica: una perspectiva arqueológica*, Madrid.
- SÉNAC, P.; IBRAHIM, T. (2017), *Los precintos de la conquista omeya y la formación de al-Ándalus (711-756)*, Granada.
- TEJERIZO, C. (2017), *Arqueología de las sociedades campesinas en la cuenca del Duero durante la primera alta Edad Media*, Bilbao.
- VALLEJO GIRVÉS, M. (2012), *Hispania y Bizancio: Una relación desconocida*, Madrid.
- VILLAVEVERDE VEGA, N. (2001), *Tingitana en la Antigüedad Tardía (siglos III-VII)*, Madrid.
- VV.AA. (2012), *De Mahoma a Carlomagno, los primeros tiempos (siglos VII-IX)*, XXXIX Semana de Estudios Medievales, Estella.

## ARTÍCULOS

- BARCELÓ, M. (1971-1972), «Sobre algunos *fulūs* contemporáneos a la conquista de Hispania por los árabe-musulmanes», *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de Barcelona*, XXXIV, pp. 33-42.
- FERNÁNDEZ VALVERDE, J. (2001), «Tito Livio mozárabe», *Exemplaria: Revista de literatura comparada*, n.º 5, pp. 131-134.
- GOZALBES CRAVIOTO, E. (2011), «El Comes Iulianus (Conde Julián de Ceuta), entre la historia y la literatura», *Al*

- Qantir: Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa*, n.º 11, pp. 3-35.
- HERRERO SOTO, O. (2010), «La arenga de Tariq B. Ziyad: un ejemplo de creación retórica en la historiografía árabe», *Talia Dixit: Revista Interdisciplinar de Retórica e Historiografía*, n.º 5, pp. 45-74.
- ISLA FREZ, A. (1998), «Los dos Vítizas, pasado y presente en las crónicas asturianas», *“Romanización” y “reconquista” en la península Ibérica: nuevas perspectivas*, pp. 303-316.
- MAKKI, M. ‘A. (1957), «Egipto y los orígenes de la historiografía árabe-española», *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos de Madrid*, n.º 5, pp. 157-248.
- MANZANO MORENO, E. (2011), «Algunas reflexiones sobre el 711», *Awraq: Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, n.º 3, pp. 3-20.
- MARTÍNEZ CARRASCO, C. (2014), «El último patricio romano de Spania. Una relectura de la figura del conde don Julián», *De Roma a Bizancio: El territorio del sureste hispano (II Jornadas interdisciplinarias de derecho, historia y arqueología)*.
- MOLINA MARTÍNEZ, L. (1998), «Un relato de la conquista de Al-Ándalus», *Al-qantara: Revista de estudios árabes*, vol. 19, pp. 39-66.
- (1999), «Los itinerarios de la conquista, el relato de ‘Arib», *Al-qantara: Revista de estudios árabes*, vol. 20, pp. 27-46.
- MONTENEGRO, J.; DEL CASTILLO, A. (2012), «La invasión musulmana de la península Ibérica en el año 711 y la flota de Ifriqiya», *Anuario de estudios medievales*, n.º 42, 2, pp. 755-769.
- PIERRE BRONISCH, A. (2005), «Ideología y realidad en la fuente principal para la historia del Reino de Asturias: El Relato de Covadonga», *Guerre, pouvoirs et idéologies dans l’Espagne chrétienne aux alentours de l’an mil: actes du colloque international organisé par le Centre d’Études Supérieures de Civilisation Médiévale Poitiers-Angoulême*, pp. 7-24.
- (2011), «Precisiones sobre algunas informaciones históricas en la Crónica de Alfonso III», *Edad Media: revista de historia*, n.º 12, pp. 35-66.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, C. (1948), «Itinerario de la conquista de España por los musulmanes», *Cuadernos de Historia de España*, n.º 10, pp. 21-74.
- VALLVÉ, J. (1989), «Nuevas ideas sobre la conquista árabe de España: toponimia y onomástica», *Al-Qantara*, n.º 10, pp. 51-150.

**Una apasionante novela sobre el fin del reino visigodo y los inicios de la conquista musulmana de la península ibérica. Yeyo Balbás nos regala una recreación magistral llena de épica y personajes extraordinarios.**



Ante un imperio con ansias de conquista y un reino envenenado de enemistades y traiciones, ha llegado el momento de empuñar las armas.

*711 Anno Domini.* Tras la muerte de Witiza, rey de los godos, y la minoría de edad de su heredero, Rodrigo, duque de la Bética, será el elegido para el trono. Deberá enfrentarse a la ruptura de la alianza entre los dos grandes linajes visigodos y a la peste y el hambre que asolan el país. Junto a él, se encontrará Fruela, hijo menor del conde Pedro de Cantabria, que se verá envuelto en las disputas dinásticas entre las diferentes facciones nobiliarias.

Ante la inminente llegada del imperio islámico a las columnas de Hércules para imponer el yihad, Fruela deberá acompañar a Rodrigo al extremo sur del reino, donde se decidirá el destino de Spania

**Yeyo Balbás** (1971) es autor de las novelas *Pax romana* y *Pan Circo*. Durante años ha trabajado en diferentes campos de la divulgación histórica, ya sea como redactor en *Memoria* o colaborador en la revista de historia militar *Desperta Ferro*, para los que también ha traducido varias obras académicas. Además, ha realizado diversos trabajos de ilustración histórica y ha coordinado recreaciones y tácticas en varios proyectos audiovisuales.

En la actualidad se dedica a la creación de videojuegos de tipo histórico en Brytenwalda. Su último trabajo, *El reino imposible*, es una memorable novela sobre el fin del reino visigodo.

Primera edición: octubre de 2019

© 2019, Yeyo Balbás

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Yeyo Balbás, por los mapas

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: Yeyo Balbás

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6662-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

El reino imposible

Libro primero

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Libro segundo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Agradecimientos

Apuntes históricos

Bibliografía básica

Sobre este libro

Sobre Yeyo Balbás

Créditos